

CONN IGGULDEN



EMPERADOR

EL CAMPO DE ESPADAS

«Una historia brillante. Desearía haberla escrito»,
Bernard Cornwell



Lectulandia

El campo de espadas se inicia cuando César completa su círculo interno, el de los hombres que serán sus generales. Cuando llega la oportunidad de ser nombrado cónsul, regresa a una ciudad donde conjuras y conspiraciones amenazan la estabilidad de todo aquello que más valora. Junto con Pompeyo y Craso, César forma una inestable alianza que se convertirá en el primer triunvirato. Para Julio César, representa la oportunidad de forjar un nuevo camino que lo llevará hasta la Galia y la Britania, más allá de los límites de los mapas. Son los últimos días del viejo orden, creado y destruido por un hombre sin parangón en la historia de la humanidad.

Lectulandia

Coon Iggulden

El campo de espadas

Emperador - 3

ePUB v1.0

Quillito 21.11.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Emperor. The Field of Swords*

Conn Iggulden, 2005

Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera e Isabel Murillo Fort

Ilustraciones: The Picture Desk

Diseño/retoque portada: Quillito

Editor original: Quillito(v0.1)

ePub base v2.1

A mi hija, Mia, y a mi esposa, Ella

PRIMERA PARTE

I

Julio contemplaba las montañas hispánicas por la ventana abierta. El sol poniente salpicaba de oro las cimas lejanas y parecía gravitar en el aire sin apoyo, como una veta de luz distante. El rumor de conversaciones que iba y venía a su espalda no interfería en sus pensamientos. El aire olía a madreSelva; la dulce fragancia intensificó en sus fosas nasales el hedor de su propio sudor, y después desapareció.

La jornada había sido larga. Se presionó los ojos con la mano y una carga de agotamiento lo avasalló como una corriente turbulenta. Las voces de la sala de campaña se mezclaban con el crujir de sillas y mapas. ¿Cuántos centenares de veladas habían transcurrido en el piso superior de esa plaza fuerte, en compañía de esos mismos hombres? Entre todos habían convertido esas reuniones de rutina en el momento agradable del día, y al final de la jornada, aunque no hubiera cuestiones que discutir; se reunían de todos modos en la sala de campaña a beber y conversar. Así mantenían vivo el recuerdo de Roma e incluso, en ocasiones, casi se les olvidaba que hacía cuatro años que no veían su hogar.

Al principio Julio se había volcado por completo en los problemas de las regiones y apenas dedicó un pensamiento a Roma en varios meses seguidos. Los días pasaban, desde que se levantaba hasta que se acostaba con el sol, y la Décima levantaba ciudades en territorios no civilizados. En la costa, Valencia había sido transformada con cal, madera y pintura, y se había convertido en una reluciente ciudad prácticamente nueva sobre la antigua. Se hicieron calzadas de enlace entre las diferentes partes del territorio y puentes que abrían las montañas inhóspitas al paso de los colonos. Había trabajado frenéticamente, con incansable energía, a lo largo de los primeros años, haciendo del agotamiento una droga para enterrar los recuerdos. Por la noche, en sueños, se le aparecía Cornelia; eran las noches en que abandonaba el lecho empapado de sudor y cabalgaba hasta los puestos de vigilancia, donde se presentaba de repente en plena oscuridad, sin previo aviso, hasta que terminó contagiando a la Décima su nerviosismo y su agotamiento.

Los ingenieros, como si quisieran burlarse de su indiferencia hacia todo, habían encontrado oro, dos filones nuevos, los más abundantes de cuantos habían hallado hasta entonces. El metal dorado poseía un gran atractivo, y cuando Julio vio derramarse sobre su mesa el primer botín que le presentaron, envuelto en un paño, lo miró con odio, por lo que representaba. Había llegado a Hispania con las manos vacías, pero la tierra le había rendido sus secretos, y con la riqueza volvió el recuerdo de la querida ciudad y de la vida que había casi olvidado.

Suspiró. Hispania era el cofre del tesoro; sería muy difícil abandonarla, pero por otra parte sabía que no podía perderse allí mucho tiempo más. La vida era un bien precioso y muy breve que no debía derrochar.

La sala se caldeó con la presencia humana. Había mapas de las minas desplegados en mesas bajas, sujetos con pesos. Julio oía a Renio discutir con Bruto, y la cadencia grave de la risa de Domitio. Sólo Ciro el gigante guardaba silencio. Con todo, incluso los que charlaban sólo estaban dejando pasar el tiempo hasta que Julio se uniera a ellos. Eran hombres buenos. Todos y cada uno de ellos había estado a su lado frente al enemigo y en momentos de dolor, y a veces se imaginaba lo que sería recorrer el mundo con ellos. Todos merecían pisar caminos más dignos, no caer en el olvido en Hispania; no podía soportar la comprensión que veía en sus ojos. Pensó que sólo merecía desprecio por haberlos llevado a aquel lugar y haberse sepultado en trabajos de poca monta.

Si Cornelia no hubiera muerto, la habría llevado a Hispania consigo. Habría sido como volver a empezar lejos de las intrigas de la urbe. La brisa nocturna le acarició la cara y bajó la cabeza. Era una herida antigua, a veces pasaba días enteros sin pensar en ella. Pero después la culpa afloraba y los sueños eran terribles, como un castigo por el olvido.

—Julio, hay un centinela en la puerta que pregunta por ti —dijo Bruto tocándole el hombro.

Julio asintió y se volvió hacia los hombres de la sala buscando al desconocido con la mirada.

El legionario, que miraba de refilón las mesas cargadas de mapas y los jarros de vino, parecía nervioso, impresionado por las personas que allí había.

—¿Y bien? —inquirió Julio.

El soldado tragó saliva al encontrarse con los ojos oscuros del general. No había ternura en el rostro severo y descarnado, y el joven legionario tartamudeó ligeramente.

—Un muchacho hispánico está en la puerta, general. Dice que es el que buscas.

Se hizo el silencio en la sala y el centinela deseó estar en cualquier parte salvo a merced de la mirada de aquellos hombres.

—¿Lo has cacheado? ¿Iba armado? —preguntó Julio.

—Lo he cacheado, señor. Va desarmado.

—Entonces que entre. Quiero hablar con el que tantos problemas me ha causado.

Julio aguardó en lo alto de las escaleras a que trajeran al hispánico. Era larguirucho, la ropa le quedaba pequeña y los rasgos de su cara estaban a medio camino entre la infancia y la madurez, aunque tenía la mandíbula firme y huesuda. Cuando se miraron a los ojos, el hispánico vaciló y tropezó.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le preguntó Julio cuando lo tuvo a su altura.

—Adán —contestó el hispánico forzosamente.

—¿Eres tú el que mató a mi oficial? —inquirió Julio con una sonrisa sarcástica.

El joven se quedó inmóvil y después asintió con una expresión que reflejaba

miedo y resolución. Todas las miradas estaban fijadas en él; tuvo la sensación de que el valor lo abandonaría si terna que avanzar hasta colocarse en el centro. Habría retrocedido, pero el guardia lo obligó a traspasar el umbral de un empujón.

—Espera abajo —dijo Julio, irritado de pronto, al legionario.

Adán se resistía a inclinar la cabeza ante la mirada hostil de los romanos, aunque en su vida había tenido tanto miedo. Cuando Julio cerró la puerta, el joven se sobresaltó en silencio y maldijo el nerviosismo que lo atenazaba. Se quedó mirando al general, que tomó asiento frente a él, y un terror sordo lo desbordó. No sabía qué hacer con los brazos. De repente le pareció impropio dejarlos como los tenía, sueltos hacia abajo, y pensó en cruzárselos sobre el pecho o cruzar las manos a la espalda. El silencio hacía daño, esperando allí, con todos los ojos clavados en su persona. Tragó saliva con dificultad, dispuesto a no permitir que se le notara el miedo que sentía.

—Sabes lo suficiente como para decir tu nombre. ¿Entiendes lo que digo? —preguntó Julio.

—Sí —respondió Adán tras hacer acopio de saliva en la boca reseca.

Al menos no le había temblado la voz como a un crío. Cuadró los hombros ligeramente y miró al resto de los presentes; la cruda animosidad de uno de ellos casi lo hizo recular; era una especie de oso manco y rabioso dispuesto a rugir de furia en cualquier momento.

—Dijiste a los centinelas que eras tú el que estábamos buscando, el que mató al soldado —dijo Julio.

Adán volvió la mirada hacia él bruscamente.

—Yo lo maté —replicó al punto.

—Lo torturaste —añadió Julio.

Adán volvió a tragar saliva. Se había imaginado la escena cuando cruzaba los campos oscuros en dirección a la plaza fuerte, pero no era capaz de asumir la actitud altanera que se había imaginado. Tenía la sensación de estar confesándose con su padre y lo único que podía hacer era no mover los pies de vergüenza, a pesar de sus intenciones.

—Iba a violar a mi madre. Me lo llevé al bosque. Ella quiso impedirlo, pero no le hice caso —contestó Adán sin dar con las palabras que había ensayado.

Se oyó un juramento contenido en la sala, pero Adán era incapaz de apartar la mirada del general. Le aliviaba en cierto modo habérselo contado todo. Ahora lo matarían y sus padres quedarían libres.

Pensar en su madre fue un error. Unas inoportunas lágrimas se le asomaron a las comisuras de los ojos e intentó contenerlas con un furioso parpadeo. Ella habría querido que se mostrase fuerte ante esos hombres.

Julio lo observaba. El joven hispánico temblaba visiblemente, y no le faltaba razón. Con una simple orden suya, se lo llevarían afuera, lo ejecutarían ante las filas

formadas y ahí terminaría todo; pero un recuerdo le detuvo la mano.

—¿Por qué te has entregado, Adán?

—Han detenido a mi familia para interrogarlos, general. Son inocentes, él que buscas soy yo.

—¿Crees que los salvarías con tu muerte?

Adán dudó. ¿Cómo explicar que ésa era la única y débil esperanza que lo había impulsado a presentarse?

—No han hecho nada malo.

Julio se rascó una ceja y después apoyó el codo en el brazo de la silla, reflexionando.

—Cuando era más joven que tú ahora, Adán, comparecí ante un romano llamado Cornelio Sila. Había asesinado a mi tío y destrozado todo lo que me importaba en el mundo. Me dijo que me dejaría en libertad si repudiaba a mi esposa y la avergonzaba ante su padre. Cultivaba con devoción esos detalles de rencor.

El general se sumió un momento en el pasado, inimaginablemente lejano, y la frente de Adán se llenó de sudor. ¿Por qué le hablaba ese hombre? Ya había confesado; no había nada más que hacer. No obstante, a pesar del miedo, le había despertado el interés. Los romanos sólo ofrecían una cara en Hispania, pero enterarse de que en sus propias filas también había rivalidades y enemistades era todo un descubrimiento.

—Odiaba a ese hombre, Adán —prosiguió Julio—. Si me hubieran dado un arma en aquel momento, lo habría atacado, aun a costa de mi propia vida. ¿Entiendes esa clase de odio?

—¿Y no repudiaste a tu esposa? —preguntó Adán.

La inesperada pregunta hizo parpadear a Julio, pero después sonrió con amargura.

—No. Me negué, y me perdonó la vida. Todo el suelo que Sila pisaba estaba regado con la sangre de los muchos a los que había matado y torturado, pero me perdonó la vida. Nunca he sabido por qué.

—Porque no le parecías peligroso —dijo Adán, y le sorprendió su propio valor para hablar con el general.

Julio sacudió la cabeza como apartando el recuerdo.

—Lo dudo. Le dije que dedicaría la vida a matarlo si me dejaba en libertad.

A punto estuvo de contar que un amigo suyo había envenenado al dictador, pero esa parte de la historia no podía ser revelada, ni siquiera ante los hombres allí presentes. Se encogió de hombros.

—Tiempo después lo mató otro hombre. Es una de las cosas que más lamento, no haber podido hacerlo yo para ver cómo se le apagaba la vida en los ojos.

Adán tuvo que apartar la mirada para no quemarse en el fuego que despedía la del romano. Creyó lo que decía, y la sola idea de que ese hombre ordenara que lo

mataran con tanta rabia lo hizo temblar.

Julio se quedó en silencio largo rato. La tensión debilitaba a Adán. Cuando el romano volvió a hablar por fin, el joven levantó la cabeza sobresaltado.

—Aquí, en las celdas de Valencia, hay asesinos. Uno de ellos será ahorcado por tus delitos, además de los suyos propios. A ti te perdono. Firmaré yo mismo tu indulto. Volverás a tu casa con tu familia, y procura que no tenga que fijarme en ti nunca más.

—Mi general —gruñó Renio con un bufido de asombro—, solicito hablar contigo en privado un momento —prosiguió con voz crispada, clavando en Adán una mirada venenosa.

El joven hispánico se había quedado con la boca abierta.

—No es posible, Renio. Ya he hablado, y así se hará —replicó Julio sin volverse hacia él.

Al mirar al joven, tuvo la sensación de haberse quitado un peso de encima. Estaba seguro de que su decisión era la correcta. Se había visto reflejado en los ojos del hispánico, y fue como si se le hubiera caído un velo de la memoria. ¡Cuánto miedo le inspiraba Sila entonces! Él habría sido también un modelo de crueldad para Adán, revestido de armadura metálica e insensibilidad. Había estado a punto de ordenar que lo empalasen, lo quemasen vivo o lo crucificasen a las puertas de la fortificación, como había hecho Sila con tantos enemigos suyos. Qué irónico que un antiguo capricho de Sila hubiera venido a salvar al muchacho. No obstante, se había refrenado antes de dar la orden de muerte, y se preguntó en qué se estaba convirtiendo. No quería ser como aquellos a quienes odiaba. El paso de los años no lo obligaría a imitarlos si conservaba la fortaleza. Se puso en pie y miró a Adán de frente.

—Espero que no pierdas esta oportunidad, Adán. No te daré otra.

Poco le faltó al muchacho para romper a llorar, la emoción lo embargaba. Se había preparado para morir, y verse vivo de pronto, con la promesa de la libertad, lo superaba. Llevado por un impulso, dio un paso adelante e hincó una rodilla en el suelo sin dar tiempo a que nadie reaccionara.

Julio se alzó lentamente y miró al muchacho postrado ante él.

—No somos el enemigo, Adán. No lo olvides. Ahora un escribano redactará el indulto. Espérame abajo —le dijo.

Adán se levantó y miró los oscuros ojos del romano un momento más antes de salir de la estancia. Cuando la puerta se cerró tras él, se apoyó sin fuerzas en la pared y se limpió el sudor de la cara. Estaba mareado de alivio, y cada bocanada de aire que tomaba era limpia y fría. No entendía por qué lo había perdonado.

El centinela del piso inferior alzó la cabeza en dirección a la silueta de Adán, derrumbada entre las sombras.

—¿Pongo ya los cuchillos a calentar? —se burló el romano dirigiéndose a él.

—Hoy no —contestó Adán complaciéndose en la sorpresa que acababa de dar al soldado.

Bruto puso una copa de vino a Julio en la mano y empezó a llenársela con pericia.

—¿Vas a explicarnos por qué lo has dejado marchar? —preguntó.

Julio levantó la copa para que no se la llenara más, bebió y la tendió de nuevo para que se la volviera a llenar.

—Porque ha sido valiente —contestó.

Renio se frotó las duras barbas con la mano.

—Va a ser famoso en las ciudades, ya verás. Será el hombre que se enfrentó a nosotros y salió con vida. Seguramente lo nombrarán alcalde cuando se muera el viejo Del Subió. Los más jóvenes se unirán a él y antes de que nos demos cuenta...

—Basta —lo interrumpió Julio con el rostro enrojecido por el vino—. La espada no es la respuesta a todo, por más que a ti te guste. Tenemos que vivir con ellos sin que sea necesario mandar a los hombres a pares a vigilar todos los callejones, por si las emboscadas. —Gesticulaba con las manos en el aire como buscando palabras con que expresar sus pensamientos—. Tienen que ser tan romanos como nosotros, deseosos de morir por nuestra causa y contra nuestros enemigos. Pompeyo nos enseñó el camino con las legiones que reunió aquí. No mentí cuando le dije que no somos el enemigo. ¿Lo entendéis ahora?

—Lo entiendo —dijo Ciro de repente con un vozarrón grave que tapó la respuesta de Renio.

—Ahí lo tenéis —dijo Julio, iluminado por la idea—. Ciro no nació en Roma, pero se unió a nosotros libremente, y es de Roma. —Se esforzaba por dar con las palabras, el pensamiento le iba más deprisa que la lengua—. Roma es... una idea, más que la sangre. Tenemos que hacerlo de tal modo que para Adán abandonarnos sea como arrancarse el corazón. Esta noche se preguntará por qué no ha muerto. Descubrirá que la justicia existe, incluso habiendo matado a un soldado romano. Contará lo sucedido y los que duden lo pensarán dos veces. Es razón suficiente.

—A menos que matase al soldado por diversión —dijo Renio— y cuente a sus amigos que somos débiles y estúpidos.

No se atrevió a seguir hablando, pero cruzó la estancia, llegó al lado de Bruto, le quitó el ánfora de vino de las manos y, sujetándola con el muñón, se llenó la copa. Estaba tan furioso que derramó unas gotas.

Julio miró al viejo gladiador entrecerrando los ojos ligeramente. Respiró hondo para controlar la ira que se le acumulaba.

—No voy a ser Sila ni Catón. ¿Lo entiendes ahora, Renio? No gobernaré por el miedo y el odio ni haré que caten mi comida por temor al veneno. ¿Lo entiendes ahora? —Iba levantando la voz a medida que hablaba, hasta que Renio se volvió a

mirarlo y comprendió que se había propasado.

Julio levantó el puño; echaba chispas.

—A una palabra mía, Ciro te arrancaría el corazón en mi nombre, Renio. Nació en las costas de otro país, pero es romano. Es soldado de la Décima y me pertenece. No lo retengo con temor sino con amor. ¿Lo entiendes ahora? Renio se quedó paralizado.

—Ya lo sé, naturalmente, tú...

Julio le impuso silencio con un gesto de la mano. El dolor de cabeza le aguijoneaba el entrecejo. El temor a sufrir un ataque ante ellos hizo desaparecer la ira y lo dejó vacío y cansado.

—Marchaos todos. Traedme a Cabera. Perdóneme la ira, Renio. Parece que necesito discutir contigo para saber con claridad lo que pienso.

Renio aceptó las disculpas con un gesto de asentimiento. Salió con los demás, y Julio se quedó solo en la sala. Las sombras de la tarde casi se habían convertido en noche ya; encendió las lámparas, volvió a la ventana abierta y apoyó la frente en la fría piedra. El dolor de cabeza era lacerante, gruñó y empezó a frotarse las sienes con un movimiento circular, como le había enseñado Cabera.

Había mucho trabajo que hacer, pero una voz interior le susurraba constantemente, burlescamente. ¿Pretendía ocultarse en esos montes? En otra época soñaba con ocupar un lugar en la casa del senado, pero ahora rechazaba la idea. Cornelia había muerto, y Tubruk con ella. Su hija era una desconocida que vivía en una casa a la que sólo había ido una noche en seis años. En otra época ansiaba medir sus fuerzas y su inteligencia con hombres como Sila y Pompeyo, pero ahora la idea de retomar el juego del poder le provocaba náuseas. Era mejor, mucho mejor, hacerse un hogar en Hispania, encontrar a una mujer allí y no volver jamás a Roma.

—No puedo volver —dijo en voz alta, roncamente.

Renio encontró a Cabera en los establos, sajando la hinchazón de un casco a una montura. Parecía que los caballos siempre entendían que sólo pretendía aliviarlos, y hasta los más indómitos se quedaban quietos cuando les murmuraba unas pocas palabras acompañadas de caricias.

Estaban solos; Renio esperó hasta que la aguja de Cabera hubo soltado el pus acumulado en el casco mientras el curandero masajeaba suavemente con los dedos el tierno tejido ayudándolo a drenar. El caballo se estremeció como si tuviera moscas en el lomo, pero Cabera no había recibido una coz jamás, y la pata continuó relajada entre sus manos firmes.

—Quiere verte —dijo Renio.

El tono de voz hizo levantar la cabeza a Cabera.

—Pásame ese cuenco, por favor.

Renio le acercó un cuenco de pegajoso alquitrán que serviría para cerrar la herida.

Se quedó mirando trabajar a Cabera en silencio, y cuando la herida quedó cubierta, Cabera se dirigió a él con su humor habitual empañado.

—Te preocupa Julio —dijo el viejo sanador—. Se está matando aquí —dijo Renio encogiendo los hombros—, claro que me preocupa. No duerme, se pasa las noches estudiando los mapas y las minas, parece imposible... hablar con él sin que se convierta en una discusión.

Cabera apoyó la mano en el musculoso brazo de hierro de Renio.

—Sabe que estás ahí si te necesita —dijo—. Voy a darle un bebedizo para que duerma esta noche. A lo mejor a ti te conviene tomarlo también. Pareces agotado. Renio negó con la cabeza.

—Haz Jo que puedas por él, viejo. Se merece algo mejor que todo esto.

Cabera se quedó mirando al gladiador manco, que se alejó en la oscuridad.

—Eres un buen hombre, Renio —dijo en voz demasiado baja para que alguien lo oyera.

II

Servilia se encontraba junto al pasamanos del pequeño barco mercante, observando las sigilosas siluetas que se acercaban por el muelle. En las aguas de alrededor del puerto de Valencia había cientos de barcas pequeñas, y el capitán del mercante había ordenado dos veces a las tripulaciones de pescadores que se alejaran de su barco cuando se acercaban demasiado. No parecían tener intenciones concretas, y la mujer sonrió cuando otro hispánico, alzando la pieza que había pescado, se la ofreció diciéndole el precio a voces. El hombre mantenía magistralmente el equilibrio en su barquita, que se bamboleaba entre las olas. Sólo llevaba una estrecha franja de tela alrededor de la cintura y un cuchillo colgado de una correa de cuero sujeta a un ancho cinturón. Le pareció muy guapo.

El capitán indicó a la barquita que se alejara, pero el pescador hizo caso omiso porque había oído una posible venta a la mujer que le sonreía desde arriba con tanta gracia.

—Quiero comprar esa pieza, capitán —dijo Servilia.

El mercader romano frunció tanto el ceño que sus espesas cejas se unieron en una sola.

—El dinero es tuyo, señora, pero se encuentra mejor precio en el puerto —le dijo.

La mujer le dio unas palmaditas en la espalda y el capitán, turbado, perdió su actitud áspera.

—De todos modos, hace mucho calor, y después de tanto tiempo a bordo me encantaría tomar algo fresco.

El capitán cedió a regañadientes; tomó un pesado cabo y lo arrojó por la borda. El pescador ató el cabo a la red que tenía a los pies y después trepó por él. Al llegar arriba, saltó por encima del pasamanos con gran agilidad. El pescador hispánico era moreno, curtido por el trabajo y con la piel salpicada de sal blanca.

Se inclinó profundamente ante Servilia en respuesta a su recibimiento y empezó a izar la red. Ella se quedó mirando el movimiento de los músculos de los brazos y los hombros con mirada experta.

—¿No se irá a la deriva tu barquita? —le preguntó.

El joven hispánico abrió la boca para contestar; pero replicó el capitán con un bufido.

—Sólo hablará su lengua, me temo. No tienen nada parecido a una escuela hasta que las construimos nosotros.

Servilia captó el destello burlón de los ojos del joven al oír las palabras. Una fina cuerda caía de la red a la barquita, y con un movimiento de muñeca el pescador la enganchó al pasamanos señalando el nudo con un dedo, en respuesta a la pregunta de la señora.

La red contenía un montón de peces de color azul oscuro que se retorcían; al verlos saltar y golpearse contra la cubierta, Servilia se estremeció y se apartó de tal modo que arrancó una carcajada al pescador, el cual atrapó un ejemplar grande por la cola. Era tan largo como su brazo y estaba todavía vivo. Servilia se fijó en el movimiento enloquecido del ojo del pez, que se retorció en la mano del pescador. Tenía la piel azul y lustrosa, con una línea perfecta, más oscura, que iba desde la cabeza hasta la cola. Ella asintió y levantó cinco dedos en respuesta a la amplia sonrisa del joven.

—¿Cinco serán suficientes para la tripulación, capitán? —preguntó.

El romano asintió a regañadientes y con un silbido llamó a un par de marineros para que apartaran el pescado.

—Basta con unas pocas monedas de cobre, señora —le dijo.

La mujer abrió un ancho fajín que llevaba alrededor de la cintura, donde guardaba varias monedas pequeñas. Escogió un sestercio de plata y se lo dio al joven, el cual, arqueando las cejas, añadió otra pieza de las de mayor tamaño antes de tirar de la cuerda que cerraba la red. Miró al capitán con una sonrisa radiante de triunfo, soltó el nudo del pasamanos, saltó por encima y desapareció en las azules aguas. Servilia se asomó a verlo resurgir de las aguas y se rió alegremente cuando el joven se izó a su barquita de nuevo, brillando a la luz del sol como un pez. El pescador sacó la red del agua y la saludó con la mano.

—¡Qué gran comienzo! —suspiró ella.

El capitán musitó unas palabras ininteligibles.

Los marineros que habían apartado el pescado sacaron unos garrotes de madera de un armario de cubierta y, antes de que Servilia pudiera entender lo que iban a hacer, mataron a los peces golpeándolos sordamente en la cabeza. Los ojos relucientes desaparecieron bajo la fuerza de los golpes, se hundieron en la cabeza, y la cubierta quedó salpicada de sangre. Ella se estremeció al recibir una gota en el brazo. Los marineros se divertían, habían cobrado de pronto una vitalidad que no habían mostrado en todo el viaje desde Ostia. Se diría que habían revivido con la matanza, y se reían y bromeaban mientras llevaban a cabo la truculenta tarea.

Una vez muerto el último pez, la cubierta estaba llena de sangre y escamas plateadas diminutas. Servilia siguió mirando a los marineros, que arrojaban al mar un cubo de lona atado a una cuerda y limpiaban de nuevo los tablones.

—El puerto está lleno de barcos, señora —le dijo el capitán desde atrás, guiñando los ojos al sol—. Vamos a acercarnos cuanto podamos, pero habrá que echar el ancla unas horas hasta que haya sitio en el puerto.

Ella se volvió a mirar hacia Valencia con deseos de pisar tierra firme de nuevo.

—Como digas, capitán —murmuró.

Las montañas que se divisaban detrás del puerto llenaban el horizonte, verdes y

rojas contra el cielo azul. Bruto, su hijo, estaba allí, en alguna parte, y sería maravilloso volver a verlo después de tanto tiempo. Curiosamente, el estómago se le encogió casi con dolor al acordarse del joven amigo de su hijo. Se preguntó en qué sentido le habrían cambiado los años e inconscientemente se llevó la mano al pelo y colocó en su lugar los mechones que el aire marino le había descolocado y humedecido.

Al atardecer el calor del sol se había atenuado y sólo quedaba una suave luz grisácea cuando el barco mercante romano pudo maniobrar entre las filas de barcos anclados y ocupar un lugar en el atracadero. Servilia llevaba consigo tres de sus más bellas jóvenes, que se reunieron en la cubierta con ella mientras la tripulación echaba las amarras a los estibadores de los muelles y, a fuerza de remos, las acercaba, sanas y salvas, a los enormes maderos del muro. Era una maniobra delicada que el capitán realizó con pericia y limpieza, comunicándose con el oficial de proa por medio de gestos y voces.

El ambiente era de euforia, y las jóvenes de Servilia se reían y bromeaban mientras los estibadores las miraban y hacían comentarios procaces sobre ellas. Servilia permitió que se pavoneasen sin decir nada; las tres compartían la rareza de ser las únicas de su negocio que todavía no habían perdido el amor al trabajo. Ciertamente, Angelina, la más joven, siempre se enamoraba de sus clientes y solían pasar pocos meses hasta que alguno hiciera una romántica oferta de compra para casarse con ella. Pero el precio siempre los sorprendía y Angelina se enfurruñaba unos días, hasta que volvía a encapricharse por otro.

Iban vestidas con la modestia propia de las hijas de casa grande. Servilia se había tomado muchas molestias con respecto a su integridad, pues sabía que incluso una breve travesía por mar infundía una sensación de libertad a los hombres que podía ser fuente de problemas. Llevaban ropa que disimulaba las curvas de sus jóvenes cuerpos, aunque en los baúles del equipaje la señora guardaba otros más provocativos. Si las cartas que Bruto le había escrito decían la verdad, encontrarían mercado, y las tres muchachas serían las primeras de la casa que pensaba comprar. Los marineros, que gruñían y se quejaban por el peso de los baúles, se habrían escandalizado si hubieran sabido el peso en oro que sumaban entre todos.

Servilia se vio interrumpida en su observación del muelle por un grito súbito de Angelina. Su perspicaz mirada no tardó en fijarse en un marinero que se alejaba a toda prisa y en la halagada indignación de Angelina, y volvió a mirar hacia tierra. Pensó que habían atracado en el momento preciso.

El capitán dio orden a los estibadores de que tensasen las amarras, y la tripulación recibió el anuncio con vítores, saboreando por adelantado los placeres del puerto. Servilia captó la mirada del capitán, que cruzaba la cubierta hacia ella de pronto con mucha más cordialidad de la habitual en él.

—No vamos a descargar hasta mañana por la mañana —le dijo—. Puedo recomendaros algunos lugares si queréis bajar a tierra, y tengo un primo aquí que os alquilará todos los carros que preciséis a buen precio.

—Gracias, capitán. Ha sido un gran placer. —Le sonrió, satisfecha de ver el color que le subía por las mejillas. Angelina no era la única que contaba con un círculo de admiradores en el barco, pensó con cierto placer.

El capitán se aclaró la garganta y levantó la barbilla para seguir hablando, nervioso de repente.

—Voy a cenar solo dentro de un rato, si quieres cenar conmigo, señora... Mandarán fruta fresca a bordo, de modo que será mejor que de costumbre.

Servilia le puso una mano en el brazo y notó la alta temperatura de la piel debajo de la túnica.

—Tendrá que ser en otra ocasión, me temo. Quisiera empezar a trasladarme de madrugada. ¿Será posible bajar mis baúles en primer lugar? Hablaré con la legión para que monte guardia hasta que todo esté en los carros.

El capitán asintió procurando ocultar su decepción. El primer oficial le había dicho que esa mujer era prostituta, pero estaba convencido de que si le ofrecía dinero por quedarse con él recibiría una tremenda humillación. A Servilia le pareció tan terriblemente solitario que pensó un momento en pedir a Angelina que le levantara los ánimos. A la rubia joven le gustaban mucho los hombres mayores. Además, ellos se mostraban tan desesperadamente agradecidos, y a cambio de tan poco esfuerzo... Lo miró de nuevo y pensó que seguramente rechazaría la oferta. Los hombres de esa edad solían desear la compañía de una mujer madura tanto como el placer físico, y la franqueza terrenal de Angelina sólo le pondría en un aprieto.

—Tus baúles serán lo primero que se descargue, señora. Ha sido un placer —dijo con expresión nostálgica mientras ella descendía la escalerilla hacia el muelle.

Varios de sus hombres se habían congregado allí por si las jóvenes precisaban ayuda para cruzar la pasarela, y los miró juntando las cejas y sopesando la acción. Tras pensarlo un momento, siguió los pasos de Servilia. El instinto le decía que tenía que estar allí para ayudar a sus hombres.

Julio estaba sumido en el trabajo cuando el centinela llamó a la puerta de sus aposentos.

—¿Qué hay?

El legionario lo saludó con más nerviosismo del habitual.

—Señor, creo que es mejor que bajes a las puertas. Tienes que verlo con tus propios ojos.

Julio enarcó las cejas, pero siguió al soldado escaleras abajo y salieron al fuerte sol de la tarde. Se percibía una especial tensión entre los legionarios que se apiñaban alrededor de las puertas y cuando le abrieron un pasillo, vio que algunos hacían

grandes esfuerzos por no sonreír. El buen humor de los soldados y el calor parecían enardecer el agujón de ira que le impedía dormir.

Al otro lado de las puertas abiertas aguardaba una fila de carros muy cargados y carreteros cubiertos por una leve capa de polvo. Una veintena de soldados de la Décima custodiaba la curiosa procesión de la cabeza a la cola. Entrecerrando los ojos, Julio reconoció al oficial; era el que había sido enviado de guardia al puerto el día anterior; y se puso de peor humor todavía. El polvo que cubría a los legionarios y las carretas demostraba que habían hecho el recorrido completo hasta la plaza fuerte.

Los fulminó con la mirada.

—No recuerdo haber dado órdenes de escoltar víveres procedentes de la costa —dijo malhumorado—. Más vale que tengáis una buena razón para haber abandonado el puesto desobedeciendo mis órdenes. A mí no se me ocurre ninguna, pero quizá me sorprendáis.

Se vio palidecer al oficial a pesar de la capa de polvo.

—La dama, señor... —comenzó.

—¿Cómo? ¿Qué dama? —replicó Julio perdiendo la paciencia ante las vacilaciones del oficial.

De pronto oyó otra voz y se sobresaltó, pues la reconocía.

—Dije a tus hombres que no pondrías ninguna objeción si ayudaban a una vieja amiga —dijo Servilia bajándose de una carreta y dirigiéndose a él.

Julio tardó un momento en reaccionar. La mujer llevaba el cabello suelto, y él absorbió su imagen como un sediento. Rodeada de hombres, parecía fresca y serena, perfectamente consciente de la sensación que causaba. Caminaba como un gato al acecho, con un atavío marrón de algodón que dejaba sus brazos y su cuello al descubierto. No llevaba más joyas que una sencilla cadena de oro con un colgante que prácticamente quedaba oculto entre los pechos.

—Servilia, no debías haber confiado en una amistad —dijo Julio muy rígido.

Ella se encogió de hombros y sonrió como si no tuviera importancia.

—Espero que no los castigues, general. Los muelles pueden ser peligrosos sin escolta, y no tenía a nadie más que pudiera ayudarme.

Julio la miró fríamente antes de dirigirse de nuevo al oficial. El hombre había oído el diálogo y permanecía con la expresión vidriosa de quien aguarda malas noticias.

—¿Mis órdenes eran claras? —le preguntó.

—Sí, señor.

—En tal caso, tus hombres y tú cubriréis las dos guardias siguientes. Por tu categoría eres más responsable que ellos, ¿no es así?

—Sí, señor —replicó el desventurado soldado.

Julio asintió.

—Cuando termines las guardias, preséntate al centurión para recibir unos latigazos. Le dices que son veinte por orden mía, y que escriba tu nombre en la lista de desobedientes. Ahora, a vuestros puestos, ¡a la carrera!

El oficial saludó marcialmente y giró sobre sus talones.

—¡Media vuelta! —gritó a los veinte—. ¡Doble velocidad hasta los muelles!

En presencia de Julio ninguno se atrevió a protesta^ aunque estarían agotados antes de haber cubierto la mitad del camino hasta el puesto, y el relevo los encontraría rendidos de cansancio.

Julio se quedó mirándolos hasta que no quedó ninguno en la fila de carretas, y después se dirigió a Servilia. Ella estaba rígida, intentando disimular la sorpresa y la culpabilidad por las consecuencias que había acarreado su petición.

—¿Has venido a ver a tu hijo? —le preguntó Julio con el ceño fruncido—. Está entrenando a la legión, volverá al anochecer. —Miró la fila de carros y bueyes que mugían, evidentemente atrapado entre la irritación por la inesperada visita y las exigencias de la hospitalidad. Tras un largo silencio cedió.

—Puedes esperar a Bruto en el recinto. Ordenaré que den agua a los animales y te traigan algo de comer.

—Gracias por tu amabilidad —replicó Servilia ocultando la confusión con una sonrisa.

No entendía los cambios que había experimentado el joven general. Toda Roma sabía que había perdido a su esposa, pero tenía la sensación de estar hablando con un hombre distinto al que conocía. Unas oscuras ojeras le rodeaban los ojos, pero no eran sólo de simple cansancio. La última vez que lo había visto se preparaba para alzarse contra Espartaco, y apenas era dueño del ardor que lo quemaba por dentro. La pérdida que el joven había sufrido la había conmovido profundamente.

En ese momento Angelina saltó al camino desde una de las últimas carretas y saludó con la mano al tiempo que decía algo a Servilia. Tanto ella como Julio se tensaron cuando la voz añorada de la joven resonó en el aire.

—¿Quién es? —preguntó Julio entrecerrando los ojos por el sol.

—Una compañera, general. He traído a tres jóvenes conmigo en el viaje.

Cierto matiz del tono de voz inmediatamente levantó las sospechas de Julio.

—¿Son...?

—Compañeras, general, sí —replicó ella sin darle importancia—. Son buenas chicas las tres. —«Por un precio justo, pueden ser insuperables», añadió para sí.

—Pondré centinelas a su puerta. Los hombres no están acostumbrados a... —dudó—. Puede ser necesario mantener la vigilancia. En la puerta.

Servilia vio con gran placer que Julio se ruborizaba. Todavía quedaba vida en él, en las profundidades, pensó, y se le agitaron levemente las aletas de la nariz ante la expectativa de una partida de caza. Julio se alejó puertas adentro y ella se quedó

mirándolo mordiéndose el grueso labio inferior para contener la sonrisa. «No eres tan vieja, al fin y al cabo», se dijo alisándose el enredado cabello con la mano.

Bruto estiró los músculos de la espalda; faltaba ya poco para llegar a la fortificación. Detrás cabalgaba, en formación, su centuria de *extraordinarii*, y se sintió orgulloso al mirar a los lados y ver las filas ordenadas de caballos al trote. Domitio ocupaba su puesto a su derecha, y el niño Octaviano, convertido ahora en el joven Octavio, se mantenía en posición unos puestos más allá. Galopaban juntos por la llanura levantando una polvareda que les dejaba en la boca un regusto amargo de tierra. El aire era cálido, reinaba el buen humor. Todos estaban cansados, pero era el agradable letargo del trabajo bien hecho, con la perspectiva cercana de una cena y una merecida noche de sueño.

Cuando avistaron la plaza, Bruto gritó a Domitio entre el ruido de cascos:

—Vamos a hacerles una demostración. Separaos y dad media vuelta a mi señal.

Sabía que los centinelas de la puerta estarían observando la llegada. Aunque hacía menos de dos años que se había formado la centuria de *extraordinarii*, Julio le había proporcionado tantos hombres y caballos como había pedido, y Bruto había pedido los mejores de la Décima. Habría apostado por todos y cada uno de ellos contra cualquier ejército del mundo. Eran los que rompían la carga del enemigo, los primeros en atacar en posiciones imposibles. Habían sido seleccionados uno a uno por su habilidad con el caballo y la espada, y Bruto se sentía orgulloso de todos ellos. Sabía que el resto de la Décima los consideraba más exhibicionistas que auténticos guerreros, pero la legión no había entrado en combate en todo el tiempo que llevaban en Hispania. Cuando los *extraordinarii* recibieran el baño de sangre y hubieran demostrado de lo que eran capaces, el gasto que requerían quedaría plenamente justificado, estaba seguro. Sólo las armaduras habían costado una pequeña fortuna: bronce reforzado y cierres de hierro que les permitían más movilidad que las pesadas corazas de los legionarios *triari*. Los *extraordinarii* de Bruto abrillantaban sus armaduras y, en contraste con las relucientes monturas, brillaban al sol poniente.

Bruto levantó la mano e hizo unos gestos secos a cada lado. Hincó los talones a la montura y se puso al galope al tiempo que el grupo se dividía limpiamente como si hubieran trazado una línea en el terreno. Ahora el viento le daba en la cara y la emoción le hizo reír a carcajadas; no necesitaba mirar para saber que la formación se mantenía perfectamente. La saliva blanca del caballo volaba hacia atrás, deshecha en gotas, y él se inclinó hacia la cabeza apoyado en el estribo, apretando las piernas; tenía la sensación de volar.

La fortificación crecía a velocidad asombrosa y, atrapado en la emoción del momento como estaba, casi dejó pasar el instante preciso para dar la señal de que la formación volviera a sus puestos. Ambos grupos viraron a la vez y se reunieron de nuevo unos momentos antes de tirar de las riendas para detenerse por completo, pero

no hubo equivocaciones. Desmontaron todos como un solo hombre y acariciaron el humeante cuello a los sementales y castrados que Julio les había traído de Roma. Contra la caballería enemiga sólo podían mandarse caballos castrados, porque los sementales no castrados podían volverse locos con el olor de las yeguas en celo. De ese modo se mantenía el equilibrio entre quedarse con lo mejor para los *extraordinarii* y conservar la fuerza del linaje. Incluso los hispánicos del lugar silbaban de admiración al ver los magníficos ejemplares, superando, por amor a la raza, la reticencia que normalmente mostraban hacia los soldados romanos.

Bruto estaba riéndose de algo que le había dicho Domitio cuando vio a su madre de reojo. Se le abrieron los ojos un momento antes de echar a correr hasta la puerta a abrazarla.

—¡No me dijiste nada de esto en tus cartas! —le dijo levantándola de puntillas y besándola en ambas mejillas.

—Pensé que a lo mejor te pondrías nervioso —replicó ella.

Los dos rompieron a reír y Bruto volvió a dejarla en el suelo.

Servilia estiró los brazos, se separó para verlo mejor y sonrió, pues lo encontraba lleno de vitalidad. Los años pasados en Hispania habían sentado bien a su único hijo. Poseía una fuerza vital que obligaba a otros hombres a erguir la cabeza y enderezarse en su presencia.

—Estás más guapo que nunca —le dijo con un guiño—. Supongo que habrá una sarta de muchachas del lugar haciendo cola detrás de ti.

—No me atrevo a salir sin escolta que me libre de las pobres criaturas —replicó.

De repente, apareció Domitio y se situó entre ambos obligando a Bruto a que lo presentara.

—¡Ah, sí! Te presento a Domitio, el que cepilla los caballos. ¿Ya conoces a Octavio? Es pariente de Julio. —Sonriendo ante la expresión consternada de Domitio, Bruto tuvo que hacer una seña a Octavio para que se acercara.

Octavio, completamente abrumado, intentó saludar, pero estaba tan ofuscado que Bruto se rió a carcajadas; conocía muy bien el efecto que su madre podía causar y no le sorprendió, pero no tardó en darse cuenta de que estaban convirtiéndose en el centro de atención de los *extraordinarii*, que se apelotonaban a su alrededor con curiosidad.

Servilia los saludó con un gesto, satisfecha de ser motivo de tanta atención después del aburrido mes en el mar.

Los jóvenes tenían esa forma tan particular de vitalidad, ajena todavía a los temores de la vejez y la muerte. La rodeaban como dioses inocentes y le infundían seguridad.

—Madre, ¿has visto a Julio? Él... —El silencio se hizo de pronto en el patio y Bruto no terminó la frase. Tres mujeres jóvenes aparecieron bajo un arco, y los

soldados se apartaron para dejarlas pasar. Eran tres bellezas, cada una en su estilo. La más joven, rubia y delgada, iba sonrojándose a medida que se acercaba a Servilia. Detrás de ella iban otras dos, una a cada lado, tan bellas que habrían hecho llorar a muchos hombres.

El hechizo de su entrada quedó roto por un silbido grave que devolvió a todos a la realidad.

Servilia enarcó una ceja cuando su mirada se encontró con la de Angelina. La joven sabía lo que estaba haciendo exactamente, Servilia lo había captado desde el primer momento. Los hombres se peleaban por protegerla, y su presencia en una casa de bebidas solía ser suficiente para provocar un alboroto antes de que la velada terminara. Servilia la había encontrado sirviendo vino y regalando lo que los hombres estaban dispuestos a pagar por obtener. No le costó mucho persuadirla, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que implicaba. Ella se quedaba con dos quintas partes de cuanto sus muchachas ganaban en la casa de Roma, y aun así la joven rubia empezaba a convertirse en una mujer rica por derecho. Si nada cambiaba, pronto empezaría a pensar en abrir un establecimiento propio y le pediría un préstamo a ella.

—Estábamos preocupadas por ti, señora —mintió Angelina alegremente.

Bruto la miró con evidente interés y ella le devolvió la mirada sin rubor. Bajo la mirada escrutadora de la joven apenas podía confirmar la sospecha que se le acababa de ocurrir. Aunque había logrado aceptar la profesión de su madre, el hecho de que sus hombres lo supieran le demostró que no lo tenía tan asimilado como pensaba.

—¿No vas a presentarnos, madre? —preguntó.

Por un momento Angelina abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Es tu hijo? Es exactamente como nos contaste. ¡Qué maravilla!

Servilia jamás había hablado de Bruto con Angelina, pero se vio atrapada entre la exasperación que le producía la transparencia de la joven y su gran perspicacia, que olía el dinero que podían ganar. La multitud congregada iba en aumento. Esos hombres no estaban acostumbrados a las atenciones de las muchachas jóvenes y Servilia empezó a sospechar que, sólo con el comercio de la legión, Valencia iba a ser un lugar verdaderamente provechoso.

—Te presento a Angelina —dijo.

Bruto inclinó la cabeza y a Angelina le brillaron los ojos en respuesta.

—Tenéis que cenar esta noche con nosotros en la mesa del general. Voy a saquear la bodega y os limpiaremos debidamente el polvo del camino. —Hablaba sin dejar de mirar a Angelina y consiguió dar a la invitación un tono marcadamente sexual.

Servilia los interrumpió con un carraspeo.

—Condúcenos adentro, Bruto.

Los *extraordinarii* se apartaron abriéndoles paso. La comida que los aguardaba en los barracones, sin la sabrosa compañía de las mujeres, no les parecía ya ni la mitad

de apetecible que cuando cabalgaban hacia la fortificación. Se quedaron como abandonados en el patio hasta que el pequeño cortejo hubo desaparecido en el interior. El encanto se rompió entonces, y de pronto, con movimientos bruscos, cada cual se fue a atender a su caballo como si nada hubiera sucedido.

A pesar de las protestas de Angelina, Servilia dejó a las tres compañeras en los aposentos que les habían asignado. Alguien tenía que deshacer el equipaje, y esa primera noche Servilia quería contar con toda la atención de su hijo. A fin de cuentas, no las había llevado a Valencia para que Bruto eligiera esposa entre ellas.

Julio no quiso bajar; cuando Bruto le preguntó si quería reunirse con ellos, sólo mandó a su guardia personal con una seca nota de disculpa. Servilia comprobó que la negativa no sorprendía a nadie y se preguntó una vez más en qué aspectos había cambiado Hispania a Julio.

En su honor; la cena consistió en una selección de productos del lugar servidos en pequeños cuencos. Las especias y las guindillas hicieron toser a Octavio de tal modo que hubo que darle unos golpecitos en la espalda y vino para que se aclarase la garganta. Servilia lo había impresionado muchísimo desde el primer momento, en el patio, y Bruto le tomaba el pelo sutilmente mientras ella fingía no darse cuenta de lo cohibido que estaba el muchacho.

Unas lámparas de luz cálida y temblorosa iluminaban la estancia, y el vino era tan bueno como Bruto había prometido. La cena transcurría agradablemente y Servilia disfrutaba de las bromas de los hombres. Domitio se dejó convencer y contó una de sus anécdotas, aunque Cabera le estropeó el final adelantándose con entusiasmo y golpeando la mesa entre carcajadas.

—Ese cuento ya era viejo cuando yo era niño —cacareó el anciano alargando la mano para tomar una porción de pescado de un cuenco que estaba cerca de Octavio. El joven iba a tomar el mismo trozo, pero Cabera le dio un golpe en los dedos que lo obligó a soltarlo, y el sanador lo recogió en el aire. Octavio lo miró con mala cara, pero se contuvo de darle una réplica por la presencia de Servilia en la mesa.

—¿Cómo llegaste a entrar en la legión Décima, Domitio? —preguntó la mujer.

—Fue cosa de Bruto, cuando estábamos en el sur luchando contra Espartaco. Por caridad le dejé ganar un par de asaltos en el entrenamiento, pero comprendió que podía aprender mucho si se ejercitaba conmigo.

—¡Mientes! —replicó Bruto riéndose—. Le pregunté por casualidad si quería formar parte de la nueva legión y casi me muerde el brazo de la alegría. Julio tuvo que pagar una fortuna en compensación por el traspaso. Pero todavía estamos esperando que demuestre que valió la pena.

Domitio esperó con paciencia a que Bruto se pusiera a beber.

—Soy el mejor de mi generación, ¿sabes? —dijo entonces a Servilia, observando de buen humor que Bruto se atragantaba y se sofocaba al oírlo.

Un ruido de pasos les hizo levantar la cabeza, y todos se pusieron en pie para recibir a Julio. Éste se situó a la cabeza de la mesa e hizo una señal para que se sentaran. Los criados trajeron platos limpios; Bruto le llenó la copa y sonrió al ver que el general enarcaba una ceja al degustar el vino.

Se reanudó la conversación y Servilia, aprovechando que Julio la miraba, lo saludó con una leve inclinación de cabeza. Él respondió de igual modo, aceptando su presencia en la mesa, y la mujer soltó la respiración que había retenido sin darse cuenta.

Julio poseía una autoridad que la mujer no recordaba haber percibido antes. No se reía con los demás, sólo sonreía cuando más atrevida era la conversación. Advirtió que el joven general se castigaba con el vino, lo bebía como si fuera agua, aunque no le producía efectos visibles, salvo quizá un leve enrojecimiento del cuello que podía deberse al calor de la noche.

El buen humor no tardó en reinstaurarse en la mesa. La camaradería entre los hombres era contagiosa y al cabo de un rato Servilia se había integrado en las anécdotas y las bromas como uno más. Cabrera flirteaba con ella descaradamente, le guiñaba un ojo en los momentos más inoportunos y la hacía resoplar de risa. En una ocasión, en plena carcajada, volvió a encontrarse con la mirada de Julio y todo pareció congelarse un momento, como si una realidad más profunda que la fachada de la cena se hubiera asomado a la superficie.

Julio la observaba sin dejar de asombrarse del efecto que había producido en la reunión, normalmente sombría. Servilia se reía sin afectación y en esos momentos Julio se preguntó cómo era posible que nunca le hubiera parecido tan bella. Tenía la tez oscura, tocada por el sol, y la nariz y la barbilla un poco más marcadas de lo deseable, pero aun así tenía algo que la distinguía. Su tendencia calculadora le hizo ver cómo sabía comunicar su atención a cualquier interlocutor y lo halagaba sólo por la atención que le prestaba. A Servilia le gustaban los hombres, y ellos lo percibían. El general sacudió la cabeza ligeramente. Le molestaba su propia reacción ante ella, pero era tan diferente de Cornelia que ni se le ocurrió compararlas.

Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de la compañía de una mujer, y eso sólo sucedía cuando Bruto conseguía hacerle beber tanto como para que no le importara. Servilia le recordó el mundo que existía más allá de la ruda relación con sus soldados.

Se sentía desequilibrado ante ella, falto de práctica. Pensó fugazmente que tendría que poner especial atención en mantener las distancias. Una mujer tan experta podía comérselo vivo.

Desechó ese pensamiento con una sacudida, irritado por la debilidad. Era la primera mujer que se sentaba a su mesa desde hacía meses, y él reaccionaba con la misma sofisticación que Octavio, aunque esperaba que sus pensamientos no se transparentasen tanto como los del joven. Bruto no dejaría de burlarse de él si lo

notase. Se estremeció al imaginarse las bromas y apartó la copa de vino con firmeza. Pasara lo que pasase, Servilia no se interesaría jamás por un amigo de su hijo. La mera idea era ridícula.

Octavio interrumpió sus reflexiones al ofrecer a Servilia, desde el lado opuesto de la mesa, el último bocado de un plato de verdura. El joven romano se había hecho muy fuerte y hábil bajo la tutela de Bruto y Domitio, y Julio se preguntó si el muchachito tendría tanto que temer de los aprendices de la ciudad como antiguamente. Le pareció que no. Había prosperado en compañía de los rudos soldados de la Décima, e incluso imitaba el andar de Bruto, cosa que al propio Bruto hacía mucha gracia. ¡Qué joven era! De pronto le pareció curioso haberse casado cuando sólo tenía un año más que él.

—Esta mañana aprendí una finta nueva, señor —dijo Octavio con orgullo.

Julio le sonrió.

—Tendrás que demostrármelo —le dijo, y le revolvió el pelo.

Octavio respondió al detalle de afecto con una sonrisa radiante.

—Entonces ¿mañana harás la instrucción con nosotros? —preguntó preparado para recibir una decepción.

Julio negó con la cabeza.

—Me voy unos días con Renio a las minas —dijo—, quizá cuando vuelva.

Octavio fingió que le agradaba la idea, aunque todos entendieron que se lo tomaba como una negativa directa. Julio estuvo a punto de cambiar de opinión, pero los negros humores que lo acosaban volvieron a abrirse paso en sus pensamientos. Nadie entendía lo que hacía. Los demás eran alegres y despreocupados como niños, pero eso era un lujo que él ya no se podía permitir. Olvidándose de la decisión que había tomado antes, alcanzó la copa y la vació de un trago.

Bruto vio que su amigo se deprimía y se esforzó por procurarle distracción.

—El forjador hispánico empieza a trabajar con nuestra legión mañana. ¿No puedes retrasar el viaje para comprobar en qué has invertido el dinero?

Julio lo miró de tal forma que sembró la incomodidad en la mesa.

—No, ya está todo preparado —dijo volviéndose a llenar la copa; derramó unas gotas de vino en la mesa y maldijo para sí. Se miró las manos frunciendo el ceño. ¿Le temblaban? No estaba seguro. La charla se reanudó forzosamente en la mesa y Julio los observó uno por uno buscando indicios de que alguno hubiera notado su debilidad. Sólo Cabera lo miró a los ojos con expresión bondadosa. Julio vació la copa, súbitamente irritado con todos.

Servilia se humedeció los dedos en un cuenco de agua y se los pasó delicadamente por los labios para limpiárselos, gesto que llamó la atención a Julio, aunque ella no pareció notarlo.

—Ha sido una cena encantadora, pero el viaje me ha agotado —dijo sonriendo—.

Me levantaré temprano para ver la instrucción, Octavio, si no te importa.

—Claro, ven a vernos —replicó Bruto encantado—. Además te dejaré un carruaje preparado en los establos. Esta fortificación, comparada con otras, es de lujo. Te encantará.

—Si me buscas un buen caballo, no me hará falta un carruaje —contestó Servilia advirtiendo un destello en los ojos de Julio, que procesaba la información. Los hombres eran unos seres bien extraños, pero todavía no había conocido a ninguno al que no le complaciera la idea de una mujer hermosa montando a caballo.

—Espero que mis muchachas no sean un obstáculo para vosotros. Mañana buscaremos alojamiento en la ciudad. Buenas noches, caballeros. General...

Todos se levantaron con ella, pero ella volvió a experimentar un curioso escalofrío de emoción cuando su mirada se cruzó con la de Julio.

El general se levantó poco después de que ella abandonara la sala y se tambaleó ligeramente.

—Bruto, he dejado en tu cuartel las órdenes para el tiempo que voy a estar ausente. Asigna una guardia a las muchachas mientras estén bajo nuestra tutela. Buenas noches. —Salió sin añadir una palabra más, caminando con la tirantez exagerada de quien pretende disimular el efecto del exceso de vino en la sangre. Se produjo entonces un penoso silencio.

—Cuánto me alegro de tener caras nuevas por aquí —dijo Bruto alegremente, evitando temas más delicados—, ¿no os parece? Ahora esto se animará un poco. Estaba todo muy apagado últimamente.

Cabera silbó quedamente.

—Con una mujer así todos los hombres parecen tontos —dijo en voz baja, en un tono que suscitó una perpleja mirada de Bruto. Pero la expresión del anciano era impenetrable, sólo sacudía levemente la cabeza mientras se servía más vino.

—Es muy... elegante —corroboró Domitio tras buscar arduamente una palabra.

—¿Y qué esperabas, después de ver cómo manejo la espada? —replicó Bruto con un resoplido—. No podía ser hijo de una muía de tiro, ¿verdad?

—En efecto, sí, siempre dije que tus gestos tenían algo muy femenino —replicó Domitio frotándose la frente como si pensara—. Sí, ahora lo veo claro. Aunque a ella le sienta mucho mejor.

—En mí es elegancia masculina, Domitio, ¡masculina! No me importaría nada demostrártelo mañana una vez más. —Bruto lo miraba sonriendo como de costumbre, con los ojos entrecerrados y una falsa expresión de ofensa en la cara.

—¿Yo tengo elegancia masculina, Domitio? —preguntó Octavio.

Domitio asintió lentamente.

—Tú sí, muchacho, por supuesto. Sólo Bruto lucha como una mujer.

Bruto soltó una estruendosa carcajada y arrojó un plato a Domitio, el cual lo

esquivó sin problemas. El plato se estrelló en el suelo y todos se quedaron inmóviles, cómicamente, hasta que la tensión se disolvió en buen humor de nuevo.

—¿Por qué tu madre quiere ir a una casa de la ciudad? —preguntó Octavio.

Bruto lanzó una mirada cortante al joven y sintió lástima de repente por tener que reventarle la inocencia.

—Cuestión de negocios, muchacho. Supongo que las jóvenes que ha traído empezarán a distraer a la legión dentro de poco.

Octavio miró perplejo alrededor, pero enseguida comprendió. Todos lo observaban atentamente.

—¿Crees que cobrarán la tarifa completa a alguien tan joven como yo? —preguntó.

Bruto le arrojó un plato, pero golpeó a Cabera. Tumbado en el estrecho camastro del piso superior, en su habitación, Julio oyó las carcajadas y cerró los ojos con todas sus fuerzas.

III

A Servilia le gustó la ciudad de Valencia inmediatamente. Las calles estaban limpias y eran bulliciosas. Se respiraba una abundancia en el ambiente que le producía picor en la palma de las manos. Sin embargo, a pesar de las muestras de riqueza, poseía una frescura que su propia y antigua ciudad había perdido hacía siglos. Era una ciudad más inocente. Encontrar un edificio apropiado le resultó incluso más fácil de lo previsto, sin funcionarios intermediarios a quienes hubiera que pagar para poder firmar los documentos; fue simplemente cuestión de encontrar el sitio adecuado y pagar en oro al propietario. Era un placer, después de la burocracia de Roma, y los soldados que Bruto le había asignado le enseñaron tres edificios posibles tan pronto como les preguntó. Los dos primeros se encontraban cerca del mar y podrían atraer a los empleados del puerto con más facilidad de lo deseable. El tercero era perfecto.

Se hallaba en una calle tranquila que daba al mercado, lejos de los muelles. Era un edificio espacioso con una fachada impresionante de cal blanca y madera noble. Hacía mucho tiempo que Servilia sabía de la necesidad de presentar una fachada agradable al mundo. Naturalmente, en todas las ciudades había casuchas mugrientas escondidas donde viudas y prostitutas ganaban algún suplemento a sus propias expensas, pero la clase de establecimiento que ella quería atraería dignatarios y oficiales de la legión, y sería proporcionalmente más caro.

Puesto que la Décima estaba construyendo tantas viviendas nuevas, Servilia pensó que podría regatear un poco con el propietario, y el precio que acordaron fue finalmente una ganga, incluidos los muebles que llegarían después. Algunos tendrían que viajar desde Roma, aunque una rápida visita a las costureras de la ciudad concluyó con una serie de tratos y pagos menores.

Una vez en posesión de la casa, contrató a un extrovertido comerciante para que se hiciera cargo de una lista de recados en Roma. Necesitaría al menos otras cuatro mujeres, y se tomó todas las molestias para describir las características requeridas. Era importante sentar fama de calidad.

Tres días más tarde sólo quedaba poner nombre a la casa, aunque eso le causó más problemas de los que pensaba. La ley no prohibía nada específicamente, pero el instinto le aconsejaba un nombre discreto a la par que sugestivo, Casa de los Arietes y cosas por el estilo no le serviría.

Por fin Angelina la sorprendió con una inspiración: La Mano Dorada era erótico sin resultar crudo; se preguntó si la joven se habría inspirado en el color claro de su propia piel. El día en que la adquirió, Angelina se había lanzado a darle un beso en cada mejilla. Sin duda podía ser una criatura adorable cuando se salía con la suya.

La mañana del tercer día desde su llegada a la ciudad Servilia presencié cómo colocaban el cartel, dibujado con delicadeza y colgado de unos ganchos de hierro;

sonrió cuando los pocos legionarios de la Décima prorrumpieron en aclamaciones. Ellos harían correr la voz de que la casa estaba abierta, y esperaba que la primera noche fuera muy movida. A partir de ahí el futuro estaba asegurado y podría dejar el control en manos de otra persona al cabo de pocos meses. Le tentaba la idea de abrir establecimientos similares en todas las ciudades hispánicas. Ambiente romano y las mejores muchachas. El mercado existía, y el dinero entraría en sus arcas a raudales.

Se volvió hacia los soldados de su hijo y sonrió.

—Espero que consigáis pases para salir esta noche. —Les dijo alegremente.

Se miraron unos a otros, conscientes de que las guardias en el puerto se habían convertido de pronto en un valioso objeto de trueque.

—A lo mejor tu hijo intercede por nosotros, señora —replicó el oficial.

Servilia frunció el ceño. Aunque no habían tratado el tema abiertamente, sospechaba que Bruto no se sentía del todo cómodo con sus negocios. Se preguntó si Julio sabría algo de la nueva casa y qué le parecería la idea. Puesto que se encontraba ausente, en las minas, quizá no hubiera oído hablar de sus planes, aunque tampoco se le ocurría qué clase de objeciones podría poner.

Se pasó la mano por el cuello al pensar en él. Regresaría de las minas ese mismo día. Seguramente en esos momentos estaba ya comiendo en los barracones, y si ella se ponía en marcha sin demora, podría estar de vuelta en la fortificación antes de que el día concluyera.

—Necesito una guardia permanente en la casa —dijo en cuanto se le ocurrió la idea—. Si lo deseáis, pediré al general que os asigne este puesto —dijo al oficial—. Al fin y al cabo, soy ciudadana romana.

Los soldados se miraron unos a otros haciendo conjeturas a toda prisa. La propuesta era maravillosa, pero la sola idea de que César oyera sus nombres como centinelas de un prostíbulo era suficiente para enfriar los ardores a cualquiera. De mala gana los soldados negaron con la cabeza.

—Creo que el general preferirá una guardia de soldados locales —dijo el oficial por fin.

Servilia tomó las riendas del caballo de manos de un soldado de la Décima y saltó a la silla. Las calzas le quedaban un poco sueltas, pero una falda o una estola no habrían sido apropiadas.

—Bien, en marcha, muchachos; vamos a preguntarle, y ¡a ver qué pasa! —dijo.

Hizo dar media vuelta al caballo y partieron al trote. Los cascos resonaban con fuerza en la calle y las mujeres del lugar enarcaban las cejas al ver a la extraña señora romana que montaba como los soldados.

Julio estaba saludando a un anciano del lugar cuando Servilia entró al galope por las puertas de la fortificación. Durante el día las puertas permanecían abiertas, y los soldados que la escoltaban entraron directamente en el patio con un simple saludo.

Después se fueron a dar de comer y beber a los caballos y la dejaron sola. En ese momento se dio cuenta de que ser la madre de Bruto era muy práctico.

—Me gustaría hablar un momento contigo, general, si es posible —dijo acercándose a la pareja con su caballo.

Julio frunció el ceño disimulando mal la cólera.

—Te presento al alcalde Del Subió. Me temo que no podré verte esta tarde. Mañana quizá.

Se dio media vuelta dispuesto a acompañar al anciano al edificio principal, y Servilia habló rápidamente, tras saludar al alcalde con una rápida sonrisa.

—Tenía intención de ir a visitar otras ciudades a caballo. ¿Podrías recomendarme una ruta?

Julio se volvió al anciano.

—Por favor; discúlpame un momento —dijo.

Del Subió respondió con una inclinación de cabeza mirando a Servilia fijamente; tenía las cejas muy pobladas. Si él fuera el general romano, no permitiría que semejante belleza tuviera que quedarse sola haciendo mohines. A pesar de la edad, Del Subió sabía apreciar a una mujer hermosa, y le intrigó el motivo de la irritación de César.

Julio se dirigió a Servilia.

—Las montañas no son del todo seguras. Hay bandidos y viajeros que no dudarían en atacarte. Con un poco de suerte sólo te robarían el caballo, y sólo tendrías que volver a pie.

Comunicada la advertencia, se dispuso a dar media vuelta en dirección al alcalde, pero Servilia intervino rápidamente.

—En tal caso, quizá te gustaría acompañarme para protegerme —le dijo en voz baja.

Julio se quedó inmóvil, mirándola a los ojos. El corazón le martilleaba el pecho sólo de pensarlo y tardó un momento en controlarse. No era fácil negarle algo a esa mujer, pero esa tarde tenía muchas cosas que hacer. Echó una ojeada al patio y descubrió a Octavio, que salía de los establos. Con un silbido agudo, captó la atención del muchacho.

—Octavio, ensíllate un caballo. Sales en misión de escolta.

El joven saludó y desapareció de nuevo en la oscuridad de los establos.

Julio miró a Servilia sin expresión, como si se le hubiera olvidado todo de pronto.

—Gracias —le dijo, pero él no respondió, ya se alejaba con Del Subió hacia el interior.

Octavio reapareció a caballo y tuvo que agacharse al pasar bajo el arco de los establos. La expresión de Servilia le congeló la sonrisa en la cara; la mujer, sujetándose a la perilla de la silla, levantó una pierna y montó. Nunca la había visto

enfadada, pero la furia que le ardía en los ojos la hacía más bella. Sin dirigirle la palabra, salió por las puertas al galope obligando a los centinelas a hacerse a un lado para no ser arrollados. Octavio la siguió con los ojos abiertos de sorpresa.

Cabalgó un rato a galope, y por fin redujo a un trote más tranquilo. Octavio salvó la distancia y se situó justo detrás de ella, demostrando un gran dominio de la equitación al igualar con habilidad su paso. Advirtió que Servilia montaba bien, según los cánones de los *extraordinarii*. Con pequeños tirones de riendas, conducía la montura sorteando obstáculos a izquierda y derecha; en una ocasión saltó por encima de un árbol caído, se puso de pie en la silla y llegó al otro lado sin la menor vacilación.

Octavio la observaba embelesado, pero se propuso no decir nada hasta que tuviera algo suficientemente maduro e interesante que decir. La inspiración no llegó y ella prefería continuar en silencio, descargando la rabia contra el desdén de Julio por medio del ejercicio agotador. Por fin se detuvo jadeando levemente. Dejó que Octavio se acercara y le sonrió.

—Dice Bruto que eres pariente de César. Háblame de él.

Octavio sonrió a su vez, incapaz de resistirse al encanto femenino y sin preguntarse por los motivos de la mujer.

Hacía una hora que Julio había despedido al último suplicante y estaba solo junto a la ventana que se asomaba a las montañas. Había firmado órdenes de reclutar a mil braceros más para las minas y habían acordado compensaciones para tres propietarios cuyas tierras habían quedado partidas por los nuevos edificios de la costa. ¿Cuántas reuniones más había tenido? Le dolía la mano de la cantidad de cartas que había escrito, y se la frotaba ligeramente con la otra mientras esperaba. El último escribano se había retirado hacía un mes, y se resentía mucho de la pérdida. Había colgado la armadura de un árbol de madera, al lado del escritorio, y el aire del crepúsculo le agitaba agradablemente la sudada túnica interior. Bostezó y se frotó la cara enérgicamente. Estaba oscureciendo, pero Octavio y Servilia no habían regresado. Se preguntó si la mujer sería capaz de hacer llegar tarde al muchacho sólo por causarle una preocupación, o si les habría sucedido algún percance. Quizá uno de los caballos se hubiera roto una pata y tuvieran que volver andando a la fortificación.

Resopló. De ser así, esa mujer aprendería bien la lección. Fuera de las calzadas la tierra era escarpada e inhóspita. Un caballo podía malherirse con facilidad, sobre todo en la oscuridad del anochecer, que ocultaba los agujeros y las madrigueras de los animales.

Preocuparse era una ridiculez. Perdió la paciencia dos veces y se alejó de la ventana, pero al repasar mentalmente las tareas del día siguiente, volvió a asomarse a mirar las montañas, a ver si los divisaba. Sin la brisa, la habitación sería asfixiante, pensó, excesivamente cansado para creer en sus propios engaños.

Cuando el sol no era más que una línea roja sobre las montañas, oyó ruido de cascos en el patio y se alejó apresuradamente de la ventana para que no lo vieran. ¿Quién era ella para causarle tanta inquietud? Calculó el tiempo que tardarían en cepillar y abrevar los caballos antes de entrar en el edificio. ¿Volverían a reunirse con los oficiales en la mesa del comedor? Tenía hambre, pero no le apetecía recibir invitados. Mandaría que le subieran la cena y...

Unos golpes discretos en la puerta interrumpieron sus pensamientos y lo sobresaltaron. Sabía que sería ella desde el momento en que carraspeó y dijo «adelante».

Servilia abrió la puerta y entró. Estaba completamente despeinada de la cabalgata y con las mejillas tiznadas de suciedad. Olía a paja y a caballo; su presencia le aguzaba todos los sentidos. Comprobó que todavía estaba enfadada y que se esforzaba por no decir lo que había ido a decir. Realmente se había excedido presentándose así, sin ser anunciada siquiera. ¿Qué estaba haciendo el centinela de abajo? ¿Echándose una siesta? Se juró preguntárselo tan pronto como ella se hubiera marchado.

Sin hablar, Servilia entró en la habitación, se plantó delante de él antes de que reaccionara y le puso la mano en el pecho para notar los latidos del corazón bajo la tela.

—Veo que no te has enfriado todavía, pero tenía mis dudas —dijo en voz baja, en un tono íntimo que lo inquietó y le impidió sentir la cólera que esperaba.

Todavía notaba la sensación de su mano en el pecho, como si le hubiera dejado una señal invisible. Estaba frente a él, muy cerca, y de pronto se dio cuenta de lo oscura que estaba la habitación.

—Bruto estará preguntándose dónde has ido —le dijo.

—Sí, es muy protector conmigo —replicó.

Dio media vuelta para marcharse y Julio estuvo a punto de pedirle que se detuviera, pero, confuso, se quedó mirándola alejarse.

—No creo que... necesites mucha protección —murmuró.

En realidad no tuvo intención de que ella lo oyera, pero la vio sonreír cuando cerró la puerta al salir dejándolo solo, sumido en un caos de pensamientos. Tenía la sensación de que la mujer lo acechaba, pero no le resultaba desagradable. El cansancio desapareció y pensó que, al fin y al cabo, bien podría reunirse con todos a cenar en la mesa del comedor.

La puerta se abrió de nuevo y allí estaba ella otra vez.

—¿Vendrás mañana conmigo? —le preguntó—. Octavio dice que conoces el territorio mejor que nadie.

Asintió despacio, incapaz de recordar qué reuniones había acordado, y sin que le importase. ¿Cuánto tiempo hacía que no se tomaba un día Ubre?

—De acuerdo, Servilia. Mañana por la mañana —dijo.

Ella sonrió sin decir una palabra y cerró la puerta silenciosamente tras de sí. Julio aguardó un momento, hasta que oyó pasos ligeros bajando las escaleras, y se relajó. Le sorprendió descubrir que le apetecía.

A medida que la luz se desvanecía, el horno fue convirtiendo el taller en un antro de fuego y sombras. Sólo el fuego de la forja iluminaba a los herreros romanos, que aguardaban con impaciencia a que les enseñaran el secreto del hierro duro. Julio había pagado una fortuna por las enseñanzas de un maestro hispánico, pero era un saber que no podía transmitirse en un momento, ni en un solo día. Para exasperación de todos, Cavallo les había hecho seguir todo el proceso paso a paso. Al principio se habían resistido a que los tratara como aprendices, pero después el más experto del grupo comprobó la precisión de cuanto el hispánico decía respecto al oficio y empezó a prestar atención. Habían cortado madera de ciprés y de aliso por orden suya y habían apilado los leños en un pozo grande como una casa, que después cubrieron con cal, para los cuatro primeros días. Mientras la madera se carbonizaba, les enseñó la caldera del mineral y los aleccionó sobre el lavado de la roca bruta, que después se enterraba en carbón vegetal para extraer el metal.

A todos les entusiasmaba el oficio, y al final del quinto día asistieron emocionados a los últimos pasos, cuando Cavallo llevó una porción de pasta de hierro a la fragua y vertió el líquido en unos moldes de arcilla, donde finalmente se transformó en pesadas barras de hierro que extendió sobre el banco de trabajo para que las examinaran.

—La madera de aliso arde con menos calor que ninguna otra, y los cambios se producen más despacio. Hace endurecerse más el metal, a medida que consume carbón vegetal, pero es sólo una parte —les dijo echando una de las barras al brillante fuego amarillo de la fragua.

Apenas había espacio para templar más de dos piezas a la vez, de modo que se apiñaron todos alrededor de la segunda copiando hasta el último movimiento y la menor instrucción que les daba. No cabían todos en el atestado taller, de modo que organizaron turnos para entrar y salir al fresco aire de la noche. Sólo Renio se quedó todo el tiempo en calidad de observador; sudando hasta no ver nada y tomando nota en silencio de todo el proceso.

También a él le fascinaba. Aunque había utilizado espadas toda su vida de adulto, jamás había visto cómo se hacían, y presenciar el proceso le dio una perspectiva de la pericia de los adustos hombres que transformaban la tierra en hojas brillantes.

Cavallo utilizaba un martillo para dar a la barra forma de espada, y la calentaba una y otra vez hasta darle aspecto de *gladius* negro y lleno de impurezas. Parte de la destreza consistía en calcular la temperatura del metal por el color cuando se sacaba de la forja. Cavallo extraía la hoja siempre en el momento preciso y la levantaba para

que todos observaran el tono amarillento antes de que desapareciera. Afilaba y batía el blando metal, y el sudor chisporroteaba en la hoja en gruesas gotas que desaparecían al contacto.

Cuando salió la luna, la barra del grupo romano podía compararse con la de Cavallo en todos los aspectos, y el hombre hizo un gesto de asentimiento y satisfacción. Sus hijos habían encendido un brasero bajo de carbón vegetal, de la longitud de un hombre, y antes de levantar la tapadera metálica brillaba con la misma intensidad que el horno. Mientras calentaba la espada una vez más, Cavallo señaló hacia una fila de delantales de cuero colgados en perchas. Eran gruesos y aparatosos de poner y estaban tiesos por el uso. Cubrían todo el cuerpo, desde el cuello hasta los pies, y sólo dejaban libres los brazos. El herrero sonrió cuando se los pusieron, ya se habían acostumbrado a seguir sus instrucciones sin preguntar.

—Tendréis que protegeros —dijo a los hombres, que probaban movimientos venciendo la resistencia del mandil.

A una señal suya, sus hijos levantaron la tapadera del brasero de carbón vegetal con unos ganchos y Cavallo sacó la espada de la fragua haciendo una floritura. Los herreros romanos se acercaron aún más, pues iban a presenciar una parte del proceso que no conocían. Renio tuvo que apartarse ante la súbita varada de calor y estiró el cuello para ver lo que pasaba.

En la hoguera blanca de carbón vegetal Cavallo volvió a golpear la hoja arrancando chispas y fragmentos de fuego al aire. Una fue a parar a su cabeza, pero se la sacudió automáticamente. Daba la vuelta a la hoja una y otra vez, el martillo la recorría de punta a punta sin la fuerza de los primeros golpes. El estridente sonido era casi suave, pero todos veían las oscuras costras de carbón que se quedaban pegadas al metal.

—Esto hay que hacerlo rápido. No tiene que perder mucha temperatura antes de meterla en el agua. Observad el color... ¡ahora!

Cavallo había bajado la voz y los ojos le brillaban de cariño por el metal. Cuando el hierro candente se oscureció, levantó las tenazas y hundió la espacia en un cubo de agua produciendo una nube de vapor que llenó el obrador.

—Y ahora, vuelta al fuego. Es el paso más importante. Si ahora os equivocáis con el color, la espada será quebradiza y no servirá para nada. Hay que aprender a reconocer el color, o todo lo que os he enseñado se echará a perder. A mí me parece el color de la sangre de un día, pero cada uno tiene que buscar su impresión y no olvidarla.

La segunda espada estaba preparada, y Cavallo repitió los golpes en el brasero levantando más chispas en el aire. Habían comprendido perfectamente para qué servían los mandiles de cuero.

Un romano lanzó un gruñido de dolor cuando una chispa le cayó en el brazo y

tardó unos instantes en quitársela.

Las espadas pasaron por el fuego cuatro veces más, hasta que por fin Cavallo hizo un gesto de asentimiento. Todos sudaban y apenas viento entre la niebla cargada de humedad del obrador. Solo las hojas se distinguían entre la bruma, pues quemaban el aire, que se alejaba de ellas describiendo un rastro claro.

Fuera clareaba el alba en las montañas, pero ellos no veían la luz. Habían estado tanto tiempo con los ojos fijos en el horno que cualquier otra cosa era sólo oscuridad.

Los hijos de Cavallo taparon el brasero y lo arrinconaron de nuevo contra la pared. Mientras los romanos respiraban y se enjugaban el sudor de los ojos, el herrero cerró la fragua, retiró los tubos de los respiraderos y los colgó cuidadosamente en su lugar, listos para volver a entrar en funcionamiento cuando fuera necesario. El calor era asfixiante todavía, pero predominaba la sensación del final de la jornada, y el maestro fraguero se giró hacia el grupo con una negra hoja en cada mano, sujetándolas por la estrecha espiga en la que se encajaría la empuñadura antes de poder utilizar las armas.

Tenían un aspecto mate y rústico. Aunque las había forjado con el único instrumento de su propia vista, eran idénticas en longitud y anchura, y cuando se enfriaron lo suficiente para poder pasárselas a los romanos, éstos las sopesaron y les pareció que también eran idénticas en cuanto al peso. Reconocieron con gestos la pericia del maestro y ya no lamentaban el tiempo que habían pasado lejos de sus propios obradores. Todos comprendieron que habían recibido un saber de mucho valor y sonreían como niños con las hojas desnudas en la mano.

Renio también las tocó, aunque no fue capaz de juzgar el peso sin el pomo. Esas espadas habían salido del suelo hispánico, y pasó un dedo por el rudo metal con la esperanza de saber transmitir a Julio esos momentos gloriosos.

—El brasero de carbón vegetal les da una coraza dura que recubre el interior; más flexible. Estas espadas no se quebrarán en la batalla siempre y cuando no dejéis impurezas en el interior, o las enfriéis a destiempo. Permitidme —dijo Cavallo con la voz tensa de orgullo.

Cogió las hojas de manos de los herreros romanos y les hizo una seña para que se retiraran. Entonces descargó un golpe fuerte contra el borde de la fragua con cada una, produciendo un sonido profundo como de campana al amanecer. Las hojas quedaron indemnes y el hombre soltó el aire retenido lentamente, satisfecho.

—Éstas matarán hombres. Convertirán la muerte en un arte —dijo con respeto, y ellos lo entendieron—. Señores, comienza un nuevo día. El carbón vegetal estará listo a mediodía y cada cual regresará a su taller a hacer nuevas espadas. Me gustaría verlas, todas las que salgan de vuestras manos, dentro de, pongamos... tres días. Dejadlas sin empuñadura, las haremos aquí, todos juntos. Ahora me voy a la cama.

Los herreros romanos le dieron las gracias con un murmullo y salieron en grupo

del obrador, mirando hacia atrás con nostalgia las hojas que habían forjado esa noche.

IV

Pompeyo y Craso se levantaron de su asiento, colocado a la sombra, y saludaron a la multitud. Los aficionados a la carreras del Circus Maximus vitorearon a los cónsules, y la oleada de ruido y excitación resonó y rebotó por todo el atestado graderío. Pompeyo levantó la mano y Craso sonrió levemente, halagado por la atención que se le dedicaba. Pensó que la merecía, después del oro que había pagado por ello. Las *tessera* de la entrada, que eran de arcilla, llevaban estampado el nombre de los dos cónsules, y aunque se regalaban, Craso había oído decir que en las semanas anteriores a la celebración de las carreras habían adquirido valor de moneda. Muchos de los que ahora esperaban el comienzo de la primera carrera habían pagado cumplidamente por el privilegio de asistir. Nunca dejaría de asombrarle la facilidad con que su pueblo convertía en negocio incluso los regalos.

Hacía buen tiempo, sólo unos tenues jirones de nube flotaban sobre la pista mientras la multitud se acomodaba y las apuestas se cruzaban a gritos. En el graderío predominaba un ambiente muy animado y Craso advirtió que había pocas familias. Era triste, pero las carreras solían estropearse por las peleas que surgían en las localidades de la plebe a causa de las pérdidas en las apuestas. El mes anterior había sido necesario llamar a los legionarios para que desalojaran el circo e impusieran orden. El balance fue de cinco muertos en un disturbio menor cuando el favorito perdió la última carrera de la jornada.

Frunció el ceño pensando en ello y deseó que no volviera a suceder. Se irguió en el asiento para comprobar las posiciones de los soldados de Pompeyo en las puertas y en los pasillos principales. Le pareció que serían suficientes para intimidar incluso a los más imprudentes. No quería que su año de cónsul fuera recordado por la inestabilidad civil. Tal como estaban las cosas, su refrendo de los candidatos a las próximas elecciones todavía valdría mucho. Aunque aún le quedaba más de la mitad de la legislatura por delante, las facciones del senado habían empezado a moverse, pues los que aspiraban a los puestos superiores iban dándose a conocer. Era el juego más importante de Roma, y Craso sabía que los favores que otorgara valdrían su peso en poder, para el año siguiente cuando menos.

Miró a Pompeyo de soslayo preguntándose si también estaría pensando en el futuro. Siempre que sentía la tentación de maldecir la ley que los refrenaba, se consolaba pensando que Pompeyo estaba sujeto a la misma ley. Roma no permitiría que otro Mario ejerciera de cónsul una legislación tras otra. Aquellos días negros habían pasado con la sombra de Sila y la guerra civil. De todas formas, nada impedía a Pompeyo preparar a sus propios favoritos para la sucesión.

Le habría gustado sacudirse de encima la sensación de ineptitud que lo asaltaba siempre que estaba junto a Pompeyo. Aunque sus rasgos faciales eran acusados,

Pompeyo era exactamente como se suponía que tenía que ser un cónsul, ancho de espalda y fuerte, con el cabello levemente entrecano. Se preguntó si esa imagen tan digna que daba su colega no se debería a un retoque de polvos blancos en las sienes. Pero ni sentado a su lado podía estar seguro.

Y por si los dioses no lo hubiesen favorecido bastante, parecía que además contaba con la bendición de todas las divinidades en las campañas militares. Había prometido al pueblo librar los mares de piratas, y en pocos meses la flota romana había limpiado el Mare Internum de carroñeros. El comercio floreció, tal como había prometido. En la ciudad nadie agradecía a Craso la financiación de las campañas ni la carga asumida de las naves que se perdían. Al contrario, se veía obligado a echar más oro al pueblo para que no lo olvidara, mientras que Pompeyo se columpiaba tranquilamente en la adoración que le profesaban.

Mientras pensaba tamborileaba con los dedos de una mano sobre la otra. Los ciudadanos de Roma sólo respetaban lo que veían con los ojos. Si organizara su propia legión para patrullar por las calles de la ciudad, alabarían su nombre cada vez que uno de sus hombres atrapara a un ladrón o impidiese una pelea. Mientras no la tuviera, sabía que Pompeyo jamás lo trataría de igual a igual. La idea no era nueva, pero no acababa de decidirse a plantar un nuevo estandarte en el Campo de Marte. Por otra parte, siempre estaba el temor de que la valoración que Pompeyo hacía de él fuera acertada. ¿Qué victorias por Roma podía atribuirse él? Por muy brillante armadura que llevara, una legión necesitaba un buen comandante, cosa que a Pompeyo no parecía costarle ningún esfuerzo, pero Craso no soportaría sufrir otra humillación.

Pensó en el desastre que había sido la campaña contra Espartaco. Seguro que todavía se burlaban de él por el muro que había levantado en la punta de Italia. Ningún senador lo recordaba en público, pero había corrido la voz entre los soldados, y sus espías le informaban de que todavía era tema de risa entre las gentes de la ciudad. Pompeyo le decía que no tenía importancia, pero, naturalmente, podía permitirse la complacencia. Quienquiera que fuese el candidato elegido a finales de año, la influencia de Pompeyo en el senado se mantendría. Ojalá pudiera él estar tan seguro de su posición.

Los dos cónsules observaron el traslado de los siete huevos de madera al centro de la pista, que se irían retirando de uno en uno, al comienzo de cada vuelta, hasta el último, que marcaría el frenesí característico del final de todas las competiciones.

Cuando la ceremonia de apertura concluía, Craso hizo una seña y un elegante esclavo que aguardaba detrás de él se adelantó a recoger sus apuestas. Pompeyo había desaprovechado la ocasión, pero él había empleado una provechosa hora con los aurigas y los caballos en los umbríos establos construidos debajo del graderío. Se tenía por buen juez y pensaba que la pareja de blancos hispánicos de Paulo era

imparable. Pero tenía dudas, y el esclavo seguía esperando para llevar la apuesta a sus amos. El valle delimitado por las colinas era perfecto para los caballos que preferían terreno blando, pero había llovido poco en la última semana y el polvo se levantaba del suelo en espirales, al pie del palco de los cónsules. Se notó la boca seca mientras tomaba una decisión. Paulo se había mostrado muy seguro, y a los dioses les gustaban los jugadores. Al fin y al cabo, era su día de suerte.

—Tres sestercios por la pareja de Paulo —dijo tras una larga pausa. El esclavo asintió, pero no bien hubo dado media vuelta, las manos huesudas de Craso lo agarraron por el brazo—. No; sólo dos. La pista está muy seca.

Cuando el esclavo se marchó, Craso se dio cuenta de que Pompeyo sonreía.

—La verdad, no sé por qué apuestas —le dijo Pompeyo—. Debes de ser el hombre más rico de Roma, pero apuestas con menos valentía que la mitad de los que están aquí. ¿Qué son para ti dos monedas de plata? ¿Una copa de vino?

Craso se quedó tenso al oír hablar de un tema ya conocido. A Pompeyo le gustaba tomarle el pelo, pero no le importaba pedirle oro cuando lo necesitaba para sus mimadas legiones. Ése era el placer secreto de Craso, aunque se preguntaba si Pompeyo se lo plantearía alguna vez. Para él habría sido como un veneno lento, pero Pompeyo siempre parecía de buen humor. Ese hombre no tenía noción de la dignidad que daba la riqueza, ni la menor noción.

—Es posible que un caballo se rompa una pata en cualquier carrera. ¿Crees que voy a apostar por el azar?

El esclavo de las apuestas regresó y entregó a Craso una ficha, que éste apretó en la mano. Pompeyo lo miraba con sus ojos claros y cierto ademán de desprecio que Craso fingió no percibir.

—Aparte de Paulo, ¿quién más corre en la primera? —preguntó Pompeyo al esclavo.

—Otros tres, amo. Una pareja nueva de Tracia, Dacio de Mu —tina y otra pareja que han mandado desde Hispania. Dicen que los caballos de Hispania tuvieron que aguantar una tormenta, y que les afectó bastante. Hasta ahora casi todas las apuestas se han ido a favor de Dacio.

Craso lanzó una mirada al esclavo.

—Eso no me lo dijiste antes —le espetó—. Paulo ha traído los caballos de Hispania. ¿Vinieron en el mismo barco?

—No lo sé, amo —replicó el esclavo inclinando la cabeza.

Craso enrojeció pensando en cambiar su apuesta antes de que comenzara la carrera. Pero no, no ante Pompeyo, a menos que encontrase una excusa para ausentarse unos momentos.

Pompeyo sonrió al ver el azoramiento del otro cónsul.

—Me fío del pueblo. Cien monedas de oro por Dacio.

El esclavo ni siquiera parpadeó al oír una cantidad superior incluso a su propio precio de venta.

—Por supuesto, amo. Ahora te traigo la ficha. —Aguardó un instante con expresión interrogativa, pero Craso se limitó a fulminarlo con la mirada.

—Rápido, la carrera está a punto de comenzar —lo instó Pompeyo.

El esclavo salió a toda prisa. Dos hombres con sendas banderas se acercaban a la larga trompa de bronce del extremo de la pista. La multitud gritó cuando sonó la nota y las puertas de los establos se abrieron.

En primer lugar salió el romano Dacio, con un carro ligero tirado por una pareja de caballos de color oscuro. Craso se removió inquieto al advertir la arrogante postura y el equilibrio del auriga, que daba una vuelta para dirigirse a la línea de salida. Era fornido y de baja estatura, y la multitud lo aclamaba con entusiasmo. Dirigió un saludo al palco de los cónsules, Pompeyo le devolvió el saludo poniéndose en pie y Craso hizo lo mismo, pero Dacio ya había pasado de largo hacia su puesto.

—Hoy parece hambriento, Craso. Los caballos muerden el bocado —comentó Pompeyo a su colega animosamente.

Craso hizo caso omiso y se quedó mirando el siguiente carro que salía a la arena. Se trataba del tracio, con distintivos verdes. El barbudo auriga era inexperto, pocos habían apostado por él. No obstante, lo animaron como a los demás, aunque la atención general ya se desviaba hacia los establos para ver salir a la última pareja de la oscuridad.

Paulo tiró de las largas y sueltas riendas de sus caballos al salir como un rayo de la oscuridad. Al verlo, Craso dio un golpe en la barandilla con el puño.

—Dacio tendrá que esforzarse mucho para ganarlos. Observa en qué condiciones se encuentran, Pompeyo. Inmejorables.

En efecto, Paulo saludó a los cónsules con gran seguridad. Craso vio, incluso a esa distancia, el destello blanco de sus dientes sobre la piel oscura, y su preocupación se disipó. La pareja de caballos ocupó su lugar con los demás, y el último competidor hispánico salió y se unió también a ellos.

Craso no había visto nada malo en los caballos en la visita previa, pero ahora los estudiaba buscando síntomas de debilidad. A pesar de lo que había dicho a Pompeyo, de pronto se convenció de que el tiro de Paulo parecía más intranquilo que los demás. Volvió a sentarse de mala gana al oír el segundo toque de la trompa, que señalaba también el cierre de las apuestas. El esclavo volvió con la ficha de Pompeyo y el cónsul empezó a jugar con ella mientras esperaban.

Se hizo el silencio en todo el circo. La pareja de Dacio se asustó por algún motivo y se metió contra la del tracio, y ambos aurigas hicieron restallar el látigo por encima de la cabeza de los caballos. Todo buen auriga sabía lanzar la punta del látigo a centímetros de cualquiera de los caballos a galope tendido, y el orden quedó

restablecido rápidamente. Craso advirtió la calma del tracio y se preguntó si no habría perdido una oportunidad. El hombre, a pesar de su baja estatura, no parecía desplazado en absoluto entre los más experimentados.

Se mantuvo el silencio mientras los caballos piafaban y resoplaban en su lugar, hasta que la trompa sonó por tercera vez y el aullido del público ahogó el eco cuando los participantes tomaron la salida.

—Has hecho bien, Craso —dijo Pompeyo mirando por encima de la cabeza de la multitud—. No creo que haya un solo hombre en Roma que dude de tu generosidad.

Craso lo miró con perspicacia, buscando indicios de burla. Pero Pompeyo, impasible, no dio señas de percibirlo.

En la pista, los caballos alcanzaban la primera curva a todo galope. Los ligeros carros, arrastrados por los veloces caballos, dejaban profundos arcos alargados marcados en la arena. Los aurigas guardaban el equilibrio inclinándose hacia delante y sólo los sujetaba al carro su pericia y su fuerza; una exhibición impresionante. Dacio se coló limpiamente entre dos carros situándose enseguida en cabeza. Craso frunció el ceño.

—¿Ya sabes a quién darás tu apoyo en las elecciones de fin de año? —dijo con un forzado tono neutro.

—Es un poco pronto para pensar en eso, amigo mío —respondió Pompeyo con una sonrisa—. Todavía estoy disfrutando de mi propio mandato.

Craso resopló al oír la flagrante falsedad. Conocía demasiado a Pompeyo para creer en sus negaciones. Pompeyo se encogió de hombros bajo el peso de su mirada.

—Creo que el senador Prando se dejará convencer para formar la lista —dijo.

Craso sopesó las palabras sin dejar de mirar ni un instante a los corredores.

—Los hay peores —dijo finalmente—. ¿Y aceptaría que tú lo... orientaras?

A Pompeyo le brillaban los ojos de emoción, pues Dacio continuaba en primer lugar en la pista. Craso se preguntó si no estaría fingiendo entusiasmo sólo por fastidiarlo.

—¿Pompeyo? —insistió.

—No causaría problemas —replicó Pompeyo.

Craso disimuló su satisfacción. Ni Prando ni su hijo Suetonio eran influyentes en el senado, pero si colocaban a dos cónsules débiles, Pompeyo y él seguirían rigiendo los destinos de la ciudad, sólo que cambiando el aspecto público por el privado. Volver al anonimato de los últimos bancos después de haber gobernado Roma era una perspectiva poco atractiva para ambos. Se preguntó si Pompeyo sabría que la familia de Prando tenía deudas con él, y por tanto él ejercería cierto control si Prando era elegido.

—Aceptaría a Prando si estás seguro de él —dijo sobreponiéndose al alboroto de la multitud.

Pompeyo lo miró con una expresión jocosa. —Excelente, ¿sabes si Cinna se presentaría? Craso hizo un gesto negativo con la cabeza—. Se ha retirado por completo desde la muerte de su hija. ¿Tú has oído algo?

Estaba tan ansioso que agarró a Pompeyo por el brazo, pero Pompeyo hizo una mueca al notar el contacto. Craso lo odió en ese momento. ¿Con qué derecho se daba tanta importancia, cuando era él quien pagaba las facturas de sus grandes casas?

—Todavía no he oído nada, Craso. De todos modos, si no es Cinna, tenemos que encontrar a otro para el segundo lugar. Quizá no sea excesivamente pronto para empezar a cultivar a un nombre nuevo.

Al empezar la cuarta vuelta, Dacio iba en cabeza por un cuerpo entero, con el tracio pegado a sus ruedas. Paulo iba en tercer lugar, y los caballos hispánicos mareados cerraban la retaguardia. La multitud aullaba de contento y todas las miradas siguieron a los carros, que tomaban la curva más lejana y pasaban al galope por la salida de la quinta vuelta. El huevo de madera fue retirado y el griterío enronquecía.

—¿Has pensado en Julio? Está a punto de terminar la temporada en Hispania —dijo Craso.

Pompeyo lo miró con repentina preocupación. Todavía sospechaba de cierta lealtad de Craso hacia el joven César que él no compartía. ¿Acaso no había renunciado a las deudas de la Décima poco después de que Julio se hiciera cargo de ella? Pompeyo sacudió la cabeza.

—Él no, Craso. Ese perro tiene dientes. Seguro que tú tampoco deseas... trastornos.

Dacio había aumentado la distancia de ventaja y Craso siguió hablando, satisfecho de haber quebrantado la inalterable placidez de su colega.

—Dicen que César ha hecho grandes cosas en Hispania. Ha sometido nuevas tierras y nuevas ciudades a nuestro control. Creo que hasta se ha hablado de concederle el triunfo.

Pompeyo lo miró con suspicacia, frunciendo el ceño.

—No he oído hablar de ningún triunfo, y creo que me he expresado claramente. Cuando haya cumplido su tiempo en ese destino, lo mandaré a otro sitio. A Grecia quizá. No sé lo que planeas, pero olvídale, Craso. Vi a mis propios de pie bajo la lluvia en honor a su corona de roble. ¡Mis propios hombres rindiendo honor a un desconocido! Seguro que te acuerdas perfectamente de Mario. No nos hace ninguna falta otro Mario en la ciudad, y menos en calidad de cónsul.

Craso guardó un largo silencio y Pompeyo lo interpretó como señal de asentimiento.

En la pista Dacio estaba a punto de coronar una vuelta de ventaja al carro hispánico. El auriga, titubeando, dio un brusco viraje cuando Dacio lo superó y perdió el control una fracción de segundo. Fue suficiente. Con un estrépito que se oyó

a pesar del aullido de consternación de la multitud, las dos parejas chocaron y la limpia formación de caballos se convirtió en un caos de gritos en un instante.

El tracio tiró de las riendas para evitar el desastre. Hizo restallar el látigo, que cayó sobre los caballos del interior de la pista, y obligó a los suyos a acortar el paso para describir una curva que estuvo a punto de hacerlo volcar. El público miraba horrorizado cómo el auriga de corta estatura guiaba a sus caballos rodeando a los caídos y, salvado el momento crucial, una gran parte del circo se puso en pie y aplaudió su habilidad.

Pompeyo juró en voz baja al ver a Dacio todavía tirado en la arena. Se había retorcido una pierna de una forma rara. Se había machacado la rodilla y, aunque viviría, no podría volver a correr.

—Haz una seña a los guardias que he puesto a tu disposición, Craso. Va a haber pelea en cuanto se recuperen del susto.

Craso apretó las mandíbulas de rabia y levantó un puño cuando logró captar la mirada de un centurión. Los soldados bajaron a situarse entre los bancos, y no habrían podido hacerlo más a tiempo. Después de la conmoción por el desastre de caballos y carros, la multitud se había dado cuenta de que había perdido la apuesta y aullaba como un solo ser con frenética frustración. Las últimas vueltas transcurrieron sin incidentes y el tracio cruzó la meta en primer lugar ante la indiferencia general. Las peleas ya habían empezado y los legionarios actuaron rápidamente separando a los enzarzados con la espada plana.

Pompeyo hizo una seña a su guardia personal indicándole que estaba listo para salir. Cruzó una mirada con Craso al marcharse y vio la antipatía reflejada en su rostro, sin disimulo, por una vez. Al llegar a la calle, sumido en sus pensamientos, apenas fue consciente del disturbio que se organizaba a su espalda.

Julio desmontó a la entrada del pueblo; el caballo parecía reírse suavemente mientras mordisqueaba la hierba que crecía entre las piedras del antiguo camino. Servilia y él se habían adentrado en la región. No había señales de vida en las montañas de alrededor. Era un país precioso, con enormes extensiones de bosque y riscos calcáreos que se precipitaban sobre valles verdes. El sol había pasado su punto más alto en el cielo antes de que llegaran a ese lugar. Habían visto ciervos moteados y jabalíes, que huían chillando de los caballos.

Julio había tomado senderos largos y sinuosos para evitar cualquier encuentro con gente en el camino. Parecía satisfecho de estar a solas con Servilia, y a ella le halagaba. En algunos momentos tenían la impresión de ser los únicos seres vivos del mundo. Habían cruzado bosques umbríos y silenciosos casi como dos fantasmas, para salir después de entre los árboles a la brillante luz del sol sobre una llanura herbosa, que recorrían al galope abandonando la oscuridad temerariamente, jadeando y riéndose juntos. Servilia no recordaba un día más perfecto.

El pueblo al que la llevó era un lugar extraño situado en la cabecera de un valle. Un río pasaba por las cercanías pero, igual que en los bosques, ninguna voz rompía la quietud. Las casas se caían de viejas y por las ventanas asomaban helechos y enredaderas que crecían en el interior. Todo era decadencia, puertas abiertas de par en par que colgaban de sus goznes de cuero tieso, y fauna silvestre que huía sigilosamente al verlos avanzar a pie, con los caballos, por la calle hacia el centro. Les cohibía hablar en el silencio absoluto del pueblo vacío, se sentían intrusos. A Servilia le recordó a las bóvedas sonoras de los templos y se preguntó por qué la habría llevado allí.

—¿Por qué han abandonado el pueblo? —preguntó.

Julio se encogió de hombros.

—Quién sabe; por una invasión, por una enfermedad..., quizá simplemente querían fundar un nuevo hogar en cualquier otra parte. Al principio venía aquí frecuentemente, y ya hacía tiempo que habían saqueado las casas, queda poca cosa que hable de la forma en que vivían. Es un lugar extraño, aunque me encanta. Si alguna vez llegamos a este valle con puentes y calles nuevas, será triste verlo desaparecer.

Un fragmento descolorido de arcilla que podía haber sido un cartel en el pasado le rozó el pie, y se arrodilló para verlo de cerca. Le quitó el polvo con un soplo; no tenía nada grabado, y era tan fino que podía haberlo partido con los dedos.

—Supongo que antes se parecería a Valencia, con un mercado donde vendían las cosechas y niños corriendo por ahí, entre las gallinas. Ahora es difícil imaginárselo.

Servilia miró alrededor intentando imaginarse el lugar lleno de gente. Una lagartija corría por una pared, cerca de ella, y la miró a los ojos un momento antes de desaparecer bajo un alero hundido. Paseando por un sitio así, tema la extraña sensación de que en cualquier momento las calles se llenarían de vida y bullicio otra vez, como si el tiempo no se hubiera detenido.

—¿Por qué vienes aquí? —le preguntó.

La miró de refilón con una sonrisa extraña.

—Voy a enseñártelo —dijo doblando una esquina y saliendo a una calle más ancha.

Allí, las casas no eran más que montones de cascotes, y Servilia vio que al final se abría una plaza. El sol templaba el aire y lo llenaba de luz a medida que se acercaban; Julio apretó el paso y se adelantó cuando llegaron al amplio espacio.

Las grandes piedras de la plaza estaban agrietadas y bordeadas de hierbas y flores silvestres, pero Julio pasaba sin mirarlas, con los ojos fijos en un pedestal roto y en los restos de una estatua que había a su lado. Los rasgos de la estatua estaban erosionados casi por completo, y la piedra blanca, muy saltada y destrozada; sin embargo, Julio se aproximó con solemnidad. Ató los caballos a un arbolillo que

crecía entre las piedras de la plaza y, apoyado en la estatua, le pasó la mano por la cara. Le faltaba un brazo, pero todavía se advertía que había sido erigida en honor de un hombre poderoso. Servilia se fijó en los extraños caracteres grabados en el duro pedestal y los repasó con el dedo.

—¿Quién es? —musitó.

—Un sabio del lugar me ha dicho que esto quiere decir «Rey Alejandro».

Julio habló con la voz ronca de emoción, y Servilia volvió a sentir deseos de tocarlo, de que le contara sus pensamientos. Asombrada, vio que a Julio se le empañaban los ojos mirando el rostro de piedra.

—¿Qué ocurre? No entiendo —dijo, y lo tocó sin pensarlo.

A Julio le ardía la piel, pero no se apartó.

—Al verlo... —dijo Julio en voz baja, limpiándose los ojos.

Apretó la mano de Servilia contra su brazo un momento y después la soltó. Se quedó largo rato contemplando la estatua de piedra, hasta que recobró el control. Luego se encogió de hombros.

—Cuando él tenía la edad que tengo yo ahora, había conquistado el mundo. Dicen que era un dios. Comparado con él, he echado mi vida a perder.

Servilia se sentó en el reborde, a su lado; los muslos se tocaban levemente, aunque ella notaba hasta el último punto de contacto. Al cabo de un momento Julio volvió a hablar en un tono distante, perdido en el recuerdo.

—Cuando era niño, me contaban sus batallas y su vida. Fue un hombre... asombroso. Tenía el mundo en la mano cuando era poco más que un niño. Me imaginaba que yo... me imaginaba sus pasos.

Una vez más Servilia le tocó la cara y le acarició. Julio pareció notarlo por vez primera y levantó la cabeza para mirarla mientras hablaba.

—Ahí lo tienes, si lo quieres —dijo, aunque no estaba segura de si lo que ofrecía era una esperanza de gloria o algo más personal.

Julio pareció entender ambos significados y le tomó la mano de nuevo. Pero esta vez la miró inquisitivamente a los ojos al tocarla, con una pregunta en la mirada.

—Lo quiero todo —musitó.

Servilia no habría sabido decir cuál de los dos se movió pata besar al otro. Sencillamente ocurrió, y ambos sintieron la fuerza del momento, sentados a los pies de Alejandro.

V

En los días siguientes el tiempo parecía transcurrir más despacio para Servilia, cuando no encontraba excusa para volver a salir a caballo. La Mano Dorada funcionaba bien, y había traído de Roma a dos hombres tan altos que intimidaban hasta al alborotador más recalcitrante. En vez de sentirse satisfecha por el éxito, los pensamientos se le iban constantemente hacia el singular joven que podía ser tan vulnerable y tan impositivo al mismo tiempo. Se había obligado a no volver a preguntar por él y a esperar su invitación. Cuando llegó, se rió a carcajadas de sí misma, pero fue incapaz de reprimir la emoción que le produjo.

Se detuvo a colocar otro tallo en la corona que estaba tejiendo mientras paseaban por un ondulante campo de maíz. Julio también se detuvo, más sereno de lo que se había sentido en mucho tiempo. La depresión que lo aplastaba parecía desaparecer en compañía de Servilia, y le resultaba extraño que tan sólo hiciera unas semanas que habían cabalgado juntos por los campos por primera vez. Ella había visto las partes de su vida que más le importaban y Julio tenía la sensación de conocerla desde siempre.

Con ella, las pesadillas que había intentado ahogar como cachorros en vino habían dejado de acosarlo, aunque sabía que se mantenían al acecho. Era la bendición que le mandaba Alejandro, una guardiana contra las sombras que lo empujaban a la desesperación. Podía olvidarse de en quién se había convertido, podía dejar caer el manto de autoridad con una o dos horas todos los días de ese sol que le calentaba algo más que la piel.

La miró cuando se puso de pie y se maravilló de la fuerza de los sentimientos que le inspiraba. Era capaz de revelar un secreto de la ciudad o de los senadores que lo dejaba sin respiración y al momento reírse casi como una niña o escoger una flor más para trenzarla con las otras.

Bruto había fomentado la amistad entre ellos después del primer paseo al pueblo de la estatua rota. Vio que Servilia era como un bálsamo para el ánimo atribulado de su amigo, que empezaba a recuperarse de heridas que habían estado mucho tiempo infectadas.

—Pompeyo se equivocó al crucificar a los esclavos —dijo Julio recordando la hilera de cruces y los cuerpos llorosos y dolientes que aguardaban la muerte en los maderos.

Todavía tenía frescas las imágenes de la gran rebelión de los esclavos, y le dolía a pesar de los cuatro años transcurridos. Los cuervos se habían cebado hasta no poder levantar el vuelo y graznaban rabiosos a sus hombres, que los apartaban a patadas. Se estremeció ligeramente.

—No se les ofreció nada más que la muerte. Sabían que jamás los dejaríamos

escapar. Habían seguido a un mal guía, pero Pompeyo los ató y los clavó y los hizo desfilar por toda la Vía desde el sur. Eso no fue grandeza, en aquel momento, como respuesta al terror de la multitud.

—¿Tú no lo habrías hecho? —preguntó Servilia.

—Espartaco y sus gladiadores tenían que morir, pero en sus filas había hombres valientes que se habían enfrentado a las legiones y las habían vencido. No; yo habría formado una nueva legión, y la habría curtido con los centuriones más inflexibles de las otras. Seis mil hombres valientes, duchos en la batalla, Servilia, todos echados a perder por su ambición. Habría sido mejor ejemplo que crucificarlos a todos, pero Pompeyo no ve más allá de sus ruines leyes y tradiciones. Se mantiene en la misma línea mientras el mundo lo adelanta.

—El pueblo lo acogió con vítores en la ciudad, Julio. Pompeyo era a quien de verdad querían como cónsul. Craso ocupó el segundo lugar, a su sombra.

—Más les habría valido poner a los esclavos en contra de los suyos —musitó—. Ahora tendrían la cabeza bien alta, en vez de besar los pies a Pompeyo. Más vale sembrar la propia cosecha que rogar comida a hombres como él. Es como una enfermedad que padecemos, ¿sabes? Siempre alzamos al poder a hombres que no lo merecen.

Se esforzaba buscando las palabras, y Servilia se detuvo y lo miró de frente. En ese día tan caluroso se había puesto una estola de lino fino y llevaba el pelo recogido en la nuca con hilo de plata, y el cuello al descubierto. Tenía la impresión de que cada día encontraba en ella una nueva faceta. Quería besarle el cuello.

—Acabó con la piratería, Julio. Tú deberías alegrarte de eso más que nadie.

—Y me alegro —dijo con amargura—, aunque quería hacerlo yo. Pompeyo no sueña, Servilia. Hay países enteros llenos de riqueza, de oro y perlas, pero él descansa y organiza juegos para el pueblo. En el campo se mueren de hambre mientras él construye templos nuevos para que recen por ganar riquezas.

—¿Tú lo harías mejor? —le preguntó tomándolo del brazo.

El cálido contacto hizo volar sus pensamientos, asaltado por una pasión repentina que lo sorprendió. Se preguntó si se le notaría y respondió con un tartamudeo.

—Yo lo haría mejor. Hay oro suficiente hasta para el más humilde romano, y tenemos la ocasión ahí mismo, si sabemos aprovecharla. En el mundo no hay nada como nuestra ciudad. Dicen que Egipto es más rico, pero todavía somos jóvenes, disponemos de tiempo para llenarnos las manos. Pompeyo está dormido si cree que las fronteras serán seguras eternamente con las legiones que tenemos. Hay que organizar más, y pagarlas con tierras nuevas y oro.

Servilia dejó caer la mano; un estremecimiento de deseo le erizó el suave vello de la piel. ¡Qué fuerza irradiaba cuando no la sepultaba en sufrimiento y desesperación! Intimidada y complacida a la vez, vio que las sombras se alejaban. El hombre que la

excitaba con un simple roce no era el que se había encontrado a las puertas de la fortificación el día en que llegó, y se preguntó qué rumbo tomaría el nuevo despertar.

Le había sorprendido descubrir que lo deseaba, casi se había asustado. Pero no era así como tenía que suceder. Los hombres que la habían amado jamás le habían rozado más que la piel que tanto anhelaban. Aunque se volcasen en ella, no recibían a cambio mucho más que un atisbo de respuesta verdadera. Sin embargo, ese joven singular la sumía en la confusión siempre que sus ojos azules se encontraban con los de ella. Qué ojos tan raros, con esas pupilas oscuras que no soportaban la luz intensa. Le parecía que veían todo su artificio al desnudo, que penetraban la barrera de sus buenos modales y alcanzaban lo más íntimo de su ser.

Reanudaron el paseo y Servilia suspiró. Estaba perdiendo la cabeza. No era el momento adecuado de su vida para trastornarse por un hombre de la edad de su hijo. Inconscientemente, se pasó la mano por el cabello recogido. Y no porque ella aparentase la edad que tenía, en absoluto. Se aplicaba aceite en el cuerpo todas las noches y comía bien, con cuidado. Según le habían dicho, cualquier hombre le calcularía treinta años, y no los cuarenta y pocos que había vivido en realidad. Cuarenta y dos. A veces se sentía más vieja, sobre todo en la ciudad, cuando Craso iba a verla, o lloraba sin motivo, aunque la tristeza se le pasaba tan rápido como había venido. Sabía que el joven que estaba a su lado podía aspirar a cualquiera de las jóvenes de la ciudad. No querría a una mujer tan marcada por la vida que no pudiera exhibirla ante los demás.

Se cruzó de brazos aplastando casi la corona de flores que había tejido. No dudaba que pudiera inspirarle pasión si se lo proponía. Era joven e inocente comparado con ella. Sería fácil, y se dio cuenta de que en parte lo deseaba, deseaba que sus manos la acariciaran entre la hierba alta de la pradera. Sacudió la cabeza ligeramente. Niña estúpida. No tendría que haberlo besado jamás.

Habló deprisa para llenar el silencio; se preguntó si él habría percibido su distracción y el rubor que le había coloreado las mejillas.

—Hace tiempo que no vas a Roma, Julio. Ahora hay muchos pobres. El ejército de esclavos dejó los campos prácticamente sin braceros, y los mendigos proliferan como moscas. Al menos Pompeyo les permite probar la gloria, aunque tengan el estómago vacío. El senado no se atrevería a oponerse a él por si las masas se sublevaran contra ellos. Cuando me marché, la paz era frágil, y dudo que la situación haya mejorado desde entonces. No te haces idea de lo cerca que están del caos. El senado vive con el temor de que se produzca otro levantamiento comparable a las batallas con Espartaco. Todo el que puede permitírselo contrata guardias, los pobres se matan unos a otros en la calle y no se hace nada por remediarlo. No son tiempos fáciles, Julio.

—En ese caso, quizá tendría que volver. Hace cuatro años que no veo a mi hija, y

Pompeyo me debe mucho. Quizá sea el momento de reclamar parte de la deuda y asegurarme la participación en el trabajo de la ciudad otra vez.

La pasión le iluminó el rostro un momento y Servilia se emocionó al ver la imagen del hombre que había contemplado en el juicio, imponiendo justicia sobre sus enemigos ante un senado embelesado. Pero con la misma rapidez la pasión desapareció y Julio resopló exasperado.

—Antes de todo esto yo tenía una mujer con quien compartirlo todo. Tenía a Tubruk, que para mí era más un padre que un amigo; y mi casa. El futuro se venía encima con una especie de... júbilo. Ahora no tengo nada más que espadas y minas nuevas, y todo me parece inútil. Daría lo que fuera por poder compartir un trago con Tubruk, aunque sólo fuera una hora, o por ver a Cornelia el tiempo suficiente para decirle lo mucho que lamento haber faltado a las promesas que le hice.

Se frotó los ojos con la mano y siguió andando. Servilia estuvo a punto de tocarlo de nuevo, sabiendo que el contacto con ella lo calmaba. Con gran esfuerzo se resistió. El contacto llevaría a más, y aunque anhelaba su abrazo, no le faltó fortaleza para evitar el juego que tan bien conocía, el que había jugado toda la vida. Una mujer más joven lo habría abrazado sin vergüenza en ese momento de debilidad, pero ella sabía que no debía intentarlo. Se presentarían otras ocasiones.

Entonces él se volvió hacia ella y la abrazó con tanta fuerza que le hizo daño, y apretó la boca contra sus labios para que los abriera. Servilia cedió, incapaz de resistirse.

Bruto se bajó limpiamente de la silla al pasar por las puertas de la fortificación. La Décima había hecho unas complicadas maniobras en las montañas; Octavio se había lucido flanqueando a Domitio en un despliegue de habilidad con el contingente que le habían asignado. Bruto corrió hacia las dependencias sin vacilar. El mal humor que los había ofuscado ya era historia, y sabía que a Julio le complacería conocer los grandes progresos que iba haciendo su joven pariente. Como solía decir Mario, «Octavio tenía hombros de jefe».

El guardia de las escaleras no estaba en su puesto, se encontraba de pie lejos de él, y Bruto lo oyó gritar cuando subió las escaleras con estrépito, pero se limitó a sonreír.

Julio yacía en un lecho con Servilia, y los dos enrojecieron de pánico ante la súbita y ruidosa irrupción de Bruto en la habitación. Julio saltó desnudo al suelo y, encolerizado, se enfrentó a su amigo.

—¡Fuera! —gritó.

Bruto se quedó petrificado sin dar crédito a lo que veía. Después hizo una mueca, dio media vuelta y cerró con un portazo.

Julio se giró despacio y miró a Servilia a los ojos arrepintiéndose ya de su cólera. Se sentó de nuevo en el largo lecho y se tapó bruscamente. Notaba el perfume de

Servilia en la nariz con intensidad, y supo que se había impregnado del olor de ella. Al ponerse de pie, el calor de la tela quedó atrás y Julio se alejó pensando en lo que tenía que hacer.

—Voy a ir a verlo —dijo ella poniéndose de pie.

Sumido en la amargura, Julio apenas percibió la desnudez de la mujer. Había sido una locura quedarse dormido donde pudieran encontrarlos, pero de nada servía lamentar lo que ya había sucedido. Sacudió la cabeza y siguió atándose las sandalias.

—Tú tienes menos motivos para disculparte. Déjame verlo a mí primero —dijo Julio.

—No pensarás... —dijo ella mirándolo con dureza un momento— disculparte por mí, ¿verdad? —concluyó fingiendo serenidad.

—Por ti no —dijo Julio mirándola de frente—, ni por un instante —añadió en voz baja.

Ella lo abrazó y Julio descubrió que era indescriptiblemente erótico abrazar a una mujer desnuda completamente vestido. Se separó con una sonrisa, a pesar de la preocupación por Bruto.

—Se recuperará en cuanto se tranquilice un poco —dijo para consolarla, deseando creerlo él mismo. Con pulso firme se ciñó el *gladius* a la cintura. Servilia parecía atemorizada de pronto.

—No quiero que luches con él, Julio. No debes hacerlo.

Julio soltó una carcajada forzada que pareció reflejar el vacío que tenía en el estómago.

—Él jamás me haría daño —dijo antes de salir.

Una vez fuera de la habitación, asumió una expresión severa y empezó a bajar las escaleras. Domitio y Cabera estaban abajo con Ciro, y creyó que lo miraban acusadoramente.

—¿Dónde está? —preguntó Julio, cortante.

—En el patio de ejercicios —dijo Domitio—. Yo en tu lugar lo dejaría solo un rato, mi general. Se le ha calentado la sangre y no sería bueno derramarla ahora.

Julio dudó, pero la antigua temeridad se apoderó de él. El lo había provocado y ahora le tocaba pagar.

—Quedaos aquí —ordenó secamente—. Es mi amigo más antiguo, y este asunto es privado.

Bruto estaba solo en el patio vacío, con un *gladius* forjado por Cavallo en la mano. Hizo un gesto de asentimiento al ver que Julio se dirigía a él y una vez más la negra mirada que observaba cada uno de sus movimientos estuvo a punto de hacerle vacilar. Si llegaban a las manos, no podría vencer a Bruto. Aunque lograra hacerse con la victoria, no sería capaz de quitarle la vida, a Bruto menos que a nadie.

Bruto puso la hoja brillante en la primera posición, y Julio vació la mente

siguiendo la antigua disciplina que Renio le había enseñado. Tenía al enemigo enfrente y podía morir. Entonces desenvainó.

—¿Has pagado por ella? —preguntó Bruto en voz baja, desconcentrándose.

Julio intentó rechazar la cólera que le produjeron esas palabras. Los dos habían tenido el mismo maestro y sabía que no tenía que pararse a escuchar. Empezaron a describir un círculo, uno frente a otro.

—Me parece que lo sabía, pero no quería creerlo —añadió Bruto—. Estaba seguro de que no me avergonzarías con ella, por eso no me preocupé.

—No hay de qué avergonzarse —replicó Julio.

—Sí, lo hay —contestó Bruto, y se movió.

De entre todos los hombres, Julio era quien mejor conocía su estilo, pero a duras penas logró detener la hoja dirigida directamente a su corazón. Fue un ataque a muerte, y no podía excusarlo. La cólera lo invadió y empezó a moverse más deprisa, afianzando los pies en la tierra a medida que aguzaba los sentidos. Que así fuera.

Julio entró como una flecha y se agachó esquivando un mandoble plateado y obligando a Bruto a apoyarse en el pie de atrás. Dirigió la espada a un lado, cortando, pero Bruto esquivó el filo sonriendo y respondió con una lluvia de descargas.

Se separaron, empezaban a jadear ligeramente. Julio apretó el puño izquierdo, tenía un corte en la palma. La sangre goteaba lentamente de la mano a medida que se movía, e iba dejando manchas como ojos brillantes que desaparecían en la arena.

—La amo —dijo Julio—. Y te amo a ti. Tanto, que no quiero hacer esto. —Con un ademán de asco, tiró la espada y se quedó de pie frente a su amigo.

Bruto apoyó la punta del arma en la garganta de Julio y lo miró a los ojos.

—¿Lo saben todos, Cabera, Domitio, Octavio?

Julio le sostenía la mirada sin pestañear[^] procurando no amilanarse.

—Es posible. No lo planeamos, Bruto. No quería que nos sorprendieras.

La espada seguía siendo un punto en un mundo en movimiento. Julio apretó la mandíbula con una inmensa sensación de serenidad. Conscientemente, relajó hasta el último músculo y siguió esperando. No quería morir, pero si había de ser así, lo afrontaría con desdén.

—Esto no es una tontería, Marco. Ni para ella ni para mí —añadió.

La espada bajó de pronto y el destello frenético de los ojos de Bruto se apagó.

—Tenemos mucho en común, Julio, pero si la hieres, te mato.

—Vete a verla. Está muy preocupada por ti —contestó Julio pasando por alto la amenaza.

Bruto le sostuvo la mirada un largo rato y por fin se marchó dejándolo solo. Julio lo vio alejarse y después abrió la mano con un estremecimiento. La cólera volvió a adueñarse de él un momento. Habría colgado a cualquiera que hubiera osado levantar la espada contra él. No había excusa posible.

Sin embargo, se habían criado juntos, y eso pesaba. Quizá fuera suficiente para tragarse la traición de la espada dirigida al corazón. Entrecerró los ojos pensando. Sería más difícil confiar en él por segunda vez.

Las seis semanas siguientes fueron de una tensión casi insoportable. Aunque Bruto había hablado con su madre y había aceptado la unión a regañadientes, se paseaba encolerizado y solo por la fortificación, como envuelto en un manto.

Sin dar explicaciones, Julio empezó a dar instrucción a la Décima personalmente otra vez. Se llevaba a los legionarios él solo varios días seguidos y sólo hablaba para dar órdenes. Los soldados, por su parte, soportaban sufrimientos y agotamiento a cambio de un simple gesto de aprobación por parte del general, gesto que cobraba un valor superior a las alabanzas efusivas de cualquier otro.

Cuando estaba en los barracones, escribía cartas y órdenes hasta muy entrada la noche y recurría generosamente a las reservas de oro que había acumulado. Mandó mensajeros a Roma a encargar armaduras nuevas en el taller de Alexandria, y víveres que llegaban en caravanas abriéndose paso por las montañas desde las ciudades hispánicas. Hubo que abrir nuevas minas para extraer el mineral de hierro con que forjar más espadas según la escuela de Cavallo. Se talaron bosques para producir carbón vegetal y no hubo jamás un momento en que cualquiera de los cinco mil soldados de la Décima no tuviera dos o tres tareas que hacer.

Los oficiales no sabían si resentirse por la decepción de verse excluidos o alegrarse por ver a Julio en plena posesión de sus energías otra vez. Mucho antes de que el general convocara a sus subordinados, repartidos por los diversos puestos del país, sospecharon que la temporada en Hispania estaba tocando a su fin. Hispania se le quedaba pequeña al general de la Décima.

Julio escogió al cuestor hispánico más apto para que ocupara su lugar mientras Roma nombraba a uno de sus hijos. Transfirió el sello del cargo y volvió a zambullirse en el trabajo día y noche, incluso pasando dos y tres días en blanco, hasta caer rendido de agotamiento. Tras un breve descanso, se levantaba y empezaba de nuevo. Los que ocupaban los barracones pisaban con mucho cuidado en su presencia y esperaban con nerviosismo los resultados de tanto esfuerzo.

Una madrugada Bruto fue a verlo cuando el campamento estaba dormido y silencioso. Llamó a la puerta y entró al oír la respuesta que Julio masculló.

Lo encontró sentado al escritorio, ante un despliegue de mapas y tablas de arcilla que cubría incluso el suelo, cerca de sus pies. Se levantó al ver a Bruto y por un momento la frialdad entre ambos vetó las palabras. La larga amistad entre ellos se había oxidado.

Bruto tragó saliva con esfuerzo.

—Lo siento —dijo.

Julio no dijo nada, sólo lo miraba con la expresión de un desconocido, sin el

menor rastro de la amistad que Bruto echaba de menos.

—Me porté como un necio —lo intentó de nuevo—, pero me conoces lo suficiente y lo has dejado pasar. Soy tu amigo, tu espada, ¿recuerdas?

Julio lo aceptó con un gesto de asentimiento.

—Amo a Servilia —dijo en voz baja—. Te lo habría dicho a ti antes que a nadie en el mundo, pero todo fue muy rápido entre nosotros. No es ningún juego, pero mis relaciones son personales. No tengo que darte cuentas a ti.

—Cuando os vi juntos... —comenzó Bruto.

Julio levantó la mano muy rígido.

—No, no quiero oír lo mismo otra vez. Ya está hecho.

—¡Dioses! No piensas ponérmelo fácil, ¿verdad? —dijo Bruto sacudiendo la cabeza.

—No tiene por qué ser fácil. Me importas más que cualquier hombre que haya conocido en mi vida, pero fuiste a matar en el patio, y eso es difícil de perdonar.

—¿Cómo? —replicó Bruto inmediatamente—. Yo no...

—Lo sé, Bruto.

Bruto se desinfló ligeramente. Sin una palabra más, acercó un taburete. Un momento después Julio se sentaba también.

—¿Quieres que siga disculpándome? ¡Estaba furioso! Creía que la estabas utilizando como si... Me equivoqué. ¿Qué más quieres que haga?

—Quiero saber que puedo confiar en ti. Quiero olvidar todo esto —dijo Julio.

—Puedes confiar en mí —dijo Bruto poniéndose en pie—. Lo sabes. Dejé la Primigenia por ti. Olvidemos todo esto.

Mientras se miraban Julio empezó a sonreír.

—¿Te diste cuenta de cómo paré el golpe? Ojalá lo hubiera visto Renio.

—Sí. Lo hiciste muy bien —contestó Bruto con sarcasmo—. ¿Estás satisfecho?

—Creo que te habría vencido —dijo Julio alegremente.

—Vaya —replicó Bruto parpadeando—, eso es mucho decir.

La tensión disminuyó hasta hacerse una presión lejana.

—Voy a volver a Roma con la legión —dijo Julio de pronto, aliviado por haber recuperado al amigo con quien compartir sus planes. Se preguntó si las semanas que habían seguido a la pelea le habrían dolido la mitad que a él.

—Todos lo sabemos, Julio. Los hombres cotillean como viejas. ¿Es para hacer frente a Pompeyo? —preguntó sin darle importancia, como si la vida de miles de hombres no dependiera de la respuesta.

—No, creo que no gobierna mal del todo, con la ayuda de Craso. Me presentaré como candidato a cónsul en las próximas elecciones.

Se quedó a la espera de la reacción de Bruto.

—¿Crees que puedes ganarlas? —contestó Bruto lentamente, pensándolo a fondo

—. Sólo dispones de unos pocos meses, y la gente tiene poca memoria.

—Soy el último superviviente de la estirpe de Mario. Se lo recordaré —dijo Julio.

Bruto recuperó una antigua emoción. Pensó que su amigo había experimentado una suerte de renacimiento en los últimos meses. La cólera cortante había desaparecido, y su madre había tenido mucho que ver en el proceso. Hasta la pequeña y adorable Angelina sentía respeto y temor por Servilia, y ahora empezaba a entender el motivo.

—Ya casi ha amanecido. Deberías dormir un poco —dijo.

—Todavía no, queda mucho que hacer para poder volver a Roma.

—En ese caso, me quedo contigo, a menos que te moleste —dijo Bruto reprimiéndose un bostezo.

—No me molesta —contestó Julio con una sonrisa—, necesito alguien que escriba al dictado.

VI

Renio estaba en un lecho seco del río, mirando hacia el puente, que parecía un hormiguero; romanos y lugareños se encaramaban por la estructura de madera y recorrían las pasarelas haciéndola temblar y crujir con cada movimiento. Del lecho seco del río a las piedras de la calzada había un salto de unos doscientos pies. Cuando terminaran la construcción, destruirían el dique que ahora embalsaba el río, el agua volvería a correr por su cauce y tataría los impresionantes pies del puente; y el río seguiría desgastando las esquinas mucho después de que los constructores se hubieran convertido en polvo. Al viejo gladiador le extrañó el simple hecho de encontrarse a su sombra. Nunca más habría nadie allí de pie, cuando las aguas volvieran.

Sacudió la cabeza con orgullo y oyó las órdenes y voces de aviso de los operarios del torno, que empezaban a izar otro de los bloques de piedra que formarían el arco. Las voces resonaban bajo el puente y Renio supo que también ellos trabajaban con satisfacción. Ese puente jamás se hundiría, y lo sabían.

La calzada que estaban tendiendo abriría un valle fértil directamente a la línea costera. Se construirían ciudades y se alargarían las calzadas para cubrir las necesidades de los nuevos colonos. Acudirían atraídos por la buena tierra y el comercio, y sobre todo por el agua limpia y dulce que salía de los acueductos subterráneos que habían tardado tres años en construir.

Renio observó al equipo de hombres que tiraba con todas sus fuerzas de las gruesas cuerdas para llevar la piedra del arco a su sitio. Las poleas chirriaban; vio a Ciro inclinado sobre la barandilla, dando instrucciones para que la piedra llegara a su lugar. Los hombres que estaban a su lado cubrieron de argamasa las caras del bloque de piedra y entonces Ciro la agarró con ambos brazos y gritó a tiempo con los demás, marcando el ritmo a los grupos de abajo. Renio contuvo el aliento. Aunque nadie poseía la fuerza de Ciro, un resbalón bastaría para aplastarle la mano o el hombro. Si la piedra se salía de su lugar, el propio peso arrastraría toda la estructura de soporte al suelo, y con ella, a los hombres.

Incluso a esa distancia oyó los resoplidos de Ciro al colocar la piedra en su hueco, y la piedra entró estrujando la argamasa, parte de la cual cayó en húmedos grumos al lecho del río. Protegiéndose los ojos del sol, miró hacia arriba por si alguno caía tan cerca de él que lo obligara a apartarse, y sonrió al ver los esfuerzos de los hombres.

Le agradaba el africano gigante. Ciro no hablaba mucho, pero se entregaba por completo a la hora del trabajo duro. Sólo por eso ya se habría ganado la simpatía de Renio. Al principio le había sorprendido descubrir que disfrutaba enseñándole las destrezas que otros legionarios más veteranos daban por supuestas. Ni valles ni montañas podían detener las legiones. Cada uno de los hombres que trabajaba en los

andamios sabía que no había río sobre el que no pudieran tender un puente ni camino que no pudieran abrir en todo el mundo. Construían Roma allá adonde iban.

A Ciro le habían impresionado el agua y las millas de túneles que habían excavado para conducirla desde sus fuentes de las altas montañas. Ahora los que acudieran a colonizar el valle no tendrían que afrontar enfermedades todos los veranos porque los pozos se pudrieran y se secaran. Quizá entonces se acordaran de los romanos que habían construido todo aquello.

Las tranquilas reflexiones de Renio se vieron interrumpidas por la aparición de un jinete solitario con armadura ligera que descendía con su montura desde la orilla hacia él. El hombre, sudoroso, miró hacia arriba con un temor instintivo al pasar bajo los arcos. Si dejaran caer un martillo muy pesado desde el puente, podría matar al caballo y al romano que lo montaba, pero el gesto de precaución hizo reír a Renio.

—¿Me traes un mensaje? —le preguntó.

El hombre llegó al trote a la sombra del arco y desmontó.

—Sí, señor. El general quiere que te presentes en los barracones. Dijo que llevaras contigo al legionario llamado Ciro, señor.

—Casi han terminado el último arco, muchacho.

—Dijo que os presentarais inmediatamente, señor.

Renio frunció el ceño y luego, entrecerrando los ojos, miró a Ciro, que seguía encaramado en los andamios. Sólo a un insensato se le ocurriría gritar órdenes a un hombre que sostenía una piedra casi tan pesada como él mismo, pero comprobó que Ciro estaba limpiándose el sudor de la frente con un trapo, y Renio llenó los pulmones.

—¡Baja Ciro! ¡Nos llaman!

A pesar del sol, la brisa dejaba helado a Octavio. Descendía con sus cincuenta hombres a galope tendido por la pendiente más acusada que había visto en su vida. Si esa misma mañana no hubiera recorrido la ladera paso a paso, jamás se habría atrevido a bajar a semejante velocidad, pero el terreno era homogéneo y ninguno de los expertos jinetes se cayó, aunque empleaban todas sus fuerzas en sujetarse con las piernas a la silla. Incluso así, las perillas se le clavaban en la ingle. Apretando los dientes, resistió el dolor del implacable roce que le producía el galope.

Bruto y él habían escogido aquella montaña para poner a prueba la fuerza de una carga. Bruto aguardaba con una centuria completa de *extraordinarii* al pie de la montaña, y a pesar de la distancia Octavio vio que las monturas se movían inquietas, pues el instinto les pedía que se escondieran de los cincuenta que descendían a toda velocidad.

A pesar del ruido increíble Octavio gritó la orden de formar en línea. La formación de carga se estaba desdibujando un poco y tuvo que chillar con toda la fuerza de los pulmones para llamar la atención de los jinetes que lo rodeaban en

desorden. Con gran demostración de habilidad formaron la fila sin aminorar la velocidad, y Octavio desenvainó la espada apretando las piernas con furia. La posición era una tortura para las piernas, pero la mantuvo.

Al final el terreno se allanaba ligeramente y Octavio apenas tuvo tiempo de recolocar su propio peso antes de que los cincuenta pasaran a galope entre las filas distanciadas que tenían enfrente. Rostros y caballos se hacían borrosos a la velocidad vertiginosa a la que invadieron las filas de la centuria, hasta salir por el extremo opuesto en sólo un instante. Octavio vio que un oficial palidecía cuando pasó como un rayo a su lado. Si hubiera desviado la espada a un lado, la cabeza del oficial habría salido volando.

Octavio gritaba de emoción ordenando a sus hombres que dieran media vuelta y formaran de nuevo. Algunos se reían de alivio al reunirse con Bruto y ver la expresión tensa de los hombres que estaban bajo sus órdenes ese día.

—En terreno adecuado podemos ser terribles —dijo Bruto alzando la voz para que todos lo oyeran—. ¡Casi se me suelta la vejiga al final, aun sabiendo que sólo pasabais a nuestro lado!

Los jinetes al mando de Octavio celebraron la confesión, aunque no se lo creyeron. Uno de ellos dio una palmada a Octavio en la espalda con un gesto burlón cuando Bruto se situó enfrente de ellos.

—Ahora sabréis lo que es bueno. Formad en filas separadas mientras yo me llevo a los míos montaña arriba. Mantenedlas firmes cuando las atravesemos y aprenderéis algo nuevo.

Octavio convirtió el repentino nerviosismo en una sonrisa, pletórico todavía de la emoción salvaje de la carga. Bruto desmontó para subir la montaña con el caballo y entonces vio a un jinete solitario que se acercaba a ellos a medio galope.

—¿Quién será? —masculló.

El soldado desmontó limpiamente y saludó.

—El general César pregunta por ti y por Octavio, señor.

Bruto asintió iniciando una lenta sonrisa.

—¿Ahora mismo? —Se dirigió entonces a sus amados *extraordinarii*—: ¿Qué haríais si vuestros oficiales cayeran en la primera carga? ¿Se organizaría el caos? Continudad sin nosotros. Cuando volváis a los barracones, espero un informe completo.

Octavio y Bruto siguieron al mensajero cuando éste dio media vuelta en su montura. Al cabo de un rato se cansaron del paso que marcaba y lo adelantaron al galope.

Cabera pasó los dedos por una tela azul de seda con deleite infantil. Parecía indeciso entre el asombro y la hilaridad ante los costosos enseres que Servilia había traído para La Mano Dorada, y estaba acabando con la paciencia de la mujer. La

interrumpió de nuevo al pasar a su lado como un rayo para lanzarse sobre una delicada estatua.

—Lo que te decía —insistió—, me gustaría que la casa tuviera fama de limpia, pero algunos soldados se echan polvo de tiza en los sarpullidos que...

—¡Y todo por el placer! —la interrumpió Cabera guiñándole un ojo de forma insinuante—. Yo quiero morir en un sitio como éste.

Servilia miró al anciano con el ceño fruncido cuando éste se acercó a una piscina de cojines de seda situada por debajo del nivel del suelo. Pidió permiso para zambullirse con la mirada, pero ella se negó con un firme gesto de la cabeza.

—Julio dice que conoces bien las enfermedades de la piel; te pagaría con generosidad si prestaras tus servicios en la casa siempre que sea necesario.

Tuvo que hacer otra pausa, porque el viejo saltó al montón de cojines y se puso a jugar entre ellos riéndose.

—No es un trabajo difícil —prosiguió ella obstinadamente—. Mis muchachas saben reconocer un problema cuando se presenta, pero si surgen discusiones, estaría bien disponer de alguien capaz de examinar... al hombre en cuestión. Sólo hasta que encuentre un médico de la ciudad que se comprometa a estar a mi servicio permanentemente. —Se quedó mirando las piruetas de Cabera con asombro—. Te pagaría cinco sestercios mensuales —dijo.

—Quince —contestó Cabera, serio de repente.

Servilia parpadeó sorprendida mientras él se alisaba la vieja túnica pasándose la mano varias veces rápidamente.

—Ni uno más de diez, anciano. Por quince puedo disponer de un médico local que se instale aquí.

Cabera soltó un bufido.

—No saben nada, y tú echarías a perder una habitación. Doce, pero no atenderé embarazos. Para eso te buscas a otra persona.

—No regento un prostíbulo de mala muerte —replicó Servilia secamente—. Mis chicas observan la luna como cualquier mujer. Si alguna se queda embarazada, la despido con dinero. Muchas vuelven después de destetar a la criatura. Diez, es mi última palabra.

—Cualquiera te cobraría otros doce por mirar las partes podridas de los soldados —respondió Cabera alegremente—. Y también quiero unos cuantos cojines de éstos.

Servilia apretó los dientes.

—Me cuestan más que tus servicios, anciano. Que sean doce, pues, pero los cojines se quedan aquí.

Cabera aplaudió con entusiasmo.

—El primer mes por adelantado, y una copa de vino para cerrar el trato, ¿te parece? —dijo.

Servilia abrió la boca para responder[^] pero oyó un discreto carraspeo a su espalda. Era Nadia, una de las muchachas nuevas que habían llegado a la casa y se delineaba los ojos con un *kohl* tan negro y duro como suave era su cuerpo.

—Señora, hay un mensajero de la legión en la puerta.

—Que entre, Nadia —dijo Servilia con una sonrisa forzada. Cuando la mujer desapareció, se giró bruscamente hacia Cabera—: Ahora, fuera de aquí. No quiero que me interrumpas.

Cabera salió de la piscina de cojines, pero con sus largos dedos se escondió uno bajo la túnica cuando ella se dio media vuelta para saludar al mensajero.

—Señora, César te llama a los barracones. —Miró entonces al sanador—: Y a ti también, curandero. Tengo que escoltaros a los dos. Los caballos esperan fuera.

Servilia, pensativa, se frotó la comisura de los labios sin prestar atención a la forma en que la miraba el mensajero.

—¿Mi hijo estará allí? —le preguntó.

El mensajero asintió.

—Ha convocado a todo el mundo, señora. Sólo me falta localizar al centurión Domitio.

—Eso está hecho. Está arriba —dijo, y observó con interés el rubor que teñía al soldado desde las orejas hasta el cuello. Prácticamente notaba el calor que despedía.

—Yo le dejaría un breve margen de tiempo —añadió Servilia.

Se sentaron todos en la espaciosa sala que daba al patio, mirándose con un cosquilleo de emoción. Julio dominaba la habitación desde la ventana, donde aguardaba de pie la llegada del último. La brisa de la montaña agitaba suavemente el ambiente y lo refrescaba, pero la tensión casi se podía tocar. Octavio soltó una risita nerviosa cuando Cabera se sacó el cojín de la túnica, y Renio apretó la copa con más fuerza de la necesaria.

Cuando el centinela cerró la puerta y bajó las escaleras, Bruto apuró la copa y sonrió.

—Entonces ¿vas a decirnos para qué nos has llamado, Julio?

Todas las miradas convergieron en el general. No se apreciaba el cansancio habitual en su rostro y se mantenía erguido, con la armadura lustrosa de aceite.

—Señores, Servilia. Hemos terminado aquí. Es hora de volver a casa —dijo.

Tras unos momentos de silencio Servilia dio un respingo en el asiento al estallar los vítores y las risas.

—Bebo por el regreso —dijo Renio inclinando la copa.

Julio desplegó un mapa en la mesa y todos se apiñaron alrededor mientras lo sujetaba con plomos en las esquinas. Servilia se sentía excluida, pero Julio la miró a los ojos y sonrió. Todo saldría bien.

Mientras Julio exponía las dificultades para mover a cinco mil hombres, ella

empezó a hacer cálculos. La Mano Dorada apenas había arrancado. ¿Quién se ocuparía si ella se marchaba? Angelina no tenía capacidad suficiente. Si la dejaba al cargo, en un año estaría al frente de una casa de caridad. Nadia quizá. Tenía el corazón de pedernal y experiencia suficiente, pero ¿podría confiar en que no le robaría la mitad de los beneficios? Al oír su nombre, volvió bruscamente a la realidad.

—Entonces, por tierra no, de momento. Servilia me inspiró la idea cuando conocimos al capitán del mercante que la sirve. Daré orden de requisar todos los barcos en tránsito. De esto no se hablará más que entre nosotros. Si se enteran de que vamos a utilizar sus naves, se harán a la mar y allí se quedarán.

—¿Por qué quieres marcharte antes de terminar el trabajo aquí? —dijo Cabera en voz baja.

Alrededor de la mesa se hizo el silencio y Julio se detuvo con un dedo en el mapa.

—Ya he terminado aquí. Éste no es el lugar en el que tengo que estar —replicó—. Me lo dijiste tú mismo. Si espero hasta agotar el tiempo de destino, Pompeyo me mandará a otra parte, lejos de la ciudad, y si me niego, será el último destino que tenga en el mundo. Ese hombre no da segunda oportunidad. —Julio golpeó con el dedo el pequeño punto que señalaba la ciudad que amaba—. A final de año hay elecciones para los dos puestos de cónsul. Quiero volver y presentarme.

Cabera se encogió de hombros y siguió instigándolo.

—¿Y después qué? ¿Vas a luchar por la ciudad, como Sila?

Julio se quedó inmóvil un momento fulminando a Cabera con la mirada.

—No, mi viejo amigo —dijo en voz baja—. Porque ya no estaré sujeto a los caprichos de Pompeyo. Como cónsul seré intocable. Volveré a estar en el meollo.

Cabera quería dejar el asunto así, pero el empecinamiento lo obligó a hablar.

—Pero ¿y después? ¿Pondrás a Bruto a instruir la Décima mientras tú escribes leyes nuevas que la gente no va a entender? ¿Te perderás entre mapas y puentes, como has hecho aquí?

Renio agarró a Cabera por el hombro para hacerlo callar, pero el viejo hizo caso omiso.

—Tú puedes hacer mucho más si tienes ojos para ver —dijo estremeciéndose porque Renio le apretaba los delgados músculos y le hacía daño.

—Si soy cónsul —dijo Julio lentamente—, me llevaré lo que amo a los lugares más inexplorados que encuentre. ¿Es eso lo que quieres que diga? ¿Qué Hispania es muy tranquila para mí? Lo sé. Encontraré mi camino allí, Cabera. Los dioses prestan más atención a quienes les hablan desde Roma. Desde aquí no me oyen. —Sonrió para disimular la cólera y notó la mirada de Servilia por encima del hombro de Octavio. Renio soltó el brazo al anciano, y éste lo miró con mala cara.

Bruto intervino para calmar los ánimos y poner punto final al asunto.

—Si empezamos a requisar naves esta noche, ¿cuánto tardaremos en tener suficientes para trasladar la Décima?

Julio hizo un escueto gesto de asentimiento en señal de agradecimiento.

—Como máximo un mes. Ya he mandado el mensaje de que necesitamos capitanes para una gran carga. Creo que harán falta más de treinta naves para desembarcar en Ostia. El senado no me permitiría acercarme a Roma con la legión completa tal como están las cosas, de modo que tenemos que acampar en la costa. Me llevaré el oro en el primer viaje. Habrá suficiente para lo que pienso hacer.

Servilia los veía discutir y pelearse mientras el sol se ponía detrás de ellos. Apenas notaron la entrada del soldado que acudió a encender las lámparas. Al cabo de un rato Servilia se marchó para iniciar sus propios preparativos, y en el patio el aire nocturno la reavivó después del calor de la sala.

Todavía oía las voces mientras cruzaba el patio, y los centinelas se pusieron firmes al verla acercarse.

—¿Es cierto que volvemos a Roma, señora? —preguntó uno de ellos cuando pasó a su lado. No le sorprendió que el hombre hubiera oído rumores. En Roma parte de la información más interesante le llegaba gracias a soldados de los rangos más bajos.

—Es cierto —dijo ella.

—Ya era hora —replicó el hombre con una sonrisa.

Cuando la Décima se ponía en movimiento, lo hacía con rapidez. Desde el día siguiente a la reunión en la sala grande, diez de las mayores naves del puerto de Valencia estaban vigiladas por guardias para impedir que levaran anclas. Ante la furia de los capitanes, la preciosa carga que tenían fue descargada de las bodegas y consignada en los almacenes del puerto para dejar sitio a la gran cantidad de equipamiento y a los hombres de la legión.

El oro de la fortificación fue embalado y transportado a las naves, custodiado constantemente por centurias armadas. Las forjas de los herreros se desmantelaron y, convenientemente sujetas en pequeñas tarimas, fueron trasladadas por yuntas de bueyes hasta las oscuras bodegas. Las grandes catapultas y onagros fueron reducidos a un montón de palos, y las pesadas naves se hundían más y más en el mar a medida que las llenaban. Necesitarían la marea más alta para salir del puerto, y Julio fijó el día exacto un mes después de haber hecho el anuncio oficial. Si todo salía bien, llegarían a Roma más de cien días antes de las elecciones a cónsul.

El cuestor nombrado por Julio era ambicioso. Sabía que trabajaría como un esclavo por conservar el puesto. No se perdería la disciplina en las provincias cuando la Décima se marchara. Siguiendo las órdenes de Julio, el cuestor mandó dos cohortes al este, compuestas en parte por soldados hispánicos que se habían unido a las fuerzas romanas años antes. Era suficiente para mantener la paz, y a Julio le complacía que ese problema hubiera dejado de depender de él.

Había mil cosas que organizar antes de que las naves pudieran soltar amarras y hacerse a la mar. Julio trabajaba hasta el agotamiento, dormía una noche sí y otra no, en el mejor de los casos. Se reunió con los mandatarios locales de todo el país para explicarles lo que sucedía y se aseguró su ayuda y su beneplácito con ricos presentes.

El cuestor se asombró en silencio cuando Julio le explicó la gran productividad que habían rendido las nuevas minas durante su mandato. Las recorrieron juntos, y el hombre aprovechó la oportunidad para asegurarse un préstamo de los cofres de la Décima, pagadero en cinco años. La deuda se mantendría al margen de quién fuera nombrado pretor finalmente. La explotación de las minas continuaría y sin duda una parte de las nuevas riquezas sería declarada. Pero no antes de que el puesto recibiera el nombramiento definitivo, pensó Julio con ironía. No era conveniente excitar el apetito de algunos romanos como Craso.

Al salir al patio, Julio tuvo que protegerse los ojos del fiero sol. Las puertas estaban abiertas y la fortificación parecía vacía; se acordó del pueblo de la estatua de Alejandro. Fue un pensamiento curioso, pero las nuevas cohortes llegarían a la plaza al amanecer del día siguiente y el lugar cobraría vida otra vez.

El resplandor le impidió ver al joven que se encontraba de pie en las puertas, esperándolo. Julio se dirigía a los establos y la voz del hombre lo sobresaltó. Se llevó la mano al *gladius* en un acto reflejo.

—Mi general, ¿me concedes un momento? —dijo el hombre.

Julio lo reconoció y lo miró entrecerrando los ojos. Se acordaba de su nombre: Adán, al que había perdonado la vida en una ocasión.

—¿Qué ocurre? —dijo con impaciencia.

Adán se acercó más y Julio no apartó la mano del *gladius*. No dudaba de su capacidad para mantener al hispánico a raya, pero quizá hubiera más hombres, y había vivido lo suficiente como para no bajar la guardia fácilmente. Echó un vistazo a las puertas por si detectaba movimiento entre las sombras.

—El alcalde, De Subió, me ha dicho que necesitas un escribano, señor. Sé leer y escribir latín, señor.

Julio lo miró con suspicacia.

—¿Te ha dicho Del Subió que estoy a punto de marcharme a Roma? —le preguntó.

Adán asintió.

—Lo sabe todo el mundo, señor. Me gustaría conocer la ciudad, pero también quiero ese puesto.

Julio lo miró a los ojos sopesándolo. Confiaba en su intuición, y no percibió intenciones ocultas en el rostro franco del muchacho. Quizá el joven hispánico dijera la verdad, aunque no podía evitar el recelo que le producían sus motivos, estando la legión a punto de levar anclas.

—¿Un viaje gratis a Roma, y luego desapareces en los mercados, Adán? —le dijo.

—Te doy mi palabra —replicó encogiéndose de hombros—, no tengo nada más que ofrecer. Soy trabajador y quiero ver mundo. Eso es todo.

—Pero ¿por qué trabajando conmigo? No hace tanto tiempo que te manchaste las manos de sangre romana.

Adán se sonrojó, pero levantó la cabeza con valentía.

—Mi general, eres un hombre de honor. Aunque preferiría que Roma no pusiera las manos en mi pueblo, has despertado mi curiosidad. No te arrepentirás de contratar mis servicios, lo juro.

Julio frunció el ceño. El joven no parecía ser consciente del peligro de sus palabras. Recordó su actitud ante su consejo en la sala grande, cuando se esforzaba por controlar el miedo.

—Necesito confiar en ti, Adán, pero eso sólo sucederá con el tiempo. Habrá quien te ofrezca dinero por saber cuanto me oigas decir. ¿Puedo confiar en que sabrás guardar mis asuntos en secreto?

—Como has dicho, con el tiempo me conocerás. Mi palabra vale.

Julio tomó una decisión y dejó de fruncir el ceño.

—Muy bien, Adán. Sube a mi habitación y tráeme los documentos del escritorio. Voy a dictarte una carta, a ver si tienes buena caligrafía. Después tómate el tiempo que necesites para despedirte de tu familia. Partimos hacia Roma dentro de tres días.

VII

Bruto vomitaba sobre el mar inconteniblemente por un costado de la nave.

—Se me había olvidado esto —comentó con desazón.

Ciro sólo pudo soltar un gemido de respuesta antes de vomitar la última copa de vino que habían tomado en Valencia. Una ráfaga de viento desvió el maloliente líquido y salpicó a ambos. Bruto se quedó petrificado de asco.

—¡Aléjate de mí, pedazo de buey! —gritó a pesar del viento.

Tenía el estómago vacío, pero los dolorosos espasmos comenzaron otra vez y se estremeció al percibir el amargo sabor en la boca.

Cuando las montañas hispánicas desaparecieron a su espalda, llegaron nubes desde el este. Las naves se habían dispersado ante la amenaza de tormenta, se habían visto obligadas a separarse. Las que estaban provistas de remos mantenían el control relativamente, aunque el fuerte balanceo de las cubiertas alzaba las palas y las sacaba del agua completamente, ora de un costado, ora del otro. Los mercantes de vela arrastraban las anclas, grandes piezas de lona y palos para aminorar la marcha y proporcionar un punto de apoyo a los pesados timones. De poco servía. La tormenta oscureció el día antes de tiempo y las naves dejaron de verse unas a otras, cada cual concentrada en su lucha contra las olas.

Bruto temblaba en la popa; otra ola enorme lanzó una gran ráfaga de agua blanca por encima de la borda y Bruto se agarró con fuerza al pasamanos mientras la espuma se arremolinaba alrededor de sus rodillas y luego caía al mar. Los remos golpeaban y saltaban sobre las montañas de agua oscura y Bruto se preguntó si no chocarían contra la costa de repente.

La oscuridad era total, no distinguía apenas el bulto de Ciro, a pocos pasos de él. Oía los débiles gemidos del hombretón y cerró los ojos deseando con vehemencia que todo concluyera. Se había encontrado bien hasta que la costa desapareció de la vista y las enormes olas empezaron a zarandearlos. Después llegó el mareo, precedido de un fuerte eructo y la súbita necesidad de asomarse a la borda. Sabía que tenía que hacerlo por la parte de popa, aunque los hombres de abajo no disponían de semejante lujo. Iban apretujados en la bodega, parecía una pesadilla.

El rincón de su mente que todavía podía pensar en otra cosa, aparte de su malestar^ pensó que tendrían que anclar frente a Ostia un día o dos antes de desembarcar, aunque sólo fuera para limpiar el barco y dar un poco de lustre a la Décima. Si llegaran al puerto en esos momentos, los estibadores pensarían que eran refugiados de una batalla terrible. Entonces oyó unos pasos detrás.

—¿Quién es? —preguntó estirando la cabeza para distinguir la cara del hombre.

—Julio —dijo una voz animada—. Te traigo agua. Al menos tendrás algo dentro del cuerpo.

Bruto sonrió con debilidad; aceptó el pellejo y se llevó el pitorro de bronce a los labios. Se dio la vuelta y escupió dos veces antes de tragar un poco de líquido. Ciro se lo arrebató de las manos y tragó ruidosamente.

Bruto sabía que tenía que preguntar por los hombres y por el rumbo que habían tomado para pasar entre Córcega y Cerdeña, pero sencillamente le importaba un comino en esos momentos. Le pesaba la cabeza del mareo y sólo consiguió agitar la mano un poco disculpándose ante Julio antes de volver a asomarse al mar por encima del pasamanos. Casi era peor cuando no vomitaba. Al menos, con algo en el estómago lo único que tenía que hacer era dejarlo salir.

Los tres se tambalearon al inclinarse la nave tremendamente a un lado, y se oyó un estrépito de algo que se había caído en la bodega. Julio patinó en la resbaladiza cubierta y el poderoso brazo de Ciro lo rescató en el aire. Respiró hondo y le dio las gracias.

—Echaba esto de menos —les dijo—, no avistar tierra en la oscuridad. —Se acercó a Ciro—. Mañana tienes la última guardia conmigo. Las estrellas te cortarán la respiración en cuanto pase la tormenta. El mareo nunca dura más de un día, dos a lo sumo.

—Eso espero —logró decir Ciro con incertidumbre. Desde su punto de vista Julio abusaba de la amistad comportándose con tanta alegría mientras ellos esperaban que la muerte se los llevara. Daría la soldada de un mes entero por sólo una hora de tranquilidad en el estómago. Entonces sería capaz de enfrentarse a cualquier cosa, estaba seguro.

Julio avanzó agarrado a la barandilla hasta alcanzar al capitán. El comerciante había aceptado de mala gana su nuevo puesto, e incluso había dirigido la palabra a los soldados cuando subieron a la nave. Les advirtió que tuvieran una mano en el barco y otra para salvarse en todo momento.

—Si os caéis por la borda —dijo a los legionarios—, estáis acabados. Aunque yo dé media vuelta, cosa que no haré, es prácticamente imposible distinguir la cabeza de un hombre incluso con el mar en calma. Si sopla algo de viento, más os vale dar un buen trago de agua y hundiros. Es la forma más rápida.

—¿Llevamos buen rumbo, capitán? —preguntó Julio al llegar junto al bulto oscuro que se protegía del viento con un pesado hule.

—Lo sabremos si tocamos Cerdeña, pero he hecho esta ruta muchas veces —contestó el capitán—. El viento sopla del sureste, vamos cortándolo.

Julio no le veía la cara en la oscuridad cerrada, pero la voz sonaba tranquila. Cuando los primeros vientos empezaron a soplar contra la nave, el capitán ató las palas del timón bajándolas unos pocos grados y se colocó en su puesto; de vez en cuando gritaba una orden a la tripulación, que se movía, invisible, en cubierta.

De espaldas al pasamanos Julio se balanceó con la ola disfrutando inmensamente.

La temporada a bordo del *Accipiter* con Gaditico parecía a siglos de distancia, pero si dejaba vagar los recuerdos, casi podría decir que estaba allí otra vez, en otro mar, en medio de la oscuridad. Se preguntó si Ciro se acordaría siquiera de aquellos tiempos. Habían arriesgado la vida en numerosas ocasiones buscando al pirata que había destrozado la pequeña nave.

Con los ojos cerrados pensó en los que habían muerto en la persecución, sobre todo en Pelitas, que era un buen hombre, muerto hacía tanto ya. Entonces todo parecía tan sencillo como si el camino lo esperase. Ahora, sin embargo, tenía más posibilidades de las que quería. Si se hacía con el cargo de cónsul, podría quedarse en Roma o irse con su legión a una nueva tierra de cualquier parte del mundo. Alejandro lo había hecho antes que él. El rey niño se había llevado a sus ejércitos a Oriente, al sol naciente, a tierras tan lejanas que eran poco más que leyendas. Por una parte deseaba la libertad total que había conocido en África y Grecia, sin tener que convencer a nadie ni responder ante nadie, sólo con caminos nuevos que abrir.

Sonrió en la oscuridad. Hispania había quedado atrás, y todas las preocupaciones, la rutina, las reuniones se las había llevado el temporal.

Apoiado en el pasamanos, oyó ruido de pasos, de otro que salía a desperdiciar su última comida. Oyó exclamar a Adán, que había tropezado con Ciro y había soltado una maldición de rabia.

—¿Qué es esto? ¿Un elefante? ¡Abre paso, mazacote! —exclamaba el joven hispánico.

Ciro se reía débilmente, contento porque no era el único que se sentía morir.

Empezó a llover a raudales, y en la lejanía una luminosa descarga eléctrica los hizo dar un respingo a todos.

Sin que nadie lo viera, Julio alzó las manos y elevó una oración en silencio, en agradecimiento por la tormenta. Roma los esperaba al frente y se sentía más vivo que en todos los años pasados.

La lluvia caía del cielo negro sobre la ciudad. Aunque Alexandria trataba de serenarse pensando en los dos guardianes que la escoltaban, tuvo miedo cuando la oscuridad se cerró temprano a causa de los nubarrones. Sin el sol las calles se quedaron vacías rápidamente y cada cual cerró su puerta y encendió lámparas para pasar la noche. Las piedras de la calle no tardaron en quedar ocultas por la capa de porquería que se amontonaba lentamente y se le pegaba a los pies. Estuvo a punto de tropezar con un adoquín oculto y se estremeció al pensar en tocar el suelo con las manos.

No había luz en las calles y las pocas siluetas oscuras que se movían parecían amenazadoras. Las bandas de secuestradores andarían al acecho de víctimas fáciles a las que capturar y robar; y deseó con todas sus fuerzas que Tedo y su hijo fueran capaces de disuadir a cualquiera.

—No te alejes, señora. Ya falta poco —dijo Tedo, que caminaba delante de ella.

Apenas distinguía la silueta, que avanzaba con dificultad, pero el sonido de la voz la tranquilizó.

De pronto sopló una ráfaga de viento cargada de olor a excrementos humanos y Alexandria tuvo que tragar saliva rápidamente para pasar las náuseas. Era difícil no tener miedo. Hacía tiempo que Tedo había dejado atrás sus mejores años y cojeaba de forma casi cómica a causa de una vieja herida en la pierna. Su hijo, de carácter hosco, no hablaba casi nunca y no sabía si podía confiar en él.

Al avanzar por la calle desierta, oían a los vecinos atrancar las puertas con un resoplido de alivio; era la medida de seguridad que tomaban las familias para pasar la noche. Las buenas gentes de Roma no contaban con protección frente a las bandas, y sólo los que disponían de escolta se atrevían a salir de noche.

Un grupo apiñado apareció ante ellos en la esquina siguiente, unas sombras que observaban los movimientos de los tres viandantes y que hicieron estremecerse a Alexandria. Oyó el ruido del puñal de Tedo al desenfundarlo, pero tendrían que cruzar la calle o pasar ante el grupo, y hubo de esforzarse por controlar el impulso de echar a correr. Sabía que moriría si se separaba de la escolta, y sólo esa idea la ayudó a no perder la compostura a medida que se acercaban a la esquina. El hijo de Tedo se situó a su lado rozándole el brazo, aunque no le transmitió sensación de seguridad.

—Casi estamos en casa —dijo Tedo con claridad, más porque lo oyeran los hombres de la esquina que Alexandria, que conocía las calles tan bien como él. Lo dijo con voz serena y pasó ante el grupo con la larga hoja desnuda a un lado. Estaba tan oscuro que no se les veía la cara, pero Alexandria olió lana húmeda y ajo rancio. El corazón se le aceleró cuando una sombra le rozó el hombro y la hizo trastabillar. El hijo de Tedo la separó con la espada en la mano, enseñando la hoja al mismo tiempo. Los hombres no se movieron, pero Alexandria percibía las miradas amenazadoras en la tensión del momento. Un desliz y atacarían, estaba segura; el corazón le latía tan deprisa que le dolía.

Pasado el peligro, Tedo la tomó con fuerza por un brazo y su hijo por el otro.

—No mires atrás, señora —musitó Tedo.

Ella asintió, aunque sabía que el hombre no la veía. ¿Los seguían, se acercaban al trote como perros salvajes? Deseaba mirar por encima del hombro, pero Tedo la sujetaba avanzando por la calle, sacándola de allí. Cojeaba más todavía y respiraba con gran esfuerzo cuando por fin la esquina quedó atrás. Nunca hablaba de ello, pero tenía que aplicarse linimento en la pierna derecha todas las noches para poder ponerse en pie al día siguiente.

Entre tanto la lluvia aporreaba los tejados de las casas llenas de gente, gente que sabía muy bien que no tenía que estar en la calle por la noche. Alexandria miró hacia atrás, pero no vio nada, y se arrepintió de haber mirado. Entonces sintió rabia. Los

tribunos no tenían nada que temer, al contrario que ella. Nunca iban a ninguna parte sin guardias armados, y los maleantes los evitaban porque sabían que se exponían a un peligro mayor del que podían afrontar. Los pobres no contaban con esa protección, e incluso a plena luz del día se producían robos y peleas repentinas en las calles, que se saldaban con uno o dos muertos; luego se alejaban todos caminando muy tiesos, sabiendo que no los atraparían, ni los perseguirían siquiera.

—Ya casi hemos llegado, señora —repitió Tedo, aunque esta vez era cierto.

Percibió el alivio en la voz del hombre y se preguntó qué habría sucedido si la banda hubiera sacado los puñales. ¿Habría muerto por ella o la habría dejado a merced de los asaltantes? Imposible saberlo, pero calculó cuánto le costaría añadir un hombre más a su escolta. ¿Quién lo vigilaría a él? Doblaron dos calles más y llegaron a la de Alexandria. Las casas eran más espaciosas que las del dédalo por el que habían pasado, pero la suciedad pegajosa era más espesa y la lluvia la hinchaba. Torció el gesto al notar la salpicadura de la porquería en la rodilla, por debajo de la *stola*. Otro par de sandalias echadas a perder. El cuero no volvería a oler a limpio por más que las restregase.

Con un leve gruñido de dolor Tedo se adelantó hasta la puerta y llamó. Esperaron en silencio mientras los dos hombres miraban la calle de arriba abajo por si había alguien esperando para abalanzarse sobre ellos. Así había sucedido unas pocas noches antes en una calle cercana a la suya. Y nadie se atrevió a acudir en auxilio de los asaltados.

Alexandria oyó pasos que se acercaban del otro lado de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Atia, y Alexandria respiró lentamente, satisfecha de haber llegado a casa. Hacía años que conocía a esa mujer, y aunque vivía en la casa y se ocupaba de la cocina, era lo más parecido a una familia que había tenido en Roma.

—Soy yo, Atia —dijo.

La luz iluminó la calle al abrirse la puerta, y entraron rápidamente. Tedo esperó a que ella despejara la calle por completo. Después volvió a colocar la tranca con cuidado y por fin envainó la daga y se sacudió la tensión de los hombros.

—Gracias a los dos —dijo Alexandria.

El hijo guardó silencio, pero Tedo respondió con un gruñido, palpando la puerta como para asegurarse.

—Para eso nos pagas —dijo.

Vio que tenía la pierna débil ligeramente levantada, con todo el peso del cuerpo apoyado en la otra, y lo lamentó profundamente. Había muchas clases de valor en el mundo.

—Te llevaré una bebida caliente cuando hayas terminado de atenderte la pierna —le dijo.

El hombre se sonrojó un poco para sorpresa de Alexandria.

—No es necesario, señora. Mi hijo y yo nos cuidamos solos. Más tarde quizá.

Alexandria asintió, aunque no estaba segura de si debía insistir. A Tedo parecía incomodarlo cualquier gesto que se asemejase a la amistad. Parecía que lo único que le interesaba era recibir su sueldo con regularidad, y ella aceptaba su reserva. Sin embargo, esa noche todavía estaba inquieta y necesitaba ver gente alrededor.

—Seguro que tenéis hambre, y yo tengo fiambre de novilla en la cocina. Me complacería que nos acompañarais a cenar cuando estéis listos.

Atia movió los pies y Tedo miró al suelo un momento con el ceño fruncido.

—Si estás segura, señora —dijo por fin.

Alexandria se quedó mirando a los hombres, que se dirigieron a su habitación. Miró después a Atia y sonrió al ver la expresión seria de la mujer.

—Eres demasiado amable con ese par —dijo Atia—. Ninguno de los dos tiene mucho de bueno, ni el padre ni el hijo. Si dejas el gobierno de la casa en sus manos, se aprovecharán, estoy segura. Los criados no tienen que olvidar cuál es su lugar, como tampoco quiénes les pagan.

Alexandria se rió. El miedo de la noche empezaba a disiparse. Teóricamente Atia también era una criada, aunque ninguna de las dos lo decía nunca. La había conocido cuando buscaba una habitación limpia en la ciudad, y cuando el negocio de las joyas empezó a prosperar, Atia se trasladó a la nueva vivienda con ella para atenderla. Era una tirana con el resto de los criados, pero sabía hacer de la casa un verdadero hogar.

—No sabes cuánto me alegro de que estuvieran conmigo, Atia. Los secuestradores salieron temprano hoy, con la tormenta, y una o dos tazas de vino caliente es un pago justo por la seguridad. Vamos, me muero de hambre.

Atia dio un respingo por toda respuesta, pero la adelantó por el pasillo en dirección a la cocina.

El edificio del senado estaba muy iluminado, docenas de lámparas chisporroteaban en todas las paredes. La sonora sala estaba templada y seca, a pesar del tamborileo apagado de la lluvia, y a pocos de los presentes les seducía la idea de volver a casa empapándose por el camino. Los informes sobre el presupuesto de la ciudad habían ocupado la tarde, además de una serie de votaciones para aprobar enormes sumas destinadas a las legiones que mantenían la *Pax Romana* en tierras lejanas. Las cantidades eran inmensas, pero quedaban reservas suficientes para mantener la ciudad un año entero. Dos o tres senadores de los más ancianos dormitaban arrullados por la buena temperatura, y sólo la tormenta les impedía marcharse a casa a comer y a dormir.

El senador Prando se encontraba en la tribuna del orador barriendo con la mirada las filas de bancos en busca de apoyo. Le fastidiaba que Pompeyo estuviera cuchicheando con un colega mientras él anunciaba su candidatura a cónsul. Se presentaba a petición de Pompeyo precisamente, y lo menos que podía hacer era

prestarle atención.

—Si resulto elegido, tengo intención de reunir a todos los acuñadores de moneda bajo un solo techo y emitir una moneda en la que los ciudadanos puedan confiar. Hay un exceso de monedas que dicen ser de oro o plata pura, pero todos los establecimientos tienen que disponer de balanzas para comprobar el peso de las monedas con que les pagan. Una sola casa de la moneda, dependiente del senado, pondrá fin a la confusión y devolverá la confianza. —Vio que Craso fruncía el ceño y se preguntó si tendría algo que ver con alguna partida de monedas falsas, que tanto daño hacían. No le sorprendería—. Si los ciudadanos me dan el derecho de ocupar el cargo de cónsul, actuaré en interés de Roma y devolveré la fe en la autoridad del senado. —Hizo una pausa otra vez al ver que Pompeyo levantaba la cabeza, y comprendió que había cometido un error oyó una risa y se puso nervioso—. «Incrementaré» la fe en el senado —puntualizó—. El respeto por la autoridad y la ley. Por la justicia, que tiene que ser percibida limpia de soborno y corrupción. —Se detuvo una vez más, con la mente en blanco—. Servir será para mí un honor Muchas gracias —concluyó.

Bajó de la tribuna y se sentó en su sitio de la primera fila, visiblemente aliviado. Un par de colegas que se sentaban cerca de él le dieron unas palmadas en la espalda y empezó a relajarse. Quizá el discurso no hubiera estado mal del todo, a fin de cuentas. Miró a su hijo Suetonio para comprobar su reacción, pero el joven tenía la mirada perdida en algún punto frente a sí, inexpresivamente.

Pompeyo descendió entre los bancos y sonrió al senador Prando al pasar a su lado. Los que charlaban en susurros guardaron silencio cuando el cónsul accedió a la tribuna. Parecía sereno y seguro, pensó Prando con irritación.

—Doy las gracias a los candidatos por sus palabras —dijo Pompeyo, y paseó la mirada entre los hombres antes de continuar—. Alimentan mi esperanza de que en esta gran ciudad quedan todavía hombres dispuestos a entregarle la vida sin pensar ni un momento en el beneficio personal ni en la ambición. —Esperó a que cesaran las risitas de consenso inclinándose hacia delante apoyado en los brazos—. La elección dará a mis constructores la oportunidad de agrandar este espacio, y estoy dispuesto a ceder el uso de mi nuevo teatro mientras se llevan a cabo las obras de ampliación. Creo que será adecuado. —Sonrió y le respondieron, pues el edificio del teatro era dos veces mayor que el del senado, y el doble de lujoso por lo menos. Nadie puso objeciones—. Además de los candidatos a los que hemos oído hoy aquí, si hubiere otros, deben declarar antes de las *vulturnales*, que serán dentro de diez días. Que me lo comuniquen con tiempo, por favor. Pero antes de enfrentarnos a la lluvia, anuncio que tendrá lugar una reunión pública en el foro de hoy en una semana. El juicio de Hospio queda pospuesto un mes. Craso y yo pronunciaremos entonces el discurso del cónsul al pueblo. Si cualquiera de los candidatos desea unir su voz a la nuestra ese

día, comunicádmelo hoy antes de que me marche.

Pompeyo miró a Prando un momento antes de continuar. Estaban de acuerdo y Prando sabía que asociarse con hombres de mayor experiencia reforzaría su candidatura. Más le valía practicar su discurso. A pesar de las promesas de Pompeyo, el pueblo de Roma podía ser un público difícil.

—El día ha llegado a su fin, senadores. Levantaos para pronunciar el juramento —dijo Pompeyo levantando la voz sobre el estruendo de la lluvia que batía la ciudad.

La tormenta duró tres días y empujó las naves desperdigadas hacia su destino. Cuando pasó, la flota que transportaba la Décima volvió a reunirse poco a poco, cada barco una laboriosa colmena de actividad; quien no reparaba velas y remos calentaba pez para rellenar los espacios entre los tablones de cubierta por donde el agua se había colado. Tal como Bruto había predicho, Julio ordenó fondear frente a Ostia, y unas barcas pequeñas cargadas de víveres y carpinteros se movían entre las naves y las preparaban para la inspección. El sol secó las cubiertas y la Décima limpió las bodegas y quitó el olor a vómito con agua de mar y grasa.

Una vez recogidas y limpias las anclas, entraron en el puerto; Julio iba en la proa de la primera nave. Con la mano derecha se agarraba al pasamanos y contemplaba absorto la vista de su tierra natal. Si miraba hacia atrás, veía las insignias blancas de las naves de remos que lo seguían en formación de punta de flecha, con las velas del resto cerrando la retaguardia. Si se lo hubieran preguntado, no habría sido capaz de expresar con palabras lo que sentía, y tampoco se detuvo a analizar sus sentimientos. Los dolores de cabeza no habían vuelto a molestarlo con el aire fresco del mar, y había ofrecido incienso a los dioses para agradecerles su protección en la tormenta.

Sabía que la Décima podía instalar un campamento permanente en los campos, más allá del puerto, mientras él tomaba el camino de la ciudad. Los hombres estaban tan emocionados como los oficiales ante la posibilidad de reunirse de nuevo con sus familiares y amigos, pero no se concederían permisos hasta que el campamento estuviera montado y seguro. Cinco mil hombres eran demasiados para llevarlos a su finca. Sólo la alimentación causaría problemas, y los precios eran mejores en los muelles. La Décima era como una plaga de langosta, capaz de devorar el oro que había traído si se lo permitía. Así, al menos se gastarían su propia soldada en las posadas y prostíbulos de la ciudad.

La perspectiva de llegar a su casa le hizo sentir una mezcla de dolor y emoción. Comprobaría cuánto había crecido su hija y pasearía por la orilla del río que su padre había embalsado para regar toda la finca. El recuerdo de su padre le borró la sonrisa de la boca. El panteón familiar se encontraba en el camino de la ciudad y antes que nada quería ir a visitar las tumbas de los que habían quedado atrás.

VIII

Craso aspiró el vapor de la piscina al sumergirse hasta la cintura. Se sentó en el peldaño interior con los hombros contra el mármol helado del antepecho, y el contraste le pareció exquisito. Notó nudos de tensión en el cuello y con un gesto de la mano llamó a un esclavo para que le diera masajes mientras hablaba.

Todos los que se encontraban en la piscina eran clientes suyos y le guardaban una lealtad que iba más allá del estipendio mensual que recibían. Craso cerró los ojos cuando el esclavo hundió los potentes pulgares en sus doloridos músculos, y suspiró de placer antes de hablar.

—Señores, mi mandato como cónsul ha dejado poca huella en la ciudad. — Sonrió irónicamente cuando los hombres que lo acompañaban expresaron consternación. Pero antes de que hablaran prosiguió—. Creía que haría más cosas en este tiempo. Sin embargo, son pocas las que puedo señalar diciendo: «Eso es sólo mío». Parece ser que lo que conmueve el corazón de nuestros ciudadanos no es el reencauzamiento del comercio. —Los miró con una expresión teñida de amargura y trazó una espiral en el agua con un dedo—. Ah, les di pan cuando dijeron que no tenían. Pero cuando el pan se terminó, todo seguía igual. Han disfrutado de unas cuantas jornadas de carreras a costa de mi bolsa y les he restaurado un templo en el foro. Pero me pregunto si recordarán este año o si se acordarán alguna vez de cuando yo era cónsul.

—Nosotros estamos contigo —dijo uno de ellos, y los demás se sumaron rápidamente.

Craso asintió mezclando el cinismo con el vapor de agua.

—No les he dado ninguna victoria en la guerra. Sin embargo, adulan a Pompeyo y se olvidan del viejo Craso.

Los clientes no se atrevieron a mirarse unos a otros por no ver la verdad de las palabras reflejada en los demás. Craso percibió que estaban cohibidos y levantando la cabeza prosiguió en tono firme.

—Señores, no quiero que mi año caiga en el olvido. He comprado otra jornada de carreras, para empezar. Quiero que las mejores entradas sean para mis arrendatarios, y procurad que acudan familias. —Hizo una pausa y tendió la mano por detrás de la cabeza hacia un vaso de agua fresca que había en el muro; el esclavo dejó de masajearle y le puso el vaso en la huesuda mano. Craso le sonrió antes de proseguir —: Los nuevos sestercios con mi efigie ya están preparados. Señores, necesito de todos ustedes para llevar a cabo la distribución. Son exclusivamente para las casas más pobres, y en cantidad no superior a uno por hombre o mujer. Realizaréis la tarea con escolta, y sólo llevaréis cantidades pequeñas cada vez.

—¿Puedo exponer una idea, cónsul? —preguntó uno de ellos.

—Naturalmente, Pareo —contestó Craso levantando una ceja.

—Paga a unos cuantos hombres para que limpien las calles —dijo hablando a gran velocidad bajo el peso de la mirada del cónsul—. Casi toda la ciudad huele mal, y la plebe te lo agradecerá.

Craso se rió.

—Si hago lo que dices, ¿dejarán de arrojar la porquería a la calle? No; dirán: «Tirémosla en cualquier parte, porque el viejo Craso vendrá detrás con cubos y lo limpiará todo». No, amigo mío, si quieren calles limpias, que se armen de agua y trapos y las limpien ellos. A lo mejor no les queda otro remedio si el olor es insoportable en verano, y así aprenderán a ser limpios. —Al ver la decepción del hombre, siguió hablando en tono más amable—. Admiro al hombre que confía en la bondad de la plebe, pero son muchos los que carecen de sensatez y se enredan en sus propios pies. Es inútil adular la buena voluntad de tales gentes. —La idea le hizo reír un momento, y después guardó silencio—. Por otra parte, si la medida tuviera éxito..., no. No quiero que me llamen Craso el barrendero de la mierda. No.

—Pero ¿y las bandas de la calle? —insistió Pareo obstinado—. En algunas zonas están totalmente fuera de control. Unos pocos centenares de hombres con permiso para desarticularlas harían más por la ciudad que...

—¿Quieres que una banda controle a otra? ¿Y quién controlaría a la controladora? ¿Quieres otra aún más numerosa para dominar las primeras? —Craso negó para sí, aunque le hacía gracia la insistencia del hombre.

—Una centuria de la legión podría... —tartamudeó el hombre.

Craso se sentó irguiendo la espalda y levantó una ola de agua que rebosó la piscina. Levantó una mano para imponer silencio y sus clientes se removieron inquietos.

—Sí, Pareo; una legión podría hacer muchas cosas, pero no dispongo de ninguna a mis órdenes, como no deberías olvidar. ¿Te gustaría que rogara a Pompeyo que me prestase más soldados para patrullar por los barrios pobres? Pide una fortuna cuando me los presta para los caminos, y ya he cubierto el cupo de reforzar su imagen con mi dinero. ¡El pueblo vería sus distintivos y votaría por Pompeyo! —Craso hizo un gesto brusco con la mano y tiró la copa de metal, que se alejó dando vueltas por los azulejos de la casa de baños—. Basta por hoy, señores. Tenéis tareas que cumplir, de momento, y mañana os daré más que hacer. Dejadme.

Los hombres salieron de la piscina sin decir una palabra y se alejaron rápidamente del irascible señor.

Julio se alegró de dejar atrás el bullicio del puerto cuando Octavio y él tomaron la calzada hacia la ciudad. Bruto se había quedado supervisando la descarga de hombres y equipo, de modo que no tardarían en completar el trabajo. Habían escogido a los centuriones personalmente, y se podía confiar en que sujetaran con firmeza las

riendas de los primeros grupos que salieran de permiso.

Miró a Octavio y advirtió el dominio que tenía del caballo. Ejercitarse con los *extraordinarii* había servido para domesticar sus tendencias salvajes, y ahora montaba como si hubiera nacido en la silla, y no como un pilluelo de la calle que no había visto un caballo hasta los nueve años.

Se apearon y continuaron a pie por los gastados adoquines de la calzada que entraba en la ciudad, guiando los caballos entre el tránsito de carretas y esclavos que corrían a hacer recados desconocidos. Cereales y vino, piedras preciosas, cuero, herramientas de hierro y bronce y mil productos más que convergían con destino a las hambrientas fauces de la ciudad. Los carreteros arreaban a los bueyes y asnos manejando el látigo con pericia, y Julio sabía que las caravanas ocupaban todo el camino desde el mar hasta las entrañas de los mercados. El ritmo suave de los cascos era adormecedor, pero le dolían los hombros de tensión. El mausoleo familiar se encontraba fuera de la ciudad, y miraba adelante buscándolo, esperando ver el primer atisbo.

El sol se acercaba al mediodía cuando le pareció el momento oportuno de hincar los talones en los flancos de la montura. Octavio igualó su paso al instante y los dos avanzaron a medio galope por las piedras, levantando exclamaciones y silbidos de admiración a los mercaderes que iban quedando rezagados.

El mausoleo era sencillo, de mármol negro, un simple bloque de sólida piedra agazapado a un lado de la calzada, a menos de media milla de las puertas de la ciudad. Julio desmontó empapado en sudor y condujo al caballo a la hierba que crecía exuberante entre las tumbas de los romanos muertos.

—Es ésta —musitó, y soltó las riendas.

Leyó los nombres grabados en la oscura piedra y cerró los ojos un momento al llegar al de su madre.

En parte lo esperaba, pero la realidad de encontrarse ante sus cenizas le causó un dolor sorprendente que le llenó los ojos de lágrimas.

El nombre de su padre todavía se leía claramente, después de diez años; Julio agachó la cabeza y tocó los caracteres con la punta de los dedos, repasando los contornos.

El tercer nombre estaba tan fresco aún como el dolor que sintió al verlo. Cornelia. Lejos del sol y de sus abrazos. Ya no podía acariciarla.

—¿Tienes el vino, Octavio? —dijo tras un largo silencio.

Procuraba mantenerse erguido, pero la mano que apoyaba en la piedra parecía soldada allí, como si no pudiera soltarse. Oyó que Octavio rebuscaba en las alforjas y luego notó la fría arcilla del ánfora que le había costado más de lo que cobraba al mes cualquiera de sus hombres. No había mejor vino que el de Falerno, y él quería lo mejor para honrar a quienes más amaba.

En la parte superior de la tumba había un cuenco excavado en el mármol con un orificio no mayor que una moneda de cobre. Al romper el lacre del vino, se preguntó si Clodia habría llevado alguna vez a su hija a dar de comer a los muertos. No creía que la anciana hubiese podido olvidar a Cornelia, igual que él.

El vino oscuro se coló por el orificio del cuenco y Julio lo oyó gotear en el interior.

—Esta copa por mi padre, que me hizo fuerte —musitó—. Ésta por mi madre, que me dio amor. La última por mi esposa. —Tras una pausa, hipnotizado por el sonido del vino al desaparecer en la tumba, añadió—: Cornelia, a quien todavía amo y honro.

Cuando devolvió por fin el ánfora a Octavio, tenía los ojos enrojecidos de llanto.

—Ciérrala bien, muchacho. Hay otra tumba que quiero visitar cuando lleguemos a casa, y Tubruk querrá más que una sola copa. —Sonrió forzosamente y volvió a montar un tanto aliviado de su sufrimiento mientras los cascos del caballo rompían la quietud de la larga fila de tumbas.

Julio se acercaba a sus tierras con el cosquilleo de un sentimiento semejante al temor. Aquel lugar encerraba tantos recuerdos y tanto dolor... La memoria de la infancia advirtió las malas hierbas que crecían entre los desordenados cultivos y notó cierta dejadez en todos los senderos invadidos por la vegetación y en el muro sin reparar. El zumbido grave de las colmenas le produjo un escozor en los ojos.

Los muros blancos que rodeaban los edificios principales marcaron el comienzo de un verdadero dolor. La pintura estaba desconchada en muchas partes y se sintió culpable de no haber mantenido el contacto con su propiedad. La casa formaba parte del recuerdo de cada herida, y no había escrito una sola carta a su hija ni a Clodia. Agarró las riendas con fuerza y aminoró la marcha de la montura; cada paso adelante aumentaba su dolor.

Allí estaba el pilar de la verja al que se subía a esperar el regreso de su padre de la ciudad. Detrás estarían los establos donde había probado el primer beso, y el patio donde había estado a punto de morir a manos de Renio, años atrás. A pesar del aspecto descuidado, seguía siendo el mismo lugar en lo esencial, un ancla respecto a los cambios de su vida. Sin embargo, habría dado cualquier cosa por ver a Tubruk saliendo a recibirlo, o porque Cornelia lo aguardase allí.

Se detuvo ante las puertas y esperó en silencio, perdido en los recuerdos a los que se aferraba como si pudieran convertirse en presente en tanto las puertas no se abriesen y todo volviera a cambiar.

Un hombre al que no conocía apareció en lo alto del muro y Julio sonrió al pensar en los peldaños que quedaban ocultos a la vista. Sus peldaños. Su casa.

—¿Qué vienes a buscar aquí? —preguntó el hombre en tono neutral.

Aunque Julio llevaba la armadura más sencilla, observaba los muros con un aire

de autoridad que despertó la intuición del hombre.

—He venido a ver a Clodia y a mi hija —contestó Julio. El hombre abrió los ojos desmesuradamente de la sorpresa y desapareció al punto haciendo señas a los que estaban en el interior.

Las puertas se abrieron de par en par y Julio entró en el patio con Octavio a la zaga. A lo lejos oyó que llamaban a Clodia, pero en su mente todavía prevalecían los recuerdos, y respiró hondo.

Su padre había muerto defendiendo ese muro. Tubruk lo había llevado a hombros por la puerta. Julio tembló ligeramente a pesar del calor del sol. ¡Cuántos fantasmas había en aquel lugar! Se preguntó si alguna vez llegaría a encontrarse totalmente a gusto allí, con un recuerdo del pasado en cada esquina y en cada rincón.

Clodia salió presurosa del edificio y se quedó inmóvil al verlo. Cuando Julio se apeó, ella hizo una profunda reverencia. La edad no la había tratado con benevolencia, pensó el general al tomarla de los hombros para levantarla y abrazarla. Siempre había sido una mujer corpulenta y capaz, pero en su rostro se reflejaba algo más que el paso del tiempo. Si Tubruk hubiera vivido, se habría casado con él, pero la felicidad le había sido arrebatada por los mismos puñales que se llevaron a Cornelia.

Cuando la tuvo a su altura, vio lágrimas recién derramadas, que tiraron con fuerza de su propio dolor. Habían compartido la pérdida de seres queridos y no se esperaba la crudeza de los sentimientos que volvieron a aflorar, a pesar de los años transcurridos, intensos como el día en que ambos se encontraron en ese mismo patio mientras la rebelión de los esclavos arrasaba por el sur. Aquel día Clodia había prometido quedarse y criar a la hija de Julio; fueron las últimas palabras que se dijeron antes de que éste partiese.

—Ha pasado tanto tiempo sin saber nada de ti, Julio. No sabía adonde mandar las noticias sobre tu madre —dijo.

Nuevas lágrimas rodaron por las mejillas de la mujer mientras hablaba, y Julio la abrazó con fuerza.

—Sabía... que sucedería. ¿Fue muy doloroso?

Clodia hizo un gesto negativo con la cabeza al tiempo que se secaba los ojos.

—Al final hablaba de ti y encontró consuelo en Julia. Pero no sufrió, no sufrió nada.

—Me alegro —dijo Julio en voz baja.

Su madre había sido una persona tan lejana para él durante tanto tiempo, que le sorprendía lo mucho que lamentaba no haberla visto, no haberse sentado al borde de su cama a contarle las peripecias en Hispania y en las batallas vividas. ¿Cuántas veces había ido a contarle lo que estaba haciendo con su vida? Parecía escucharlo incluso cuando la enfermedad la había privado de la razón. Ahora no le quedaba nadie en el mundo, ni padre al que salir corriendo a recibir, ni Tubruk para reírse a su

costa ni nadie que lo amara ilimitadamente. Le dolían todos ellos.

—¿Dónde está Julia? —preguntó retirándose un paso.

La expresión de Clodia cambió y reflejó el orgullo y el amor que sentía.

—Ha salido a cabalgar. Se va a los bosques con el poni a la menor ocasión. Se parece a Cornelia, Julio. Tiene el cabello igual. A veces, cuando se ríe, es como si hubieran desaparecido treinta años de golpe y ella estuviera ahí otra vez conmigo. — Percibió tensión en Julio, pero la malinterpretó—. Nunca la dejo ir sola a montar. Dos criados la acompañan para mayor seguridad.

—¿Me conocerá? —preguntó Julio, incómodo de pronto.

Echó una mirada a las puertas como si hablar de Julia fuera suficiente para verla aparecer. Él tenía un recuerdo borroso de la hija que había dejado a su cuidado. Una niña frágil a la que había consolado cuando su madre descendía a la oscuridad. Le extrañó la fuerza del recuerdo de las manitas alrededor de su cuello.

—Sí, estoy segura. Siempre me pide que le cuente cosas de ti, y le he contado todo lo que he podido. —Clodia miró a Octavio, que permanecía rígidamente junto a los caballos—. ¿Octaviano? —dijo maravillada de lo cambiado que lo encontraba.

Sin darle tiempo a nada, Clodia echó a correr hacia él y le prodigó un asfixiante abrazo. Julio se rió al verlo tan incómodo.

—Ahora es Octavio, Clodia. Pero el polvo nos ha secado la garganta. ¿Vas a tenernos aquí de pie todo el día?

Clodia dejó que Octavio se le escabullera.

—Sí, claro. Dad los caballos a uno de los chicos, yo voy a la cocina. Sólo somos unos pocos esclavos y yo. Sin los documentos a tu nombre, los mercaderes no quieren hacer tratos con nosotros. La falta de Tubruk aquí es...

Julio se sonrojó al ver que la mujer estaba a punto de llorar otra vez. Se dio cuenta de que no había cumplido con ella y se extrañó de su propia ceguera. La mujer quitaba importancia a la dureza de los años pasados, pero él habría podido aliviarle la carga y le avergonzó no haber hecho nada. Tenía que haber nombrado a alguien en el lugar de Tubruk antes de marcharse y traspasarle a ella los poderes de administración de sus bienes. Clodia se aturdió de pronto al pensar en cómo vería Julio ahora la casa que había llegado a considerar suya; el general le puso una mano en el brazo con intención de tranquilizarla.

—Es lo máximo que podía pedir —le dijo.

La mujer se calmó un poco. Mientras los mozos se llevaban los caballos para cepillarlos y darles de comer; Clodia entró rápidamente en la casa, y Julio y Octavio la siguieron; Julio tragó con la garganta seca al pasar del patio a las habitaciones de su infancia.

Una voz aguda y dulce y un ruido de cascos en el patio anunciaron el regreso de Julia e interrumpieron el refrigerio que Clodia les había preparado; Julio, con la boca

llena de pan y miel, se levantó como movido por un resorte y salió disparado al exterior. Había pensado esperar a que ella se presentase y se saludaran formalmente, pero el sonido de su voz le colmó la paciencia y no pudo esperar.

Aunque sólo había vivido diez veranos, era la viva imagen de su madre, y llevaba el largo cabello recogido en una trenza que le caía por la espalda. Julio se rió al ver a la niña saltar del poni y afanarse con el animal quitándole pinchos y ramitas de las crines, pasándole los dedos como si fueran un peine.

La niña se sobresaltó al oír una voz desconocida y se dio media vuelta para ver quién se atrevía a reírse de ella en su propia casa. Al encontrarse con la mirada de Julio frunció el ceño con suspicacia. Julio la observaba atentamente a medida que se acercaba a él con la cabeza ligeramente ladeada y una mirada inquisitiva que le recordó a la actitud de Cornelia.

Advirtió satisfecho que la niña andaba con aplomo, como la señora de una casa que salía a recibir a quien la visitaba. Llevaba una túnica gastada de color crema y unas calzas de montar y, con el cabello recogido y sin señales de pechos bajo la ropa, casi parecía un niño. Se adornaba con un sencillo brazalete de plata que reconoció al punto; era de Claudia.

Clodia había salido a presenciar el reencuentro y sonreía a ambos con orgullo maternal.

—Es tu padre, Julia —dijo.

La niña se detuvo en el momento en que se quitaba el polvo de una manga y miró a Julio sin expresión alguna.

—Me acuerdo de ti —dijo lentamente—. ¿Has vuelto para quedarte?

—Una temporada —contestó Julio muy serio.

La niña digirió las palabras e hizo un gesto de asentimiento.

—¿Me vas a comprar un caballo? Me estoy haciendo muy mayor para el pobre Gibi, y Recido dice que me vendría muy bien una montura un poco más briosa.

Julio parpadeó; le pareció que su hija tenía la virtud de disolver lo más doloroso del pasado.

—Te compraré una belleza —le prometió, y recibió a cambio una sonrisa tan parecida a la de su madre que el corazón le dio un vuelco.

Alexandria se alejó del calor de la fragua sin dejar de observar a Tabbic, que retiraba el recipiente de oro fundido y lo colocaba sobre los orificios de vertido de una pieza de arcilla.

—El pulso firme ahora —dijo innecesariamente, cuando Tabbic empezó a mover el largo mango de madera sin un titubeo.

Ambos manejaban el metal líquido con el respeto que merecía cuando caía siseando y gorgoteando en el molde. Una sola gota quemaría la carne hasta el hueso. Todos los pasos del proceso debían hacerse lentamente, con cuidado extremo.

Alexandria sonrió satisfecha al ver salir el vapor con un silbido por los respiraderos de la pieza de arcilla; el profundo sonido del llenado fue subiendo de tono hasta que el proceso terminó. Cuando el oro se enfriara, habría que retirar con gran esfuerzo el molde de arcilla del que saldría la máscara perfecta de la mujer que representaba. Por encargo de un senador^ Alexandria había llevado a cabo la desagradable tarea de tomar el molde directamente del rostro de la esposa, muerta pocas horas antes. Después sacó otros tres moldes menores de arcilla, cambiando progresivamente en cada uno el rastro de los estragos causados por la enfermedad. Había reconstruido la nariz con cuidado exquisito, pues el mal le había roído la carne, y al final el hombre lloró al ver la imagen de aquella a quien la muerte le había arrebatado. En oro se conservaría joven para siempre, hasta mucho después de que él mismo hubiera quedado también reducido a cenizas.

Alexandria tocó el molde de arcilla y notó la alta temperatura del contenido; se preguntó si alguna vez habría un hombre que la amara tanto como para conservar su imagen toda la vida.

Sumida en sus pensamientos, no oyó entrar a Bruto en el establecimiento; fue el silencio en que se quedó mirándola lo que la hizo volver la cara, pues notaba algo indefinible.

—Abre el mejor vino y quítate la ropa —dijo. La miraba con tal dedicación que no vio a Tabbic, el cual se quedó con la boca abierta—. He vuelto, muchacha. Julio ha vuelto y vamos a poner Roma patas arriba.

IX

Bruto dio unas palmaditas a Alexandria en el muslo saboreando el contacto mientras cabalgaban de noche hacia la finca. Después de pasar el día en la cama con ella, se encontraba más relajado y en paz con el mundo que nunca. Deseó que el regreso a casa fuera siempre tan glorioso.

Alexandria no estaba acostumbrada a montar y se sujetaba a él con fuerza. Bruto notaba el azote de su pelo en el cuello desnudo como un látigo, y le pareció extraordinariamente erótico. Había ganado fuerza en su ausencia, notaba su cuerpo prieto y sano. También el rostro le había cambiado sutilmente, y tenía en la frente la cicatriz de una salpicadura de metal hirviendo que casi parecía una lágrima.

El manto negro de la mujer voló a su alrededor un momento con el viento, lo agarró por un extremo y tiró de él para que Alexandria se acercara más. Ella lo envolvió por el pecho con los brazos y suspiró hondo. El aire era tibio, lo templaba la tierra, que devolvía a la atmósfera el calor recibido del sol. A Bruto le habría gustado mucho que alguien hubiera visto la magnificencia con que atravesaban los campos de la finca en esos momentos.

Divisó a lo lejos la luz de las antorchas, que se mezclaba en una sola mancha formando una corona luminosa sobre los muros en la oscuridad creciente. Aminoró la marcha al final y por un momento creyó que era Tubruk quien lo aguardaba con las puertas abiertas.

En silencio Julio los vio llegar a paso lento; adivinaba y comprendía lo que Bruto pensaba en esos instantes. Dejó la impaciencia a un lado y dio gracias en su fuero interno por la llegada de su amigo. Allí era donde tenía que estar, sin duda, e intercambiaron una sonrisa de disculpa cuando Bruto se volvió en la silla para ayudar a Alexandria a bajar; luego se apeó él de un salto y se puso al lado de la mujer.

Julio la besó en la mejilla.

—Es un honor recibirte en casa. Los criados te atenderán mientras hablo un momento con Bruto —dijo.

Le pareció que a Alexandria le brillaban los ojos, y se preguntó si ella se acordaría alguna vez de una noche en particular, como él.

Cuando ella hubo entrado, Julio respiró hondo y dio una palmada afectuosa a Bruto en la espalda.

—No puedo creer que Tubruk no esté aquí —dijo mirando hacia los campos.

Bruto lo miró un momento sin decir nada, luego se agachó y recogió un puñado de tierra.

—¿Te acuerdas de cuando te hizo tomar un puñado de tierra? —le preguntó.

Julio asintió e hizo lo mismo. Bruto se alegró de verlo sonreír mientras dejaba caer la tierra al suelo poco a poco.

—Alimentada con la sangre de los que vivieron antes que nosotros —dijo Julio.

—Y con la nuestra. Era un buen hombre —contestó Bruto al tiempo que soltaba la tierra y se sacudía las manos golpeando una contra otra—. Tendrás que buscar a alguien que se encargue de arar los campos otra vez. Nunca había visto las tierras tan abandonadas. Pero ahora has regresado.

—Iba a preguntarte —dijo Julio frunciendo el ceño— dónde te habías metido, pero veo que encontraste algo mejor que hacer que vigilar el campamento de Ostia.

Julio no conseguía enfadarse con su amigo, aunque tenía intención de dejarle las cosas claras.

—Renio lo tiene todo bajo control, y me alegro de haber venido —contestó Bruto—. Alexandria me ha dicho que mañana habrá un debate público en el foro, y he venido directo a contártelo a ti.

—Ya lo sé. Servilia me lo dijo en cuanto lo supo. De todas formas, yo también me alegro de que hayas venido. Habría mandado a buscarte si no hubieras desobedecido mis órdenes.

Bruto miró a su amigo para determinar hasta qué punto la crítica era en serio. En el rostro de Julio ya no se apreciaban la tensión y el cansancio de la época en Hispania, y parecía más joven que en los últimos tiempos. Esperó un momento.

—¿Estoy perdonado? —preguntó.

—Sí —contestó Julio—. Ahora vamos dentro, tienes que conocer a mi hija. Ya hay una habitación preparada para ti y quiero que me ayudes a planear una campaña. Eres el último en llegar.

Cruzaron juntos el patio; sólo se oía el crepitar y oscilar de las antorchas de las paredes. La brisa los envolvió un momento cuando cerraron las puertas; a Bruto se le erizó el vello de los brazos y se estremeció. Julio abrió la puerta de una estancia llena de vida y conversación, y entró agachando la cabeza, sintiendo los primeros cosquilleos de emoción.

Julio los había convocado a todos, como Bruto comprobó al entrar y saludar a sus amigos. Con Alexandria, en la estancia se encontraban todas las personas que le importaban, y a todos les brillaban los ojos de complicidad y alegría, pues planeaban el gobierno de una ciudad. Servilia, Cabera, Domitio, Ciro, Octavio... todos los que Julio había reunido en torno a sí. El único desconocido era el joven hispánico que lo acompañaba en calidad de escribano. Adán miraba los rostros uno por uno como lo hacía Bruto, y cuando la mirada de ambos se encontró, Bruto hizo un gesto de aceptación, como quería Julio.

Bruto vio a Alexandria tensa entre los demás y se acercó a ella instintivamente. Julio percibió el movimiento y lo entendió.

—Te necesitamos aquí, Alexandria. Sólo tú has vivido en la ciudad estos últimos años, y necesitamos tus conocimientos.

La mujer se sonrojó de una forma deliciosa, pero se tranquilizó, y Bruto le apretó la nalga sin que los demás lo vieran. Su madre lo miró con severidad cuando Alexandria le apartó la mano de un golpe seco, pero Bruto se limitó a sonreírle antes de volver a mirar a Julio.

—¿Dónde está tu hija? —preguntó Bruto. Sentía curiosidad por conocer a la niña.

—Estará en los establos —dijo Julio—. Monta como un centauro, ¿sabes? Le diré que entre antes de que se vaya a dormir. —El orgullo se le reflejó en la cara un instante al pensar en su hija, y Bruto sonrió con él. Después el general se aclaró la garganta y los miró a todos—. Bien, tengo que decidir lo que voy a hacer mañana por la mañana, cuando entre en el foro a declararme candidato al puesto de cónsul.

Todos querían hablar a la vez, y la llamada a la puerta pasó inadvertida al principio. Clodia la abrió, y al ver su expresión, todos guardaron silencio.

—Hay... no he podido detenerlo —empezó.

—¿De qué se trata? —preguntó Julio agarrándola por el brazo.

Se quedó inmóvil al ver quién aparecía por detrás de Clodia, y enseguida retrocedió con ella para dejar libre la puerta.

Allí estaba Craso, ataviado con una toga de un blanco deslumbrante en contraste con su piel oscura. Un broche de oro le brillaba en el hombro. Alexandria parpadeó al reconocer que era obra suya, y se preguntó si sería una coincidencia o una prueba sutil de que entendía las relaciones que unían a los presentes.

—Buenas noches, César. Tengo entendido que tu nombramiento de tribuno no fue revocado. ¿Debo dirigirme a ti como tribuno ahora que tu tiempo como pretor de Hispania ha concluido?

Julio hizo una inclinación de cabeza disimulando con esfuerzo la cólera que le provocaba la informal aparición de ese hombre en su casa. Toda clase de pensamientos se le mezclaron en la cabeza. ¿Había soldados fuera? De ser así, a Craso le costaría más salir que entrar, se juró en silencio. Soltó el brazo a Clodia y la mujer salió rápidamente de la estancia sin mirar atrás. No la culpó por haber permitido que Craso entrara. A pesar de haber gobernado la casa como un ama, había sido esclava tanto tiempo que lógicamente había sentido temor ante uno de los hombres más poderosos del senado. A un cónsul de Roma no se le podía cerrar ninguna puerta.

Craso captó la tensión de Julio y siguió hablando.

—Tranquilízate, Julio. Soy amigo de esta casa, como lo fui de la de Mario antes de que llegaras tú. ¿Creías que podías desembarcar una legión en mis costas sin que me llegaran noticias? Diría que hasta la débil red de espías de Pompeyo ya sabe que has vuelto.

Craso vio a Servilia allí presente y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Sé bienvenido —dijo Julio intentando serenarse. Comprendió que había

vacilado mucho y sospechó que el hombre había disfrutado de cada momento de confusión que le había producido.

—Me alegro —replicó Craso—. Bien, si alguien me acerca una silla, me sentaré con vosotros, con tu permiso. Mañana te hará falta un discurso con mucha fuerza si pretendes vestirte de cónsul el año que viene. A Pompeyo no le hará ninguna gracia saberlo, pero he ahí lo más dulce de la salsa.

—No se te puede ocultar nada, ¿verdad? —comentó Julio, que empezaba a recuperarse.

—¡Tú mismo me lo has confirmado! —exclamó Craso con una sonrisa—. Pensé que era la única razón por la que renunciarías al puesto de pretor. Confío en que habrás nombrado a un sucesor antes de partir de Hispania.

—Naturalmente —replicó Julio. Se dio cuenta de que estaba disfrutando de la conversación, y le sorprendió.

Craso tomó la silla que Octavio dejó libre para él y se sentó recogiendo la toga cuidadosamente con sus largos dedos. La tensión iba desapareciendo a medida que Craso era aceptado en la reunión.

—¿Es posible que creyeras que podrías llegar directamente al foro y subir a la tribuna de los oradores? —preguntó Craso.

—¿Por qué no? —replicó Julio sin comprender—. Servilia me ha dicho que Prando va a hablar. Tengo tanto derecho como él.

Craso sonrió sacudiendo la cabeza.

—Estoy seguro de que lo habrías hecho, sin duda, pero es mejor que lo hagas cuando yo te invite, Julio. Al fin y al cabo, Pompeyo no va a pedirte que te unas a nosotros. Tengo ganas de ver la cara que va a poner cuando inscribas tu nombre en las listas.

Aceptó una copa de vino y tomó un sorbito, pero se estremeció ligeramente.

—¿Te das cuenta de que Pompeyo puede alegar que has abandonado tu deber marchándote antes de que se cumpliera el período? —dijo inclinándose hacia delante.

—Como tribuno, gozo de inmunidad —replicó Julio al punto.

—Excepto en delitos de violencia, amigo mío, aunque supongo que desertar del puesto no llega a tanto. Pompeyo sabe que gozas de inmunidad, pero ¿qué opinará el pueblo? Desde ahora hasta el día de las elecciones, Julio, no sólo debes actuar correctamente, sino que tienes que demostrarlo en público o perderás todos los votos a favor de otro candidato.

Craso miró a los demás y sonrió al ver a Alexandria. Se acarició brevemente el broche del hombro, y ella, comprendiendo que la reconocía, tuvo una sensación de peligro. Por primera vez desde que Bruto fuera a buscarla al taller se dio cuenta de que Julio tenía tantos enemigos como amigos, y no estaba segura de a qué bando pertenecía Craso.

—¿Qué ganas tú ayudándome? —preguntó Julio de pronto.

—Tienes una legión que se reconstruyó en parte con mi apoyo, Julio, cuando todavía se llamaba Primigenia. Me han... convencido de que la ciudad necesita más hombres. Hacen falta hombres preparados, insobornables, que no se vendan a las bandas de malhechores.

—¿Me reclamas una deuda? —replicó Julio tensándose para rechazarlo.

Craso miró a Servilia y entre ellos se cruzó una mirada de entendimiento que escapaba a la comprensión de Julio.

—No. Renuncié a las deudas hace tanto tiempo que no vale la pena recordarlo. Pido tu ayuda sin compromiso, y a cambio mis clientes contribuirán a propagar tu nombre por la ciudad. Sólo dispones de cien días, amigo mío. Es poco tiempo incluso con mi apoyo. —Vio la vacilación de Julio, y prosiguió—: Fui amigo de tu padre y de Mario. ¿Es excesivo aspirar también a la confianza de su hijo?

Servilia deseaba que Julio la mirase. Conocía a Craso mejor que nadie en aquella sala, y esperaba que Julio no cometería la necedad de rechazarlo. Miraba al hombre que amaba con una especie de dolor mientras aguardaba su respuesta.

—Gracias, cónsul —dijo Julio con formalidad—. No olvido a mis amigos.

Craso sonrió con verdadera alegría.

—Con mi fortuna... —empezó.

Julio hizo un gesto negativo.

—Tengo suficiente para esto, Craso, pero te lo agradezco.

Por primera vez Craso miró al joven general con un atisbo de verdadero respeto. Pensó que no había errado en su juicio. Podría colaborar con él y enfurecer a Pompeyo al mismo tiempo.

—Entonces ¿brindamos por tu candidatura? —preguntó con la copa en alto.

Cuando Julio asintió, todos levantaron la copa y así se quedaron, sin saber qué hacer, esperando. Julio lamentaba terminar el vino de Falerno, pero después lo pensó mejor. Tubruk brindaría con ellos dondequiera que estuviese.

Julio estaba sentado en los establos, a oscuras, disfrutando del calor amigable que le daban los caballos. Recorrió los compartimentos acariciando el húmedo hocico a cada animal y musitándoles palabras. Se detuvo junto al enorme corcel en el que el amigo de su padre había traído a esa mujer. Se le hacía raro usar la palabra padre. ¿Cuántas veces le había hablado Clodia de ese hombre valiente al que el capricho del cónsul había enviado lejos de la ciudad? Se había forjado su propia idea de él, se había convencido de que el deber lo retenía lejos de ella y por eso no volvía a buscarla. Clodia siempre decía que al final regresaría y todo volvería a estar bien; pero ahora que había vuelto, le inspiraba más temor que otra cosa. Desde el momento en que había puesto el pie en el polvo del patio todo había cambiado y en la casa había un amo nuevo.

Era tan severo, pensaba mientras acariciaba con la nariz los aterciopelados ollares del caballo. El animal respondió con un suave bufido, levantó el hocico y el aliento cálido dio a la niña en la cara. No era tan viejo como creía; se lo había imaginado con las sienes plateadas y con la serena dignidad de los miembros del senado.

El aire nocturno le llevó un eco de ruido desde la habitación donde se había reunido la gente nueva. ¡Cuántos había allí! Nunca había habido tantas visitas en la casa, pensó, y le intrigaban. Encaramada en el muro exterior, los había visto llegar a todos y había sacudido la cabeza ante tanta gente desconocida.

Eran distintos de los que Clodia invitaba, de otra clase, sobre todo la mujer mayor del collar de diamantes. Había visto a su padre besarla cuando creía que nadie lo miraba, y de una manera que se le puso un nudo de desagrado en la garganta. Intentó convencerse de que no era más que una amistad, pero advirtió una actitud tan íntima cuando la mujer se relajó entre los brazos de su padre, que se puso roja de vergüenza. Se juró que, fuera quien fuese, jamás se harían amigas.

Pasó un rato imaginándose a la mujer intentando ganarse su afecto. Se comportaría fríamente con ella, pensó. Grosera no, porque Clodia le había enseñado a despreciar la descortesía. Sólo lo justo para darle a entender que no la quería.

En una percha del compartimento del caballo había una capa pesada, y la reconoció; era la que envolvía a la pareja que había llegado en último lugar. Se acordó de la risa del hombre, que resonaba en los campos. Le había parecido muy guapo, de menor estatura que su padre, y andaba igual que el instructor de equitación que le había traído Clodia, como si tuviera tanta energía que apenas pudiera evitar el ponerse a bailar para celebrarlo.

Pensó que seguro que la acompañante lo amaba, por la forma que tenía de pegarse a su espalda. Le parecía que siempre se estaban tocando, casi sin querer.

Estuvo mucho tiempo en los establos tratando de llegar al fondo de lo que había cambiado tanto desde la llegada de su padre. Siempre se refugiaba allí cuando tenía algún problema o cuando Clodia se enfadaba con ella. Entre el olor del cuero y la paja, en las sombras, siempre se sentía a salvo. La casa principal tenía tantas habitaciones vacías, frías y oscuras por la noche... Cuando se colaba en ellas para subirse al muro a la luz de la luna, se imaginaba a su madre paseando por allí y temblaba. Qué fácil era imaginarse a los hombres que la habían matado subiendo por allí sigilosamente; hasta que de pronto la niña daba media vuelta, aterrorizada, y retrocedía, espantada por unos fantasmas que jamás veía.

Oyó carcajadas en la casa y levantó la cabeza. El sonido se disolvió y el silencio se le antojó más profundo aún; parpadeó en la oscuridad al darse cuenta de que tener allí a los amigos de su padre le hacía sentirse más segura. Esa noche no habría asesinos colándose por los muros para matarla, no habría pesadillas.

Acarició el hocico al caballo y descolgó el manto de la percha, pero lo dejó caer

en el suelo polvoriento con rabia. El amigo de su padre se merecía algo mejor que ésa, pensó abrazándose en la oscuridad.

Pompeyo se paseaba sujetándose las manos fuertemente a la espalda. Llevaba una toga de paño grueso con los brazos al aire, y se veía el movimiento de sus músculos cada vez que apretaba los dedos. Las lámparas de su casa de la ciudad parpadeaban a punto de extinguirse, pero no llamó a ningún esclavo para que rellenara los depósitos. La luz mortecina armonizaba con el humor del cónsul de Roma.

—Sólo si se presenta a las elecciones justificará que haya abandonado su puesto. Ninguna otra cosa vale el castigo al que se arriesga, Régulo.

Su centurión más veterano escuchaba en posición de firmes mientras el general iba de un lado a otro. Hacía más de veinte años que le guardaba lealtad y conocía sus cambios de humor mejor que nadie.

—Estoy a tus órdenes, señor —dijo mirando al frente.

Pompeyo lo miró y pareció satisfecho con lo que veía.

—Eres mi mano derecha, Régulo, lo sé. Sin embargo, necesito algo más que obediencia si César no hereda la ciudad de mis manos. Necesito ideas. Habla con libertad y no temas nada.

Régulo se relajó un poco al recibir la orden.

—¿Has pensado en redactar una ley que te permita presentarte otra vez? Él no ganaría si la alternativa fueras tú.

Pompeyo frunció el ceño. Si hubiera creído que había la más remota posibilidad, ya se lo habría planteado. Pero el senado, e incluso el pueblo, se alzaría contra la menor insinuación de volver a los días pasados. No le pasó por alto lo irónico que resultaba que las restricciones que él mismo había contribuido a instaurar lo ataran ahora de pies y manos; pero eso no lo acercaba nada a la resolución del caso.

—No es posible —dijo con los dientes apretados.

—Entonces tenemos que hacer planes para el futuro, señor —dijo Régulo.

Pompeyo se detuvo a mirarlo con la esperanza en los ojos.

—¿En qué estás pensando?

Régulo respiró hondo antes de hablar.

—Déjame unirme a su legión. Si alguna vez te ves en la necesidad de detenerlo, tendrás una espada muy cerca de él.

Pompeyo se frotó la cara pensando en la oferta. Cuánta lealtad unida a un hombre tan violento. Por una parte le repelía esa solución tan deshonrosa, pero por otra sería una necesidad privarse de un arma para el futuro. ¿Quién sabía lo que el futuro les reservaba a todos ellos?

—Tendrías que alistarte con ellos —dijo Pompeyo con lentitud.

El centurión respiró con esfuerzo al comprobar que su idea no iba a ser despachada sin más.

—No me supone ningún esfuerzo. Tú me concediste todos los ascensos en el campo de batalla. Conozco el terreno.

—Por las cicatrices que tienes sabrán quién eres en realidad —replicó Pompeyo.

—Diré que soy mercenario. Sé hacer el papel bastante bien. Deja que me acerque a él, cónsul. Soy el que necesitas.

Pompeyo reflexionó barajando objeciones mentalmente. Suspiró. A fin de cuentas la política era un asunto práctico.

—Podrían pasar años, Régulo. ¿No te echarán de menos?

—No, señor. Estoy solo.

—Entonces te lo ordeno, Régulo. Vete con mi bendición.

Régulo intentó encontrar las palabras.

—Es... es un honor, señor. Estaré cerca de él cuando me llames. Lo juro.

—Sé que así será, Régulo. Te recompensaré cuando...

—No es necesario, señor —dijo Régulo rápidamente, sorprendiéndose a sí mismo. En otra circunstancia no habría osado interrumpir al cónsul, pero deseaba demostrar que la confianza depositada en él era merecida. Le gratificó ver que Pompeyo sonreía.

—Si al menos contara con más hombres como tú, Régulo. No hay señor mejor servido que yo.

—Gracias, señor —contestó el centurión, henchido de orgullo. Sabía que se enfrentaba a años de disciplina estricta y paga reducida, pero no le preocupaba en absoluto.

X

Roma nunca dormía, y al clarear el alba, una gran multitud inquieta de ciudadanos llenaba el amplio espacio del foro moviéndose sin cesar al ritmo de sus propias corrientes. Los padres aupaban en hombros a sus hijos para que entrevieran a los cónsules, aunque sólo fuera para que pudieran decir que habían visto a los vencedores de Espartaco y salvadores de la ciudad.

A Julio la multitud le parecía anónima, le intimidaba. ¿Debía hablar mirando al vacío o mirando fijamente a un incauto ciudadano? Se preguntó si le prestarían atención siquiera. Con Pompeyo guardaban silencio, pero sin duda el cónsul habría distribuido convenientemente a sus clientes entre la gente. Si gritaban y se reían cuando él hablara después de Pompeyo, echarían a perder su primer paso hacia la candidatura. Repasaba el discurso mentalmente una y otra vez y rogaba no atascarse ni perderse. Quizá le hicieran preguntas al final, hombres pagados por los cónsules tal vez. Podrían humillarlo. Se puso las húmedas manos en las rodillas con cuidado para que el paño empapara el sudor que las cubría.

Estaba sentado en una plataforma elevada, con Craso y el padre de Suetonio, sin mirar a ninguno de los dos. Todos escuchaban atentamente las ingeniosas frases de Pompeyo y levantaban las manos pidiendo que cesaran las carcajadas. Vio que el cónsul no vacilaba. El dominio que tenía de la oratoria se leía en las reacciones de la multitud. Levantaban el rostro hacia él casi como si lo adorasen; de pronto se le encogieron las tripas al pensar que él hablaría a continuación.

Con voz grave Pompeyo recordó su servicio durante el año de cónsul y la multitud aplaudió. Intercalaba los éxitos con las promesas de pan y cereal gratuito, los juegos y las monedas conmemorativas. Craso se tensó un poco ante la mención de las monedas. Se preguntó de dónde sacaría Pompeyo los fondos necesarios para acuñar su efigie en plata. Lo peor de todo era saber que los sobornos no valían de nada. Pompeyo sabía manejar a la multitud y la hacía reír o llenarse de severo orgullo en un momento. Su intervención fue magistral, y cuando terminó, Julio se levantó con una sonrisa forzada en la cara mientras Pompeyo retrocedía y le hacía una seña. Julio apretó los dientes de fastidio al ver la mano tendida, ofreciéndole la tribuna como un mecenas paternal.

Al cruzarse Pompeyo le dijo en voz baja:

—¿No has traído escudos envueltos en paños, Julio? Creía que vendrías con algo preparado.

Julio tuvo que sonreír como si el comentario hubiera sido gracioso, y no un dardo envenenado. Ambos recordaban el juicio que Julio había ganado en ese mismo foro, cuando se descubrieron ante la muchedumbre los escudos que representaban escenas de la vida de Mario.

Pompeyo se sentó en su lugar aparentando calma e interés. Julio se acercó a la tribuna del orador e hizo una breve pausa mirando al mar de cara. ¿A cuántos había congregado el discurso anual de los cónsules? ¿A ocho mil, a diez mil? El sol naciente todavía no había salido de detrás de los templos que rodeaban la gran plaza, y los miró a la luz gris y fría del alba. Tomó aire deseando que la voz le saliese segura y fuerte desde el principio. Era importante que oyeran cada una de sus palabras.

—Me llamo Cayo Julio César, soy sobrino de Mario, que fue cónsul de Roma siete veces en otro tiempo. He inscrito mi nombre en el senado para ocupar el mismo puesto. Pero no lo hago en memoria de ese hombre, sino para continuar su labor. ¿Queréis que os prometa monedas y pan gratis? No sois niños a quienes se pueda ofrecer objetos bonitos a cambio de lealtad. Un buen padre no malcría a sus hijos con regalos. —Hizo una pausa y empezó a tranquilizarse. Todas las miradas del foro estaban puestas en él, y por primera vez desde que subiera a la plataforma se sintió un poco seguro—. He conocido a quienes se parten el espinazo sembrando el trigo para vuestro pan. No hay fortunas entre quienes alimentan a otros, pero sí orgullo y hombría. He conocido a muchos que lucharon por esta ciudad sin un reproche. A veces los veis por la calle sin un ojo, sin un brazo o sin una pierna, las gentes los adelantan y nosotros volvemos la cara a otro lado olvidándonos de que si podemos reír y amar, es gracias a esos soldados que lo dieron todo. Hemos levantado esta ciudad sobre la sangre y el sudor de los que nos precedieron, pero todavía queda mucho que hacer. ¿Habéis oído hablar al cónsul Craso de soldados que velen por la seguridad en las calles? Os doy a mis hombres y no lo lamento, pero cuando me los lleve en busca de nuevas tierras y mayores riquezas para Roma, ¿quién velará por vosotros si no vosotros mismos?

La muchedumbre se agitaba inquieta y Julio titubeó un momento. Tenía la idea clara en la cabeza, pero buscaba afanosamente la forma de hacérselo comprender.

—Aristóteles dijo que el buen estadista se preocupa por inculcar cierta moral a sus ciudadanos, una disposición a la virtud. Yo la busco en vosotros y la veo ahí, lista para que la llamen. Vosotros sois quienes se lanzaron a las murallas a defender Roma de la rebelión de los esclavos. No eludisteis vuestro deber entonces, como tampoco ahora, cuando os lo pido yo. —Continuó en un tono de voz más elevado—: Dispondré de fondos para todo aquel que no tenga trabajo y limpie las calles de Roma e impida que las bandas aterricen a los más débiles entre los nuestros. ¿Dónde está la gloria de Roma si vivimos temiendo la noche? ¿Cuántos de vosotros atrancáis la puerta y aguardáis detrás, atentos a la primera señal de asesinos o ladrones? —En silencio agradeció a Alexandria lo que le había contado y supo por los gestos de asentimiento que veía que había tocado la fibra a muchos de los presentes—. El cónsul Craso me ha nombrado edil, lo cual significa que es a mí a quien debéis quejaros si hay delitos o desórdenes en la ciudad. Venid a mí si os acusan en falso y

oiré vuestro caso, y os defenderé personalmente si no encuentro quien os represente. Mi tiempo y mis fuerzas son vuestros ahora si los queréis. Mis clientes y mis hombres impondrán seguridad en las calles y haré la ley justa para todos. Si soy cónsul, seré el torrente que limpie de Roma la porquería de siglos, pero no lo haré solo. No voy a daros una ciudad mejor yo solo. Juntos la convertiremos en una ciudad nueva. —La dicha lo aturdió al ver la reacción. Así debía sentirse uno cuando era tocado por los dioses. Hinchó el pecho y su voz siguió derramándose sobre la muchedumbre, que trataba de captar su mirada—: ¿Dónde se encuentran las riquezas que nuestras legiones han traído a la ciudad? ¿Sólo en este foro? Creo que no es suficiente. Si me nombráis cónsul, no pasaré por alto las cuestiones menores. Las calzadas están atestadas, el tráfico se ahoga. Haré que se desplacen por la noche y acallaré el griterío constante de los arrieros. —Esa promesa arrancó risas y Julio sonrió a su vez. Sonrió a su pueblo—. ¿Creéis que no debería empeñarme en esas cosas? ¿Qué mi tiempo estaría mejor empleado en la construcción de otro monumento elegante que jamás utilizaréis?

—¡No! —gritó una voz entre la multitud, y Julio sonrió a la voz solitaria disfrutando de la risa que se extendía entre el gentío.

—A ese hombre que ha gritado le digo ¡sí! Tendríamos que levantar templos altísimos, y puentes y acueductos para el agua limpia. Si un rey extranjero viene a Roma, tiene que saber que la bendición de los dioses alcanza aquí a todas las cosas. Quiero que mire hacia arriba... sin pisar entre tanto cosas repugnantes. —Julio esperó a que las risas cesaran antes de proseguir. Sabía que le escuchaban por la sencilla razón de que su voz vibraba de convencimiento. Creía en lo que decía, ellos escuchaban y se entusiasmaban—. Somos un pueblo práctico, vosotros y yo. Necesitamos desagües y seguridad, comercio honrado y alimento a precio barato para vivir Pero también somos soñadores, soñadores prácticos que reharán el mundo para que dure mil años. Construimos para perdurar. Somos herederos de Grecia. Tenemos fuerza, pero no sólo fuerza física. Inventemos y perfeccionemos hasta que nada pueda compararse a Roma. Calle a calle si fuera necesario. —Tomó aire lenta y profundamente y los ojos se le llenaron de afecto por el pueblo que escuchaba—. Os miro a todos vosotros y me siento orgulloso. Mi sangre ha contribuido en la construcción de Roma y creo que no se ha desperdiciado cuando veo a su pueblo. Ésta es nuestra tierra. Sin embargo, existe todo un mundo fuera de aquí que todavía no sabe lo que hemos hallado. Lo que hemos construido es tan grande que podemos llevarlo hasta los lugares más recónditos, podemos difundir la ley, el honor de nuestra ciudad hasta que en cualquier parte del mundo cualquiera de nosotros pueda decir «Soy ciudadano romano», y tenga con ello asegurado el buen trato. Si me nombráis cónsul, trabajaré para que ese día se haga realidad.

Había terminado, aunque al principio no se dieron cuenta. Aguardaban con

paciencia sus siguientes palabras, y Julio sintió la tentación de continuar, pero escuchó la voz de la precaución y se limitó a darles las gracias y bajar de la tribuna.

El silencio fue roto por una ovación clamorosa de aceptación, y Julio se sonrojó de emoción. No veía a los hombres que estaban en la plataforma detrás de él, sólo veía al pueblo que le había escuchado, uno a uno lo habían escuchado absorbiendo las palabras. Aquello emborrachaba más que el vino.

A su espalda Pompeyo se inclinaba hacia Craso y murmuraba al mismo tiempo que aplaudía.

—¿Lo has nombrado edil? No es amigo tuyo, Craso, créeme.

Por guardar las apariencias ante la muchedumbre, Craso sonreía también a su colega, con los ojos encendidos de rabia.

—Sé juzgar quién es amigo mío, Pompeyo.

Entonces Pompeyo se puso en pie y dio una palmada a Julio en la espalda cuando llegó a su altura. Cuando el pueblo vio que se sonreían mutuamente, los vitorearon de nuevo y Pompeyo se lo agradeció levantando la mano libre, como si Julio fuera su protegido y lo hubiera hecho bien sólo para complacerle.

—Un discurso maravilloso, César —dijo Pompeyo—. Serás como una corriente de aire fresco en el senado si lo logras. Soñadores prácticos, una idea maravillosa.

Julio le apretó la mano que le tendía y luego cedió el paso a Craso para que subiera a la tribuna. El otro cónsul ya había empezado a moverse; astutamente, no podía dejar pasar la oportunidad de destacar su presencia.

Los tres permanecieron en pie mientras la multitud los vitoreaba, y desde lejos la sonrisa de los tres parecía sincera. El senador Prando también se puso en pie, pero nadie se percató.

Alexandria se volvió hacia Tedo, que estaba a su lado mientras el pueblo aclamaba a los hombres de la tribuna.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —le preguntó.

El viejo soldado se rascó la dura barba sin afeitar. Había acudido a petición de Alexandria, pero las promesas de los próceres que gobernaban la ciudad le traían sin cuidado y no sabía cómo decírselo sin ofenderla.

—Me ha parecido bien —dijo después de pensarlo un poco—, aunque no he oído que ofreciera una moneda acuñada, como los otros. Las promesas están muy bien, señora, pero las monedas de plata compran buena comida y buen vino.

Alexandria frunció el ceño un momento y abrió el cierre del macizo brazaletes que llevaba en la muñeca, de donde sacó un sestercio. Se lo dio a Tedo, y éste lo aceptó enarcando las cejas.

—¿Por qué me lo das? —preguntó.

—Para que te lo gastes —dijo ella—. Cuando te lo hayas gastado y vuelvas a tener hambre, César todavía estará ahí.

Tedo asintió como si entendiera y se guardó la moneda con cuidado en el bolsillo oculto de la túnica. Echó una mirada alrededor por ver si alguien se había dado cuenta de dónde guardaba el dinero, pero la multitud parecía pendiente de la tarima elevada. De todos modos, en Roma siempre merecía la pena andarse con cautela.

Servilia no apartaba los ojos del hombre que amaba mientras Pompeyo le daba palmadas en la espalda. El cónsul olía los aires de cambio antes que cualquier otro senador, aunque se preguntó si Pompeyo sabría que Julio no consentiría la menor sombra de control por parte de los cónsules salientes.

Había momentos en que odiaba los juegos banales en los que todos participaban. Incluso el hecho de dar ocasión a Julio y a Prando de hablar en el discurso oficial de los cónsules formaba parte de ello. Sabía que había dos candidatos más en las listas del senado, y todavía faltaban unos días para que el plazo de inscripción se cerrara. Ninguno de ellos había tenido ocasión de empobrecer el discurso de los cónsules con promesas de hojalata.

El pueblo sólo se acordaría de tres, y entre ellos se encontraba Julio. Soltó un suspiro de tensión. Al contrario que la mayoría de los asistentes, no había sido capaz de relajarse y disfrutar de los discursos. Durante el turno de Julio tenía el corazón alterado de temor y orgullo. No había vacilado en ningún momento. El recuerdo del hombre que había vuelto a ver en Hispania ya no era más que eso, un recuerdo. Julio había recuperado la magia de antaño, e incluso la afectaba a ella mientras escuchaba y veía el brillo de su mirada, que recorría la multitud incesantemente. Era tan joven, ¿eso lo apreciaba la multitud? A pesar de toda su experiencia e ingenio, Pompeyo y Craso eran a su lado potencias en declive, y él le pertenecía a ella.

Un hombre que se abría paso entre la multitud se le acercó en exceso y Servilia vio un momento una cara curtida, con cicatrices, sudorosa. Pero antes de que pudiera reaccionar, una mano fuerte agarró al hombre por el brazo y lo hizo gritar.

—Largo de aquí —dijo Bruto en voz baja.

El hombre se soltó de un fuerte tirón y se retiró, aunque se detuvo a escupir cuando se encontró a salvo. Servilia sonrió a su hijo, y éste le sonrió a su vez; el incidente ya estaba olvidado.

—Diría que has apostado por el caballo vencedor; madre —dijo mirando a Julio—. ¿No lo notas? Todo está en su sitio, todo le favorece.

Servilia se rió, contagiada de entusiasmo. Sin la armadura su hijo le pareció más infantil que de costumbre, y le revolvió el pelo con afecto.

—Por un discurso no te nombran cónsul, ya lo sabes. El trabajo empieza ahora. —Siguió la dirección de la mirada de su hijo hasta donde se encontraba Julio, que por fin se daba media vuelta y empezaba a abrirse paso entre el gentío estrechando manos y respondiendo a los ciudadanos que lo llamaban. Su dicha se percibía incluso desde lejos—. Pero es un buen comienzo —concluyó.

Suetonio llevó a sus amigos por calles vacías, lejos del foro. Los puestos y las casas estaban cerrados y atrancados, todavía oían el sonido apagado de la multitud detrás de las hileras de viviendas.

Pasó un largo rato sin hablar, tenía la cara tensa de amargura. Le corroían las aclamaciones de los comerciantes cada vez que estallaban, hasta que no lo pudo soportar más. Julio siempre era Julio. Pasara lo que pasase, ese hombre parecía tener más suerte que tres juntos. Tras unas pocas palabras suyas, la muchedumbre había empezado a adularlo empalagosamente, mientras que su padre era humillado. Era atroz ver cómo se dejaban llevar de un lado a otro con trucos y palabras, mientras que un buen romano pasaba inadvertido. Le había enorgullecido mucho que su padre consintiera en inscribirse como candidato a cónsul. Roma merecía un hombre de su dignidad y su honor, no un César, que sólo perseguía su propia gloria.

Apretó los puños a punto de gritar de rabia por lo que había visto. Los dos amigos que lo acompañaban intercambiaron una mirada nerviosa.

—Va a ganar, ¿verdad? —dijo Suetonio sin mirarlo.

Bíbilo asintió, pero al recordar que iba un paso por detrás de su amigo se dio cuenta de que no habría visto el gesto.

—Es posible. Al menos me pareció que Pompeyo y Craso así lo creían. De todos modos tu padre podría ocupar el segundo puesto.

Se preguntaba si Suetonio pensaba llevárselos a paso de marcha todo el camino hasta su casa, fuera de Roma. Disponían de buenos caballos y habitaciones cómodas en el sentido contrario al que Suetonio, ciego de odio, había tomado. Bíbilo detestaba caminar cuando disponían de buenos caballos. También detestaba montar, pero era menos agotador para sus piernas y sudaba menos.

—Deserta de su puesto en Hispania y entra aquí anunciando que se presenta a cónsul, ¡y ellos lo aceptan sin más! ¿Qué sobornos habrá habido de por medio para que haya sido posible? Es capaz de cualquier cosa, os lo aseguro. Lo conozco bien. No sabe lo que es el honor. Me acuerdo muy bien de cuando los barcos y Grecia. Ese malnacido ha vuelto para perseguirme. Cualquiera diría que, después de la muerte de su mujer, dejaría la política para otros más capaces, ¿no? Tendría que haber aprendido la lección. Os aseguro que, por más enemigos que tuviera Catón, como hombre valía el doble que César. Tu padre lo sabía muy bien, Bíbilo.

Bíbilo miró nervioso alrededor por si había alguien que pudiera oírlos. Suetonio podía decir cualquier cosa de ese humor. Disfrutaba de la amargura de su amigo cuando se encontraban en un recinto privado. Le impresionaba el grado de cólera que podía llegar a alcanzar. Pero en público, en plena calle, el sudor le empapaba las axilas. Suetonio seguía andando como si el sol naciente no fuera más que una visión, pero el calor aumentaba.

Suetonio tropezó con una piedra y soltó un juramento. Siempre César

atormentándolo. En cuanto él llegaba a la ciudad, la fortuna de su familia se resentía. Sabía que César lo había difamado, y que por eso no lo habían nombrado general de ninguna legión. Había visto las sonrisas encubiertas y los cuchicheos, y sabía de dónde procedían.

El día en que había visto a los asesinos avanzando a hurtadillas hacia la casa de César, había experimentado unos momentos de auténtico placer. Habría podido dar la alarma, habría podido evitarlo, pero se había alejado de allí sin decir nada. Luego destrozaron a la mujer de César. Se acordó de lo mucho que se rió cuando su padre le comunicaba la horrenda noticia. El viejo lo anunció con una expresión tan circunspecta que Suetonio no pudo reprimirse. El asombro de su padre alimentaba su hilaridad hasta las lágrimas.

Quizá su padre lo entendiera un poco mejor ahora que había visto los halagos y las promesas de César con sus propios ojos. Entonces, curiosamente, se le ocurrió que quizá pudiera volver a hablar con su padre otra vez, teniendo algo en común, algo que compartir. Ya no se acordaba de la última vez que le había dedicado algo más que unas pocas palabras secas, y esa frialdad también era por culpa de César. Su padre había devuelto las tierras que había ganado con astucia en ausencia de Julio. Había devuelto el terreno destinado a construir una casa para él. De los ojos de su padre, cuando él protestó, sí que se acordaba. No había amor en ellos, sólo una fría valoración que siempre lo calificaba de insatisfactorio.

Levantó la cabeza y aflojó la tensión de las manos. Iría a ver a su padre y le expresaría su compasión. Quizá no se encogiera cuando lo mirase a los ojos, como si le asquease lo que veía. Quizá dejara de mirarlo con tan honda decepción.

Bíbilo observó el cambio de humor de su amigo y aprovechó la ocasión.

—Empieza a hacer calor; Suetonio. ¿Por qué no volvemos a la posada?

Suetonio se detuvo y lo miró.

—¿A cuánto asciende tu fortuna, Bíbilo?

El joven se frotó las manos con nerviosismo, como siempre que el tema del dinero salía a colación entre ellos. Había heredado una gran suma, suficiente para no tener que trabajar nunca, pero hablar de ello le hacía sudar de vergüenza. Ojalá a Suetonio no le pareciera un tema tan fascinante.

—Tengo suficiente, ya lo sabes. No tanto como Craso, claro, pero suficiente — dijo incómodo. ¿Pensaba pedirle otro préstamo? Esperaba que no. Suetonio se las arreglaba para hablar de devoluciones sólo en el momento de pedir. Una vez tenía el dinero, no volvía a hablar de ello. Y cuando él reunía el valor suficiente para recordarle lo que le debía, Suetonio se enfadaba y solía terminar largándose enfurecido hasta que Bíbilo le pedía disculpas.

—¿Suficiente para presentarte a las elecciones? Todavía quedan un par de días antes de que el senado cierre las listas.

Bíbilo parpadeó horrorizado y confundido.

—No, Suetonio; me niego en redondo. No me presentaré, ni siquiera por ti. Me gusta la vida que llevo, me gusta la posición que tengo ahora en el senado. No me gustaría ser cónsul aunque me lo ofrecieran.

Suetonio se le acercó y lo asió por la húmeda toga con una expresión rebosante de desagrado.

—¿Quieres que César sea cónsul? ¿Te acuerdas de la guerra civil? ¿Te acuerdas de Mario y de todo el mal que hizo? Si te presentas, puedes dividir el voto de César y que salga uno de los otros junto con mi padre. Si eres amigo mío, no lo dudarás.

—Claro que soy amigo tuyo, ¡pero no saldría bien! —dijo Bíbilo intentando separarse. Le humillaba la idea de que Suetonio le oliera el sudor, pero lo tenía fuertemente agarrado por la toga, de forma que se le veían las carnes fofas del pecho—. Aunque me presentara y consiguiera unos pocos votos, podría quitárselos a tu padre con tanta facilidad como César, ¿es que no lo ves? ¿Por qué no te presentas tú, si eso es lo que quieres? Te financio la campaña, lo juro.

—¿Has perdido el juicio? ¿Pretendes decirme que me presente para hacer la competencia a mi padre? No, Bíbilo. Quizá no seas tan buen amigo, ni buen nada, pero en la lista no hay nadie más que tenga peso. Si no lo impedimos, César destruirá a mi padre. Sé cómo hace el juego a la plebe, sé que lo quieren. ¿Cuántos honrarían a mi padre si César anduviera desfilando por ahí como una ramera emperifollada? Tú provienes de una familia antigua, tienes dinero suficiente para hacer que tu nombre resuene en las elecciones. —Los ojos le brillaban de maldad pensando en esa idea—. Hace años que mi padre no se ausenta de Roma, no lo olvides, y cuenta con el apoyo de las centurias más ricas, las que votan primero. Ya viste los discursos. César apela a los holgazanes pobres. Si se alcanza pronto la mayoría, es posible que la mitad de Roma no sea convocada a las urnas. Podría pasar.

—No creo que... —tartamudeó Bíbilo.

—¡Tienes que hacerlo, Bibi! Hazlo por mí. Con lograr el voto de unas cuantas de las primeras centurias habrá suficiente, y entonces tendrá que largarse de Roma hundido en la vergüenza. Si ves que el voto de mi padre se resiente, siempre puedes retirarte. Más sencillo imposible, a menos que prefieras tener a César de cónsul sin presentar pelea.

—No tengo suficiente dinero para... —vaciló Bíbilo de nuevo.

—Tu padre te dejó una fortuna, Bibi; ¿pensabas que no lo sabía? ¿Crees que le gustaría ver al viejo enemigo de Catón en el puesto de cónsul? No, esos préstamos insignificantes que me has hecho en el pasado no te sustentarían más que unos pocos días. —Suetonio pareció percatarse de lo incongruente que resultaba tener asido a su amigo con tanta fuerza mientras intentaba convencerlo. Lo soltó y le alisó la toga con unos tironcillos—. Mejor así. Bueno, ¿lo vas a hacer por mí o no, Bíbilo? Sabes la

importancia que tiene para mí. Quién sabe, a lo mejor te gusta ser cónsul con mi padre llegado el momento. Y lo que es más importante, no podemos permitir que César se cuele en el poder de esta ciudad.

—¡No! ¿Me oyes? ¡No voy a hacerlo! —dijo Bíbilo resollando de miedo.

Suetonio entrecerró los ojos y lo agarró por el brazo separándolo de sus compañeros. Cuando ya no podían oírlo, se inclinó sobre la cara sudorosa del joven romano.

—¿Te acuerdas de lo que dijiste el año pasado? ¿Lo que vi cuando fui a tu casa? Sé por qué tu padre te despreciaba, Bíbilo, por qué te mandó a tu bonita casa y se retiró del senado. Quizá por eso su corazón se rindió, quién sabe. ¿Cuánto crees que sobrevivirías si tus placeres se hicieran del dominio público?

Por la forma en que retorció la cara Bíbilo parecía enfermo.

—Lo de aquella niña fue un accidente. Tenía un flujo...

—¿Puedes exponerte a la luz del día, Bíbilo? —insistió Suetonio acercándose aún más—. He visto el resultado de tu... entusiasmo. Yo mismo podría denunciarte, y el castigo es desagradable, pero no más de lo que te mereces. ¿Cuántos niños y niñas más han pasado por tus manos en estos últimos años, Bíbilo? ¿Cuántos senadores crees que son padres, además?

Se le movía la boca de frustración.

—¡No tienes derecho a amenazarme! Mis esclavos son de mi propiedad. Nadie te haría caso.

Suetonio enseñó los dientes en un feo gesto de triunfo.

—Pompeyo perdió a su hija, Bibi. Él sí me haría caso. Te haría pagar caros tus placeres, ¿no crees? Estoy seguro de que no me rechazaría si acudiera a él.

Bíbilo se derrumbó deshecho en lágrimas.

—Por favor... —musitó.

Suetonio le dio unas palmaditas en la espalda.

—No hay necesidad de volver a hablar de ello, Bibi. A los amigos no se les abandona —dijo frotando el brazo húmedo de Bíbilo en actitud consoladora.

—Cien días, Servilia —dijo Julio abrazándola al pie de las escaleras del senado—. Tengo hombres investigando en los casos legales que se me van a presentar. Escogeré los mejores para hacerme un nombre, y las familias vendrán a escuchar. ¡Dios, cuánto trabajo que hacer! Necesito que te pongas en contacto con todos los deudores de mi familia. Necesito corredores, organizadores, personas capaces de hablar en mi nombre por las calles desde el amanecer hasta el anochecer. Bruto tiene que poner a las bandas a raya con la Décima. Ahora es responsabilidad mía gracias a Craso. Ese anciano es un genio, lo juro. De un plumazo me ha colocado en situación de demostrar que puedo garantizar la seguridad de las calles. Qué rápido ha sucedido todo. Casi no puedo...

Servilia le cerró los labios con los dedos para detener el torrente de palabras. Ella se reía mientras él seguía hablando, exponiendo, incluso con la boca tapada, las ideas que se le ocurrían. Entonces lo besó, pero aun así siguió hablando un segundo, mientras sus labios se tocaban, hasta que Servilia le dio un ligero cachete en la mejilla con la mano libre.

Julio se separó riéndose.

—Tengo que reunirme con el senado, y no puedo llegar tarde. Empieza a trabajar, Servilia. Nos vemos aquí a mediodía.

Lo vio subir las escaleras corriendo y desaparecer en la oscuridad; entonces se dirigió con paso alegre a donde la escolta la aguardaba.

Al llegar a la puerta de la cámara exterior, Julio se encontró a Craso, que estaba esperándolo. El hombre parecía extrañamente nervioso, y el sudor le corría por las arrugas del rostro.

—Tengo que hablar contigo antes de que entres, Julio —le dijo—, pero dentro no, porque hay muchos oídos que oyen.

—¿De qué se trata? —preguntó Julio, y al percibir el nerviosismo del cónsul, fue como si un peso se le cayera encima de pronto.

—No he sido del todo sincero contigo, amigo mío —contestó.

Ambos oían el zumbido de la voz de los senadores a su espalda, sentados como estaban en los amplios escalones, mirando al foro.

Julio sacudió la cabeza incrédulo.

—Nunca te habría creído capaz de eso, Craso.

—Es que no soy capaz de eso —le espetó el cónsul—. Te lo estoy contando ahora, antes de que los conspiradores actúen contra Pompeyo.

—Tenías que haberlos detenido cuando acudieron a ti. Podías haberte dirigido al senado sin dilación y denunciar a ese Catilina antes de que tuviera algo más que ideas. ¿Y ahora me dices que ha reunido un ejército? Es un poco tarde para que te laves las manos, Craso, por mucho que protestes.

—Si me hubiera negado, me habrían matado a mí, y, en efecto, cuando me prometieron el gobierno de Roma, me tentó. Bueno, ya está, ya te lo he contado. ¿Tenía que habérselos entregado a Pompeyo, y que lo exhibiera como otra victoria suya ante el pueblo? ¿Verlo convertido en dictador vitalicio, como Sila antes que él? Me tentaron, Julio, y lo dejé pasar sin contárselo, pero ahora quiero cambiarlo. Estoy al tanto de sus planes, sé dónde se reúnen. Con tu legión podemos destruirlos antes de que el mal esté hecho.

—¿Por eso me nombraste edil? —preguntó Julio.

Craso se encogió de hombros.

—Naturalmente. Ahora tú tienes la responsabilidad de detenerlos. Será un buen pilar para tu campaña por el pueblo ver que un *nobilitas* como Catilina paga por sus

delitos como cualquier otro ciudadano. Opinarán que tú estás por encima de los míseros vínculos de clase y linaje.

Julio lo miró compadeciéndose de él.

—¿Y si yo no hubiera vuelto de Hispania?

—Habría encontrado otra forma de detenerlos antes del final.

—¿De verdad? —insistió Julio suavemente.

Craso le lanzó una mirada fulminante.

—No lo dudes. Sin embargo, ahora estás tú aquí. Te entregaré a los jefes, y la Décima que se ocupe de la escoria que han recogido. Sólo eran un peligro cuando nadie lo sabía. Sin el factor sorpresa los harás desperdigarse y el puesto de cónsul será tuyo. Confío en que entonces no te olvides de tus amigos.

Julio se puso en pie rápidamente mirando al cónsul por encima del hombro. ¿Le habría contado toda la verdad, o sólo la parte que quería que supiera? Quizá los hombres a los que estaba traicionando no fueran culpables de nada más que de enemistad con Craso. No estaría bien mandar a la Décima a casa de hombres poderosos basándose en una conversación que Craso podría negar. El cónsul era capaz de hacerlo, estaba seguro.

—Pensaré qué es lo que tengo que hacer, Craso. No seré la espada con que abatas a tus enemigos.

Craso se levantó y lo miró a la cara con los ojos brillantes de cólera contenida.

—La política es cruenta, Julio. Más vale que lo aprendas antes de que sea tarde. Esperé mucho tiempo antes de hacer tratos con ellos. Procura no cometer el mismo error que yo.

Entraron los dos juntos en el edificio del senado, pero no unidos.

XI

La casa que Servilia había encontrado como sede para la campaña tenía tres pisos y estaba llena de gente. Y lo que es más importante, estaba muy bien situada en el valle del Esquilino, una parte central y activa de la ciudad que permitía a Julio mantenerse en contacto con quienes necesitaban verlo. Desde antes del amanecer hasta la puesta del sol sus clientes entraban y salían presurosos por las puertas abiertas con encargos y órdenes mientras Julio empezaba a organizar la estrategia. La Décima se desplegó en grupos por la noche; después de tres violentas peleas con las bandas de malhechores, había logrado limpiar once calles de las zonas más pobres, y seguía extendiéndose. Julio sabía que sólo un necio creería que las bandas estaban vencidas, pero no se atrevían a reunirse en las zonas que él había limpiado, y con el tiempo el pueblo comprendería que estaba bajo la protección de la legión y saldría a la calle con confianza.

Había aceptado tres casos en el tribunal del foro, y ganó el primero a tres días de la celebración del siguiente. Acudió gente a ver al joven orador, y aclamó la decisión a su favor; aunque el delito no era de gran importancia. Todavía tenía la insensata esperanza de que se le presentara un caso de asesinato o algún otro delito que atrajera a la gente a millares a oírle hablar.

Hacía casi dos semanas que no veía a Servilia, desde que aceptara el encargo de armar a los luchadores para ofrecer un gran torneo de espada fuera del recinto de la ciudad. Cuando el trabajo lo agotaba, salía a refrescarse cabalgando hasta el Campo de Marte a ver la plaza que estaban construyendo allí. Bruto y Domitio habían mandado mensajes a todas las ciudades romanas en quinientas millas a la redonda para asegurarse la presencia de los contendientes más diestros. A pesar de todo, ambos esperaban llegar a la final, y Bruto estaba convencido de que ganaría, hasta el punto de apostar la mayor parte de su sueldo anual por sí mismo.

Cuando Julio salía al foro o cabalgaba hasta la plaza en construcción, insistía en hacerlo sin escolta, convencido de que el pueblo debía ver que confiaba en la gente. Bruto se había opuesto a la decisión, pero después había cedido con facilidad sospechosa, de modo que supuso que su amigo había dispuesto que lo siguieran dondequiera que fuese y estuvieran preparados para defenderlo en todo momento. No le importaba que usara esa táctica siempre y cuando fuera oculta. Las apariencias eran mucho más importantes que la realidad.

Tal como había prometido, defendió en el senado la ordenación del tráfico, según la cual las carretas de los mercaderes debían entrar y salir de Roma sólo por la noche y mantener las calles despejadas para los ciudadanos. Apostó soldados en todas las esquinas para imponer el silencio durante la noche y, después de unos cuantos gritos con los indignados mercaderes, el cambio se impuso con facilidad. Como edil, la

responsabilidad del orden en la ciudad era suya, y con el apoyo público de Craso el resto de los senadores no había logrado imponer muchas restricciones.

Julio se frotó los cansados ojos con los nudillos hasta que vio lucecitas. Sus clientes y sus soldados estaban esforzándose mucho por él. La campaña marchaba bien y se habría sentido satisfecho de no haber sido por el problema que Craso le había dejado caer en el regazo.

El cónsul insistía a diario en que hiciera algo contra los traidores cuyos nombres le había entregado. Mientras él no actuara, al cónsul lo atormentaba que pudieran dar el golpe y la ciudad se sumergiera en un caos que él habría podido evitar. Sus espías vigilaban las casas de esos hombres, sabía perfectamente que se reunían en habitaciones privadas y en casas de baños donde no pudiera oírlos ningún intruso. Pero aun así no actuaba. Creer que existía una conspiración de la envergadura que Craso había descrito parecía imposible viendo la tranquilidad de las calles en los alrededores de la sede de la campaña. Sin embargo, había visto Roma en guerra en otras ocasiones, y eso le bastaba para mandar a Bruto a rastrear las zonas que Craso le había indicado.

Reconoció irónicamente que ése era el peso de la responsabilidad que tanto había ansiado. Aunque deseara que fuera otro quien arriesgase la carrera y la vida, la decisión se la habían dejado a él. No subestimaba lo que estaba en juego. Con sólo un puñado de nombres, no podía acusar a unos senadores de traición sin poner su propia cabeza en peligro. Si no lograba demostrarlo, el senado se volvería contra él sin lamentarlo un instante. Y peor aún, el pueblo podría temer el regreso de la época de Sila, cuando nadie sabía quién sería el próximo al que sacarían a rastras de su casa, acusado de traición. El error podía hacer más daño a Roma que la no intervención, y la tensión entre ambas opciones era imposible de soportar.

A solas unos preciosos instantes, estampó el puño contra la mesa, y la mesa tembló. ¿Cómo podía confiar en Craso después de semejante confesión? Como cónsul, tenía que haber denunciado la conspiración de Catilina nada más poner el pie en el edificio del senado. Él, de entre todos los hombres de Roma, había fallado en el deber fundamental, y a pesar de las declaraciones de inocencia, le resultaba difícil perdonarle tamaña debilidad. Desde los tiempos de Sila, Roma no había vuelto a verse amenazada por la entrada de una fuerza armada, y el recuerdo de aquella noche lo estremeció. Había visto caer a Mario a manos de unos soldados de capa oscura que se echaron sobre él como hormigas africanas. Craso tenía que haber sabido que no tenía que prestar oídos a hombres como Catilina, por más promesas que le hicieran.

Un alboroto al pie de las escaleras lo sacó de sus pensamientos. Puso la mano en el *gladius*, que descansaba en la mesa, pero al reconocer la voz de Bruto, se calmó. Eso era lo que Craso le había devuelto, el miedo que sintió cuando Catón lo amenazó y se vio obligado a pensar que todo el mundo era un enemigo en potencia. La cólera

aumentaba a medida que pensaba en cómo Craso lo había manipulado, y sin embargo sabía que el hombre se saldría con la suya. Había que detener a los conspiradores antes de que actuaran. Se preguntó si se los podría amenazar. Quizá mandando una centuria de la Décima con sus mejores oficiales a cada casa. Si los implicados se daban cuenta de que sus planes habían salido a la luz, tal vez se pudiera abortar la conspiración.

Bruto llamó y entró; por la expresión de su cara, Julio supo que traía malas noticias.

—Mis hombres han ido a reconocer las aldeas sobre las que Craso te advirtió. Creo que dice la verdad —dijo sin preámbulos y sin rastro de su habitual despreocupación.

—¿Cuántas espadas han visto? —preguntó Julio.

—Ocho mil, más quizá, aunque están desperdigados. Todos los pueblos de los alrededores están llenos de hombres, demasiados para tolerarlo. No se ven insignias ni distintivos de la legión, sólo un exceso de espadas tan cerca de Roma que es inquietante. Si mis muchachos no hubieran ido con los ojos bien abiertos, quizá les hubieran pasado desapercibidos. Creo que el peligro es real, Julio.

—En ese caso tengo que empezar a moverme. Ya es tarde para hacerles advertencias. Lleva a hombres a las casas que he mantenido bajo vigilancia. A la de Catilina ve tú personalmente. Arresta a los conspiradores y llévalos a la reunión del senado esta tarde. Saldré a bailar a la pista y contaré a los senadores lo cerca que han estado de la destrucción. —Se levantó y se ciñó la espada—. Ten cuidado, Bruto. Es posible que cuenten también con aliados en la ciudad para ese trabajo. Craso dijo que la señal sería una serie de incendios en los barrios pobres, de modo que hay que poner a hombres preparados en las calles. ¿Quién sabe cuántos estarán implicados?

—Para cubrir toda la ciudad habrá que desplegar a muchos hombres, Julio. No puedo mantener el orden y tomar el terreno contra los mercenarios al mismo tiempo.

—Convenceré a Pompeyo de que sitúe a sus hombres en las calles. Comprenderá la necesidad. Una vez hayas llevado a los sospechosos al senado, dame una hora para exponer el caso y después ponte en marcha. Si no me presento al mando, ve solo contra ellos.

Bruto reflexionó un momento sobre lo que se le pedía.

—Si tomo el terreno sin una orden del senado, podría ser el fin de mis días, tanto si vencemos como si no —dijo en voz baja—. ¿Estás seguro de que Craso no te traicionará en este asunto?

Julio dudó. Si Craso se negaba a repetir las acusaciones en la casa del senado, sería el fin de todos ellos. Era suficientemente sutil para haber creado la conspiración con el único fin de deshacerse de sus oponentes. Y podría deshacerse de ellos sin que el asunto lo salpicara en absoluto.

De todos modos ¿qué opción le quedaba? No podía permitir que comenzase una rebelión si tenía ocasión de evitarlo.

—No, no estoy completamente seguro, pero sea quien sea el responsable de semejante acumulación de soldados, no puedo consentir que amenacen Roma. Arresta a los hombres que nombró Craso antes de que la situación se agrave por darle largas. Asumiré el mando si me da tiempo. Si no estoy allí, la decisión es tuya. Espera cuanto puedas.

Bruto acudió con Domitio al mando de veinte de sus mejores hombres a arrestar a Catilina en su propio domicilio. Le enfureció el retraso que sufrieron en tan cruciales momentos al traspasar las verjas exteriores de la vivienda. Cuando llegaron a las habitaciones privadas, Catilina se calentaba las manos sobre un brasero lleno de papeles ardiendo. El hombre los recibió con aparente calma. Su rostro parecía esculpido a fuerza de dura planificación, y la anchura de sus hombros demostraba que se preocupaba por su forma física. Aunque no era habitual en los senadores, llevaba al costado un *gladius* enfundado en una artística funda.

Bruto entró a la carrera y arrojó una jarra de vino al brasero. Mientras el humo húmedo se elevaba siseando, metió la mano entre las sucias cenizas, pero no quedaba nada.

—Vuestro amo ha traspasado el límite, señores —comentó Catilina.

—Tengo orden de llevarte a la curia, senador, a responder por una acusación de traición —le informó Domitio.

Catilina apoyó la mano en el pomo del *gladius* y tanto Bruto como Domitio se tensaron.

—Si vuelves a tocar esa espada, morirás inmediatamente —le advirtió Bruto en voz baja.

Catilina, levantando los pesados párpados, abrió los ojos desmesuradamente al percatarse del peligro al que se enfrentaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Marco Bruto, de la Décima.

—Bien, Bruto, el cónsul Craso es buen amigo mío, y cuando sea libre, hablaremos de este asunto en detalle. Ahora, cumplid vuestras órdenes y llevadme al senado.

Domitio tendió la mano para tomar el arma de Catilina, pero éste se la apartó de un empujón demostrando su mal humor a pesar de la calma aparente.

—¡No te atrevas a ponerme las manos encima! Soy senador de Roma. Cuando esto termine, no creas que voy a olvidar los insultos a mi persona. Tu amo no siempre podrá protegerte de la ley.

Catilina pasó delante de ellos con una expresión asesina. Los soldados de la Décima formaron alrededor de él mirándose con preocupación unos a otros. Domitio

no dijo nada más cuando llegaron a la calle, aunque esperaba por el bien de todos que los otros grupos hubieran encontrado alguna prueba que los inculpase. Sin pruebas Julio podía estar cavando su propia tumba.

La muchedumbre de la mañana llenaba las calles, y Bruto tuvo que abrir paso al grupo con la espada plana; con todo, el agolpamiento de ciudadanos era tal que no podían apartarse rápidamente, y los soldados avanzaban con lentitud. Bruto juró para sus adentros cuando llegaron a la primera esquina, pero no percibió el cambio en la multitud hasta que casi fue demasiado tarde.

Las mujeres y los niños habían desaparecido, y los soldados de la Décima estaban rodeados de hombres de aspecto amenazador. Bruto miró a Catilina. La cara del senador se iluminó triunfante. Bruto empezó a recibir empujones y codazos y en un vertiginoso instante comprendió que Catilina estaba preparado para recibirlos.

—¡Defendeos! —gritó Bruto.

En el momento en que daba la orden, vio salir espadas de debajo de mantos y túnicas mientras la turba cobraba violencia. Los hombres de Catilina se habían camuflado entre los transeúntes esperando liberar a su jefe. Entre el estruendo de espadas y gritos, cayeron los primeros soldados desprevenidos de la Décima.

Bruto vio que los aliados del senador se lo llevaban limpiamente, y trató de retenerlo. Fue imposible. En el momento en que estiraba el brazo, alguien se lo impidió y tuvo que defenderse con furia. Estrujado entre la masa, sintió pánico. Entonces vio que Domitio había derramado mucha sangre a su alrededor despejando un espacio en la calle y acudió a su lado.

Los soldados de la Décima mantuvieron la sangre fría y derribaban a contrincantes con la nefasta eficiencia que les había dado la instrucción. No había ningún hombre débil entre ellos, pero cada uno se enfrentaba a dos o tres espadas que atacaban ciegamente. A pesar de la falta de pericia, los emboscados luchaban con energía de fanáticos, y la coraza de los legionarios rechazaba sólo algunos golpes.

Bruto asió a un hombre por la garganta con la mano izquierda, se lo arrojó a otros dos que se acercaban y mató a los tres con limpios mandobles mientras se revolvían unos contra otros. El corazón, desbocado hasta entonces, empezó a recuperar el ritmo normal y Bruto pudo echar un vistazo alrededor. Retrocedió esquivando un *gladius* dirigido al brazo con que blandía el arma y respondió atacando a la garganta del oponente. Garganta e ingle, las formas más rápidas de matar.

Bruto trastabilló al recibir un fuerte golpe en la espalda, y una correa de la coraza se le soltó aliviándolo del peso. Dio media vuelta describiendo con la espada una curva cerrada que culminó en la clavícula de otro hombre y lo hizo caer a sus pies, en el revoltijo de detritos y cuerpos. La sangre lo salpicó y parpadeó rápidamente buscando a Catilina. El senador había desaparecido.

—¡Fuera de esta maldita calle! —gritó.

Sus hombres respondieron abriéndose camino. Las pesadas hojas de los *gladius* rebanaban al enemigo, cortaban piernas y brazos con la facilidad de cuchillas de carnicero. Varios hombres de Catilina se habían retirado con el senador, de forma que el número de atacantes era cada vez menor, y los legionarios pudieron aislar a los que quedaban y hundir la espada una y otra vez en los cuerpos para devolver el insultante ataque en la única moneda que merecían.

Cuando terminaron, los legionarios se detuvieron jadeando, con la armadura cubierta de sangre oscura que resbalaba lentamente por el pulido metal. Uno o dos se acercaron despacio a cada uno de los hombres de Catilina y los remataron hundiéndoles la espada una vez más.

Bruto limpió la hoja en un hombre al que había matado y la envainó con cuidado después de echar un vistazo al filo. No había ni una mella en el trabajo de Cavallo.

De los veinte con que habían partido, sólo quedaban once en pie y dos moribundos. Sin necesidad de dar órdenes, Bruto vio que los legionarios recogían a sus compañeros de la calle y los consolaban con unas pocas y últimas palabras mientras la vida se les iba por las heridas.

Intentó concentrarse. Los hombres de Catilina estaban preparados para rescatarlo de manos de la Décima. Quizá estuviera ya en camino para reunirse con los rebeldes, o ellos con él.

Sabía que tenía que tomar una decisión rápidamente. Sus hombres lo miraban en silencio, esperando una palabra.

—Domitio, deja a nuestros heridos en las casas más cercanas. Antes de venir a reunirse con nosotros, lleva un mensaje a Julio al senado. No podemos esperar. Los demás, corred conmigo.

Sin una palabra más, Bruto inició una carrera rápida, seguido por sus hombres, a la máxima velocidad que podían.

En la casa del senado reinaba el caos, trescientos senadores se peleaban por ver quién gritaba más. Las protestas más fuertes provenían de la parte central, donde comparecían cuatro hombres encadenados que Julio había mandado prender y exigían pruebas de la acusación que se les imputaba. Al principio su actitud era de resignación, pero tan pronto como comprendieron que Catilina no sería arrastrado junto a ellos, recobraron la confianza rápidamente.

Pompeyo aguardaba con impaciencia a que se impusiera el silencio, hasta que se vio obligado a añadir su voz a la barahúnda, gritando más que los demás.

—¡Ocupad vuestros asientos y guardad silencio! —aulló a pleno pulmón, fulminando a todo el mundo con la mirada.

Los que se encontraban cerca de él se sentaron inmediatamente, y la consecuente onda expansiva restableció algo semejante al orden.

Pompeyo esperó hasta que sólo se oían murmullos. Se agarró con fuerza a la

tribuna del orador pero antes de poder empezar a dirigirse al ingobernable senado, uno de los acusados levantó las cadenas solicitando la palabra.

—Cónsul, exijo que se nos suelte. Nos han arrastrado aquí desde nuestras casas...

—Silencio, o haré que os amordacen con hierro —replicó Pompeyo. Hablaba discretamente, pero su voz llegaba al último rincón del edificio—. Tendréis ocasión de responder a los cargos que César ha presentado contra vosotros —dijo, y respiró hondo—. Senadores, estos hombres son acusados de conspirar para alterar el orden de la ciudad con el fin de provocar la rebelión y el derrocamiento subsiguiente del poder de esta institución, que culminaría con el asesinato de nuestros oficiales. Los que dais tantas voces pidiendo justicia haríais bien en considerar la gravedad de estos delitos. Guardad silencio mientras habla César, que es quien los acusa.

Julio se dirigió a la tribuna y empezó a sudar. ¿Dónde estaba Catilina? Bruto había tenido tiempo de sobra para llevarlo allí, con los otros, pero en ese momento le parecía que cada paso que daba lo acercaba a la destrucción. No tenía nada más que la palabra de Craso para atacar a esos hombres y mitigar sus propias dudas.

Se enfrentó a las filas de colegas y advirtió una expresión de rebeldía en muchos rostros. Suetonio estaba sentado casi enfrente, con Bíbilo. Los dos prácticamente temblaban de emoción ante el desarrollo de los acontecimientos. También estaba Cinna, que lo saludó con expresión impenetrable. Desde la muerte de su hija, apenas se le veía en el senado. No podía haber amistad entre ellos, pero Julio no lo consideraba enemigo. Ojalá pudiera sentirse tan seguro respecto a los demás senadores, pensó.

Respiró procurando calmarse mientras organizaba sus ideas. Si se había equivocado, sería el fin para él. Si Craso lo había colocado en esa situación para entregárselo a los lobos, se enfrentaba a la ignominia y posiblemente al destierro.

Miró entonces a Craso buscando una expresión de victoria. El anciano se llevó la mano al pecho discretamente, pero Julio no dio señal de haberlo visto.

—Acuso a estos hombres y a otro más, llamado Lucio Sergio Catilina, de traición a la ciudad y al senado —empezó, y las palabras resonaron en el silencio mortal. Parecía que el aliento le salía temblando. No había vuelta atrás—. Puedo confirmar que se ha reunido un ejército de entre ocho y diez mil hombres en las poblaciones del norte de la ciudad. Con Catilina al mando, planean atacar a la señal de unos incendios que se provocarán en las colinas de Roma al tiempo que se promueve la agitación general. Dicha agitación iba a ser promovida por sus aliados dentro de la ciudad.

Todas las miradas se clavaron en los cuatro hombres encadenados en el centro. Ellos se mantenían juntos, desafiantes, sosteniendo las miradas. Uno de ellos sacudió la cabeza como si no pudiera dar crédito a las palabras de Julio.

Antes de proseguir un mensajero con el distintivo del senado llegó corriendo a su lado y le entregó una tablilla de cera. Julio leyó rápidamente y frunció el ceño.

—Me acaban de notificar que el jefe de estos hombres ha huido de los que fueron a arrestarlo. Pido ahora al senado una orden para llevarme a la Décima al norte, contra los mercenarios allí reunidos. No puedo entretenerme aquí.

Un senador se levantó lentamente de las filas de asientos.

—¿Qué pruebas tienes que ofrecernos?

—Mi palabra y la de Craso —replicó Julio rápidamente, prescindiendo de sus propias dudas—. Es una conspiración de las que dejan pocas huellas, senador. Catilina huyó matando a nueve de mis hombres. Acudí a Craso con esos cuatro que tienes ante ti y le ofrecí la muerte de Pompeyo y el establecimiento de un nuevo orden en Roma. El resto tendrá que esperar hasta que haya acabado con el peligro que amenaza a la ciudad.

Entonces Craso se puso en pie y Julio lo miró a los ojos, inseguro todavía de si podía confiar en él. El cónsul miró a los conspiradores encadenados que tenía ante sí con una expresión de cólera profunda.

—Declaro traidor a Catilina.

Julio respiró por fin al oír a Craso. Aunque no estuviera seguro de lo que pretendía el anciano, al menos no sería él quien cayera. Craso lo miró antes de proseguir y Julio se preguntó hasta qué punto el hombre comprendería lo que estaba pensando.

—Como cónsul, doy mi consentimiento para que la Décima salga de Roma y tome el terreno. ¿Pompeyo?

Pompeyo se levantó clavando la mirada en los hombres uno a uno. Intuía que lo que allí se estaba diciendo no era todo, pero tras una larga pausa asintió.

—Ve, pues. Confío en que la necesidad sea tan imperiosa como me dicen, Julio. Mi propia legión se ocupará de sofocar cualquier revuelta en la ciudad. No obstante, estos hombres a los que acusas de conspiradores no serán ejecutados hasta que regreses y el asunto se aclare a mi satisfacción. Los interrogaré personalmente.

Una avalancha de murmullos se despertó entre los bancos tras la escueta conversación, y cada uno de los tres tomó nota en silencio de la posición de los otros dos. Ninguno de ellos dejó entrever la menor pista.

Craso fue el primero en hablar; llamó al escribano para que redactara la orden y la depositó en manos de Julio cuando éste descendió de la tribuna.

—Cumple con tu deber y estarás a salvo —murmuró.

Julio lo miró fijamente un momento antes de salir del foro a toda prisa.

XII

Bruto cabalgaba con sus *extraordinarii* a la cabeza de la Décima, cubriendo muchas veces la distancia para reconocer una y otra vez el terreno por delante y a los lados de la columna. Se encontraban al norte y al oeste de la ciudad. Era obvio, pues el grueso de la legión había tenido que desplazarse desde el campamento de la costa y había cruzado el país hasta encontrarse con la centuria aislada que Bruto había traído de los antiguos barracones de la Primigenia.

Una vez reunidos, el nerviosismo que lo afectaba desapareció en parte con la emoción de verse dirigiendo la legión hacia el enfrentamiento con el enemigo por primera vez. Aunque tenía esperanzas de ver aparecer a Julio por la retaguardia, al mismo tiempo deseaba dirigir solo la batalla. Los *extraordinarii* dieron media vuelta a su orden como si hiciera años que guerreaban juntos. Bruto se deleitaba al verlos y tenía algo más que reticencias de dejarlos a las órdenes de cualquier otro.

Renio se había quedado en la costa con cinco centurias guardando la impedimenta y el oro de España. Tenía que ser así, pero le dolía la pérdida de cualquier hombre cuando no se sabía el contingente del enemigo. Mientras miraba con profesionalidad hacia el final de la columna, se sintió orgulloso de los hombres que marchaban por él. Habían empezado con sólo un águila de oro y el recuerdo de Mario, pero ahora eran otra vez una legión, dirigida por él, Bruto.

Miró después hacia el sol para calcular su posición y recordó los mapas que le habían dibujado los exploradores. Las fuerzas de Catilina se encontraban a más de una jornada de marcha de la ciudad, y tendría que decidir dónde levantar un campamento fortificado, o bien continuar marchando por la noche. La Décima no podía estar más fresca, sin duda, hacía muchos días que se había recuperado de la travesía por mar que los había devuelto a casa. Por otra parte, una idea rebelde le recordó que Julio podría darles alcance si acampaban, y tendría que pasarle el mando otra vez. El terreno era accidentado, traicionero en la oscuridad, pero tomó la decisión de seguir conduciendo a los hombres hasta encontrarse con el enemigo.

La región de Etruria, de la que Roma ocupaba la punta sur, era una región de montañas y desfiladeros difícil de cruzar. La Décima tuvo que desplegarse en filas más separadas para abrirse camino rodeando antiguos peñascos y valles. Bruto observaba satisfecho la rapidez y disciplina con que cambiaban las formaciones.

Octavio pasó al galope por su campo de visión y, dando media vuelta con una vistosa demostración de habilidad, se situó a su lado.

—¿Cuánto falta? —gritó imponiéndose al tintineo y al ruido de los pasos que levantaban las filas.

—Treinta millas más hasta los pueblos que hemos reconocido —contestó Bruto con una sonrisa. Veía su propia excitación reflejada en la cara de Octavio. El

muchacho no había entrado nunca en combate y no pensaba en la muerte ni en el dolor durante la marcha. Él mismo tendría que estar inmunizado, pero la Décima brillaba al sol y el niño que había sido se deleitaba en la posición de mando.

—Toma una centuria e id a reconocer el terreno que hemos dejado atrás —ordenó Bruto sin hacer caso de la mirada de decepción que cruzó por la cara del joven. Aunque le resultara duro, sabía que no podía permitir que Octavio estuviera en primera línea sin haber aprendido antes algo más sobre la realidad de la batalla.

Se quedó mirándolo mientras reunía a los jinetes, que retrocedieron en perfecta formación hasta la retaguardia de la columna. Bruto asintió satisfecho, disfrutando de la posibilidad de pensar como un general.

Se acordó de años atrás, antes de ceder la Primigenia a Julio, y un amargo pesar se apoderó de él un instante, pero lo desechó. El mando que él ejercía era sólo por poderes, hasta que Julio llegase, pero sabía que los momentos de su marcha se le grabarían en la memoria.

Un explorador se le acercó a gran velocidad. El caballo patinó en la tierra suelta cuando el jinete tiró de las riendas con fuerza. El hombre estaba pálido de emoción.

—El enemigo está a la vista, señor. Marcha en dirección a Roma.

—¿Cuántos son? —preguntó Bruto inmediatamente, con el corazón alborotado.

—Dos legiones de irregulares, señor; en cuadrados abiertos. No he avistado caballería.

Se oyó una voz proveniente de atrás y Bruto se volvió en la silla casi con una sensación de temor. Dos jinetes se acercaban al galope hacia la retaguardia de la columna. Supo entonces que Domitio había cumplido su deber y había traído a Julio a la Décima. Apretó las mandíbulas luchando contra la rabia que lo consumía.

Se volvió hacia el explorador dudando. ¿Debía esperar a que Julio llegara y tomara el mando? No, no lo haría. Sería él quien diera la orden, y tomó una fría bocanada de aire.

—Haz correr la voz. Avanzad y entablad combate con el enemigo. Que las trompas toquen orden de manípulo. Los *velite*, que se preparen para salir a su encuentro. Los *extraordinarii* a los flancos. Acabaremos con esos malditos en la primera carga.

El explorador saludó antes de lanzarse al galope y Bruto se sintió vacío al ver la nube de polvo que prometía sangre y lucha. Ahora Julio los conduciría.

Al divisar el avance de la legión, las filas de mercenarios titubearon y aminoraron la marcha. La Décima iba extendiéndose sobre el terreno hacia ellos como una gran bestia de plata, y el suelo temblaba ligeramente al ritmo de su marcha. Un gran número de estandartes había sido desplegado al viento y el aullido de las trompas se oía disuelto en el aire.

Cuatro mil de los que habían acudido a cambio del oro de Catilina procedían de la

Galia, y su comandante se dirigió al romano y le puso la fuerte mano en el hombro.

—Dijiste que el camino a la ciudad estaría sin defensa —gruñó.

Catilina se sacudió la mano de encima.

—Somos suficientes para vencerlos, Glavis —le espetó—. Sabías que correría la sangre.

El galo asintió y entrecerrando los ojos miró hacia la polvareda que levantaban las filas romanas. Enseñando los dientes entre las barbas, desenvainó una pesada espada que llevaba cruzada a la espalda y con un gruñido sopesó el arma. Todos sus hombres hicieron lo mismo y una gran cantidad de armas se elevó por encima de las cabezas, dispuesta a frenar la carga.

—Sólo esta legión reducida, veo, y otra más en la ciudad. Nos los comeremos —prometió Glavis echando la cabeza hacia atrás para lanzar un grito.

Los galos que lo rodeaban respondieron; las primeras filas se separaron, se reorganizaron rápidamente y echaron a correr por el accidentado terreno.

Catilina sacó el *gladius* y se limpió el sudor de los ojos. El corazón le latía con fuerza, con un miedo desconocido, y se preguntó si el galo lo habría notado. Sacudió la cabeza con amargura y maldijo a Craso por sus mentiras. Habrían tenido alguna posibilidad de tomar Roma con ayuda de la confusión, el pánico y la oscuridad, pero ¿una legión en el camino?

—Somos suficientes —se dijo a sí mismo en un susurro, tragando saliva con esfuerzo.

Enfrente, un ágil torrente de jinetes daba alcance a las filas. La tierra se conmovió bajo el peso de la carga y de pronto Catilina creyó que iba a morir. En ese instante perdió todo el miedo y con pies ligeros echó a correr.

Julio tomó el mando sin pensárselo mientras alcanzaba a Bruto en su sudorosa montura. Le entregó la tablilla de cera con la firma de los cónsules.

—Ahora nos ampara la ley. ¿Has dado las órdenes?

—Sí —contestó Bruto. Intentaba disimular la frialdad que sentía, pero Julio miraba a lo lejos, calibrando la trayectoria de aproximación de las fuerzas rebeldes—. Los *extraordinarii* están preparados en los flancos —dijo Bruto—. Me gustaría unirme a ellos.

Julio asintió.

—Quiero acabar con esos mercenarios rápidamente. Sitúate a la derecha y lanzaos cuando te dé la señal. Dos notas cortas de las trompas. Estate atento al aviso.

Bruto saludó y tras ceder el mando se alejó sin mirar atrás.

Los *extraordinarii* habían tomado posiciones en filas. Le abrieron paso hasta el frente al ver que se unía a ellos y se oyeron algunas voces alegres de bienvenida. Pero él frunció el ceño, esperaba que no se confiaran demasiado. Igual que en el caso de Octavio, había diferencia entre hacer pedazos los escudos que servían de diana y

arrojar la lanza contra hombres vivos.

—¡Mantened la formación! —gritó mirándolos con furia. Todos se callaron, aunque se palpaba la excitación. Los caballos relinchaban y tiraban para que les permitieran correr; pero sus fuertes manos los retenían. Bruto vio que los hombres estaban nerviosos. Muchos comprobaban el estado de las lanzas una y otra vez y aflojaban el largo correaje del que colgaban por el costado del caballo.

Ahora ya distinguían la cara de los mercenarios, una masa aulladora de hombres que corrían con la espada en alto dispuestos a asestar un golpe demoledor. El sol se reflejaba en las hojas.

Las centurias de la Décima cerraron la formación, cada hombre listo para el combate con el *gladius* en la mano y protegiendo al de la izquierda con el escudo. Avanzaron al trote sin dejar un hueco entre las filas. Entonces las trompas dieron tres toques cortos y la Décima inició la carrera en silencio, hasta el último momento, cuando todos aullaron a la vez como un solo hombre y arrojaron las lanzas al aire.

Las macizas puntas de hierro tumbaron a muchos de las filas enemigas y Bruto mandó cargar a los *extraordinarii* una fracción de segundo después, apuntando con golpes más atinados a todo el que pretendiera reagruparse con el enemigo. Antes de que los ejércitos se enfrentaran definitivamente habían muerto ya centenares sin cobrarse una sola vida romana. Los *extraordinarii* describieron un círculo en las alas y Julio vio a los jinetes cambiar el escudo automáticamente de lado para protegerse la espalda al girar. Era una exhibición soberbia de destreza e instrucción, y vio exultante que las primeras filas entraban en combate.

Glavis malgastó su primer golpe poderoso contra un escudo y lo rajó por completo. Mientras se recuperaba, una espada se le clavó en el estómago. Se estremeció esperando el dolor que había de llegar y levantó otra vez la espada. Cuando intentaba asestar otro golpe, otro romano le estampó el escudo y el galo se derrumbó de lado, dejando caer la espada de la mano contusionada. Entonces sintió pánico al levantar la vista y ver el bosque de piernas y espadas que empezaba a pasar por encima de él. Lo pareaban y lo pisoteaban. En pocos segundos le habían clavado cuatro espadas más. Sangraba a torrentes y escupió cansinamente, con el sabor de la sangre en la garganta. Hizo esfuerzos por levantarse, pero no dejaban de golpearlo. Nadie habría podido señalar el momento preciso en que murió. No tuvo tiempo de ver cómo sucumbía su primera línea de galos, incapaz de romper el ritmo de lucha de la Décima.

Los galos flaquearon cuando vieron caer a Glavis, y ése era el momento que Julio esperaba. Dio una voz al encargado de transmitir órdenes y al momento sonaron dos notas breves.

Bruto lo oyó y el corazón le dio un brinco en el pecho. A pesar de la ventaja del número, los mercenarios cedían ante la carga romana. Algunos ya huían dejando la

espada atrás. Bruto sonrió al levantar el puño en alto y bajarlo con gesto amplio, en dirección al enemigo. Las correas de las lanzas quedaron vacías, ahora demostrarían su valía. Los *extraordinarii* respondieron como si hubieran peleado juntos toda la vida; viraron en redondo para darse espacio de maniobra y después cayeron sobre el enemigo como un cuchillo que se hundiera en las filas, desgarrándolas. Los jinetes gobernaban la montura manejando las riendas con una mano y cortando la cabeza a todo el que se ponía por delante con la larga *spatha*. El peso de los caballos tumbaba a los hombres, nada se resistía a su paso mientras se adentraban más y más entre las filas rompiendo las formaciones enemigas.

La primera línea de la Décima avanzó rápidamente sobre el enemigo. Cada soldado manejaba la espada y el escudo sabiendo que estaba protegido por su compañero de la derecha. Eran imparables, y después de acabar con las primeras filas, tomaron velocidad hasta que, entre jadeos y gruñidos de esfuerzo, los brazos empezaron a notar el cansancio.

Julio dio las órdenes de manípulo y los centuriones las repitieron a voz en grito. Los *velite* retrocedieron con pies ligeros y los *triarii* se adelantaron con su pesada armadura.

Los rebeldes rompieron filas cuando los soldados de refresco se abalanzaron sobre ellos. Arrojaban las armas al suelo por centenares, y por centenares se lanzaban a la carrera haciendo caso omiso de los gritos de sus jefes.

No hubo piedad para los primeros en rendirse. El frente romano no podía permitirse dejarlos pasar, y murieron con el resto.

Los *extraordinarii* rodeaban a los rebeldes como un río, un río negro de caballos que resoplaban y jinetes que gritaban salpicando sangre roja, bestial como una visión de pesadilla. Estrecharon el círculo y, como si un general hubiera dado la orden, miles de hombres soltaron la espada y levantaron las manos vacías entre resuellos.

Julio dudó al ver acercarse el final. Si las trompas no anunciaban el cese del combate, la Décima seguiría matando hasta terminar con el último rebelde. Por una parte sintió la tentación de dejar que así fuera. ¿Qué haría con tantos prisioneros? Quedaban miles de hombres vivos, y no se podía consentir que regresaran a su tierra y a su hogar. Esperó, notaba el peso de la mirada de los centuriones sobre sí, atentos a que diera la señal de terminar con la matanza. Aquello era ya una carnicería. Los que estaban más cerca de las filas romanas empezaban a retomar las armas para no morir desarmados. Julio maldijo para sí y bajó la mano. Las trompas vieron el movimiento y dieron una nota descendente. Era el final.

Los supervivientes fueron desarmados en cuanto la Décima se dispersó entre ellos. En grupos pequeños cacheaban a los mercenarios; un soldado retiraba las espadas mientras los demás observaban con adusta concentración, atentos al menor movimiento.

Los oficiales mercenarios fueron entresacados de las filas y formaron ante Julio. Lo miraban en silencio, con resignación, componiendo un grupo extraño, vestidos con ropa basta y armaduras disparejas.

Una brisa barrió el campo de batalla cuando el sol empezó a hundirse en el horizonte. Julio miró a los prisioneros arrodillados, ordenados en algo semejante a filas, aunque los cadáveres rompían la regularidad de la formación. Habían encontrado el cuerpo de Catilina y lo habían arrastrado al frente. Julio miró el amasijo desgarrado y sanguinolento que había sido un senador. Para él no habría respuestas.

Aunque Julio creía conocer la verdad de la rebelión fracasada, sospechaba que Craso quedaría incólume, a pesar de haber tomado parte en cierto modo. Quizá fuera mejor guardar algunos secretos, no sacarlos a la luz pública. No le haría daño que el hombre más acaudalado de Roma estuviera en deuda con él.

Miró a Octavio, que daba palmadas a su montura en el cuello y todavía resplandecía de la emoción de la velocidad y el miedo. Los *extraordinarii* habían recibido por fin su bautismo de sangre. Jinetes y caballos iban salpicados de sangre y barro que los cascos de las monturas habían levantado durante la carga. Bruto estaba con ellos, dedicándoles palabras de alabanza en voz baja mientras esperaba a que Julio rematara. No era una orden que le hubiera gustado dar, se dijo a sí mismo, pero Roma no podía permitirse alardes de compasión.

Julio hizo una señal a los hombres de la Décima para que le acercaran a los oficiales. Los *optio* empujaron a los mercenarios con la lanza y uno de ellos se cayó al suelo de bruces. El hombre gritó de rabia y se les hubiera echado encima si otro no se lo hubiera impedido. Julio oyó la discusión que se entabló entre ellos, pero no conocía su lengua.

—¿Hay un comandante entre vosotros? —les preguntó por fin.

Los jefes se miraron unos a otros hasta que uno de ellos se adelantó.

—El comandante galo, nuestro comandante, era Glavis —dijo el hombre, y señaló con el pulgar los montones de cadáveres esparcidos por el suelo—. Está ahí, en alguna parte. —El hombre sostuvo la fría mirada de Julio. Después miró al campo de batalla con expresión triste y luego volvió a clavar la mirada en Julio—. Tienes nuestras armas, romano. Ya no somos una amenaza para ti. Déjanos marchar.

Julio negó lentamente con un gesto de la cabeza.

—Nunca habéis sido una amenaza para nosotros —dijo, y advirtió el chispazo de fuego que brilló en los ojos del hombre un breve instante. Levantó la voz para que todos lo oyeran—: Señores, podéis escoger. O morir tan pronto como dé la orden... —dudó. Pompeyo se volvería loco cuando lo supiera— o prestar juramento de legionarios, conmigo, a mis órdenes.

La confusión de comentarios que siguió no era sólo de los mercenarios. Los soldados de la Décima se habían quedado con la boca abierta de asombro al oír esas

palabras.

—Recibiréis la soldada el primer día de cada mes. Setenta y cinco monedas de plata cada uno, aunque una parte se os reserva.

—¿Cuánto? —preguntó una voz.

Julio se volvió en dirección a la voz.

—Lo suficiente para sal, alimento, armas, armadura y un diezmo para las viudas y huérfanos. A cada uno le quedan cuarenta y dos denarios limpios para que se los gaste como prefiera. —De pronto se le ocurrió una idea que le hizo dudar. La paga de tantos hombres ascendería a miles de monedas. Haría falta una riqueza inmensa para mantener dos legiones, e incluso el oro que había traído de España mermaría rápidamente con semejantes gastos. ¿De dónde había sacado los fondos Catilina? Dejó a un lado la sospecha repentina y continuó—. Repartiré a mis oficiales entre vuestras filas y os instruirán para que aprendáis a luchar como los hombres que hoy os han hecho parecer niños. Dispondréis de buenas espadas y armaduras, y la paga llegará a tiempo. O eso, o la muerte. Id con los vuestros y comunicádselo. Pero advertidles que si piensan fugarse, los perseguiré y los ahorcaré. Los que prefieran vivir, serán conducidos a Roma, pero no como prisioneros. La instrucción es dura, y todos han demostrado valor suficiente para comenzar. Todo lo demás se puede aprender.

—¿Vas a devolvernos las armas? —preguntó una voz entre los oficiales.

—No seas necio —dijo Julio—. ¡Moveos! Sea cual sea el resultado, esto se habrá acabado con la puesta del sol.

Incapaces de enfrentarse a su severa mirada, los mercenarios se pusieron en marcha hacia sus compañeros, que seguían arrodillados en el barro. Los legionarios los dejaron pasar y se miraron con asombro.

Mientras esperaban, Bruto se situó al lado de Julio.

—Al senado no le gustará, Julio. No te hacen falta más enemigos.

—Estoy en el campo de batalla —contestó Julio—. Tanto si les gusta como si no, aquí hablo en nombre de la ciudad. Aquí Roma soy yo, y la decisión es mía.

—Pero teníamos órdenes de destruirlos —replicó Bruto en voz baja para que nadie lo oyera.

Julio se encogió de hombros.

—Ya llegaremos a eso, amigo mío, entre tanto tendrías que estar deseando que prestaran juramento.

—¿Por qué tendría que desearlo? —preguntó Bruto con suspicacia.

Julio le sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Porque serán tu legión.

Bruto se quedó inmóvil, asimilando la novedad.

—Se aliaron contra nosotros, Julio. Ni el mismísimo Marte lograría convertir esta

partida de mercenarios en una legión.

—Ya lo has hecho una vez, con la Primigenia. Lo harás también con ésta. Diles que sobrevivieron a una carga de la mejor legión que jamás haya dado Roma. Haz que levanten la cabeza, Bruto, y te seguirán.

—¿Serán míos exclusivamente? —preguntó Bruto.

Julio lo miró a los ojos.

—Si entonces sigues siendo mi espada, juro que no interferiré, aunque el mando general tiene que ser mío cuando luchemos juntos. Aparte de eso, si te cruzas en mi camino, será porque tú lo has escogido... como siempre.

Los oficiales mercenarios empezaron a reunirse otra vez de uno en uno. A medida que se encontraban, asentían enérgicamente con la cabeza, visiblemente relajados. Julio supo que eran suyos antes de que el portavoz se dirigiera a él.

—No había mucho donde escoger —dijo el hombre.

—¿No hay... disidentes? —preguntó Julio en voz baja. El galo hizo un gesto negativo—. Bien, entonces que se pongan en pie. Cuando todos y cada uno hayan prestado juramento, encenderemos antorchas y marcharemos de noche camino de Roma. Allí os esperan unos barracones y un plato caliente. Manda a los jinetes más frescos al senado con mensajes —dijo dirigiéndose a Bruto—. No sabrán si somos el enemigo o no, y no quiero dar pie a la rebelión que acabamos de evitar.

—Es que somos el enemigo —musitó Bruto.

—Ya no, Bruto. Ni uno de ellos dará un paso sin haber prestado juramento. Después serán nuestros, tanto si lo saben como si no.

Cuando Julio se acercaba a la ciudad con una selecta escolta de *extraordinarii*, las puertas estaban cerradas. Las primeras luces grises del alba asomaban ya en el horizonte y notó el cansancio crudo en las articulaciones. Todavía quedaban cosas por hacer antes de poder irse a descansar.

—¡Abrid las puertas! —gritó al tiempo que frenaba al caballo, mirando hacia arriba, al montón oscuro de madera y hierro que le cerraba el camino.

Un legionario que llevaba la armadura de Pompeyo apareció en la muralla y los miró. Echó un vistazo a la reducida fuerza de jinetes y a la calzada, a lo lejos, y se convenció de que no había un ejército escondido dispuesto a entrar en tromba en la ciudad.

—No se abren hasta el amanecer, señor —dijo reconociendo la armadura de Julio—. Son órdenes de Pompeyo.

Julio juró para sus adentros.

—Entonces tírame una cuerda. Tengo que tratar con el cónsul de un asunto que no admite demora.

El soldado se retiró, seguramente para ir a consultar al oficial superior. Los *extraordinarii* se movían con inquietud.

—Se nos ordenó escoltarte hasta la casa del senador, mi general —se atrevió a decir uno.

Julio se volvió a mirarlo.

—Si Pompeyo ha cerrado la ciudad, su legión estará en alerta por las calles. No correré peligro.

—Sí, señor —contestó el jinete, pues la disciplina le prohibía contradecir las órdenes.

Un oficial se asomó a la muralla con la armadura completa puesta, la brisa nocturna le agitaba el penacho del casco.

—Edil César, te tiro una cuerda si me das palabra de venir tú solo. Los cónsules no creían que regresaras tan pronto.

—Tienes mi palabra —replicó Julio, y vio que el hombre hacía una seña; una cuerda empezó a caer hacia el exterior en gruesas lazadas. Vio también a los arqueros que lo cubrían desde las torres de la puerta y asintió para sí. Pompeyo no era un necio.

Cuando desmontó y asió la cuerda, miró a los *extraordinarii*.

—Volved a los viejos barracones de la Primigenia con los demás. Bruto está al mando hasta mi regreso.

Sin decir una palabra más empezó a trepar.

XIII

Una lluvia fina empezó a caer cuando Julio recorría la ciudad dormida. Con el alba ya despuntando en el horizonte, las calles tendrían que estar llenas de obreros, criados y esclavos, cada cual cumpliendo su obligación. Se tendrían que oír las voces de los vendedores además del ruido propio de otras mil actividades. Sin embargo, reinaba un silencio fantasmagórico.

La lluvia le hizo encoger los hombros. Oía el eco que sus propios pasos proyectaban desde las casas a ambos lados. Vio rostros en las ventanas altas de las viviendas, pero nadie lo saludó y apretó el paso en dirección al foro.

En todas las esquinas había pequeños grupos de soldados de Pompeyo con órdenes de imponer el toque de queda. Uno de ellos se llevó la mano a la empuñadura del arma al avistar la solitaria silueta. Julio se echó el manto hacia atrás para que vieran la armadura que llevaba y le dejaran pasar. Toda la ciudad estaba inquieta, y se enfureció por la responsabilidad que Craso tenía en ello.

Avanzaba a rápidas zancadas por la Alta Semita, bajando por el Quirinal hacia el foro. Las grandes piedras planas le mantenían aislado de la pegajosa porquería del lecho de la vía. La lluvia empezaba a limpiar la ciudad, pero para completar la tarea haría falta algo más que un breve chaparrón.

En toda su vida no había visto el gran espacio del foro tan vacío. Al desembocar allí, el viento que hasta entonces le tapaban las hileras de casas le dio en la cara y le sacudió la capa y la espalda. Había más soldados en la entrada de cada templo y de la propia casa del senado, pero no se veían luces dentro. Los sacerdotes habían encendido algunas antorchas parpadeantes para los que desearan orar en el interior, pero él no tenía nada que hacer allí. Al pasar ante el templo de Minerva, le pidió en un susurro que le diera sabiduría para encontrar el camino en la maraña que Craso había liado.

Fue acercándose al edificio del senado haciendo ruido con las tachuelas de hierro de las sandalias contra las losas del suelo del gran espacio. Dos legionarios montaban guardia, absolutamente inmóviles a pesar de que la lluvia y el viento les castigaban las partes expuestas del cuerpo. Cuando Julio puso el pie en el primer escalón, los dos sacaron la espada y Julio los miró frunciendo el ceño. Eran jóvenes. Otros más veteranos no habrían desenvainado por tan pequeña provocación.

—Por orden del cónsul Pompeyo nadie puede entrar hasta que el senado sea convocado de nuevo —dijo uno de ellos, hinchado con la importancia de su deber.

—Tengo que ver a los cónsules antes de esa sesión —contestó Julio—. ¿Dónde están?

Los soldados cruzaron una breve mirada mientras pensaban si estaría bien darle la información voluntariamente. Julio, calado hasta los huesos, empezó a ponerse de

mal humor.

—En la prisión, señor —contestó un soldado. Abrió la boca para añadir algo más, pero pensó que más valía callar de forma que volvió a su puesto y envainó el *gladius*. Volvían a parecer dos estatuas bajo la lluvia.

La ciudad estaba ya completamente cubierta de nubes negras y la fuerza del viento iba en aumento y barría el foro vacío aullando. Julio se resistió al impulso de echar a correr en busca de refugio y siguió caminando hasta el edificio de la prisión, anejo a la casa del senado. Era un edificio pequeño que sólo contaba con dos celdas subterráneas. Los condenados a muerte pasaban allí la víspera de la ejecución. No había más cárceles en la ciudad, pues las ejecuciones y los destierros las hacían innecesarias. El solo hecho de que Pompeyo estuviera allí indicaba lo que se encontraría, de modo que se preparó para afrontarlo sin estremecerse.

Otro par de centinelas de Pompeyo montaba guardia en la puerta. Al acercarse Julio, le hicieron una seña de asentimiento como si estuvieran esperándolo y quitaron las trancas.

La armadura que llevaba lucía el distintivo de la Décima, y nadie lo interrogó hasta llegar a las escaleras que bajaban a las celdas. Tres hombres se apartaron discretamente cuando se anunció y el cuarto bajó detrás de él. Julio esperó pacientemente mientras oía pronunciar su nombre más abajo y Pompeyo respondía en un murmullo. Los soldados que lo vigilaban estaban tensos, pero él se recostó en la pared de la forma más relajada que pudo y empezó a sacudirse el agua de la armadura y a escurrirse el pelo. Esas acciones lo ayudaron a recobrar la calma a pesar del silencio y las miradas fijas, y estaba en condiciones de sonreír cuando Pompeyo salió con el soldado.

—Es César —confirmó Pompeyo. Miraba con severidad y sonrió a Julio. Tras la confirmación de su general, los soldados de la habitación apartaron la mano de la espada y se retiraron dejando libre el acceso a las escaleras.

—¿La ciudad está todavía amenazada? —preguntó Pompeyo.

—No, hemos puesto fin a la amenaza —contestó Julio—. Catilina no sobrevivió a la batalla.

Pompeyo juró en voz baja.

—Es una lástima. Baja conmigo, César. Tienes que tomar parte en esto.

Mientras hablaba se enjugaba el sudor de la frente, y Julio vio que tenía un rastro de sangre en la mano. Siguió a Pompeyo escaleras abajo con el corazón alborotado por lo que iba a encontrar.

Craso estaba en las celdas. Por su cara se diría que se había quedado sin sangre en las venas, parecía una escultura de cera a la luz de la lámpara. Cuando entraron en la habitación de techo bajo, miró a Julio con un brillo insano en los ojos. El aire olía mal y Julio procuró no mirar a los hombres atados a las sillas que ocupaban el centro.

Eran cuatro, y al momento identificó el olor de sangre fresca.

—¿Y Catilina? ¿No lo has traído? —preguntó Craso poniendo una mano a Julio en el brazo.

—Cayó en la primera carga, cónsul —contestó Julio mirándolo a los ojos. Vio que el miedo desaparecía de su expresión, tal como esperaba. Catilina se había llevado sus secretos a la tumba.

Pompeyo gruñó e hizo una seña a los torturadores que se encontraban junto a los maltrechos conspiradores.

—Una lástima. Estos hombres han dicho que era su jefe, pero no saben nada de lo que yo quería saber. A estas alturas ya nos lo habrían contado.

Julio los miró y contuvo un estremecimiento al ver lo que les habían hecho. Pompeyo había sido concienzudo, y también él dudó que hubieran podido ocultarle algo. Tres estaban tumbados, inmóviles como muertos, pero el último volvió la cabeza hacia ellos con un repentino impulso. Le habían sacado un ojo, del que manaba un chorrillo de líquido brillante que le caía por la mejilla, pero con el otro miraba sin objeto a todas partes, y de pronto se le iluminó al ver a Julio.

—¡Tú! ¡Te acuso a ti! —escupió, y emitió un débil sonido babeando sangre hasta la barbilla.

Julio tuvo que reprimirse las náuseas al advertir unos fragmentos blancos que había en las piedras del suelo. Algunos todavía tenían la raíz.

—Ha perdido el juicio —dijo en voz baja, y para su alivio Pompeyo asintió.

—Sí, aunque ha sido el que más ha resistido. Vivirán lo suficiente para ser ejecutados, y ahí terminará todo. Tengo que daros las gracias a los dos por haber presentado el asunto en el senado a tiempo. Ha sido un acto noble y digno de vuestra categoría. —Miró al hombre que se presentaría al puesto de cónsul dos meses más tarde—. Cuando termine el toque de queda, supongo que el pueblo se alegrará de haber sido librado de una insurrección cruenta. Te elegirán, ¿no crees? No podría ser de otra manera.

La mirada de sus ojos no acompañaba el tono ligero de su voz, y Julio no lo miró porque notaba el peso de sus ojos. Todo aquello le avergonzaba.

—Es posible que así sea —dijo Craso en voz baja—. Los tres tenemos que trabajar por Roma. Estoy seguro de que un triunvirato tendría sus propios problemas. Quizá sería mejor que...

—En otro momento, Craso —lo interrumpió Pompeyo bruscamente—. Ahora no, con el olor de este lugar en los pulmones. Todavía nos queda una reunión en el senado al amanecer, pero antes quiero ir a la casa de baños.

—Ya ha amanecido —dijo Julio.

Pompeyo maldijo en voz baja y se limpió las manos con un paño limpio.

—Aquí abajo siempre es de noche. Ya he terminado con éstos.

Dio órdenes a los torturadores de limpiar y dejar presentables a los prisioneros y luego se dirigió a Craso. Julio miraba cómo empezaban a limpiarles las mayores manchas de sangre con esponjas oscuras que mojaban en cubos; el agua se colaba por los sumideros que había en el suelo de piedra, entre sus piernas.

—La ejecución será a mediodía —dijo Pompeyo, y salió el primero por las escaleras a las salas más frescas de arriba.

Cuando Julio y Craso llegaron al foro, la luz gris había adquirido un tinte rojizo. La lluvia caía con fuerza contra las piedras y rebotaba en miles de salpicaduras diminutas que tamborileaban en el vacío. A pesar de la llamada de Julio, Craso se alejó rápidamente bajo el chaparrón. Sin duda un baño y ropa limpia harían desaparecer en parte la palidez enfermiza de su piel. Se apresuró a dar alcance al cónsul.

—Se me ocurrió una cosa cuando estábamos luchando contra los rebeldes que se reunieron en tu nombre —dijo Julio con voz grave.

El cónsul se paró en seco al oír eso y miró alrededor. No había nadie por allí.

—¿En mi nombre, Julio? Catilina era su jefe. ¿Y sus aliados no mataron a tus soldados en la calle?

—Es posible, pero la casa donde lo encontré era modesta, Craso. ¿De dónde habría sacado Catilina oro suficiente para pagar a diez mil hombres? Muy pocos en esta ciudad podrían pagar semejante ejército, ¿no crees? Me pregunto qué sucedería si mandara a mis hombres a examinar sus cuentas. ¿Me encontraría con un traidor propietario de inmensas reservas ocultas de riqueza, o tendría que buscar a otro, al pagador?

Craso no podía saber que Bruto había encontrado documentos quemados en la casa, y el destello de preocupación que Julio vio fue suficiente para confirmar sus sospechas.

—Me da la impresión de que un número tan elevado de mercenarios, junto con los disturbios y los incendios de la ciudad, habría podido hacer muy bien el trabajo estando Roma defendida únicamente por la legión de Pompeyo. La oferta que te hicieron no carecía de sentido, Craso, ¿te das cuenta? La ciudad habría podido ser tuya fácilmente. Me sorprende que no te tentara. Habrías quedado en pie sobre una montaña de cadáveres y Roma estaría lista para la dictadura.

Craso iba a empezar a replicar, pero la expresión de Julio cambió y su tono burlón se endureció.

—Pero sin previo aviso llegó otra legión desde Hispania y...

¿Entonces? Entonces debiste encontrarte en una posición muy difícil. Las fuerzas están preparadas y la conspiración, en marcha, pero Roma cuenta ahora con diez mil soldados, y la victoria ya no está garantizada. Un amante del riesgo lo habría aceptado, pero tú no. Tú eres de los que saben cuándo se ha terminado un juego. Me

pregunto en qué momento llegarías a la conclusión de que era mejor traicionar a Catilina que seguir adelante. ¿Fue cuando viniste a mi casa a planear la campaña conmigo?

Craso puso la mano a Julio en el hombro.

—He dicho que soy amigo de tu casa, Julio, de modo que pasaré por alto tus palabras..., por tu bien, las pasaré por alto. —Hizo una breve pausa—. Los conspiradores han muerto, Roma está a salvo. Un resultado excelente en verdad. Que te baste con eso. No te preocupes por nada más. Olvídalo.

Craso se alejó bajo la lluvia con la cabeza agachada y Julio se quedó mirándolo.

XIV

Unas nubes grises, frías y bajas cubrían el cielo por encima de la inmensa multitud que aguardaba en el Campo de Marte. El suelo estaba enlodado, pero eran millares los que habían salido de casa o del trabajo para acercarse al gran campo a ver las ejecuciones. Los soldados de Pompeyo aguardaban en filas perfectas y brillantes, sin el menor síntoma del esfuerzo que habían empleado en construir la plataforma para los prisioneros y en disponer un gran número de bancos de madera para los senadores. Incluso habían cubierto el suelo de juncos secos que crujían al pisarlos.

Los padres levantaban a los niños en alto para que vieran a los cuatro hombres que esperaban, abatidos, en la plataforma de madera, y la gente conversaba en voz baja en señal de respeto por la solemnidad del momento.

Al acercarse el mediodía el senado concluyó las deliberaciones en la curia y se dirigió en grupo al Campo de Marte. Los soldados de la Décima se unieron a los de Pompeyo para cerrar la ciudad, cuyas puertas sellaron con lacre, además de izar una enseña en el monte Janículo. Durante la ausencia del senado la ciudad se mantendría en estado de sitio armado. Muchos senadores miraban despreocupadamente a la lejana enseña de la colina del oeste. Allí estaría mientras la ciudad se mantuviese a salvo, pero la ejecución de los traidores se detendría si la enseña fuera retirada, pues significaría la proximidad del enemigo.

Julio estaba de pie, sujetándose con fuerza los húmedos pliegues de su mejor manto al cuerpo. A pesar de la túnica y la toga de abrigo que llevaba debajo, temblaba al ver a los desgraciados que él mismo, con sus acciones, había llevado al lugar de la muerte.

Los prisioneros no tenían protección contra el frío viento. Sólo dos podían mantenerse en pie, pero el dolor los hacía encorvarse y en sufrido silencio se apretaban con las manos encadenadas las heridas de la noche. Quizá por la proximidad de la muerte esos dos absorbían el aire frío a tragos, llenándose los pulmones y pasando por alto el escozor de la piel expuesta a la intemperie.

El más alto de los dos tenía el cabello largo y el viento se lo agitaba ocultándole la cara de vez en cuando. A pesar de la hinchazón de los ojos, Julio percibió su brillo casi escondido entre las facciones tumefactas, el brillo febril de los ojos del animal acorralado.

El que lo había imprecado en la prisión sollozaba; un paño le envolvía la cabeza. Una mancha oscura y redonda como una moneda se había formado en la tela señalando el lugar que ocupaba el ojo que le habían arrancado. Julio se estremeció al recordarlo y se ciñó más el manto al cuerpo, hasta notar en el cuello el frío metal de un cierre hecho por Alexandria. Miró fijamente a Pompeyo y a Craso, que esperaban de pie en la alfombra de juncos tendida sobre el barro, hablando en voz baja mientras

la multitud los esperaba con los ojos chispeantes por lo que iba a suceder.

Por fin los senadores se separaron. Pompeyo miró a un magistrado de la ciudad y la muchedumbre empezó a removerse y a hablar mientras el hombre subía a la plataforma para dirigir la palabra al pueblo.

—Estos cuatro hombres son declarados culpables de traición a la ciudad. Serán ejecutados por orden de los cónsules Craso y Pompeyo. Serán descuartizados y arrojados a las aves del aire. Las cabezas se expondrán en cuatro puertas para que sirvan de aviso a los enemigos de Roma. Ésta es la voluntad de nuestros cónsules, que son la voz de Roma.

El verdugo era maestro carnicero de oficio, un hombre fornido con el cabello gris cortado muy corto. Vestía una toga de rústica lana marrón, sujeta con un cinturón que le ceñía la protuberante cintura. No procedió con premura, sino que se deleitaba en la atención que ahora le dedicaba la muchedumbre. Las monedas de plata que recibiría por el trabajo no eran nada comparadas con la satisfacción que le proporcionaba ser el centro de las miradas.

Julio observó al hombre, que convirtió en exhibición el acto de comprobar el filo del cuchillo pasándole la piedra de amolar por última vez. La hoja causaba espanto; era una estrecha cuchilla de carnicero larga como un brazo, con un mango de dura madera maciza, la arista opuesta al filo casi alcanzaba un dedo de anchura. Una niña soltó una risa nerviosa y sus padres la acallaron. El prisionero del pelo largo empezó a orar en voz alta, con los ojos vidriosos. Quizá fuera por el ruido, o por un mero afán de exhibición, el caso es que el carnicero se dirigió a él en primer lugar y le puso el cuchillo contra la garganta.

El hombre se encogió y su voz se hizo más penetrante; el aire le entraba y le salía de los pulmones con un silbido, a golpes secos. Le temblaban las manos y se quedó pálido como la cera. La multitud observaba fascinada al carnicero, que le echaba la cabeza lentamente hacia atrás, agarrándolo por el cabello, hasta dejar al descubierto limpiamente la línea del cuello.

—No, no... no —musitó con voz grave y profunda, y la muchedumbre se esforzó por oír sus últimas palabras.

No hubo fanfarrias ni toques de aviso. El carnicero afianzó la mano con que le agarraba el cabello y empezó a cortar lentamente. Brotó un chorro de sangre que salpicó a los dos, y el condenado levantó las manos y arañó débilmente la hoja que se lo comía moviéndose de un lado a otro con absoluta precisión. Soltó un sonido suave, un grito feo que duró sólo un momento. Se le doblaron las piernas, pero el carnicero era fuerte y lo mantuvo sujeto hasta que la cuchilla tocó el hueso. Entonces la retiró, con dos golpes rápidos remató el corte y la cabeza se desprendió limpiamente del cuerpo que se desplomaba. Los músculos de la cara todavía se movían y los ojos seguían abiertos, parodiando la vida.

Entre el gentío, muchos se taparon la boca con la mano, estremecidos de placer, cuando el cuerpo fue resbalando, como sin huesos, desde la plataforma hasta los juncos del suelo. Se ponían de puntillas y empujaban para ver al carnicero, que les mostraba la cabeza en alto, con la sangre escurriéndole por el brazo hasta la toga, ya casi negra. La mandíbula se abrió con el movimiento y dejó a la vista los dientes y la lengua.

Uno de los prisioneros se vomitó encima y luego gritó. Como obedeciendo a una señal, los otros dos hicieron lo mismo y empezaron a gemir y suplicar. Las voces provocaron a la multitud, que prorrumpió en burlas y risas estruendosas para aliviar la tensión. El carnicero echó la cabeza en un saco y se volvió lentamente hacia el hombre que tenía más cerca. Lo agarró de la oreja y arrastró al bulto gimiente acercándose a los pies.

Julio miró a otra parte hasta el final, y al hacerlo, vio que Craso volvía la cabeza, pero hizo caso omiso de su mirada. La muchedumbre aclamaba cada vez que el verdugo alzaba una cabeza, y Julio la observaba con curiosidad. Se preguntó si los espectáculos que Craso financiaba los encandilarían tanto como el que ahora veían.

Esa multitud que ocupaba siniestramente todo el Campo de Marte era su pueblo. Y también los dueños oficiales de la ciudad, saciados del terror sufrido por otros y purificados por ese mismo terror. Cuando todo acabó, vio la expresión de alivio en las caras, como si les hubieran quitado un gran peso de encima. Las mujeres y los maridos bromeaban, se tranquilizaban, y supo que ese día se trabajaría muy poco en la ciudad. Cuando cruzaran las puertas de nuevo, se dirigirían a las tabernas y vinaterías y comentarían lo que habían visto. Durante unas pocas horas sus propios problemas no tendrían importancia. La noche llegaría a la ciudad sin las prisas y los atascos habituales en la calle. Dormirían bien y se levantarían frescos.

Las filas de soldados de Pompeyo abrieron paso a los senadores. Julio se levantó con los demás y regresó a las puertas; se quedó mirando cómo se rompían los precintos y aparecía una rendija de luz entre las hojas. Terna que preparar la presentación de dos casos ante el tribunal del foro y sólo faltaban unos días para el torneo de espadas, pero, igual que la muchedumbre de ciudadanos, sentía una paz singular al pensar en el trabajo por hacer. Sin embargo, ese día no habría más esfuerzos; el aire era fresco y limpio.

Por la noche, en la sede de la campaña, Julio se puso en pie y golpeó la larga mesa con los nudillos. El alboroto general disminuyó en la medida en que lo permitía el buen vino tinto; esperó mirando a los que lo acompañaban en la carrera hacia el puesto de cónsul. Todos los presentes habían arriesgado mucho prestándole apoyo público. Si perdía, todos sufrirían las consecuencias en mayor o menor medida. Alexandria podía quedarse sin clientela a una sola palabra de Pompeyo, y su negocio se vendría abajo. Si le permitieran llevarse la Décima a algún destino lejano, los que

fueran con él renunciarían a su carrera, caerían en el olvido y sólo con suerte volverían a ver la ciudad antes de retirarse.

Cuando se impuso el silencio, miró a Octavio, el único de los presentes que terna un vínculo de consanguinidad con él. Le dolía ver la adoración de héroe de que le hacía objeto al pensar en los años grises que le esperarían si fracasaba y era enviado al destierro. En ese caso ¿recordaría Octavio la campaña con amargura?

—Hemos llegado muy lejos —les dijo—. Algunos habéis estado conmigo prácticamente desde el principio. Ni siquiera me acuerdo de los tiempos en que Renio y Cabera no estaban aquí. Mi padre se sentiría orgulloso de los amigos de su hijo.

—¿Crees que se referirá a mí? —dijo Bruto a Alexandria.

Julio sonrió amablemente. Iba a ofrecer un simple brindis por los que se habían inscrito en el torneo de espada, pero no había olvidado las ejecuciones de la mañana en todo el día ni había podido librarse de la tristeza de ánimo que le habían dejado.

—Me gustaría que hubiera alguno más en esta mesa —continuó Julio—. Mario, por ejemplo. Cuando pienso en el pasado, los buenos recuerdos se pierden como todo lo demás, pero he conocido a grandes hombres. —El corazón se le aceleraba a medida que hablaba—. Nunca he tenido ante mí un camino recto. Estuve al lado de Mario cuando entramos en Roma lanzando monedas a la multitud. El aire se llenó de pétalos y aclamaciones, y oí lo que un esclavo le susurraba al oído: «No olvides que eres mortal». —Suspiró al rememorar el colorido y la emoción de aquel día—. La muerte me ha rondado tan cerca que hasta Cabera me daba por acabado. He perdido a amigos y esperanzas, he visto caer a reyes, he visto a Catón cortándose la garganta en el foro con sus propias manos. Me he empapado tanto de muerte que creía que jamás volvería a reír ni a estimar a nadie.

Todos lo miraban por encima de los platos sucios que quedaban en la larga mesa, pero él miraba a lo lejos y no vio el efecto que causaban sus palabras.

—Vi morir a Tubruk, y el cuerpo de Cornelia, tan blanco que no me parecía real, hasta que lo toqué. —Bajó la voz a un murmullo, y Bruto miró a su madre. Servilia se había quedado pálida y se tapaba la boca con la mano mientras Julio hablaba—. Os aseguro que no deseo a nadie lo que he tenido que pasar —murmuró. Pareció que había regresado allí, consciente del frío que se había adueñado de la sala—. Pero aquí estoy todavía. Honro a los muertos, pero voy a utilizar mi tiempo. Roma sólo ha visto el comienzo de mi lucha. He conocido la desesperación y ya no me asusta. Ésta es mi ciudad, mi verano. A ella he entregado la juventud, y se la volvería a entregar si tuviera ocasión. —Levantó la copa hacia los comensales estupefactos—. Cuando os miro a todos, no me imagino qué fuerza en el mundo podría detenernos —dijo—. Bebamos por la amistad y el amor, porque lo demás es hojalata.

Se levantaron todos lentamente, alzaron la copa y bebieron el vino rojo como la sangre.

XV

La imagen de veinte mil ciudadanos romanos de pie en sus asientos era un recuerdo inolvidable, pensó Julio contemplándolos. Todas las localidades habían sido ocupadas cada jornada del torneo, y las *téseras* de arcilla que servían para entrar a ver a los treinta y dos finalistas seguían pasando de mano en mano, cada mañana por mayores sumas de dinero. Al principio a Julio le sorprendió ver a la gente que, apostada en las cuatro puertas del circo, se ofrecía a comprarlas al público a medida que se acercaba. Pero después de las primeras eliminatorias el número de interesados en vender fue decreciendo.

El palco de los cónsules se mantenía fresco, a la sombra de un toldo de color crema tendido entre delgadas columnas. Dominaba la mejor vista de la arena y ninguna de las personas a que Julio había invitado había rechazado la oferta. Habían acudido todos los candidatos con su familia, y a Julio le hizo gracia la turbación de Suetonio y de su padre al aceptar su generosidad.

La mañana iba caldeándose a medida que transcurría, y al mediodía la arena estaría tan recalentada que quemaría los pies desnudos. Muchos llevaban agua y vino, pero aun así pensó que sacaría buen provecho de las bebidas y alimentos que sus clientes vendían en su nombre. El alquiler de cojines valía sólo unas pocas monedas de cobre, y las existencias se agotaron enseguida.

Pompeyo había respondido con elegancia a la invitación; mientras Craso y él ocupaban sus asientos, el público se había puesto en pie respetuosamente hasta que el sonido de los cuernos anunció los primeros combates.

También estaba Renio, y Julio había apostado a algunos mensajeros cerca de él por si surgían conflictos en los barracones. Su intención no era negar su puesto al viejo gladiador, pero Bruto se había clasificado entre los treinta y dos primeros junto con Octavio y Domitio, de modo que esperaba que los reclutas mercenarios supieran comportarse. Por ese motivo se había visto obligado a negar al grueso de la Décima la posibilidad de presenciar los combates, aunque estableció cambios de guardia cada tres horas para que el mayor número posible de soldados pudiera ver al menos alguno. Ejerciendo su nueva autoridad, Bruto había añadido diez hombres de los más prometedores a la guardia. A Julio le parecía muy pronto, pero no había impuesto su voluntad sabiendo la importancia que tenía para ellos ver la superioridad de su general. Aunque los hombres se sentían incómodos con el traje de la legión, parecían suficientemente disciplinados.

Las apuestas seguían siendo fuertes, como siempre. Al pueblo le gustaba apostar; y Julio suponía que se ganarían y se perderían fortunas antes de los encuentros finales. Hasta Craso había apostado un puñado de plata a favor de Bruto por consejo de Julio. Por lo que Julio sabía, Bruto había apostado cuanto poseía él mismo. Si

ganaba la final, dependería menos de él y de los prestamistas para el equipamiento de su legión. Su amigo se había clasificado entre los treinta y dos finalistas sin problemas, pero el nivel era alto y la mala suerte podía echar por tierra las mejores perspectivas.

Debajo del palco de los cónsules los últimos luchadores salieron de los barracones a la arena ardiente. Las armaduras relumbraban, parecían blancas; la multitud contuvo el aliento al verlas y después empezó a aclamar a los favoritos. Alexandria se había superado en el brillante pulido del metal que los cubría. Julio estaba seguro de que la calidad de los finalistas se debía en parte a la promesa de que podrían quedarse con la armadura una vez finalizado el torneo. Sólo por el peso cada equipo valdría lo mismo que una pequeña propiedad agrícola, en caso de venderlo, pero con la fama que adquiriría el concurso aún valdría más. Intentó no pensar en el precio que había pagado. Toda Roma había hablado de su generosidad, y al sol parecían insuperables.

Algunos participantes tenían contusiones de los combates anteriores. Habían sido unos cuantos días de deportividad, sólo habían muerto cuatro hombres por golpes accidentales producidos por el calor del torneo. Los combates eran a primera sangre, sin más límite que el agotamiento. El más largo, antes de las finales, había durado casi una hora, y ninguno de los contendientes podía prácticamente mantenerse en pie cuando por fin concluyó con un torpe tajo en la parte posterior de una pierna. La multitud había aclamado al perdedor tanto como al que pasó a la final.

Los primeros combates fueron una demostración de destreza y fuerza, con más de cien parejas en la arena al mismo tiempo. Ver tantas espadas refulgiendo a la vez era tan emocionante, en su estilo, como los enfrentamientos individuales de los treinta y dos finalistas, aunque los verdaderos aficionados preferían los torneos individuales, porque podían concentrarse en el estilo y 1ª destreza.

Se habían escalonado las categorías, y Julio había tomado nota de algunos hombres para proponerles que entraran en la nueva legión que ocupaba los barracones. Ya había comprado los servicios de tres buenos espadachines. Se había visto obligado a seleccionar a los que luchaban al estilo romano, pero le dolía tener que renunciar a los otros. La convocatoria de luchadores se había extendido mucho más allá de los lugares donde la habían llevado los mensajeros, y habían acudido hombres de todos los rincones de los dominios romanos e incluso de más lejos. Se mezclaban africanos con hombres del color de la caoba procedentes de la India y Egipto. Un espadachín llamado Sung tenía los ojos rasgados de las razas del más lejano oriente, lugares casi míticos para Roma. Julio había tenido que asignarle una escolta para que la gente dejara de tocarlo por las calles. Sólo los dioses sabían qué hacía tan lejos de su hogar, pero Sung manejaba su larga espada con una pericia que lo había situado en las finales tras ganar los enfrentamientos más breves de cuantos

había habido. Julio lo miró cuando saludaba a los cónsules junto con los demás luchadores y pensó en hacerle una oferta si llegaba a los ocho últimos, aunque no luchara al estilo romano.

En los últimos combates se anunciaba públicamente el nombre de los luchadores que salían a la arena, y cada cual, avanzando un paso, recibía los vítores del pueblo romano. Bruto y Octavio estaban juntos, con Domitio, con la armadura brillante al sol. Julio sonrió al ver la expresión de placer que tenían los tres. Quienquiera que ganase la espada de la victoria jamás olvidaría la experiencia.

Los tres romanos levantaron la espada hacia la multitud y después hacia los cónsules. El público aullaba formando un sorprendente muro de sonido que casi dolía. Había empezado la jornada. El presentador se acercó a los tubos de bronce que ampliaban la voz y pronunció con fuerza el nombre de los participantes en la primera ronda.

Domitio se enfrentaría a un hombre del norte que se había desplazado con el permiso del comandante de su legión para asistir al torneo. Era alto y fuerte, de antebrazos musculosos y cintura estrecha y flexible. Cuando los demás se retiraron, miró a Domitio con cautela observando los ejercicios de estiramiento que ejecutaba. Julio, que miraba a Domitio de lejos, no percibió señales de tensión en su cara. El corazón se le aceleró de emoción creciente, y los que lo acompañaban en el palco también lo notaron. Pompeyo se puso en pie y le dio una palmada en la espalda.

—¿Me aconsejas que apueste por tu hombre, Julio? ¿Se clasificará entre los dieciséis finalistas?

Julio se volvió y captó el brillo de los ojos del cónsul. Una línea de sudor le brillaba en la frente y los ojos le chispeaban de expectación. Julio asintió.

—Domitio es el mejor espadachín que he visto en mi vida, sólo hay otro que pueda superarlo. Llama a los esclavos de las apuestas y apostemos una fortuna por él —dijo.

Sonrieron juntos como niños. Era difícil recordar que ese hombre no era amigo.

El esclavo acudió a la llamada dispuesto a atenderlos. Pompeyo levantó los ojos con exasperación al ver a Craso contando tres monedas de plata para entregar al chico.

—Sólo por una vez, Craso, sólo por una vez, me gustaría verte apostar tanto que te doliera. La escasez no da alegrías. Tiene que picar un poco.

Craso frunció el ceño y miró a Julio. Un sonrojo oscuro le tiñó las mejillas al guardar las monedas.

—Muy bien. Chico, dame la tablilla de las apuestas. El esclavo le entregó una tabla cuadrada de madera recubierta con una fina película de cera, en la que Craso dejó la huella de su sello y escribió su nombre y unas cifras sin enseñárselo a los demás. Cuando se la devolvió, Pompeyo la interceptó un momento y la devolvió con

un suave silbido. El esclavo esperaba pacientemente.

—Una auténtica fortuna, Craso. Me asombras. Una moneda de oro es lo máximo que te he visto apostar por cualquier cosa.

Craso soltó un bufido y se puso a mirar a los dos luchadores, que ya se dirigían a sus posiciones a esperar el toque del cuerno.

—Apuesto cien por tu hombre, Julio. ¿Quieres igualarme? —preguntó Pompeyo.

—Yo apuesto mil. Lo conozco bien —contestó Julio.

Escribieron en la tablilla la suma y el nombre respectivo.

Renio carraspeó.

—Yo apuesto cinco monedas de oro por Domitio —dijo ásperamente.

Fue el único de todos ellos que pagó en moneda contante y sonante, sosteniendo las cinco piezas en la mano rígidamente hasta que el esclavo las tomó. El viejo gladiador se quedó mirando hasta que el brillo desapareció en una bolsa de tela, luego volvió a sentarse sudando. Suetonio estaba a punto de apostar también, pero al ver aquello, pidió más a su padre. Entre ambos pusieron diez monedas de oro y la tablilla volvió a cambiar de manos, pues Bíbilo también arriesgó unas pocas monedas de plata de su bolsa.

El esclavo corrió junto a su amo y Julio se levantó para dar la señal a las trompas. La multitud se quedó en silencio al verlo de pie y él se preguntó cuántos recordarían su nombre en las elecciones. Paladeó la quietud un momento y después bajó la mano. El tañido seco de las trompas se oyó en todo el recinto.

Domitio había presenciado todos los combates que había podido cuando no participaba él mismo. Había tomado nota de los que creía que ganarían y pasarían a las finales, y de los treinta y dos últimos, sólo la mitad eran peligrosos de verdad. El norteño al que se enfrentaba tenía la habilidad suficiente para haber llegado a esa etapa, pero se dejaba llevar por el pánico cuando se le acosaba, y empezó a acosarlo desde el primer momento.

Notó que el hombre lo miraba atentamente mientras él estiraba la espalda y las piernas manteniendo la expresión más pacífica y serena que podía. Había participado en torneos suficientes para saber que muchos combates no se ganaban por la espada, sino en los momentos previos. Su viejo instructor tenía la costumbre de sentarse ante sus oponentes con las piernas separadas y rectas sobre el suelo, sin mover ni un párpado. Mientras los demás saltaban y largaban mandobles para soltar los músculos, ese hombre permanecía como una roca, y nada los ponía más nerviosos. Cuando por fin se levantaba como el humo e iniciaba el enfrentamiento, ya lo tenía medio ganado. Domitio había asimilado la lección y supo ocultar el cansancio mientras se movía. En realidad, tenía la pierna izquierda entumecida y le dolía de un golpe recibido en un enfrentamiento anterior, pero no se estremeció, sino que realizó sus ejercicios con lentitud y soltura, hipnotizando al contrincante con su suavidad. Una

gran calma descendió sobre él, y el soldado ofreció una oración por su viejo instructor.

Con la espada baja y alejada del cuerpo se acercó a su punto de partida y se quedó de pie, inmóvil. El oponente rotaba los hombros con nerviosismo y sacudía la cabeza de un lado a otro. Cuando las miradas de ambos se cruzaron, el norteño lo miró fijamente, pues no quería ser el primero en desviar la vista. Domitio se quedó como una estatua y la delineada musculatura de sus hombros brillaba de sudor. La armadura de plata protegía el pecho a los combatientes, pero Domitio era capaz de cortar un mechón de pelo a un hombre que pasara corriendo a su lado, y se sentía fuerte.

Los cuernos lo despertaron de la inmovilidad y se lanzó adelante antes de que su contrincante hubiera asimilado el sonido por completo. El norteño había llegado a las finales ayudado en gran medida por su juego de pies, y antes de que la hoja lo encontrara, se había hecho a un lado. Domitio le oía respirar y se concentró en ese sonido cuando el hombre contraatacó. El norteño usaba la respiración para aumentar la fuerza del ataque y gruñía a cada golpe. Domitio le permitió que se confiara en un ritmo determinado retrocediendo doce pasos a menor velocidad, observándolo en busca de puntos débiles.

En el último paso la pierna derecha le dio un pinchazo de dolor al apoyarse en ella, como si le hubieran clavado una aguja en la rótula. Se le torció y perdió el equilibrio mientras el norteño apuraba el ataque al percibir la debilidad. Domitio no quería pensar en el dolor; pero ya no confiaba en la pierna. Avanzó arrastrando los pies hasta que el sudor de ambos se mezclaba en el mismo momento en que se producía. El norteño retrocedía más y más intentando aumentar la distancia entre ambos, pero Domitio se le pegaba y rompió el ritmo de las estocadas con un puñetazo corto cuando las hojas entrechocaron.

El norteño se zafó del golpe con un balanceo, se separaron y empezaron a moverse en círculo, uno frente a otro. Domitio escuchaba la respiración del contrincante esperando la inspiración de aire casi imperceptible que precedía a todo ataque. No se atrevía a mirarse la rodilla, pero cada paso era un dolor.

Su oponente quiso cansarlo con un remolino de ataques seguidos, pero Domitio lo detuvo sin dejar de interpretar su respiración, esperando el momento adecuado. El sol estaba alto en el cielo, los dos sudaban y el sudor les escocía en los ojos. El norteño aspiró con fuerza y Domitio atacó. Supo que el golpe era perfecto antes incluso de tocarlo en la cabeza y levantarle un poco de piel. Un pedacito de oreja cayó al suelo y el norteño empezó a sangrar al tiempo que lanzaba un grito y contraatacaba brutalmente; Domitio intentó retroceder.

Se le torció la rodilla y el dolor punzante le llegó hasta la ingle. El norteño vaciló, pero su mirada empezó a aclararse al notar el dolor creciente de la herida. Sangraba mucho. Domitio lo vigilaba atentamente, pasando por alto el dolor de la rodilla.

El contrincante se tocó la cálida humedad que le resbalaba por el cuello, y al verse los dedos teñidos de sangre, adoptó una expresión de cruda resignación y asintió en dirección a Domitio; ambos volvieron a su respectivo puesto de partida.

—Tendrías que vendarte esa rodilla, amigo mío. Los demás se habrán dado cuenta —dijo el norteño en voz baja señalando hacia los demás finalistas, que miraban desde la sombra de los toldos de su recinto.

Domitio se encogió de hombros. Probó la rodilla y se estremeció ahogando un grito.

El norteño comprendió y sacudió la cabeza mientras saludaban a la multitud y a los cónsules. Domitio intentaba no demostrar el miedo repentino que le había acometido. La articulación estaba muy rara, y rogó que no fuera más que un esguince o un disloque parcial que pudiera arreglarse apretando un poco. La alternativa era insoportable para un hombre que no tenía nada más en la vida que su espada y la Décima. Caminando juntos por la arena ardiente, Domitio procuraba no cojear y apretaba los dientes para soportar el dolor. Otra pareja con armadura de plata salió al sol para el combate siguiente y sonrieron a Domitio con gran seguridad.

Julio vio desaparecer a su amigo en la sombra y se estremeció solidariamente.

—Disculpadme, señores. Me gustaría ir abajo a ver si atienden bien a los heridos —dijo.

Pompeyo respondió dándole una palmada en la espalda porque se había quedado afónico de tanto gritar. Craso pidió bebidas frescas para todos y el buen humor se hizo general cuando volvieron a ocupar sus asientos, dispuestos a presenciar el siguiente combate. No tardarían en llevarles algo de comer y todos disfrutaban con la emoción de la sangre y la exhibición de habilidad. Suetonio estaba explicándole una finta a su padre y el anciano sonrió con él, dejándose contagiar por la emoción.

Renio se puso en pie cuando Julio pasó por su asiento, en el borde del palco. Lo siguió sin cruzar una palabra y juntos pasaron del gran calor al fresco camino que discurría por debajo de las gradas sin decirse nada.

Allí abajo era otro mundo, el rugido de las masas sonaba amortiguado y lejano. El sol entraba por las rendijas de las grandes vigas y caía al suelo en rayas jaspeadas que se movían cuando la gente de arriba se movía. El suelo era la tierra blanda del Campo de Marte, sin la capa de arena traída desde la costa.

—¿Volverá a combatir? —el sanador lo ayudará. Ese viejo tiene un poder. Julio no respondió, pero se acordó de la forma en que el sanador había puesto las manos a Tubruk cuando yacía, perforado una y otra vez durante el ataque a su casa en el que había muerto Cornelia. Cabera no quiso hablar de curación, pero Julio recordaba que una vez Cabera había dicho que era una cuestión de caminos. Si el camino se había terminado, él no podía hacer nada, pero con algunos, como Renio, había sido, capaz de arañar un poco más de tiempo.

Julio miró de soslayo al viejo gladiador. Con el paso de los años, la breve energía de la juventud iba cediendo a la edad. En su cara se veían otra vez las facciones marcadas y amargas de un anciano, y Julio todavía no sabía por qué lo había rescatado de la muerte. Cabera creía que los dioses los observaban a todos con amor celoso, y Julio envidiaba su convicción. Cuando él oraba, era como gritar al vacío, no obtenía respuesta, hasta que perdía toda esperanza.

Arriba, la multitud se había puesto en pie aclamando una estocada y la luz cambió en el suelo polvoriento. Pasaron entre los dos últimos pilares de madera y llegaron al área abierta del otro lado; Julio tragó saliva con esfuerzo al notar el aire tórrido, tan denso que no se podía respirar.

Miró a la arena entrecerrando los ojos; los dos luchadores corrían uno hacia otro como si de una danza se tratara. Las espadas refulgían al sol, y la multitud, puesta en pie, golpeaba rítmicamente con los pies. Julio parpadeó al notar un reguerillo de polvo que le caía encima desde las gradas. Miró hacia arriba, a los gruesos clavos que sujetaban el graderío, y al tocar la madera, notó el temblor. Esperaba que no se viniera abajo.

Cabera estaba vendando la rodilla a Domitio con un paño fino y Bruto estaba arrodillado a su lado con Octavio, ajenos al combate de la arena. Miraron a Julio cuando entró y Domitio lo saludó moviendo la mano débilmente.

—Sé que todos me están mirando; buitres, son todos unos buitres —dijo conteniendo la respiración mientras Cabera apretaba el vendaje.

—¿Es grave? —preguntó Julio.

Domitio no contestó, pero tenía un miedo en los ojos que los conmovió a todos.

—No lo sé —dijo Cabera bruscamente rompiendo el tenso silencio—. La rótula se ha partido y no sé cómo ha aguantado tanto tiempo. Tenía que haberle impedido incluso andar, y la articulación podría estar... quién sabe. Haré cuanto pueda.

—La necesita, Cabera —dijo Julio en voz baja.

El viejo sanador resopló discretamente.

—¿Qué importa que salga a luchar otra vez ahí fuera? No es...

—No, no me refiero a eso. Es uno de los nuestros. Tiene un camino que seguir —replicó Julio más apremiante. Suplicaría al anciano si fuera necesario.

Cabera se puso tenso y se sentó sobre los talones.

—No sabes lo que pides, amigo mío. Lo que yo tengo, sea lo que sea, no es para emplearlo cada vez que se rompe un trocito de hueso. —Miró a Julio y se encogió, como agotado—. ¿Quieres que lo pierda por un capricho? El trance es... agónico, no puedo decírtelo. Y nunca sé si el dolor sirve para algo o si hay dioses que me mueven las manos.

Todos guardaban silencio mientras Julio le sostenía la mirada deseando que el anciano lo intentara. Otro finalista carraspeó al acercarse a ellos y Julio se volvió; era

uno de los que había anotado por su destreza. Tenía la tez del color de la teca vieja y era el único de todos ellos que no se había puesto la armadura que le habían regalado, pues prefería la libertad de la ropa sencilla. El hombre hizo una inclinación de cabeza.

—Me llamo Salomin —dijo, e hizo una pausa como si el nombre pudiera ser reconocido, pero nadie dijo nada y se encogió de hombros—. Has luchado bien —dijo—. ¿Podrás continuar?

Domitio le sonrió forzosamente.

—Voy a descansar un rato, y luego ya veremos.

—Tienes que ponerte paños para atajar la hinchazón, amigo mío, tan fríos como te los puedan traer; con el calor que hace. Espero que estés en condiciones si nos llaman para luchar juntos. No me gustaría enfrentarme a un hombre herido.

—A mí sí.

Salomin lo miró sin comprender mientras Bruto se reía y se preguntó dónde estaría la gracia del asunto. Con otra inclinación salió de allí y Domitio se miró la rodilla estirada ante sí.

—Si no puedo andar; estoy acabado —dijo casi en un susurro. Cabera le masajeaba con expresión seria la articulación haciendo circular los humores para que no se acumularan. El silencio se alargó interminablemente; una gota de sudor resbaló por la frente del anciano hasta la punta de la nariz, donde tembló, inadvertida.

La primera vez nadie oyó que convocaban a Bruto a la arena. El hombre al que había de enfrentarse pasó a su lado y salió al sol sin una mirada atrás, pero Salomin se acercó y empujó suavemente al romano para llamarle la atención.

—Te toca —le dijo; tema los ojos grandes y oscuros, tan oscuros que incluso contrastaban con la tez oscura.

—Enseguida acabo con ése —replicó Bruto, y desenvainando la espada salió detrás de su oponente.

Salomin sacudió la cabeza de asombro y se protegió los ojos del sol al acercarse a donde terminaba la sombra para presenciar el combate.

Julio supo que Cabera no se dejaría conmovido mientras él estuviera allí mirándolo fijamente, y aprovechó la ocasión para dejar a Domitio solo con él.

—Déjales sitio, Octavio. —E hizo seña a Renio de que lo siguiera.

Octavio entendió la indirecta y se alejó con un gesto de preocupación en la cara. También él se hizo sombra en los ojos con la mano al salir adonde Bruto esperaba con impaciencia el toque de los cuernos.

Bajo el graderío Julio oyó la nota seca de las trompas y echó a correr. Antes de que Renio y él hubieran dado cuatro pasos, el griterío de la multitud cesó de pronto y se hizo un silencio sepulcral. Julio aceleró la carrera al máximo y llegó jadeando al palco de los cónsules.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Pompeyo, asombrado, sacudía la cabeza.

—¡Qué rapidez, Julio! Nunca había visto cosa igual.

Sólo Craso parecía indiferente.

—Tu hombre se quedó inmóvil y esquivó dos ataques sin mover los pies, luego tumbó a su oponente de un puñetazo y le hizo un corte en la pierna mientras estaba inconsciente en el suelo. ¿Eso es victoria entonces? No parece nada justo.

Preocupado por otra gran apuesta hecha a favor de Bruto, Pompeyo intervino rápidamente.

—Bruto arrancó la primera sangre, aunque el hombre estuviera inconsciente. Contará como victoria.

También la multitud rompió el silencio, la misma pregunta se repetía en todo el graderío. Muchas caras se dirigían al palco de los cónsules en busca de consejo; y Julio mandó a un corredor con la orden de que las trompas anunciaran la victoria de Bruto.

Entonces protestaron los que habían apostado contra el joven romano, pero la mayoría del público parecía satisfecha con la decisión. Julio los vio imitar el golpe entre ellos, y no dejaban de reírse. Dos soldados de la Décima despertaron al luchador inconsciente dándole unos cachetes y lo ayudaron a levantarse del suelo. Cuando recobró el sentido, empezó a forcejear para soltarse y a gritar; enfadado por el resultado. Pero los soldados no se inmutaron y desaparecieron de la arena al entrar bajo la sombra de los toldos.

El resto de los combates de los treinta y dos finalistas se llevó toda la tarde. Octavio venció en el suyo haciendo un corte a su oponente en el muslo al librarse de un ataque lateral por el exterior. El público sufría al sol, pero no quería perderse ni un momento.

Los dieciséis vencedores salieron de nuevo a la arena con la armadura puesta para recibir las aclamaciones de la multitud. La sesión nocturna para reducir el número de participantes en la final empezaría a la puesta del sol; de ese modo los ganadores podrían recuperarse y curarse durante la noche. Cuando levantaron la espada en alto, el suelo se llenó de monedas, que les arrojaban a los pies, y de flores acaparadas durante toda la jornada, que les cayeron encima como ráfagas de color. Julio miró con atención cuando llamaron a Domitio, y su corazón se alegró al verlo andar tan ágil y seguro como siempre. No hicieron falta palabras, pero vio que a Renio se le ponían blancos los nudillos de la mano con que se aferraba a la barandilla, mirando al luchador y gritando con tantas ganas como la muchedumbre.

XVI

Servilia asistió el último día. Llevaba un vestido blanco de seda, suelto y con el cuello abierto. A Julio le hizo sonreír la especie de hipnotismo que ejercía sobre los hombres el profundo canal que quedaba al descubierto cuando la mujer se levantó para aclamar a los hombres de la Décima que se habían clasificado entre los dieciséis mejores.

A Octavio le hicieron un corte en la mejilla en el último combate de los dieciséis finalistas. Perdió ante Salomin, que se clasificó triunfante entre los ocho vencedores junto con Domitio, Bruto y cinco más a los que Julio no conocía, salvo por las notas. Cuando había extranjeros en la arena, Julio dictaba cartas a Adán en rápida sucesión, sólo se callaba cuando el combate llegaba al punto culminante, y el joven hispánico no podía apartar los ojos de los contendientes. A Adán le fascinaba el espectáculo y le impresionaba la enorme cantidad de gente congregada. Las sumas cada vez mayores que apostaban Pompeyo y Julio le hacían sacudir la cabeza de asombro, en silencio, pero hacía todo lo posible por aparentar la misma indiferencia que los demás.

La primera vuelta del día había sido larga y calurosa, y los combates, cada vez más lentos. Todos los que figuraban en la lista eran maestros de la espada y no había victorias rápidas. El humor de la multitud también había cambiado, ahora comentaban sin cesar la técnica y el estilo de los contrincantes y aplaudían los mejores lances.

Salomin pasó apuros luchando por mantenerse entre los cuatro últimos que participarían en la culminación de la velada. Julio, a pesar de la preocupación por el trabajo, dejó de dictar y se puso a mirar el combate a partir de la segunda vez que Adán perdió el hilo del dictado. La decisión de luchar sin la armadura de plata lo distinguía de los demás y lo convertía en uno de los favoritos del público. Su estilo de lucha demostraba lo atinado de la decisión, pues el hombre, aunque de baja estatura, luchaba como un acróbata, en continuo movimiento. Rodaba y daba volteretas enlazando ágilmente series de ataques que hacían parecer torpe a su oponente.

A pesar de todo, el contrincante con el que se jugaba la eliminatoria no era un novato que se dejara deslumbrar o intentara hacer más de lo que sabía. Renio aprobó con un gesto el juego de pies del romano, suficientemente bueno como para impedir que el inquieto Salomin encontrara un hueco en su defensa. \1\2afirmó Craso. Nadie respondió, todos estaban pendientes del espectáculo. La espada de Salomin era unas pulgadas más larga que el *gladius* de los contrincantes, lo que daba un alcance tremendo al remate sus estocadas.

Al final fue la longitud de la hoja lo que decidió la victoria cuando el sol había cubierto medio arco de su trayectoria en el calor de la tarde. Los dos luchadores sudaban a mares y Salomin se desvió un poco en un ataque directo que disimuló con

la postura del cuerpo. El oponente no llegó a verlo; la espada se le clavó en la garganta y se desplomó en la arena sangrando abundantemente.

El palco de los cónsules estaba cerca, y Julio había visto que la estocada mortal de Salomin no había sido intencionada. El hombre se quedó horrorizado, las manos le temblaban al acercarse a su oponente caído. Se arrodilló junto al cuerpo y agachó la cabeza.

La multitud, puesta en pie, lo aclamaba, pero el griterío no pareció romper su estado de ensoñación hasta al cabo de un rato. Salomin miró enfurecido a los ciudadanos que se desgañitaban. Sin alzar la espada para saludar, como requería la costumbre, el hombre de baja estatura limpió la hoja con dos dedos y se marchó a la sombra del recinto.

—No es de los nuestros —comentó Pompeyo medio riéndose. Había ganado otra gran apuesta y nada le quitaría el buen humor; sin embargo, entre el público empezaron a oírse abucheos cuando la gente comprendió que no habría saludo a los cónsules. Se llevaron el cuerpo de la arena y enseguida se convocó a otra pareja, antes de que la multitud se agitara más.

—Sin embargo, ha ganado su lugar entre los cuatro finalistas —dijo Julio.

Domitio tuvo que esforzarse en su combate, pero también formaría parte de las dos últimas parejas del concurso. Sólo faltaba un puesto por decidir, y Bruto se esforzaría por ocuparlo él. A esas alturas del concurso el público los había visto muchos días ya, y toda Roma seguía sus progresos gracias a los corredores, que llevaban las noticias a los que se habían quedado sin asiento. Todavía faltaba casi un mes para las elecciones, pero a Julio lo trataban como si ya hubiera ganado la plaza de cónsul. Pompeyo se había congraciado notablemente con él, pero Julio no había querido reunirse con los dos cónsules para hablar del futuro. No quería tentar al destino hasta que el pueblo hubiera votado, aunque en momentos de tranquilidad soñaba con dirigirse al senado como uno de los dos gobernantes de Roma.

Bíbilo acudió también el último día del torneo. Julio lo miró atentamente preguntándose por los motivos que le impulsarían a continuar en la carrera hacia el gobierno. Gran parte de los candidatos iniciales había abandonado a medida que las elecciones se acercaban, y había ganado posiciones sobre sus colegas provisionalmente. Al parecer Bíbilo pensaba quedarse. A pesar de su tenacidad aparente, no dominaba la palabra, y un intento de defender a un hombre acusado de robo había terminado en farsa. Con todo, sus clientes recorrían la ciudad con su nombre en los labios y la juventud de Roma parecía haberlo adoptado como mascota. Las fortunas más antiguas de la ciudad podían preferir a uno de los suyos, mejor que a él, y no se le podía descartar.

Mientras esperaba que anunciaran a Bruto para el combate, pensaba con inquietud en el coste de la campaña. Más de mil hombres pasaban a recoger su paga

por la casa del pie del monte Esquilino. No se podía saber cuánto alcanzarían a influir en la votación, puesto que era secreta, pero aceptaba el argumento de Servilia de que era necesario que se viera que tenía partidarios. Era un juego peligroso, porque el exceso de partidarios también podría significar que muchos romanos se quedaran en casa a la hora de votar, satisfechos de saber que su candidato no perdería. El sistema de votación en Roma tenía un fallo, que consistía en que los hombres libres de la ciudad votaban por centurias. Si sólo se presentaban unos pocos de cada una, podían entregar el voto de todos los demás. A Bíbilo podía favorecerle mucho esa confianza mal empleada, y al senador Prando, que parecía tener tantos empleados como él mismo.

No obstante, su actuación en la derrota de Catilina iba adquiriendo fama y hasta sus enemigos tenían que reconocer que el torneo de espada era todo un éxito. Además había ganado suficiente apostando por sus hombres como para cubrir unas cuantas deudas de la campaña. Adán llevaba las cuentas, y el oro hispánico mermaba a diario, obligándole a pedir créditos. En algunos momentos las cantidades que debía le preocupaban, pero si llegaba a cónsul, todo eso no tendría importancia.

—¡Mi hijo! —exclamó Servilia de pronto, cuando Bruto salió a 1a arena con Aulo, un luchador delgado de las laderas del Vesubio, en el sur.

Ambos presentaban un aspecto magnífico con la armadura de plata, y Julio sonrió a Bruto cuando éste saludó al palco de los cónsules y guiñó un ojo a su madre; después dio media vuelta y, tras sacar la espada, saludó al público. El público estalló en aclamaciones y los dos hombres se dirigieron con agilidad a sus marcas, en el centro. Renio resopló discretamente, pero Julio vio lo tenso que estaba al inclinarse hacia delante, sin perder detalle.

Julio esperaba que Bruto fuera capaz de afrontar una pérdida con la misma facilidad con que aceptaba las ganancias. Haber llegado a los ocho últimos ya era en sí mismo una hazaña digna de ser contada a sus nietos, pero Bruto había dicho desde el principio que llegaría a la final. Únicamente se había abstenido de jurar que vencería, pero su confianza no dejaba lugar a dudas.

—Juégatelo todo a Bruto, Pompeyo, yo mismo llevaré las apuestas —dijo Julio dejándose llevar por la emoción del momento.

Pompeyo sólo vaciló un instante.

—Los hombres de las apuestas están tan seguros como tú, Julio. Si me ofreces una buena apuesta, a lo mejor acepto la oferta.

—Uno contra cincuenta por Bruto. Cinco contra uno por Aulo —dijo Julio rápidamente, y Pompeyo sonrió.

—¿Tan convencido estás de que Marco Bruto va a ganar? Con semejantes ganancias, me tienta Aulo. Cinco mil monedas de oro contra tu hombre a ese precio. ¿Aceptas?

Julio miró a la arena, pero su buen humor fluctuó de pronto.

Era el último combate de los ocho, y Salomin y Domitio ya habían pasado. Seguro que no habría ningún otro combatiente superior a su viejo amigo.

—Acepto, Pompeyo. Tienes mi palabra —dijo, y notó que volvía a sudar. Adán estaba verdaderamente consternado y Julio no quiso mirarlo. Con expresión de calma intentó recordar cuánto habían disminuido sus reservas después de pagar las armaduras de los mercenarios y el sueldo semanal de sus clientes. Si Bruto perdía, veinticinco mil en oro sería suficiente para arruinarlo, aunque siempre quedaba la esperanza de que, si llegaba a cónsul, tendría buen crédito, los prestamistas harían cola ante su casa.

—Ese Aulo ¿es hábil? —preguntó Servilia rompiendo el silencio en que había quedado el palco.

Bíbilo se había cambiado de sitio para sentarse cerca de ella, y respondió con lo que pensaba que era una sonrisa de triunfo.

—En estos últimos combates todos lo son, señora. Ambos han ganado siete rondas para llegar aquí, aunque estoy convencido de que tu hijo ganará. Es el favorito del público y, según dicen, eso anima muchísimo.

—Gracias —contestó Servilia regalándolo con una sonrisa.

Bíbilo se sonrojó y apretó los puños. Julio lo observaba sin el menor afecto, preguntándose si su actitud escondería una inteligencia más aguda o si en realidad era el necio irredimible que parecía ser.

Los cuernos dieron la señal y el primer choque de espadas los pegó a todos a la barandilla, empujándose unos a otros sin consideración hacia el rango. Servilia respiraba aceleradamente y se puso tan nerviosa que Julio le tocó el brazo, aunque no pareció notarlo.

En la arena las espadas fulguraban y la pareja describía un círculo, el uno enfrente del otro, a una velocidad que se burlaba del calor que hacía. Daban vueltas rápidamente, rompiendo el paso y descargando reveses con un arte digno de verse. Los dos tenían una constitución semejante, fuertes los dos, el uno a la medida del otro. Adán contaba los golpes en voz baja, casi inconscientemente, y apretaba los puños de emoción, con las notas y las cartas olvidadas en el asiento de atrás.

Bruto tocó coraza tres veces en rápida sucesión. Aulo dejaba que los ataques traspasaran su defensa para contraatacar inmediatamente y sólo el juego de pies libró a Bruto después de cada estruendo metálico. Ambos sudaban a mares y tenían el pelo negro empapado. Se separaron para hacer una tensa pausa. Julio oyó la voz de Bruto en la arena. En el palco nadie logró entender las palabras, pero él sabía que eran pullas para irritar a Aulo.

Aulo se rió, sin embargo, y volvieron a enzarzarse, guardando una distancia tan corta que daba miedo, en un revuelo de espadas fulgurantes, de empuñaduras y hojas

que golpeaban y resbalaban a tal velocidad que Adán perdió la cuenta de los golpes. El joven hispánico admiraba el nivel de destreza de los contrincantes con la boca abierta de asombro, y todo el público permanecía en silencio. En medio de tan gran tensión, muchos contenían el aliento en espera de ver aparecer la primera sangre en uno de los dos.

—¡Ya está! —gritó Servilia al ver la raya que acababa de aparecer en el muslo de Aulo—. ¿Lo veis? ¡Mirad! —Señalaba como loca, al tiempo que el entrecuchar de espadas alcanzaba una intensidad obsesiva en la arena. Lo cierto era que Aulo ignoraba que había sido herido, y Bruto, lo supiera o no, no podía deshacerse del apretado lazo sin arriesgarse a recibir una estocada fatal. Seguían unidos, manteniendo el ritmo, salpicándolo todo de sudor.

A una señal de Julio, las trompas dieron una nota de aviso que resonó en la arena. Era peligroso interrumpir así la concentración de los contendientes, pero los dos retrocedieron inmediatamente resollando con fuerza. Aulo se llevó una mano al muslo y la levantó, teñida de rojo, enseñándosela a Bruto. Ninguno de los dos era capaz de hablar. Bruto se apoyaba en las rodillas con todas sus fuerzas, aspirando a grandes bocanadas y procurando calmar los latidos del corazón, que parecía martillarle en todas las partes del cuerpo. Escupió un salivazo vigorosamente y tuvo que volver a escupir para arrancar el largo hilillo que llegaba hasta el suelo. A medida que los dos se tranquilizaban, empezaron a oír los gritos y aclamaciones del público, y se dieron un breve abrazo antes de saludar levantando la espada.

Servilia, abrazada a sí misma, se reía a carcajadas, exultante de emoción.

—Entonces ¿ha pasado a los cuatro últimos? ¡Mi hijo querido! Es asombroso, ¿verdad?

—Ahora tendrá ocasión de ganar para mayor gloria de Roma—replicó Pompeyo mirando a Julio con amargura. —Dos romanos en las dos últimas parejas. Sólo los dioses saben de dónde proceden los otros dos. Ese Salomin es oscuro como un pozo, y el otro, el de los ojos rasgados, ¿quién sabe? Esperemos que sea suficiente para que un romano se lleve esa espada tuya, Julio. Sería una lástima que al final se la llevara un pagano.

Julio se encogió de hombros.

—Está en manos de los dioses.

Esperaba que el cónsul le pagara la apuesta que habían hecho entre ellos; Pompeyo le leyó el pensamiento y frunció el ceño.

—Un hombre te lo traerá, Julio. No hace falta que te quedes ahí como una gallina clueca.

Julio asintió al instante. A pesar de la cordialidad aparente, todo fragmento de conversación en el palco era como un duelo incruento en el que cada cual buscaba la ventaja. Tenía ganas de que acabaran los encuentros de la velada, aunque sólo fuera

por no tener que soportarlo más.

—Naturalmente, cónsul. Estaré en la casa de Esquilino hasta el último combate de hoy.

Pompeyo frunció el ceño. No esperaba tener que pagar semejante suma tan rápidamente, pero ahora los ocupantes del palco los observaban, y a Craso le asomaba una sonrisita perversa en los labios. Pompeyo hervía en su fuero interno. Tendría que recoger todas las ganancias para pagarle, todo lo conseguido en el día se le iría de las manos. Sólo Craso dispondría inmediatamente de semejante cantidad. Sin duda el buitre estaría pensando con suficiencia en la única moneda que había ganado con Bruto.

—Excelente —dijo sin comprometerse a nada definitivo. A pesar de las ganancias, no tendría suficiente, pero antes vería arder Roma que pedir otro préstamo a Craso—. Hasta entonces, señores. Servilia —añadió con una tensa sonrisa. Hizo una seña a sus guardias y salió del palco con la espalda rígida.

Julio esperó a que se hubiera marchado para sonreír con ganas. ¡Cinco mil en una sola apuesta! Había recuperado solvencia para la campaña.

—Amo esta ciudad —dijo en voz alta.

Suetonio se levantó con su padre dispuesto a marchar; y aunque por pura cortesía tuvo que dar las gracias al pasar, no había alegría en su expresión. Bíbilo se levantó con ellos mirando a su amigo con nerviosismo, también dio las gracias en un murmullo y se fue detrás de ellos.

Servilia se quedó; sus ojos reflejaban una emoción semejante a la que veía en Julio. La multitud salía en grandes caravanas en busca de comida, y los soldados de la Décima eran perfectamente visibles cuando ella lo besó ávidamente.

—Si dices a tus hombres que coloquen bien el toldo y que se retiren, tendríamos intimidad para hacer travesuras como niños.

—Eres muy vieja para hacer travesuras, mi bella amada —replicó Julio abriendo los brazos para abrazarla.

Pero ella se tensó y se ruborizó de rabia. Cuando habló, le salían chispas por los ojos, y a Julio lo consternó el rápido cambio de humor.

—En tal caso, será en otro momento —lo cortó, y pasó de largo.

—¡Servilia! —la llamó, pero ella continuó su camino y se quedó solo en el palco vacío, enfadado consigo mismo por el desliz.

XVII

Julio paseaba por el palco en el frescor de la tarde esperando a que Servilia volviera. Los hombres de Pompeyo habían llegado con un arca de monedas cuando se disponía a marchar para asistir a los últimos combates, y tuvo que retrasarse mientras reunía a soldados suficientes para guardar semejante fortuna. Aunque confiara en ellos, le preocupaba mostrar abiertamente tanta riqueza.

Todos los demás habían vuelto mucho antes que él, y Pompeyo sonrió con amargura al ver la cara de preocupación con que llegó corriendo por las escaleras para ocupar su asiento. ¿Dónde estaba Servilia? No había ido a reunirse con él en la casa de la campaña, pero seguro que no querría perderse los últimos combates de su hijo. No podía quedarse sentado un momento y paseaba nervioso de un extremo a otro.

La luz parpadeante de las antorchas iluminaba el redondel de arena, y el atardecer había traído una brisa suave que mitigaba el calor abrasador del día. Los asientos estaban llenos al completo de ciudadanos y el senado había acudido en pleno. En la ciudad no se trabajaría más hasta que el torneo concluyera y la tensión parecía haberse extendido hasta las calles más insignificantes. El pueblo se había congregado en una turba amorfa en el Campo de Marte, como volvería a suceder en las próximas elecciones.

La llegada de Servilia coincidió con el primer toque de las trompas, que llamaban a los cuatro últimos combatientes a la arena. Julio la miró inquisitivamente cuando todos se sentaron, pero ella evitó la mirada y adoptó la actitud más fría que le había visto hasta entonces.

—Lo siento —musitó agachando la cabeza hacia ella.

Servilia no dio señales de haber oído y Julio, irritado, volvió a su posición anterior. Se juró que no volvería a intentarlo.

La multitud aclamaba a los favoritos, y los esclavos de las apuestas se acercaron. Julio advirtió que Pompeyo no les prestaba atención y se alegró perversamente de su cambio de actitud. Miró a Servilia por ver si ella lo había captado y olvidó la decisión anterior al ver la expresión gélida con que ella lo miró. Se inclinó de nuevo para hablarle.

—¿Tan poco significa para ti? —murmuró, pero en voz tan alta que Bíbilo y Adán se sobresaltaron, aunque fingieron que no habían oído nada. Servilia no contestó; Julio apretó las mandíbulas de rabia y fijó la mirada en la arena oscura.

Los últimos participantes salieron lentamente, a la luz de las antorchas. La multitud se puso en pie gritando enfebrecida, veinte mil voces fundidas en una sola. Bruto iba al lado de Domitio, intentando hacerse oír por encima del griterío. Salomín salió detrás y el último luchador apareció trotando, casi inadvertido para el público.

Por algún motivo el estilo y las victorias de Sung no habían conquistado la imaginación del pueblo. El hombre no exteriorizaba emoción alguna y saludó mecánicamente. Era más alto y fornido que Salomin, y su rostro aplastado y la cabeza completamente rasurada le conferían un aire imponente, cerrando el desfile, casi como si los acechara. Sung llevaba la espada más larga de los últimos cuatro. Sin duda eso era una ventaja, aunque cualquiera de los competidores habría podido escoger un arma de las mismas dimensiones si lo hubiera querido. Julio sabía que Bruto lo había pensado, porque además tenía cierta experiencia con la *spatha*, pero al final se había impuesto el mayor conocimiento que tenía del *gladius*.

Julio observaba atentamente a los cuatro luchadores buscando puntos de rigidez y puntos fuertes. Le pareció que Salomin sufría por algo, caminaba con la cabeza hundida en el pecho. Todos tenían hematomas y el cansancio acumulado de las jornadas anteriores. Hasta cierto punto el vencedor absoluto no dependía de la pericia, sino de la resistencia. No sabía cómo se formarían las parejas, y esperaba que Bruto luchase contra Domitio de forma que un romano pasara a la final por fuerza. El instinto político le decía que el público perdería interés si el último encuentro se celebraba entre Salomin y Sung. Sería un aperitivo de mal sabor para la semana, y el corazón le dio un vuelco cuando oyó la formación de las parejas: Bruto lucharía contra Salomin, y Domitio contra Sung. Las apuestas empezaron a subir otra vez y todo el mundo gritaba y se reía con nerviosismo. La tensión dominaba el ambiente y Julio empezó a sudar otra vez por las axilas a pesar de la brisa que refrescaba la arena.

Los cuatro luchadores estaban pendientes del hombre que lanzaba una moneda al aire. Sung aceptó el resultado con un gesto de asentimiento y Domitio le hizo un comentario aparte que nadie pudo oír. Existía entre los cuatro un respeto profesional que se apreciaba claramente en todos los movimientos. Se habían visto ganar unos a otros todos los combates, y no se hacían ilusiones respecto a la dificultad del que se aproximaba.

Bruto despejó la arena, junto con Salomin, deseando valor a Domitio por encima del hombro. Advirtió la rigidez de movimientos de Salomin, novedad que no había percibido hasta entonces, y se preguntó si se habría hecho daño en algún músculo. Un detalle tan insignificante podía marcar la diferencia entre llegar al último combate y marcharse con las manos vacías. Lo observó detenidamente y se preguntó si no estaría fingiendo para engañarlo. No le sorprendería. A esa altura de la competición todos estaban dispuestos a intentar cualquier cosa por conseguir la menor ventaja.

La multitud se quedó en silencio con tanta rapidez que a algunos se les escapaba una risa nerviosa. La trompas esperaban atentas en su lugar, mirando a Julio, que permanecía quieto en su sitio.

Julio aguardó con paciencia a que Domitio hiciera sus ejercicios de estiramiento.

Sung, sin prestar la menor atención al romano contra el que había de luchar; miraba fijamente a la multitud, hasta que alguno lo captó y empezó a mirarlo a él fijamente y a señalarlo con el dedo. Todo formaba parte de la emoción de la última velada, y Julio vio que cientos de niños pequeños acompañaban a sus padres, entusiasmados porque no los habían mandado a la cama el último día.

Domitio terminó sus lentos movimientos con un salto sobre la pierna derecha, y Julio vio la sonrisa que se le escapaba al comprobar que ya no le dolía; dio gracias a los dioses por tener a Cabera a su lado, aunque se sentía culpable por habérselo pedido. El anciano sanador se había desplomado en el suelo después de practicar la curación, y se había quedado más ceniciento y con peor aspecto que nunca. Una vez concluido todo, Julio se juró que le concedería cualquier cosa que le pidiera. No se atrevía a pensar seriamente en quedarse sin él, pero ¿quién conocía de verdad a Cabera?

Julio bajó la mano y los cuernos sonaron. Desde el primer momento se vio claramente que Sung quería aprovechar la ventaja de la mayor longitud de su hoja. Comprendió que debía de tener las muñecas de hierro para sujetarla tan lejos del cuerpo y aun así controlar el peso de la de Domitio. Sin embargo, sus fuertes piernas parecían enraizadas en la arena mientras la larga hoja de plata mantenía alejado a Domitio, que hacía fintas y golpeaba. Cada uno conocía el estilo del otro casi tan bien como el suyo propio después de tanta observación, y el resultado quedaba en tablas. Domitio no se atrevía a entrar en el campo de acción de hoja de Sung, pero cuando se veía obligado, no dejaba un hueco en su defensa.

Renio golpeó la barandilla con el puño al ver un mandoble bien dado y empezó a proferir alaridos cuando Domitio obligó a Sung a echarse hacia atrás un momento, rompiéndole el equilibrio. La larga hoja restalló a su lado como un látigo, pero el romano se agachó y contraatacó como un dardo. La embestida fue perfecta, pero Sung se desplazó ágilmente a un lado y el arma pasó resbalando sobre su pecho acorazado; entonces llevó la empuñadura hasta la mejilla de Domitio.

Fue un golpe de refilón, pero gran parte del público se estremeció al verlo. Julio sacudió la cabeza, asombrado por el nivel de dominio, aunque para un neófito pudiera resultar un combate poco limpio. No se produjo ninguno de los ataques y contraataques perfectos que habían visto cuando hombres bien preparados se enfrentaban a novatos en las primeras rondas. Aquí cada ataque repentino y cada contraataque quedaban abortados casi al mismo tiempo en que iniciaban, y el resultado era un revoloteo de golpes feos que no derramaban una sola gota de sangre.

Domitio se separó primero. Tenía el pómulo hinchado por el golpe del mango y se llevó la mano a la magulladura. Sung esperaba pacientemente, con la hoja lista, mientras Domitio le enseñaba la palma sin sangre. La piel no se había abierto, y volvieron a saltar el uno sobre el otro con mayor ferocidad.

Sólo los fuertes latidos del pulso advirtieron a Julio que estaba conteniendo la respiración. No podrían mantener ese ritmo mucho tiempo, estaba seguro, y esperaba que en cualquier momento uno de los dos cortara al otro.

Volvieron a separarse y a dar vueltas casi corriendo, imponiéndose un ritmo y rompiéndolo tan pronto como el contrincante lo entendía. Por dos veces Domitio estuvo a punto de engañar a Sung y obligarlo a dar un paso en falso cambiando de dirección, y la segunda desembocó en un ataque que habría desgajado el brazo a Sung si no lo hubiera repelido, con lo que recibió el impacto en la armadura.

El agotamiento de los días pasados se dejaba notar en ambos, quizá más en Domitio, que jadeaba visiblemente. Julio sabía que el combate que estaba presenciando se libraba tanto en la mente como con la espada, y no podía saber si se trataba de un ardid o si Domitio empezaba a resentirse de verdad. Daba la impresión de que la fuerza le llegara a impulsos, la velocidad de su brazo variaba como si le pesara más.

Tampoco Sung estaba seguro, y dejó pasar dos ocasiones en que podía haber aprovechado la ventaja de una parada retrasada. Incluyó la cabeza a un lado como sopesando y nuevamente alejó al romano con una serie de pases vertiginosos de la punta del arma.

Un revés virulento y veloz estuvo a punto de decidir el combate cuando Domitio golpeó la hoja con la mano y cambió de dirección con tanta rapidez que Sung se tiró al suelo de espalda. Renio gritó de emoción. No eran muchos lo que sabían que aquella caída era deliberada y controlada. No había forma más rápida de evitar un golpe, pero la multitud aullaba como si su favorito hubiera ganado, y se desgañitó al ver que Sung se alejaba de los mandobles de Domitio arrastrándose como un cangrejo hasta que milagrosamente volvió a ponerse en pie.

Quizá fuera la decepción de haber estado tan cerca y no haberlo conseguido, pero Domitio detuvo el contraataque una fracción de segundo más tarde de lo debido y la punta de la espada de Sung lo rozó y le pinchó la carne por debajo del borde inferior de la armadura. Los dos se inmovilizaron al instante, y los espectadores que tenían la vista más aguda gritaron de rabia mientras sus vecinos estiraban el cuello para ver quién había vencido.

Un hilo de sangre bajaba por la pierna de Domitio, y Julio vio que soltaba una sarta de maldiciones antes de recobrar la compostura y volver al puesto de salida. La cara de Sung permanecía inmutable, pero cuando ambos se miraron, él hizo una reverencia por primera vez en todo el torneo. Para el placer de la multitud, Domitio le devolvió el gesto y sonrió abiertamente, a pesar del cansancio, cuando juntos saludaron al público.

Renio se dirigió a Julio con los ojos brillantes.

—Con tu permiso, señor. Sería excelente contar con Domitio para instruir a los

nuevos. Es un luchador que piensa, y con él responderán.

Julio notó que todos los oídos del palco se habían puesto alerta al oír hablar de la nueva legión de andrajosos.

—Si Bruto y él están de acuerdo, te lo mando. Le prometí a los mejores centuriones y *optios* para la tarea. Irá con ellos.

—También necesitamos herreros y curtidores... —prosiguió Renio, pero se contuvo al ver que Julio negaba con un gesto de la cabeza.

Servilia se puso en pie cuando Bruto y Salomin salieron a la arena. Se estremeció inconscientemente al ver a su hijo y apretó fuertemente los puños. El redondel le parecía imponente a la luz de las antorchas.

Julio quería tocarla, pero controló su impulso, consciente de todos sus movimientos, junto a su hombro. Olía su fragancia en el aire de la noche y le atormentaba. La rabia y la confusión casi le estropearon el momento, cuando marcó con su anillo una apuesta de cinco mil monedas de oro por Bruto. La expresión de Pompeyo era una delicia, y eso le animó un poco, a pesar de la rigidez de Servilia. También Adán puso cara de horror y Julio le guiñó un ojo. Habían repasado juntos las reservas y no había confusión posible, el oro hispánico estaba en las últimas. Si perdía los cinco mil, tendrían que pedir créditos hasta que la campaña terminara. Julio prefirió no decir nada al joven hispánico sobre la perla negra que había cogido para Servilia. Notó el peso en una bolsita que llevaba colgada al cuello, y le satisfacía tanto que quería entregársela a pesar de la actitud hostil que le mostraba. El precio le hizo encogerse un poco al pensar en el armamento y los repuestos que podría comprar con ella. Sesenta mil monedas de oro. Estaba loco. En verdad era un dispendio extravagante. El mercader le había jurado por la sangre de su madre que guardaría el secreto de la suma, lo cual significaba que al menos pasarían unos días antes de que la cuantiosísima venta se comentara en todas las tabernas y prostíbulos de Roma. Volvió a notar el peso de la joya, que le tiraba de la toga, y de vez en cuando, casi sin darse cuenta, la tocaba y repasaba la curva por encima de la tela.

También Salomin había visto todos los combates de Bruto, incluido el que había terminado con un hombre inconsciente en la arena al que había arrancado la primera sangre con un arañazo casi despectivo en la pierna. Aunque hubiera estado en su mejor forma, habría preferido enfrentarse a Domitio o al chino perezoso llamado Sung. Había visto pelear al joven romano sin la menor pausa para pensar en la táctica, como si cuerpo y músculos estuvieran acostumbrados a actuar sin dirección consciente. Al enfrentarse a él en la arena, Salomin tenía la garganta seca y procuró concentrarse. Se desesperó al soltar los músculos de los hombros y notar de nuevo todas las heridas y magulladuras de la espalda. Le caía el sudor por la frente mientras esperaba el sonido de los cuernos.

Esa tarde unos soldados habían ido a buscarlo mientras comía y descansaba en

una habitación modesta, cerca de la muralla exterior de la ciudad. No sabía por qué lo habían sacado a rastras a la calle y, sujetándolo, lo habían molido a palos. Después se curó los cortes con grasa de oca y procuró mantenerse en movimiento, pero si había tenido alguna posibilidad de ganar, la había perdido irremediablemente, y sólo el orgullo lo mantenía allí, en su lugar. Musitó una breve oración en la lengua de su pueblo y se serenó.

Cuando sonaron las trompas, reaccionó instintivamente con un desplazamiento lateral. La espalda se le desgarraba dolorosamente y los ojos se le llenaron de lágrimas, que arrancaron estrellas de luz a las antorchas. Levantó la espada a ciegas, y Bruto la esquivó. Salomin gritó de dolor y rabia por los pinchazos que le daban los músculos. Intentó encajar otro golpe, pero erró limpiamente. El sudor le caía de la cara en gruesas gotas mientras procuraba darse ánimos para continuar.

Bruto retrocedió con el ceño fruncido, sin comprender. Señaló el brazo de Salomin. El hombre no se atrevió a mirar inmediatamente, pero cuando notó el escozor, miró al instante el corte superficial de la piel y asintió con resignación.

—No es el peor que me han hecho hoy, amigo mío. Espero que no tengas nada que ver con los otros —le dijo Salomin en voz baja.

Bruto alzó la espada hacia el público inexpresivamente; de pronto comprendió el agarrotamiento de su contrincante, habitualmente tan ágil, y su rostro se encendió de horror.

—¿Quién ha sido?

Salomin se encogió de hombros.

—¿Y quién distingue a un romano de otro? Eran soldados. El mal ya está hecho.

Bruto palideció de rabia y clavó una mirada sospechosa a Julio, que estaba vitoreándolo. Avanzó por la arena sordo a las aclamaciones del público, que repetía su nombre.

Durante el descanso de dos horas antes del último combate, rastrillaron la arena y la limpiaron mientras muchos ciudadanos salían a comer y a lavarse hablando acaloradamente. El palco se vació enseguida y Julio vio que el senador Prando abandonaba su sitio antes que su hijo, el cual se unió a la multitud con Bíbilo sin prestar atención a su padre al rebasarlo.

Julio supo que Bruto se acercaba por los vítores de la gente que pasaba cerca del palco y que al reconocerlo lo aclamaba con entusiasmo. Aunque temblaba de emoción, Bruto mantuvo el sentido común suficiente para envainar la espada antes de acercarse más a los guardias que rodeaban el palco. El deber los habría obligado a detenerlo con independencia de su nueva categoría.

Julio y Servilia se acercaron a él enseguida, pero la felicitación se le murió a Julio en la garganta al ver la expresión de su amigo. Estaba blanco de ira.

—¿Tú mandaste dar una paliza a Salomin? —le espetó tan pronto como pudo—.

Apenas se tenía en pie. ¿Fuiste tú?

—Yo... —empezó Julio, desbordado. Lo interrumpió un súbito toque de atención de los soldados de Pompeyo al abrirse la cortina para que el cónsul saliese.

Temblando de emoción contenida, Bruto saludó y se mantuvo firme rígidamente mientras Pompeyo lo miraba de arriba abajo.

—Yo di la orden. Si a ti te ha sido de provecho o no, no me incumbe. Un extranjero que no saluda no puede esperar mejor trato, y lo merece aún peor. Si no se hubiera clasificado entre los cuatro últimos, a estas horas estaría meciéndose con la brisa.

Todos lo miraban asombrados, y él les mantenía la mirada sin inmutarse.

—Hasta los extranjeros deben aprender lo que es el respeto, creo yo. Ahora, Bruto, ve a descansar para la final.

Despedido de esa forma, lo único que pudo hacer fue lanzar una mirada de disculpa a su amigo y a su madre.

—Quizá hubiera sido mejor esperar a que el torneo concluyera —dijo Julio cuando Bruto se hubo ido. El matiz de la mirada de reptil de Pompeyo lo obligó a escoger con cuidado las palabras. La arrogancia del cónsul era muy superior a lo que creía.

—O mejor quizá olvidarlo todo —replicó Pompeyo—. Un cónsul es Roma, César. Nadie se puede burlar de él ni se lo puede tratar con ligereza. Es posible que con el tiempo lo entiendas si los ciudadanos te dan ocasión de llegar a donde hoy estoy yo.

Julio abrió la boca para preguntarle si había apostado por Bruto, y la cerró justo a tiempo para no destruirse a sí mismo. Se acordó de que Pompeyo no había apostado: su retorcido sentido del honor le había prohibido aprovecharse del castigo que había impuesto.

Harto y enfermo de todo ello de pronto, Julio asintió como si estuviera de acuerdo y se quedó sujetando la cortina abierta para que Servilia y Pompeyo pasaran. Ella ni siquiera lo miró, él suspiró con amargura y los siguió. Sabía que ella esperaba que acudiera a verla en privado, y aunque le daba rabia, no tenía opción. Se llevó la mano a la perla sin querer y la tocó pensativamente.

Jadeando todavía por la carrera, Julio tomó una gran bocanada de aire antes de llamar a la puerta. El tabernero le confirmó que Servilia había vuelto a sus habitaciones. Se oía el chapoteo del agua en el interior, ella se estaba bañando antes del último combate. A pesar de la agitación, no pudo evitar el primer estremecimiento sedoso de la excitación sexual cuando oyó pasos que se acercaban, pero la voz que respondió era la de la esclava que se ocupaba de los baños de los clientes.

—Julio —respondió a la pregunta.

Quizá si hubiera añadido sus títulos, la muchacha se hubiera dado más prisa, pero

el corto pasillo tenía oídos, y dirigirse así a una puerta cerrada como un niño enamorado le daba una sensación de ridículo. Al menos la taberna estaba suficientemente cerca de las murallas como para permitirle volver a tiempo. El caballo estaba comiendo heno en el pequeño establo y sólo necesitaba un minuto para dar la perla a Servilia, recibir sus cariñosos abrazos y volver al galope al Campo de Marte con ella para presenciar el último combate a medianoche.

La esclava abrió la puerta por fin y se inclinó ante él. Julio le sorprendió una mirada traviesa cuando lo adelantó pegada a la pared del pasillo, pero se olvidó de ella en cuanto la puerta se cerró.

Servilia llevaba un sencillo vestido blanco y el cabello recogido en la nuca. Se preguntó cómo habría tenido tiempo de aplicarse pintura y aceites en la cara, pero avanzó hacia ella rápidamente.

—No me importan los años que nos separan. ¿Acaso me importaba en Hispania? —le preguntó.

Pero antes de que llegara a tocarla, Servilia levantó una mano con la espalda erguida como una reina.

—No entiendes nada, Julio, ésa es la simple verdad.

Intentó replicar, pero ella continuó hablando alto, con los ojos encendidos.

—En Hispania sabía que era imposible, pero allí todo era diferente. No puedo explicarte... Roma quedaba tan lejos que sólo importábamos tú y yo. Pero aquí me pesan los años, las décadas, Julio. Entre tú y yo hay décadas. Ayer cumplí cuarenta y tres años. Cuando tú llegues a los cuarenta, seré una anciana de cabello blanco. Ya tengo cabellos blancos ahora, pero me los tiño con los mejores tintes egipcios. Déjame, Julio. No podemos pasar más tiempo juntos.

—¡No me importa, Servilia! —exclamó Julio—. Todavía eres bella...

Servilia se rió de una forma desagradable.

—¿Todavía soy bella, Julio? Sí, es una maravilla que haya logrado mantenerme así, aunque no tienes idea del trabajo que supone presentarme al mundo con el cutis terso. —Los ojos se le arrugaron un momento, se esforzaba por contener las lágrimas. Cuando volvió a hablar, su voz se impregnó de cansancio infinito—: No permitiré que me veas envejecer, Julio. A ti no. Vuelve con tus amigos antes de que llame a la guardia de la taberna para que te eche. Déjame, tengo que acabar de vestirme.

Julio abrió la mano y le enseñó la perla. Sabía que era una equivocación, pero llevaba pensando en ese gesto desde que salió del Campo de Marte, y ahora era como si el brazo se le moviera por sí solo. Servilia sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Crees que tendría que arrojarme en tus brazos ahora, Julio? ¿Qué debería llorar y decirte que siento haber pensado alguna vez que eras un chiquillo?

Le arrebató la perla de la mano con un gesto brusco y rabioso y se la arrojó; le dio en la frente y Julio se encogió. Oyó rodar la perla por algún rincón de la estancia con

la impresión de que rodaba eternamente.

—Ahora —dijo ella hablando lentamente—, sal de aquí.

Cuando la puerta se cerró, Servilia se frotó los ojos con rabia y empezó a buscar la perla por los rincones. Cuando la encontró, la acercó a la luz de la lámpara y por un momento su expresión se enterneció. A pesar de lo bonita que era, le pareció fría y dura en la mano, como quería ser ella.

Acarició la perla con las yemas de sus largos dedos pensando en él. Todavía no había cumplido los treinta, y aunque no parecía reparar en ello, querría tener una esposa que le diera hijos. Unas lágrimas le asomaron a las pestañas al pensar en su vientre seco. Hacía tres meses que no sangraba, y no había señales de vida en el seno. Se había atrevido a pensar un momento en un hijo, pero cuando volvió a faltarle el período, supo que ya habían terminado los últimos años de juventud. No tendría un hijo de ella, y era mejor despedirlo antes de que empezara a pensar en los hijos que no podría darle. Mejor así que esperar a que la repudiase. A él le bastaba con aplicar su fuerza fácil y certeramente, pero jamás entendería su temor. Respiró hondo para calmarse. Julio se repondría, los jóvenes siempre se reponían.

Cuando Bruto y Sung salieron a medianoche, se habían rellenado de aceite los tederos, y el rueda brillaba en la oscuridad del Campo de Marte. Los esclavos de las apuestas habían sido retirados discretamente y no se admitía más dinero. Muchos ciudadanos se habían pasado la tarde bebiendo, preparándose para el momento culminante, y Julio había mandado a los corredores a buscar refuerzos de la Décima por si estallaban disturbios al final. A pesar de la fatiga que se había apoderado de su ánimo, sintió orgullo cuando vio a Bruto alzar una espada de Cavallo por última vez. Ese gesto tenía un matiz personal, doloroso, para todos los que lo entendieron, pero Julio lo aceptó y asintió.

Sin pensarlo, fue a tomar el brazo a Servilia, pero desistió. Estaba casi seguro de que si Bruto ganaba, su humor mejoraría.

Había salido la luna, un cuarto creciente de plata colgado sobre el redondel de antorchas. Aunque era tarde, las noticias de los finalistas habían llegado a toda Roma, y la ciudad entera estaba despierta a la espera del resultado final. Si ganaba Bruto, se haría famoso, y de pronto se le ocurrió la irónica idea de que si su amigo se presentara al puesto de cónsul, casi seguro que ganaría las elecciones.

Cuando las trompas dieron la señal, Sung atacó sin previo aviso, buscando una victoria instantánea. Su espada se veía borrosa, fustigando a Bruto a la altura de las piernas; el joven romano la apartó con un sonido de metal contra metal. No contraatacó y Sung perdió el equilibrio un momento. Las rendijas vivaces de sus ojos permanecieron impasibles; el luchador se encogió de hombros y volvió a moverse cortando una curva en el aire con su larga espada.

Una vez más Bruto apartó la hoja de un golpe y le arrancó un tañido de campana

que resonó en el silencio. El público miraba fascinado el último combate, tan distinto de todos los anteriores.

Julio distinguía el color de la rabia que todavía le moteaba la cara y el cuello y se preguntó si mataría a Sung o Sung lo mataría a él si seguía pensando en el falso duelo contra Salomin.

El combate continuó con una serie de lances y choques, pero Bruto no se había movido de su marca. Donde la hoja de Sung podía alcanzarlo, la bloqueaba con una estocada corta del *gladius*. Donde el golpe era una finta, Bruto no respondía aunque el metal le pasara tan cerca que oyerá silbar el aire. Sung respiraba con esfuerzo, la multitud empezó a levantar la voz a cada uno de sus ataques, volvía a guardar silencio cuando caía el golpe y por fin soltaba el aire contenidamente de tal manera que parecía una burla. Pensaban que Bruto le estaba dando una lección sobre Roma.

Mientras miraba Julio comprendió que en realidad Bruto luchaba solamente consigo. Quería ganar casi desesperadamente, pero la vergüenza del trato de que había sido objeto Salomin lo reconcomía y se limitaba a contener a Sung, volviendo una y otra vez sobre el mismo pensamiento. Julio se dijo que estaba contemplando la exhibición de un espadachín perfecto. Era una verdad pasmosa, pero el niño que había conocido se había convertido en un verdadero maestro, superior a Renio o a cualquier otro.

Sung lo sabía; el sudor le escocía en los ojos, pero el romano seguía impávido ante él. Su rostro se llenó de ira y decepción. Había empezado a gruñir con cada golpe y, sin ser consciente de ello, ya no atacaba para hacerle sangrar, sino para matarlo.

Julio no podía soportarlo. Se inclinó sobre la barandilla y gritó a su amigo a pleno pulmón:

—¡Vence, Bruto! ¡Por nosotros! ¡Vence!

El pueblo aulló al oírlo. Bruto dio la vuelta a la hoja de Sung sobre la suya y la atrapó el tiempo suficiente para clavarle el codo con fuerza en la boca. La sangre tiñó visiblemente la piel clara de Sung y el hombre retrocedió aturdido. Julio vio que Bruto alzaba la mano y decía algo a su contrincante, pero Sung hizo un gesto negativo y volvió a atacar.

Entonces Bruto resucitó y fue como ver a un gato dar un brinco de sobresalto. Dejó que la larga hoja le resbalara sobre las costillas para ponerse en guardia y clavó el *gladius* a Sung en el cuello con toda la rabia acumulada. La hoja desapareció bajo la armadura de plata y Bruto se alejó por la arena sin mirar atrás.

Sung lo buscó con la mirada retorciendo la cara. Agarró la espada con la mano izquierda e intentó gritar; pero sus pulmones se habían convertido en cintas de carne dentro del pecho y sólo se oyó un graznido ronco en el silencio sepulcral.

El público empezó a abuchearlo y Julio se avergonzó. De pie pidió silencio a

gritos, y quienes lo oyeron hicieron caso. Después callaron los demás y el pueblo de Roma esperó, en un silencio tenso, a que Sung se desplomara.

Sung escupió con rabia en la arena sin una gota de color en la cara. Su respiración rota se oía incluso desde lejos. Lentamente, con el mayor cuidado, se desabrochó la armadura y la dejó caer. El paño que llevaba debajo se veía negro y empapado a la luz de las antorchas. Sung lo miró asombrado y luego levantó los ojos hacia las filas de romanos que lo observaban.

—Vamos, desgraciado —musitó Renio para sí—. Enséñales a morir.

Con la precisión de la agonía, Sung envainó la larga espada y entonces las piernas no lo sujetaron más y cayó de rodillas. Pero seguía mirando alrededor y Ja difícil respiración era como gritos, cada uno más breve que el anterior: Por fin se desplomó y Ja multitud respiró sin moverse de los asientos, como estatuas de dioses en un juicio.

Pompeyo se frotó la frente y sacudió la cabeza.

—Tienes que felicitar a tu hombre, César. Nunca he visto nada mejor —dijo.

Julio le devolvió una mirada fría. Pompeyo asintió como para sí y llamó a su escolta, que lo acompañaría a las murallas de la ciudad.

XVIII

Bíbilo miraba en silencio a Suetonio, que paseaba por la sala de recibir a las visitas. Dicha estancia estaba decorada al gusto de Bíbilo, como el resto de la casa, y mientras miraba a su amigo se deleitaba en el color sencillo de los *triclinios* y las columnas rematadas en dorado. La limpia austeridad de la decoración siempre ejercía sobre él un efecto calmante, y al entrar en cualquier estancia de la casa, sabía desde el primer momento si alguna cosa estaba fuera de lugar. El mármol negro del suelo estaba tan pulido que cada paso de Suetonio se reflejaba exactamente bajo sus pies como una sombra de color; como si caminara sobre el agua. Estaban solos, habían despedido incluso a los esclavos. Hacía un buen rato que el fuego se había apagado y el ambiente estaba tan frío que la respiración se condensaba en el aire. A Bíbilo le habría gustado pedir vino blanco calentado con hierro candente o algo de comer, pero no se atrevía a interrumpir a su amigo.

Empezó a contar las vueltas de Suetonio, que seguía caminando con los hombros tensos, los puños a la espalda y los nudillos blancos de tanto apretar. Bíbilo no soportaba de buen grado el uso nocturno que se hacía de su casa, pero Suetonio lo dominaba y se creía obligado a escucharlo a pesar del desprecio cada vez mayor que le inspiraba.

La voz dura de Suetonio rompió el silencio sin previo aviso, como si no pudiera contener más la rabia acumulada.

—Te juro que si lo hubiera tenido a tiro, lo habría matado, Bibi. ¡Lo juro, por la cabeza de Júpiter!

—¡No digas eso! —replicó Bíbilo escandalizado. Había palabras que no podían ser pronunciadas en su casa jamás.

Suetonio se detuvo en seco como si lo hubieran amenazado y Bíbilo se encogió en el mullido diván. Suetonio tenía saliva blanca en las comisuras de los labios y Bíbilo se quedó mirándola incapaz de apartar la vista.

—No lo conoces, Bíbilo. No sabes cómo representa el papel de romano noble, como su predecesor; su tío Mario. ¡Cómo si su familia fuera algo más que mercaderes! Halaga a quienes necesita, los hincha al pasar como pavos en celo. ¡Ah, sí, eso sí hay que reconocérselo! Es un maestro encontrando quien lo ame. Y todo lo ha construido sobre mentiras. Lo he visto con mis propios ojos. —Miraba fijamente a su amigo, como esperando que lo contradijera—. Es tan vanidoso que no me puedo creer que sea yo el único que lo ve, pero ahí está, todos creen en él y le llaman el joven león de Roma.

Suetonio escupió en el pulido suelo y Bíbilo se quedó mirando el húmedo grumo de flema con aflicción. Suetonio sonrió y la amargura convirtió la sonrisa en una fea máscara.

—Para ellos es un juego..., me refiero a Pompeyo y Craso. Lo vi claramente cuando volvimos juntos de Grecia. La ciudad estaba empobrecida, los esclavos estaban a punto de comenzar la mayor rebelión de la historia y ellos nombraron tribuno a César. Tendría que haber comprendido entonces que jamás vería cumplirse la justicia. Porque, al fin y al cabo, ¿qué había hecho él para merecerlo? Yo estaba cuando luchamos contra Mitrídates, Bibi. César no tenía un rango superior al mío, aunque actuó como si fuera el jefe. Mitrídates prácticamente nos regaló la victoria, y yo no vi luchar a Julio. ¿Te lo había dicho alguna vez? No lo vi siquiera desenvainar la espada para ayudarnos cuando más corría la sangre.

Bíbilo suspiró. Ya lo había oído todo otras veces, tantas, que había perdido la cuenta. La rabia le había parecido justificada al principio, pero cada vez que volvía a oír la retahíla de agravios, César se parecía más al granuja en que Suetonio quería convertirlo.

—¿Y en Hispania? ¡Ay, Bibi! Sé todo lo sucedido en Hispania. Va allí con las manos vacías y vuelve con oro suficiente para presentarse a cónsul, pero ¿alguien lo detiene? ¿Lo llevan a juicio ante los tribunales? Escribí al hombre que ha dejado allí al mando y le pregunté por las cuentas que ha presentado al senado. Yo les hice el trabajo a esos viejos necios.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Bíbilo dejando de mirarse las manos. Esa parte de la vieja historia era nueva, y le interesaba. Se quedó mirando a Suetonio mientras éste buscaba palabras, y pensó que ojalá no volviera a escupir.

—¡Nada! Le escribí una y otra vez, y por fin el hombre me mandó una nota seca y breve de aviso en la que me decía que no interfiriese en los asuntos del gobierno de Roma. Una amenaza, Bíbilo, una vil amenaza perversa. Entonces comprendí que era servidor de César. Seguro que tiene las manos tan manchadas como su predecesor. Julio sabe cubrirse, pero lo atraparé.

Cansado y hambriento, Bíbilo no pudo resistirse a una pequeña pulla.

—Si lo nombran cónsul, gozará de inmunidad frente a los tribunales, Suetonio, incluso por delitos graves. Entonces será intocable.

Suetonio sonrió y dudó un momento antes de seguir. Recordó el día en que sorprendió a la siniestra compañía de hombres que se dirigía a la casa de César con intención de asesinar a Cornelia y a sus criados. A veces tenía la sensación de que ese recuerdo era lo único que le salvaba de volverse loco. Aquel día los dioses no habían protegido a Julio; lo habían despachado a Hispania por sospechoso de ignominia mientras degollaban a su bella esposa. Suetonio creyó entonces que el rencor que sentía se había aplacado definitivamente. La muerte de Cornelia fue como si se le hubiera reventado un furúnculo y todo el veneno hubiera salido fuera.

Suspiró por la pérdida de esa paz. Julio había abusado de su destino en Hispania, había expoliado la colonia robándole el oro. Tendrían que haberlo apedreado

públicamente, y sin embargo, había vuelto contando mentiras a la sencilla multitud y la había conquistado. Y el torneo había llevado su nombre a todos los rincones de la ciudad.

—¿Acaso puede sorprender que su amigo haya ganado el torneo, Bibi? No, siguen aclamándolo como cabezas huecas, aunque cualquiera con un par de ojos habría visto que Salomin apenas podía acercarse a su marca. Ahí tienes al verdadero César, al que yo conozco, actuando ante miles de personas, y nadie lo ve. ¿Qué fue de su precioso honor entonces? —Empezó a pasearse otra vez, y cada paso resonaba contra la imagen reflejada en el suelo—. No tiene que llegar a cónsul, Bíbilo. Haré lo que tenga que hacer, pero no puede conseguirlo. Tú no eres mi única esperanza, amigo. Aunque logres arrebatarse suficientes votos como para derrotarlo, buscaré otros recursos por si acaso.

—Si te descubren haciendo algo, yo... —empezó Bíbilo.

Suetonio le impuso silencio con un gesto.

—Tú haz tu trabajo, Bíbilo, que yo me encargo del mío. Saluda a las multitudes, acude a los tribunales, haz discursos.

—¿Y si con eso no basta? —preguntó temiendo la respuesta.

—No me decepciones, Bíbilo. Te quedarás hasta el final, a menos que tu retirada pudiera ayudar a mi padre. ¿Es mucho pedir? No es nada.

—Pero ¿y si...?

—Estoy harto de tus objeciones, amigo mío —dijo Suetonio en voz baja—. Si quieres, me voy ahora mismo a ver a Pompeyo y le cuento por qué no eres adecuado para representar a Roma. ¿Quieres, Bibi? ¿Te gustaría que conociera tus secretos?

—No —dijo Bíbilo con un escozor de lágrimas en los ojos. En momentos así, no sentía sino odio por el hombre que tenía delante. En boca de Suetonio todo se convertía en pura sordidez.

Suetonio se acercó y lo tomó de la barbilla.

—Hasta los perros pequeños saben morder, ¿verdad, Bíbilo? ¿Serías capaz de traicionarme? Sí, claro que sí, si te diera la ocasión. Pero tú caerías conmigo, y te harías más daño que yo. Lo sabes, ¿verdad? —Suetonio le pellizcó la mandíbula retorciendo los dedos y Bíbilo se estremeció de dolor—. Eres un auténtico cerdo, Bíbilo. Sin embargo, te necesito, y eso nos une con más fuerza que la amistad, que la sangre. No lo olvides, Bibi. No podrías soportar la tortura, y Pompeyo es famoso por lo concienzudamente que la aplica.

Bíbilo se separó de un tirón y se acarició la cara dolorida con sus blandas manos blancas.

—Llama a tus hermosos niños y diles que enciendan el fuego otra vez. Hace frío aquí —dijo Suetonio con ojos chispeantes.

En el comedor de la sede de campaña Bruto se encontraba en la cabecera de la

mesa, alzando la copa y mirando a sus amigos. Todos se levantaron para rendirle honor y la amargura que sentía por el caso de Salomin se suavizó un poco en su compañía. Julio lo miró a los ojos y Bruto sonrió forzosamente, avergonzado de haber creído por un momento que su amigo era el responsable de la paliza.

—¿Por qué queréis que brindemos? —dijo Bruto.

Alexandria carraspeó y todos la miraron.

—Nos va a hacer falta más de un brindis, pero el primero debería ser por Marco Bruto, la primera espada de Roma.

Los demás sonrieron y repitieron sus palabras. Bruto oyó la voz grave y gruñona de Renio dominando las otras. El viejo gladiador había mantenido con él una larga conversación después de ganar el torneo y, tratándose de él, Bruto lo había escuchado.

Sus miradas se encontraron y Bruto alzó la copa agradeciéndoselo en silencio. Renio le respondió con una sonrisa que le alegró un poco el ánimo.

—Entonces el siguiente será por mi bella orfebre —dijo—, que ama a los buenos espadachines no sólo en un aspecto.

Alexandria se sonrojó porque todos estallaron en carcajadas y Bruto le lanzó una mirada lasciva al escote.

—Estás borracho y eres un libidinoso —replicó ella con los ojos brillantes de alegría.

Julio pidió que se rellenaran las copas.

—Por los que amamos pero no están aquí —dijo en un tono de voz que hizo callar a todos. Cabera yacía en el piso superior, atendido por los mejores médicos de Roma, aunque ninguno sabía la mitad que él. El anciano había curado a Domitio, pero se había desplomado inmediatamente después y su mal estado ensombrecía el ánimo a todos sus amigos.

Brindaron por él y recordaron en silencio a los que habían perdido. Julio pensaba en Cabera, pero también en Servilia, y su mirada se detuvo en la silla vacía puesta para ella. Se frotó la frente al acordarse de dónde le había dado la perla.

—¿Vamos a pasarnos la noche de pie? —preguntó Domitio—. Octavio tendría que estar ya en la cama.

El joven inclinó la copa completamente hasta vaciarla.

—Me prometieron que si me portaba bien, me dejarían acostarme tarde —contestó alegremente.

Julio miró con cariño a su joven pariente mientras se sentaban. Se estaba convirtiendo en un hombre atractivo, aunque sus modales todavía dejaban algo que desear. El mismo Bruto había comentado lo mucho que Octavio frecuentaba la casa de Servilia, donde al parecer era una especie de favorito entre las muchachas. Julio seguía mirando cómo se reía por algo que Renio le había dicho, y deseó que la

confianza extraordinaria que le daba la juventud no le fuera arrancada muy bruscamente. No obstante, si no se ponía a prueba de verdad, todo se quedaría en pura apariencia. Había muchas cosas del pasado que Julio cambiaría con gusto, pero sabía que sin ellas seguiría siendo el niño furioso y orgulloso al que Renio había dado instrucción. Era una idea terrible, pero esperaba que Octavio llegara a experimentar un poco de sufrimiento que lo ayudara al menos a madurar. Él no sabía otra forma de hacerlo; podía olvidarse de los triunfos, pero eran los fracasos los que lo habían formado en realidad. El banquete llegó en las fuentes de plata que había traído de Hispania. Todos estaban hambrientos y durante un buen rato nadie interrumpió con palabras el suave sonido de la masticación.

Bruto se reclinó un poco en la silla y eructó tapándose la boca con la mano.

—Entonces, ¿vas a ser cónsul, Julio? —preguntó.

—Si reunimos votos suficientes —contestó Julio.

—Alexandria te está haciendo un broche de cónsul para el manto. Es muy bonito —añadió Bruto.

Alexandria apoyó la cabeza en una mano.

—Era una sorpresa, Bruto, ¿no te acordabas? Te dije que era una sorpresa. ¿Qué entendiste exactamente, eh?

Bruto le tomó la mano y se la apretó.

—Lo siento. Pero es muy bonito, Julio, de verdad.

—Espero que llegue el momento de ponérmelo. Gracias, Alexandria —contestó Julio—. Me gustaría estar tan seguro de la victoria como Bruto.

—¿Y por qué no habrías de estarlo? Perdiste un caso en el foro que nadie habría podido ganar y ganaste tres que tendrías que haber perdido. Tus clientes salen todas las noches a hablar de ti y los informes son buenos.

Julio asintió pensando en las deudas que había contraído para conseguirlo. El oro que había ganado a Pompeyo se había agotado y todavía quedaban unos pocos días de campaña. A pesar de la fama de extravagante que se había hecho, lamentaba los gastos más elevados, sobre todo la perla. Aunque lo peor era la familiaridad con que lo trataban los prestamistas a medida que las deudas aumentaban, como si él fuera de su propiedad; tenía muchas ganas de que llegara el día en que quedase libre de sus garras.

Sonrojado por efecto del vino, Bruto volvió a ponerse en pie.

—Tenemos otra cosa por la que brindar —dijo—. Por la victoria, por la victoria con honor.

Se pusieron todos de pie y levantaron la copa. A Julio le habría gustado que sus padres lo hubieran visto.

XIX

La muchedumbre que había acudido a votar fuera de la ciudad observaba una actitud solemne. Julio miraba con orgullo cómo se dividían en grupos electorales de cien y llevaban las tablillas de cera a los *diribitores*, que las guardaban en cestas para su posterior escrutinio. La ciudad asomaba en el horizonte y, hacia el oeste, la divisa del monte Janículo ondeaba a lo lejos indicando que la ciudad estaba a salvo, cerrada, mientras se procedía a la votación.

La noche anterior había sido imposible conciliar el sueño, y cuando los augures se dispusieron a salir a consagrar el terreno, Julio se presentó con ellos en las puertas, nervioso y curiosamente eufórico, a verlos preparar los cuchillos y conducir a un gran buey blanco al exterior de la ciudad. La res sin vida yacía cerca de donde se encontraba él intentando valorar en silencio la actitud de la multitud. Muchos asentían y le sonreían al depositar el voto en las cestas de mimbre, pero eso no le alegraba. Sólo contarían los votos de las centurias y, como las clases ricas eran las primeras en votar, Prando ya se había asegurado siete, contra las cuatro de Bíbilo. Ni una sola de las once primeras centurias había votado a su favor, y empezó a sudar por las axilas, bajo la toga, a medida que el calor del día aumentaba.

Sabía desde el principio que los votos de los hombres libres más ricos serían los más difíciles de ganar, pero ver directamente cómo los perdía uno a uno era una experiencia amarga. Los cónsules y los candidatos se alineaban a su lado formando un grupo circunspecto, pero Pompeyo no podía ocultar lo divertido que le parecía todo y charlaba con un esclavo por encima del hombro, tendiéndole la copa para que le sirviera un refresco.

Julio procuraba mantener una expresión agradable por todos los medios. A pesar de haberse preparado tanto, los primeros votos podían influir en los siguientes, y el resultado podría ser una victoria aplastante que lo dejara completamente fuera de juego. Por primera vez desde que volviera a Roma se preguntó qué haría si perdía.

Si se quedaba en la ciudad gobernada por Bíbilo y Prando, sería su final, estaba seguro. Pompeyo encontraría la forma de destruirlo si no lo hacía Suetonio. Sólo para sobrevivir un año se vería obligado a suplicar un destino en cualquier agujero sombrío del último escalafón de la influencia romana. Sacudió la cabeza inconscientemente a medida que el pensamiento repasaba posibilidades cada vez peores y se anunciaban los votos en voz alta. Los partidarios de Prando y Bíbilo celebraban cada éxito y Julio los felicitaba con una sonrisa forzada, que le sabía más ácida que otra cosa.

Se dijo que nada podía hacer y así se procuró un momento de calma. Los hombres de Roma preparaban su voto en pequeños cubículos de madera y entregaban la tableta a los *diribitores* boca abajo, ocultando las marcas que habían hecho. En esa fase no

podía existir la coacción, y los sobornos y los juegos se reducían a nada allí, cuando cada ciudadano marcaba a solas en la tablilla los dos nombres de su preferencia. No obstante, la multitud que aguardaba oía el resultado tan pronto como el voto se entregaba públicamente. En muchas elecciones tan pronto como se alcanzaba la mayoría se ordenaba a los más pobres que volvieran a Roma, pues su voto ya no era necesario. Rogó que no fuera el caso en esa jornada.

—César —anunció el magistrado, y Julio levantó la cabeza bruscamente para oír mejor. Era el final de la clase superior, y había arañado un voto de la cola. Ahora les tocaba a los que tenían menos propiedades y riqueza. Aunque sonreía, estaba inquieto y no quería que se le notara. La mayor parte de sus votantes pertenecía a las clases más pobres, pues veían en él a un hombre que se había abierto camino hasta allí a costa de su propio esfuerzo; con todo, si no sacaba más votos entre los ricos, su pueblo no tendría ocasión siquiera de señalar su nombre en la tablilla.

Los resultados de la segunda clase fueron más igualados, y Julio se irguió un poco más al ver que su recuento aumentaba como los demás. Prando tenía diecisiete, contra los catorce de Bíbilo; cinco centurias más habían votado a favor de Julio, y sus esperanzas se fortalecieron. Vio que no era el único que sufría. El padre de Suetonio se había puesto pálido a causa de la extraordinaria tensión, y Julio supuso que desearía sentarse tanto como él. Bíbilo también estaba nervioso y sus miradas iban a parar a Suetonio intermitentemente, como pidiendo clemencia.

Durante la hora siguiente el primer lugar cambió tres veces; el padre de Suetonio ocupaba el tercer lugar; y seguía en descenso. Julio vio que Suetonio se acercaba a Bíbilo. El rollizo romano se separó encogido, pero Suetonio lo agarró por el brazo y le habló severamente al oído. Estaba tan enfadado que todos oyeron lo que decía, y Bíbilo se puso como la grana.

—Retírate, Bibi. ¡Tienes que retirarte ahora! —le dijo en tono amenazador pasando por alto la mirada de Pompeyo.

Bíbilo asintió con nerviosismo, espasmódicamente, pero Pompeyo le puso la enorme mano en el hombro como si Suetonio no estuviera presente, y éste tuvo que retirarse rápidamente por no tocar al cónsul.

—Espero que no estés pensando en retirarte de las listas; Bíbilo —le dijo Pompeyo.

Bíbilo hizo un sonido que habría podido tomarse por respuesta, pero Pompeyo insistió.

—Has causado sensación entre las primeras clases, y es posible que mejores antes de que termine la votación. Quédate hasta el final, porque nunca se sabe. Aunque no ganes, siempre hay un lugar en el senado para las familias más antiguas.

Bíbilo compuso una sonrisa distorsionada, Pompeyo le dio unas palmadas en el brazo y lo soltó. Suetonio se alejó y se quedó observando fríamente mientras Bíbilo

se llevaba tres votos más.

A mediodía los vinateros vendían su mercancía entre el gentío y cada resultado era acogido con aclamaciones. Julio se sentía suficientemente relajado como para tomar una copa, pero no pudo probarla. Bíbilo y él intercambiaron algunas frases vanas, pero el senador Prando se mantenía distante y se limitó a asentir con rigidez cuando Julio lo felicitó por sus resultados. Suetonio carecía por completo de la habilidad de su padre para ocultar sus emociones y Jubo notaba su mirada siempre clavada en él, lo cual le enervaba.

Cuando el sol rebasó el cénit de su trayectoria, Pompeyo pidió que les colocaran unos toldos. Habían votado cien centurias y Julio estaba en segundo lugar, diecisiete votos por delante de Prando. Si las cosas seguían así, Bíbilo y Julio ocuparían el consulado, y la gente empezaba a demostrar interés más abiertamente aclamando a sus candidatos y empujándose por verlos de cerca. Julio observó que Suetonio se sacaba un gran paño rojo de la toga y se enjugaba el sudor con él. Le pareció un gesto curiosamente llamativo, y sonrió con tristeza mirando hacia poniente, donde ondeaba la enseña del Janículo.

El monte Janículo dominaba la vista completa de la ciudad y de las tierras colindantes. Un mástil enorme se alzaba desde una base de piedra en el punto más elevado; los centinelas que vigilaban en previsión de una posible invasión nunca dejaban de mirar. Normalmente era una tarea fácil, más propia de tiempos pasados, cuando las tribus y ejércitos de la periferia constituían una amenaza constante sobre la ciudad. Ese año la conjura de Catilina había vuelto a imponer la necesidad de dicha tarea, y los que habían ganado ese destino por sorteo se mantenían alerta, en vigilancia continua. Había seis guardias, cuatro niños y dos veteranos de la legión de Pompeyo. Hablaban de los candidatos mientras comían un plato frío, disfrutando plenamente del descanso en los deberes habituales. A la puesta del sol terminarían la jornada tocando una nota con una trompa larga y arriando solemnemente la bandera.

No vieron a los hombres que subían sigilosamente la pendiente hasta que un guijarro chocó contra una roca y cayó rebotando por el precipicio del otro lado de la cresta. Los niños se volvieron a mirar qué animal venía a molestarlos y uno de ellos dio la voz de alarma al ver a los hombres armados que trepaban. Eran siete secuestradores fornidos y marcados con cicatrices, que enseñaron los dientes al ver el reducido número de defensores.

Los hombres de Pompeyo se pusieron en pie de un salto tirando la comida y una jarra de arcilla con agua, que oscureció el suelo de polvo. Cuando terminaron de desenvainar ya estaban rodeados, pero sabían cuál era su deber y el primero de los secuestradores se desplomó en el suelo al recibir una estocada por acercarse demasiado. Los otros iniciaron la carga entonces haciendo muecas, pero en ese momento otra voz cortó el aire.

—¡Alto! Quien se mueva es hombre muerto —gritó Bruto.

Corría hacia ellos con una veintena de soldados pegados a sus talones. Aunque se hubiera presentado solo, habría bastado. Pocos habitantes de Roma no habrían reconocido la armadura de plata que llevaba o la espada con empuñadura de oro que había ganado.

Los secuestradores se quedaron inmóviles. Eran ladrones y asesinos, pero toda su experiencia no les había preparado para enfrentarse a los soldados de su propia ciudad. No tardaron un instante en abandonar el intento de asalto a la bandera y echar a correr en todas direcciones, monte abajo. Dos resbalaron y rodaron por el suelo dejando caer las armas de puro miedo. Cuando Bruto llegó al asta de la bandera jadeaba ligeramente, y los hombres de Pompeyo lo saludaron con el rostro completamente arrebolado.

—Sería una lástima detener la elección por un puñado de ladrones, ¿no es así? —dijo Bruto mirando a los que huían.

—Estoy seguro de que Briny y yo habríamos podido impedirselo, señor —replicó uno de los soldados de Pompeyo—, pero estos niños son buenos rapaces, y sin duda habríamos perdido a uno o dos. —El hombre hizo una pausa al darse cuenta de que así no se agradecía un rescate—. Nos alegramos mucho de verte, señor. ¿Piensas dejarlos escapar?

El legionario se acercó al borde de la cima con Bruto a observar los progresos de los malhechores monte abajo. Bruto hizo un gesto negativo.

—He dejado a unos cuantos jinetes al pie. No llegarán a la ciudad.

—Gracias, señor —contestó el soldado con una esforzada sonrisa—. No se merecen llegar a la ciudad.

—¿Veis qué candidato va perdiendo en este momento? —preguntó Bruto entrecerrando los ojos y mirando hacia la masa oscura de ciudadanos que se distinguía a lo lejos. Localizó el lugar que ocupaba Julio y vio aparecer una mancha roja junto al hombre que había a su lado. Asintió para sí, satisfecho. La intuición de Julio había sido certera.

El soldado de Pompeyo se encogió de hombros. —No se ve gran cosa desde aquí, señor. ¿Crees que esa mancha roja era la señal? —Bruto soltó una risita.

—Jamás podremos demostrarlo, ¿sabes? Es tentador dar a esos ladrones un poco de oro y mandarlos contra su amo. Sería más satisfactorio que dejar los cadáveres por ahí sin más, ¿no te parece?

El soldado sonrió forzosamente. Sabía que su general no era amigo del hombre que estaba a su lado, pero la armadura de plata le imponía. Podría contar a sus hijos que había hablado con la mejor espada de Roma.

—Mucho mejor, sí señor —dijo—, si es que lo hacen.

—Bueno, yo creo que sí. Mis jinetes saben ser muy convincentes —replicó Bruto

mirando la enseña, que ondeaba en la brisa por encima de todos.

Suetonio echó una ojeada a la bandera del Janículo con toda la naturalidad posible. ¡Seguía ondeando! Irritado, se mordió el labio inferior preguntándose si debería sacar el paño rojo de la toga otra vez. ¿Se habrían dormido? ¿O simplemente habrían aceptado el dinero y estarían sentados en cualquier taberna poniéndose ciegos de vino? Le pareció distinguir siluetas moviéndose en la oscura cima; quizá los sicarios a los que había contratado no pudieran ver la señal desde allí. Echó una mirada furtiva alrededor y se llevó la mano al interior de la suave toga una vez más. En ese momento vio que Julio le sonreía de una forma tan picara que parecía que supiera todo lo que le pasaba por la cabeza. Dejó caer la mano a un lado y se quedó muy rígido, perfectamente consciente del sonrojo que empezaba a subirle por el cuello y las mejillas.

Octavio estaba tumbado en la alta hierba con un magnífico caballo al lado que hinchaba y deshinchaba el pecho en lentas y largas respiraciones. Llevaban meses amaestrando las monturas, enseñándoles esa postura antinatural, y ahora los *extraordinarii* sólo tenían que tocarles el suave hocico para que se quedaran inmóviles. Observaron el descenso de los secuestradores, que se acercaban resbalando y saltando por la ladera del Janículo, y Octavio sonrió. Julio había acertado, alguien podía intentar arriar la bandera si la elección no salía a su gusto. Aunque la estratagema era sencilla, habría causado grandes estragos. Los ciudadanos de Roma habrían tenido que volver a la ciudad y los resultados obtenidos hasta el momento se declararían nulos. Quizá tuviera que pasar otro mes antes de convocarlos de nuevo, y en un mes podían suceder muchas cosas.

Octavio esperó a que los fugitivos se acercaran lo suficiente; entonces dio la silla al tiempo que el un silbido suave y pasó la pierna al otro lado de caballo se incorporaba. Sus veinte hombres se levantaron ágilmente con él y estaban sentados en la silla antes de que los caballos se hubieran puesto de pie completamente.

A los ladrones que huían les dio la impresión de que toda una caballería armada surgía del suelo ante ellos. Los siete perdieron totalmente el control de sí mismos; unos se arrojaron al suelo sin vacilar; otros levantaron las manos rindiéndose al instante. Octavio desenvainó sin dejar de mirarlos. El jefe lo miró a su vez con resignación, volvió la cabeza y escupió en la hierba. \1\2dijo. A pesar de la aparente resignación a la fatalidad, el ladrón sabía muy bien la posición que ocupaban los jinetes, y no se relajó hasta que hubo comprobado que todas las vías de escape estaban cerradas. Tenía entendido que un hombre podía correr más que un caballo en distancias cortas, pero viendo las lustrosas monturas de los *extraordinarii* le pareció poco probable.

Cuando los hubieron desarmado de las pocas espadas que llevaban, Octavio

desató el casco de la silla y se lo puso. El penacho se agitó suavemente en la brisa y lo hacía parecer más alto e imponente. Pensó que merecía la pena pagar la parte correspondiente de la soldada para comprarlo. Ciertamente, todos los secuestradores lo estaban mirando, esperando que diera la orden de matarlos.

—Supongo que no sería posible acusar de los cargos a vuestro amo —dijo Octavio. El jefe volvió a escupir.

—No tenemos amo, soldado, salvo la plata, en todo caso —dijo con expresión ladina, pues barruntaba que algo iba a pasar.

—Sería una lástima que se librara sin recibir siquiera una buena paliza, ¿no os parece? —preguntó Octavio con inocencia.

Los secuestradores asintieron. Hasta el más lento empezaba a darse cuenta de que no habría orden de matar.

—Lo encontraré si nos dejáis marchar —dijo el jefe procurando no albergar esperanzas. Los caballos causaban espanto a quien se había criado en la ciudad. Nunca se había fijado en lo grandes que eran hasta entonces, y se estremeció cuando uno resopló detrás de él.

Octavio lanzó una bolsa pequeña al aire y el hombre la atrapó; la sopesó automáticamente antes de guardársela en el interior de la túnica.

—Haced un trabajo de profesionales —dijo Octavio, e hizo retroceder al caballo para dejar un espacio libre a los hombres. Dos de ellos amagaron una suerte de saludo al pasar entre los jinetes; emprendieron el camino de la ciudad y ninguno se atrevió a mirar atrás.

Antes de que las últimas centurias hubieran votado, Julio sabía que los cónsules del año siguiente serían Bíbilo y él. El revoloteo de los senadores alrededor de los dos le recordó a las abejas, y la expresión de desconcierto de Bíbilo le arrancó una sonrisa.

Un gran número de personas a las que apenas conocía le dio palmadas en el hombro y apretones de manos, y antes de asimilar del todo el cambio de categoría se encontró sorteando preguntas y peticiones para su mandato, e incluso le hicieron ofertas de inversión. Los ciudadanos de Roma, en su papel oficial de *comitia centuriata*, habían creado dos nuevos cuerpos para que la ciudad los exprimiera, y Julio se sentía desbordado e irritado por la atención. ¿Dónde se habían metido todos esos partidarios sonrientes durante la campaña?

En comparación con la cordialidad superficial de los senadores, la felicitación de Pompeyo y Craso fue un auténtico placer; sobre todo porque sabía que Pompeyo habría preferido comer cristales a tener que decirle esas palabras. Julio le estrechó la mano que le tendía sin el menor alarde de victoria, pensando ya en el futuro. Aunque el pueblo hubiera elegido a nuevos cónsules para dirigir el senado, los cargos salientes seguían siendo una fuerza activa de la ciudad. Sólo un necio se burlaría de

ellos en el momento del triunfo.

¡El magistrado subió a una pequeña plataforma para anunciar a las centurias restantes que ya podían irse a casa. Con la cabeza agachada, escucharon la oración de gracias que entonaba el magistrado, que concluyó con el *Discedite* tradicional!

Los ciudadanos obedecieron y se dispersaron riéndose y bromeando camino de la ciudad cerrada.

Suetonio y su padre habían felicitado a Julio, y él les habló con cordialidad, sabiendo que era el momento de reparar los puentes rotos entre ellos durante la campaña y en el pasado. Podía permitirse el detalle, y Prando pareció aceptar sus buenos deseos con una leve inclinación de cabeza al cónsul electo de Roma. Su hijo Suetonio miró adelante con una expresión perdida de derrota.

Los hombres de Pompeyo habían llevado caballos y Julio levantó la cabeza cuando le pusieron unas riendas en la mano. Pompeyo lo miraba desde el lomo de una montura gris con una expresión indescifrable.

—Pasarán horas hasta que el senado se reúna de nuevo para confirmar las nominaciones, Julio. Si vienes ahora con nosotros, tendremos la curia para nosotros solos.

Craso se agachó sobre el cuello de su montura para hablarle con mayor intimidad.

—¿Confiarás en mí una vez más?

Julio los miró a los dos y percibió la sutil tensión que los retenía allí, esperando su respuesta. No lo dudó, subió a la silla de un salto y, levantando un brazo, saludó a las personas que estaban observándolos. Lo aclamaron mientras daba la vuelta y partió por el espacioso Campo de Marte con los otros dos hombres; una centuria de la caballería de Pompeyo salió detrás de él custodiando a los tres. La multitud se apartaba para dejarles paso y su sombra fue quedando atrás.

XX

Sin las centurias de votantes la ciudad estaba extrañamente vacía al paso de los tres jinetes. A Julio le recordó la noche de la tormenta en que bajó a las celdas de la prisión y vio a los hombres de Catilina torturados. Miró a Craso al desmontar ante la casa del senado y el viejo levantó las cejas adivinando el motivo de la mirada.

Julio nunca había entrado en la casa del senado sin que estuviera llena de hombres sentados en los bancos. El recinto tenía una resonancia extraordinaria, repetía cada pisada que daban, hasta que se sentaron juntos cerca de la tribuna del orador. Habían dejado la puerta abierta, y el sol parecía un lingote de oro, su resplandor daba a las paredes de mármol una sensación de espacio y ligereza. La rutina habitual quedó desplazada por la extrañeza del ambiente y Julio se apoyó en el duro banco de madera con inmensa satisfacción. Empezaba a asimilar el triunfo y sonreía sin querer al pensarlo.

—Craso y yo hemos pensado que a los tres podría beneficiarnos mucho una conversación privada antes de la próxima sesión senatorial —empezó Pompeyo—. Se puso de pie y empezó a caminar al tiempo que hablaba. —Prescindiendo de florituras para el público, hay poca amistad entre nosotros tres. Existe respeto, espero, pero no un gran aprecio—. —Hizo una pausa y Craso se encogió de hombros, pero Julio no dijo nada—. Si no llegamos a alguna especie de acuerdo para el año próximo —prosiguió—, creo que será tiempo perdido para la ciudad. Habéis visto la influencia que Suetonio tiene sobre Bíbilo. El senado en pleno ha tenido que oír sus quejas sobre ti a lo largo de años, Julio. Entre los dos retrasarán o abortarán todo lo que propongas hasta que no puedas hacer nada. No será bueno para Roma.

Julio lo miró y se acordó de la primera vez que lo había visto en ese mismo lugar. Pompeyo era un estratega excelente en la batalla y en el senado, pero tanto Craso como él se enfrentaban a la pérdida del poder y el respeto del que habían gozado. Tal era el verdadero motivo de la sesión privada, y no la preocupación por el buen empleo de su año consular. Sin duda podrían establecer un pacto si daba con las condiciones aceptables para los tres.

—He estado pensando en el asunto —dijo Julio.

Suetonio volvió a caballo a los establos de la posada próxima a las puertas donde había alquilado una habitación para el día de las elecciones. Su padre apenas había hablado con él, se había limitado a asentir cuando el hijo le ofreció sus condolencias por la derrota. El senador Prando comió en silencio rápidamente, después subió a su habitación y dejó a su hijo solo, ahogando la rabia en vino barato.

La puerta de la taberna se abrió y Suetonio levantó la cabeza con la esperanza de que fuera Bíbilo, que iba a verlo. Pero seguro que su amigo había vuelto a su casa

palaciega del centro de la ciudad y en esos momentos estaba recibiendo masajes de manos de atractivos esclavos, completamente ajeno al mundo. Todavía no había empezado a considerar las implicaciones de que Bíbilo fuera cónsul. Lo primero que se le ocurrió, y lo aterrorizó, fue que la inmunidad del cónsul le arrebatara su poder sobre él, pero desechó la idea no bien la hubo pensado. Con inmunidad o sin ella a Bíbilo le aterrorizaría que sus costumbres se hicieran del dominio público. Quizá le resultara beneficioso tener a su gordo amigo a la cabeza del senado. No era lo que había planeado, pero disponer de un cónsul a sus órdenes podía ser interesante. Amodorrado, se propuso ir a su casa al día siguiente y recordarle sus relaciones.

El hombre que había entrado era un desconocido y Suetonio no le prestó más atención tras echarle el primer vistazo. Estaba tan bebido que no se sobresaltó cuando el hombre carraspeó y le habló.

—Señor, el mozo de los establos dice que ha surgido un problema con tu caballo. Cree que se le ha clavado una espina en el casco.

—Haré que lo azoten si eso es cierto —replicó Suetonio secamente, y se levantó con tanta prisa que apenas se dio cuenta de que le ponían una mano en el hombro para que se mantuviera sobre los pies y que lo conducían afuera, hacia la oscuridad.

El aire de la noche contribuyó a disiparle los vapores del vino y se libró del brazo que lo sostenía al entrar en los establos, de techo bajo. Había muchos hombres allí, demasiados para atender a los caballos. Le sonrieron y a él se le heló la sangre en las venas.

—¿Qué queréis? ¿Quiénes sois? —dijo en tono bravucón.

El jefe de los secuestradores se adelantó y Suetonio retrocedió al ver su expresión.

—Para mí es sólo un trabajo, aunque me gusta hacerlo bien, si puedo —dijo acercándose al joven romano.

Lo sujetaron firmemente por los brazos en el momento en que empezaba a forcejear y una mano le tapó la boca.

El jefe flexionó las manos amenazadoramente.

—Apagad las lámparas, muchachos. No me hace falta luz para esto —dijo, y en medio de la repentina oscuridad se dejó oír un ruido sordo de fuertes puñetazos.

Julio se arrepintió de no haber dormido la noche anterior. El cansancio lo aplastaba precisamente en ese momento, cuando más falta le hacía estar despejado para tratar con esos hombres.

—Entre los dos todavía tenéis poder suficiente en el senado como para imponer cualquier cosa.

—A menos que se haga uso del veto del cónsul —replicó Pompeyo inmediatamente.

Julio se encogió de hombros.

—Dejémoslo a un lado. Me encargaré de Bíbilo cuando llegue el momento.

Pompeyo parpadeó, pero Julio continuó.

—Sin ese bloque, basta con vuestras facciones en el senado. La cuestión es sencillamente qué tengo que daros para contar con vuestro apoyo.

—No creo que... —empezó Craso, tenso; pero Pompeyo levantó una mano.

—Deja que se exprese, Craso. Tú y yo hemos hablado mucho de esto y no hemos encontrado solución. Quiero saber lo que piensa él.

El interés de los dos hombres le hizo soltar una risita.

—Craso quiere el comercio. Juntos, Pompeyo, podemos otorgarle el monopolio absoluto en todas las tierras romanas. Una licencia de dos años, pongamos. De ese modo tendría poder total sobre cada moneda de los dominios, y sin embargo, estoy seguro de que la riqueza de la ciudad aumentaría con él. Si conozco a Craso, el tesoro de Roma se hincharía hasta reventar en menos de un año.

Craso sonrió por el cumplido, pero no pareció entusiasmado con la oferta. Julio tenía la esperanza de tentar al viejo sólo con la licencia, pero el trato tenía que satisfacer a los tres, o el menor obstáculo lo destrozaría.

—¿Quizá no es suficiente? —dijo Julio mirándolos con precaución.

A Pompeyo le brillaban los ojos de interés y Craso reflexionaba profundamente. La idea del monopolio del comercio era maravillosamente embriagadora, y sabía mejor que Julio lo que podía conseguir con semejante poder. Sus competidores se arruinarían de un plumazo, sus casas y sus esclavos saldrían a subasta. En muy poco tiempo podría triplicar sus posesiones y poseer la mayor flota mercante que el mundo hubiera visto. Podría prescindir de las pérdidas por tormentas lejanas y enviar sus naves a países lejanos como Egipto y la India, y a otros que todavía no tenían nombre. Pero en su expresión no se reflejaba todo esto. Fruncía el ceño prudentemente dando a entender al joven que todavía tendría que convencerlo mientras su mente giraba vertiginosamente ante la idea de la flota que reuniría.

—¿Y respecto a ti, César? ¿En qué concesiones has pensado? —preguntó Pompeyo con impaciencia.

—Quiero seis meses en el senado, trabajando con vosotros. Las promesas que he hecho al pueblo de Roma no son vacías. Quiero aprobar leyes y ordenanzas nuevas. Algunas molestarán a los miembros más tradicionales del senado, y necesito contar con vuestros votos para deshacerme de sus objeciones. El pueblo me ha elegido a mí. Que no nos frenen Bíbilo ni una pandilla de viejos desdentados.

—No veo qué salgo ganando yo con ese acuerdo —dijo Pompeyo.

Julio enarcó las cejas.

—Además del bien de Roma, claro. —Quitó importancia a la pulla con una sonrisa al ver que Pompeyo se sonrojaba, consciente de que todavía podría perderlo todo por un paso en falso.

Tus deseos son sencillos, amigo mío —prosiguió Julio—. Quieres ser dictador, aunque el título se te resista. Craso y yo apoyaremos todas las mociones o votos que propongas en el senado. Lo que sea. Entre los tres podríamos tener al senado a nuestros pies.

—Eso no es cualquier cosa —comentó Pompeyo en voz baja. Lo que Julio proponía desbarataba por completo el propósito de tener dos cónsules para que se controlaran mutuamente, pero Pompeyo no encontró la forma de expresarlo.

Julio asintió.

—No lo propondría si creyera que eres un hombre de menor valía, Pompeyo. Hemos tenido opiniones encontradas en el pasado, pero jamás he dudado de tu amor por esta ciudad, ¿y quién te conoce mejor que yo? Juntos destruimos a Catón, ¿recuerdas? Roma no sufrirá contigo.

Quizá el halago había sido un poco excesivo, aunque a Julio le sorprendió descubrir que en verdad así lo creía, al menos parcialmente. Pompeyo era un jefe muy prestigioso y defendería los intereses de Roma con fuerza y determinación, aunque no aumentara su riqueza.

—No confío en ti, César —replicó Pompeyo francamente—. Todas esas promesas podrían quedarse en nada a menos que nos una un vínculo más firme. —Carraspeó—. Necesito que me des una prueba de buena voluntad, una prueba de que tu apoyo es algo más que aire.

—Dime lo que quieres —contestó Julio encogiéndose de hombros.

—¿Cuántos años tiene tu hija? —preguntó Pompeyo. Tenía una expresión terriblemente seria, y Julio comprendió lo que quería decir al instante.

—Este año cumple diez —contestó—. Es muy joven para ti, Pompeyo.

—Pero no lo será siempre. Une tu sangre a la mía y aceptaré tus promesas. Mi esposa yace en la tumba desde hace más de tres años, y no es bueno que el hombre esté solo. Cuando cumpla catorce años, mándamela, me casaré con ella.

Julio se frotó los ojos. Tantas cosas dependían de llegar a un acuerdo con los dos viejos lobos... Si su hija hubiera sido un soldado, sabía que la habría sacrificado sin pensarlo dos veces a cambio de lo que necesitaba.

—Dieciséis. Será tu esposa cuando cumpla los dieciséis —dijo finalmente.

Pompeyo sonrió abiertamente, asintió y le tendió la mano. Julio sintió frío al estrechársela. Ya los tenía a los dos si conseguía aportar las piezas que faltaban, pero el problema de Craso todavía le preocupaba. En el silencio de la curia oyó el eco de los soldados de Pompeyo, que marchaban en el foro, y de pronto halló la respuesta.

—Y además, una legión, Craso —dijo entonces pensando con rapidez—. Un águila nueva en el Campo de Marte, levantada en tu nombre. Instruiré yo a los hombres y los dotaré con mis mejores oficiales durante medio año. Los reclutaremos por todo el país entre las decenas de millares de hombres sencillos que nunca han

tenido ocasión de luchar por Roma. Serán tuyos, Craso, y te aseguro que no hay vínculo más fuerte ni mayor gozo que hacer de ellos una legión. Los formaré para ti, pero serás tú quien lleve el penacho de general.

Craso los miró severamente pensando en la oferta. Deseaba tener mando desde el desastre contra Espartaco, cosa que se le • había negado por la persistente duda sobre su capacidad para comandar un ejército con tan buenos resultados como Pompeyo o César. Julio lo hacía parecer posible, pero quiso hablar, exponer sus dudas.

Julio le puso una mano en el brazo.

—He traído hombres de África y Grecia y los he convertido en soldados, Craso. Aún conseguiré más de los de sangre romana. Catilina supo ver una debilidad que tenemos que combatir si queremos que el comercio de Roma prospere, ¿no te parece? La ciudad necesita por encima de todo hombres preparados en las murallas.

Craso se sonrojó.

—Quizá yo no... sea el más apropiado para ponerme al frente, César —dijo con los dientes apretados.

Julio se imaginó el esfuerzo que debía de haberle costado admitir tal cosa en presencia de Pompeyo, pero replicó quitándole importancia.

—Tampoco yo lo era hasta que Mario, Renio y, sí, Pompeyo me enseñaron a hacerlo. Nadie nace completamente formado para ocupar ese puesto, Craso. Te acompañaré en los primeros pasos, y Pompeyo siempre estará a tu lado. Él sabe que Roma necesita otra legión que la proteja. No creo que aspire a menos para una ciudad que le responde.

Miraron los dos a Pompeyo, y éste contestó inmediatamente.

—Todo lo que necesites, Craso. Hay verdad en sus palabras. —Sin darle tiempo a nada más que sonreír; Pompeyo prosiguió—: Pintas un futuro atractivo para nosotros, Julio. Craso con el comercio, yo con una esposa y la ciudad que amo. Pero no nos has dicho el precio de tanta generosidad. Dilo ahora.

—Acepto la propuesta —interrumpió Craso— con dos condiciones. La licencia tiene que ser de cinco años, no de dos, y Publio, mi hijo mayor, tiene que ser admitido en la Décima con categoría de oficial, de centurión. Soy viejo, Julio. Mi hijo tomará el mando de esa nueva legión después de mí.

—Es aceptable —dijo Julio.

Pompeyo carraspeó con impaciencia.

—Pero ¿qué es lo que quieres tú, César?

Julio se frotó los ojos otra vez. No había pensado en unir su familia a la de Pompeyo, pero su hija se situaría de un salto en la categoría social más elevada de Roma. Era un trato justo. Ambos eran veteranos en el campo de la política y sabían que un trato en esas condiciones no podía rechazarse, y que su oferta era infinitamente mejor que la amargura de perder poder e influencia, aunque sólo fuera

una parte. Julio sabía que el mando creaba adicción. No existía mayor satisfacción que mandar. Cuando los miró, ellos lo miraban a él con ojos brillantes y atentos.

—Es muy sencillo. Cuando concluyan mis seis meses en la ciudad y estén en vigor las leyes que quiero añadir; quiero llevarme a mis dos legiones a nuevas tierras. Pompeyo me representará entonces, y quiero que los dos firméis la orden que me dé plenos poderes para reclutar soldados, llegar a acuerdos y establecer leyes en nombre de Roma. No informaré de nada a menos que lo juzgue necesario. No seré responsable ante nadie salvo ante mí mismo.

—¿Eso será legal? —preguntó Craso.

Pompeyo asintió.

—Si tengo la representación consular; sí. Existen precedentes. —Pompeyo frunció el ceño, pensando—. ¿Dónde quieres llevarte las legiones para hacer eso? —preguntó.

Julio sonrió, transportado por su propio entusiasmo. ¡Cuánto había discutido con sus amigos sobre el destino! Sin embargo, al final sólo había quedado una posibilidad. Alejandro se había ido hacia Oriente, ese camino ya estaba hollado. Él se iría hacia Occidente.

—Quiero el territorio sin conquistar, señores —dijo—. Quiero la Galia.

Completamente armado, Julio se dirigió de noche a casa de Bíbilo. Pompeyo y Craso creían que disponía de medios para amordazar al otro cónsul, pero la verdad era que no tenía una idea clara de cómo evitar que Bíbilo y Suetonio dejaran en ridículo todos sus planes.

Avanzaba con los puños apretados. Había renunciado a su hija y había prometido tiempo, dinero y poder a Pompeyo y Craso. A cambio, él gozaría de mayor libertad que ningún general romano de la historia. Escipión el Africano no había contado con tan grandes poderes como tendría él en la Galia. Hasta Mario había tenido que rendir cuentas ante el senado. Julio sabía que no dejaría escapar todo eso por un solo hombre; haría lo que fuera necesario por conservarlo.

La gente se apartaba al verlo acercarse. Quienes lo reconocían guardaban silencio. La expresión del nuevo cónsul no dejaba lugar al menor intento de saludarlo o felicitarlo; algunos se preguntaron qué noticias habrían podido enfurecer tanto a un hombre el mismo día de su elección.

Siguió adelante, hacia las grandes puertas y columnas de la casa de Bíbilo, levantando tras de sí una estela de murmullos. Con mayor resolución aún levantó el puño para aporrear las puertas de roble. No se le negaría ese último paso.

El esclavo que atendió la llamada era un joven que llevaba el rostro muy pintado; lo miró con expresión lasciva, aunque lo reconoció enseguida y abrió los ojos desmesuradamente, sorprendido.

—Soy cónsul de Roma. ¿Conoces la ley?

El esclavo asintió aterrorizado.

—Entonces no me cierres la puerta. Tócame aunque solo sea la manga y morirás. Vengo a ver a tu amo. Condúceme ante él.

—Co... cónsul...

El joven iba a arrodillarse, pero Julio lo interrumpió.

—¡Ahora!

El muchacho de la cara pintada no necesitó que le repitiera la orden. Dio la vuelta, se alejó de Julio casi a la carrera y dejó abierta la puerta de la calle tras de sí.

Julio lo siguió; pasaron por varias estancias, donde unos doce niños pintados de forma semejante se inmovilizaron al verlos pasar. Alguno gritó de asombro y Julio les lanzó una mirada iracunda. ¿Es que no había adultos en esa casa? La forma en que iban vestidos le recordaba más a las prostitutas de Servilia que...

A punto estuvo de perder al esclavo al doblar una esquina a causa de lo que acababa de pensar. Apuró el paso y el esclavo hizo lo mismo, recorriendo antecámaras y pasillos hasta que desembocaron a la vez en una habitación iluminada.

—¡Amo! —gritó el joven—. ¡El cónsul César está aquí!

Julio se detuvo jadeando levemente de rabia; la cólera le corría por las venas. Allí estaba Bíbilo, y Suetonio se inclinaba sobre él hablándole al oído. Había bellos esclavos alrededor y dos niños desnudos holgazaneaban a los pies de los dos adultos. Al verlos así, con los colores del vino en la cara y una mirada en los ojos mucho más madura que su carne, se estremeció y se enfrentó a Suetonio.

—Fuera —le dijo.

Suetonio se había incorporado lentamente, como si se hubiera quedado en trance al ver a Julio. Tenía la cara magullada y los ojos muy hinchados, en los orificios de la nariz le quedaban rastros de sangre seca. Miró a Julio con expresión malévola, debatiéndose entre emociones opuestas. El cónsul era intocable, no se lo podía detener. Ni su posición en el senado lo salvaría si insultaba al cónsul.

Julio se llevó la mano a la espada con naturalidad. Sabía que Bíbilo se debilitaría sin su amigo al lado. Eso lo sabía incluso antes de tener una palanca con la que remover las entrañas de ese hombre gordo. Ahora además tenía la palanca en la mano.

Suetonio miró a Bíbilo para que revocara la orden, pero no vio sino terror en la cara gordezuela del cónsul. Oyó entonces los pasos de Julio sobre el mármol, pero siguió esperando a que Bíbilo dijera la única palabra que le permitiría quedarse.

Bíbilo parecía un niño ante una serpiente, mirando a Julio, que se acercaba a ellos y se inclinaba sobre Suetonio. Este retrocedió.

—Fuera. —Le repitió en voz baja, y Suetonio salió disparado. Cuando se dirigió a Bíbilo, éste logró tartamudear unas palabras.

—Es mi ca... casa —dijo.

Julio le soltó un grito, un torrente de voz que lo tumbó hacia atrás en el diván.

—¡Basura! ¡Te atreves a hablarme con todos estos niños sentados a tus pies! Si te matara ahora mismo, sería un gran bien para Roma. O mejor debería cortarte lo único que te queda de hombre. Y voy a hacerlo ahora mismo.

Desenvainó la espada y avanzó hacia el diván. Bíbilo gritó clavando la uñas en el tapizado, tratando de escapar. Gruesas lágrimas se le escaparon de los ojos cuando Julio lo apuntó a la ingle con la brillante hoja.

—Por favor —gimió petrificado.

Julio retorció la espada introduciéndola más a fondo entre los pliegues de tela. Bíbilo se apretó contra el respaldo, pero no podía apartarse más.

—Por favor, lo que quieras... —empezó sollozando entrecortadamente, soltando brillantes hilos de mucosidad, además de lágrimas, hasta que su cara casi dejó de parecer humana.

Julio supo que los hados lo habían puesto todo en sus manos. Fríamente, la demostración de debilidad de Bíbilo lo regocijaba. Con un par de amenazas bien escogidas no se atrevería a volver por el senado nunca más. Sin embargo, cuando empezó a hablar, uno de los niños se movió y Julio lo miró. El niño no lo miraba a él, sino a su amo, y estiraba el cuello para verlo mejor. Vio odio en la mirada, un odio espantoso en una carita tan tierna. Se le notaban las costillas con toda claridad, y además tenía un moratón en el cuello. Entonces cayó en la cuenta de que su hija era de la misma edad y se volvió contra Bíbilo enfurecido.

—Vende a todos los esclavos. Véndelos a quien no pueda hacerles daño y mándame la dirección de quien los compre, así comprobaré adonde van a parar. Vivirás solo, si es que te permito vivir.

Bíbilo asintió; la mandíbula le temblaba.

—Sí, sí, los venderé... no me hagas daño. —De nuevo se le quebró la voz y siguió emitiendo una serie de balbuceos lastimeros; Julio le cruzó la cara de dos bofetones que le hicieron bailar la cabeza hacia atrás. Un hilillo de sangre brotó de los labios de Bíbilo; el hombre temblaba sin control.

—Si te veo en el senado, la inmunidad no te protegerá, lo juro por todos los dioses. Me encargaré de que te lleven a algún lugar tranquilo, donde te consumas y te destroces con el paso de los días. Suplicarás que ponga fin a tu vida.

—¡Pero soy cónsul! —replicó Bíbilo atragantado.

Julio se cernió sobre él sin dejar de apuntarlo con la espada, y el hombre contuvo el aliento.

—Sólo oficialmente. No toleraré la presencia de un hombre como tú en el senado. Jamás en mi vida. Se te ha terminado la vida en el senado.

—¿Puede castigarme? —preguntó de pronto el niño.

Julio lo miró y vio que se había puesto de pie. Le contestó negativamente.

—Entonces dame un cuchillo. Lo haré yo —dijo el niño.

Julio lo miró a los ojos y no vio nada más que determinación.

—Si lo haces, te matarán —le dijo en voz baja.

El niño se encogió de hombros.

—Vale la pena —dijo—. Dame un cuchillo, lo haré yo.

Bíbilo abrió la boca y Julio retorció el *gladius* con malevolencia.

—Estate quieto. Aquí estamos hablando dos hombres. No tienes nada que decir.

—Volvió a mirar al esclavo, que se había erguido un poco más al oír sus palabras—. No voy a impedírtelo, muchacho, si quieres hacerlo, pero a mí me sería más útil vivo que muerto. Al menos de momento. —Un cadáver implicaría nuevas elecciones y un nuevo adversario que quizá no tuviera la debilidad de Bíbilo. Con todo, no mandó salir al niño.

—¿Lo quieres vivo? —preguntó el niño.

Julio le sostuvo la mirada largo rato antes de asentir con un gesto.

—De acuerdo, pero quiero marcharme de aquí esta noche.

—Te buscaré un sitio donde ir, muchacho. Te estoy agradecido.

—Para mí solo no, para todos nosotros. No pasaremos más noches aquí.

—¿Todos vosotros? —repitió Julio mirándolo con sorpresa.

—Todos nosotros —dijo el esclavo sosteniéndole la mirada sin la menor vacilación. Julio la desvió primero.

—Muy bien, muchacho. Reúnelos a todos en la puerta principal. Dejarme solo unos minutos más con Bíbilo e iré a buscaros.

—Gracias, señor —dijo el niño. En un momento todos los niños habían desaparecido de la estancia con él, y sólo se oía la dificultosa respiración de Bíbilo.

—¿Cómo lo... lo descubriste? —musitó.

—No sabía quién eras en realidad hasta el momento en que los vi. Y aunque no los hubiera visto, estás cubierto de culpa —gruñó Julio—. No lo olvides, me enteraré si traes menores aquí. Si llego a saber que un solo niño o niña cruza las puertas de tu casa, no te librarás de mí. ¿Lo entiendes? Ahora el senado es mío, totalmente.

Con la última palabra Julio tiró de la espada, Bíbilo gritó y el terror le impidió contener la vejiga. Gimiendo, se agarró a la mancha de orina que se extendía mezclada con sangre. Julio envainó la espada y se dirigió a las puertas, donde lo esperaban más de treinta esclavos.

Cada uno de los refugiados sostenía en los brazos un bulto de tela con sus escasas pertenencias. La luz iluminaba sus ojos, grandes y llenos de temor, y el silencio casi hacía daño cuando todos lo miraron.

—Muy bien. Esta noche os quedaréis en mi casa —dijo Julio—. Os buscaré a cada uno una familia que haya perdido a sus hijos y que os quiera.

Las caras de felicidad que lo miraron entonces lo avergonzaron más que los

cuchillos. No había ido allí a buscarlos.

XXI

El verano llegó y se fue con sus días largos y llenos de actividad, pero todavía faltaba mucho para el invierno cuando Julio, montado en su caballo en la puerta del Quirinal, se disponía a reunirse con las legiones en el Campo de Marte. Tomó las riendas y miró alrededor para grabarse en el recuerdo la imagen de la ciudad. ¿Quién sabía cuánto tiempo tendría que sustentarlo en la lejana Galia? Los viajeros y mercaderes que habían ido al pequeño campamento romano del extremo más lejano de los Alpes decían que era una tierra amarga, más fría que cualquiera que hubieran conocido. Julio había forzado los créditos para comprar pieles y provisiones para diez mil soldados. Sabía que a la larga tendría que hacer cálculos, pero no permitió que el peso de las deudas empañara los últimos momentos en la ciudad.

La puerta del Quirinal estaba abierta y Julio veía el Campo de Marte al otro lado, donde sus soldados lo esperaban pacientemente, resplandecientes y bien formados en cuadrados. Dudó que hubiera en el mundo una legión comparable a la Décima, y Bruto había realizado un gran esfuerzo para convertir en algo semejante a los hombres que había reclutado. A ninguno se le había concedido permiso en casi un año, y habían empleado bien el tiempo. Le gustaba el nombre que Bruto les había escogido. La Tercera Gallica se endurecería en la tierra cuyo nombre llevaban.

Bruto y Octavio se encontraban a su lado y Domitio revisaba los correajes de la silla por última vez. La armadura de plata que llevaban hizo sonreír a Julio. Los tres se habían ganado el derecho a vestirla, pero resultaba curioso verlos así en el exterior, a las puertas de la ciudad, y una multitud de chiquillos de la calle se había reunido en torno a ellos para admirarlos. Motivos había. Las armaduras brillaban por todas partes, pulidas al máximo con paños y abrillantadores, y la idea de cabalgar con esos hombres en nombre de Roma lo emocionó.

Pensó que si Salomin se hubiera unido a ellos, habría sido perfecto. No haber logrado convencer al pequeño luchador de que hiciera el viaje con ellos era una espina más en un mar de espinas. Salomin se había extendido hablando sobre el honor romano, y Julio lo había escuchado. Era lo único que podía hacer después del trato vergonzoso que Pompeyo le había dispensado, pero no insistió después de que lo rechazara una vez.

Los meses en el senado habían superado todas sus expectativas, el triunvirato se mantenía mucho mejor de lo que era razonable esperar. Craso había comenzado su dominio del comercio y su gran flota rivalizaba ya con todo lo que Cartago hubiera tenido en sus momentos de mayor esplendor. Su joven legión había comenzado a tomar forma a golpes, gracias a los mejores oficiales de la Décima, y Pompeyo continuaría la labor cuando ellos se hubieran ido. Un respeto poco generoso se había establecido entre los tres hombres durante los meses compartidos, pero Julio no

lamentaba el trato que había cerrado con ellos.

Después de la noche de las elecciones Bíbilo no acudió a las reuniones en la casa del senado ni una sola vez. Se había extendido por la ciudad el rumor de que padecía una enfermedad de larga duración, pero Julio mantuvo silencio sobre lo sucedido. Cumplió lo prometido a los niños mandándolos al lejano norte, al cuidado de familias que los amarían. La vergüenza que le daba el hecho de haberse aprovechado de su desgracia le inspiró la idea de comprar la libertad de todos ellos, aunque supuso una sangría en sus finanzas, bastante desangradas ya. Curiosamente, ese solo acto le había procurado una satisfacción mayor que cualquier otro en los meses de cónsul.

—¡Bruto! —gritó una voz rompiendo el momento. Julio hizo girar el caballo en una curva cerrada y Bruto soltó una carcajada al ver a Alexandria abriéndose paso a empujones entre la muchedumbre que atestaba las puertas. Cuando llegó a su altura, se puso de puntillas para que la besara, pero Bruto se agachó y la subió a la silla. Julio desvió la mirada, aunque ellos no se percataran. Era difícil no pensar en Servilia al verlos tan felices juntos.

Cuando Alexandria fue depositada de nuevo en el suelo, Julio vio que llevaba un bulto de tela. Enarcó las cejas cuando se lo ofreció a él, y la mujer se sonrojó de vergüenza pensando que habría presenciado el abrazo. Julio tomó el bulto y lo desenvolvió lentamente; abrió los ojos de par en par al ver un casco hecho con extraordinaria destreza. Era de hierro pulido, abillantado con aceite, pero lo más extraño de todo era la cara, que reproducía sus propios rasgos faciales.

Lo levantó ceremoniosamente por encima de la cabeza, se lo puso y apretó las bisagras hasta que encajaron en su lugar. Se le adaptaba como una segunda piel. Los ojos eran grandes, permitían una visibilidad perfecta, y por las reacciones de sus compañeros vio que Alexandria había logrado plenamente el efecto que quería.

—Tiene una expresión fría —murmuró Octavio mirándolo atentamente.

Bruto asintió; Alexandria se alzó hacia el estribo y musitó unas palabras a Julio.

—Pensé que te protegería la cabeza mejor que el casco que llevas siempre. En la parte superior hay una lengüeta para el penacho si quieres ponérselo. No hay otro igual en Roma.

Julio la miró a través de los ojos de la máscara de hierro y por un momento ansió que Alexandria fuera suya, no de su amigo.

—Es perfecto —dijo—. Gracias. —Se agachó a abrazarla y olió el intenso perfume que usaba. Por un impulso repentino, se quitó el casco cuando ella se apartó; estaba sonrojado, pero no sólo de calor. La legión podía esperar un poco más al fin y al cabo. Quizá hubiera tiempo todavía de ir a ver a Servilia antes de partir.

—Alexandria, te ruego que me disculpes —dijo Julio—. Señores, tengo que solucionar un asunto en la ciudad antes de unirme a los hombres.

Domitio dio un salto en la silla a modo de respuesta, y los otros dos formaron en

fila. Alexandria le mandó un beso y Julio clavó los talones a la montura; los tres partieron al trote por la calzada entre la multitud, que se apartaba a su paso.

Al acercarse a la casa de Servilia, Bruto perdió algo del esplendor que Alexandria le había comunicado. En todo caso le aliviaba que la relación entre Julio y su madre se hubiera terminado. Pero ahora, al ver la expresión anhelante de su amigo, gruñó en su fuero interno. Tenía que haber adivinado que Julio no se rendiría tan fácilmente.

—¿Estás seguro? —le preguntó Bruto cuando desmontaron ante la puerta y entregaron los caballos a los esclavos.

—Sí —contestó Julio entrando sin detenerse.

Como cónsul, podía moverse a placer por toda la ciudad; no obstante, los cuatro eran bien conocidos allí por diversos motivos, y Octavio y Domitio se quedaron en una cámara exterior y aprovecharon la oportunidad para despedirse de sus favoritas. Bruto se dejó caer en un largo *triclinio* y se preparó para esperar. Era el único que sólo iba allí a ver a su madre. La situación podía parecer incestuosa en cierto modo y pasó por alto el interés que despertaba en las muchachas de la casa. Además él tenía a Alexandria, se dijo virtuosamente.

Julio cruzó los pasillos hasta llegar a las habitaciones de Servilia. ¿Qué iba a decirle? Hacía meses que no se hablaban, pero partir poseía una especie de magia, una falta de consecuencias que tal vez le ayudara a dejar establecida al menos una especie de amistad.

Se animó al verla. Iba envuelta en una tela azul oscuro que le dejaba los hombros al descubierto; la recibió con una sonrisa al ver que lucía la perla gris engarzada en oro sobre el pecho, que se le hinchaba levemente con la respiración. Alexandria merecía la fama que tenía, sin duda.

—Me marchó, Servilia —dijo acercándose a ella—. Parto a la Galia. Estaba en las puertas cuando me acordé de ti.

Creyó ver que una sonrisa le asomaba a los labios cuando se acercó más, y se animó. Nunca le había parecido tan bella como en ese momento, y supo que no le costaría nada recordar su rostro durante la larga marcha que le esperaba. Le tomó las manos y se las apretó mirándola a los ojos.

—¿Por qué no vienes? —le dijo—. Pondré el mejor carro de Roma a tu disposición en la columna. Hay un asentamiento romano en el sur de la Galia, y podrías estar conmigo.

—¿Para ahorrarte el trabajo de buscarte ramerías, Julio? —le dijo en voz baja—. ¿Te preocupa lo que harás sin una mujer tan lejos de casa?

Julio se quedó con la boca abierta mirando la fría dureza que le mostraba con una intensidad que casi daba miedo.

—No te entiendo —dijo.

Lo soltó y Julio se balanceó. Estaba tan cerca que olía su perfume, como para

enloquecer. No poder tocarla después de haberla poseído enteramente. La cólera se apoderaba de él.

—Eres cruel, Servilia —musitó, y ella se rió de él.

—¿Sabes a cuántos amantes he visto chillar en esta casa por dejarlos plantados? Y cónsules también, Julio, ¿o crees que son tan poderosos que están por encima de estas cosas? No sé lo que querías de mí, pero no lo tengo. ¿Lo entiendes?

Una voz de hombre llamó a Servilia desde atrás, y Julio se puso en tensión.

—¿Craso? ¿Está aquí?

Servilia dio un paso adelante y le puso la mano en el pecho empujándolo. Habló enseñando los dientes, con una voz desprovista de la suavidad que él amaba.

—No es asunto tuyo a quién recibo, Julio.

Julio perdió la paciencia y apretó los puños de rabia e impotencia. En pleno ataque de pasión, pensó en arrancarle la perla del cuello, pero ella se alejó como si lo intuyera.

—¿Ahora serás su ramera? Al menos en edad os parecéis más —dijo.

Le dio un fuerte bofetón y él le cruzó la cara con otro casi al instante, de modo que ambos sonaron prácticamente a la vez.

Servilia lo atacó con la otra mano y le arañó la mejilla con las uñas; Julio la miró con una mueca y avanzó al contraataque. La ira lo cegaba cuando por fin ella retrocedió, y entonces, jadeando, con una expresión de amargura, se sintió vacío por dentro. Una gota de sangre le rodó por la mejilla desde el arañazo, y la siguió con la mirada.

—Bien, ya sabemos quién eres, Julio —dijo ella rígida ante él.

La boca empezaba a hinchársele y Julio se avergonzó totalmente.

Ella se burló.

—A ver qué dice mi hijo cuando me vea —comentó con los ojos brillantes de malicia, y Julio sacudió la cabeza.

—Te lo habría dado todo, Servilia. Todo lo que hubieras querido —dijo en voz baja.

Ella se marchó y lo dejó solo.

Bruto estaba de pie cuando Julio reapareció en las estancias exteriores. Octavio y Domitio estaban con él y, por la expresión de la cara, supo que lo habían oído todo. Bruto estaba pálido, con los ojos vidriosos, y Julio se estremeció involuntariamente de temor al verlo.

—¿La has golpeado, Julio? —preguntó.

Julio se llevó la mano a la mejilla.

—No voy a darte explicaciones, ni tan siquiera a ti —replicó, y pasó de largo ante los tres hombres.

Bruto se llevó la mano a la empuñadura de oro que había ganado, y Domitio y

Octavio hicieron lo propio, pero situándose entre Bruto y Julio.

—No —le dijo Domitio—. ¡Atrás!

Bruto dejó de mirar a Julio y se dirigió a los hombres que se enfrentaban a él amenazadoramente.

—¿De verdad creéis que podéis detenerme? —dijo. Domitio le sostuvo la mirada.

—Sí, si es necesario. ¿Crees que sacar la espada cambiará algo? Lo que suceda entre ellos te incumbe tanto como a mí. Déjalo.

Bruto soltó el pomo de la espada. Abrió la boca para decir algo, pero dejó atrás a sus compañeros y se dirigió hacia los caballos; montó de un salto y se dirigió a medio galope a la salida.

Domitio se limpió el sudor de la frente con la mano. Miró a Octavio y vio en sus ojos la preocupación que le producían el choque de emociones que no podía soportar.

—Se tranquilizará, Octavio, ya lo verás.

—Lo olvidará con el esfuerzo de la marcha —dijo Julio siguiendo a su amigo con la mirada. Esperaba que así fuese. Volvió a tocarse la mejilla con un estremecimiento—. No es el mejor de los augurios —murmuró para sí—. En marcha, señores. Con lo que he visto de esta ciudad, tengo suficiente para mucho tiempo. En cuanto trasapemos la línea de las puertas, estaremos libres de todo.

—Eso espero —replicó Domitio, pero Julio no lo oyó.

Cuando se acercaban a las puertas del Quirinal, Bruto aguardaba a su sombra. Julio le vio los ojos inyectados de sangre, con una expresión asesina, cuando se detuvieron a su lado.

—Cometí el error de volver a verla, Bruto —dijo Julio observándolo minuciosamente. Amaba a su amigo más que a nadie en el mundo, pero si se llevaba la mano al pomo del *gladius*, estaba dispuesto a desbaratarle el ataque embistiéndolo con el caballo. Cuando Bruto levantó la mirada, Julio tenía todos los músculos de las piernas dispuestos para la acción.

—Las legiones están listas para la marcha. Es la hora —dijo con una mirada fría.

Julio soltó el aire contenido lentamente y dejó morir las palabras en la garganta.

—Entonces guíanos —dijo en voz baja.

Bruto asintió. Sin decir una palabra cruzó las puertas y salió al Campo de Marte, pero no volvió la vista atrás. Julio clavó los talones al caballo y lo siguió.

—¡Cónsul! —gritó una voz entre la multitud.

Julio gruñó en voz alta. ¿Es que no iban a terminar nunca? La sombra de la puerta estaba ya muy cerca, llamándolo. Con rostro severo se volvió hacia el grupo de hombres que se acercaba a caballo. Herminio, el prestamista, iba a la cabeza, y al reconocerlo, ansió más aún las puertas de la ciudad.

—Señor, me alegro de haberte encontrado. Seguro que no tienes intención de marcharte de la ciudad sin amortizar los préstamos —dijo Herminio jadeando

después del esfuerzo.

—Acércate —dijo Julio haciéndole una seña. Condujo al caballo hasta la sombra de la puerta y Herminio lo acompañó sin entender. Julio lo miró—. ¿Ves esa línea, donde las puertas han marcado un surco en la piedra? —preguntó.

Herminio asintió sin comprender todavía y Julio sonrió.

—Bien. Entonces puedo decirte que he gastado hasta la última moneda de cobre que me han prestado o que he tenido que suplicar para pertrechar a mis hombres con el fin de ir a la Galia. Sólo las provisiones, los bueyes y los asnos para transportarlas me han costado una pequeña fortuna. Sal, cuero, lingotes de hierro, oro para sobornar, caballos, lanzas, sillas de montar, tiendas, herramientas..., la lista no tiene fin.

—Señor, ¿quieres decirme que...? —balbució Herminio empezando a comprender.

—Quiero decir que en el momento en que cruce ese surco todas las deudas quedarán atrás. Mi palabra es buena, Herminio.

Te pagaré cuando vuelva, por mi honor. Pero hoy no obtendrás de mí una sola moneda.

Herminio se puso rígido de rabia e impotencia. Echó una mirada fulminante a las corazas de plata de los jinetes que flanqueaban a Julio. Después suspiró e intentó sonreír.

—Espero tu regreso con anhelo, cónsul.

—Ya lo sé, Herminio —replicó Julio, e inclinó la cabeza saludándolo irónicamente.

Cuando el prestamista se hubo marchado, Julio miró hacia atrás, hacia el otro lado de las puertas, por última vez. Los problemas de la ciudad ya no eran suyos, al menos durante un tiempo.

—Y ahora —dijo dirigiéndose a Domitio y Octavio— hacia el norte.

SEGUNDA PARTE

LA GALIA.

XXII

—Entonces ¿por qué estás con él? —preguntó Cabera. En el guerrero con armadura de plata que tenía detrás sólo quedaban rastros lejanos del niño que había sido, y muy pocos de los acampados se habrían atrevido a hacer semejante pregunta a Bruto.

Se quedaron mirando a Julio, que subía los escalones del muro de los arqueros, en la parte superior de la barrera que habían levantado. Estaba muy lejos y no se distinguían los pormenores, aunque Bruto vio el reflejo del sol en la coraza. Después dejó de mirar a lo lejos y se volvió bruscamente hacia Cabera como si acabara de recordar que estaba allí.

—Míralo —dijo—. Hace menos de dos años salía de Hispania sin nada, y ahora es cónsul, con una orden en blanco del senado. ¿Qué otro habría podido traerme aquí al mando de mi propia legión? ¿A qué otro te habría gustado que siguiera?

Hablaba con amargura y Cabera temió por los dos hombres que había conocido cuando eran niños. Se había enterado de los detalles de la separación de Servilia y Julio, aunque el hijo de la mujer nunca había hablado de ello. De todos modos deseaba preguntarle, aunque sólo fuera por calcular el alcance de los daños.

—Es el más antiguo de tus amigos —dijo Cabera, y Bruto pareció conmoverse.

—Y yo soy su espada. Cuando considero con calma lo que ha hecho, me quedo pasmado, Cabera. ¿Es que están tan ciegos en Roma, que no ven su ambición? Julio me contó el trato que había hecho con ellos, y todavía no me lo puedo creer. ¿Es posible que Pompeyo crea que ha conseguido lo mejor? Aunque se haya quedado con la ciudad, es en calidad de inquilino, esperando a que el dueño vuelva a casa. El pueblo lo sabe. Ya viste la multitud que salió a despedirnos al Campo de Marte. Pompeyo es un necio si cree que Julio se conformará con menos que una corona.

Dejó de hablar en seco y miró alrededor automáticamente, a ver si alguien estaba escuchando. Los dos se apoyaron contra la fortificación que habían tardado meses en levantar. Veinte millas de muralla y tierra, y en ningún punto de una altura menor a la de tres hombres altos. Se erguía sobre el río Ródano dominando su curso, que marcaba la frontera septentrional de la provincia romana. Era una barrera tan sólida como los Alpes, que se alzaban hacia oriente.

Dentro de las murallas se habían reunido piedras y hierro suficientes para hundir a cualquier ejército que intentara cruzar el río. Las legiones montaban guardia con confianza, aunque ni un solo soldado creía que Julio se conformaría con defender la plaza teniendo en cuenta el documento que había traído consigo.

Se lo había enseñado al pretor de la diminuta provincia romana agazapada al pie de los Alpes; el hombre se quedó blanco al leerlo, tocando con respeto el lacre del senado. Nunca había visto una orden redactada con tanta ambigüedad; sólo pudo inclinar la cabeza mientras pensaba en las implicaciones. Pompeyo y Craso no habían

cuestionado ningún detalle; además Bruto sabía que el documento se lo había dictado Julio a Adán, y luego lo había mandado a sellar y a someterlo a la aprobación del senado. Con brevedad y precisión concedía poderes absolutos a Julio en la Galia, y eso lo sabía hasta el último de sus legionarios.

Cabera se frotó los flojos músculos de un lado de la cara y Bruto lo miró con compasión. Después de curar a Domitio, el anciano se había debilitado mucho y a consecuencia de ello un lado de la cara y la mitad del cuerpo se le habían quedado prácticamente inútiles. Nunca volvería a tensar un arco, había cruzado los Alpes en una litera transportada por soldados de la Décima. Pero jamás se quejaba. Bruto creía que sólo su inmensa curiosidad lo mantenía con vida. Sencillamente, no moriría mientras hubiera cosas que ver; y la Galia era un terreno tan salvaje y desconocido para él como para los demás.

—¿Te duele? —le preguntó.

Cabera se encogió de hombros lo mejor que pudo y se retiró la mano de la cara. Un párpado se le cerró al devolver la mirada a Bruto y de vez en cuando se limpiaba la baba de la comisura de la boca antes de que se le cayera. Ese gesto se había convertido en parte de su vida.

—Nunca estoy mejor, amado general de Roma, a quien conocí cuando era un mocoso. Nunca estoy mejor, pero me gustaría ver el panorama desde la cima, y puede que necesite que alguien me lleve arriba. Estoy débil, y la subida requiere un par de piernas fuertes.

Bruto se puso de pie.

—Yo también pensaba subir ahora que los helvecios se están reuniendo en la otra orilla. Cuando les digan que Julio no les permite el paso por nuestra pequeña provincia, quizá ocurra algo interesante. ¡Arriba, viejo! ¡Dioses, no pesas nada!

Cabera soportó que Bruto se lo cargara a la espalda; los fuertes brazos del general lo sujetaban por las piernas mientras él lo agarraba con el brazo derecho y el otro quedaba colgando inútilmente.

—Lo que debes tener en cuenta, Bruto, es la calidad de la carga, no el peso —dijo, y aunque la parálisis le impedía hablar con claridad, Bruto lo entendió y sonrió.

Julio estaba en lo alto de la muralla mirando las rápidas aguas del Ródano, que la fuerza de la corriente convertían en espuma blanca en algunas partes. En la orilla opuesta del ancho río el horizonte hervía de gente: hombres, mujeres y niños. Algunos estaban sentados con los pies en el agua como si no pensarán en otra cosa que en pasar una tarde ociosa. Los niños y los ancianos llevaban ropas sencillas, sujetas con un cinturón o una cuerda. Entre ellos se distinguían cabellos dorados y rojizos, además de los castaños, más comunes. Tenían bueyes y asnos cargados con enormes cantidades de provisiones, suficientes para abastecer a un ejército de aquel tamaño durante la marcha. Julio comprendía sus dificultades teniendo en cuenta los

problemas con los que se había encontrado para alimentar a sus legiones. Sencillamente, para alimentar tantas bocas hambrientas no era posible quedarse mucho tiempo en un lugar; todo ser vivo era arrancado de las tierras por donde pasaban y habrían de pasar generaciones para que los rebaños recuperasen vigor. Los helvecios sembraban pobreza a su paso.

Los soldados se destacaban por sus corazas de cuero oscuro. Circulaban entre la gente llamando la atención a quienes se acercaban demasiado al río. Julio vio que uno desenvainaba y con la espada plana despejaba un espacio para la barca que otros transportaban. Era una escena caótica, se oían las notas de una melodía en el aire frío, aunque el músico permanecía oculto a la vista entre la multitud.

Los helvecios posaron la barca al ritmo de un cántico y la sujetaron firmemente en el bajío mientras un equipo de remeros se colocaba a los remos. Julio pensó que, aun siendo tres por banda, tendrían que esforzarse mucho para que la corriente no los arrastrase río abajo. Sería ridículo que pensaran en invadirlos en esas condiciones, y los romanos que los observaban permanecían tranquilos.

Era imposible calcular su número ni por aproximación. Julio no ponía en duda las informaciones según las cuales los helvecios habían incendiado sus tierras y se habían dirigido hacia el sur. Todos los componentes de la numerosa tribu habían abandonado su hogar y, a menos que se los detuviera, su camino pasaba por el centro de la estrecha provincia romana establecida al pie de los Alpes.

—Nunca había visto una emigración de este calibre —dijo Julio casi para sí mismo.

El oficial romano que estaba a su lado lo miró. El hombre había recibido con agrado a las legiones de Julio, sobre todo a los veteranos de la Décima. Algunos hombres de la avanzadilla comercial habían encajado mal el cambio de autoridad que había significado la llegada de César, pero para otros había supuesto la reinmersión inmediata en la vitalidad de su vieja ciudad. Cuando hablaban entre ellos, lo hacían con alegría contenida y confianza renovada. Ya no tendrían que soportar más las burlas de los mercaderes galos ni sufrir que su presencia fuera tolerada, aunque no los aceptarían jamás. La plaza, que contaba con una sola legión, apenas alcanzaba consideración en Roma, y sin el comercio del vino es posible que la provincia hubiera sido abandonada por completo. Los que todavía soñaban con ascender y forjarse una carrera recibieron a César con los brazos abiertos, y sobre todo el comandante, Marco Antonio.

Cuando Julio le enseñó las órdenes del senado, el general no pudo evitar la lenta sonrisa que iluminó su expresión.

—Así, al menos veremos algo de acción —le dijo—. He escrito muchas cartas, y empezaba a perder las esperanzas.

Julio estaba preparado para encontrarse con actitudes de consternación, e incluso

con la amenaza de la desobediencia. Había entrado en la ciudad romana con cara de muy pocos amigos, y dispuesto a imponer su voluntad, pero ante semejante reacción, la tensión desapareció y se rió a carcajadas del sincero placer manifestado por Marco Antonio. Se sopesaron mutuamente y ambos hallaron algo agradable en el otro. Julio escuchó fascinado el resumen del general sobre la región y la inestable tregua que tenían pactada con las tribus locales. Marco Antonio no le ocultó ninguno de los problemas a los que se enfrentaban, pero hablaba con una visión profunda de las cosas, y Julio lo incluyó inmediatamente en las reuniones del consejo.

Si a los demás no les gustó el ascenso repentino del nuevo general, no lo demostraron. Marco Antonio llevaba cuatro años en la provincia y les ofreció un informe detallado de la red de alianzas y feudos que embarraba la relación comercial y entorpecía la administración eficiente.

—Podría considerarse una marcha de conquista, señor, mejor que un movimiento de emigración —dijo Marco Antonio—. Cualquier tribu menor pierde a sus mujeres, sus reservas de cereales, todo. —El hombre que Roma había enviado le imponía respeto, pero se le había pedido que se expresara con libertad, y además le agradaba la categoría que las circunstancias acababan de otorgarle, sobre todo entre sus propios hombres.

—Entonces ¿no se les puede obligar a dar media vuelta? —preguntó Julio sin dejar de observar a la multitud que se movía en la orilla opuesta.

Marco Antonio miró también desde la muralla hacia las legiones, formadas en orden de batalla, y sintió un leve estremecimiento de placer al pensar en la fuerza que representaban aquellos cuadrados. Además de los diez mil hombres de Julio, habían acudido tres legiones más del norte de Italia. Aquello era una demostración muy superior a cualquier otra de los nuevos poderes con que había sido investido, pues había bastado con mandar mensajeros con una copia de sus órdenes para que regresaran cruzando los Alpes a marchas forzadas con quince mil soldados más.

—Si se los obliga a dar media vuelta, morirán de hambre este invierno, señor. Según mis exploradores, han incendiado cuatrocientas aldeas con todo el cereal de invierno. Saben que no pueden volver y por lo tanto lucharán con mayor ardor.

Bruto llegó a la plataforma por detrás de ellos y posó a Cabera de forma que pudiera sostenerse en la barandilla de madera con el brazo sano a ver los preparativos. Bruto saludó al acercarse a Julio, más concienzudo que nunca respecto a la disciplina ante el recién llegado. No podía decirse exactamente que Marco Antonio le gustara. La forma en que se mostraba de completo acuerdo con los planes y ambiciones de Julio le parecía falsa, aunque prefería no decir nada por evitar que se interpretase como celos. Y en verdad eso fue lo que experimentó al verlos charlando como dos viejos amigos mientras observaban el ejército helvecio de la otra orilla. Frunció el ceño ante un comentario humorístico que Marco Antonio se permitió sobre

la numerosa hueste; tanto Julio como él parecían competir en calculada espontaneidad.

El hecho de que Marco Antonio fuera un hombre corpulento y campechano, de los que divertían a Julio las pocas veces que se los encontraba, no mejoraba la situación. Bruto sabía que no había cosa que hiciera disfrutar tanto a Julio como el valor y la risa atronadora de hombres que le recordaban a su tío Mario, y por lo visto Marco Antonio encajaba con dicha descripción como si lo hubiera conocido personalmente. En altura sacaba una cabeza a Julio, y su nariz gritaba al mundo que por sus venas corría vieja sangre romana. Era el rasgo predominante de su rostro, además de unas cejas muy espesas, y a menos que estuviese riéndose, tenía una expresión severa y noble por naturaleza. Hablaba de su linaje a la menor ocasión, daba la impresión de creer que era de sangre patricia por el simple hecho de poder nombrar a tantos antecesores.

A Sila también le habría gustado mucho, pensaba Bruto con rabia. Marco Antonio no paraba de plantear cosas que ahora, con la llegada de Julio, podrían llevarse a cabo, ya que al parecer por un motivo u otro él no había sido capaz de hacerlas por su cuenta. Bruto se preguntaba si el noble romano se percataba de lo que Julio habría hecho allí en su lugar; con legión o sin ella.

Dejó de pensar en esas cosas y se apoyó en la barandilla a mirar la barca que se acercaba a la orilla romana; los remeros saltaron al agua, poco profunda ya, y sacaron la pequeña embarcación del río arrastrándola. Se quedaron a la sombra de la muralla que los romanos habían levantado para detenerlos. A pesar del elevado número, Bruto no creía que intentaran romper las líneas romanas.

—Tienen que haber entendido que podemos hundirles todas las barcas con lanzas y piedras sin darles tiempo a llegar a esta orilla. Atacarnos sería un suicidio — comentó Julio.

—¿Y si los dejamos pasar en paz? —preguntó Marco Antonio sin apartar los ojos de los mensajeros que se separaron de los remeros.

Julio se encogió de hombros.

—Quedará demostrado que se han sometido a la autoridad romana. De un modo u otro reafirmaré mi posición en este país.

Bruto y Cabera miraron a la vez al hombre que tan bien conocían y vieron la feroz expresión de placer con que aguardaba en la muralla las palabras de los helvecios.

Habían visto una expresión semejante cuando Marco Antonio se había dirigido a todos en el primer consejo de generales hacía unos meses.

—Me alegro de que estén aquí, señores —les dijo—, estaban a punto de invadirnos.

Julio quería conquistar tierras sin civilizar; pensó Bruto. Los helvecios no eran

más que una tribu de aquella parte, por no hablar del país entero que Julio soñaba conquistar para Roma. Con todo, era imposible imaginarse el humor sombrío que lo había caracterizado en Hispania al verlo allí en la muralla. Todos lo percibían, y Cabera cerró los ojos, pues todos los sentidos levantaron el vuelo contra su voluntad y se echaron a las calles del futuro.

El anciano se derrumbó, y se habría caído si Bruto no lo hubiera sujetado. Nadie más movió un músculo mientras los mensajeros hablaban; Julio se dirigió al intérprete para recibir el mensaje en entrecortado latín. Sonrió para sí ocultando el rostro a los mensajeros y luego se volvió a ellos y apoyó ambas manos en la ancha barandilla.

—No —dijo mirando abajo—, no pasaréis. —Entonces miró a Marco Antonio—. Si rodean el Ródano marchando hacia el oeste antes de dirigirse al sur, ¿con qué tribus se encontrarán?

—Los eduos están justo al oeste, es decir, serían los que más sufrirían, aunque los ambarros y los alóbrogos... —comenzó Marco Antonio.

—¿Quiénes son los más ricos? —lo interrumpió Julio.

Marco Antonio dudó.

—Los eduos tienen fama de poseer rebaños muy numerosos y...

—Manda a su jefe a los jinetes más veloces para que me lo traigan aquí con todas las garantías de seguridad —dijo Julio mirando de nuevo hacia abajo.

En el río la barca ya se alejaba hacia la orilla opuesta, aunque todavía pudo advertir la rabia de los hombres que iban en ella.

Dos noches después el pequeño fuerte estaba en silencio, aunque Julio oyó las pisadas de los soldados que hacían el cambio de guardia en las murallas. Se habían construido barracones nuevos para los soldados que había traído de Roma, pero las tres legiones de Ariminum todavía pernoctaban en las tiendas, en campamentos fortificados. Julio no tenía intención de construirles un asentamiento permanente, esperaba que no fuera necesario.

Aguardó con impaciencia a que sus palabras fueran traducidas al jefe de los eduos por medio del intérprete que Mhorbaine había proporcionado. Le parecía que el hombre se extendía mucho más de lo justificable, pero había preferido no decirles que Adán conocía su lengua, lo cual le daba una ventaja que los otros ignoraban. El escribano hispánico se había sobresaltado al oír las primeras palabras de los galos. Su pueblo hablaba una variante de la misma lengua suficientemente cercana como para entender la mayor parte de las conversaciones. Julio se preguntó si en algún momento del pasado lejano habrían sido un solo pueblo, una tribu nómada quizá, venida de tierras lejanas para instalarse en la Galia y en Hispania cuando Roma no era más que una aldea entre siete colinas.

A partir de entonces Adán acudía a todas las reuniones y disimulaba que

escuchaba copiando laboriosamente las notas y cartas que Julio dictaba. Cuando se quedaban solos, Julio le preguntaba hasta el último detalle y generalmente la memoria no le fallaba.

Julio miró al aplicado joven hispánico mientras el intérprete repetía el peligro que al parecer representaban los helvecios con todo lujo de pormenores. El jefe de los eduos era un modelo de su etnia, un hombre de cabello oscuro y ojos negros, de cara enjuta y correosa y con la barba untada de aceite. Los eduos decían que no tenían rey, pero Mhorbaine era el magistrado principal, por elección, no por nacimiento.

Julio tamborileaba con una mano sobre la otra en tanto Mhorbaine respondía y el intérprete hacía una pausa para ordenar la traducción.

—Los eduos aceptan tu ayuda de buen grado para expulsar a los helvecios de las fronteras —dijo por fin.

Julio soltó una carcajada que hizo brincar a Mhorbaine.

—¿Aceptan? —repitió riéndose—. Dile que yo salvaré a su pueblo de la destrucción si nos pagan en cereales y carne. Mis hombres tienen que comer. Para alimentar a treinta mil hombres es necesario sacrificar más de doscientas cabezas de ganado al día como mínimo. Aceptaré el equivalente en caza o cordero, además de cereal, pan, aceite, pescado y especias. Sin víveres no moveremos un dedo.

Así dio comienzo la negociación en serio, que se demoraba a cada nuevo paso por la lentitud del intérprete. Julio se moría por echarlo de allí y poner en su lugar a Adán, más rápido y mejor dotado para las lenguas, pero se contuvo; las horas pasaban y la luna subía teñida de color naranja por encima de las montañas, detrás de ellos. Mhorbaine también parecía a punto de perder la paciencia, y cuando todos estaban esperando a que el vacilante intérprete completara otra frase, el galo dio un manotazo al aire y empezó a hablar en claro latín con acento romano.

—Basta de este necio. Te entiendo perfectamente sin él.

Julio rompió a reír ante el descubrimiento.

—Sé que asesina mi lengua. ¿Quién te enseñó a ti la lengua de Roma?

Mhorbaine se encogió de hombros.

—Marco Antonio mandó hombres a todas las tribus nada más llegar. A casi todos los mataron y así se los devolvieron, pero yo me quedé con el mío. Ese ser miserable aprendió con el mismo hombre que yo, aunque aprendió mal. No tiene oído para las lenguas, pero era el único de que disponía.

La negociación avanzó con rapidez a partir de ese momento, y a Julio seguía haciéndole gracia que el galo hubiese intentado ocultar sus conocimientos. Se preguntó si Mhorbaine sospecharía de la función de Adán en la reunión. Probablemente sí. El jefe eduo era perspicaz y Julio percibió que lo estudiaba fríamente hasta el final.

Cuando la reunión concluyó, Julio se levantó y puso una mano a Mhorbaine en el

hombro. Notó fuertes músculos bajo el paño de lana. El hombre tenía más de jefe guerrero que de magistrado, al menos tal como él entendía dichos cargos. Lo acompañó hasta los caballos y después volvió para hablar con Adán.

—¿Y bien? —dijo Julio—. ¿Me perdí algún detalle importante antes de que Mhorbaine estallara?

Adán sonrió al verlo tan alegre.

—Mhorbaine preguntó al intérprete si tenías fuerza suficiente para obligar a los helvecios a dar media vuelta, y él dijo que le parecía que sí. Es lo único que no oíste. No tienen elección si no quieren ver sus rebaños tragados por los helvecios.

—Perfecto. Me he transformado; ya no soy un invasor extranjero tan peligroso en todo como los propios helvecios, sino un romano que responde a la petición de ayuda de una ¡tribu atribulada! Escríbelo así en los informes que envíes a la ciudad. Quiero que mi pueblo tenga una buena opinión de lo que hago aquí.

—¿Eso es muy importante? —preguntó Adán.

Julio resopló.

—No te haces una idea de lo importante que es. Los ciudadanos no quieren saber cómo se conquistan países. Prefieren pensar en ejércitos que se rinden ante nuestra superioridad moral, no ante nuestra fuerza. Me veo obligado a pisar ese terreno con cuidado, incluso contando con las órdenes del senado. Si se producen variaciones entre los poderes de Roma, podrían hacerme volver, y tengo enemigos a los que les gustaría verme caer en desgracia. Manda los informes con franqueo suficiente como para que se lean en todas las calles y en el foro. Que el pueblo sepa de nuestros progresos en su nombre. —Hizo una pausa y el buen humor fue dando paso a la seriedad a medida que pensaba en los problemas a los que se enfrentaba—. Ahora lo único que tenemos que hacer es derrotar al ejército más numeroso que he visto en mi vida, y entonces tendremos verdaderas buenas noticias que mandar a Roma —dijo—. Llama a Bruto, Marco.

Antonio, Octavio y Domicio, mi consejo en pleno. Y también a Renio, su consejo siempre es bueno. Di a Bruto que mande partidas de reconocimiento. Quiero saber dónde están los helvecios y cómo se organizan. Rápido, muchacho. Hay que planear una batalla y ponerse en marcha al amanecer.

XXIII

Julio observaba los movimientos de los helvecios en la llanura tumbado boca abajo. A pesar de la concentración, notaba el verdor exuberante de la tierra. La tierra romana parecía pobre en comparación. En vez de las montañas yermas del sur que él conocía, donde los campesinos arañaban la supervivencia al terreno, veía extenderse vastas llanuras de buena tierra y ansiaba poseerla con toda la fuerza primitiva del hombre que se ha esforzado por sus propias cosechas. La Galia podía alimentar un imperio.

La luz empezaba a desaparecer y apretó los puños de excitación al oír las notas de las trompas que la brisa le llevaba. La gran columna se detenía a pernoctar. Un soldado de reconocimiento se detuvo a su lado con un resbalón y se tumbó a su lado jadeando.

—Parece que están todos, señor. No he visto retaguardia ni reservas, señor. Avanzan deprisa, pero tienen que descansar esta noche o empezarán a dejar cadáveres en la llanura.

Julio se sacó un paquete doblado de cuero de la armadura y lo abrió en el suelo. El soldado miraba fascinado cómo el general retiraba dos piedras redondeadas de cristal de roca, las encajaba en un tubo de cuero y finalmente montaba el artilugio sujetándolo con unas arandelas de bronce que se cerraron con un clic seco y discreto. El telescopio era de Mario, muy antiguo y valioso; no podía permitir que cualquiera lo manoseara y sólo lo usaba él. Miró a los helvecios por el tubo y asintió para sí.

—Ahora están deteniéndose. ¿Ves a los soldados, que se disponen en grupos alrededor del centro? Parece una falange de lanceros griegos. Me pregunto si lo habrán descubierto ellos solos y si sus antecesores pasarían por tierras griegas en algún momento. Si tengo ocasión, se lo preguntaré a uno de ellos.

Recorrió la llanura con el telescopio pensando en las posibilidades. Una milla más atrás, en los bosques, tenía treinta mil de legionarios dispuestos a caer sobre los helvecios, pero después de una marcha forzada de casi cuarenta kilómetros para interceptar a la tribu, los hombres estaban agotados. Le fastidiaba no haber podido transportar las grandes ballestas y escorpiones de guerra que constituían una parte importante de la fuerza de las legiones. La llanura era perfecta para su uso, pero permanecerían desmontadas en las carretas que había traído de Roma hasta que abriera calzadas en la tierra.

—¿Sabes cuántos guerreros hay, señor? —preguntó el soldado en un susurro, impresionado por el ejército que tenían delante. Los helvecios estaban muy lejos para oír, pero el contingente de emigrantes era tan enorme que resultaba opresivo, y Julio respondió también en voz baja.

—Diría que unos ochenta mil, pero no estoy seguro con respecto a los seguidores. En cualquier caso, es mucha más gente de la que he visto nunca —dijo.

Eran demasiados para mandar una legión directamente al ataque, aunque no hubiera estado agotada por la marcha. Cerró un ojo y volvió a mirar por las lentes deseando que permitieran ver con mayor claridad. Tenía paños para limpiarlas en la bolsa, pero apenas los usaba en el campo por temor a que alguna brizna rayara los cristales. ¡Cuánto habría dado por disponer de ese artilugio en Grecia! Dondequiera que mirara lo veía todo el doble de grande que a simple vista, y prácticamente con la misma nitidez. Algunas veces los exploradores utilizaban un tubo vacío para ayudarse a centrar la mirada, pero las lentes valían su peso en oro, si no más. Movié el telescopio lentamente de delante atrás por el terreno, buscando algún aspecto ventajoso.

—Di a Bruto que venga —ordenó.

No tardó en oír pasos que se acercaban corriendo, y Bruto apareció a su lado y se agachó entre la hojarasca húmeda.

Los helvecios habían recorrido un valle ancho que terminaba en las tierras de los eduos. Habían apretado la marcha bordeando el río y Julio estaba impresionado por la resistencia y el grado de organización que demostraban cuando el campamento nocturno empezó a tomar forma en la llanura. Si se adentraban un poco más en las tierras de los eduos, se encontrarían con densos bosques, y la ventaja de la legión se perdería. Los bosques de la Galia no eran espaciosos como los de Roma, sino enmarañados de vegetación rastrera que impediría totalmente la intervención organizada de los caballos. La jornada sería para la superioridad numérica, y los helvecios contaban con una hueste numerosa de guerreros que no tenían donde ir sino hacia delante.

La tribu había incendiado la primera aldea que habían encontrado en la frontera de los eduos, y las partidas de reconocimiento habían informado de que no había quedado nadie con vida. Las mujeres y los animales habían sido integrados a la columna y el resto, pasado por las armas. Pueblo a pueblo cruzarían la tierra como langostas a menos que Julio los detuviera en la llanura. Dio gracias a los dioses porque se detuvieran a pasar la noche. Su gran contingente les daba un exceso de confianza en sí mismos, aunque, a pesar de la buena preparación de las legiones, era difícil imaginarse cómo atacarlos y vencer.

—¿Ves aquella colina del oeste? —preguntó a Bruto señalando un peñasco macizo de capas verdes y grises a media distancia. Bruto asintió—. Es una posición fuerte. Lleva a la Décima y a la Tercera a la cima, que estén listos al amanecer. Los helvecios verán la amenaza y no permitirán que te quedes ahí acosándolos. Llévate a los arqueros de Ariminum, pero mantenlos lejos del frente. Los arqueros harán más labor desde allá arriba que en la llanura. —Sonrió con gravedad y le dio una palmada en el hombro—. Esos hombres nunca se han enfrentado a las legiones, Bruto. No verán más que a unos diez mil frente a ellos cuando salga el sol. Vas a educarlos.

Bruto lo miró. El sol ya se ponía y encendía en los ojos de Julio una mirada feroz.

—Cuando lleguemos ya será de noche —contestó Bruto. Era lo máximo que podía aproximarse a cuestionar una orden con los exploradores por allí cerca.

Julio no pareció captar las reservas de Bruto, y añadió rápidamente:

—Tenéis que trepar en silencio absoluto. Cuando os vean y carguen, caeré sobre ellos por la retaguardia. Vamos, rápido.

Bruto se retiró con sigilo hasta desaparecer y echó a correr hacia sus hombres.

—Arriba, muchachos —dijo al alcanzar las primeras filas de la Décima—. Esta noche no dormiremos mucho.

Al acercarse el amanecer Julio estaba de nuevo vigilando la llanura. El sol salió por detrás de él; una luz gris clara dominaba el aire desde mucho antes de que el sol se levantara por encima de las montañas. Los helvecios empezaron a colocarse en orden de marcha y a despertar a las otras castas de malos modos. Comprobó que los que poseían espadas y lanzas se consideraban una clase superior e intimidaban al resto, pero no llevaban víveres y podían luchar o correr en cualquier momento. Esperaba el instante en que descubrieran a las legiones formadas en la colina y el tiempo se le alargaba interminablemente.

A su espalda Marco Antonio aguardaba con su legión y tres más; sin desayuno ni fogatas con que calentarse, tenían frío y estaban de mal humor. No parecía suficiente para enfrentarse a un ejército tan numeroso, pero no se le ocurría una forma mejor de cambiar la relación de fuerzas.

Un caballo llegó al galope desde atrás y Julio se volvió furioso haciendo señas al jinete de que se agachara antes de que lo vieran. Él se incorporó un poco hasta ponerse en cuclillas al ver la palidez del explorador, y cuando éste hubo desmontado, apenas tenía resuello para hablar.

—¡Señor, hay una fuerza enemiga en la colina del oeste! ¡Son muchos!

Julio miró de nuevo a los helvecios a la pálida luz del día. Seguían desmontando el campamento sin dar señales de miedo ni inquietud. ¿Acaso habían descubierto sus partidas de reconocimiento y estaban preparados para rodearlos? Su respeto por la tribu subió un punto. ¿Y dónde estaba Bruto? Los dos ejércitos no habían podido encontrarse durante la noche, de lo contrario el fragor de la batalla se habría oído en millas a la redonda. ¿Se habría equivocado de altozano en la oscuridad? Soltó un juramento, furioso por el revés de la fortuna. Montó el telescopio, pero el ocular estaba negro y no servía de nada con tan poca luz. No tenía medios para comunicarse con las legiones que no veía, y no se atrevía a ordenar el ataque hasta tenerlas a la vista.

—Le arrancaré las pelotas —prometió, y luego se dirigió al hombre que tenía al lado—. Ni trompas ni señales. Retiraos, simplemente. Haz correr la voz y reagrupaos junto al río.

Mientras el explorador se alejaba, se oyó el lejano sonido de los cuernos que señalaban el comienzo de la marcha de los helvecios. La decepción lo desbordaba, la idea de atacarlos en pleno bosque no era nada atractiva en comparación con la victoria aplastante que se había imaginado. A solas y asqueado, desmontó el telescopio y guardó cada pieza con cuidado antes de volver junto a sus hombres.

Bruto esperaba a que el sol terminara de disolver las negras sombras del peñasco. Tema a la Décima dispuesta delante de la Tercera Gallica, confiaba en su mayor experiencia para contener cualquier movimiento que los helvecios pudieran hacer contra ellos. Además, una parte de su legión era gala. Julio había dicho que podía formarse una legión en menos de un año. Vivir, trabajar y luchar juntos era lo que más fortalecía los vínculos entre los hombres, pero siempre quedaba la sospecha corrosiva de lo que podría suceder si se ordenaba a esos hombres cargar contra su propio pueblo. Cuando Bruto les preguntó por los helvecios, simplemente se habían encogido de hombros, como si no les supusiera conflicto de ninguna clase. Ninguno pertenecía a esa tribu, y los que habían ido a Roma en busca de oro no parecían guardar una lealtad especial a los que habían dejado atrás. Eran mercenarios que sólo vivían por la soldada y encontraban camaradería entre sus iguales. Bruto sabía que la regularidad en el pago y las comidas que proporcionaba la legión eran un sueño para algunos de ellos, pero de todos modos había situado a la Décima en primera línea de combate.

A pesar del cansancio indecible después de la escalada, tenía que reconocer que Julio tenía vista para la tierra. Lo único que lamentaba era haber tenido que dejar a los *extraordinarii* en el campamento, pero ignoraba que el ascenso sería fácil y sólo causaría algunos esguinces y un brazo roto por una mala caída en la oscuridad. Tres hombres habían perdido la espada y tuvieron que conformarse con una daga, pero habían coronado el peñasco antes del amanecer y habían descendido por el otro lado sin perder a un solo hombre. El legionario que se había roto el brazo se lo ató al pecho, lucharía con la izquierda. Se había burlado de la idea de volver al campamento y señaló a Ciro, que se encontraba en primera fila, diciendo que él se encargaría de arrojar las lanzas en su lugar.

Con las primeras luces grises del alba Bruto mandó órdenes, que se transmitirían en voz baja, de alienar la formación que cubría las laderas. Hasta los veteranos de la Décima parecían desordenados después de haber tomado posiciones en la oscuridad, y su propia legión necesitó de las pértigas de los *optio* para formar ordenadamente. Bruto los observaba mientras aflojaban los correaes de las lanzas y, con cuatro por hombre, sabía que desbaratarían cualquier ataque que se les viniera encima. Los helvecios llevaban escudos ovalados, pero las pesadas lanzas los tirarían al suelo con escudo y todo.

El sol salió por detrás de las montañas y los helvecios se pusieron en marcha

hacia las legiones sin percatarse. Bruto sintió la emoción de siempre mientras aguardaba con sus soldados, la Décima y la Tercera los dominaban desde la altura. Sonrió pensando en lo que sucedería cuando lucieran los primeros rayos, y cuando sucedió, estalló en carcajadas. El sol empezó a iluminarlos desde las cimas. Diez mil cascos y corazas pasaron del gris oscuro al dorado en cuestión de minutos. Los penachos amarillos de crin de caballo que distinguían a los centuriones brillaban, y la columna helvecia se tambaleó abajo, en la llanura, mientras los hombres señalaban y daban voces de aviso.

Para la tribu fue como si la legión hubiera aparecido por arte de magia, pero no les faltó valor. Tan pronto como asimilaron la primera sorpresa, vieron el reducido ejército que se aferraba a las laderas del peñasco y casi al unísono gritaron retadoramente llenando el valle de voces.

—Deben de ser medio millón. Lo juro por Marte, medio millón por lo menos — musitó Bruto.

Vio que las falanges de guerreros acudían al frente como hormigas, con las lanzas como púas, y cubrían a toda velocidad el terreno que separaba a ambos ejércitos. Las primeras filas llevaban anchos escudos para derribar al enemigo, pero las formaciones no se mantendrían sobre las irregularidades del terreno peñoso. Corrían por el pedregal en cuesta como lobos, y Bruto sacudió la cabeza de asombro ante la numerosa horda que se les venía encima.

—¡Arqueros... medid! —gritó Bruto, y observó la alta trayectoria que describían cuatro flechas en el aire y el alcance máximo de los disparos. Sólo disponía de trescientos hombres de las legiones de Ariminum, y desconocía su habilidad. Sus flechas podían ser devastadoras contra hombres desprotegidos, pero dudó que a los helvecios, protegidos por grandes escudos, les provocaran algo más que algunas molestias.

—¡Lanzas, preparadas! —gritó.

La Décima preparó las armas y comprobó las posiciones por última vez. No apuntarían a los hombres, sino que arrojarían las pesadas lanzas de punta de hierro hacia lo alto, de modo que cayeran casi verticalmente en el momento del impacto. Se requería habilidad, pero a eso se dedicaban, y eran expertos.

—¡Medid! —gritó Bruto.

Se quedó mirando a Ciro, que ató un paño rojo a la punta de una de sus lanzas y la arrojó al aire con un gruñido. Nadie lo ganaba en longitud de tiro, y cuando la lanza se clavó temblando en la tierra, Bruto supo cuál era el alcance máximo a que podía aspirar: cincuenta pasos menos que las flechas, ladera abajo. Cuando las hordas helvecias cruzaran esa línea, les caería encima una granizada de saetas. Cuando rebasaran la lanza de Ciro, cuatro mil lanzas más caerían sobre ellos en menos de lo que el corazón tarda en latir diez veces.

Los helvecios empezaron a subir aullando por la ladera y la brisa matutina peinó la pendiente levantando polvo en la llanura.

—¡Arqueros! —gritó Bruto, y diez filas por detrás de la primera los arqueros dispararon con ágil pericia hasta vaciar las aljabas. Bruto observaba el vuelo de las saetas, que caían entre los hombres que gritaban; pronto se colocarían a tiro de las lanzas, más mortíferas. Muchas flechas no lograron su objetivo, pues los guerreros alzaron el escudo sin dejar de correr y sólo unos pocos cuerpos quedaron atrás. Ya se había derramado la primera sangre. Bruto esperaba que Julio estuviera dispuesto.

Julio oyó los aullidos de la tribu desde la silla. Hizo virar el caballo buscando encolerizado al explorador que le había dado la noticia.

—¿Dónde está el hombre que me dijo que el enemigo había tomado el peñasco? —gritó con el estómago encogido de pronto.

La llamada siguió su curso y un hombre se acercó al trote en su caballo. Era muy joven y tenía las mejillas sonrosadas por el frío de la mañana. Julio lo fulminó con una terrible mirada de sospecha.

—Dime lo que viste cuando me informaste sobre el enemigo —le ordenó.

El joven tartamudeaba con nerviosismo bajo la mirada del general.

—Había miles en el peñasco, mi general. En la oscuridad. No podía calcular bien el número, pero había muchos, señor. Una emboscada.

Julio cerró los ojos un momento.

—Arrestadlo; será castigado. ¡Eran nuestras legiones, estúpido inútil!

Julio hizo virar el caballo de nuevo pensando con furia. No se habían alejado más que unas pocas millas de la llanura. Quizá no fuera demasiado tarde. Desató el casco de la silla y se lo puso bruscamente en la cabeza; se dirigió a sus hombres con la cara de metal.

—La Décima y la Tercera Gallica están sin apoyo. Marcharemos a la mayor velocidad y atacaremos a los helvecios. Directamente, señores. Directamente, ahora.

Bruto esperó a que los helvecios sobrepasaran la lanza de Ciro y la ocultaran por completo. Si daba la orden con antelación, las lanzas de la Tercera, que estaba detrás de él, se quedarían cortas. Si la daba con retraso, la posibilidad de desbaratar el ataque aplastándolo se perdería, porque las primeras filas seguirían adelante.

—¡Lanzas! —ordenó tan alto como pudo, y arrojó la suya al aire.

Diez mil lanzas salieron disparadas y diez mil brazos buscaron rápidamente la segunda, que tenían a los pies. Bruto sabía que antes de que la primera carga llegara al suelo, la Décima ya tendría dos más volando por el aire. La Tercera era más lenta, pero con escasa diferencia, pues la inspiraba el ejemplo de los veteranos y el temor nervioso del ataque.

Había calculado a la perfección, y las diversas filas de la Décima y la Tercera dispararon las lanzas formando una alfombra silbante de hierro sobre el enemigo. No

sólo la primera fila, sino hasta la mayor parte de las diez primeras cayeron entre guerreros que corrían y cuerpos destrozados en un momento. Con la primera tanda murieron cientos, y los supervivientes vieron la negra amenaza de la segunda que se les venía encima, pero siguieron avanzando animosamente.

No había forma de evitar la muerte que caía del aire. Las lanzas volaban en bandadas y caían en grupos no muy separadas unas de otras. Varias podían clavarse en el mismo hombre, o toda una fila de ataque pasar indemne. Aunque los helvecios se agachaban bajo los escudos, las macizas puntas de hierro agujereaban la madera y el hueso hasta clavarse en la tierra blanda. Bruto vio a muchos guerreros forcejeando para recuperar el escudo, aprisionado y atrapado entre los bordes de otros escudos. Muchos no morían, pero no podían levantarse porque sangraban abundantemente.

El ataque fue disminuyendo hasta detenerse por completo. La tercera tanda de lanzas no causó tantos estragos, y los helvecios se retiraron antes de que la cuarta los alcanzase huyendo a la carrera de los hombres del peñasco. La Décima gritó de júbilo al ver que los galos se retiraban y Bruto miró hacia al este buscando a Julio. Si en ese momento atacara con sus legiones, podrían sembrar el pánico entre los helvecios y aplastarlos. Pero no vio ni rastro de él.

Los helvecios volvieron a formar al pie del risco y reemprendieron la marcha sobre los cadáveres de los suyos.

—¡Estos hombres nunca se han enfrentado a la legión romana! —gritó Bruto a los que tenía alrededor.

Algunos sonrieron, pero no apartaban los ojos de las huestes que avanzaban y hacían desaparecer bajo sus pies los cuerpos que sembraban el terreno, ladera arriba otra vez. Recuperaron algunas lanzas al tiempo que ascendían y se las lanzaron a la Décima, pero los disparos se quedaron cortos a causa de la pendiente desfavorable.

—¡Espadas preparadas! —ordenó Bruto, y por primera vez ambas legiones desenvainaron y enarbolaron las armas para que el sol destellara en ellas. Bruto miró alrededor e irguió la cabeza con orgullo. «Que suban», pensó.

Las falanges helvecias, jadeando y resoplando, iban rompiendo la formación a medida que se acercaban a las líneas romanas. La Décima los esperaba pacientemente, cada hombre entre amigos a los que conocía desde hacía tiempo. Los romanos no tenían miedo. Se mantenían en perfecta formación, con las trompas preparadas para dar el toque de reemplazo de las primeras filas tan pronto como se cansaran. Llevaban espadas de duro hierro y Bruto vio en todos los rostros el anhelo de lo que estaba por suceder. Algunos legionarios incluso invitaban a los guerreros a acercarse, los animaban a seguir. Por un momento de iluminación, los vio como los veían los helvecios: un muro de hombres y escudos sin resquicios.

Los primeros helvecios que se encontraron con la Décima fueron abatidos con eficiencia feroz. Las templadas hojas romanas se hundían en ellos a lo largo de todo

el frente, cortaban brazos, piernas y cabezas de un solo mandoble. Las largas lanzas de los helvecios no hacían presa en los escudos romanos y Bruto se regocijaba con el peaje que se estaban cobrando.

Se encontraba en la tercera fila de la derecha; dejó de mirar la carnicería con fascinación y echó una ojeada general a las posiciones. Había un contingente inmenso de hombres apoyando a sus compañeros, y aún más acudían a la colina y la rodeaban para atacar por los flancos. Buscó a Julio una vez más y notó el sudor que volvía a brotarle. El sol le daba de lleno en los ojos, pero los entrecerró y miró hacia la línea de árboles.

—Vamos, vamos —dijo en voz alta.

Aunque los helvecios tardarían un tiempo todavía en rodearlos, si llegaban a la cima que se alzaba a su espalda, la Décima y la Tercera no tendrían espacio para la retirada. Soltó un gruñido de rabia al ver el escaso contingente que los helvecios habían dejado al cargo de las mujeres y los niños. Un ataque por la retaguardia sembraría el pánico al instante entre los guerreros.

La sola superioridad numérica de los que cargaban empezó a abrir brechas en la primera fila de la Décima. Los *velites* eran rápidos y llevaban corazas ligeras, y aunque podían luchar dos horas seguidas sin descanso, Bruto empezó a pensar en reemplazarlos por los más armados, para que estuvieran frescos por si ordenaba la retirada. Si Julio no acudía enseguida, tendría que llevar a las legiones de nuevo a la cima, luchando por cada palmo de terreno. Y lo peor sería cuando tuvieran que descender corriendo, con la espalda expuesta a las hojas de la tribu que los seguiría.

Miró por encima de las cabezas con el corazón agitado de rabia. Juró que si sobrevivía a la retirada, Julio pagaría cara la destrucción de la Décima. Conocía prácticamente a todos los hombres después de los años pasados en Hispania, y cada muerte era un duro golpe.

De pronto vio a lo lejos las filas plateadas de las legiones de Julio que desembocaban en la llanura, y gritó de júbilo y alivio. Los helvecios de la columna dieron el aviso con los cuernos y sus falanges de reserva salieron al encuentro de la nueva amenaza. Sonaron otros cuernos en el peñasco y la tribu se detuvo a mirar atrás, hacia la llanura. Bruto proclamaba la victoria incoherentemente y los guerreros empezaron a retroceder; la distancia entre ambos ejércitos se hacía cada vez mayor. En ese caso no habría ataque por los flancos, pues todos los guerreros volvían desesperadamente a proteger su botín y a su pueblo.

—¡Décima y Tercera! —gritó Bruto una y otra vez a diestra y siniestra. Todos esperaban sus órdenes, y él levantó el brazo y lo bajó indicando que descenderían a la llanura.

—¡Cerrad filas! ¡Arqueros, recoged las flechas que podáis! ¡Décima, a la carga! ¡Tercera, a la carga!

Diez mil hombres se movieron como uno solo y Bruto creyó que el pecho iba a reventarle de orgullo.

Los helvecios no tenían caballería, y Julio mandó a los *extraordittarii* a machacar sus filas mientras trataban de volver a formar a la desesperada para rechazar el nuevo ataque. Mientras avanzaba con Marco Antonio vio a Octavio a la cabeza de las filas de jinetes, guiándolos en una línea oblicua hacia las falanges helvecias. Cada jinete, a galope tendido, sacó una fina jabalina de un tubo de cuero que llevaban en la pierna y la lanzaron con aplastante precisión. Los helvecios aullaron y alzaron los escudos amenazadoramente, pero Octavio no se acercaría hasta agotar las lanzas. Cuando Julio llegó a la retaguardia de la columna, el caos reinaba entre las reservas y no fue difícil acabar con ellos, hasta el último.

A una orden suya las trompas anunciaron doblar la velocidad, y veinte mil legionarios empezaron a trotar directos hacia el enemigo a un ritmo que podían mantener varias millas seguidas.

La vasta columna de los seguidores helvecios observó su paso en silencio sin decir una sola palabra. Ellos no corrían peligro y Julio pensaba furibundamente en la forma de sacar el mejor partido a su posición.

Los guerreros que habían atacado la colina huían aterrorizados hacia la columna en esos momentos, y Julio sonrió al ver los brillantes cuadrados de la Décima y la Tercera que los perseguían en tan cerrada formación que parecían bandejas de plata al sol del amanecer. El peñasco estaba sembrado de cadáveres y comprobó que los helvecios habían perdido toda noción de orden, nadie mantenía las falanges. El miedo los debilitaba y Julio pretendía aumentárselo. Pensó en mandar a los *extraordinarii* a acosar a la columna helvecia, pero en ese momento Octavio dio orden de cargar y la masa de caballos formó en una enorme cuña que cayó machacando sobre los guerreros que corrían. Esperó entonces a que hubieran concluido la carga y se reorganizaran con intención de repetirla para darles la señal de que se quedaran en la posición en que estaban.

—¡Lanzas preparadas! —gritó Julio.

Levantó también él la suya notando el peso sólido del asta de madera; veía la cara a los guerreros que corrían hacia él. Apenas habría tiempo más que para una andanada de lanzas antes de que los ejércitos se encontraran.

—¡Lanzas! —gritó, y arrojó la suya al aire.

Las filas que lo rodeaban cubrieron el cielo de hierro negro, y las primeras líneas de helvecios cayeron. Sin tiempo de recuperarse, los primeros legionarios se encontraron con sus oponentes y empezaron a golpear.

Los centuriones mantenían desde atrás la descarga a medida que un nuevo grupo se ponía a tiro, y Julio aulló al penetrar imparable en la masa de guerreros. ¡Eran muchísimos! Los legionarios aplastaban cuanto encontraban a su paso y avanzaban

tan deprisa que Julio vio con súbita congoja que los estaba exponiendo a una maniobra de ataque por los flancos. Las trompas dieron el aviso de alargar el frente y las legiones de Ariminum se desplegaron detrás de él para envolver al enemigo. Los *extraordinarii* se desplegaron con ellos esperando el momento de atacar.

Una salpicadura de sangre le llegó a la boca al aminorar la velocidad, escupió rápidamente y se frotó la cara con la mano.

Ordenó que se lanzara la segunda tanda de lanzas en andanadas de diez en diez filas, aunque ni siquiera veía dónde iban a parar las puntas de hierro. Era una práctica peligrosa, pues nada minaba tanto la moral como verlas caer a corta distancia de las propias filas; pero Julio necesitaba emplear todas las ventajas posibles para reducir el inmenso contingente de la tribu enemiga.

Los helvecios luchaban con ferocidad desesperada e intentaban regresar a su columna principal, que se había quedado desprotegida detrás de las legiones romanas. Los que no ocupaban las primeras posiciones del frente daban vueltas como abejas por los extremos, extendiéndose más y más por la llanura. Julio respondía con un frente cada vez más desplegado, hasta que las cuatro legiones quedaron en un frente de sólo seis hombres de grosor; que barrían cuanto tenían al alcance.

Durante un tiempo Julio dominaba el conjunto de la batalla. Luchaba como soldado de a pie, con los demás, y deseó haberse quedado en algún punto elevado para dirigir la lucha.

Bruto desplegó la Décima y la Tercera para cortar la retirada, y ambas legiones se abrieron camino a tajos mientras el sol se levantaba y empezaba a abrasarlos. Unos niños corrían entre las filas con pellejos de agua repartiendo raciones a los que ya se habían terminado la suya y seguían luchando.

Julio dio la orden de arrojar a ciegas las dos últimas lanzas que sus hombres llevaban. Sobre el terreno llano muchas fueron devueltas con la misma rapidez con que habían sido enviadas, pero en muchos casos la punta de hierro se había doblado con el impacto y no volaban bien ni tenían fuerza. Julio vio a un hombre a pocos pies de él que se alzaba para desviar una en el momento en que caía sobre él, y oyó el crujido de su brazo. Empezó a comprender que los helvecios lucharían hasta el final y convocó a los generales más veteranos de Ariminum.

El general Berico llegó tranquilo y fresco, como si no tuvieran entre manos nada más que unas maniobras de instrucción.

—General —le dijo Julio—, reúne a un millar de hombres y ataca la columna que tenemos detrás. Berico se tensó levemente al oír la orden. —Señor; no creo que sean un peligro. Sólo he visto mujeres y niños al pasar.

Julio asintió preguntándose si se arrepentiría de que un hombre tan recto mandara a sus soldados.

—Ésas son las órdenes, general. No obstante, tienes permiso para hacer todo el

ruido que puedas mientras os destacáis.

Berico se quedó en blanco un momento, pero enseguida movió los labios al comprender.

—Chillaremos como posesos, señor —dijo, y saludó.

Julio lo vio partir y llamó a un mensajero.

—Di a los *extraordinarii* que pueden atacar cuando les parezca conveniente —dijo.

Tan pronto como Berico llegó a sus filas, Julio vio que se movían a medida que las órdenes eran transmitidas siguiendo la cadena de mando. En poco tiempo dos cohortes se habían destacado de la batalla y su lugar había sido ocupado de nuevo. Los oyó gritar cuando emprendían la marcha para atacar la columna. Berico llevaba trompas consigo, que no dejaron de sonar hasta que no quedó un hombre en la llanura que no se hubiera dado cuenta del peligro que representaban.

Al principio los guerreros helvecios cobraron nuevos bríos en la lucha, pero los *extraordinarii* habían emprendido de nuevo sus embestidas de guadaña por el ala, y la disciplina romana contenía los asaltos salvajes de los hombres de la tribu. Los desesperaba la temible visión de la legión atacando la columna desprotegida.

Una gran aclamación se oyó a lo lejos y Julio se volvió a ver qué sucedía. Ordenó a los manípulos que ocuparan el puesto de los *velites* en el frente y fue con ellos jadeando de cansancio. ¿Cuánto tiempo llevaban luchando? Tenía la impresión de que el sol se había inmovilizado en el cielo.

Por el ala derecha las aclamaciones se intensificaron, pero, a pesar de la esperanza que le daban, en ese momento se enfrentaba a dos hombres que aporreaban el frente romano con sendos escudos. Entrevió una boca ribeteada de saliva blanca antes de atacar con el *gladius* y hundirlo en carne blanda. El primero cayó gritando y Marco Antonio le cortó la garganta al pasar por encima de él. Al segundo lo abatió un legionario, y Julio oyó el crujido de sus costillas cuando el soldado descargó su peso sobre una rodilla del caído y le agujereó el pecho. Cuando se levantó, los helvecios arrojaban ya las armas con un estrépito ensordecedor; y el soldado se quedó aturdido, resollando. Julio ordenó el alto con adusto placer y miró hacia atrás, a la llanura, cubierta de cadáveres que habían dejado al pasar. Había más cuerpos que hierba. Sólo las dos cohortes romanas se movían en el terreno rojo.

Un gran gemido grave se elevó desde la columna de seguidores al ver la rendición y volvieron a oírse también gritos de triunfo, en los que Julio reconoció la voz de la Décima y la Tercera. Entonces tomó la trompa de bronce que más cerca tenía y dio una nota descendente para que Berico se detuviera antes de empezar el ataque. Sus hombres se detuvieron en perfecta formación al oír el aviso y Julio sonrió. Aunque muchas otras cosas se le pusieran en contra, no podía quejarse de la calidad de las legiones que dirigía.

Entonces hizo una pausa, se quitó el casco y se puso de cara a la brisa. Dio la orden de que los centuriones y los *optios* volvieran a reunir a sus hombres en sus unidades correspondientes. Era necesario actuar rápidamente, y a veces con brutalidad, si se pretendía conservar a los que se rendían. Según la tradición del ejército, el precio de esclavo de los soldados enemigos capturados se repartiría entre las legiones, lo cual evitaba la masacre de los rendidos. Sin embargo, sabía que en el fragor de la batalla a muchos de sus legionarios no les importaría matar a un enemigo desarmado, sobre todo si dicho hombre acababa de herirlos. Las trompas siguieron tocando el alto una y otra vez, hasta que todos lo asimilaron y algo semejante al orden empezó a imponerse de nuevo en la llanura.

Se recogieron lanzas y espadas y se retiraron del campo de batalla dejándolas al cargo de los *extraordinarii* cuando volvieron a reunirse. Los guerreros helvecios tuvieron que postrarse de rodillas y les ataron las manos a la espalda. Los niños que habían servido el agua a las legiones la repartieron ahora entre aquellos que la pedían; Julio empezó a hacerlos formar en líneas de prisioneros y a pasar entre sus hombres felicitando a quien lo merecía y dejándose ver.

Los legionarios caminaban con orgullo, en tensión, vigilando a los prisioneros y mirando a los muertos. Sabían que habían vencido a una hueste mucho más numerosa; a Julio le agradó ver que uno de sus hombres llamaba a un niño para que diera agua a un guerrero caído y le sostenía la caña de bronce en los labios ayudándolo a beber.

Al pasar entre los soldados tomando nota de las bajas, los romanos miraban fijamente a su general con la esperanza de que él los mirara a su vez, y cuando alguno lo conseguía, lo saludaba con un gesto de asentimiento, respetuosamente, como un niño.

Bruto se acercó a medio galope, en un caballo que había encontrado cuyo jinete se contaba entre los muertos.

—¡Qué victoria, Julio! —dijo saltando de la silla.

Los soldados que lo rodeaban hicieron gestos y susurraron entre ellos al reconocer la armadura de plata, y Julio sonrió por el respeto que vio en sus rostros. Había pensado que llevar la coraza de plata en la batalla sería peligroso, puesto que era mucho más blanda que la de buen hierro, pero Bruto se la había puesto so pretexto de que a los hombres les animaba mucho luchar con los mejores de una generación.

Julio se rió al recordarlo.

—Me alegré mucho al verte en la llanura, te lo aseguro —dijo Bruto.

Julio lo miró bruscamente, intuía la pregunta. Mandó que le llevaran al explorador con un atisbo de sonrisa en los labios, y Bruto enarcó las cejas al ver al desgraciado romano con las manos atadas tan fuertemente como los prisioneros. El

joven había sido obligado a marchar con las legiones; el báculo de un *optio* lo golpeaba cada vez que aminoraba el paso. Julio se alegró de que hubiera sobrevivido, y con el buen sabor de la victoria decidió que no lo haría fustigar, tal como se merecía.

—Desatadlo —le dijo al *optio*, el cual cumplió la orden de una cuchillada seca.

El explorador parecía al borde de las lágrimas, pero se esforzaba por mantenerse firme ante el general y el ganador del torneo de espada de Roma.

—Este joven me trajo el informe de que el enemigo había tomado el peñasco que te había mandado tomar a ti. En la oscuridad confundió a dos buenas legiones romanas con un amasijo de guerreros de la tribu.

Bruto rompió a reír; la situación le hacía mucha gracia.

—¿No te replegaste? Julio, eso es... —Estalló de nuevo en carcajadas y Julio se volvió hacia el desolado explorador con una falsa expresión de severidad.

—¿Tienes idea de lo difícil que es crearse fama de estrategia genial si me ven replegándome ante mis propios hombres? —le preguntó.

—Lo siento, señor. Me pareció oír voces galas —contestó el joven tartamudeando. Estaba rojo de aturdimiento.

—Sí, serían los míos, claro —dijo Bruto alegremente—. Por eso precisamente tienes una contraseña, hijo. Tendrías que haberla dado antes de volver a toda marcha.

El joven explorador empezó a sonreír a Bruto, pero la expresión del general cambió inmediatamente.

—Claro que si el ataque se hubiera retrasado un poco más por tu culpa, te estaría despellejando aquí mismo.

La insegura sonrisa desapareció de la cara del explorador.

—Se te descontarán tres meses de soldada y harás el reconocimiento a pie hasta que tu *optio* esté convencido de que se te puede confiar un caballo —sentenció Julio.

El joven respiró aliviado sin atreverse a mirar a Bruto al saludar antes de retirarse. Julio se dirigió a Bruto y ambos sonrieron.

—El plan era bueno —dijo Bruto.

Julio asintió y pidió un caballo. Al montar miró hacia el campo de batalla y vio que el orden se restablecía poco a poco; los heridos romanos eran atendidos y se preparaban los cadáveres para las piras funerarias. Mandaría a los heridos más graves a la provincia romana para que recibieran el tratamiento adecuado. La armadura de los que habían caído se vendería y se reemplazaría. Los puestos vacantes que hubieran dejado los oficiales muertos se ocuparían con promociones de soldados de las filas, y las firmaría él. El mundo volvía a ponerse de pie y el calor del día empezaba a suavizar.

XXIV

Julio estaba sentado en un taburete plegable en la gran tienda del rey helvecio, bebiendo en una copa de oro. Los hombres a los que había reunido estaban de buen humor. Los generales de Ariminum en particular habían bebido una buena parte de las reservas particulares del rey y Julio no se lo había impedido. Se habían ganado el derecho al descanso, aunque el trabajo que quedaba por hacer seguía siendo sobrecogedor. Al principio Julio no se había percatado de la enorme tarea que sería simplemente catalogar el equipaje; los soldados que contaban y amontonaban las posesiones de los helvecios alborotaban la noche. Había mandado a Publio Craso con cuatro cohortes a limpiar el campo de batalla de lanzas y toda clase de armas. No era un trabajo glorioso, pero el hijo del cónsul anterior había reunido a sus hombres rápidamente, sin jaleo, haciendo gala del parecido con su padre en lo que a organización se refería.

Cuando el sol declinaba hacia poniente la Décima y la Tercera habían recuperado las varas de las lanzas. Gran parte de las puntas de hierro habían quedado inutilizadas, pero Craso las había cargado en carretas helvecias y las había dejado preparadas para que los herreros de la legión las reparasen o las refundiesen. Por caprichos del destino una de las cohortes había trabajado al mando de Germinio Catón, ascendido después de Hispania. Julio pensó si esos dos oficiales considerarían alguna vez la enemistad de sus padres, aunque se saludaban correctamente entre ellos.

—Tenemos suficiente cereal y carne seca para meses si no se estropea —dijo Domitio con satisfacción—. Sólo en armas se ha recogido ya una pequeña fortuna, Julio. Hay buenas espadas de hierro, pero hasta las de bronce tienen un pomo que vale la pena conservar.

—¿No hay monedas? —preguntó Julio mirando la copa que tenía en la mano.

Renio abrió un saco que tenía a los pies y sacó unos cuantos discos bastante trabajados.

—Esto es lo que usan —dijo—. Una aleación de plata y cobre. No vale nada, aunque hay cajones llenos. —Julio tomó una y la miró acercándola a la lámpara. A la deslustrada moneda le faltaba un fragmento que llegaba exactamente hasta el centro.

—Es curioso. Aparentemente podría ser un ave, aunque sin el trozo que le falta no estoy seguro.

La brisa nocturna entró en la tienda con Bruto y Marco Antonio.

—¿Has convocado el consejo, Julio? —preguntó Bruto. Julio asintió y Bruto volvió a asomarse a llamar a Ciro y Octavio.

—¿Los prisioneros están seguros? —preguntó Renio a Bruto. Respondió Marco Antonio:

—Los hombres están maniatados, pero no tenemos soldados suficientes para impedir que los demás huyan de noche si quieren. —Vio el saco de monedas y tomó una.

—¿Están acuñadas a mano? —preguntó Julio al ver que le interesaban.

Marco Antonio asintió.

—Ésta sí, aunque en las ciudades grandes acuñan monedas tan válidas como las romanas. En general fabrican muy buenos objetos de metal —dejó caer la moneda en la mano que Renio le tendía—, pero estas monedas no, son de calidad inferior.

Julio les señaló un par de taburetes y los dos aceptaron el vino oscuro que les ofreció en copas del tesoro personal del rey. Marco Antonio bebió de la suya y tragó con satisfacción. —Sin embargo, el vino no es malo en absoluto—. ¿Has pensado lo que vas a hacer con el resto de los helvecios? Tengo un par de ideas, si me lo permites. Renio carraspeó.

—Nos guste o no, ahora somos responsables de ellos. Los eduos los matarán a todos si se van hacia el sur sin sus guerreros.

—He ahí el problema —dijo Julio frotándose los cansados ojos—, o mejor dicho, he aquí el problema. —Levantó con esfuerzo un pesado rollo de pergamino y les mostró un extremo, donde se veían caracteres diminutos—. Adán dice que es la lista de sus gentes. Tardó horas en hacer un cálculo aproximado del número.

—¿Cuántos son? —preguntó Marco Antonio.

Todos miraban a Julio, esperando.

—Noventa mil hombres en edad de luchar; mujeres, niños y ancianos, el triple.

Las cifras los asombraron. El primero en hablar fue Octavio, con los ojos como platos.

—¿Y a cuántos hombres hemos capturado vivos?

—Unos veinte mil quizá —contestó Julio.

Se mantuvo impertérrito mientras los demás rompían a reír de puro asombro y se daban palmadas en la espalda unos a otros. Octavio silbó.

—Setenta mil muertos. Hemos matado una ciudad entera.

Sus palabras acallaron las risas y todos se acordaron de los montones de muertos que sembraban la llanura y la colina.

—¿Y nuestras bajas? —preguntó Renio.

Julio siguió soltando cifras sin pausa.

—Ochocientos legionarios entre los cuales se cuentan veinticuatro oficiales. Otros tantos heridos seguramente. La mayoría volverá a tomar las armas tan pronto como los cosan.

Renio sacudió la cabeza asombrado.

—Es un buen precio.

—Que siempre sea así —dijo Julio levantando la copa del rey.

Los demás bebieron con él.

—A pesar de todo, tenemos un cuarto de millón de personas en nuestras manos —señaló Marco Antonio—. Y en esta llanura estamos expuestos, con los eduos, que se acercan a toda velocidad para participar en el botín. No lo dudéis, señores. Mañana a mediodía habrá aquí otro ejército reclamando su parte en los despojos de los helvecios.

—Es todo nuestro por derecho —replicó Renio—. Aunque no he visto gran cosa en lo que a riquezas se refiere, aparte de estas copas.

—No; quizá no sea mala idea darles a ellos una parte —dijo Julio pensativamente—. Han perdido un pueblo, y la batalla tuvo lugar en sus tierras. Necesitamos aliados entre estos pueblos, y Mhor— baine tiene influencia. —Se dirigió a Berico, que todavía no se había quitado la armadura salpicada de sangre—: General, que tus hombres separen una décima parte de todas las cosas que hemos encontrado aquí. Y guárdalo bajo vigilancia. Será para los eduos.

Berico se levantó y saludó. Estaba pálido de cansancio, igual que los demás, pero salió de la tienda rápidamente y todos oyeron cómo su voz cobraba vigor a medida que dictaba las órdenes en la oscuridad.

—Entonces ¿qué vas a hacer con los prisioneros? —preguntó Bruto.

—Roma necesita esclavos —contestó Julio—. Aunque hundamos los precios, necesitamos fondos para esta campaña. Por el momento la única riqueza que poseemos se cuenta en monedas como ésta. No hay plata para pagar a la Décima y a la Tercera, y las seis legiones se comen una fortuna todos los meses sólo para sobrevivir. Nuestros soldados saben que se han ganado el precio de esclavo de los guerreros, y muchos ya hablan de las cantidades que cobrarán.

Marco Antonio escuchaba en tensión. Su legión recibía la soldada directamente de Roma, y había supuesto que las demás también.

—No me había dado cuenta de que... —empezó, y se detuvo—. ¿Puedo hablar?

Julio asintió. Marco Antonio levantó la copa en dirección a Bruto para que se la rellenara, pero Bruto hizo caso omiso.

—Si vendes la tribu en Roma, las tierras de los helvecios se quedarán vacías, todo vacío hasta las orillas del Rin. Pero allí hay tribus germanas que cruzarán el río y ocuparán las tierras indefensas de mil amos. Los galos veneran a los guerreros fuertes, pero los pobladores del otro lado del río no les gustan nada. Seguro que no te conviene tenerlos en las fronteras de la provincia romana.

—Podríamos tomar esas tierras para nosotros —terció Bruto. Marco Antonio hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Si dejamos unas pocas legiones vigilando las orillas del Rin, perderíamos la mitad de la fuerza para nada. Actualmente esas tierras son cenizas sin valor. Habría que llevar alimentos allí hasta que los campos se limpiaran y se labrasen otra vez, y

entonces ¿quién los cultivaría? ¿Nuestros legionarios? No; es mucho mejor mandar a los helvecios de vuelta a su país. Que ellos se encarguen de proteger las fronteras por el norte. Al fin y al cabo, son los que más tienen que perder.

—¿No los destrozarían esas tribus bárbaras de las que hablas? —preguntó Julio.

—Les quedan todavía veinte mil guerreros. No son pocos y, lo que es más importante, lucharán hasta la muerte contra cualquier invasor. Han visto de lo que son capaces las legiones, y si no pueden emigrar hacia el sur, tendrán que quedarse allí y luchar por las tierras y los hogares. Más vino, Bruto.

Bruto miró a Marco Antonio con desagrado cuando el hombre alzó la copa para que se la rellenara, ajeno al parecer al rechazo de la vez anterior.

—Muy bien —dijo Julio—. Aunque a los hombres no les va a gustar, daremos a los helvecios alimentos suficientes para que vuelvan a su tierra y se lleven a los demás consigo. Daré armas a uno de cada diez, al menos podrán proteger a su pueblo. Todo lo demás se queda con nosotros, excepto la parte de los eduos. Gracias, Marco Antonio. Ha sido un buen consejo. —Julio miró a los demás hombres reunidos en la tienda—. Comunicaré nuestros logros a Roma. Mi escribano está ultimando los informes en estos mismos momentos. Bien, espero que no estéis muy cansados, porque quiero que la columna se ponga en marcha mañana con las primeras luces. —Se oyó un leve gruñido de protesta y Julio sonrió—. Nosotros nos quedamos para entregar su parte a los eduos, y luego será una marcha fácil hasta la provincia, donde llegaremos pasado mañana. —Bostezó entonces, y contagió el bostezo a otros dos—. Después podremos dormir. —Se puso en pie y los demás lo imitaron—. Vamos, la noche es corta en verano.

Al día siguiente Julio tuvo que volver a reconocer a regañadientes que la capacidad de organización de los helvecios era excelente. El simple hecho de poner en marcha a tanta gente ya era difícil de por sí, pero pesar las raciones necesarias para mantenerlos vivos durante la marcha a casa fue tarea de muchas horas. La Décima se encargó de hacerlo, y no tardaron en formarse largas filas de gente con tazas y sacos ante los soldados que repartían los víveres a cada miembro superviviente de la tribu.

Los helvecios todavía no habían salido de su asombro por el repentino cambio de fortuna. Los prisioneros eduos que habían tomado tuvieron que ser forzosamente separados de ellos después de que se cometieran dos apuñalamientos por la mañana. Las mujeres eduas se habían vengado de quienes las habían raptado con una saña que impresionó incluso a los curtidos soldados. Julio ordenó que dos de ellas fueran ahorcadas, y ya no se produjeron más incidentes de esa clase.

El ejército de los eduos apareció en el lindero del bosque antes de mediodía, cuando Julio se preguntaba si algún día lograrían dar la salida a la inmensa columna. Al divisarlos a lo lejos, les envió a un explorador con un mensaje de una sola palabra: «Esperad». Sabía que el caos aumentaría con varios millares de luchadores furiosos,

ansiosos por atacar al enemigo vencido. Por no consumirles la paciencia, una hora después del mensaje les envió una recua de bueyes cargados de armas y enseres helvecios. Los prisioneros liberados se reunieron con su tribu y Julio se alegró de librarse de ellos. Había sido generoso con los eduos, aunque Marco Antonio le dijo que sin duda pensarían que lo mejor del botín se lo habría quedado él, por más bienes que les entregara. Y en verdad se había quedado con las copas de oro y las había repartido entre los generales de las legiones.

Pasado el mediodía los helvecios seguían esperando en la llanura y Julio empezó a enrojecer de irritación por el retraso. Dicho retraso se debía en parte al hecho ineludible de que los cabecillas de la tribu habían muerto en combate y la multitud se había quedado sin autoridades, dando vueltas por el lugar; estaba a punto de mandar a sus *optio* que utilizaran los palos para ponerlos en marcha.

Por fin dio la orden de que devolvieran doscientas espadas a los guerreros. Una vez armados, los hombres se sintieron un poco más dignos y dejaron de parecer abatidos y tristes como prisioneros o esclavos. Esos hombres se encargaron de imponer un poco de orden, y entonces, con una sola trompa sonando en contra de la brisa, los helvecios emprendieron por fin la andadura. Julio los vio marchar aliviado y, tal como Marco Antonio había predicho, en el momento en que los eduos comprobaron que la columna se dirigía hacia el norte, empezaron a invadir la llanura persiguiéndolos entre gritos y llamadas.

Julio hizo sonar las trompas y las seis legiones se interpusieron entre los guerreros de Mhorbaine y la columna, y mientras el ejército eduo se acercaba se preguntó si se detendrían o el día terminaría con otra batalla. Por el humor que tenía en ese momento no le habría importado.

Los eduos se detuvieron a un cuarto de milla. Habían cruzado el campo de batalla con las decenas de millares de cadáveres no enterrados que ya empezaban a oler mal. No podía haber medio más efectivo de demostrar el poder de las legiones que los esperaban que pasar por el campo de muertos que habían dejado atrás. La noticia correría por todas partes.

Se quedó mirando a Mhorbaine, que cabalgaba con dos seguidores cuyas altas divisas se agitaban en el aire. Mientras esperaba la impaciencia empezó a diluirse al ver que los helvecios iban desapareciendo. Muchos de sus hombres lanzaban miradas todavía a la columna en retirada con la desagradable sensación natural de verse atrapados entre dos grupos numerosos; pero Julio no lo acusó, el cansancio le proporcionaba un estado de calma, como si la columna se hubiera llevado todas sus emociones.

Mhorbaine desmontó y abrió los brazos amistosamente. Julio se desvió discretamente y Mhorbaine disimuló la confusión con una carcajada.

—Nunca había visto tantos enemigos míos muertos en el suelo, César. Es

asombroso. Tu palabra me bastó, y los presentes que me has mandado lo hacen todo más dulce sabiendo de dónde vienen. He traído ganado para organizar una gran fiesta; que tus hombres se sacien hasta que estén a punto de reventar. ¿Partirás el pan conmigo?

—No —dijo Julio para total desconcierto del hombre—. Aquí no. Los cadáveres traen enfermedades si se dejan al aire libre. Están en tus tierras, y es necesario enterrarlos o incinerarlos. Yo tengo que volver a la provincia.

El rechazo enfureció a Mhorbaine un momento.

—¿Crees que debería gastar todo un día en cavar fosas para los helvecios? ¡Qué se pudran y que sirva de lección! Como extranjero que eres aquí, quizá desconozcas la costumbre de celebrar con un banquete las batallas victoriosas. Los vivos tenemos que demostrar a los dioses de la tierra que honramos a los muertos. Tenemos que poner a los que matamos en el sendero, de otro modo no pueden irse.

Julio se frotó los ojos. ¿Cuándo había dormido por última vez? Hizo un esfuerzo por encontrar palabras que aplacaran a aquel hombre.

—Vuelvo al pie de las montañas con mis hombres. Sería un honor que vinieras a reunirme allí conmigo. Entonces celebraremos un banquete y brindaremos por los muertos. —Observó que Mhorbaine miraba la columna helvecia con expresión especulativa, y su tono de voz cobró dureza—: Los helvecios que han sobrevivido están bajo mi protección hasta que lleguen a sus tierras. ¿Lo has entendido?

El galo miró al romano con suspicacia. Había supuesto que la columna marchaba prisionera hacia el mercado de esclavos. Le costaba gran esfuerzo entender que se los dejara regresar en libertad. —¿Bajo tu protección? —repitió lentamente—. Créeme, quienquiera que los ataque será enemigo mío —contestó Julio.

Tras una pausa Mhorbaine se encogió de hombros y se pasó una mano por la barba.

—Muy bien, César. Me adelantaré con mi guardia personal y estaré allí esperándote cuando llegues.

Julio le dio una palmada en la espalda y se alejó. Vio que Mhorbaine lo miraba fascinado mientras hacía una seña a las trompas. Las notas resonaron por toda la llanura y las seis legiones dieron media vuelta. La blanda tierra tembló y Julio sonrió viéndolas marchar en líneas perfectas, alejándose de Mhorbaine y de los eduos. Cuando alcanzaron el lindero del bosque, al final de la llanura, Julio llamó a Bruto.

—Pasa este mensaje. Llegaremos antes que ellos. Marcharemos de noche y celebraremos allí un banquete.

Sabía que los hombres aceptarían el reto por muy cansados que estuvieran. La Décima iría a la cabeza, marcando la velocidad de la marcha.

Al alba las seis legiones cruzaban las cimas tras las que se encontraba el asentamiento romano del pie de los Alpes. Los hombres habían marchado y corrido

más de cuarenta millas y Julio estaba prácticamente en las últimas. Había dado cada paso del camino con sus hombres sabiendo que el ejemplo los obligaría a continuar. Esos pequeños detalles eran importantes para los soldados. A pesar de las ampollas, los hombres lanzaron vivas con voz ronca al ver los primeros edificios y emprendieron sin dificultad el paso más rápido por última vez.

—Decid a los hombres que disponen de ocho horas para dormir, y que después habrá un banquete en el que podrán comer hasta reventar. Si tienen tanta hambre como yo, no podrán esperar; que les sirvan ahora carne fría y pan para aguantar. Estoy orgulloso de todos ellos —dijo Julio a la partida de reconocimiento, y los mandó a dar parte a los demás generales. Se preguntó, por pura curiosidad, si sus legiones habrían sido dignos rivales de Esparta o de Alejandro. Le habría sorprendido que al menos no hubieran sido capaces de ganarlos a todos a las carreras.

Cuando Mhorbaine llegó a las mismas cimas con cincuenta de sus mejores luchadores, el sol había salido por el horizonte y Julio estaba profundamente dormido. Mhorbaine se detuvo allí a mirar los cambios que los romanos habían hecho. La oscura muralla que habían construido se curvaba hacia el norte a lo lejos como una brecha en el fértil paisaje. Allá donde mirase habían surgido parcelas cuadradas de barracones, tiendas y calles sucias. Mhorbaine se había cruzado con el rastro de las legiones unas cuantas millas antes, pero aun así la realidad lo asombró. No sabía cómo habían podido adelantarlos en la oscuridad. Se inclinó sobre la silla y miró hacia atrás, a la silueta impresionante de su campeón, llamado Artorath.

—Son un pueblo extraño —le dijo.

En vez de responder, Artorath miró atrás entrecerrando los ojos.

—Llegan jinetes —dijo—. No son nuestros.

Mhorbaine hizo dar media vuelta al caballo y miró hacia el final de la suave ladera. Al cabo de un momento asintió.

—Son otros cabecillas, que se han venido a conocer al nuevo en nuestras tierras. No les gustará que haya vencido a los helvecios antes de que ellos llegaran.

Varios grupos de jinetes se acercaron con banderas de paz ondeando alto en el aire. Daba la impresión de que todas las tribus en doscientas millas a la redonda hubieran enviado representantes al asentamiento romano.

Mhorbaine contempló el enorme campamento con sus filas ordenadas y sus fortificaciones.

—Si somos astutos, aquí hay grandes ventajas que aprovechar —dijo en voz alta—. El comercio de alimentos en primer lugar, pero además esas bonitas legiones no son un ejército permanente. Por lo que he visto hasta ahora, ese César tiene hambre de guerra. Y en tal caso, los eduos tienen más enemigos contra los que puede luchar.

—Tus maquinaciones nos traerán la muerte a todos, creo —rugió Artorath.

Mhorbaine enarcó las cejas mirando al hombre que montaba un musculoso

caballo como si fuera un poni. Artorath era el hombre de mayor tamaño que había visto en su vida, aunque a veces le desesperaba que no poseyera una inteligencia comparable a su fuerza.

—¿Te parece bonito que un guardaespaldas se dirija a su señor en esos términos? —le replicó.

Artorath lo miró con sus ojos azules y se encogió de hombros.

—Estaba hablándote como hermano, Mhor. Ya has visto lo que han hecho con los helvecios. Sería más fácil cabalgar en un oso que emplear tu lengua de plata con esos hombres nuevos. Al menos cuando te apearas del oso todavía podrías perseguirlo.

—A veces no puedo creer que seamos hijos del mismo padre —le espetó Mhorbaine. Arthorath se rió.

—Decía que quería a una mujer grande para su segundo hijo. Mató a tres hombres para robársela a los arvernos.

—Para hacer un buey como tú, claro. Pero no un cabecilla, hermanito, no lo olvides. Un cabecilla tiene que saber proteger a su pueblo con algo más que músculos bulbosos. Artorath soltó un bufido y Mhorbaine prosiguió: —Los necesitamos, Artorath. Los eduos prosperarán con la alianza, ésa es la realidad, te guste o no.

—Mhor, si pones ratas a cazar serpientes... —Aunque sólo fuera por una vez— lo interrumpió Mhorbaine con un suspiro—, me gustaría hablar contigo sin que me tirases a la cara la sabiduría de los animales. No te hace parecer muy inteligente, ¿sabes? Hasta un niño diría las cosas con mayor claridad, te lo juro.

Artorath lo fulminó con la mirada, pero guardó silencio. Mhorbaine asintió aliviado.

—Gracias, hermano. Creo que para lo que queda de día es mejor que te consideres mi guardaespaldas en primer lugar, y mi hermano en segundo. Bien, ¿vienes conmigo?

Mientras esperaban a que Julio se despertara, a los hombres de Mhorbaine se les asignaron unas tiendas y el cabecilla mandó mensajeros a buscar a toda prisa el rebaño que había llevado para el banquete, de forma que habían empezado a sacrificarlo antes de que el mediodía hubiera terminado del todo; Mhorbaine y Artorath participaron personalmente en los preparativos y el adobo de la carne.

A medida que iban llegando los demás representantes de las tribus, Mhorbaine los recibía con un intenso regocijo interno, divirtiéndose cabalmente de lo mucho que los sorprendía verlo cubierto de sangre de pies a cabeza, dando órdenes a chicos y grandes a la hora de sacrificar a las reses, que mugían desesperadas, y de despedazarlas para un banquete de treinta mil invitados. Se alimentaban las hogueras encendidas en doscientos pozos y, en otros tantos asadores montados sobre ellas, la carne de buey chisporroteaba llenando el aire de aromas. Los legionarios adormilados habían sido arrastrados fuera de sus tibias mantas para ayudar en las tareas, y en

recompensa probaban el asado chupándose los dedos quemados.

Cuando Marco Antonio se despertó, unos esclavos le llevaron cubos de agua del río para que se lavara y se afeitara sin ninguna prisa. Aunque Julio estuviera dispuesto a dormir durante la reunión más numerosa de cabecillas de las tribus que la memoria pudiera recordar, él, desde luego, no iba a presentarse con una barba de dos días. A medida que pasaban las horas, Marco Antonio tuvo que ir despertando a más soldados y soportar las maldiciones que le lanzaban desde las tiendas en cuanto los mensajeros los rescataban del entumecimiento causado por el cansancio. La perspectiva de la comida caliente obró maravillas en el ánimo general y el hambre silenció las quejas, de forma que siguieron el ejemplo de Marco Antonio y se lavaron antes de ponerse el mejor uniforme.

En la provincia romana había muchas aldeas, y Marco Antonio envió a una partida de jinetes a recorrerlas en busca de aceite, salsa de pescado, hierbas aromáticas y fruta. Dio gracias a los dioses por los árboles cargados de manzanas y naranjas, aunque estuvieran verdes. Después de tanto tiempo bebiendo agua, el zumo amargo era mejor que el vino, una vez exprimido y servido en jarras a los hombres.

Julio fue de los últimos en despertar pegajoso del calor. Había dormido en los sólidos edificios del asentamiento primitivo muy ampliado ya. Quienquiera que hubiera hecho los planos había hecho honor al gusto romano por la limpieza, y pudo sumergirse en agua fría en la sala de baños. Después se tumbó en un duro camastro, donde le aplicaron aceite y se lo quitaron dejándolo limpio y fresco. Los músculos que le dolían en la parte inferior de la espalda se relajaron por fin cuando se sentó a que lo afeitaran, y se preguntó si el masaje diario lo ayudaría a mantenerse ágil. Antes de vestirse, se miró y comprobó el estado de los hematomas. Lo que más dolorido tenía era el estómago, y vio una señal como de haber recibido un impacto. Curiosamente no lo recordaba. Se vistió lentamente, disfrutando del frescor de la tela limpia sobre la piel después de haber sudado tanto durante la marcha. El cabello se le enredaba en el fino peine, y al tirar le horrorizó la cantidad de mechones que se le habían desprendido. En las habitaciones del baño no había espejos e intentó recordar cuándo había sido la última vez que había visto su propia imagen. ¿Se le estaría cayendo el pelo? Qué idea tan desagradable.

Bruto entró con Domicio y Octavio. Los tres llevaban la coraza de plata que habían ganado en el torneo, pulida y brillante.

—Las tribus han mandado representantes a verte, Julio —dijo Bruto sonrojado de emoción—. Debe de haber unos treinta grupos distintos en nuestro terreno, todos con banderas de paz e intentando disimular lo mucho que les interesa saber cuántos somos y qué estrategia empleamos.

—Excelente —replicó Julio igualando su entusiasmo—. Que dispongan mesas para ellos en la sala del banquete. Supongo que será posible encajarlos a todos allí si

no les importa apretarse un poco.

—Ya está todo preparado —dijo Domitio—. Todo el mundo te está esperando, pero Marco Antonio está histérico. Dice que no se moverán hasta que tú los invites a tu mesa, pero no le hemos dejado que te despertara.

Julio se rió.

—Bien, entonces vamos a verlos.

XXV

El calor humano cargaba el ambiente del comedor cuando Julio tomó asiento en la larga mesa. Aunque estaba cubierta con un paño blanco, no pudo resistir la tentación de tocar por debajo la madera nueva sin pulir. Esa mesa no estaba allí cuando llegó por la mañana, y sonrió para sí pensando en la energía de Marco Antonio y los carpinteros de la legión.

Pidió a Mhorbaine que se sentara a su derecha, y el gallo ocupó su lugar con gran placer. Le agradaba el cabecilla eduo, y se preguntó cuántos de entre los demás llegarían a ser amigos o enemigos con el tiempo.

Los invitados formaban un grupo variopinto, aunque tenían algunos rasgos comunes, como si sus antepasados hubieran salido de una misma tribu. Eran de rostro duro, como tallado en pino. Muchos tenían barba, aunque no apreció un estilo predominante, pues se veían tantos bigotes y cráneos pelados como barbas y trenzas largas teñidas de rojo en la raíz. Tampoco había uniformidad en la vestimenta ni en las armaduras. Unos lucían broches de plata y oro que sabía que fascinarían a Alexandria, mientras que otros no se adornaban en absoluto. Observó que Bruto se fijaba en un cierre ornamental que Mhorbaine lucía en el manto y se propuso adquirir algunos ejemplares bonitos para regalárselos a ella cuando volviera a verla en Roma. La idea le hizo suspirar y preguntarse cuándo volvería a sentarse con su propio pueblo a una mesa larga, oyendo su hermosa lengua, en vez de esa extraña expectoración gutural de los galos.

Una vez se hubieron sentado todos, Julio pidió a Adán que se pusiera a su lado y se levantó para dirigirse a los cabecillas de las tribus. Para una reunión tan importante había mandado al intérprete anciano con su tribu.

—Os doy la bienvenida a mis tierras —dijo, y esperó a que Adán tradujera las palabras—. Creo que sabéis que evité que los helvecios cruzaran por el centro de mi provincia y la de los eduos. Lo hice a petición de Mhorbaine, y quiero que conste como muestra de buena voluntad hacia todos vosotros.

Mientras Adán traducía, Julio observaba las reacciones. Era una ventaja aislarse de ellos gracias a ese paso intermedio. Las pausas le daban ocasión de poner en orden los argumentos y ver el efecto que producían mientras los galos estaban pendientes de las palabras de Adán.

—El pueblo de Roma no vive en el temor constante de un ataque enemigo —prosiguió—. Cuenta con calzadas, comercio, teatros, casas de baño, comida barata para las familias. Dispone de agua limpia y leyes que lo protegen.

Por las expresiones que vio en torno a la mesa supo que no estaba en el buen camino. Esos hombres no pensaban en proporcionar lujos a las gentes a quienes gobernaban.

—Y lo que es más importante —prosiguió rápidamente, aprovechando que Adán tropezaba con una palabra—: los jefes de Roma poseen extensas tierras y grandes casas, diez veces mayores que esta pequeña plaza fuerte. Poseen también esclavos que atienden a sus necesidades y los mejores vinos y caballos del mundo. La reacción mejoró.

—Aquellos de vosotros que se alíen conmigo llegarán a conocer todo eso. Tengo intención de alargar los caminos de Roma hasta el interior de la Galia y llevar el comercio a los rincones más remotos de la tierra. Al mismo tiempo traeré el mayor mercado del mundo aquí para vuestros productos.

Uno o dos de los presentes sonrieron y asintieron, pero entonces un joven guerrero se puso en pie y todos los galos lo miraron y guardaron silencio. Julio notó que Bruto, a su izquierda, se erizaba. No percibió nada extraño en el joven que lo miraba desde unos veinte pies de distancia. El galo tenía la barba corta y el cabello rubio, atado en la nuca como una especie de palo. Como muchos otros, era de corta estatura, robusto y vestido de lana y cuero gastado. Sin embargo, a pesar de su juventud, miraba con arrogancia a los representantes de las otras tribus. Tenía una cicatriz terrible en la cara y unos fríos ojos azules que parecían burlarse de todos.

—¿Y si rechazamos tus promesas vacías? —dijo.

Mientras Adán traducía, Mhorbaine se puso de pie al lado de Julio.

—Siéntate, Cingeto. ¿Quieres un enemigo más en tu lista? ¿Cuándo fue la última vez que el pueblo de tu padre conoció la paz?

Mhorbaine habló en su propia lengua, y el joven galo respondió tan deprisa que Adán no pudo seguirlo. Los dos galos se cruzaron gritos de un lado al otro de la mesa y Julio juró que aprendería su lengua. Sabía que Bruto ya estaba estudiándola, así que estudiaría a diario con él.

Sin previo aviso el guerrero rubio salió en estampida del comedor y abrió la puerta con todas sus fuerzas. Mhorbaine lo vio alejarse con los ojos entrecerrados.

—El pueblo de Cingeto prefiere luchar a comer —dijo Mhorbaine—. Los arvernos siempre han sido así, pero no te preocupes por eso. Su hermano mayor, Madoc, no tiene el temperamento tan caliente, y es él quien se pondrá la corona de su padre. —La intervención había alterado claramente a Mhorbaine, pero hizo un esfuerzo por sonreír mientras miraba a Julio—. Tienes que olvidar la grosería de ese muchacho. No todos piensan como él.

Julio pidió que trajeran los platos de buey y cordero de las hogueras, untados de aceite y hierbas aromáticas. Intentó ocultar la sorpresa que se llevó al ver que también traían fuentes rebosantes de pan tierno, fruta en rodajas y aves silvestres asadas. Marco Antonio había estado más ocupado de lo que creía.

El tenso silencio que dejó la partida de Cingeto desapareció con el entrechocar de los platos. Los cabecillas cayeron sobre la comida con ganas, cada cual rebanando y

pinchando la carne caliente con su propio cuchillo. El agua de los cuencos para limpiarse los dedos sirvió para diluir el vino, para gran sorpresa de los criados, que inmediatamente los rellenaron. Julio entendió que los representantes no querían perder la cabeza por causa del vino y, pensándolo bien, vertió el agua de su cuenco de agua en la copa también. Bruto y Octavio siguieron su ejemplo con una sonrisa de complicidad entre ellos.

Un súbito estrépito en el exterior del comedor hizo ponerse de pie a un par de invitados. Julio se levantó también, pero Mhorbaine permaneció en su sitio con el ceño fruncido.

—Será Artorath, mi guardaespaldas. A esas horas ya habrá encontrado con quién pelear un poco. —Otro estrépito y un gruñido subrayaron sus palabras, y el eduo suspiró.

—¿El hombre grande? —preguntó Julio, que lo encontraba divertido.

Mhorbaine asintió.

—Enseguida se aburre, pero ¿qué se puede hacer con la familia? Mi padre asaltó a los arvernos para conquistar a su madre cuando en realidad ya era viejo para semejantes menesteres. El pueblo de Cingeto no se lo ha perdonado, aunque ellos se apoderan de las mujeres de la misma forma cuando pueden.

—A las mujeres no les gustará nada esa forma de arreglar las cosas —dijo Julio tratando de comprender.

Mhorbaine soltó una risotada.

—Desde luego, cuando alguien se equivoca y toma a la que no era en la oscuridad. En ese caso te lo recuerdan toda la vida. No, Julio, cuando las tribus se reúnen en la fiesta de Beltane para hacer trueques y comerciar, se forman muchas parejas. A lo mejor te apetece verlo un año. Las mujeres expresan claramente sus deseos a los guerreros jóvenes; robárselas a su pueblo es una gran aventura. Me acuerdo de cómo se peleó mi mujer conmigo, como una loba, pero no llegó a pedir auxilio.

—¿Por qué no? —preguntó Julio.

—¡Porque si lo pedía, a lo mejor la rescataban! Creo que le gustaba mucho mi barba. Y, fíjate, me arrancó un puñado cuando intentaba cargármela al hombro. Me pasé una temporada con una calva en la barba, justo en el centro de la barbilla.

Julio sirvió al galo y se fijó en que terminaba de llenar la copa con agua.

—Nunca había visto que se utilizara el agua de limpiarse los dedos de esta forma —comentó Mhorbaine—, pero es buena idea cuando el vino es tan fuerte.

Artorath dejó caer el peso y cambió el punto de equilibrio. Domitio se desplomó sobre él y se encontró flotando en el aire de pronto. Tuvo una breve sensación aterradora de volar y de repente el suelo salió a su encuentro y le cortó la respiración. Se quedó tumbado quejándose mientras Artorath se reía.

—Eres fuerte para lo pequeño que eres —dijo, aunque a esas alturas ya sabía que ningún romano entendía sus palabras de verdad. Al gran galo los romanos no le parecían especialmente inteligentes. Al principio, cuando levantó una moneda y les hizo un gesto de lucha, le pareció que pensaban que estaba loco. Pero luego uno de ellos se acercó más de lo debido y lo plantó boca arriba en el suelo con un gruñido. Entonces los romanos se animaron y se rascaron los bolsillos buscando monedas como la suya.

Domitio fue el quinto contrincante de la noche, y aunque Artorath seguía mordiendo las monedas de plata que le daban, pensó que habría reunido suficiente para un caballo nuevo cuando Mhorbaine terminara de encantar al jefe romano.

Había visto a Ciro, que se mantenía apartado de los demás. Cruzaron la mirada una sola vez, pero Artorath supo que ya era suyo. Disfrutaba pensando en el reto y lanzó a Domitio con gran placer tan cerca de los pies de Ciro como pudo.

—¿Alguno más? —les dijo a gritos señalándolos uno por uno y moviendo las pobladas cejas como si hablara con niños.

Domitio se había puesto de pie ya y sonreía malévolamente. Le enseñó la palma plana haciendo un gesto inconfundible.

—Espera aquí, elefante. Conozco al hombre que necesitas —dijo hablando despacio.

Artorath se encogió de hombros. Mientras Domitio se acercaba corriendo a los edificios principales, Artorath miró a Ciro inquisitivamente y le hizo señas de que se acercase al tiempo que movía una moneda en el aire con la otra mano. Para su gran placer Ciro asintió y empezó a quitarse la armadura hasta quedarse en calzas y sandalias.

Artorath trazó una circunferencia en el suelo con un palo e indicó a Ciro que traspasara la línea. Le encantaba luchar contra hombres de gran envergadura. Los pequeños siempre tenían que levantar la cabeza para mirar al oponente, pero los de la talla de Ciro probablemente nunca se habían enfrentado a otro más alto aún, y él era más alto, lo cual le daba una gran ventaja, aunque la gente en general no lo supiera.

Ciro empezó a distender la espalda y las piernas y Artorath le dejó espacio libre mientras también él se soltaba ejecutando movimientos rápidos. Después de cinco combates apenas lo necesitaba, pero le gustaba exhibirse ante la multitud, y los soldados romanos ya formaban un círculo de tres de fondo en torno a la pequeña circunferencia. Artorath disfrutaba inmensamente girando y saltando.

—¿Los hombres grandes tienen fama de lentos allá de donde venís, soldaditos? —zahirió a los atónitos romanos. La noche era fresca y se sentía invencible.

Cuando entró en el círculo, una voz lo llamó y muchos soldados sonrieron pensando en la llegada de Bruto, que se dirigía hacia ellos corriendo con Domitio.

—Espera, Ciro. Bruto quiere intentarlo antes de que te cargues a ese buey —dijo

Domitio jadeando.

Bruto se detuvo al ver a Artorath. Era un hombre enorme, el más musculoso con diferencia que había visto en su vida. No sería sólo cuestión de fuerza. Artorath tenía un cráneo que doblaba el de Ciro en tamaño, y el resto de los huesos era más grueso que el de un hombre normal.

—Estás de broma —dijo Bruto—. ¡Debe de medir siete pies de altura! Adelante, Ciro. No me esperes.

—Yo he luchado contra él —dijo Domitio—. Y he estado a punto de vencerlo.

—No te creo —replicó Bruto secamente—. ¿Dónde están las marcas? Un solo mazazo de esos puños enormes te habría hundido la nariz hasta el otro lado de la cara.

—Ah, pero es que no da puñetazos. Hace una especie de lucha griega, si es que la has visto alguna vez, y casi lo gano.

Ciro seguía esperando pacientemente y Artorath se limitaba a mirar a Bruto con una ceja enarcada, sin prestar atención a lo que se decía.

—Puedo con él —dijo Ciro en una pausa. Bruto miró a Artorath con recelo—. ¿Cómo? Es una montaña. Ciro se encogió de hombros.

—Mi padre también era corpulento. Me enseñó unas cuantas llaves. Éste no lucha al estilo griego. A mi padre le enseñó un egipcio. Deja que te lo demuestre.

—Tuyo es, pues —dijo Bruto claramente aliviado. Artorath miraba a Bruto mientras hablaba, y éste agitó la mano en dirección a Ciro y se retiró.

Ciro volvió a entrar en el círculo y se movió hacia delante con rapidez. Artorath hizo lo propio y chocaron con un fuerte impacto de cuerpos que provocó estremecimientos entre los soldados. Sin detenerse Ciro libró sus hombros de las manos del eduo y emprendió una trayectoria externa zafándose por poco de los callosos pies del galo, que se arrastraban hacia sus tobillos. Ciro lo esquivó e intentó alejarse de un salto, pero Artorath giró sobre sí mismo y lo detuvo antes de que se librara del todo.

Se entrelazaron por las piernas, cada uno intentando tirar al otro al suelo. Artorath se soltó de las manos de Ciro retorciéndose y a punto estuvo de tumbarlo haciendo palanca en la cadera, pero no lo consiguió porque Ciro se agachó e inmediatamente cargó contra él con intención de tumbarlo. Pero el embate sólo hizo tambalearse un poco a tan gran oponente, el cual, sin perder un momento, cruzó los brazos enlazando a Ciro por la garganta y empezó a tirar hacia atrás con todo su peso.

Habría sido el final, pero Ciro le bloqueó el movimiento de los pies con el talón y Artorath cayó al suelo como un árbol, desplomándose en tierra con Ciro encima. Antes de que los romanos prorrumpieran en aclamaciones, los hombres entrelazados se enzarzaron en una serie de ataques y contraataques más rápidos, agarrándose y soltándose y aprovechando hasta el menor apoyo para aplicar llaves en las articulaciones que habrían descoyuntado a un hombre de menor envergadura.

Artorath agarró de nuevo a Ciro por la garganta con sus poderosas manos, pero Ciro localizó el dedo meñique y se lo descoyuntó de un tirón. Aunque soltó un gruñido, no aflojó ni una pulgada, y Ciro empezaba a ponerse morado cuando encontró otro dedo y le practicó la misma operación que al primero. Sólo entonces lo soltó el hombretón sujetándose la mano herida.

Ciro fue el primero en ponerse de pie con ligereza. El galo se levantó más despacio, con expresión de cólera por primera vez.

—¿Los detenemos? —preguntó Domitio.

Nadie contestó.

Artorath soltó una fuerte patada que erró el blanco y fue a estamparse contra el suelo mientras Ciro saltaba a un lado y lo agarraba por la cintura. Pero no pudo levantar al enorme galo. Entonces Artorath lo asió por la muñeca, pero los dedos rotos le impedían sujetar con firmeza y soltó un aullido junto al oído de Ciro cuando éste le clavó el pie en la rodilla y lo tiró al suelo de cabeza. El galo yacía aturdido, hinchando y deshinchando el enorme pecho. Ciro asintió para sí y lo ayudó a levantarse.

Bruto se quedó perplejo mirando a Artorath, que abría a regañadientes la bolsa que llevaba al cinto y sacaba una moneda de las que había ganado. Ciro la despreció con un gesto de la mano y le dio una palmada en el hombro.

—Te toca, Bruto —dijo Domitio maliciosamente—. Ahora tiene un par de dedos rotos.

—Claro que lucharía, pero no sería justo hacerle más daño aún —contestó Bruto—. Llévdselo a Cabera y que le entablille la mano.

Intentó hacérselo entender a Artorath mediante gestos, pero el galo se encogió de hombros. Había salido peor parado otras veces, y además tema la bolsa más llena que al principio. Le sorprendió ver alegría sincera en la cara de los soldados que los rodeaban, incluso en los que había vencido antes. Uno de ellos le ofreció un ánfora de vino y le quitó el lacre. Otro le dio palmadas en la espalda antes de marcharse. Pensó que Mhorbaine tenía razón. Eran gente muy rara.

Las estrellas se destacaban con inusitada claridad en el cielo de verano. Aunque Venus se había puesto, Julio identificó el disco rojo de Marte y lo saludó alzando la copa antes de acercársela a Mhorbaine para que se la llenara otra vez. Los demás galos se habían retirado mucho antes, y al final del banquete, el vino, aun aguado, había contribuido a relajar incluso a los más desconfiados. Julio había hablado con muchos, se había aprendido el nombre de todos ellos y la situación de las respectivas tribus. Tenía que agradecer las presentaciones a Mhorbaine y se sentía ebria y agradablemente bien dispuesto hacia el galo que lo acompañaba.

El campamento se extendía alrededor en silencio. Un búho ululó en alguna parte y Julio se sobresaltó. Echó una mirada a la copa de vino intentando recordar cuándo

había dejado de añadirle agua.

—Qué país tan hermoso —dijo.

Mhorbaine lo miró fijamente. Aunque había bebido bastante menos que el resto, imitaba los movimientos torpes de los beodos con singular perfección.

—¿Es eso lo que quieres? —le preguntó, y contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta.

Julio no pareció captar la tensión del hombre sentado a su lado en el suelo húmedo, y se limitó a mover la copa en dirección a las estrellas derramando un poco de vino por el borde.

—¿Qué es lo que quiere cualquier hombre? Si tú tuvieras mis legiones, ¿no soñarías con gobernar este lugar?

Mhorbaine asintió para sí. El viento había cambiado en la Galia y no lamentaba hacer lo que consideraba su deber, proteger a su pueblo.

—Si yo tuviera tus legiones, me convertiría en rey. Me llamaría Mhorix, o Mhorbainrix quizá —dijo.

Julio lo miró medio adormilado y parpadeó.

—¿Rix?

—Significa «rey» —le dijo Mhorbaine.

Julio se quedó pensando en silencio y Mhorbaine, tras llenar las copas una vez más, tomó un sorbo.

—Pero hasta los reyes necesitan aliados fuertes, Julio. Tus hombres luchan bien a pie, pero sólo tienes un puñado de soldados de caballería, mientras que mis guerreros han nacido a lomos de los caballos. Necesitas a los eduos, pero ¿cómo puedo estar seguro de que no te volverás contra nosotros? ¿Cómo puedo confiar en ti?

Julio se volvió a mirarlo.

—Soy un hombre de palabra, galo. Si digo que eres amigo mío, es para toda la vida. Si los eduos luchan conmigo, sus enemigos son mis enemigos, y sus amigos, amigos míos también.

—Tenemos muchos enemigos, pero hay uno en particular que amenaza a mi pueblo.

Julio soltó un bufido y el calor del vino se le reavivó en las venas.

—Dame su nombre y considéralo muerto —dijo.

—Se llama Ariovisto, jefe de los suevos y sus tribus vasallas. Son de sangre germana, Julio, y de piel fría; una plaga de jinetes despiadados que vive para la guerra. Cada año sus incursiones se adentran más en el sur. Los que se opusieron al principio fueron aniquilados, y sus tierras, tomadas por derecho de conquista. —Mhorbaine se acercó más a Julio y habló en tono apremiante—: Pero tú partiste el espinazo a los helvecios, Julio. Con mis jinetes, tus legiones se cebarán en esos guerreros blancos, y todas las tribus de la Galia esperarán que las guíes.

Julio contemplaba las estrellas del cielo en silencio.

—Puedo ser peor que Ariovisto, amigo mío —musitó al cabo de un rato.

Los ojos de Mhorbaine parecían negros en la noche cuando sonrió forzosamente. Aunque dejaba los augurios para los druidas, temía por su pueblo ahora que un hombre de esa talla había entrado en la Galia. Le había ofrecido su caballería para vincular las legiones a su pueblo por la seguridad del pueblo eduo.

—Es posible que llegues a serlo. El tiempo nos lo dirá. Si te enfrentas a él, tienes que presentar batalla antes del invierno, Julio. El año termina para los guerreros con las primeras nieves.

—¿Tan duro es el invierno?

Mhorbaine sonrió sin alegría.

—No podría decirte nada que te diera una idea aproximada amigo mío. A la primera luna la llamamos *Dumannios*, la oscuridad más profunda. A partir de entonces el frío aumenta. Ya lo verás cuando llegue, sobre todo si avanzas hacia el norte, como tendrás que hacer para vencer a mis enemigos.

—¿Y tendré a tu caballería bajo mi mando? —preguntó Julio.

Mhorbaine lo miró a los ojos.

—Si somos aliados —respondió en voz baja.

—Pues seámoslo.

Ante el asombro de Mhorbaine, Julio sacó la daga del cinturón, se hizo un corte en la mano derecha y le ofreció la hoja.

—Sellémoslo con sangre, Mhorbaine, si no, no habrá compromiso.

Mhorbaine tomó la daga, se cortó la mano también y se dieron un fuerte apretón. Notó el intenso escozor de la herida y se preguntó en qué quedaría todo eso. Julio levantó la copa hacia el planeta rojo.

—Juro en presencia de Marte que los eduos son amigos míos. Lo juro como cónsul y como general. —Soltó la mano que apretaba y rellenó las copas con el ánfora que sujetaba en el regazo.

—Trato hecho —dijo. Mhorbaine se estremeció y tomó un largo trago para combatir el frío de la hora.

XXVI

Pompeyo se apoyó en el balcón de mármol blanco del templo de Júpiter que dominaba la gran extensión del foro. Desde la cúpula del Capitolio veía el centro de la ciudad, y lo que veía le disgustaba profundamente.

Craso no acusó lo divertido que le parecía a él al asomarse también a observar a la muchedumbre, que no dejaba de aumentar. Guardaba silencio mientras Pompeyo musitaba con rabia para sí señalando de vez en cuando un nuevo aspecto exasperante del espectáculo.

—Allí, Craso, ¿los ves? ¡Malditos sean! —gritó Pompeyo sin dejar de señalar.

Craso miró en la dirección que señalaba el dedo tembloroso; una larga línea de hombres con toga negra se abría paso desde un extremo del foro hacia la casa del senado, deteniéndose de vez en cuando a quemar incienso. Craso creyó oír en el viento el sonido de los cantos fúnebres que acompañaban la procesión, y a duras penas pudo contener la risa mientras las notas quejumbrosas enfurecían más a Pompeyo.

—¿Qué se han creído? ¿A qué viene burlarse de mí de esa forma? —gritó Pompeyo enrojeciendo de rabia—. Para que toda la ciudad los vea ahí con sus trajes de luto. ¡Cuánto les gustaría que fuera verdad, por todos los dioses! ¿Y cuál será el resultado de todo esto? Te lo juro, Craso, el pueblo utilizará la desobediencia del senado como una excusa para organizar desórdenes esta noche. Me veré obligado a imponer el toque de queda otra vez y volverán a acusarme de gobernar sin contar con ellos.

Craso carraspeó con delicadeza y escogió las palabras cuidadosamente. Abajo, la larga fila de senadores se detenía en orden y el incienso de los incensarios dorados salía a la brisa.

—Sabías que podían rebelarse contra nuestro acuerdo, Pompeyo. Tú mismo me dijiste que cada vez se mostraban más rebeldes —dijo.

—Sí, pero no me esperaba semejante provocación en público con todos los problemas que me están dando en la curia. El necio de Suetonio es uno de los que están detrás de todo eso, lo sé. Corteja a Clodio, ese comerciante, como si fuera algo más que un jefe de banda, porque no es otra cosa. Ojalá hubieras acabado con él por completo, Craso. Tendrías que ver cómo discuten y desmenuzan mi legislación. Como si todos hubieran sido senadores más tiempo del que se tarda en guiñar un ojo. ¡Es insufrible! En algunos momentos desearía imponer el poder absoluto que me acusan de ejercer. Entonces veríamos qué sucedía. Si me convirtiera en dictador aunque sólo fuera seis meses, desenterraría a esos disidentes y acabaría con esta... con esta... —Le faltaban palabras y recorrió el foro señalando con la mano.

La fila de senadores se encontraba ya cerca del edificio de la curia; se oían los

gritos de la multitud en contra de Pompeyo.

Craso no sentía simpatía por su colega. A Pompeyo le faltaba sutileza para manejar a sus oponentes, prefería recurrir a la autoridad para imponer la obediencia en el senado. En privado Craso estaba de acuerdo con muchos senadores en que Pompeyo actuaba como un dictador en una ciudad que empezaba a perder la paciencia con su estilo autócrata.

A lo lejos la procesión llegó a la escalinata de la curia y se detuvo. Enfurecer a Pompeyo de esa forma era jugar con fuego. El funeral simbólico por la muerte de la república tenía intención de ser un aviso público, pero las últimas brasas de la democracia podían ser aplastadas realmente si Pompeyo perdía los estribos a consecuencia de las provocaciones. Si se producían desórdenes, tendría sin duda todo el derecho a imponer medidas drásticas en la ciudad, y una vez obligado a tomarlas, el paso a la dictadura no le sería difícil. Si llegaba a declararla, era seguro que sólo una guerra le arrebataría el poder.

—Si puedes mirar un momento más allá de la cólera —comenzó Craso con cautela—, comprenderás que no quieren obligarte a ir más allá de donde has ido ya. ¿Tanto te supone restablecer los cargos electos que has anulado? Ahora tienes a tus seguidores entre los tribunos del pueblo. ¿No podrías devolverles el voto a partir de ahora en asuntos futuros? Con ello limarías un tanto las manifestaciones en tu contra, y al menos ganarías tiempo.

Pompeyo no respondió. Los dos observaban a los senadores, que desaparecían en el interior de la curia, hasta que las puertas de bronce se cerraron tras los últimos. La acalorada multitud se quedó allí, dando vueltas y gritando bajo la severa mirada de los soldados de Pompeyo. Aunque el cortejo fúnebre ya había pasado, los ciudadanos más jóvenes se habían enardecido más que el resto y no querían marcharse. Pompeyo esperaba que los centuriones tuvieran la precaución de no tratarlos con excesivo rigor. Con los ánimos tan calientes en Roma, los disturbios podían estallar a la menor chispa.

Por fin Pompeyo habló con voz amarga.

—Me bloquean a cada paso, Craso. Incluso cuando todo el senado estaba conmigo, esos tribunos hijos de perra se levantaron y pusieron veto a mi legislación. Se han puesto en mi contra. ¿Por qué no había de colocar a mis hombres en su lugar? Al menos ahora no me tiran por tierra todo el trabajo por un detalle sin importancia o por capricho.

Craso miró a su colega y advirtió la transformación que había sufrido a lo largo del último año. Tenía abultadas bolsas negras bajo los ojos y parecía exhausto. No había sido un período fácil, pero la constante puesta a prueba del poder de los gobernantes por parte del pueblo procuraba suficiente satisfacción a Craso, que de ese modo se había librado del continuo tira y afloja. Pompeyo había envejecido bajo el

peso de la responsabilidad, y Craso se preguntaba si en su fuero interno no lamentaría el trato que había cerrado. Julio tenía la Galia, él, su flota de barcos y su preciosa legión. Pompeyo debía luchar por su vida desde la primera vez que impuso en el senado una ley con los poderes de César.

Al principio el senado soportaba bien el cambio de poder, pero después empezaron a formarse facciones, y con el ingreso de hombres nuevos en el senado, como Clodio y Milo, se convirtió en un juego peligroso para todos. Se había extendido el rumor de que habían asesinado o mutilado a Bíbilo, y el senado había exigido verlo vivo en dos ocasiones para que diera cuenta de su ausencia. Pompeyo había concedido permiso para que dirigieran cartas al cónsul, pero la palabra de César había prevalecido, de modo que Bíbilo no había comparecido, y quienes iban a visitarlo encontraban su casa cerrada y oscura.

Después de que la violencia estuviera a punto de estallar en dos debates, Pompeyo puso soldados de guardia en las sesiones pasando por alto las protestas de los senadores. Y ahora hacían desfilar su insatisfacción ante todo el pueblo de Roma convirtiendo las disensiones internas en asunto público. Aunque a Craso le resultara tan divertida la furia de Pompeyo, le preocupaban las consecuencias que pudiera tener.

—Roma no la gobierna un hombre solo, amigo mío —murmuró Craso.

Pompeyo lo miró bruscamente.

—¡Dime qué leyes he transgredido! Mis tribunos han sido nombrados en vez de elegidos. Su función no era detener completamente el trabajo del senado, y ya no lo hacen.

—El equilibrio del sistema ha cambiado, Pompeyo. No es pequeño el cambio que has introducido. Los tribunos eran la voz de la plebe. Cambiando esa cuestión es mucho lo que arriesgas. Y los senadores han descubierto que tienen nuevos dientes si actúan juntos contra ti —contestó Craso.

Pompeyo hundió los hombros abrumado, pero Craso no lo compadeció. Ese hombre se tomaba la política como si las cuestiones pudieran atacarse frontalmente. Era un buen general, pero muy mal gobernante de la ciudad, y al parecer el último en saber esa verdad era él, el propio Pompeyo. El simple hecho de haberle pedido que se reuniera con él en privado demostraba que afrontaba graves problemas, aunque no estuviera dispuesto a pedir consejo abiertamente.

—Su función era limitar el poder del senado, Pompeyo. Quizá se equivocaron al bloquearte por completo, pero el hecho de sustituirlos no te ha hecho ganar sino la furia de la ciudad.

Pompeyo se sonrojó otra vez y Craso continuó hablando deprisa, intentando que comprendiera.

—Si devuelves los cargos y el voto, recuperarás gran parte del terreno perdido —

le dijo con apremio—. Las facciones lo considerarán una victoria y se desharán. No debes permitir que se fortalezcan más. Por Júpiter en persona, no debes permitirlo. Has conseguido lo que querías, hazles saber ahora que para ti las tradiciones romanas son tan importantes como para ellos. Al fin y al cabo, las leyes que has aprobado no se pueden derogar.

—¿Permitir a esos perros malcarados que vuelvan a vetarme? replicó Pompeyo secamente.

Craso se encogió de hombros.

—Esos o quienes los ciudadanos elijan. Si son los mismos, puede que encuentres dificultades al principio, pero esta ciudad no es fácil de gobernar. Nuestro pueblo se alimenta de democracia desde la infancia. A veces me parece que sus expectativas son tan altas que resulta peligroso. No les gusta que se quite de en medio a sus representantes.

—Lo pensaré —dijo Pompeyo de mala gana mirando a lo lejos, hacia el fondo del foro.

Craso tenía la impresión de que Pompeyo no acababa de ver el peligro, pues creía que la oposición del senado era cosa pasajera, y no la semilla que podía desembocar en franca rebelión.

—Sé que tomarás la decisión adecuada —le dijo.

Julio se frotó la cara cansinamente. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Una hora? No recordaba con exactitud en qué momento se había dormido, cuando las primeras luces ya despuntaban en el cielo, creía. Los colores de la provincia parecían desvaídos y la voz de Marco Antonio tenía un timbre quejumbroso que nunca había notado hasta entonces. La mitad de los legionarios tenían los ojos adormilados y estaban pálidos, sin embargo Marco Antonio parecía listo para un desfile, y Julio estaba seguro de que se creía moralmente superior a los que se habían permitido lujos la víspera. El general fruncía los labios escuchando el informe de Julio sobre los acuerdos tomados con Mhorbaine.

—Desearía que me hubieras consultado antes de comprometerte a ayudarlo —dijo Marco Antonio disimulando apenas su enfado.

—Por lo que dijo Mhorbaine, ese tal Ariovisto nos causaría problemas en un momento u otro. Más vale vérselas con él ahora, antes de que enraíce tanto que no podamos devolverlo al otro lado del Rin. Necesitamos aliados, Marco Antonio. Los eduos han prometido poner a mi disposición tres mil soldados de caballería.

Marco Antonio tardó un momento en dominar el mal humor.

—Sí, son capaces de prometer cualquier cosa, señor. Pero no lo creeré hasta que lo vea. Te advertí que Mhorbaine era un cabecilla inteligente, pero me da la impresión de que ha conseguido enfrentar a muerte a los dos ejércitos más poderosos de la Galia. No me extrañaría que Ariovisto también hubiera jurado amistad y así los

eduos se beneficiarían de una guerra que podría acabar con sus dos principales enemigos.

—No he visto nada en la Galia que pueda oponerse a nosotros —dijo Julio con desprecio.

—No has visto las tribus germanas. Viven para la guerra, tienen una clase de guerreros profesionales siempre a punto para la guerra, apoyan todo el pueblo. Y en todo caso, Ariovisto es intocable. Es amigo de Roma, recibió el nombramiento hace unos diez años. Si le declaras la guerra, el senado podría retirarte del mando.

Julio dio media vuelta y agarró a Marco Antonio por los hombros.

—¿No te parece que eso tenías que habérmelo dicho antes? —le preguntó.

Marco Antonio lo miró sonrojado.

—No creí que fueras a prometer nada a Mhorbaine, señor. ¡Apenas lo conoces! ¿Cómo iba a imaginarme que te comprometerías a llevar a las legiones casi trescientas millas tierra adentro? Julio soltó al general y retrocedió un poco. —Ariovisto es un invasor implacable, Marco Antonio. Mis únicos aliados me han pedido ayuda. Te digo sinceramente que no me importa que Mhorbaine cifre sus esperanzas en vernos caer uno contra otro. Ni me importa que Ariovisto sea el doble de guerrero de lo que dices. ¿Para qué crees que he traído a mis legiones a la Galia? ¿Has visto esta tierra? Podría dejar caer un puñado de semillas en cualquier parte y brotarían antes de dar media vuelta. Hay bosques suficientes para construir flotas enteras, rebaños de vacas tan numerosos que no podrían contarse. ¿Y más allá de la Galia? Quiero verlo todo. Trescientas millas no es más que un paso en el camino que tengo pensado. No hemos venido a veranear, general. Hemos venido a quedarnos en cuanto abra caminos a los que vengan detrás.

Marco Antonio escuchaba asombrado.

—¡Pero Ariovisto es de los nuestros! No puedes.

Julio asintió y levantó una mano. Marco Antonio guardó silencio.

—Nos llevará un mes construir una calzada desde aquí a la llanura para transportar las catapultas y los onagros. No tengo intención de ir a la guerra sin la artillería pesada otra vez. Mandaré un mensaje a ese Ariovisto solicitando un encuentro. Me dirigiré a él con el respeto debido a un amigo de mi ciudad. ¿Te parece satisfactorio así?

Marco Antonio se relajó, visiblemente aliviado.

—Por supuesto, señor. Espero que no te hayan ofendido mis palabras. Pensaba en tu posición respecto a Roma.

—Lo comprendo. ¿Podrías mandarme a un mensajero para que le entregue la carta? —replicó Julio con una sonrisa.

Marco Antonio asintió y salió de la estancia. Julio se dirigió a Adán, que había asistido a la conversación con la boca abierta.

—¿Qué haces con la boca abierta? —le dijo bruscamente, y al instante lo lamentó. Le dolía la cabeza y tenía el estómago como si se lo hubiera exprimido a fuerza de vomitar toda la noche. Recordó entonces vagamente que había salido haciendo esos de la casa de baños en la oscuridad, y que había vomitado grandes cantidades de líquido oscuro en los desagües. Sólo tenía bilis amarilla, pero seguía quemándolo y se le subió a la garganta.

Adán procuró escoger las palabras con cuidado.

—Así debió de suceder en mi país en el pasado. Los romanos decidieron sobre nuestro futuro en nuestro lugar, como si no tuviéramos nada que decir en el asunto.

Julio iba a replicar secamente, pero se contuvo.

—¿Crees que los cartagineses lloraron por sus conquistas? ¿Y cómo crees que tu pueblo decidió el destino de los pueblos hispánicos que encontró cuando llegó allí? Los celtas procedían de tierras extranjeras. ¿Crees que tus antepasados tenían en consideración a los habitantes anteriores? Quizá también aquéllos hubieran sido invasores con anterioridad. ¿Crees que tu pueblo es mejor que el mío, Adán? —Julio se pellizó el puente de la nariz y cerró los ojos; la cabeza lo atormentaba—. Ojalá estuviera más despejado para explicarte lo que quiero decir. Lo importante no es sólo la fuerza. Cartago era fuerte, pero el hecho de vencerlos cambió el mundo. Grecia fue la mayor potencia en otro tiempo, pero cuando se debilitaron, llegamos nosotros y la hicimos nuestra. ¡Dioses! Demasiada bebida para discutir a hora tan temprana.

Adán no lo interrumpió. Presentía que Julio estaba a punto de descubrir algo importante, y se adelantó en la silla para escucharle. La voz de Julio tenía un tono hipnótico, casi un susurro.

—Los países se toman con sangre. Se viola a las mujeres, se mata a los hombres, todos los horrores que te puedas imaginar suceden miles de veces, continuamente, pero al final todo termina y el vencedor ordena la tierra. Se cultiva, se construyen ciudades, se hacen leyes. La gente medra, Adán, te guste o no. Después vienen la justicia y la ley. Los que roban a su vecino son ejecutados, separados de los demás. Es necesario, porque también los conquistadores envejecen y aprecian la paz. La sangre de los invasores se mezcla con la del pueblo de la tierra hasta que al cabo de cien años ya no son celtas ni cartagineses, ni romanos siquiera. Son como... el vino y el agua, inseparables. Todo empieza en la batalla, pero cada nueva oleada los aúpa, Adán. Te digo que si alguna vez encuentro país que no se haya templado a fuego, serán salvajes, mientras que nosotros hemos construido ciudades.

—¿Tú crees todo eso? —preguntó Adán.

Julio abrió los ojos y las oscuras pupilas le brillaban.

—Adán, no creo en la espada porque la vea. Pero es la verdad, simplemente. Roma es más que espadas de hierro y hombres más duros. Los haré madurar aunque griten y pataleen. La Galia sufrirá bajo mi mano, pero la habré engrandecido más de

lo que se imaginan cuando mi tiempo se acabe.

El mensajero enviado por Marco Antonio llegó a la puerta y les llamó la atención con un leve carraspeo. Los dos soñadores se sobresaltaron y Julio gimió sujetándose la cabeza.

—Tráeme un paño frío y mira a ver si Cabera tiene algo para el dolor —dijo al joven. Cuando se volvió hacia Adán, lo vio desalentado.

—Es una forma extraña de verlo, mi general —se atrevió a decir—. Comprendo por qué lo dices, teniendo un ejército apostado para invadir la Galia. Pero no servirá de consuelo a las familias que pierdan a sus hombres en los días por venir.

Julio empezó a encolerizarse y la cabeza seguía martilleándolo.

—¿Crees que ellos se están tirando flores unos a otros mientras estamos aquí sentados? Las tribus se atacan entre sí, muchacho. Con cuarenta años Mhorbaine es un anciano de su tribu. ¡Piénsalo! La enfermedad y la guerra se los llevan antes de que les salgan canas. Aunque nos odien, se odian mucho más entre ellos. Y ahora dejemos el tema para otra ocasión. Tengo que dictarte una carta para el tal Ariovisto. Vamos a decir a ese «amigo de Roma» que se retire tranquilamente de las tierras que ha conquistado y que se olvide de la Galia.

—¿Crees que lo hará? —preguntó Adán.

No le contestó, sino que le hizo una seña para que tomara la tablilla de escribir y empezó a dictar la carta al rey de los suevos.

Talar los bosques para la nueva calzada hasta la llanura llevó más tiempo del que Julio pensaba. Aunque los legionarios trabajaron jornadas enteras en pleno calor estival, los grupos de leñadores tenían que cortar cada uno de los robles y llevárselos ayudados por los bueyes. Cabera había empezado a enseñar a algunos niños de la legión a curar huesos rotos y heridas, accidentes inevitables de esa clase de trabajo. Transcurrieron dos meses interminables antes de que se pudiera colocar la primera piedra, pero al final del cuarto los adoquines cubrían ya casi cuarenta millas, de anchura y solidez suficientes como para transportar las grandes catapultas y maquinaria de sitio sin un temblor. Se habían abierto nuevas canteras en los montes y los hitos de granito marcaban las millas desde Roma, cuya sombra se alargaba más que nunca.

Julio reunió el consejo en la sala de los edificios romanos con Mhorbaine y Artorath como aliados favoritos. Los miró a todos y por fin se detuvo en Adán, que lo miraba a su vez de una forma extraña. El joven hispánico había traducido los mensajes que se habían cruzado entre Ariovisto y la provincia romana, y de todos ellos era el único que sabía lo que Julio iba a decir. El general se preguntó cuándo habría sido él tan inocente como el joven escribano. Si alguna vez lo había sido, hacía tanto que no se acordaba.

No había sido fácil llegar hasta Ariovisto. Los dos primeros mensajeros habían

vuelto con las más breves respuestas, sin mostrar el menor interés por Julio y sus legiones. Marco Antonio había logrado inculcar a Julio la necesidad de acercarse al rey con precaución, pero las misivas eran despectivas y lo irritaban. Al final del primer mes Julio no pensaba más que en terminar la calzada y aplastar a Ariovisto con las legiones, fuera o no amigo de Roma. Sin embargo, era preciso demostrar que había agotado los intentos de arreglar el asunto pacíficamente. Sabía que Adán no era el único de los suyos que mantenía correspondencia con Roma. Pompeyo tendría espías que lo mantendrían bien informado, y lo último que quería era que Roma lo declarase enemigo del estado por sus actos. No era imposible que sucediera tal cosa con Pompeyo a la cabeza del senado. Sin duda habría amaestrado a los senadores a la perfección y un solo voto podría arrebatarse la autoridad de un plumazo.

Las semanas pasaban lentamente entre días repletos de reuniones con los cabecillas de las tribus, en las que les prometía lo que quisieran a cambio de que le franqueasen el paso por sus tierras y le proporcionaran víveres para el ejército en marcha. Bruto había aprendido la lengua con una facilidad que sorprendía a ambos, y ya podía tomar parte en las negociaciones, aunque algunas veces sus esfuerzos hacían llorar de risa a los galos.

Adán desvió la mirada cuando Julio le sonrió. Cuanto más tiempo pasaba en compañía del jefe romano, más aumentaba su confusión. A veces, cuando Julio intentaba que se sintiera cómodo, Adán percibía el inmenso encanto personal que tenía y comprendía por qué le seguían los demás. Pero había momentos en que no podía creer la insensibilidad absoluta de los generales cuando decidían el destino de millones de personas en sus consejos. No lograba decidir si Julio era tan despiadado como Renio o si en verdad creía que llevar Roma a la Galia era mejor camino para las tribus que cualquiera que pudieran encontrar por sí mismas. Al joven le importaba. Si pensaba que Julio creía en sus propias palabras sobre la gloria de la civilización, el respeto que sentía por él quedaba justificado. Si todo era un juego y nada más, o una máscara para disfrazar la conquista, entonces habría cometido el mayor error de su vida marchándose de Hispania tras él.

—Ariovisto se ha burlado de mis mensajeros otra vez —dijo Julio a los generales, y éstos se miraron unos a otros—. Aunque Marco Antonio ha expresado el deseo de que respete el título de amigo de Roma que ostenta dicho rey, no puedo pasar por alto su arrogancia. Según las partidas de reconocimiento, se está congregando un gran ejército en sus fronteras para continuar la conquista, y yo me he comprometido a salvaguardar las tierras de los eduos con nuestras legiones. —Miró brevemente a Marco Antonio, el cual miraba hacia la larga mesa—. La caballería de Mhorbaine acompañará a los *extraordinarii*, cosa que le agradezco —prosiguió. Mhorbaine hizo una inclinación de cabeza sonriendo irónicamente—. Puesto que Ariovisto ha rendido servicio a Roma en el pasado, seguiré enviándole mensajes a medida que avancemos.

Tendrá todas las ocasiones que desee de reunirse conmigo para buscar una solución pacífica. He informado al senado de estas acciones y estoy esperando la respuesta, aunque es posible que no llegue antes de que nos pongamos en marcha. —Ante la mirada de todos, desenrolló un mapa de la más fina vitela de piel de ternera. Colocó pesos de plomo en las esquinas y los hombres se levantaron de las sillas a mirar la tierra que se les revelaba—. Señores, los exploradores han dibujado las montañas de modo que sepamos dónde están. Esta región se llama Alsacia, y se encuentra a trescientas millas hacia el noroeste.

—Es fronteriza con las tierras helvecias —murmuró Bruto enfrascándose en el mapa que Mhorbaine les había proporcionado. No era más que un conjunto de regiones pintadas, sin pormenorizar, pero ninguno de los romanos presentes había visto siquiera esa parte de la Galia y miraban fascinados.

—Si no hacemos retroceder a los suevos hasta la otra orilla del Rin, los helvecios no sobrevivirán al próximo verano —replicó Julio y después Ariovisto puede pensar en adentrarse más en el sur, hasta nuestra provincia. Tenemos el deber de establecer el Rin como frontera natural con la Galia. Nos resistiremos a quienquiera que intente cruzarlo. Si es necesario, construiré puentes y aplicaré incursiones de castigo en el interior de sus propias tierras. Ariovisto se ha vuelto muy arrogante, señores. El senado le ha permitido correr a su antojo durante mucho tiempo.

Pasó por alto el estremecimiento que sus palabras causaron a Marco Antonio.

—Ahora preparemos el orden de marcha. Aunque tengo esperanzas de paz, debemos prepararnos para la guerra.

XXVII

Después de la carga contra los helvecios, la marcha formal por la nueva calzada fue casi un ameno paseo para los veteranos de la legión. Aunque todavía hacía mucho calor, los árboles empezaban a transformarse y se teñían de mil tonos rojos y marrones. Los cuervos levantaban el vuelo desde la espesura al paso de los soldados graznando alarmados. En la despejada llanura los legionarios podían imaginarse fácilmente que eran los únicos hombres en mil millas.

Julio había puesto la Décima y la Tercera a la cabeza de la marcha. La caballería edua iba al cargo de Domitio y Octavio, y empezaba a aprender la disciplina que Julio exigía a sus aliados. Aunque agradecía el refuerzo que Mhorbaine le había proporcionado, había especificado claramente que tendrían que aprender a seguir las órdenes y la estructura al estilo romano. Los *extraordinarii* tuvieron que trabajar mucho con los jinetes galos, hombres individualistas que no estaban acostumbrados a las tácticas organizadas de ataque.

Las grandes máquinas de guerra acompañaban la marcha, perfectamente amarradas y seguras durante el avance, pero seguidas de cerca por los grupos de expertos. Cada pesada ballesta tenía su propio nombre grabado en las grandes piezas de haya que la componían, y cada legión prefería utilizar la suya, pues cada cual pensaba que la propia podía disparar más lejos y más atinadamente que las demás. Las llamadas escorpión no parecían sino una carreta cargada de palos y hierros antes de ser montadas. Hacían falta tres hombres para volver a colocar en su sitio cada brazo del dispositivo después de una descarga, pero el proyectil podía atravesar un caballo y matar al que estuviera detrás. Eran armas muy preciadas, y los legionarios solían acercarse a tocar sus partes de hierro para que les diera buena suerte.

Las seis legiones ocupaban unas diez millas en la calzada, en dirección a la llanura helvecia, aunque se quedaron en cinco cuando Julio ordenó aumentar el fondo de las filas, que se extendieron a lo ancho por el terreno. Estaban tan cerca todavía de las tierras eduas que no temía ningún ataque, pero era consciente de que la columna marchaba desprotegida, así como los carros de pertrechos que los acompañaban. Había algunos eslabones débiles en la cadena desde la provincia, pero a la primera señal de peligro las legiones podrían reorganizarse y formar en grandes cuadrados defensivos capaces de resistir cualquier asalto que se hubiera visto hasta entonces en la Galia. Sabía también que contaba con los hombres y generales que necesitaba. Si fracasaba, la desgracia caería sólo sobre él.

Mhorbaine se había resistido a la tentación de unirse a ellos contra el enemigo. Aunque le dolió, ningún cabecilla eduo podía ausentarse tanto tiempo de su pueblo sin que algún usurpador corriera a ocupar su lugar. Julio se había despedido de él en el límite mismo de la provincia romana, con las brillantes legiones formando una

línea interminable detrás de él, atentas y alerta como perros de caza.

El jefe eduo contempló las filas inmóviles que esperaban a sus generales, y la estricta disciplina le hizo sacudir la cabeza. Sus guerreros habrían estado dando vueltas sin objeto antes de una marcha, y en comparación la disciplina romana le parecía deprimente y temible. Cuando Julio se alejaba, Mhorbaine le hizo en voz alta la pregunta a la que había estado dando vueltas desde el momento en que vio el contingente de fuerzas que avanzarían al encuentro de Ariovisto.

—¿Quién cuida de tus tierras cuando te ausentas? —preguntó.

Julio se volvió hacia el galo y le clavó una oscura mirada.

—Tú, Mhorbaine. Pero no harán falta guardianes.

Mhorbaine se quedó mirando con recelo al general romano de la brillante armadura.

—Hay muchas tribus dispuestas a aprovechar tu ausencia, amigo mío. Los helvecios podrían regresar, y los alóbrogos roban todo lo que pueden.

No dejó de mirarlo mientras Julio se ponía el casco en la cabeza y la cara de hierro le hacía parecer una estatua viva. La coraza aceitada brillaba, y tenía los brazos fuertes y marcados por unas líneas blancas que contrastaban con la piel bronceada.

—Saben que volveré, Mhorbaine —dijo Julio sonriendo a pesar de la máscara.

Después de la primera milla, se quitó el casco porque el sudor se le metía en los ojos, le escocía y veía borroso. Por muy buenas que hubiesen sido las intenciones de Alexandria, nunca había andado cien millas con una armadura puesta, aunque estuviese perfectamente moldeada.

Cuando cruzaban una población, Julio aceptaba cereales y carne como tributo. Las provisiones siempre eran escasas, por más que hubiera, y le intranquilizaba tener que dejar guardias atrás para proteger los víveres que mandara Mhorbaine. Los campamentos nocturnos de la legión sirvieron de parada obligatoria y así fueron estableciéndose las primeras conexiones hacia el norte. Después se convertirían en caminos permanentes y los mercaderes de Roma se adentrarían más y más en el país con todas las mercancías que pudieran vender. Sabía que en dos o tres años las calzadas se poblarían de plazas fuertes y puestos de guardia. Los que no tuvieran tierras en Roma acudirían entonces a parcelar el terreno en granjas y empezarían de nuevo; allí encontrarían la fortuna.

Era un sueño embriagador, aunque en aquella primera marcha contra Ariovisto sus legiones nunca estuvieron a menos de diez comidas de la muerte por inanición, un margen tan desesperante e importante como cualquier otro factor de su fuerza. Al dar orden de que se formaran grupos mixtos de caballería y *velites* para mantener despejado el terreno de la vía de abastecimiento, tenía la sensación de que le desangraban el contingente. Alargó la vía de abastecimiento haciéndola tan delgada como se atrevía, pero la Galia era muy extensa y no podía mantener el hilo hasta las

tierras eduas, de modo que se hizo el propósito de encontrar más aliados cuando tuviera que enfrentarse a Ariovisto.

En algunos momentos la tierra misma parecía ponerle obstáculos. El terreno estaba cubierto de pesados montones de hierba suelta que se daba la vuelta al pisar, lo cual hacía la marcha más lenta todavía. El día en que cubrían veinte millas desde el último campamento podían darse por satisfechos.

Cuando las partidas de reconocimiento informaron de la presencia de jinetes que espían el avance de las legiones, Julio dejó a un lado las listas y las cuentas con alivio. Lo que habían avistado no era más que atisbos de hombres armados, pero las legiones se pusieron en tensión al conocer las noticias. Los soldados engrasaban las armas con mayor cuidado todas las noches, y las listas de sancionados se iban vaciando. Mandó a los *extraordinarii* más rápidos que salieran a reconocer el terreno, pero la presa se perdió de vista entre los bosques y valles, uno de los mejores caballos se rompió una pata en pleno galope y su jinete murió.

Julio estaba convencido de que se trataba de espías de Ariovisto, pero aun así le sorprendió la aparición de un jinete solitario cuando hicieron un alto para comer a mediodía. El hombre salió al trote de un bosque en forma de punta de flecha que se divisaba en una empinada ladera de granito, en la dirección de la marcha, y provocó un revuelo de señales y toques de atención. Al oírlos, los *extraordinarii* dejaron la comida intacta, emprendieron la carrera hasta los caballos y montaron de un salto.

—¡Esperad! —gritó Julio con la mano levantada—. Dejadle que se aproxime.

Las legiones formaron filas en un silencio aterrador, todos miraban al jinete que se acercaba sin el menor titubeo. Julio desenvolvió el telescopio y, tras colocar las lentes, observó al hombre. Lo que vio le hizo fruncir el ceño, pero no dijo nada a los que estaban cerca de él.

El desconocido se apeó del caballo al llegar a las primeras filas de la Décima. Miró en torno un momento y asintió para sí al ver a Julio con su armadura y la cantidad de enseñas y *extraordinarii* que lo rodeaban. Cuando sus miradas se cruzaron, Julio se esforzó por no demostrar la incomodidad que sentía. Oía cuchichear nerviosamente a los legionarios, y uno o dos hicieron señales protectoras con la mano ante la intempestiva aparición del jinete.

Vestía cota de cuero sobre una tela rústica, con la parte inferior de las piernas al aire. Unas placas redondas de hierro le protegían los hombros dándole una apariencia aún más corpulenta de la que ya tenía. Era alto, aunque Ciro le sacaba algunas pulgadas, y al lado de Artorath habría parecido pequeño. Pero era su rostro, el cráneo, lo que despertaba inquietud en los romanos que lo veían pasar.

No se parecía a ninguna raza humana que Julio hubiera visto hasta entonces, con una frente huesuda y prominente que sumía los ojos en la sombra todo el tiempo. Tenía el cráneo completamente rasurado, a excepción de una larga cola en la nuca

que se balanceaba al caminar cargada de ornamentos de metal oscuro en toda su longitud. El cráneo en sí era muy deforme, terna una especie de segunda frente sobre la primera.

—¿Entiendes mis palabras? ¿Cómo te llamas y a qué tribu perteneces? —preguntó Julio.

El guerrero se quedó mirándolo sin responder y Julio se sacudió mentalmente al darse cuenta de pronto de que el hombre debía de saber muy bien el efecto que causaba. Seguro que Ariovisto lo había escogido por ese motivo precisamente.

—Soy Redulf, del pueblo suevo. Aprendí tu lengua cuando mi rey luchó por tu pueblo y fue nombrado amigo de por vida —replicó el hombre.

Era sobrecogedor oír la lengua latina en boca de un individuo tan demoníaco, pero Julio asintió con satisfacción porque no terna que confiar en los intérpretes de Mhorbaine.

—Entonces ¿vienes en nombre de Ariovisto? —le preguntó.

—Lo he dicho —replicó el hombre.

La respuesta irritó a Julio. El emisario era tan arrogante como su amo.

—En tal caso, di lo que te han dicho que tienes que decir, muchacho —replicó Julio—. No estoy dispuesto a aguantar más demora.

La provocación lo hizo tensarse, e incluso cierto rubor le cubrió la doble protuberancia de la frente. Julio se preguntó si esa deformación sería de nacimiento o se debería a algún rito extraño de las tribus del otro lado del Rin. El general indicó a un mensajero que se acercase y en un susurro le dijo que acercaran a Cabera a la cabeza de la columna. Cuando el mensajero echó a correr, el guerrero habló en un tono como para que su voz se oyera desde lejos.

—El rey Ariovisto se reunirá contigo en una roca llamada la Mano, en el norte. Debo añadir que no consentirá que tus soldados de a pie te acompañen. Él acudirá sólo con sus jinetes, y a ti sólo te será permitido lo mismo. Ésas son las condiciones.

—¿Dónde está esa roca? —preguntó Julio pensando con los ojos entrecerrados.

—A tres días de marcha hacia el norte. Unas peñas como dedos coronan la roca. La reconocerás. Él te esperará allí.

—¿Y si no acepto las condiciones? —preguntó Julio.

El guerrero se encogió de hombros.

—Entonces él no se presentará y se considerará traicionado. Os declararemos la guerra hasta que uno de los ejércitos sea vencido.

Miró a los oficiales romanos con una mueca despectiva que dejó perfectamente claro cuál sería el resultado de producirse el enfrentamiento. Echó una ojeada a Cabera, que llegaba en ese momento moviéndose despacio con ayuda de un bastón y del brazo del mensajero. El anciano sanador estaba desmejorado a causa de las privaciones de la marcha, pero aún así sus ojos azules miraban fascinados el singular

cráneo del guerrero.

—Di a tu amo que nos reuniremos donde él propone, Redulf —dijo Julio—. Haré honor a la amistad que mi ciudad le ha brindado e iré a su encuentro en paz a la roca que has nombrado. Corre ahora a contarle cuanto has visto y oído.

Al oír esa despedida, Redulf lo fulminó con la mirada, pero se limitó a echar una última ojeada despectiva a las filas romanas y luego se acercó a su caballo. Julio observó que Bruto había formado un ancho pasillo con los *extraordinarii* por donde el mensajero tendría que cruzar forzosamente. Y lo hizo, sin mirar a un lado ni a otro, hasta que su silueta fue empequeñeciéndose en la distancia, hacia el norte.

Bruto se acercó al trote y desmontó.

—Qué tipo tan raro, por Marte —comentó. Advirtió que un legionario de la Décima que estaba cerca de él hacía signos de protección con las manos. Frunció el ceño al pensar en el efecto que habría causado entre los hombres más supersticiosos que estaban bajo su mando.

—Cabera, ya lo has visto —dijo Julio—. ¿Era una deformación de nacimiento?

Cabera miró la lejana silueta del jinete.

—Nunca había visto nada tan homogéneo, parecía hecho a propósito. No lo sé, general. Quizá, si pudiera verlo más de cerca, podría decirlo con certeza. Pensaré en ello.

—Supongo que Ariovisto no ha pedido la paz ni piensa ahorramos el esfuerzo de luchar contra hombres tan feos, ¿verdad? —preguntó Bruto a Julio.

—Todavía no. Ahora que estamos cerca de él, de pronto se le ocurre recibirme. Es curiosa la influencia que las legiones romanas pueden ejercer en un hombre —contestó Julio. La sonrisa se le borró pensando en el resto del mensaje del rey—. Quiere que acuda a la cita sólo con la caballería, Bruto.

—¿Cómo? Espero que te hayas negado. No te dejaré en manos de los jinetes galos, Julio. Que ni lo sueñe. No puedes darle ocasión de atraparte, por muy amigo de Roma que sea. —A Bruto le horrorizaba la idea, pero Julio volvió a hablar.

—Roma está pendiente de nosotros, Bruto. Marco Antonio tenía razón en eso. Hay que tratar a Ariovisto con respeto.

—Mhorbaine dice que su pueblo vive a caballo —replicó Bruto—. ¿Te fijaste en cómo montaba ese mal nacido? Si los demás son como él, no te conviene que te atrapen en campo abierto, con sólo los eduos y un puñado de *extraordinarii*.

—No, no creo que lo haga —contestó Julio esbozando una lenta sonrisa—. Di a los eduos que se reúnan conmigo, Bruto.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Bruto, desconcertado por el repentino cambio de actitud del general.

Julio sonrió como un niño.

—Voy a llevarme a la Décima a caballo, Bruto. Trescientos veteranos y los

extraordinarii será suficiente para cortarle las alas, ¿no te parece?

Pompeyo terminó su discurso al senado y cedió la palabra a los oradores antes de proceder a la votación. Aunque la tensión erizaba el ambiente entre los trescientos miembros de la curia, al menos los debates ya no corrían peligro de estallar en actos violentos, aunque en la calle era distinto. Al pensarlo, Pompeyo miró hacia el lugar que ocupaba Clodio, una especie de toro de cráneo afeitado nacido en las alcantarillas de la ciudad, que había ascendido sólo por ser más despiadado que cualquiera de sus competidores. Con el monopolio del comercio en manos de Craso, Clodio tendría que haberse procurado un retiro tranquilo; sin embargo, había reducido gastos y se había presentado a las elecciones del senado. Pompeyo se estremeció al pensar en su cara categórica y brutal. Se dijo a sí mismo que gran parte de lo que le habían contado serían exageraciones. Pero si todo era cierto, significaría que había otra ciudad dentro de la ciudad, y que quizá Clodio la gobernase. Su corpachón de toro aparecía en todas las sesiones del senado, y cuando tropezaba con alguna dificultad, las bandas de maleantes campaban por la ciudad y desaparecían en el laberinto de callejuelas tan pronto como los guardias de la legión los perseguían. Clodio poseía la astucia necesaria para denunciarlos públicamente y alzaba las manos asombrado siempre que la violencia coincidía con alguna traba para sus ambiciones.

Al devolver el voto a los tribunos había conseguido quitar un pilar al apoyo popular del que gozaba Clodio. Después de la vergonzosa procesión fúnebre de hacía dos meses, Pompeyo había seguido el consejo de Craso. Para su gran alegría, sólo uno de los titulares oficiales del cargo había sido nombrado de nuevo. El caprichoso electorado había votado a un desconocido para el segundo, y aunque los enemigos de Pompeyo lo cortejaban escandalosamente, todavía no se había declarado leal a nadie en particular. Era posible que Clodio no hubiera tenido nada que ver en la elección de ese hombre, aunque lo dudaba, porque no se privaba de amenazar a las familias para conseguir sus propósitos, y él ya había visto a hombres honrados votar en su contra una vez sin motivos claros. Ni siquiera miraron a Clodio a los ojos cuando se pusieron en pie con él, y Pompeyo apenas pudo contener la rabia ante la fría victoria del mercader. A consecuencia de ese voto, el maíz gratuito que se entregaba a los ciudadanos suponía una quinta parte de los ingresos totales de la ciudad, y cada mes se recibían miles de solicitudes más para el cobro de la ayuda. Pompeyo sabía que Clodio encontraba a sus más brutales adversarios entre los carroñeros más despiadados que llegaban a la ciudad. No podía demostrarlo, pero pensaba que un gran diezmo de ese grano jamás alcanzaba las bocas más necesitadas, sino que se perdía en las profundidades de Roma, donde Clodio y otros como él compraban vidas con la misma facilidad con que vendían el grano.

Pompeyo hizo una seña a Suetonio para que tomara la palabra y se sentó cuando el joven romano se puso en pie y se aclaró la garganta. Aunque no lo traslucía en su

expresión, Pompeyo despreciaba a ese joven que al parecer era capaz de seguir a cualquier perro por unas migajas. Suetonio había adoptado una actitud de mayor confianza basada en las alabanzas y los fondos que Clodio le dispensaba abundantemente. Dominaba la oratoria lo suficiente como para mantener la atención del senado, y su asociación con Clodio le permitía ejercer una influencia indirecta de la que disfrutaba.

—Senadores, tribunos —empezó Suetonio—, no soy amigo de César, como sabéis muchos de vosotros. —Hubo risitas en los bancos y él se permitió una pequeña sonrisa—. Todos hemos sabido de su victoria sobre los helvecios en la Galia, una gran victoria que arrancó la aclamación ciudadana en los mercados. Sin embargo, el asunto de las deudas que ha contraído no es cuestión de menor importancia. Tengo las estimaciones conmigo. —Suetonio consultó un documento con gran alarde, aunque se sabía los números de memoria—. Debe a Herminio cerca de un millón de sestercios. A los demás prestamistas, un total de un millón doscientos mil más. No son sumas despreciables, señores. Sin esos fondos los prestamistas afectados que se lo adelantaron de buena fe podrían verse hundidos en la pobreza. Tienen derecho a recurrir a nosotros puesto que César no da señales de volver a la ciudad. La ley de las Doce Tablas es clara en materia de deudas, y no deberíamos prestar apoyo a un general que se burla de los estatutos de esta forma. Insto, pues, al senado a exigir su regreso para que salde lo que debe a la ciudad. De no prosperar esta propuesta, quizá Pompeyo nos garantizase una fecha concreta de fin de la campaña gala, de forma que quienes se ven afectados por las consecuencias de dichas deudas sepan en qué momento serán resarcidos. Yo voto a favor de hacer volver a César.

Se sentó, y cuando Pompeyo iba a ceder la palabra al siguiente orador vio que el tribuno nuevo se había puesto en pie.

—¿Tienes algo que añadir, Polono? —le preguntó con una sonrisa.

—Únicamente que el palo parece pequeño para golpear a tan gran general —replicó Polono—. A mi entender, esas deudas son personales, aunque César haya utilizado los préstamos para proveer a sus soldados. Cuando regrese a la ciudad, los acreedores le pondrán las manos encima para que les pague, y si no puede pagar, la sanción es dura. Hasta entonces no veo que corresponda al senado exigir su regreso para echarlo en manos de prestamistas desalmados.

Se oyeron murmullos de aprobación entre los senadores y Pompeyo contuvo una sonrisa. Muchos senadores debían dinero, y Suetonio tendría que ser un genio para conseguir que ellos mismos obligaran al general a regresar para satisfacer las despreciables exigencias de hombres como Herminio. Se alegró de que Polono se hubiera pronunciado contra la propuesta. Quizá no estuviera en la nómina de Clodio a fin de cuentas. Miró de nuevo al tribuno y lo saludó con una inclinación de cabeza al tiempo que otro orador se ponía en pie, pero no prestó atención al discurso de un hijo

menor de la nobleza.

Sabía que muchos opinaban que la derogación y devolución del voto a los tribunos había sido un golpe maestro. Un gran número, principalmente los senadores más veteranos, consideraban a Pompeyo su guía y su fuerza para enfrentarse a los nuevos jugadores del juego de la política. Varios lo habían consultado en privado, pero en el senado el miedo los debilitaba. Pocos eran los que se arriesgaban a enemistarse con un colega como Clodio. Incluso Pompeyo empezaba a sudar pensando en la posibilidad de que ese hombre llegara a ser cónsul algún día.

Mientras el joven senador pronunciaba su monótono discurso, la mirada de Pompeyo cayó sobre otro de los nuevos, Tito Milo. Igual que Clodio, había entrado en el senado tras la pérdida de sus iniciativas comerciales. Quizá esa circunstancia común hubiera abonado la mutua antipatía intensa que se profesaban. Milo tenía la cara roja a causa de la bebida y era gordo, mientras que Clodio era robusto. Cualquiera de ellos podía ser tan ordinario como la peor ramera de los bajos fondos. Pompeyo se preguntó si habría posibilidades de enfrentarlos a muerte. Así, el problema se solventaría limpiamente.

Se procedió inmediatamente a la votación y por una vez los partidarios de Pompeyo no vacilaron. Clodio no había hablado y Pompeyo supuso que había dado ese capricho a Suetonio sin comprometer todo su apoyo. Esa noche las bandas no arrasaban los mercados. Clodio sorprendió la mirada pensativa de Pompeyo y lo saludó de igual a igual con un movimiento de su enorme cabeza. Pompeyo le devolvió el saludo, aunque le hervía la sangre al pensar en alguno de los peores rumores. Se decía que Clodio utilizaba guardaespaldas que recurrían a la violación de vez en cuando como medio de persuasión en cuestiones de negocios. Era un cuento más de los que circulaban como moscas alrededor de ese personaje. Le chirriaron los dientes al ver la secreta sonrisa de placer que animaba la mirada de Clodio. En esos momentos envidió a Julio, lejos de todo en Ja Galia. A pesar de las privaciones de la vida en campaña, las batallas serían más sencillas y limpias que las que él tenía que librar.

XXVIII

Bruto gritaba órdenes furiosamente a los hombres de la Décima, que trotaban en caballos galos en dirección a la masa de jinetes que se perfilaba a lo lejos, al pie del risco llamado la Mano. Aunque comprendía el deseo de Julio de contar con los veteranos de la Décima, montaban como niños caprichosos. A mayor velocidad que al paso los animales chocaban unos con otros y tropezaban contra la menor irregularidad del terreno, los soldados sofocados se caían al suelo y sufrían la humillación de tener que correr al lado de la montura hasta conseguir auparse de nuevo en la silla.

Por si fuera poco, le corroía las entrañas que a Marco Antonio se le hubiera confiado el control de las legiones, que se habían quedado rezagadas a la espera. Podía aceptar que Julio prefiriese que Octavio y él estuvieran al mando de los *extraordinarii*, pero Marco Antonio no se había ganado el derecho a ser el segundo en el mando. Estaba de un humor de perros y hacía cabriolear su montura reflejando su propio caos interior.

—¡Controlad las riendas, por Marte, o haré que os muelan a latigazos! —gritó a un desafortunado grupo de *triarii* que daba vueltas sin ton ni son.

Con la pesada armadura se sentaban sobre los caballos como estrepitosos sacos de maíz. Bruto puso los ojos en blanco cuando otro soldado se inclinó demasiado hacia delante y desapareció de la vista resbalando bajo las patas del caballo, donde aterrizó con ruido de metal.

Aquella no era forma de enfocar una posible batalla. La Décima estaba acostumbrada al ritmo de los soldados de a pie, pero los hombres que lo rodeaban, sudorosos y maldiciendo constantemente, no sabían mantener la calma a la que él estaba acostumbrado.

Octavio pasó de largo a medio galope y con su poderoso corcel reimpuso el orden en una destartalada fila. Intercambió una mirada con Bruto y le sonrió; la situación le hacía gracia, evidentemente. Bruto no le devolvió la sonrisa, sino que maldijo a la Décima entre dientes en el momento en que dos caballos se tocaron delante de él y los jinetes tiraron de las riendas desesperados, de forma que los torturados animales estallaron de pánico y se desbocaron. Bruto los detuvo tras una rápida carrera y aguardó a que los legionarios retomaran el control. No cabía esperar que supieran mantener el equilibrio con la naturalidad que proporcionaban centenares de horas de entrenamiento, pero deseaba que Julio tuviera la sensatez de dar el alto mucho antes de que Ariovisto llegase a apreciar la falta de habilidad de la Décima, pues era difícil engañar a quienes habían nacido con la silla de montar entre las piernas.

Antes de iniciar la marcha Julio había ido a hablar con él, y al percibir su frialdad, le había dedicado palabras de confianza.

—Te necesito conmigo, Bruto —le dijo—. Los *extraordinarii* son los únicos jinetes competentes que tenemos y están acostumbrados a tus órdenes. —Se lo había dicho casi al oído, no quería que nadie lo oyera—. Y si me veo obligado a luchar, no quiero a Marco Antonio a mi lado. Siente mucho respeto por ese Ariovisto y su amistad con Roma.

Bruto asintió, aunque las palabras no le sirvieron para aplacar del todo la sensación de traición. El puesto se le debía.

Los jinetes de reconocimiento avistaron la Mano e informaron antes del mediodía. A medida que la Décima se acercaba al risco, Bruto empezó a divisar a lo lejos miles de jinetes en filas perfectas. Habían escogido un enclave para la reunión en el que la caballería se vería obstaculizada por escarpados desfiladeros a ambos lados. La peña que llamaban la Mano era la mayor elevación de la parte oriental, con la occidental obstruida por densos bosques. Bruto se preguntó si Ariovisto tendría hombres ocultos entre los oscuros robles. Él los habría situado, sin duda, y deseó no ir de cabeza a una emboscada. Lo cierto era que si la Décima se veía en la necesidad de huir de los jinetes germanos, tendría que hacerlo a pie o morir en el intento.

Las trompas dieron el toque de desmontar, dos notas, según habían acordado antes de salir del campamento. Bruto observó con alivio que la Décima recuperaba toda su marcialidad tan pronto como puso el pie en el suelo.

Sólo los *extraordinarii* permanecieron montados guardando los flancos. La Décima llevaba los caballos de las riendas de muy mal humor. Bruto siguió hostigándolos y ordenando a los centuriones que mantuvieran el orden mientras avanzaban hacia el lugar de encuentro con el rey de los suevos. La tensión aumentaba a medida que se acercaban al enemigo; Bruto empezó a distinguir pormenores en los hombres a los que se enfrentaban. Vio por primera vez a Ariovisto cuando el rey se adelantó a caballo con tres hombres más y se detuvo a doscientos pies de su primera línea. Julio también se adelantó a su encuentro flanqueado por Domitio y Octavio; la tensión de las filas romanas se percibía perfectamente en la espalda de los soldados.

Bruto miró por última vez las filas de la Décima.

—¡Preparados! —dijo y salió al trote para acompañar a su general.

El ruido de miles de caballos nerviosos quedó atrás. Cuando alcanzó a Domitio y a Octavio, los tres resplandecían con su armadura de plata. Julio llevaba el casco entero, y cuando se volvió para recibir a Bruto, éste vio el efecto que producían los fríos rasgos que lo miraban fijamente.

—Veamos lo que este reyezuelo tiene que decirme —dijo con la voz transformada por la boca de hierro.

Los cuatro azuzaron a los caballos y prosiguieron a medio galope en formación perfecta por el terreno irregular.

Julio reconoció a Redulf, situado a la derecha de Ariovisto, y comprobó con

asombro que los otros dos guerreros que lo acompañaban tenían la misma extraña deformación que el mensajero. Uno de ellos llevaba el cráneo completamente afeitado, pero el otro lucía una corona de cabello negro que no disimulaba en absoluto la curiosa frente doble, como si un pez enorme le hubiera pinzado el cráneo y se lo hubiera estrujado. Todos tenían barba y una mirada feroz, y sin duda habían sido escogidos por su fuerza. Se adornaban con oro y plata, y Julio se sintió satisfecho de que los finalistas del torneo de espada fueran su guardia de honor. Las perfectas armaduras de plata eclipsaban a los guerreros suevos, y Julio supo que de uno en uno sus compañeros serían más mortíferos.

Ariovisto no tenía la frente protuberante como los guerreros que lo flanqueaban. En su rostro dominaban unas cejas oscuras y una barba sin recortar que le cubría la mayor parte de la cara, dejando sólo las mejillas y la frente al descubierto. Tenía la piel blanca y los ojos brillantes con que le miraba eran tan azules como los de Cabera. El rey permaneció absolutamente inmóvil hasta que Julio se detuvo, sin saludar.

Julio y el rey se miraron en silencio total. Ninguno quería ser el primero en hablar. Bruto observaba las filas de caballos, y más lejos aún el lugar donde un contingente mayor señalaba el extremo sur de las tierras que Ariovisto había tomado, quince millas de la orilla del ancho Rin, aguas abajo. En lontananza llegó a divisar campamentos fortificados de estilo similar a los romanos. El conjunto de jinetes suevos no guardaba un orden determinado, pero se dio cuenta de que habían despejado el terreno y podrían lanzarse a la carga en un momento. Empezó a sudar pensando en las largas lanzas que llevaban. Todo soldado romano de infantería sabía que los caballos no cargarían contra un muro de escudos, de la misma forma que no se los podía obligar a arremeter contra un árbol. Mientras las legiones mantuvieran la formación en cuadrados podrían avanzar entre las fuerzas de Ariovisto sin exponerse a un peligro real. Pero la teoría servía de poco ante la enorme cantidad de guerreros blancos y barbudos.

Julio perdió la paciencia ante el tranquilo escrutinio del rey.

—He venido a verte tal como pediste, amigo de mi ciudad —empezó—. Aunque estas tierras no sean tuyas, he cabalgado hasta aquí y he cumplido las condiciones que dictaste. Ahora te digo que debes retirar tus ejércitos hasta el otro lado de la barrera natural que marca el Rin. Retíralos inmediatamente y no habrá guerra entre nosotros.

—¿En eso consiste la amistad romana? —dijo Ariovisto de pronto en tono de burla, con un vozarrón grave que los sobresaltó—. Hace diez años luché contra vuestros enemigos y fue entonces cuando se me dio ese título, pero ¿para qué? ¿Para que se me expulse a capricho de unas tierras que he ganado legítimamente? —Se le veían los dientes muy amarillentos entre la barba, y los ojos le brillaban bajo las pobladas cejas.

—No es legítimo apoderarse de las tierras que te venga en gana —replicó Julio—.

Tu hogar está al otro lado del río, y con eso basta. Te lo advierto, Roma no consentirá que tomes la Galia, ni una parte de la Galia.

—Roma está lejos, general. Tú eres la única representación de tu ciudad en este lugar y no conoces la furia de mis soldados blancos. ¿Cómo te atreves a hablarme de esa forma? ¡Llegué a la Galia cuando tú no eras más que un niño! Las tierras que he ganado me pertenecen por derecho de conquista, según leyes más antiguas que las tuyas. ¡Son mías porque he demostrado poseer la fuerza necesaria para mantenerlas, romano!

El furibundo rugido puso nervioso al caballo de Julio y éste se inclinó hacia delante para darle unas palmadas en el cuello. Tuvo que controlarse el mal genio para responder.

—Estoy aquí porque fuiste nombrado amigo, Ariovisto. Te honro en nombre de mi ciudad, pero te lo repito: cruza el Rin y abandona las tierras de Roma y de los aliados romanos. Si vives por derecho de conquista, ¡por el mismo derecho te destruiré con mis ejércitos!

Bruto se removió inquieto en la silla, a la derecha de Julio, y éste lo percibió. El encuentro no se desarrollaba como había previsto, pero la arrogancia de Ariovisto lo irritaba.

—¿Y qué estás haciendo tú, César? ¿Con qué derecho arrebatas las tierras a las tribus? ¿Acaso te las concedieron tus dioses griegos? —Ariovisto levantó las manos señalando los verdes campos que los rodeaban con una mueca sarcástica en la cara—. Ya te di todas las respuestas enviándote a tus mensajeros con las manos vacías — prosiguió—. No quiero nada de ti ni de tu ciudad. Sigue tu camino y déjame en paz, o no vivirás. He luchado por estas tierras y he pagado con sangre. Tú no has hecho más que mandar a un puñado de carroñeros helvecios de vuelta a su país. ¿Crees que eso te da derecho a tratarme de igual a igual? Yo soy rey, romano, y a los reyes no los importunan hombres como tú. No temo tus legiones, y menos aún a esos jinetes que tienes detrás de ti, que no saben siquiera mantener la montura quieta.

Julio tuvo que reprimirse el deseo de mirar atrás, aunque veía las líneas perfectas de los suevos y sabía que sus filas no guardaban un orden y una calma semejantes. Enrojeció, pero se alegró de que la máscara le tapara la cara.

—Roma soy yo —dijo—. Estás hablando al senado y al pueblo en mi persona. Insultas a mi ciudad y a todos los países que dependen de su gobierno. Cuando te...

Un silbido restalló en el aire proveniente del lado de los suevos, y Ariovisto maldijo. Julio miró hacia arriba y vio una docena de lanzas largas que describían un arco en dirección a su preciosa Décima, y se volvió salvajemente hacia Ariovisto.

—¿Ésa es la disciplina que impones? —le espetó.

Ariovisto parecía tan furioso como el propio Julio, y el romano comprendió entonces que él no había dado la orden. Los dos ejércitos se agitaron con inquietud y

otra flecha aislada fue lanzada contra ellos.

—Mis hombres están deseosos de guerra, César. Viven para bañarse en sangre —gruñó. Miró a sus hombres por encima del hombro.

—Vuelve con ellos e iremos en tu busca —dijo Julio en un tono profundo e irrevocable a través de la máscara.

Ariovisto lo miraba fijamente y Julio distinguió en su mirada un destello de miedo. No encajaba con nada de lo que había visto hasta el momento, y se preguntó cuál sería el motivo.

Sin dar tiempo al rey a contestar, otra andanada de flechas silbó por el aire; Julio hizo dar media vuelta al caballo, y a la voz de «¡Ja!» galopó en dirección a sus filas. Bruto, Domitio y Octavio lo siguieron aporreando el suelo. Ariovisto también clavó los talones y sus hombres lanzaron una potente aclamación cuando lo vieron regresar junto a ellos.

Julio empezó a repartir instrucciones mientras regresaba con la Décima. Los *extraordinarii* más veloces salieron al galope hacia el sur para llevar a Marco Antonio órdenes de acudir a toda velocidad en su apoyo. Otros fueron enviados a los bosques del oeste a reconocer el terreno y comprobar si había arqueros escondidos o fuerzas emboscadas. Los caballos galos se quedaron en la retaguardia y la Décima se vio por fin libre del engorro. Formaron un inmenso cuadrado defensivo cerrado por los escudos para prevenir una carga de caballería. Dispusieron las lanzas y tensaron el nervio de los arcos con las flechas listas. La primera fila esperaba pacientemente el momento de repeler la carga del enemigo.

Pero no hubo tal. Para sorpresa de Julio, Ariovisto desapareció entre los numerosos jinetes y los suevos empezaron de pronto a retirarse en perfecto orden. Algunos soldados de la Décima gritaron insultos y pullas, pero las partidas de reconocimiento no habían regresado de los bosques y Julio no quería arriesgarse a avanzar sin saber quién acechaba entre el espeso follaje verde.

Ariovisto no dio el alto hasta que los suyos quedaron fuera del alcance de las lanzas y después de las flechas. Aunque era evidente que abundaban los jóvenes exaltados en las filas de los suevos, demostraron disciplina en la retirada, y unos grupos protegían a otros en el retroceso.

—¿A qué juega? —musitó Bruto al lado de Julio—. Sabe que cuanto más lo retrase más se acercarán nuestras legiones.

—Quizá pretenda atraernos. No me gustan esos bosques —contestó Julio.

Todavía estaba hablando cuando el primer explorador llegó galopando a las líneas romanas.

—Nada, señor —dijo el hombre jadeando, después de saludar—. No hay rastro de fogatas ni señales de hombres escondidos.

Julio asintió, pero de pronto se acordó de la última vez que había confiado en el

informe de un explorador sin confirmarlo.

Dos jinetes más llegaron desde los bosques e informaron, y sólo entonces se sintió satisfecho, aunque desconcertado por la situación. Ariovisto había actuado como si estuviera preparado para lanzar una gran ofensiva, pero sus hombres continuaban inmóviles, con una indiferencia imperturbable, sin dejarse provocar por las señas que les hacían los legionarios de la primera línea.

Julio tamborileó con irritación en la silla. ¿Habrían llenado el terreno de trampas quizá? Le parecía poco probable. Unos pozos con estacas habrían sido un obstáculo para su propio ejército mientras superase en número a la única legión romana.

—¿Esperamos a Marco Antonio? —preguntó Bruto.

Julio calculó el tiempo que necesitarían las legiones para acercarse a esa posición y soltó un suspiro cortante de fastidio. Tardarían horas en llegar en su ayuda.

—Sí. Aquí pasa algo que no entiendo. Sus fuerzas son veloces y nos superan en número, es posible que nos doblen. Ariovisto tendría que atacar, a menos que esté engañándonos; pero no veo cómo. No pienso arriesgarme a que la Décima caiga en una trampa que le cueste la vida, al menos hasta que lleguen refuerzos.

Los soldados que oyeron la conversación intercambiaron miradas de satisfacción, aunque Julio no lo vio porque tenía los ojos puestos en el enemigo. Por lo que atañía a los legionarios, un comandante que se preocupara por sus hombres era muy valioso.

Los jinetes suevos permanecían en silencio a mil pasos de la Décima, y una mosca zumbó a Julio en la cara mientras observaba las filas enemigas.

—Seguimos preparados, señores. De momento esperamos.

Cuando la inmensa columna de legionarios se unió a la Décima, también Ariovisto había reunido al grueso de sus fuerzas. Según las mejores estimaciones de los exploradores que se arriesgaron a recibir los dardos y las flechas de la caballería enemiga, debía de haber unos sesenta mil guerreros suevos. Cada jinete llevaba un soldado de infantería que corría a una enorme velocidad a su lado, agarrado a las crines del caballo. Julio se acordó de los espartanos, que acudían a la batalla de la misma manera, y deseó no tener que enfrentarse a enemigos del mismo calibre. Bruto había hecho un comentario irónico sobre la batalla de las Termópilas, que recordaba de los años de estudio, pero el rey de Esparta había podido defender un paso estrecho entre montañas, mientras que Julio podría ser atacado por los flancos e incluso rodeado por semejante ejército móvil. Pensó que la batalla de Cannas presentaba mayor semejanza, pero como los romanos habían sido derrotados, prefirió no decir nada.

Dos horas después del mediodía Julio tenía las dieciséis ballestas escorpión montadas y apuntando hacia el enemigo. Eran armas defensivas perfectas contra una carga, pero tan difíciles de mover que se quedaban atrás cuando el ejército avanzaba, después de las primeras descargas.

—Nunca he visto una batalla como ésta, Bruto, pero ya han esperado mucho. Coloca a Octavio protegiendo los flancos. Lo demás queda en nuestras manos.

Movió el brazo de arriba abajo y, a esa señal, las trompas tocaron a lo largo de todas las filas una sola nota que no correspondía a ninguna orden, que pretendía únicamente atemorizar al enemigo; efectivamente, los suevos reaccionaron moviéndose con inquietud. Unos momentos después los escorpiones dispararon y unos proyectiles de la longitud de un hombre volaron como manchas borrosas cubriendo la distancia entre ambos ejércitos a una velocidad que apenas se los veía ni se los podía evitar. Varios caballos de las primeras filas quedaron ensartados, pero los grandiosos proyectiles seguían matando indiscriminadamente. Mientras los soldados de los escorpiones trabajaban sin tregua recargando las máquinas, Julio dio la señal de avance y, con la Décima en cabeza, las legiones empezaron a trotar hacia el enemigo con las lanzas en ristre. Aunque se movían deprisa, nadie perdía su posición, y si los suevos cargaran, formarían en cuadrados impenetrables sin perder el paso.

Las legiones ocuparon el espacio perfectamente disciplinadas tan pronto como cruzaron la distancia entre el bosque y la Mano. Bruto comandaba la Tercera por el flanco derecho, con Marco Antonio en el izquierdo.

Cuando llegaron a la distancia apropiada para los arqueros, los hombres dispusieron los escudos, pero sin previo aviso las líneas suevas retrocedieron nuevamente a mucha mayor velocidad que el avance romano. Miles de guerreros se alejaron a medio galope y volvieron a formar a media milla de la posición anterior.

La distancia no era mucha, aunque Julio temía que estuvieran obligándolos a adentrarse en los verdes campos por algún motivo. Más adelante se veían ya los primeros campamentos suevos, donde la gente corría a cerrar las puertas. Centenares de carreteros aterrorizados se agolpaban en la entrada. Julio no podía creer que Ariovisto los hubiera abandonado de esa forma.

Berico se destacó hacia el oeste para hacerse cargo de la empalizada, y otra legión de Ariminum avanzó ágilmente hacia el frente para sustituir a los cinco mil desplazados. Salvaron la empalizada barriéndolo todo a su paso y Berico tomó prisioneros a los que allí había sin alboroto ni derramamiento de sangre. Julio los vio levantando los brazos aterrorizados al pasar junto a ellos, pero los demás suevos empezaban a desplazarse de nuevo separándose con fluidez para volver a formar media milla más lejos.

Julio dio la señal de alto y las legiones se detuvieron con estrépito, jadeantes. Bruto se acercó al galope desde el ala derecha.

—Déjame seguirlos con los *extraordinarii*. Puedo retenerlos el tiempo suficiente para que te acerques con el resto —dijo mirando con furia al escurridizo enemigo.

—No, no quiero poner en peligro a los únicos jinetes buenos de que dispongo —le contestó echando una ojeada a los desgñados eduos, que gritaban de júbilo al

volverse a encontrar con sus caballos—. Nos hemos adentrado en terreno montañoso. Quiero que se levante un campamento de guerra alrededor de la empalizada. Será nuestra base. No quiero agotar a los hombres iniciando una caída contra ellos por toda la Galia. Quiero que las legiones estén protegidas entre murallas y puertas antes de que caiga la noche. Que monten las ballestas en cuanto entren los carros detrás de nosotros. Y que preparen un plato caliente también. No sé tú, pero yo me muero de hambre. —Miró entonces hacia la gran mancha negra de jinetes suevos y sacudió la cabeza—. Ariovisto no es un necio. Tiene que haber un motivo para esta cobardía. Cuando los campamentos estén listos, reúne al consejo.

XXIX

Construir un campamento fortificado ante las mismas narices del enemigo fue una experiencia nueva para las seis legiones. Todos los soldados que no eran imprescindibles comenzaron a cavar trincheras en el exterior y a amontonar las toneladas de tierra removida en grandes montículos de la altura de tres hombres. Los *extraordinarii* patrullaban alrededor del perímetro y dos veces a lo largo de la tarde fueron asaltados por pequeños grupos que les lanzaban jabalinas y volvían a la carrera a sus líneas. No eran más que jóvenes haciendo una demostración de valor, pero Julio no conseguía entender el plan de Ariovisto. Sus guerreros parecían dispuestos a todo, pero el grueso del ejército mantenía las distancias y observaba a los romanos, que levantaban muros y cortaban árboles. Más tarde Julio olió aroma de especias en la brisa y supo que los suevos preparaban comida para los suyos, cosa que también él había ordenado.

Antes del anochecer los enormes campamentos estaban montados y las legiones entraron por unas puertas sólidas como cualesquiera otras de la Galia. Los carpinteros de la legión tenían experiencia transformando grandes troncos en vigas, y la fortificación de tierra estaba fuertemente rematada para resistir el ataque más enconado. Julio notaba un ambiente de buen humor entre sus hombres. Ver retirarse al enemigo les había subido mucho la moral, y esperaba que continuasen así.

Reunió el consejo en la tienda de los generales, dentro de la fortificación, después de la comida caliente. Los caballos eduos habían dado cuenta de buena parte de las reservas de cereal, pero no podían sacarlos a pastar al exterior estando los suevos tan cerca. Al anochecer Julio esperaba la llegada de Bruto. Se encendieron antorchas y la primera guardia de la noche fue a ocupar su puesto, sin escudos, subiendo las escaleras de madera hasta lo alto de la fortificación para observar la noche en prevención de posibles ataques.

Julio miró a sus consejeros con silenciosa satisfacción. Octavio se había convertido en un buen jefe, y Ciro también había justificado su ascenso a centurión. Publio Craso era un comandante audaz cuya pérdida lamentaría cuando regresara y se pusiera al frente de la legión de su padre. Renio seguía instruyendo a los hombres en la técnica del *gladius*, y Julio nunca dudaba en ascender a quienes él le recomendaba. Si Renio decía que servían para el mando, es que era verdad. Domitio comandaba una legión entera con gran capacidad, y a los hombres les gustaba mucho la armadura de plata que llevaba siempre puesta. En esos momentos, en ese lugar, todos estaban en su mayor esplendor, y Julio se sintió orgulloso de ellos.

Cuando llegó Bruto, Cabera sacó una bola de arcilla que había envuelto en un paño húmedo. Brillaba a la luz de la lámpara, y empezó a moldearla hasta darle forma de cabeza, con un pellizco por nariz y la huella de dos dedos por ojos.

—Si se atan unas cuerdas de esta forma, se puede cambiar la forma del cráneo —dijo colocando un cordel alrededor de la pequeña cabeza y apretándolo con un palillo, de modo que fue retorciéndose hasta que la arcilla empezó a abultarse. Después de formar una gran protuberancia por encima de los ojos, repitió el proceso por encima del primero y finalmente les enseñó la réplica de la extraña frente de los suevos.

—Pero un cráneo de verdad se partiría —comentó Octavio estremeciéndose al verlo.

Cabera hizo un gesto negativo.

—Si se le hace a un adulto sí; pero a un niño recién nacido, cuando el cráneo todavía está blando, si se le hace algo así, éste sería el resultado. Esos hombres no son demonios, como se anda comentando en el campamento. Pero son brutales, eso sí. Nunca había oído hablar de ninguna tribu capaz de maltratar de esa forma a sus pequeños. El primer año de su vida, incluso los dos primeros, deben de ser una agonía continua con esa presión constante en los huesos del cráneo. Y no creo que nunca deje de dolerles la cabeza. Si estoy en lo cierto, significaría que marcan a la casta de guerreros prácticamente desde la cuna.

—Tienes que enseñárselo a todos, Cabera, si andan pensando en otra cosa —dijo Julio fascinado por la deformada cabeza—. Los suevos tienen ventaja numérica sobre nosotros. Ya es suficiente, y los nuestros son supersticiosos.

Se oyó jaleo fuera de la tienda y el consejo en pleno se puso en pie al instante. Los centinelas que montaban guardia hablaban con alguien en voz baja y cortante, y luego se oyó el ruido inconfundible de una escaramuza. Bruto se acercó a la entrada y abrió.

Dos galos, esclavos de los suevos, se retorcían en el suelo.

—Lo siento, señor —dijo un centinela rápidamente después de saludar a Bruto—. El cónsul César dijo que no se le molestara, y estos dos no hicieron caso de nuestro aviso.

—Habéis actuado correctamente —replicó Bruto. Se agachó y ayudó a uno de los galos a ponerse de pie—. ¿Qué era eso tan importante? —le preguntó.

El hombre fulminó al centinela con la mirada antes de responder, pero Bruto no entendió una palabra del torrente que el galo soltó. Enarcando las cejas, intercambió una mirada con el centinela.

—Supongo que tampoco ha entendido el aviso. ¡Adán! ¿Quieres salir un momento a traducir, por favor?

El hombre habló con Adán más deprisa todavía. Su compañero ya se había levantado y estaba frotándose el estómago con expresión dolorida.

—¿Pensáis quedaros ahí toda la noche? —preguntó Julio asomándose al exterior.

—Creo que te interesa oír a este hombre —dijo Adán.

—Eso explica por fin por qué no han presentado batalla —dijo Julio—. Si

Ariovisto es tan necio que hace caso a sus sacerdotes hasta tal punto, a nosotros nos beneficia. Calculo que faltan tres días para la luna nueva. Si no piensa enfrentarse hasta entonces, podemos seguir obligándolo a retroceder hasta el Rin y aplastarlo allí.

La preocupación y la rabia que sentía desaparecieron con las noticias que proporcionaron los esclavos galos. Los jinetes se habían alegrado mucho de encontrar a gente de su tribu entre los suevos, y la crucial información que le habían dado justificaba la conducta del rey suevo.

Julio escuchaba mientras Adán traducía el torrente de palabras. Los sacerdotes habían dicho a Ariovisto que moriría si luchaba antes de la luna nueva. Eso significaba que la infructuosa reunión no había sido más que un farol, que Julio había descubierto cuando mandó formar a la Décima en orden de batalla. Se acordó del destello de miedo que había visto en los ojos del rey y por fin lo comprendió. Para un jefe era una debilidad permitir que los sacerdotes influyeran tanto en sus decisiones con respecto al ejército, estaba seguro. Los griegos habían sufrido las consecuencias de su confianza en los oráculos, e incluso se sabía de algunos generales romanos que se habían demorado y habían perdido posiciones porque las entrañas de unas aves o unos peces anunciaban el desastre. Él nunca había querido llevar consigo a esa clase de hombres; estaba convencido de que hacían más daño que otra cosa.

Desplegó el mapa aproximado de la zona encima de la mesa y lo sujetó con plomos. Señaló la línea negra que representaba los meandros del Rin hacia el norte, a menos de quince millas de donde se encontraban. Incluso con los pesados carros de la impedimenta, era una distancia fácil de cubrir antes de la luna nueva, y dio gracias a los dioses por haberle enviado a los esclavos eduos.

Levantaremos el campamento una hora antes del alba, señores —anunció a los generales—. Quiero que las ballestas, los escorpiones y los onagros nos acompañen hasta donde el terreno lo permita. Si se quedan atrás, que nos sigan lentamente para la última batalla. Octavio se pondrá al frente de los *extraordinarii*; Marco Antonio, a mi flanco derecho; Berico, al izquierdo, y los escorpiones, que avancen hasta el frente cada vez que nos detengamos. La Décima y la Tercera Gallica ocuparán el centro. Que los hombres desayunen bien mañana, y que llenen los pellejos de agua de las cubas. Que todos sepan lo que hemos sabido nosotros esta noche. Les dará coraje. Y que todo el mundo tenga listas las lanzas y armas.

Se detuvo cuando Marco Antonio le llenaba la copa; el romano estaba sofocado de emoción por el puesto que le había asignado. Ya había oído comentar la arrogancia de Ariovisto en la entrevista, y aceptaba que la amistad con Roma había llegado a su fin. Sin duda los enemigos de César le darían mucha importancia en el senado, pero ese problema quedaría para otro día.

Craso suspiró cuando la esclava de Servilia le puso las manos en los músculos tensos del cuello y los hombros. La fruta helada que había tomado se le había

quedado igual de fría en el estómago, y una vez que se hubiera relajado por completo en la mesa de masajes, le esperaba el lujo de un baño caliente que humeaba hacia el cielo nocturno. Servilia estaba tumbada en un diván acolchado frente a él, mirando las estrellas. Esa noche la luna no iluminaba el cielo, pero el firmamento estaba claro y se veía el pequeño disco rojo de Marte por encima de la línea del tejado que rodeaba el patio. La piscina caliente brillaba a la luz de las lámparas; gruesas mariposas nocturnas volaban cerca de las llamas y morían con un crujido.

—Este lugar vale hasta la última moneda que has pagado por él —murmuró Craso estremeciéndose ligeramente cuando la esclava le apretó en un punto doloroso entre los omóplatos.

—Sabía que te gustaría —replicó Servilia sonriendo con auténtico placer—. Son pocos los que pasan por mi casa y saben apreciar las cosas bellas, pero ¿qué seríamos sin ellas?

Estaba admirando la reciente pintura del ala nueva de su casa en la ciudad. Craso le había proporcionado el terreno y ella lo había pagado de buen grado a precio de mercado. Cualquier otro arreglo habría significado un cambio en sus relaciones, y ella apreciaba y respetaba al anciano que se confiaba tan cómodamente a los fuertes dedos de la muchacha nubia.

—Entonces ¿hoy no vas a sonsacarme información? —le preguntó sin abrir los ojos—. ¿Ya no te soy de utilidad?

Servilia soltó una risita y se sentó.

—Anciano padre, guarda silencio si lo prefieres. Mi casa es tuya siempre que la necesites. No tienes ninguna obligación.

—¡Ah! Y de la peor especie —replicó sonriendo para sí—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Esos senadores nuevos, Clodio y Tito Milo, el propietario del mercado de carne, ¿son peligrosos? —preguntó. Aunque su tono era trivial, Craso sabía que estaba absolutamente pendiente de la respuesta.

—Mucho —replicó—. No me gustaría entrar en el senado en su presencia.

Servilia soltó un bufido.

—No me engañas con tu repentina dedicación al comercio, viejo. Seguro que allí no se dice una palabra que no acabe llegando a tus oídos.

Le sonrió dulcemente y él abrió los ojos y le hizo un guiño antes de cambiarse de postura para que la esclava lo masajease en otro punto. Servilia sacudió la cabeza pensando en los juegos de Craso.

—¿Tu nueva legión sigue poniéndose en forma? —le preguntó.

—Prospera satisfactoriamente, querida mía. Cuando mi hijo Publio vuelva de la Galia, seguro que encuentro en qué emplearla. Si es que sobrevivo a la agitación actual.

—¿Tan grave es? —preguntó ella.

Craso se incorporó apoyándose en los codos con una expresión seria.

—En efecto. Los nuevos ejercen gran influencia en la turba romana y recluían gente para las bandas a diario. Las calles ya no son seguras ni para los miembros del senado, Servilia. Tenemos que agradecer que Milo mantenga a Clodio tan ocupado. Si uno de ellos destruye al otro, el victorioso tendría libertad para desbaratar toda la ciudad. De esta forma se ponen freno mutuamente. Tengo entendido que se han repartido la ciudad, de modo que los partidarios de Clodio no pueden pasar por ciertas calles sin recibir una paliza, incluso a plena luz del día. La mayor parte de Roma no ve la lucha, pero aún así existe. He visto los cadáveres en el Tiber.

—¿Y Pompeyo? ¿No ve el peligro?

Craso se encogió de hombros.

—¿Qué puede hacer contra el código de silencio? Los salteadores temen más a sus amos que a todo lo que Pompeyo pueda hacerles. Al menos él no hará daño a sus familias una vez los haya matado. Cuando se propone un juicio, los testigos desaparecen o no se acuerdan de nada. Es todo muy vergonzoso, Servilia. Es como si una gran enfermedad se hubiera apoderado de la ciudad, y no sé cómo podría atajarse. —Suspiró asqueado—. La casa del senado es el centro de todo, y soy sincero cuando digo que me alegro de que los negocios me hayan alejado de allí. Clodio y Milo se enfrentan públicamente, se provocan el uno al otro, y después sus bestias siembran el terror en la ciudad por la noche. El senado no tiene la presencia de ánimo necesaria para poner coto a sus desmanes. Todos han ido adscribiéndose a uno u otro bando, y Pompeyo cuenta con menos apoyo del que cree. No puede competir con los sobornos de los otros dos, ni con su capacidad de chantaje. A veces deseo que Julio vuelva. Él no consentiría que Roma se hundiera en el caos mientras le quedara un hálito de vida.

Servilia miró al luminoso cielo estrellado para disimular el interés. Cuando volvió a mirar a Craso, vio que el hombre la escrutaba a su vez. No se le podía ocultar nada.

—¿Sabes algo de Julio? —le preguntó por fin.

—Sí. Me ofrece concesiones comerciales en las nuevas tierras de la Galia, aunque me parece que me lo pinta todo mucho mejor de lo que es en realidad para tentarme. De todos modos, si la mitad de lo que cuenta es cierto, sería un necio si dejara escapar la ocasión.

—He visto los anuncios por toda la ciudad —dijo Servilia en voz baja pensando en Julio—. ¿Cuántos responderán?

—Mientras Clodio y Milo sigan convirtiendo Roma en un infierno con su lucha, diría que serán millares los que crucen los Alpes en primavera. Tierras para llegar y tomar: ¿quién puede resistirse a semejante oferta? Esclavos y comercio aguardan a todo el que tenga energía suficiente para realizar el viaje. Si yo fuera joven y pobre,

me lo plantearía. Naturalmente, estoy dispuesto a proporcionar víveres y repuestos a todo el que quiera ir a esas nuevas provincias fabulosas.

—¡El comerciante de siempre! —exclamó Servilia con una carcajada.

—El príncipe de los comerciantes, Servilia. Julio me llama así en una de sus cartas, y me gusta. —Despidió a la esclava y se sentó en el largo banco—. Este Julio nuestro es más útil de lo que él mismo cree. Cuando la ciudad se mira demasiado el ombligo, salen a la luz hombres como Clodio y Milo, que no se preocupan en absoluto de los grandes acontecimientos del mundo. Los informes que Julio paga para que se lean en todas las esquinas de la ciudad animan hasta a los más modestos curtidores y tintoreros. —Dejó escapar una risita—. Pompeyo lo sabe, y aunque le reviente que Julio tenga tanto éxito, se ve obligado a defenderlo en el senado siempre que Suetonio saca a relucir alguna pequeña falla legal. Es un trago muy amargo para él, pero sin Julio y sus conquistas Roma se convertiría en un estanque putrefacto en el que Los peces se devorarían unos a otros de pura desesperación.

—¿Y a ti, Craso, qué te depara el futuro?

Craso se levantó del banco, entró en las aguas calientes del baño y se tumbó en el suelo, indiferente a su desnudez.

—Opino que la vejez es el bálsamo perfecto de la ambición febril, Servilia. Todos mis sueños se centran ahora en mi hijo. —Le brillaban los ojos a la luz de las estrellas, y la mujer no lo creyó—. ¿Me acompañas en el baño? —le preguntó.

Por toda respuesta Servilia se levantó y se desabrochó el único cierre de la fresca tela que la cubría. No llevaba nada debajo, y Craso sonrió al descubrirlo.

—¡Cuánto te gusta lo espectacular querida mía! —le dijo animosamente.

Julio maldijo cuando los cuadrados romanos titubearon. Después de dos días de persecución había obligado a los suevos a presentar batalla a pocas millas del Rin. Sabía que iba a producirse el ataque, pero cuando sucedió, la inversión de los papeles fue tan repentina que los ejércitos chocaron antes de que las legiones romanas logaran sacar las lanzas de sus correajes.

Los guerreros de Ariovisto eran tan brutales como esperaban. No cedían terreno a menos que fuera por encima de los cadáveres de los suyos, y la caballería giraba como humo alrededor del campo de batalla lanzándose a la carga en el instante en que los romanos abrían los cuadrados para atacar.

—¡Marco Antonio! ¡Refuerza la izquierda! —gritó Julio al distinguir un momento al general entre la masa que luchaba. Pero no hubo señal de que su orden llegara a oírse en el fragor del combate.

El campo de batalla se sumió en el caos y por primera vez Julio empezó a temer la derrota. Los jinetes suevos cabalgaban con otro guerrero agarrado a las crines del caballo, y esa velocidad de movimiento hacía casi imposible contrarrestar el ataque. Julio vio con horror que dos legiones de Ariminum estaban a punto de ser

desbordadas por el flanco izquierdo, pero no había señales de que nadie acudiera a reforzarlos. Perdió de vista a Marco Antonio, y Bruto estaba inmerso en la pelea, demasiado lejos para prestar ayuda. Así pues, arrancó el escudo a un legionario y echó a correr por el campo de batalla.

El estrépito de las armas y el número de moribundos aumentaban a medida que se acercaba al frente de lucha. Percibió el miedo de sus legionarios y empezó a llamarlos por su nombre. Al parecer, la cadena de mando se había roto durante el ataque y Julio tuvo que reunir a los *optio* y a los centuriones para impartir órdenes.

—Unid la Duodécima y la Quinta. ¡Doblad el cuadrado! —les dijo, y se quedó mirando cómo el orden empezaba a imponerse entre el caos de las filas que lo rodeaban.

Los *extraordinarii* estaban lejos, en los flancos, evitando que los suevos los rodearan. ¿Dónde estaba Marco Antonio? Julio volvió la cabeza buscándolo, pero no vio rastro de él entre los guerreros.

Bajo la continua descarga de órdenes de Julio, las dos legiones se unieron y se situaron espalda contra espalda mientras los suevos destrozaban los extremos de los cuadrados haciendo caer a los soldados con súbitos disparos de dardos y piedras. Los caballos galopaban una y otra vez al encuentro de las legiones y se detenían en seco ante los inquebrantables muros de escudos. Los legionarios cargaban entonces en pos de los jinetes que intentaban dar media vuelta, y la carnicería era horrible.

Con el Rin a la espalda, los suevos no tenían hacia dónde correr y Julio vio el pánico en sus caras cuando las primeras filas de su amada Décima cayeron bajo la lluvia de lanzas arrojadas desde los caballos al galope. Los escudos salvaron a muchos, que se levantaban mareados, y sus compañeros los ayudaban a volver a su posición.

Pero las legiones seguían abriéndose paso hacia delante. Las grandes ballestas y los onagros llegaron al frente y abrieron brechas rojas en el enemigo. Los soldados de la Décima aullaron cuando Julio se les unió y redoblaron sus esfuerzos bajo su mirada atenta.

Julio vio que los flancos izquierdo y derecho resistían. Bruto controlaba el derecho, y los *extraordinarii*, junto con la caballería edua, neutralizaban los ataques suevos con feroz arrojo. Hizo avanzar el contingente central, y los suevos se vieron obligados a retroceder ante la agresividad de las formaciones romanas.

Advirtió con orgullo que los oficiales sabían muy bien lo que temían que hacer aún sin recibir órdenes. Cuando la infantería sueva atacaba, ensanchaban las filas para poner en acción el mayor número posible de espadas. Cuando la caballería cargaba, cerraban filas en un cuadrado y avanzaban sin dejar de luchar. Las ballestas y los onagros disparaban una y otra vez hasta que se quedaban tan retrasados que se arriesgaban a disparar contra las propias tropas romanas.

Ariovisto reunió a sus guardaespaldas, unos mil jinetes de los mejores entre los suevos. Todos aventajaban a los romanos en estatura, por una cabeza al menos, y todos tenían la extraña frente que tanto asustaba a los legionarios. Cargaron a una contra la Décima, en el centro, y Julio vio que el cuadrado se formaba con un ligero retraso, el suficiente para que los guerreros los alcanzasen. El centro se combó, y los legionarios de la Décima rechazaron con un aullido el ataque luchando como maníacos sedientos de sangre. Julio recordó que habían resurgido de la muerte de quienes habían dudado, y sonrió con malvado placer. La Décima era suya y no daría media vuelta jamás. Jamás huiría.

Se lanzó hacia delante con los soldados que lo rodeaban gritando a los flancos que formaran en cuerno para comprimir al enemigo. Vio de refilón los oscuros caballos de los eduos, que acudían desde la izquierda y aislaban a un grupo de suevos del grueso de sus fuerzas. La Décima trepaba por encima de los cadáveres para alcanzar al enemigo. El suelo se teñía de rojo brillante a medida que la legión aumentaba la velocidad y cargaba contra Ariovisto, que se vio obligado a dar media vuelta y alejarse del frente antes de que las aullantes filas de la Décima y la Tercera le dieran alcance.

Todas las filas romanas vieron retirarse al rey y respondieron levantando la cabeza. Julio estaba exultante. El Rin discurría a menos de media milla de distancia. Se veía ya el resplandor del agua. Llamó a las trompas y ordenó que se arrojaran las lanzas; se quedó mirando la avalancha de misiles que obstaculizaría todo intento de Ariovisto de deshacer lo hecho. La distancia entre los ejércitos aumentó y Julio ordenó avanzar a los suyos llamando por su nombre a cuantos conocía. A medida que pronunciaba nombres, los soldados se enderezaban un poco más y ante su mirada se olvidaban del agotamiento.

—¡Ballestas y escorpiones al frente! —ordenó, y los mensajeros se abrieron camino hacia la retaguardia para ayudar a los sudorosos equipos a empujar las máquinas por el terreno irregular.

Sin ninguna señal visible, todo el conjunto de suevos se reunió y se lanzó a la carga sobre las filas romanas. Las lanzas tiraron a algunos jinetes del caballo y mataron a algunos animales, que obstruyeron el camino a los que venían detrás. Julio sabía que era la última carga, y sus hombres formaron apretados cuadrados antes incluso de que les diera la orden.

Los grandes escudos romanos se solapaban por los lados, y los hombres que los sujetaban se preparaban para recibir el impacto con la espada lista. Ni una sola parte de las filas romanas flaqueó ante la terrible visión de los caballos que se les venían encima. Cuando dieron media vuelta, se lanzaron contra ellos produciendo grandes estragos.

El ejército de Ariovisto quedó encajonado contra el río. Julio comprendió que sin

los *extraordinarii* y los *eduos*, los *suevos* se habrían impuesto a las legiones, pero a pesar de las cargas continuas contra los flancos, las filas romanas siguieron avanzando y matando cuanto se interponía en su camino.

Las orillas del Rin hervían de hombres y caballos que arriesgaban la vida por cruzar contra corriente. El gran río tenía casi cien yardas de ancho, y los que se habían quedado sin montura no podían aferrarse a nada, eran arrastrados por la corriente y perecían ahogados. Julio vio numerosas embarcaciones pequeñas de pesca atestadas de hombres desesperados, y algunas volcaron; las cabezas de los *suevos* resurgían un momento y volvían a desaparecer bajo las aguas.

En la orilla izquierda un millar de enemigos arrojaron las armas al suelo y se rindieron a las legiones de *Ariminum*, a las que no habían podido vencer. Julio siguió avanzando con la *Décima* hasta alcanzar la orilla del río, desde donde vieron la gran cantidad de ahogados que atestaba las aguas desde la orilla hasta el centro de la corriente. Los soldados de la *Décima* que habían conservado o recuperado las lanzas las arrojaban ahora contra los hombres del agua, y muchos hicieron blanco en alguno, que se hundió en el río lanzando un grito aislado.

En la orilla opuesta Julio vio que una barca llegaba a los bajíos. De ella descendía *Ariovisto*, que se desplomaba de rodillas en el suelo.

—¡Ciro! —gritó, y su voz fue repetida hasta las últimas filas, hasta que el fornido centurión se destacó y llegó a su lado jadeando todavía tras los esfuerzos de la batalla.

Le entregó una sola lanza y señaló hacia la silueta de la otra orilla.

—¿Puedes alcanzarlo?

Ciro sopesó la lanza. Los soldados de alrededor se retiraron haciéndole sitio para que viera bien la otra orilla.

—Rápido, antes de que se levante —lo instó Julio.

Ciro retrocedió cinco pasos, echó a correr y arrojó la lanza al aire. Los hombres de la *Décima* observaban fascinados cómo volaba hacia el sol y luego caía.

Ariovisto se levantó a mirar a los romanos de la orilla opuesta y no llegó a ver la lanza. Lo tumbó en el suelo con la coraza de cuero agujereada por encima del estómago. Los guardaespaldas supervivientes arrastraron al rey sin vida hacia los árboles.

Tras un momento de respetuoso silencio, las legiones se aclamaron a sí mismas hasta enronquecer. *Ciro* saludó levantando un brazo y sonrió cuando Julio le dio una palmada en la espalda.

—¡Un tiro digno de un héroe, *Ciro*! ¡Nunca había visto nada igual, por todos los dioses! Ni el propio *Hércules* lo habría hecho mejor.

Julio sumó su voz a la de sus soldados y se dejó arrastrar por el júbilo de la victoria, con la sangre corriéndole por las venas como fuego y los cansados músculos

reanimados por un vigor nuevo.

—¡Mi gloriosa Décima! —gritó Julio—. ¡Hermanos míos! ¡No hay nada contra lo que no podáis! Tú, Belino, te he visto tumbar a tres guerreros de un golpe. Tú, Régulo, has mantenido unida la centuria cuando el pobre Decidas cayó. ¡Harás honor a su nombre cuando luzcas su penacho!

Uno a uno pronunció el nombre de los soldados que estaban con él y alabó su valor. No se había perdido un detalle de toda la jornada de lucha, y todos se mantenían erguidos mientras él los miraba. Las otras legiones se acercaron, orgullosas y satisfechas, y Julio levantó la voz tanto como pudo:

—¡Después de esto nadie se nos resistirá! —Todos estallaron en aclamaciones—. ¡Somos hijos de Roma, y os digo que esta tierra será nuestra! Todo el que haya luchado en mi nombre tendrá tierras, oro y esclavos que trabajen para él. Seréis la nueva nobleza de Roma y beberéis vino hasta las lágrimas. Lo juro ante todos vosotros, por mi honor. Lo juro como cónsul. Lo juro como Roma en la Galia. —Se agachó en el barro pisoteado de la orilla del río, mezclado con sangre sueva. Tomó un puñado y lo levantó para que todos lo vieran—. ¿Veis este barro? ¿Este barro ensangrentado que tengo en la mano? Pertenece a mi ciudad tanto como las carreras de carros o los mercados. ¡Tomadlo! ¡Estrujadlo entre las manos! ¿No lo notáis?

Vio con placer desbocado que los legionarios imitaban su gesto entre bromas y risas. Alzaron la mano con un puñado de barro y le sonrieron, y Julio apretó el barro, que empezó a escurrírsele entre los dedos.

—Quizá nunca vuelva a casa —musitó—. Éste es mi tiempo. Éste es mi camino.

XXX

Tabbic y Alexandria se cubrieron con la capa al notar el frío cuando se acercaban a la puerta cerrada de la tienda. Las calles estaban bordeadas de hielo sucio que hacía peligroso caminar. Alexandria se apoyaba en el brazo de Tabbic procurando que ninguno de los dos resbalase. Su dos guardianes inspeccionaron la zona como de costumbre, mientras Tabbic introducía la llave en la cerradura y maldecía en voz baja porque se le atascaba. Alrededor los ciudadanos acudían a su lugar de trabajo y a sus comercios, y uno o dos la saludaron al pasar, tiesos de frío.

—La cerradura se ha congelado —dijo Tabbic sacando la llave y dando un puñetazo en la placa ornamental de la puerta.

Alexandria se frotaba los brazos mientras esperaba. Sabía que era mejor no darle consejos. Aunque Tabbic fuera un viejo gruñón, había hecho la cerradura con sus propias manos, y si había alguien capaz de abrirla, era él. Tabbic rebuscó entre sus herramientas de joyero sin prestar atención al viento y sacó un pequeño gancho para rascar el hielo. Como no le funcionó, aplicó unas gotas de aceite y empezó a frotar el metal con las manos intentando calentar el mecanismo; se sopló los dedos, que se le helaron en contacto con la gélida cerradura.

—Ya está —dijo al oír el clic, y por fin, la puerta se abrió a los oscuros rincones del taller.

A Alexandria le castañeteaban los dientes y le temblaban las manos. Tardaría un rato en calentarse lo suficiente para empezar el trabajo delicado y, como de costumbre, echó de menos que Tabbic no empleara a un esclavo para que acudiera al taller temprano a encender la forja. Pero el viejo orfebre no quería oír hablar de ello. Jamás habían tenido esclavos; se había enfadado cuando Alexandria se lo propuso, y le dijo que ella tendría que saber mejor que nadie que eso no estaba bien.

Por si eso no fuera suficiente, el esclavo podría llegar de manos de cualquier banda, y todo el material precioso desaparecería en las arcas de Clodio o Milo. Por el mismo motivo no contrataban a un guardia nocturno, y Alexandria daba gracias todas las mañanas, cuando abrían la tienda y lo encontraban todo en su sitio. Tabbic ponía trampas y cerraduras, pero aun así habían tenido suerte hasta el momento. Al menos no tardarían mucho en terminar de adquirir un local nuevo, más espacioso, en una zona menos castigada por las bandas. Había logrado por fin convencer a Tabbic, aunque sólo fuera por atender los grandes pedidos que constituían la columna vertebral de su negocio.

Tabbic fue rápidamente a encender la forja. Alexandria cerró la puerta para que no entrara el viento y estiró los congelados dedos con una especie de éxtasis.

—Nosotros nos vamos ya, señora —dijo Tedo.

Como de costumbre, tras el paseo matutino hasta la tienda, su pierna apenas podía

con el peso de su cuerpo, y Alexandria sacudió la cabeza. Tedo hacía lo mismo todas las mañanas, y aunque ella nunca lo mandaba directamente al frío de la calle, él seguía dándole la oportunidad de hacerlo.

—No, hasta que hayas tomado algo caliente —le respondió con firmeza.

Era un buen hombre, aunque su hijo parecía completamente mudo, a juzgar por el interés que se tomaba respecto a las personas a las que custodiaba con su padre. Por las mañanas resultaba especialmente hosco.

Todos oyeron el agradable crujido de las astillas que prendían en el horno gracias a los cuidados de Tabbic. Bastaba ese gran bloque de hierro para calentar la tienda. Alexandria rompió el hielo de un cubo de agua que había llenado el día anterior y preparó el viejo hervidor de hierro que Tabbic había forjado en ese mismo taller. La rutina resultaba reconfortante y los tres hombres empezaron a relajarse a medida que la habitación se caldeaba y superaba la temperatura de congelación.

Alexandria se sobresaltó cuando la puerta se abrió de pronto.

—Vuelve más tarde —dijo, pero se calló al ver que entraban tres hombres recios y cerraban la puerta tras de sí.

—Espero que no sea necesario —dijo el primero.

Era un hombre típico de los bajos fondos de Roma. Demasiado astuto para interesarse por la legión y demasiado sanguinario para cualquier trabajo normal. Alexandria notó su olor a sudor rancio de días, y retrocedió. El hombre sonrió enseñando unos dientes amarillentos y oscuros y unas encías consumidas. No había falta que le dijera lo que ya sabía, que pertenecía a una banda de asaltadores protegidos por Clodio o por Milo. Los propietarios de las tiendas de la zona contaban historias terribles de amenazas y violencia, y Alexandria deseó con vehemencia que Tedo no los provocara. La lasciva amenaza de los hombres le hizo comprender la verdad sobre su guardián: era muy mayor para semejante trabajo.

—Está cerrado —dijo Tabbic desde atrás.

Alexandria oyó el leve ruido que hizo Tabbic al tomar una herramienta. No se volvió a mirar, pero el intruso clavó la mirada en el anciano. El jefe soltó un bufido despectivo.

—Para nosotros no, abuelo. A menos que quieras cerrar para todos —dijo.

Alexandria lo odió por su arrogancia. No hacía nada de nada, pero se creía con todo el derecho a entrar en las tiendas y las casas para asustar a la gente que trabajaba duramente.

—¿Qué queréis? —preguntó Tabbic.

El jefe de los tres se rascó el cuello y miró una cosa oscura que se había encontrado allí; después la aplastó entre las uñas.

—Vengo a cobrar el diezmo, abuelo. Esta calle no es segura a menos que pagues el diezmo. Ochenta sestercios al mes y no te pasará nada. No darán una paliza a nadie

cuando vuelva a casa ni habrá incendios que destrocen objetos de valor. —Hizo una pausa y guiñó un ojo a Alexandria—. Ni sacarán a nadie a rastras a la calle y la violarán ahí mismo. Os mantendremos a salvo de todo.

—¡Eres basura! —gritó Tabbic—. ¿Cómo te atreves a amenazarme en mi propia tienda? Sal de aquí ahora mismo o llamo a los guardias. ¡Y llévate contigo a esos amigos tuyos!

Los tres hombres pusieron cara de aburrimiento ante el estallido de Tabbic.

—¡Vamos, abuelo! —dijo el primero moviendo los enormes hombros—. ¿Quieres ver lo que te hago si no dejas ese martillo a un lado? ¿O lo que le hago al chico? Si quieres lo hago ahora mismo, delante de tus narices. Sea como sea, no voy a marcharme hasta que me pagues el primer mes. A Clodio no le gustan los alborotadores, y esta calle ahora es suya. Más te vale pagar lo que debes, así te dejaremos en paz. —Soltó una risita que hizo estremecerse a Alexandria—. El truco consiste en no pensar que es dinero, sino en tomárselo como un impuesto ciudadano más.

—¡Yo pago los impuestos! —vociferó Tabbic.

Sacudió un gran martillo en dirección al matón y el hombre se encogió. Los dos que estaban detrás se acercaron un poco y Alexandria vio la daga que llevaban en el cinturón.

Tedo desenvainó el *gladius* con un movimiento ágil y el ambiente cambió de pronto en la tienda. Los tres hombres sacaron sus cuchillos, pero Tedo sujetaba la espada con una mano mucho más fuerte que su pierna tullida. Alexandria vio rabia en la cara del jefe. Nadie se volvió a mirar cuando el hijo de Tedo sacó su daga y la blandió. El joven no representaba peligro alguno en comparación con su padre, y el jefe de los maleantes lo sabía. Y lo que era más importante, sabía que tendría que matar al hombre de la espada o marcharse.

—No te lo digo más, hijo de puta. Fuera de aquí —dijo Tedo lentamente, mirando al jefe a los ojos.

El jefe de la banda echó la cabeza adelante y atrás bruscamente, como un gallo de pelea. Tedo se movió, pero el hombre se burló y su risa tosca llenó todo el taller.

—Eres un poco lento, ¿no? Podría dejarte seco aquí mismo, pero ¿para qué molestarme, si será mucho más fácil sorprenderte en la oscuridad? —Dejó de mirar a Tedo y volvió a fijarse en Tabbic, que seguía de pie con el martillo alzado a la altura del hombro.

—Ochenta sestercios el primero de cada mes. El primer pago hoy, a última hora. Los negocios son los negocios, viejo necio. ¿Me lo llevo ahora o tengo que volver por vosotros uno por uno?

Una vez más hizo un guiño a Alexandria, que retrocedió ante el significado de la mirada.

—No. Te pagaré. Después, cuando te hayas ido, se lo diré a los guardias y ellos te atraparán.

Tabbic se metió la mano en el manto y el ruido de las monedas hizo sonreír a los tres hombres. El jefe chasqueó la lengua.

—No, no lo harás —dijo—. Tengo amigos, muchos amigos que se enfadarían mucho si me llevaran al Campo de Marte y me enseñaran el cuchillo del carnicero. Tu mujer y tus hijos lo lamentarían si mis amigos se enfadaran por algo así.

Agarró la bolsa de monedas con destreza, las contó rápida, mente y se las guardó entre los pliegues de su sucia túnica, cerca de la piel. Soltó una risita y escupió una flema oscura en las baldosas del suelo.

—Así son las cosas. Espero que vayan bien los negocios, abuelo. Nos vemos el mes que viene.

Los tres hombres abrieron la puerta y se asomaron al viento que entró en una ráfaga en la tienda. Dejaron la puerta abierta y desaparecieron en las calles oscuras. Tedo se acercó, la cerró de un golpe y colocó la tranca. Tabbic parecía realmente un anciano cuando se alejó de Alexandria, incapaz de mirarla a la cara. Se había quedado pálido y tembloroso; dejó el martillo en el banco, cogió un cepillo largo y empezó a barrer el limpio suelo lentamente.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Alexandria.

Tabbic permaneció en silencio largo rato, hasta que a Alexandria le entraron ganas de romperlo repitiendo la pregunta a gritos.

—¿Qué podemos hacer? —dijo por fin—. No quiero poner a mi familia en peligro por nada.

—Podemos cerrar hasta que la tienda nueva esté lista. Se encuentra en la otra punta de la ciudad, Tabbic, en una zona mejor. Allí será diferente.

La desesperación y el cansancio se reflejaron en la cara de Tabbic.

—No. Ese cerdo no dijo que le importara que la tienda estuviera abierta o cerrada. Querrá que le pague de todos modos, aunque no vendamos un solo artículo.

—En tal caso, sólo un mes. Hasta que cerremos y salgamos de aquí —dijo ella deseando ver una chispa de vitalidad en el abatimiento y la tristeza del hombre.

Tabbic odiaba a los ladrones. Entregarles unas monedas que le había costado muchos días ganar lo hería más profundamente que un dolor físico. Le temblaban las manos al cambiarlas de posición en la escoba. Entonces la miró.

—No hay donde ir, muchacha. ¿Es que no lo sabes? Lo que me sorprende es que no hayan venido antes. ¿Te acuerdas de Geranas, el bajito?

Alexandria asintió. Se trataba de un joyero más antiguo aún que Tabbic, que hacía piezas maravillosas en oro.

—Le machacaron la mano derecha con un martillo porque no quiso pagar. ¿Puedes creerlo? Se la destrozaron y ya no puede ganarse la vida, pero a ellos no les

importa. Lo que les interesa es que el suceso se conozca para que hombres como yo renuncien, acobardados, a lo que ganan con su propio esfuerzo. —Se detuvo y apretó el palo de la escoba con tanta fuerza que lo rompió con estrépito—. Más vale que prepares tus herramientas, Alexandria. Tenemos tres piezas que terminar hoy.

Habló con voz dura y firme, pero no se movió ni siguió adelante con la rutina matutina para abrir la tienda a los clientes.

—Tengo amigos, Tabbic —dijo Alexandria—. Aunque Julio y Bruto no estén en la ciudad, Craso me conoce. Puedo intentar algo por ese lado. Más vale eso que no hacer nada.

La expresión de Tabbic no cambió.

—Adelante. Daño no nos hará —dijo.

Tedo suspiró y por fin envainó la espada.

—Lo lamento —murmuró.

Tabbic lo oyó.

—No tienes por qué. A ese gallito malnacido no le gustaste nada a pesar de toda su palabrería.

—Entonces ¿por qué le pagaste? —preguntó Alexandria.

Tabbic soltó un bufido.

—Porque tu guardián lo habría matado y ellos habrían vuelto y nos habrían incendiado la tienda. No pueden permitirse que uno de nosotros les gane la partida, muchacha, de lo contrario los demás dejarían de pagar. —Se volvió hacia Tedo y le dio una palmada en el hombro con su manaza, pasando por alto la expresión cohibida del soldado—. Lo has hecho muy bien, pero hay que buscar a otro hombre para reemplazar a tu hijo, ¿lo entiendes? Para la clase de trabajo que haces, necesitas a un asesino. Ahora voy a darte algo caliente de beber porque el día está muy frío, y un bocado sólido también, antes de que os vayáis, pero quiero que estés aquí esta noche antes de la hora, ¿de acuerdo?

—Aquí estaré —prometió Tedo, y miró a su hijo, que se había sonrojado.

Tabbic lo miró a los ojos y asintió satisfecho.

—Eres un buen hombre —dijo—. Ojalá el valor fuera lo único que se necesitase.

Bruto miraba de cerca el hielo roto del reloj de agua. A pesar de los guantes, tenía los dedos ateridos de frío. Lo único que deseaba era volver a las barracas y envolverse en las mantas como un oso en hibernación. Sin embargo, las tareas cotidianas de la legión tenían que continuar. El frío se les metía en los huesos de forma cruel, como nunca habían experimentado, pero los relojes de la legión tenían que seguir marcando los períodos de tres horas, el tiempo que tardaba el agua en caer, gota a gota, de un recipiente de cristal a otro. Maldijo en voz baja mientras quitaba un fragmento de hielo, que cayó a la nieve con un golpecito seco. Se frotó la cara, sin afeitarse desde hacía unos días. Julio había visto las ventajas de prescindir del afeitado

durante los meses de invierno, pero Bruto tenía la impresión de que la humedad de la barba incipiente se le congelaría al cabo de poco tiempo de permanecer en el exterior.

—Los refugios no funcionan. Tendremos que encender hogueras debajo de ellos, aunque sólo sea lo justo para que el agua no se congele. Tenéis permiso para disponer de unas cuantas astillas cada uno. Los centinelas pueden mantener la hoguera encendida durante las guardias. Agradecerán el calorcillo, supongo. Que los herreros hagan fundas de metal para proteger el cristal y la madera de las llamas, de lo contrario la mitad del invento ardería.

—Sí, señor. Gracias, señor —replicó el tesario, satisfecho de que no lo criticara.

En su fuero interno Bruto pensó que el hombre era un idiota por no haberlo pensado antes y haber permitido que se destruyera la única forma que tenía la Décima de establecer la duración de los turnos de guardia.

Los soldados de Roma entendieron por fin por qué las tribus suspendían la guerra en invierno. Las primeras nieves cayeron con tal abundancia que rompieron el tejado de las barracas y convirtieron los acogedores camastros en un caos de viento y hielo. Al día siguiente arreció el viento y al cabo de un mes Bruto apenas se acordaba de lo que era entrar en calor. A pesar de las enormes hogueras que encendían al pie de los muros todas las noches, el calor sólo llegaba a unos pocos pies de altura, pues el viento incesante se lo llevaba. Había visto carámbanos de hielo del tamaño de carretas en el Rin, y a veces nevaba con tanta intensidad que se formaban puentecillos de una orilla a otra. Se preguntó si el río llegaría a congelarse del todo antes de la primavera.

Los días parecían transcurrir eternamente a oscuras. Julio hizo trabajar a los hombres tanto tiempo como pudo, pero todo se resbalaba de las manos heladas, y una racha de accidentes lo obligó a suspender la construcción cuando por fin comprendió el verdadero significado del invierno.

Bruto recorría el campamento patinando penosamente en las rodadas congeladas de las caravanas de carros de equipamiento. Como los bueyes no podían pastar y no los podían mantener a costa del cereal de la legión, habían tenido que sacrificarlos. Al menos la carne se mantenía fresca, pensaba Bruto con pesimismo. Se quedó mirando el montón de reses muertas bajo la nieve. La carne estaba dura como una piedra, como todo lo demás en ese país.

Trepó al muro de tierra del campamento y se asomó a la extensión grisácea. Unos copos finos le cayeron en la cara, pero no se deshicieron al contacto con la fría piel. En el exterior no se veía nada más que los tocones de los primeros árboles que habían talado y arrastrado para convertirlos en leña.

Al menos el bosque los había protegido del viento, hasta que terminaron con él. Ahora se daban cuenta de que tenían que haber conservado los árboles más cercanos hasta el final, pero aun así nada de lo que hubieran visto hasta entonces los habría

preparado para la crudeza tremenda de aquel primer invierno. El frío era asesino.

Bruto sabía que gran parte de los hombres carecía de prendas apropiadas. Los que habían recibido pellejos de buey los untaban de aceite a diario, pero aun así las pieles acababan tiasas como planchas de hierro. El precio del par de guantes había subido hasta el mes completo de soldada, y seguía en alza, a medida que escaseaban las liebres y los zorros en cien millas a la redonda, que los tramperos cazaban y llevaban a la plaza fuerte.

Al menos las legiones habían recibido por fin la soldada. Julio había logrado botín suficiente en plata y oro de las arcas de Ariovisto para pagar a los soldados tres meses de atrasos. En Roma se les habría ido de las manos en prostíbulos y tabernas, pero allí no había más que hacer que jugar apostando, y muchos habían vuelto a arruinarse pocos días después del cobro. Los más responsables habían mandado una parte a sus familiares de Roma.

Bruto envidiaba a los que habían sido devueltos al otro lado de los Alpes, a Ariminum, antes de que se cerraran los puertos de montaña. Fue un detalle que satisfizo a los hombres, aunque sabía que se hacía por necesidad. En condiciones tan extremadas conservar la vida ya era dificultad suficiente. No podían vigilar a los guerreros suevos que habían sobrevivido a la batalla durante tantos meses de oscuro invierno. Más valía venderlos como gladiadores y guardianes domésticos, separarlos y darles nueva instrucción. Según la tradición, los beneficios de los esclavos guerreros eran para los legionarios, de forma que los millares de suevos proporcionarían al menos una moneda de oro a cada uno de los que habían luchado contra ellos.

El viento arreciaba en lo alto de la muralla y Bruto empezó a contar hasta quinientos mentalmente, obligándose a permanecer allí al menos hasta completar la cuenta. Los centinelas que tenían que cubrir la guardia allí arriba se hundían en un mundo de amargura gris y necesitaban ver que él lo soportaba con ellos.

Se arropó mejor en el manto estremeciéndose a cada respiración que se le clavaba en la garganta, y deseó que la boca se le adormeciera como el resto del cuerpo. Cabera le había avisado de los peligros del frío intenso, y llevaba dos pares de calcetines de lana en los pies, aunque le parecía que no le hacían ningún efecto. Dieciocho hombres habían perdido dedos de los pies desde las primeras nieves, y sin Cabera habrían sido más; pero eso sucedió durante las primeras semanas, hasta que por fin aprendieron a respetar el frío. Bruto había visto cómo arrancaban a un soldado el dedo marchito y renegrado con una herramienta cortante, y lo más extraño fue la actitud pasiva del legionario mientras se lo hacían. No sintió dolor ni cuando las tenazas de hierro le cortaron el hueso.

El centinela que más cerca tenía parecía una estatua, y se acercó a él arrastrando los pies; vio que el hombre tenía los ojos cerrados y estaba pálido y amoratado en

algunas partes, bajo la barba incipiente. El castigo por quedarse dormido durante la guardia era la muerte, pero Bruto le dio una palmada en la espalda a modo de saludo y fingió que no veía el miedo reflejado en los ojos, que se abrieron como platos y se entrecerraron inmediatamente a causa del viento.

—¿Dónde están los guantes, muchacho? —le preguntó Bruto al ver los ateridos dedos azulados que el soldado sacó de la túnica para saludar.

—Los he perdido, señor —replicó.

Bruto asintió. Seguro que ese soldado era tan buen jugador como centinela.

—Perderás las manos también si no las mantienes calientes. Toma los míos. Tengo otro par.

Bruto se quedó mirando al legionario, que intentaba ponérselos. Tras forcejear un rato, no lo consiguió y uno se le cayó al suelo. Bruto lo recogió y se los puso en las manos congeladas con la esperanza de que no fuera tarde ya. Dejándose llevar por un impulso, se desabrochó el cierre de la capa forrada de piel y envolvió al joven soldado en ella conteniendo los escalofríos que le provocaba el viento en todos los rincones del cuerpo, a pesar de las múltiples capas de ropa que llevaba debajo. Empezaron a castañetearle los dientes, pero apretó las mandíbulas.

—Por favor, señor, no puedo aceptar tu manto —dijo el centinela.

—Te mantendrá caliente hasta que termines la guardia, muchacho. Luego, si quieres, se la pasas al siguiente. Lo dejo a tu criterio.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Bruto no se quedó satisfecho hasta que vio que el soldado empezaba a recobrar un poco el color de las mejillas. No sabía por qué, pero cuando empezó a bajar, sentía una alegría sorprendente. Naturalmente, en parte se debía a que había terminado por fin la ronda del campamento. Un guiso caliente de buey y una cama con ladrillos calientes le ayudarían a sobrellevar la pérdida del único manto y los únicos guantes que tenía. Esperaba sentirse igual de contento al día siguiente, cuando hiciera la ronda sin ellos.

Julio sacó un atizador de hierro del fuego y lo hundió en dos copas de vino. El clavo desmenuzado chisporroteó en la superficie y un hilillo de humo se desprendió al devolver el hierro a las llamas. Ofreció una copa a Mhorbaine.

Mirando alrededor; casi podía creer que los nuevos edificios serían para siempre. En el breve tiempo transcurrido antes de las primeras nieves invernales, las legiones habían alargado la calzada en dirección sur desde la provincia romana hasta poco más de cinco millas de los nuevos campamentos. Los árboles que talaban se convertían en estructuras de nuevos barracones y Julio estaba satisfecho con el progreso del proyecto hasta que el invierno cayó de golpe una noche, y a la mañana siguiente un centinela fue hallado en la muralla muerto de congelación. Los trabajos en la cantera también se abandonaron y el tren diario de vida se vio afectado, pues el esfuerzo de

mantener una conexión permanente con el sur fue sustituido por la más elemental lucha por la supervivencia.

Pero a pesar de todo Julio no había perdido el tiempo. Los eduos tenían experiencia en pasar inviernos crudos, y recurrió a ellos para enviar mensajes a cuantas tribus conocían. En el último recuento había establecido alianzas con nueve tribus y había reclamado las tierras de otras tres que quedaban a poca distancia del territorio que Ariovisto había dejado libre. Lo que no sabía era cuánto podría hacer suyo realmente una vez concluyera el invierno. Si todos cumplían su palabra, contaría con voluntarios suficientes para formar dos nuevas legiones en primavera. Sin duda muchas tribus menores habían aceptado sólo por aprender las artes que habían derrotado a los helvecios y a los suevos, pero Julio había planeado, junto con Marco Antonio, asignar estratégicamente a hombres de toda confianza a las futuras legiones. Lo había hecho ya con los hombres que envió Catón para proteger a su hijo. Incluso había convertido en legionarios a los mercenarios de Catilina. Lo supieran o no, los galos que cayeran en sus manos llegarían a ser tan profundamente romanos como Ciro y él mismo.

Le preocupaban más las tribus que no respondían a sus misivas. Los belgas habían cegado al mensajero eduo y luego lo habían conducido en su caballo hasta las cercanías de los campamentos romanos, donde lo soltaron para que el animal volviera solo a su establo en busca de forraje y calor. Los nervios se habían negado a recibir al mensajero, y otras tres tribus habían seguido su ejemplo.

Julio apenas podía esperar a que llegara la primavera. El momento exultante que había experimentado al ver caer a Ariovisto no se había repetido, pero todavía sentía una seguridad en sí mismo que no tenía explicación. La Galia sería suya.

—Las tribus que nombras nunca se han unido para luchar, Julio. Es más fácil imaginarse a los eduos y a los arvernos codo con codo que a cualquiera de esos otros formando una hermandad.

Mhorbaine dio un sorbo a su vino caliente y, relajado, se acercó más al fuego.

—Es posible —admitió Julio—, pero mis hombres apenas han dejado su impronta en la mayor parte de la Galia. Todavía hay muchas tribus que ni siquiera han oído hablar de nosotros. ¿Cómo van a aceptar el gobierno de quienes no han visto siquiera?

—No puedes luchar contra todos, Julio. Ni siquiera con tus legiones podrías hacerlo —replicó Mhorbaine.

Julio soltó un bufido.

—No lo des por sentado, amigo mío. Mis legiones serían capaces de asesinar al mismísimo Alejandro si se interpusiera en su camino, pero con este invierno, no sé adonde podría llevarlas. ¿Hacia el norte? ¿Hacia el oeste? ¿O sería mejor ir en busca de las tribus más poderosas y derrotarlas de una en una? Casi me gustaría que

lucharan todas juntas, Mhorbaine. Si derrotó a las más fuertes, las demás acatarían nuestro derecho al territorio.

—Ya has doblado el territorio romano en la Galia —le recordó Mhorbaine.

Julio se quedó mirando las llamas fijamente, señalando con la copa hacia el frío invisible del exterior.

—No puedo esperar sentado a que vengan a verme. En cualquier momento podrían reclamar mi presencia en Roma y nombrar a otro para que me sustituya aquí. —Se contuvo inmediatamente al ver el interés que sus palabras despertaban en Mhorbaine. Por muy buen aliado que el hombre hubiera resultado hasta entonces, el vino le había soltado la lengua en exceso en su presencia.

La última carta de Craso, antes de que el invierno cerrara los puertos de los Alpes, era inquietante. Pompeyo estaba perdiendo el control de la ciudad y a Julio le había irritado la debilidad del senado. Casi deseaba que Pompeyo declarase la dictadura para poner fin a la tiranía de hombres como Clodio y Milo. Para él no eran más que nombres, pero Craso se tomaba el peligro en serio, lo suficiente como para confiárselo, y Julio sabía que el anciano no era de los que se sobresaltaban con cualquier sombra. En cierto momento había llegado a considerar incluso la posibilidad de volver a Roma para reforzar a Pompeyo en el senado, pero el invierno de la Galia había puesto fin a esa posibilidad. Era espantoso pensar que mientras él conquistaba nuevas tierras, la ciudad que amaba se hundía en la corrupción y la violencia. Hacía mucho tiempo que había aceptado que la conquista de un país se hacía con sangre, pero no podía imaginárselo en su propia ciudad y la sola idea le llenaba de cólera.

—¡Hay tanto que hacer! —dijo a Mhorbaine al tiempo que sacaba el atizador del fuego otra vez—. Pero sólo puedo atormentarme con planes y cartas que ni siquiera puedo mandar. ¿No habías dicho que la primavera ya tendría que estar aquí? ¿Dónde está el deshielo que me prometiste? Mhorbaine se encogió de hombros.

—No tardará —dijo por enésima vez.

XXXI

Con la llegada de la primavera más de siete mil familias atestaron los caminos del norte de Roma. Las calles de la ciudad eran como un torrente, el éxodo reclamaba la nueva tierra que Julio había prometido. Los temerosos de la fuerza de Clodio y Milo tomaron las amplias carreteras para iniciar una nueva vida lejos del crimen y la podredumbre de la ciudad, vendieron todas sus pertenencias para comprar herramientas, grano y bueyes que tiraran de los carros. Era un viaje arriesgado, más de tres mil millas los separaban de las estribaciones de los Alpes y de los desconocidos peligros que pudiera haber más allá de ellos.

Las legiones que Julio se había llevado de Ariminum habían despoblado el norte de patrullas de soldados y dejado bajo mínimos la protección de Roma. Aunque las posadas y los fuertes que flanqueaban los caminos seguían ocupados por hombres, las extensas franjas de tierra que quedaban entre esos puntos estaban plagadas de ladrones que atacaban a muchas familias y las abandonaban junto a la carretera al borde de la desesperación. Algunas eran recogidas por gente que se apiadaba de ellas, mientras que a otras no les quedaba más remedio que mendigar unas monedas o morir de hambre. Los que podían permitirse contratar vigilancia corrían mejor suerte y agachaban la cabeza cuando pasaban junto a los grupos de personas suplicantes que soportaban la lluvia primaveral con las manos extendidas, pidiendo limosna.

En las sesiones especiales del senado Pompeyo daba lectura a los informes de las victorias de Julio a medida que iban llegando. Se encontraba jugando un papel agrisulce y sacudía la cabeza ante la ironía de verse obligado a soportar a César como método para controlar a los nuevos hombres del senado. Craso le había hecho ver que las victorias en la Galia eran lo único que impedía que la ciudad explotara presa del pánico ante las peleas secretas y sangrientas que Clodio y Milo mantenían por la supremacía. A pesar del poder real que habían conseguido y de la influencia que ejercían con la brutalidad de una porra, no habían hecho nada por Roma, excepto aprovecharse de ella. Ni Clodio ni Milo se perdían un informe. Se habían criado en los bajos fondos y en los callejones de la ciudad, pero, como cualquier otro ciudadano se emocionaban con los detalles de las batallas que en su nombre se llevaban a cabo.

Al principio Pompeyo había estado dispuesto a declarar una dictadura para controlarlos. Liberado de las limitaciones de la ley, podía haber hecho ejecutar a ambos hombres sin juicio previo. Craso le había aconsejado que no lo hiciera. De acabar con la vida de aquellos hombres, había dicho Craso, otros ocuparían su lugar y Pompeyo, incluso tal vez la misma Roma, no sobrevivirían. La Hidra del populacho romano despuntaría con nuevas cabezas, y quienes fueran a sustituirlos sabrían hacer otras cosas además de pasearse y asistir a las sesiones del senado. Craso había pasado horas hablando con su viejo colega y Pompeyo había comprendido la sabiduría de sus

consejos. En lugar de resistirse a ellos, se había apartado de su manera de ser habitual para adular y recompensar a aquellos hombres. Había apoyado a Clodio para el puesto de magistrado jefe y había celebrado una gran cena en su honor. Juntos habían elegido a los candidatos para las elecciones consulares, hombres de escasa importancia que nada harían por alterar el frágil estado de tregua. Pompeyo había encontrado un delicado equilibrio y era consciente de que Clodio lo había aceptado en parte como una ayuda contra Milo, pues sus peleas personales continuaban.

Pompeyo reflexionaba sobre aquellos dos hombres mientras leía el último informe en la tribuna. Al apoyar el ascenso de uno, se había ganado la enemistad del otro, y al cruzarse con los ojos de Milo, no vio otra cosa que odio. Pero ahora Clodio mencionaba su nombre con el orgullo de un socio, y a la llegada del verano Pompeyo incluso había visitado la casa de aquel hombre y recibido elogios y honores. Un juego peligroso, pero mejor que dispersar las piezas y apostar por convertirse en dictador. Tal como estaban las cosas, aquello significaría una guerra civil de la que no estaba del todo seguro de salir victorioso.

Pompeyo carraspeó para aclararse la garganta antes de empezar a hablar e inclinó la cabeza en dirección a Clodio. Se percató de la satisfacción que aquel hombre sentía ante la más mínima señal de respeto por su parte. Aquello era lo que Craso había visto en los recién llegados al senado. A pesar de ser unos salvajes, anhelaban la respetabilidad que otorgaba el oficio, y desde que Pompeyo había iniciado su nueva legislatura, ninguno de sus clientes había sufrido daño alguno de manos de los matones de Clodio. Cuando Pompeyo anunció su deseo de restaurar el hipódromo, había sido Clodio quien se había acercado a él ofreciéndole todo el dinero que necesitara. Pompeyo había erigido una estatua en su honor a modo de agradecimiento y había elogiado ante el senado su generosidad. Milo había respondido con una oferta para reconstruir la vía Apia, y Pompeyo había tenido que esconder su satisfacción ante la transparencia de aquel hombre. Le permitió colocar su nombre en la porta Capena, la puerta de acceso a la ciudad por el sur. Por primera vez en más de un año experimentaba la sensación de tener de nuevo en sus manos el control de la ciudad, pues aquellos hombres estaban dedicando sutilmente sus energías, ambos con la misma voracidad, a ser reconocidos y aceptados. Los nuevos cónsules conocían su precaria situación y no hacían nada sin antes consultarlo con sus superiores. La situación estaba en punto muerto y las luchas privadas continuaban.

Pompeyo leyó la lista de las tribus a las que Julio había derrotado en el transcurso de las primeras batallas de la primavera, regocijándose ante la fascinante tranquilidad del senado. Escuchaban con reverencia las cantidades de esclavos que habían sido enviados hacia los Alpes. Los remos habían pasado a ser vasallos. Los nervios habían sido destruidos prácticamente hasta su último hombre. Los belgas habían sido obligados a entregar las armas y rendirse. Los atuaticos habían quedado confinados a

una única ciudad amurallada y luego asaltados. Se habían incorporado al mercado de esclavos romanos cincuenta y tres mil personas, contando sólo los miembros de esta última tribu.

Pompeyo leía los informes de Julio sin apenas llegar a comprender el alcance de la contienda que quedaba oculta detrás de aquellas sencillas líneas. Julio no pretendía vender sus victorias al senado, pero la sequedad del tono era lo más impresionante de todo, por lo que no mencionaba. Pompeyo siguió leyendo hasta las notas de cierre, en las que César encomendaba el informe al senado y estimaba los beneficios anuales que aportarían los impuestos sobre los territorios conquistados. Cuando Pompeyo llegó a la última línea no se oyó ni un sonido en la curia: «Declaro que la Galia ha sido pacificada y que a partir de ahora se someterá a las leyes de Roma».

El senado se puso en pie y empezaron todos a lanzar vítores en lo que se convirtió en una manifestación espontánea. Pompeyo se vio obligado a levantar la mano para acallarlos.

Una vez consiguieron calmarse, Pompeyo tomó de nuevo la palabra y su voz llenó la cámara: «Nuestros dioses nos han otorgado nuevas tierras, senadores. Tenemos que demostrar que valemos para gobernarlas. Igual que llevamos la paz a Hispania, la llevaremos también a estas tierras más salvajes. Nuestros ciudadanos construirán carreteras y sembrarán cosechas para alimentar a nuestras ciudades. Serán oídos en tribunales lejanos a los que delegaremos nuestra autoridad. Haremos que Roma llegue hasta ellos no por el poder de nuestras legiones, sino porque somos buenos, porque somos justos y porque somos los amados por los dioses».

—¿Pacificada? ¿Les has dicho que la Galia ha sido pacificada? —dijo Bruto sorprendido—. ¡Hay lugares de la Galia en que ni siquiera han oído hablar de nosotros! ¿En qué estabas pensando?

Julio frunció el entrecejo.

—¿Preferirías que hubiese dicho «todavía peligrosa, pero prácticamente pacificada»? No me parecen las palabras más inspiradoras para atraer a nuestros colonizadores más allá de los Alpes, Bruto.

—Yo tampoco habría dicho «prácticamente pacificada». Es más sincero decir que estos salvajes casi acaban con nosotros en más ocasiones de las que soy capaz de recordar. Que estuvieron luchando entre ellos durante generaciones hasta que encontraron en Roma un enemigo común y que ahora tenemos las manos metidas en el peor avispero que he visto en mi vida. Eso al menos habría sido más sincero.

—De acuerdo, Bruto. Está hecho y se ha acabado el tema. Conozco la situación tan bien como tú, y esas tribus que no han visto nunca un soldado romano nos verán en cuanto construyamos la carretera que atraviese el país. Si el senado me ve como el conquistador de la Galia, se acabarán los comentarios de los que piensan en destituirme y nadie me obligará a pagar mis deudas. Pueden contar el oro que les

envío y utilizar los esclavos para bajar el precio del trigo y el maíz. Seré libre para llegar hasta el mar y más allá incluso. Éste es mi camino, Bruto; ¿no ves que lo he encontrado? He nacido para esto. Todo lo que pido son unos cuantos años más, cinco quizá, y la Galia estará pacificada. ¿Dices que no han oído hablar de nosotros? ¡Pues bien, entonces me haré con tierras de las que Roma ni siquiera conoce su existencia! Veré alzarse en sus ciudades un templo a Júpiter como una montaña de mármol. Haré llegar nuestra civilización, nuestra ciencia, nuestro arte, a gente que ahora vive en la miseria. Conduciré a nuestras legiones hasta donde la tierra se encuentra con el mar, y más lejos. ¿Quién sabe lo que hay más allá de esas costas? Ni siquiera disponemos de mapas de los países que hay allí, Bruto. Sólo leyendas de los griegos sobre islas neblinosas en el extremo del mundo. ¿No te enciende todo esto la imaginación?

Bruto miró a su amigo sin responder; no estaba seguro de si esperaba respuesta. Había visto anteriormente a Julio de aquella manera y a veces su actitud conseguía todavía conmoverlo. Pero en aquel momento empezaba a preocuparle la posibilidad de que Julio hubiese dejado de plantearse el final de sus batallas de conquista. Incluso los veteranos comparaban a su joven comandante con Alejandro. Marco Antonio lo había hecho descaradamente. Cuando el apuesto romano hizo aquella referencia en el consejo, Bruto esperaba que Julio la desdeñara por tratarse de un halago muy torpe, pero se había limitado a sonreír; a pasarle a Marco Antonio el brazo por el hombro y a llenarle de nuevo la copa de vino.

El valle de los helvecios había quedado rodeado, las amplias franjas de territorio se habían dividido en granjas para los colonos romanos. Julio se había precipitado con sus promesas, y para cumplirlas había tenido que permanecer en el campo de batalla. Por el simple hecho de poder pagar a sus legiones con plata se había visto obligado a saquear ciudades y a luchar no por la gloria, sino para llenar los cofres y enviar el diezmo a los senadores. Bruto no le veía el final y, de todos los asesores de Julio, él era el único que empezaba a tener dudas sobre el objetivo de la guerra que estaban llevando a cabo. Como romano podía aceptar la destrucción como precursora de la paz, pero no podía comprenderla si todo aquello era para satisfacer las ansias de poder de Julio.

Julio nunca flaqueaba. A pesar de que la coalición de los belgas los había presionado con crueldad en primavera, las legiones se habían contagiado de la confianza de su comandante y habían barrido las tribus sin piedad. Era como si estuvieran tocados por el destino y no pudieran perder. A veces incluso Bruto se contagiaba y vitoreaba al hombre que levantaba su espada hacia ellos con la cara completamente cubierta por un casco de hierro reluciente que le proporcionaba el aspecto de un dios malévolos. Pero conocía al hombre que se escondía debajo, y lo conocía demasiado bien como para avanzar tranquilamente a su lado como hacían los legionarios. Aunque las victorias se debían a su fuerza y a su velocidad, veían a Julio

como el único responsable de ellas. Mientras siguiera con vida, sabían que no iban a ser derrotados.

Bruto suspiró para sus adentros. Tal vez tuvieran razón. La totalidad de la Galia oriental estaba bajo el control de las legiones y se estaban construyendo centenares de millas de carreteras. Roma brotaba del suelo y Julio era la semilla sangrienta que provocaba aquel cambio. Miró a su amigo y se dio cuenta de que se sentía orgulloso. Exceptuando el pelo, que empezaba a clarear; y las cicatrices, era básicamente el hombre al que siempre había conocido, por mucho que los soldados dijeran que estaba bendecido por los dioses. Su presencia en el campo de batalla valía como mínimo lo que una cohorte, todo el mundo quería combatir bien por él, y Bruto se sentía avergonzado de sus pequeñas quejas y de esa pizca de malestar que intentaba ocultar.

Publio Craso había recibido el mando de dos legiones para viajar con ellas hacia el norte, y el buen humor de Julio se debía al hecho de que el hijo del senador había conseguido la rendición completa de las tribus que allí habitaban. Tenían abierto el camino hacia el mar, y aunque Bruto se había opuesto, sabía que nada iba a impedir que Julio condujera sus preciosas legiones hasta la costa. Soñaba con Alejandro y con el límite del mundo.

Los miembros del consejo de Julio hicieron su entrada en la amplia sala del campamento fortificado. Bruto se daba cuenta de que también ellos habían cambiado durante su estancia en la Galia. Octavio y Publio Craso habían perdido los últimos vestigios de su juventud en los años de campaña. Ambos lucían cicatrices y habían sobrevivido, más fuertes ahora. Ciro comandaba su cohorte con una devoción hacia Julio que recordaba a Bruto la de un perro fiel. Y aunque Bruto todavía podía seguir comentando sus dudas con Domitio y con Renio, sabía que Ciro era capaz de abandonar cualquier estancia donde encontrara el menor atisbo de crítica. Entre ambos romanos existía un desagrado mutuo que quedaba forzosamente escondido por consideración a Julio.

Hasta qué punto llegamos a disimular, pensó Bruto para sus adentros. Mientras Julio estuviera presente, representaban el papel de hermanos y dejaban de lado sus discrepancias profesionales. Era casi como si no pudiesen soportar verlo defraudado por culpa de ellos.

Julio esperó a que sirvieran el vino y dejó sus notas sobre la mesa. Ya había memorizado los informes y no volvería a necesitarlos como referencia. A pesar de seguir todavía sumergido en sus recelos, Bruto se percató de que automáticamente se colocaba más erguido al sentir sobre él aquella mirada azul y de que los demás respondían de manera similar.

Al fin y al cabo no somos más que sus perros, pensó Bruto cogiendo la copa.

—Tu tratado con los venetos ha fracasado, Craso —le dijo Julio al joven romano.

El hijo del senador sacudió la cabeza con incredulidad y Julio se dirigió a él para aliviar su tensión.

—No esperaba que durase. Son demasiado fuertes por mar como para sentirse vinculados a nosotros, y el tratado era sólo para contenerlos mientras llegáramos al noroeste. Si llego algún día a cruzar el mar, necesitaré tener controlada esa costa. — Julio miró a lo lejos, como si contemplara el futuro, pero enseguida volvió al tema—. Han hecho prisioneros entre la cohorte que dejaste allí y exigen a cambio la liberación de sus rehenes. Si queremos devolverlos a la mesa de negociaciones, tendremos que destruirlos en el mar. Sospecho que creen que Roma sólo combate por tierra, pero algunos de nosotros sabemos que se equivocan. —Hizo entonces una pausa para permitir que los demás rieran entre dientes y miró a Ciro a los ojos con una sonrisa—. He contratado constructores de naves y carpinteros para construir un nuevo puerto y embarcaciones. Pompeyo nos proporcionará tripulaciones que navegarán a través de las Columnas de Hércules, rodearán Hispania y se encontrarán con nosotros en el norte. En cualquier caso, encaja bien con mis planes y no podemos dejar sin respuesta su ruptura del pacto. Mhorbaine me ha contado que las demás tribus se muestran inquietas y que están esperando como halcones a que no podamos responder.

—Pero ¿cuánto tiempo pasará hasta que las naves estén construidas? —preguntó Renio.

—Si encuentro dinero para pagarlas, estarán listas para la próxima primavera. He escrito al senado solicitándole que asuma el pago de nuestras nuevas legiones. Craso me ha garantizado que se ocupará del préstamo si el senado nos falla, pero tenemos todos los motivos para suponer que están satisfechos con los avances que estamos realizando aquí. También es posible que este año el invierno no sea tan duro y podamos realizar los preparativos durante los meses oscuros. —Julio tamborileó con los dedos en la mesa—. Tengo un único informe de un explorador del Rin. Hay más tribus germánicas que lo han cruzado con la intención de adentrarse en nuestro territorio y hay que combatir las. He enviado a cinco eduos para confirmar el informe y obtener una estimación reciente de las cantidades de las que estamos hablando. Me ocuparé de ellos antes de que avancen demasiado en nuestro territorio. Una vez derrotados, he decidido cruzar el río y perseguirlos, tal y como debería haber hecho con los suevos. No puedo permitir que las tribus salvajes situadas a lo largo del río ataquen nuestros flancos en cuanto huelan una pizca de debilidad. Les daré una respuesta que no olvidarán en toda una generación y sellaré el Rin a mis espaldas cuando regrese. —Miró a los congregados en torno a la mesa, que estaban digiriendo la noticia—. Debemos movernos con rapidez para aplastar cualquier amenaza en cuanto aparezca. No podemos permitir ni una más si queremos extendernos de un extremo de la Galia al otro. Me llevaré al Rin mi Décima y la Tercera Gallica, al

mando de Bruto. Nos acompañará en la retaguardia una de las nuevas legiones de la Galia. Contra un enemigo así no habrá conflicto de lealtades. Mhorbaine ha accedido a acompañarme una vez más con su caballería. El resto de vosotros actuaréis en mi nombre de forma independiente. Craso, espero que regreses al noroeste y destruyas las fuerzas terrestres de los venetos. Prende fuego a sus embarcaciones o como mínimo oblígalos a mantenerse alejados de la costa y evita que bajen a tierra a por suministros. Domitio, tú lo acompañarás con la Cuarta Gallica para apoyarlo. Marco Antonio, tú seguirás aquí con tu legión. La Doceava y la Quinta de Ariminum se quedarán contigo. Serás mi sustituto y espero que en mi ausencia no pierdas ninguno de los territorios conquistados. Sé cauto, pero entra en combate si es preciso hacerlo. La última tarea es fácil, Berico. Tu legión de Ariminum se ha ganado un descanso y necesito a un hombre que pueda vigilar a los colonos que llegan a través de los Alpes. El senado va a enviar a cuatro pretores que se encargarán del gobierno de las nuevas provincias, y habrá que enseñarles la realidad de nuestra situación aquí.

Berico gruñó y puso los ojos en blanco, un gesto que hizo reír a Julio. La idea de tener que hacer de niñera de miles de colonos romanos recién llegados era un destino muy alejado del ideal, pero Berico era un buen administrador y Julio había dicho la verdad al comentar que la legión se había ganado un período lejos del ritmo de batalla constante que había soportado.

Julio continuó repartiendo órdenes y responsabilidades hasta que cada hombre allí reunido estuvo al corriente de sus líneas de suministros y del alcance de su autoridad. Sonrió ante sus comentarios ingeniosos y respondió a todas sus preguntas con el detalle que esperaban de él. Los legionarios aseguraban que sabía el nombre de todos los hombres a su mando, y fuese cierto o no, la verdad era que Julio dominaba todos los aspectos de la vida de la legión. Nunca se quedaba sin saber qué hacer o incapaz de ofrecer una respuesta rápida a cualquier pregunta que se le formulara, y eso reforzaba más aún la confianza de sus hombres.

Bruto miró de nuevo a los congregados en torno a la mesa y no encontró otra cosa que decisión en hombres a quienes acababa de encargar tareas que implicaban penurias, dolor y quizá muerte para algunos o para todos ellos. Bruto observó a Julio, apenas sin escucharlo, viendo cómo desplegab sus mapas y pasaba a ahondar en los detalles del terreno y los suministros. Se preguntó cuántos de los hombres allí reunidos volverían a ver Roma. Y al ver a Julio señalando con el dedo el recorrido del Rin y haciendo sus comentarios, Bruto se vio incapaz de imaginarse el momento en el que aquel hombre al que seguía llegaría a detenerse.

XXXII

Era el primer día de otoño del cuarto año de Julio en la Galia, y Pompeyo y Craso paseaban juntos por el foro, enfrascados en una conversación. A su alrededor el gran espacio abierto del centro de la ciudad estaba abarrotado por miles de ciudadanos y esclavos. Los oradores se dirigían a todo aquél al que convencían de que los escuchase y sus voces transportaban un centenar de temas distintos por encima de las cabezas de la multitud. Los esclavos de las casas ricas corrían de un lado a otro, cargados con paquetes y pergaminos para sus amos. Se había puesto de moda vestir a los esclavos de las casas con colores vivos, y muchos de ellos llevaban túnicas doradas o de color azul luminoso, una mirada de tonos que ondeaban entre los rojizos más oscuros y los marrones de los trabajadores y los mercaderes. Los guardias armados caminaban majestuosos por el foro, cada grupo rodeando a su jefe. Era el corazón bullicioso y apresurado de la ciudad, y ni Pompeyo ni Craso se percataron de las sutiles diferencias que se agitaban entre la muchedumbre que los rodeaba.

La primera noticia que Pompeyo tuvo del problema que se avecinaba fue el brusco empujón que le dio uno de sus legionarios al precipitarse sobre él. La más absoluta sorpresa hizo olvidar a Pompeyo su instinto de supervivencia y lo llevó a detenerse. Siguió dudando aun percatándose de que la multitud era cada vez más densa y las caras cada vez más desagradables. Craso se recuperó con mayor rapidez y tiró de Pompeyo en dirección al edificio del senado. Si tenía que producirse otro disturbio, era mejor tenerlo claro lo antes posible y enviar a la guardia para que restableciese el orden.

El espacio que rodeaba a los senadores se había llenado de hombres que daban golpes y proferían insultos. Una piedra voló por encima de sus cabezas y fue a chocar contra otra persona.

Pompeyo vio a uno de sus lictores derrumbado por el golpe de una vara y experimentó un momento de pánico antes de recuperar fuerzas. Buscó el puñal que llevaba en el cinturón y lo sujetó con el filo hacia abajo para poder utilizarlo tanto para clavarlo como para rajar a quien se aproximara. Cuando alguien de la multitud se acercó a él en exceso, le abrió la mejilla sin dudarle un instante y lo vio caer hacia atrás con un grito.

—¡Guardias! ¡A mí! —vociferó Pompeyo.

La muchedumbre rugió contra él y vio cómo tres hombres corpulentos hacían caer al suelo a uno de sus legionarios y lo apuñalaban una y otra vez, hasta que los perdió de vista. Una mujer gritaba en las cercanías y Pompeyo vio que su llamada quedaba ahogada por los ciudadanos horrorizados situados más allá de los hombres que estaban atacándolo. Los hombres de Milo, estaba seguro. Debería haberlo esperado después del aislamiento que su líder había sufrido en el senado, pero

Pompeyo iba únicamente acompañado por un puñado de soldados y lictores que de ningún modo iban a ser suficientes. Volvió a utilizar el cuchillo y vio a Craso lanzando un puñetazo que fue directo a la nariz de uno de los atacantes.

Los lictores iban armados con el hacha ceremonial y la vara. Liberadas de sus sujeciones, las hachas se convertían en armas terribles entre una multitud, y literalmente acabaron cortando y abriendo paso a Pompeyo y Craso hacia el edificio del senado. Pero aun así su número fue menguando por las cuchilladas que recibían, y el círculo de seguridad que rodeaba a los dos senadores fue cerrándose hasta que prácticamente no les quedó espacio para moverse entre aquel apiñamiento.

Pompeyo sintió esperanza y a la vez desesperación en cuanto escuchó el sonido de las cornetas en el foro. Su legión venía al rescate, pero sería demasiado tarde. Unos dedos tiraban con crueldad de su toga y dirigió el puñal hacia ellos, aserrándolos con frenesí hasta verlos caer. Craso fue derribado por otra piedra y Pompeyo lo ayudó a incorporarse y a seguir avanzando, sujetándolo a su lado mientras el anciano recuperaba el sentido. Tenía sangre en la boca.

El ruido los aporreaba y de repente cambió levemente. Aparecieron nuevas caras, en mayor cantidad si cabe, y Pompeyo vio que estaban apartando a quienes luchaban por llegar hasta él.

Corrillos de hombres bramando aislados de la masa que peleaban, no como legionarios, sino con cuchillos y ganchos de carnicería y con piedras. Pompeyo vio la cara de un hombre hecha puré a golpes antes de caer finalmente derrumbado.

Cesó todo movimiento de avance. A pesar de que Pompeyo vislumbraba los peldaños del edificio del senado a escasa distancia, seguían estando lejos. Clavaba el cuchillo enfurecido en cualquier cosa que estuviera a su alcance, sin darse cuenta de los gritos que la rabia que sentía le hacía proferir inconscientemente.

La presión de los cuerpos se aligeró de pronto y Pompeyo vio los cuchillos ensangrentados de los raptos levantados casi en posición de saludo mientras iban retrocediendo. Cuerpos aplastados gritando, hombres heridos tendidos a su alrededor; pero nadie atacaba. Pompeyo hizo señas manteniendo en todo momento el cuchillo preparado, la hoja paralela a su antebrazo. Chorreaba de sudor y observó asombrado cómo los hombres se retiraban para abrir un camino hacia los peldaños del edificio del senado. Echó una rápida mirada en esa dirección y se planteó hasta dónde llegaría si echaba a correr. Se decantó por no hacerlo. No pensaba darles la espalda.

En aquel momento vio los uniformes de sus legionarios abriéndose paso entre la muchedumbre, y a Clodio allí, a su lado, jadeando. El líder del populacho tenía un aspecto muy sólido en comparación con los demás. A pesar de no ser un hombre alto, era tremendamente fuerte, y la multitud se abrió de forma instintiva a su alrededor, como los lobos se apartarían del elemento más brutal de la manada. Su cabeza afeitada brillaba sudorosa bajo la luz del sol matutino. Pompeyo no podía despegar su

mirada de él.

—Pompeyo, los que han quedado con vida se han dispersado —dijo Clodio—. Ordena a tus soldados que se marchen. —Tenía la mano derecha empapada en sangre y su cuchillo se había partido cerca de la empuñadura.

Pompeyo se volvió hacia un oficial de su legión que había izado la espada para acabar con Clodio.

—¡Alto! —gritó Pompeyo cuando por fin comprendió—. Son aliados.

Clodio asintió al oír esas palabras y Pompeyo escuchó su orden repetirse mientras la legión se reunía a su lado, formando un escuadrón de batalla. Clodio inició la retirada, pero Pompeyo lo agarró por el brazo.

—¿Tengo que suponer quién está detrás de este ataque? —preguntó.

Clodio encogió sus anchas espaldas.

—Ya está en el edificio del senado. No habrá nada que lo vincule, puedes estar seguro. Milo es lo bastante astuto como para conservar las manos limpias. —Clodio tiró al suelo el cuchillo roto con un gesto de ironía y se secó las manos ensangrentadas con el borde de la túnica.

—¿Tenías a tus hombres preparados? —preguntó Pompeyo, harto ya de aquella constante sospecha en que se había convertido su vida.

Clodio entrecerró los ojos al pensar en lo que implicaba aquello.

—No. Nunca pongo un pie en el foro sin ir acompañado de cincuenta de mis muchachos. Han sido suficientes para llegar a tiempo. No sabía nada hasta que empezó todo esto.

—Entonces debemos nuestras vidas a tu rápida respuesta —dijo Pompeyo. Oyó un quejido cerca y se volvió enseguida. ¿Queda alguno con vida al que podamos interrogar?

Clodio lo miró.

—Ahora no. En este tipo de trabajo no se proporcionan nombres. Créeme, lo sé muy bien.

Pompeyo movió afirmativamente la cabeza intentando ignorar la voz interior que se preguntaba si habría sido Clodio quien lo había organizado todo. Era una idea desagradable, pero tenía una deuda con aquel hombre que lo vincularía a él durante muchos años. Para muchos miembros del senado una deuda como aquella merecería la muerte de unos cuantos de sus sirvientes y Clodio tenía reputación de ser implacable en todos los aspectos de su vida. Pompeyo miró a Craso a los ojos y se imaginó que el anciano debía de estar pensando más o menos lo mismo. Craso levantó muy levemente los hombros y los dejó caer de nuevo mientras Pompeyo miraba otra vez al hombre que los había salvado. No había manera de saberlo y seguramente nunca la habría.

Pompeyo se dio cuenta entonces de que seguía sujetando con fuerza el cuchillo y

separó dolorosamente los dedos de la empuñadura. Se sentía viejo junto a Clodio, fuerte como un toro. Aunque deseaba lavarse la sangre que ensuciaba su piel y sumergirse en un baño caliente en algún lugar privado y sobre todo seguro, era consciente de que se esperaba algo más de él. Centenares de hombres se habían enterado del suceso, y antes de que cayera la noche aquel espeluznante incidente sería el principal chismorreo de todo establecimiento y taberna de la ciudad.

—Llego tarde al senado, señores —dijo recuperando fuerza en la voz—. Limpiad la sangre antes de que regrese. Ningún hombre puede retrasar los impuestos del maíz.

Aunque no hubiese sido muy ingenioso, Clodio rió entre dientes.

Pompeyo desfiló con Craso a sus espaldas por la avenida abierta por los hombres de Clodio, y muchos inclinaron la cabeza con respeto a su paso.

La Décima se retiraba presa del pánico, sus ordenadas filas se disolvían en el caos de una derrota total. La caballería de los seones los perseguía a millares, separándose del punto principal de la batalla, donde las legiones de Ariminum luchaban con solidez y mantenían la posición.

El campamento que habían fortificado la noche anterior quedaba a menos de una milla de distancia, que la Décima, en retirada, cubrió a gran velocidad, Julio entre ellos. Los *extraordinarii* protegían la retaguardia de los salvajes ataques de los seones y consiguieron alcanzar las pesadas puertas del fuerte y precipitarse en su interior sin haber perdido a ningún hombre.

Los seones estaban resultando ser adversarios difíciles. Julio había perdido una cantidad importante de hombres de la Tercera Gallica en una emboscada en los bosques y a varios más después. Los miembros de aquella tribu habían aprendido a no enfrentarse directamente con las legiones. Habían optado en cambio por realizar escaramuzas y huir, utilizando la caballería para asediar a las fuerzas romanas sin dejarse atrapar en lugares donde podrían resultar aplastados.

Los *extraordinarii* siguieron a los hombres de la Décima hasta las puertas del fuerte y las cerraron a sus espaldas. Era una situación humillante, pero precisamente para eso se había construido el fuerte. Además de ofrecer protección por las noches, permitía que las legiones se retirasen para recuperarse. Los jinetes seones vociferaban alrededor de los elevados muros protegidos por un foso, procurando en todo momento permanecer fuera del alcance de tiro. En dos ocasiones anteriores Julio se había ya visto obligado a replegar todo su ejército detrás de los muros, y los seones se reían de haberlo vuelto a conseguir.

Su rey cabalgaba con ellos, y en las lanzas instaladas en su silla ondeaban largos estandartes. Julio observó desde el muro cómo el líder de los seones blandía su espada en dirección a los hombres del fuerte, burlándose de ellos. Julio le enseñó los dientes.

—¡Ahora, Bruto! —ordenó.

Los seones no podían ver el interior del campamento, y sus vítores seguían arceciendo. Debido al estruendo que provocaban sus monturas, no pudieron oír a los *extraordinarii* que se congregaron en un extremo del fuerte y azuzaron sus caballos para que cabalgaran al galope a lo largo del extenso campamento en dirección al muro situado junto a la puerta.

Cuando alcanzaron la velocidad suficiente, cincuenta hombres de la Décima derribaron con palos de madera los bloques sueltos que formaban el muro. Se derrumbó tal y como Julio tenía previsto, dejando un espacio abierto lo suficientemente grande como para que pudieran pasar cinco caballos en línea.

Los *extraordinarii* salieron disparados como flechas, directos hacia el rey. Antes de que sus jinetes pudieran reaccionar lo habían rodeado y derribado del caballo. Dieron la vuelta frente al enemigo y entraron de nuevo al galope por el hueco abierto en el muro, con el rey gritando cruzado sobre la montura de Bruto.

Julio abrió las puertas y la Décima salió triunfante. El pánico y el miedo que habían simulado se habían esfumado por completo y se lanzaron rugiendo sobre los acorralados seones. La Décima los castigó con lanzas y espadas y obligó a los galos a alejarse cada vez más del fuerte y de su rey capturado. Detrás de ellos el hueco se llenó con carros previamente preparados con ese objetivo y Julio saltó sobre su montura para correr tras ellos, mirando hacia atrás y asegurándose de que el fuerte volvía a ser zona segura.

La construcción de la pared falsa había requerido toda una noche sin luna, pero no podría haber funcionado mejor. El rey de los seones había sido una pieza crucial en sus ataques, un hombre capaz de responder a cualquier stratagema con velocidad e inteligencia. Eliminarlo de la batalla era un paso vital para derrotar a la tribu.

Julio se dirigió a medio galope hasta la primera línea de la Décima y vio la satisfacción que causaba su presencia. Las legiones de Ariminum conservaban su posición, tal y como les había ordenado, de modo que la Décima podría ahora atacar la retaguardia de los seones para fulminarlos entre los dos ejércitos.

Desde el primer instante en que la Décima alcanzó sus líneas, Julio percibió la diferencia entre la cambiante masa de jinetes y los soldados de a pie. Habían confiado demasiado en su rey, y sin él estaban a punto de caer presas del pánico.

Aunque intentaban separarse en unidades, tal y como su rey les había ordenado los días anteriores, la disciplina había desaparecido. En lugar de iniciar una retirada ordenada de la que poder obtener alguna ventaja táctica, cometieron el error de cargar por dos lados distintos mientras trataban de organizarse. La Décima los obligó a abandonar sus monturas y siguió avanzando. Los caballos sin jinete corrían asustados por el campo de batalla, y los seones fueron rápidamente aplastados. Arrojaron sus armas a centenares y se rindieron a medida que se extendía la noticia de que habían capturado a su rey.

Su ciudad más grande quedaba a tres millas de distancia. En cuanto los guerreros fueron desarmados y apresados como esclavos, Julio dirigió la Décima hacia ella. El precio que obtendrían por ellos llenaría más si cabe sus cofres y además la ciudad que iban a asaltar era rica. Después de pagar su parte al senado, esperaba que le quedara todavía suficiente para aumentar su flota y poder cruzar por fin el macabro canal que separaba la Galia de las islas. Habían capturado nueve naves de los venetos, pero para hacerse a la mar con algo más que una fuerza de exploradores necesitaría otras veinte galeras. Un año más para construirlas y podría conducir a sus mejores hombres hasta tierras que ningún romano había visto antes.

Mientras la Décima marchaba hacia la plaza fuerte de los seones, Julio sonreía pensando emocionado en esas perspectivas, aunque tenía la cabeza abarrotada con los miles de detalles sobre suministros y administración que necesitarían para tomar el territorio. En dos días tenía que reunirse con una delegación formada por tres tribus de la costa, y esperaba que le rindieran tributo y cerraran un nuevo tratado. Con la flota de los venetos hundida o varada en tierra, aquella parte del norte se rendiría ya por completo. Ahora que los seones habían quedado excluidos de la ecuación, podía decirse que la mitad de la Galia era suya. Por entonces ya no quedaban tribus que no hubieran oído hablar de las legiones. La Galia bullía con las noticias sobre sus conquistadores, y rara vez pasaba un día en que sus líderes no se desplazaran hasta los campamentos romanos para estampar su firma en un tratado. Adán estaba muy ocupado, se había visto obligado a emplear a tres escribas más para que se encargaran de las interminables labores de transcripción y traducción.

Julio se preguntaba qué hacer con el rey capturado. Si lo dejaba con vida, Julio lo creía capaz de liderar una rebelión en los años venideros. La habilidad de aquel rey impedía la piedad, de modo que Julio decidió su destino sin arrepentirse de ello.

En cuanto la ciudad de los seones estuvo a la vista, Julio la observó satisfecho imaginándose los templos que habría en su interior. Se sabía que los seones mostraban su amor por los dioses con monedas y joyas, y que sus cámaras de tesoros tenían años de antigüedad. Después de que los herreros de la legión hubieran fundido el metal precioso en barras y acuñado con él nuevas monedas, Julio saquearía todos los objetos de valor que encontrara en cualquier casa y edificio público. Dejaría a sus habitantes con vida y bajo la protección de las legiones, pero su riqueza debía seguir aumentando.

Una ráfaga de viento helado azotó la planicie y Julio se estremeció ante la primera señal de un nuevo invierno. Entrecerró los ojos y miró en dirección este, imaginándose los Alpes y la distancia que tendría que atravesar. Por vez primera no pasaría los meses de frío en la Galia. Viajaría hasta Ariminum para celebrar una reunión que decidiría el futuro.

La carta de Craso crujía contra su piel al ritmo del galope. Julio esperaba poder

seguir confiando en las promesas del anciano. No era el momento de retirarse, con toda la Galia abierta ante él. Las islas al otro lado del mar lo obsesionaban. Todavía había quien decía que no existían, pero Julio había ascendido hasta la cima de los acantilados de la costa y había visto su blanco radiante a lo lejos.

La ciudad de los seones se rindió y se derribaron sus puertas. Julio cabalgó bajo los arcos con su mente puesta ya en Ariminum y en el futuro.

XXXIII

Los centinelas de la legión apostados en las murallas de Ariminum estaban bien protegidos contra el frío. En cuanto caía la noche, cubrían sus armaduras con pesados mantos y se envolvían la cara con bufandas de paño de modo que quedara únicamente una diminuta apertura por donde mirar.

A lo largo del muro de piedra ardían braseros, y los legionarios tenían permiso para acurrucarse junto a ellos. La mayoría eran reclutas nuevos, traídos de las ciudades del sur para sustituir a los que estaban luchando con César en la Galia. Su juventud quedaba en evidencia en los chistes que contaban entre dientes y los recipientes ilegales de licor que los hacía atragantarse al engullirlo, medio ahogarse y tener que darse palmaditas en la espalda.

La ciudad de Ariminum era una ciudad trabajadora. Muy pocas luces iluminaban las ventanas al caer la noche invernal. Antes del amanecer las calles volvían a llenarse de carros y de productos agrícolas para aprovisionar las embarcaciones. Los comerciantes, de camino a una nueva jornada laboral, compraban algún bocado caliente a cambio de una moneda de bronce y los legionarios de las murallas se relevaban en sus puestos.

Contra el telón de fondo de la ciudad en silencio, uno de los centinelas levantó la vista y observó con atención la oscuridad.

—Me parece haber oído caballos ahí fuera —dijo.

Dos hombres abandonaron el calor del brasero para acercarse. Prestaron atención en completo silencio e iban ya a retirarse cuando oyeron algo. Era como si la extraña calma que proporciona el suelo helado transportara mejor los sonidos.

El centinela más joven entrecerró los ojos y movió la cabeza hacia delante y hacia atrás. Fuera de las murallas no había más que penumbra, pero habría jurado que la oscuridad se movía cuando fijaba sus ojos en ella.

Las sombras se fundieron en formas más afiladas y el joven legionario se quedó rígido, señalando con el dedo.

—¡Allí! Jinetes... no puedo decir cuántos.

Los otros carecían de su agudeza visual y no dejaban de mirar hacia donde señalaba.

—¿Son nuestros? —dijo uno de ellos ocultando su miedo. Su cabeza estaba llena de imágenes de bárbaros tribales atacando las murallas de la ciudad y sintió una intensa sensación de frío que le hizo estremecerse.

—No podría decirlo. ¿Creéis que deberíamos ir a buscar al viejo Snapper?

La pregunta hizo que los tres soldados se quedaran en silencio. La posibilidad de que fueran jinetes era una cosa, pero despertar al centurión por una falsa alarma era, pura y simplemente, buscarse problemas.

Teras era el mayor de los tres. No por eso tenía más experiencia que los demás, pues se había alistado después de fracasar en su carrera como mercader. Aun así lo miraron a él, tal y como habían aprendido a hacer en lo relativo a cuestiones de dinero y mujeres. Tampoco es que supiera mucho de esos temas, pero adoptaba un aire de sabiduría mundana que había impresionado a los jóvenes reclutas.

Mientras seguían con sus dudas el sonido de los jinetes se aproximó y el ruido metálico de los arreos se mezcló con el paso regular de hombres a pie. El viento nocturno azotaba unos estandartes que se enrollaban desagradablemente mientras las oscuras figuras seguían su avance hacia la puerta.

—De acuerdo, ve a buscarlo —dijo Teras mordiéndose el labio con preocupación.

—¡Ah de la puerta! —gritó una voz debajo de ellos.

Los centinelas permanecieron rígidos prestando atención, tal y como les habían enseñado.

—Está cerrada. Volved por la mañana —gritó uno de los centinelas mientras sus compañeros sofocaban las risas.

Debía de tratarse de uno que habría estado bebiendo antes de llegar a la guardia, pensó Teras con amargura. Podría haber golpeado a aquel joven loco, pero ya había hablado. Teras cerró los ojos esperando a que se rompiera el cargado silencio que reinaba.

—Encontraré al que ha dicho eso y le daré de patadas en el trasero hasta convertírsele en sangrientos jirones —replicó la misma voz, a medio camino entre la risa y el enfado—. Ahora abrid la puerta.

Teras se volvió hacia los hombres que controlaban la barra que bloqueaba la puerta. Había momentos en los que deseaba haber seguido siendo un mercader, aunque perdiera más dinero del que nunca habría conseguido ganar.

—Abrid —dijo.

Los jóvenes de abajo levantaron la vista con expresión preocupada.

—¿No deberíamos esperar que...?

—Limítate a abrir. Hace frío y son romanos. De ser bárbaros, ¿crees de verdad que estarían esperando a que termináramos de discutir?

Al final su tono de voz se había elevado hasta convertirse en un grito y la rabia parecía haberse apoderado de ellos. Los de abajo levantaron las pesadas barras de hierro y la puerta se abrió sin problemas.

Bruto fue el primero en entrar, desmontar y entregar las riendas de su caballo al soldado más próximo.

—Muy bien. Y ahora, ¿dónde está ese impertinente bastardo de la muralla?

Teras vio que otro jinete cruzaba la puerta, tan embozado como los centinelas que montaban guardia. A pesar de ello, resultaba una figura imponente. Teras observó cómo los hombres que iban detrás de él esperaban pacientemente a que cruzara la

puerta. Un oficial; Teras era capaz de detectarlo a una milla de distancia.

—No tenemos tiempo —dijo claramente el hombre—. Ya llego demasiado tarde.

Con un rápido gesto de asentimiento, Bruto pasó una pierna por encima de su caballo y se instaló de nuevo en su silla. El oficial no lo esperó, sino que espoleó su montura y empezó a avanzar al trote por las oscuras calles. El resto lo siguió sin mediar palabra.

Cuando Snapper escaló la muralla para apostarse a su lado, Teras llevaba ya contada toda una centuria. La puerta se había cerrado de nuevo y los jóvenes centinelas habían vuelto a sus puestos, sin atreverse a mirar a los ojos al centurión.

Snapper era un veterano, y de creer todas las historias que los hombres contaban sobre él, habría participado en todas las batallas importantes desde la época de Cartago. A pesar de que eso le otorgaría una edad de cientos de años, hablaba de aquellos tiempos como si hubiese estado personalmente allí, dando claramente a entender que sólo su presencia había salvado la república de los invasores, de la falta de disciplina y posiblemente de la peste. Fuese cual fuese la verdad, estaba lleno de cicatrices, tenía muy mal humor y estaba profundamente resentido por haber recibido a su cargo a un montón de reclutas novatos para convertirlos en algo que se pareciese a un legionario.

—Tú, tú... y tú —dijo con severidad el viejo soldado señalando a Teras en último lugar—. No sé qué pensáis que estabais haciendo esta noche, pero mañana vais a estar cavando en las letrinas de la calle Famena. Eso que yo sepa.

Sin pronunciar una palabra más, Snapper descendió a trompicones los resbaladizos peldaños maldiciendo todavía entre dientes. Teras siguió oliendo el dulzor del alcohol de su aliento aun después de que se hubiera marchado.

El joven legionario que había gritado a Bruto se alejó arrastrando los pies mientras Teras recuperaba su puesto junto al brasero para calentarse las manos. El joven abrió la voz para decir algo.

—No digas nada —dijo Teras muy serio—. O te mataré yo personalmente.

Julio encontró el lugar de reunión sin mucha dificultad. El mensaje cifrado de Craso le pedía que recordara el lugar donde en su día habían planificado la derrota de Espartaco. Aunque Julio llevaba una década sin pisar Ariminum, la disposición de la ciudad era muy sencilla y la casa era la única con una luz encendida en una calle solitaria cercana al puerto. Había intentado mantener su viaje en el máximo secreto posible, y por eso había abandonado la Galia sin previo aviso para poder adelantarse a los informadores y avanzar a toda velocidad acompañado por una centuria de la Décima. Habían cubierto las primeras sesenta millas en poco más de diez horas, y los hombres no se habían quejado en ningún momento, ni habían pedido más tiempo de descanso que el de las breves paradas para comer y beber. Cuando estuvo seguro de que incluso los espías más veloces irían más rezagados que ellos, Julio permitió

reducir el ritmo para cruzar los Alpes, aunque la verdad era que el frío y el aire gélido les habrían impedido avanzar mucho más rápido. Finalizado el descenso, Julio tenía la garantía de que cualquiera que los hubiera seguido tendría que esperar hasta la primavera.

Julio dejó a Bruto con la centuria bloqueando la calle. Se dirigió a la puerta de madera que recordaba bien de la antigua campaña y llamó sin dejar en ningún momento de presionar el manto contra su cuerpo para protegerse del frío.

—¿Sí? —dijo el hombre mirando a Julio sin comprender nada.

—Galia —respondió Julio, y el hombre se apartó para cederle el paso.

Julio escuchó el crepitar del fuego de una gran chimenea incluso antes de entrar en la estancia. Pompeyo y Craso se levantaron para saludarlo, y al estrecharles las manos, Julio sintió una oleada de afecto hacia los dos. Ellos también parecían sentir lo mismo, sus sonrisas eran sinceras.

—Ha pasado mucho tiempo, amigo mío. ¿Traes contigo a mi hijo? —dijo Craso.

Antes de responder Julio observó por un instante la lucha interna de Craso.

—No, no hasta que hayamos hablado —dijo a regañadientes.

—La mesa está puesta y hay vino caliente junto al fuego. Ven y siéntate para calentarte.

Julio pensó en sus hombres temblando de frío en el exterior con una punzada de culpabilidad. Craso había pedido que el encuentro fuera lo más privado posible, pero aun así tendrían que encontrar comida y cobijo antes de que amaneciera. Se preguntó cuántos hombres podrían amontonarse en la laberíntica casa de Ariminum o si les tocaría acabar durmiendo en establos.

—¿Lleváis mucho tiempo en la ciudad? —preguntó Julio.

Los dos negaron con la cabeza.

—Sólo unos días —respondió Craso—. De haber tenido que esperar mucho más tiempo, me habría visto obligado a regresar a Roma. Me alegro de que hayas venido.

—¿Cómo no iba a hacerlo después de recibir esa misteriosa nota? Santos y señas y marchas nocturnas por el norte. Todo muy excitante. —Julio sonrió al hombre de más edad—. La verdad es que me alegro de poder pasar el invierno aquí y no en la Galia. No tenéis ni idea de lo dura que es en los meses oscuros.

Los dos antiguos cónsules intercambiaron miradas y Julio se dio cuenta de que gran parte de la fricción entre ellos había desaparecido con el paso del tiempo. Esperó pacientemente a que abordaran el motivo del encuentro, pero ahora que ya estaban todos reunidos daba la sensación de que ninguno de los dos sabía cómo empezar. Julio comió un pedazo de cordero frío mientras esperaba.

—¿Recuerdas nuestro acuerdo? —dijo Pompeyo por fin.

Julio asintió.

—Por supuesto. Ambos lo habéis honrado tanto como yo.

Pompeyo gruñó a modo de respuesta.

—Pero ha pasado el tiempo. Debemos revisar los términos —dijo.

—Me lo suponía —replicó Julio—. Ahora tenemos nuevos cónsules y os estáis preguntando si todavía puedo aportaros algún beneficio. Decidme qué necesitáis.

Craso soltó una risa seca.

—Siempre tan directo, Julio. Muy bien. El senado ha cambiado mucho en estos años que has estado ausente.

—Lo sé —dijo Julio, y Craso sonrió.

—Sí, estoy seguro de que dispones de tus propias fuentes de información. Se habla de hacerte regresar de la Galia, ya lo sabes. Tus ataques en el Rin no te hicieron ningún favor con los senadores. Las tribus germánicas nunca formaron parte de las órdenes que recibiste, y Pompeyo se vio terriblemente presionado para protegerte.

Julio se encogió de hombros.

—En ese caso te doy las gracias. Consideré que era necesario conservar la frontera del Rin.

Pompeyo se inclinó hacia delante en su asiento y acercó las manos al fuego.

—Ya sabes lo volubles que son, Julio. Un año te vitorean y al otro reclaman tu cabeza. Siempre ha sido así.

—¿Podréis evitar que me obliguen a regresar? —preguntó Julio completamente inmóvil. Había muchas cosas que dependían de la respuesta.

—Por eso estamos aquí, Julio —respondió Pompeyo—. Deseas que tu tiempo de destino en la Galia se prolongue y yo puedo concedértelo.

—Cuando partí nadie habló de límites —le recordó Julio.

Pompeyo frunció el ceño.

—Pero la situación ha cambiado. Ya no eres cónsul y ninguno de nosotros podrá serlo en los años venideros. En el senado hay muchos miembros nuevos que te conocen únicamente como un general instalado en algún lugar muy lejano. Pretenden que tus informes se acaben, Julio.

Julio lo miró manteniendo la calma, sin responder. Pompeyo bufó.

—Cuando te llevaste las legiones de Ariminum dejaste el norte sin protección. Eso te costó gran parte del apoyo que tenías, y ahora ya no tenemos fuerza. Tus acreedores te persiguen por el senado. Se habla incluso de llevarte a juicio por haber matado a Ariovisto. Todas estas cosas te exigirían abandonar el mando y volver a casa.

—¿Entonces cuál será el precio a pagar por quedarme? Mi hija ya está prometida a ti —dijo Julio en voz baja.

Pompeyo forzó una sonrisa y Julio se percató entonces de lo cansado que estaba. Craso habló en primer lugar.

—Veo que lo comprendes, Julio. Me alegro. En mi caso, el precio a pagar por mi

apoyo es el regreso de mi hijo para liderar mi legión. Pompeyo me proporcionará una provincia y allí continuaré con la educación de mi hijo, ahora que tú ya lo has entrenado. Habla muy bien de ti en sus cartas.

—¿Qué lugar tienes pensado? —preguntó Julio con verdadero interés.

—Siria. Los partos se niegan a permitir que mis naves comercien con ellos. El general de una legión puede llegar donde un simple mercader no se atreve.

—Un príncipe mercader —murmuró Julio. Craso le sonrió.

—Incluso él necesita una buena legión de vez en cuando. Julio se volvió entonces y miró a Pompeyo. —Así que Craso tiene que someter Siria en nombre de Roma. Le entrego a su hijo para que lidere la misión. ¿Qué podría necesitar de mí Pompeyo? He oído decir que Clodio y Milo provocan disturbios en las calles. ¿Quieres mi apoyo? Lo tendrías, Pompeyo. Si necesitas que te vote como dictador, regresaría con mi Décima para afrontar lo que pudiera suceder después. Te doy mi palabra de que lo haría. Todavía tengo amigos allí y podría encargarme de ello por ti.

Pompeyo sonrió tensamente al más joven de los tres reunidos.

—He echado en falta tu energía en la ciudad, Julio. De verdad. No, poner los grilletes a Clodio y a Milo es malgastar fuerzas. Tu información está obsoleta. Mis necesidades son más sencillas.

Miró de nuevo de reojo a Craso y Julio se preguntó por la amistad que había surgido entre ellos. Era extraño cómo la gente podía cambiar con los años. Julio nunca habría creído que pudieran llegar a ser otra cosa que aliados a regañadientes, pero se los veía tan cómodos como hermanos. Se preguntó si Pompeyo se habría enterado de la verdad sobre la implicación de Craso con Catilina. En Roma siempre había secretos.

—Necesito oro, Julio —dijo Pompeyo—. Craso me ha explicado que has encontrado grandes riquezas en la Galia, mucho más de lo que la ciudad pueda nunca llegar a recibir a través de impuestos.

Julio miró a Craso con interés, preguntándose hasta qué punto serían fiables las estimaciones de sus fuentes de información. Pompeyo continuó. Ahora que ya había empezado, sus palabras salían solas.

—Mis ingresos particulares no son suficientes para reconstruir la ciudad, Julio. Hay zonas que han sufrido graves daños por los disturbios, y el senado no dispone de fondos. De tenerlos tú, los utilizaría para acabar los templos y las casas que habíamos empezado.

—¿Y Craso no podría adelantarte dinero? —preguntó Julio.

Pompeyo se sonrojó ligeramente.

—Ya te lo dije, Craso —le espetó a su colega—. No quería parecer un mendigo.

Craso lo interrumpió y posó una mano sobre el brazo de Pompeyo para tranquilizarlo.

—No se trata de un préstamo, Julio. Lo que Pompeyo está pidiendo es un regalo. —Sonrió irónicamente—. Nunca he comprendido cómo el dinero puede llegar a ser un tema tan desagradable en tantos lugares. Todo es bastante simple. El tesoro del senado no es suficiente para proporcionar los millones necesarios para reconstruir ciertas zonas de la ciudad. Un nuevo acueducto, templos, nuevas calles. Todo vale dinero. Pompeyo no quiere generar más deudas, ni siquiera conmigo.

Julio pensó con ironía en las naves que esperaba que le pagase. Sospechaba que Pompeyo desconocía el contenido completo de la carta que Craso le había enviado, pero al menos había ido preparado. A veces la franqueza de Craso era una bendición.

—Lo comprendo —dijo—. Pensando en el regreso, quiero que la Décima y la Tercera se incluyan en la nómina del senado. No puedo seguir subvencionando los sueldos de mi propio bolsillo. Pompeyo asintió.

—Eso es... aceptable —dijo.

Julio cogió de la mesa otro trozo de carne fría y se lo comió mientras seguía reflexionando.

—Mis órdenes deberían quedar confirmadas por escrito, naturalmente. Otros cinco años en la Galia, ligados lo más sólidamente que podáis. No quiero tener que renegociar las condiciones el año que viene. Craso, tu hijo está preparado para asumir el mando. Siento perder a un oficial tan bueno como él, pero ése fue nuestro acuerdo y lo mantendré. Te deseo suerte con tu nueva provincia. Créeme si te digo que abrir nuevos caminos para Roma no es tarea fácil.

Pompeyo no dijo nada, de modo que Craso habló por él con una sonrisa en los labios.

—¿Y el oro, Julio?

—Espera —respondió Julio poniéndose en pie. Regresó acompañado por Publio y por Bruto, peleándose los tres con un enorme cofre de madera de cedro cerrado con correas metálicas. Cuando entraron en la estancia, tanto Pompeyo como Craso se incorporaron y Craso corrió a abrazar a su hijo. Julio abrió la caja y su interior reveló una cantidad de monedas doradas lo bastante grande como para impresionar incluso a Craso, que se separó de su hijo y acarició el oro.

—He traído conmigo tres más como éste, señores. Más de tres millones de sestercios en peso. ¿Es suficiente?

Pompeyo parecía incapaz de apartar la mirada del metal precioso.

—Lo es —dijo en un susurro.

—En ese caso ¿hemos llegado a un acuerdo? —dijo Julio mirando ora al uno, ora al otro.

Ambos senadores movieron afirmativamente la cabeza.

—Excelente. Necesitaré habitaciones para mis hombres esta noche, aquí o en alguna taberna, si es que podéis recomendarme algunas. Se han ganado el derecho a

una comida caliente y un buen baño. Regresaré al amanecer para cerrar los detalles con vosotros.

—Hay algo más que podría interesarte, César —dijo Craso con los ojos brillantes. Miró a Bruto al pronunciar aquellas palabras y luego se encogió de hombros—. Nos ha acompañado desde Roma una amiga. Te mostraré el camino.

Julio levantó una ceja, y cuando cruzó su mirada con la de Pompeyo, vio que también él parecía participar de aquella especie de diversión.

—Vayamos entonces —dijo Julio siguiendo a Craso hacia los fríos pasillos de la casa.

Pompeyo se sentía incómodo con los hombres que Julio había hecho entrar en la sala. Publio lo notó y carraspeó para aclararse la garganta antes de hablar.

—Deberíamos ir trayendo el resto del oro, cónsul, con tu permiso.

—Gracias —respondió Pompeyo. Tiró de un manto que estaba colgado en una percha junto a la puerta y salió con ellos a la oscuridad de la noche.

Craso cogió una lámpara que había en un soporte colgado a la pared y condujo a Julio hacia la parte posterior de la casa a través de un amplio vestíbulo.

—¿Quién es el propietario de la casa? —preguntó Julio observando la riqueza del mobiliario.

—Yo —dijo Craso—. El antiguo propietario tuvo problemas y pude comprársela a un precio excelente.

Julio se imaginó que el antiguo propietario debió de ser uno de los que sufrió las consecuencias del monopolio comercial que había formado parte de su primer acuerdo con Craso. Le habría interesado que el anciano no hubiera intentado extender su licencia, pero la provincia que Pompeyo le había ofrecido sería suficiente para mantenerlo ocupado. Julio había esperado que Craso permitiera a su hijo tomar sus propias decisiones. A pesar de que el anciano senador era persona de su agrado, no tenía las características de un general, mientras que su hijo podría perfectamente haber sido muy bueno.

—Por aquí, Julio —dijo Craso entregándole la lámpara.

Julio notó en las arrugadas facciones de Craso un placer infantil que lo dejó desconcertado. Abrió la puerta dejando la oscuridad a sus espaldas.

Servilia nunca había estado tan bella. Julio se quedó helado al verla y luego buscó a tientas un lugar donde colgar la lámpara, un proceso sencillo que de repente le parecía de lo más complicado.

El fuego de una chimenea lo bastante grande como para poder ponerse de pie en su interior caldeaba la habitación. El invierno no existía allí y Julio la observó a conciencia mientras ella lo miraba sin decir nada. Estaba tendida en un diván y llevaba un vestido de color rojo oscuro que parecía sangre en contraste con su piel. No sabía qué decir y se limitó a mirarla en silencio durante un buen rato.

—Ven aquí —dijo ella tendiéndole las manos. Los brazaletes de plata repicaron en sus muñecas con el movimiento. Él cruzó la estancia, y al contacto de sus manos, se fundió con ella en un abrazo y se besaron. Las palabras sobraban.

Pompeyo se arrepentía de haber abandonado el calor de la casa por el invierno de la calle, pero la curiosidad podía con él. Mientras descargaban y transportaban a la casa los cofres de oro, pasó revista a la fila de silenciosos soldados, adoptando con toda naturalidad su papel de oficial romano. Los soldados se habían puesto en posición de firmes y lo habían saludado tan sólo verlo aparecer, y la revista que estaba pasando resultaba natural, casi esperada.

Pompeyo se sentía en cierto sentido responsable de la Décima. Había sido idea suya fusionar la Primigenia con una legión que había sufrido la vergüenza en el campo de batalla, y siempre sentía el interés del propietario cuando leía los informes de Julio en el senado. Los miembros de la Décima se habían convertido en los hombres de confianza de Julio y no le sorprendía que Julio los hubiese elegido para acompañarlo a la reunión.

Pompeyo habló con un par de ellos, que respondieron nerviosos a sus preguntas, con la mirada fija al frente. Uno o dos de ellos estaban temblando, pero apretaron la mandíbula a su paso, no dispuestos a mostrar el mínimo atisbo de debilidad.

Pompeyo se detuvo delante del centurión y lo felicitó por la disciplina de sus hombres.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, aunque lo sabía.

—Régulo, señor —respondió el hombre.

—He tenido el placer de informar al senado sobre los buenos resultados que la Décima ha obtenido en la Galia. ¿Ha sido difícil?

—No, señor —respondió Régulo.

—Me han dicho que para un legionario lo peor de la guerra es el tiempo de espera —dijo Pompeyo.

—No es tarea dura, señor —dijo Régulo.

—Me alegra oírlo, Régulo. Por lo que me han dicho, no habéis tenido oportunidad de que se os oxiden las espadas. Sin duda tendréis más batallas por delante.

—Estamos siempre a punto, señor —dijo Régulo, y Pompeyo siguió adelante, dirigiéndose a otro soldado, unos puestos más allá de la fila.

Craso regresó a la sala de la reunión. Su hijo estaba esperándolo y el anciano senador se acercó a él radiante.

—Estoy muy orgulloso de ti, muchacho. Julio mencionó tu nombre en dos ocasiones en los informes al senado —dijo Craso—. Lo has hecho muy bien en la Galia, tan bien como yo quería. ¿Estás preparado ahora para liderar una legión para tu

padre?

—Lo estoy, señor —respondió Publio.

XXXIV

Julio se despertó mucho antes de que amaneciera y permaneció acostado en el calor que desprendía Servilia, que seguía a su lado. Sólo la había abandonado una vez a lo largo de la noche para pedirle a Craso que hiciese entrar a sus hombres para que no pasaran frío. Mientras Craso abría habitaciones y reunía comida y mantas para la centuria, Julio había vuelto a cerrar la puerta y se había olvidado de ellos.

Ahora, en la oscuridad, Julio podía oír los ronquidos de los soldados distribuidos por todos los rincones disponibles de la casa. Sin duda alguna las cocinas estarían preparándoles el desayuno y Julio sabía que tendría que acabar levantándose para planificar el día. Pero aquella cálida penumbra lo envolvía en un delicioso letargo y se desperezó, percibiendo la frialdad de la piel de ella al rozarle el brazo. Servilia se agitó y murmuró algo que no pudo comprender, pero bastó para que se decidiera a incorporarse y a apoyarse sobre el codo para contemplarla.

Había mujeres que lucían su máximo esplendor a pleno día, pero Servilia estaba más bella al atardecer o bajo la luz de la luna. Su rostro había perdido la brusca dureza que le había visto en la anterior ocasión. Recordaba perfectamente el ácido desprecio que le mostró cuando él irrumpió en su casa la última vez. Que entonces hubiera conseguido generar aquel aparente odio y que la tuviera ahora en su cama, gimiendo como una gata en sueños, era para él un misterio. Podría haberla rechazado después de aquel primer abrazo junto a la chimenea, pero había notado en sus ojos un dolor extraño, y él jamás había sido capaz de resistirse a las lágrimas de una mujer bonita. Aquello lo revolvía por dentro mucho más que una sonrisa o cualquier coquetería.

Bostezó en silencio y la tensión le hizo crujir la mandíbula. De ser la vida tan sencilla como a él le gustaría que fuese, se vestiría y se iría limitándose a lanzar una última mirada a su cuerpo dormido. Partiría con un recuerdo perfecto de la mujer a la que había amado durante tanto tiempo. Habría sido suficiente para borrar parte del dolor que ella le había causado. La vio sonreír en sueños y su propia cara se iluminó a modo de respuesta. Se preguntó si sería él el protagonista de sus sueños y pensó en algunas de las secuencias extraordinariamente eróticas que habían plagado sus sueños durante los primeros meses en la Galia. Se acercó a su oído y le murmuró su nombre, una y otra vez, sonriendo para sus adentros. Quizá así consiguiera que soñara con él.

Se quedó inmóvil en cuanto ella levantó una mano para rascarse la oreja sin despertarse. El movimiento del suave tejido dejó al descubierto su pecho izquierdo, una imagen que a Julio le resultó entrañable y excitante al mismo tiempo. A pesar de que el paso de los años había dejado su huella, su pecho, expuesto de aquella manera, era pálido y perfecto. Julio observó con fascinación el pezón, firme y oscuro, y pensó en despertarla acercándole el calor de su boca.

Suspiró y volvió a recostarse. Cuando despertara, el mundo volvería a entrometerse entre ellos. Y aunque Craso guardase el secreto, Bruto se enteraría de que su madre estaba allí, en el norte. Julio frunció el entrecejo pensando en la reacción de su amigo ante la noticia de que Servilia había vuelto a compartir su cama. Julio había notado el alivio que Bruto había sentido al saber que aquella relación se había terminado, puntuada por un par de bofetones en Roma. Verla reavivarse podría pesarle mucho. Unió las manos detrás de la cabeza mientras seguía pensando.

No regresarían a la Galia hasta primavera, eso sin duda. En cuanto se bloquearan los puertos de montaña, nadie podría atravesarlos. Julio se había planteado desplazarse hasta Roma, pero había dejado correr la idea. A menos que tuviera garantías de poder hacer el viaje sin ser reconocido, se convertiría en una tentación demasiado grande para sus enemigos y sólo disponía de la protección de un centenar de hombres. Roma era tan inalcanzable como los puertos de montaña de los Alpes, y a Julio lo inundó una sensación de claustrofobia ante la idea de tener que pasar aquellos meses en las aburridas calles de Ariminum.

Al menos sus cartas llegarían, pensó. Y podría desplazarse a los astilleros para controlar la flota que había solicitado. Sin embargo, esperar que le entregaran las naves sin más dinero que el suyo, por mucho que les prometiera, le parecía esperar en vano. Pero sin ellas los planes de cruzar el mar se retrasarían quizá incluso todo un año más.

Suspiró para sus adentros. En la Galia siempre había batallas que librar. Aunque una tribu llevara dos veranos pagando sus tributos, era capaz de clavar las banderas en el suelo y declarar la guerra al tercero. Mientras no los exterminara, Julio debía afrontar el hecho de que tales rebeliones podían continuar mientras estuviera allí. Era un pueblo difícil de derrotar.

Su mirada había recobrado su frialdad pensando en las tribus. Eran iguales que los hombres y las mujeres a los que había conocido de pequeño en Roma. Cantaban y reían con más facilidad, a pesar de lo breve y lo duro de sus vidas. Julio seguía recordando su asombro la primera vez que se había sentado con Mhorbaine para escuchar a un cuentista relatando una antigua historia. Tal vez la traducción de Adán se perdiera algún detalle, pero Julio había visto los ojos de los veteranos guerreros inundados de lágrimas y a Mhorbaine llorar como un niño al final del relato, sin cohibirse lo más mínimo.

—¿En qué estás pensando? —dijo Servilia—. Tienes un aspecto tan cruel ahí sentado.

Julio se cruzó con su oscura mirada y se obligó a sonreír.

—Estaba pensando en las canciones de los galos.

Servilia puso mala cara y se acomodó en la almohada a su lado. El fuego se había apagado hacía un buen rato y, sacudida por un escalofrío, tiró de las mantas para

taparse hasta los hombros, formando así una especie de nido con la ropa de cama desde donde poderlo observar.

—¿Viajo trescientas millas y me lanzo a una noche de lujuria contigo y tú sigues pensando en unos mugrientos tribales? Me sorprendes.

El rió entre dientes y la rodeó con el brazo, acercándola hacia su pecho.

—No me importa por qué has venido. Pero me alegro de que lo hayas hecho —dijo.

Esto pareció complacerla e inclinó la cabeza para que la besara. Julio se giró un poco para responder a sus deseos, y el aroma de su perfume le recordó la pasión y la inocencia del pasado. Casi resultaba doloroso.

—Te he echado de menos —dijo—. Mucho. Quería volver a verte.

Julio la miró luchando contra sus emociones. Una parte de él deseaba seguir enfadado con ella. Le había causado tanto dolor que la había odiado durante mucho tiempo, o eso se había dicho para sus adentros. Pero no había tenido la menor duda después de aquel primer momento de la noche anterior. Todas sus discusiones internas y sus heridas se habían desvanecido y volvía a sentirse tan vulnerable como cualquier joven loco.

—Entonces ¿entiendo que soy para ti la diversión de una noche? —preguntó—. Cuando salí de tu casa en Roma no parecías tener la menor duda.

—Tenía dudas incluso entonces. De no haberte despedido habrías acabado cansándote de tener en tu cama a una mujer mayor No me interrumpas, Julio. Si no lo digo, es posible que no sea capaz de...

El esperó mientras ella perdía su mirada en la oscuridad. Una de sus manos se tensó lentamente bajo la mullida ropa de cama que los cubría a ambos.

—Cuando deseas un hijo, no podrá ser mío, Julio, ya no.

Julio dudó antes de responder.

—¿Estás segura?

Ella suspiró y levantó la vista.

—Sí, claro que estoy segura. Estaba ya segura cuando te fuiste de Roma. Quizá estés ya pensando en hijos que puedan continuar tu linaje. Buscarás a cualquier jovencita de caderas anchas para que te los dé y yo me veré dejada de lado.

—Tengo a mi hija —le recordó.

—¡Un hijo, Julio! ¿No quieres tener hijos que sigan tu camino? ¿Cuántas veces te he oído hablar de tu padre? Nunca estarías satisfecho con una hija que no puede poner los pies en el edificio del senado. Una hija que no puede liderar tus legiones.

—¿Fue por eso por lo que me dejaste? —preguntó comprendiéndolo todo—. Puedo buscar esposa en cualquier familia romana para que lleve mi sangre. Nada entre nosotros cambiaría.

Servilia movió la cabeza abatida.

—Cambiaría, Julio. Debe cambiar. Me mirarías con recelo cada hora que pasásemos juntos. No lo soportaría.

—¿Por qué estás aquí entonces? —preguntó él repentinamente enfadado—. ¿Qué ha cambiado para que hayas venido a verme y a explicarme todo esto?

—No ha cambiado nada. Hay días en los que no pienso para nada en ti y otros en los que ocupas constantemente mis pensamientos. Cuando Craso me dijo que se iba a celebrar este encuentro, decidí acudir también. Quizá no debería haberlo hecho. A tu lado el futuro que me espera es miserable.

—No te comprendo en absoluto —dijo Julio en voz baja, acariciándole la cara—. Los hijos no me importan, Servilia. Si en algún momento llegan a importarme, me casaré con la hija de algún senador. Si tú eres mía, no amaré a ninguna más.

Ella cerró los ojos y, con la primera luz del amanecer, Julio pudo ver las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—No debería haber venido —susurró—. Debería haberte dejado solo.

—Estaba solo —dijo él abrazándola—, pero ahora tú estás aquí conmigo.

El sol invernal había salido ya cuando Julio se encontró con Bruto en el pequeño patio de la casa, enfrascado en una conversación con Craso sobre el alojamiento de la centuria de la Décima. La noche anterior habían hecho pasar al patio los diez caballos que habían traído con ellos desde la Galia y los habían cubierto con mantas para protegerlos del frío. Bruto había relleno sus sacos con grano y roto la fina capa de hielo que se había formado en los cubos de agua. Bruto levantó la vista al oír el sonido de pasos acercándose.

—Me gustaría hablar contigo en privado —dijo Julio.

Craso lo comprendió inmediatamente y los dejó solos. Bruto se puso entonces a cepillar el pelaje lanudo de los caballos.

—¿Y bien? —dijo.

—Tu madre está aquí —dijo Julio.

Bruto dejó lo que estaba haciendo y lo miró. Su rostro se tensó de inmediato al comprender la situación.

—¿Para verme a mí o para verte a ti?

—A los dos, Bruto.

—De modo que le levantas la mano a mi madre, y aun así ella vuelve a arrastrarse hasta tu cama, ¿no es eso?

Julio se tensó de rabia.

—Aunque sea sólo por una vez, piensa antes de hablarme. Esta vez no pienso tolerar tu enfado, Bruto, te lo juro. Una palabra más en ese tono y te haré colgar aquí mismo en este patio. Y tiraré personalmente de la cuerda.

Bruto se volvió hacia él y Julio se dio cuenta de que iba desarmado. Se alegraba de que fuera así. Habló entonces con enorme lentitud, como si le costara pronunciar

las palabras.

—Sabes perfectamente, Julio, que te he dado mucho. ¿Sabes cuántas batallas he ganado para ti? He sido tu espada durante todos los años de mi vida y nunca te he ofrecido otra cosa que lealtad. ¿Y ahora, en el primer momento que sientes que te come la rabia, me amenazas con la sogá? —Se acercó a Julio—. Lo has olvidado. He estado aquí desde el principio. ¿Y qué he obtenido? ¿Elogias mi nombre como haces con Marco Antonio? ¿Me concedes el flanco adecuado cuando arriesgo mi vida por ti? No, vienes y me tratas como a tu perro.

Julio no podía hacer otra cosa que observar sin parpadear toda la rabia que tenía ante sus ojos. La boca de Bruto se torció en una mueca de burla.

—Muy bien, Julio. Ni tú ni ella me importáis. Ella ya me lo había dejado perfectamente claro. Pero no pienso quedarme aquí contemplando cómo pasas el invierno... reiniciando tu relación. ¿Te parecen estas palabras lo bastante suaves?

Julio permaneció un momento sin poder responderle. Quería encontrar palabras que pudieran calmar el dolor que sentía su amigo, pero habrían sido inútiles después de sus amenazas. Finalmente tensó la mandíbula y se escondió detrás de una máscara de frialdad.

—No te retendré si lo que deseas es marcharte —dijo.

Bruto negó con la cabeza.

—No, a la parejita le resultaría desagradable tenerme como testigo. Viajaré a Roma y permaneceré allí hasta la primavera. Nada me retiene aquí.

—Si es eso lo que quieres —dijo Julio.

Bruto no respondió, se limitó a asentir y a seguir cepillando. Julio adoptó un doloroso silencio, consciente de que debería seguir hablando. Bruto le murmuró algo en voz baja a su caballo y le colocó correctamente el freno en la boca. Montó y miró desde esa altura al hombre al que reverenciaba por encima de todos los demás.

—¿Cómo piensas que acabará esta vez? ¿La pegarás? —dijo.

—Eso no te importa —respondió Julio.

—No me gusta ver que la tratas como a una más de tus conquistas, Julio. Me pregunto cuándo quedarás satisfecho. Ni siquiera la Galia es suficiente para ti, aún quieres construir veinte naves más. Las campañas deben tener un final, Julio, ¿o es que nadie te había explicado eso nunca? Las legiones tienen que regresar a casa cuando la guerra termina, no seguir buscando más y más.

—Vete a Roma —dijo Julio—. Descansa durante el invierno. Pero debes recordar que te necesitaré en primavera.

Bruto se envolvió en un manto de piel que se anudó en los hombros. Tenía en la bolsa oro suficiente para conseguir comida durante el viaje hacia el sur y deseaba partir. Aun así, cuando cogió las riendas y miró el rostro apesadumbrado de su amigo, supo que no podía limitarse a espolear la montura y dejarlo allí sin decirle nada más.

—Estaré aquí —dijo.

Craso y Pompeyo regresaron a Roma a la mañana siguiente, dejando a Julio el gobierno de la casa. En cuestión de una semana quedó establecida la rutina de escribir cartas e informes con Adán por la mañana y pasar el resto del día con Servilia. Viajó con ella a los astilleros del oeste y durante aquellas semanas parecían una pareja de recién casados. Julio bendecía el hecho de que ella hubiera decidido acompañarlo. Después del agotamiento de las campañas de la Galia, visitar los teatros de una ciudad romana y escuchar su propio idioma en boca de todo el mundo en los mercados suponía una auténtica alegría. Anhelaba ver Roma de nuevo, pero incluso en Ariminum tenía que andarse con cautela. Si los prestamistas de su ciudad descubrían que estaba de nuevo en el país, le exigirían que liquidase las deudas y le quedaría muy poco para ayudar a salir a sus hombres de apuros durante el invierno.

Julio era consciente de que su única ventaja estaba en el hecho de que hombres como Herminio anhelaban más su dinero que su sangre. Si se hacían con él y lo devolvían a la ciudad, acabarían sin nada. Incluso así, cuando sus hombres se movían en público, lo hacía cubriendo con mantos sus características armaduras y Julio evitaba las casas de cualquiera que pudiera reconocerlo.

Se deleitaba con Servilia y hacer el amor con ella era como agua en un desierto. Era incapaz de saciar su sed y percibía constantemente su aroma en la piel y en los pulmones. A medida que el invierno fue apaciguándose y los días empezaron a alargarse, la idea de alejarse físicamente de ella empezó a provocarle un dolor casi físico. A veces Julio se planteaba llevársela con él, o hacer los preparativos necesarios para que ella pudiera visitarlo en los nuevos territorios que iba conquistando para Roma. Miles de colonos estaban instalándose en granjas en terreno otrora virgen y ello le garantizaría un mínimo de comodidades.

No era más que un sueño y ambos lo sabían, pero incluso así fantaseaban con la idea de instalar una casita en las provincias romanas para ella. Servilia no podía abandonar la ciudad, igual que el senado no podía abandonar Roma. Formaba parte de ella: lejos de ella se sentía perdido.

Julio se enteró por ella de lo lejos que habían llegado Clodio y Milo en su dominio de las zonas más pobres. Esperaba que Pompeyo no perdiera la confianza y le escribió de nuevo garantizándole su apoyo en el caso de que necesitara forzar la votación para proclamar una dictadura. Aunque Julio era consciente de que nunca podría confiar plenamente en aquel hombre, había algunos más con la fuerza y la habilidad suficientes como para controlar la tempestuosa ciudad, de modo que su oferta era sincera. Era preferible tener a Pompeyo como dictador que sufrir la anarquía.

Cuando las heladas de invierno empezaron a deshacerse, Julio se había cansado ya de la pobre imitación de Roma que era Ariminum. Ansiaba que las nieves de las

montañas se desheleran aun a pesar de que el final del invierno llegó acompañado de una secreta sensación de culpabilidad y miedo. Cada día que transcurría lo acercaba un poco más al momento en que contemplaría el regreso de su más viejo amigo o tendría que enfrentarse a la realidad de cruzar las montañas sin él.

XXXV

Bruto se había despojado del manto para cubrir la última etapa de su viaje a Roma. Aunque seguía haciendo frío, no tenía nada que ver con la mordacidad de la Galia, y el agotamiento de cabalgar sin parar mantenía la temperatura de su cuerpo. Había abandonado su primera montura en el primer puesto de la legión que había encontrado en la vía Flaminia. Había dejado dinero para que cuidaran del caballo castrado durante su ausencia con la intención de recuperarlo en el viaje de regreso. Este sistema le había permitido disponer de una montura nueva cada treinta millas y realizar el trayecto en sólo siete días.

Tras la primera alegría al cruzar las puertas de la ciudad, todo se había agriado. Roma parecía la misma en muchos aspectos, pero su instinto de soldado le había despertado de inmediato una punzante sensación de alarma. Las cartas de Alexandria tendrían que haber servido para prepararlo para los cambios, pero no habían conseguido transmitirle completamente la sensación de puro pánico que flotaba en el ambiente. La mitad de los hombres que pasaban por su lado iban armados de una u otra manera, detalle que el ojo entrenado detectaba con una simple mirada. El hecho de llevar oculta una arma blanca los obligaba a caminar de una manera especial y Bruto empezó a percibir una tensión que nunca antes había experimentado en las calles de su ciudad natal. Nadie se paraba a charlar en las esquinas de las calles. Era prácticamente una ciudad sitiada. Imitó inconscientemente a los demás mientras se aproximaba lo más rápidamente posible a la tienda de Alexandria.

Pasó un momento de miedo al encontrarla con la puerta cerrada y sellada con tablones de madera. Las personas que pasaban por la calle lo vieron llamar, pero nadie se atrevió a mirarlo a los ojos. En las calles ni siquiera quedaban mendigos y Bruto permaneció inmóvil sin hacer nada, intentando comprender qué implicaba todo aquello. La ciudad estaba aterrorizada. Una sensación que ya había visto anteriormente entre aquellos que sabían que se acercaba una guerra.

Incluso llamar a las puertas de los establecimientos vecinos fue complicado. Ante su presencia, los propietarios parecían muy nerviosos. Cuando intentó preguntarles dónde estaba Tabbic, tres de ellos se limitaron a mirarlo como si no comprendiesen nada. El cuarto fue un carnicero que no soltó de las manos un enorme cuchillo durante todo el tiempo que Bruto pasó en su establecimiento. La hoja de acero del cuchillo parecía proporcionarle la confianza de la que carecían los demás e indicó a Bruto una zona que quedaba a varias calles de distancia. Cuando Bruto se marchó, el carnicero siguió con el arma en las manos.

La sensación volvió a intensificarse en cuanto pisó la calle. Cuando estuvo en Grecia, los veteranos hablaban de un picor que les anunciaba la proximidad de problemas. Bruto empezó a sentirlo mientras avanzaba por las calles escasamente

transitadas. Al llegar a la dirección que el carnicero le había proporcionado, tenía ya la certeza de que debía llevarse a Alexandria fuera de la ciudad antes de que todo estallara. Fuera lo que fuese lo que se aproximaba, no la quería en medio.

El nuevo establecimiento era mucho más grande y ocupaba dos pisos enteros de una casa muy bien conservada. Cuando Bruto levantó la mano para llamar a la puerta, se dio cuenta de que estaba abierta. Entrecerró los ojos y preparó en silencio el *gladius*. Prefería quedar como un tonto antes que no estar listo para afrontar una posible situación de peligro. Se precipitó hacia las sombras.

El interior era cinco veces mayor que la antigua tienda de Tabbic. Bruto entró y su mirada se clavó en las figuras que había en un rincón. Se trataba de Alexandria y Tabbic, acompañados de dos hombres. Enfrente de ellos había cuatro más, de aspecto similar al de los que había visto por las calles. Nadie se había percatado de su presencia y Bruto se obligó a acercarse lentamente al grupo. Se deslizó junto a una gigantesca forja nueva que había junto a una pared y que lo inundó de calor a su paso. Su crepitar camufló el leve sonido de las sandalias al pisar el suelo enlosado. Estaba ya muy cerca cuando uno de los hombres se adelantó y empujó a Alexandria al suelo.

Bruto echó a correr gritando y los cuatro hombres se volvieron hacia él. Dos iban armados con cuchillos y los otros dos llevaban espadas como la suya, pero eso no le detuvo. Alexandria le gritó con todas sus fuerzas y la desesperación de su voz le impidió asestar el primer golpe.

—¡No, Bruto! ¡No lo hagas! —gritó.

Los hombres que la amenazaban eran profesionales, se dio cuenta enseguida. Se hicieron a un lado para no quedar expuestos a posibles armas que les llegaran por detrás y se quedaron mirándolo. Bruto bajó la espada y se adelantó hasta quedar al alcance de los hombres, como si no tuviese nada que temer de ellos.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó mirando fijamente al hombre que había empujado a Alexandria.

—Nada que te importe, chico —dijo uno de ellos sacudiendo su espada en dirección a Bruto para hacerlo titubear. Bruto lo observó sin inmutarse.

—¿De verdad que no tienes idea de con quién estás hablando? —dijo con una desagradable sonrisa.

La punta de su espada recortó pequeños círculos en el aire hasta que perezosamente la hizo descender para dejarla en su costado. El pequeño movimiento pareció despistar la mirada de los demás hombres, pero el que se había dirigido a él seguía mirándolo a los ojos, sin atreverse a apartar la vista. La tranquilidad con la que Bruto se había plantado ante sus espadas y la confianza que desprendía resultaban intimidadoras.

—¿Quiénes son, Ria? —dijo Bruto sin mirarla.

—Recaudadores de Clodio —le respondió levantándose del suelo—. Nos están

pidiendo más dinero del que tenemos. Más de lo que ganamos. Pero no debes matarlos. Bruto frunció el entrecejo.

—¿Por qué no? Nadie los echaría en falta. Uno de los raptos le respondió.

—Porque a esta preciosidad no le gustaría lo que nuestros amigos le harían, chico. De modo que guarda la espada...

Bruto le cortó el cuello a aquel hombre y siguió inexpresivo su caída. Luego levantó la vista hacia los demás. A pesar de que Bruto estaba a escasos centímetros de sus armas, ninguno de ellos se atrevió a moverse.

—¿Alguien más desea proferir amenazas? —dijo.

Lo miraban todos con los ojos abiertos de par en par; escuchando los sonidos de ahogo procedentes del suelo. Ninguno bajó la vista.

—Oh, dioses, no —oyó que musitaba Alexandria.

Bruto la ignoró a la espera de que uno de los hombres rompiera la inmovilidad que los paralizaba. Había visto a Renio intimidando a grupos de hombres, pero siempre había locos. Observó cómo los hombres iban retirándose hasta quedar fuera del alcance de su *gladius*. Bruto dio un brusco paso al frente hacia ellos.

—Y ahora nada de mofas, muchachos. Nada de irse dando gritos. Largaos y nada más. Ya os encontraré si es necesario.

Los hombres intercambiaron miradas, pero ninguno de ellos rompió el silencio al pasar junto a la forja en dirección a la puerta de la calle. El último que la cruzó cerró la puerta a sus espaldas sin hacer ruido.

Alexandria estaba pálida de rabia y de miedo.

—No sabes lo que has hecho. Regresarán con más hombres y prenderán fuego a la tienda. Por los dioses, Bruto, ¿es que no has oído lo que te he dicho?

—Lo he oído, pero ahora estoy aquí —respondió limpiando la espada en el cuerpo que empezaba a enfriarse en el suelo.

—¿Por cuánto tiempo? Nosotros tenemos que vivir con ellos cuando tú regreses con tus legiones, ¿lo habías pensado?

Bruto se dio cuenta de que la rabia empezaba a apoderarse de él. Ya tenía bastante con las críticas de Julio.

—¿Debería entonces haberme limitado a mirar? ¿Sí? No soy quien crees que soy si esperas que me quede ahí mirando cómo te amenazan.

—Tiene razón, Alexandria —interrumpió Tabbic moviendo afirmativamente la cabeza y mirando a Bruto—. Ahora ya no hay vuelta atrás, pero Clodio no lo olvidará, ni a nosotros ni a ti. Tendremos que dormir en el taller durante unas cuantas noches. ¿Te quedarás con nosotros?

Bruto miró fijamente a Alexandria. No era exactamente la bienvenida a casa que había venido imaginándose durante su viaje hacia el sur; pero se encogió de hombros.

—Naturalmente. Así como mínimo me ahorraré un alquiler. Y bien, ¿voy a recibir

un beso de bienvenida o no? No de ti, Tabbic, evidentemente.

—Primero saca de aquí ese cadáver —dijo Alexandria.

Alexandria había empezado a temblar, de modo que Tabbic puso una tetera en la forja para prepararle una bebida caliente. Bruto suspiró, agarró el cadáver por los tobillos y lo arrastró por el enlosado.

Cuando Bruto estuvo fuera del alcance de su oído, Tedo se acercó a Alexandria.

—Nunca había visto nada tan rápido —dijo.

Ella lo miró aceptando la taza de vino caliente que Tabbic llevaba en las manos.

—Ganó el torneo de César, ¿te acuerdas?

Tedo lanzó un silbido.

—¿La armadura de plata? Ya lo creo. Gané una apuesta con él. ¿Querrás que me quede esta noche? Es posible que sea muy larga en cuanto Clodio se entere de lo sucedido.

—¿Puedes quedarte? —preguntó Alexandria.

El viejo soldado apartó la vista incómodo.

Por supuesto que sí —dijo bruscamente—. Iré también a buscar a mi hijo, con tu permiso. —Tosió para aclararse la garganta y disimular su incomodidad—. Si esta noche envían hombres a por nosotros, nos iría bien tener apostado a alguien en el tejado como vigilante. No le resultará ningún problema encaramarse ahí.

Tabbic los miró y asintió mientras comentaba su decisión.

—Me llevaré a mi mujer y a los niños a casa de su hermana para que permanezcan unos días allí. Luego me dejaré caer por nuestra antigua calle para ver si encuentro a un par de muchachos valientes para esta noche. Podrían intentar devolver el golpe, nunca se sabe. Cierra la puerta con llave en cuanto me haya ido.

En cuanto oscureció llegaron muchos hombres de Clodio con antorchas para quemar por completo el establecimiento. El hijo de Tedo bajó ruidosamente las escaleras traseras dando la voz de alarma y Bruto maldijo en voz alta. Había ido a retirar su armadura de plata del puesto situado justo antes de llegar a las murallas de la ciudad y se estaba abrochando las hebillas y los cordones del peto. Echó un vistazo al variopinto grupo congregado junto a la forja de Tabbic. El joyero había conseguido convencer a cuatro jóvenes del barrio donde se encontraba su antigua tienda. Llevaban buenas espadas, aunque Bruto dudaba que pudieran hacer mucho más que dar bandazos a diestro y siniestro. Durante la última hora antes de que cayera la noche les había enseñado lo importante que era dar estocadas repetidas y había practicado con ellos hasta que sus rígidos músculos habían empezado a soltarse. Sus ojos brillaron a la luz de las lámparas cuando vieron ante ellos al guerrero vestido de plata.

—Si vienen con intenciones de prender fuego, tendremos que salir a recibirlos. Aquí todo es madera, así que mejor que tengamos cubos de agua preparados por si

consiguen entrar. Si varios de ellos lo consiguen, podría ser... complicado. ¿Quién me acompaña?

Los cuatro muchachos que Tabbic había conseguido levantaron sus espadas a modo de respuesta y Tabbic asintió. Tedo levantó la mano también, pero Bruto negó con la cabeza.

—Tú no. Uno más o menos no marcará ninguna diferencia ahí fuera, pero si logran superarnos, alguien tendrá que estar aquí con Alexandria. No quiero que se quede sola.

Bruto la miró entonces y su cara se tensó en un gesto de desaprobación. Se había negado a marcharse con la esposa y los hijos de Tabbic y ahora temía por ella.

—Si entran, Tedo los entretendrá mientras tú llegas a las escaleras traseras, ¿de acuerdo? Su hijo te guiará por los callejones y podrás escapar. Eso si aún piensas en quedarte aquí. No es lugar para ti si entran en bandada. He sido testigo de lo que puede suceder.

Su aviso la asustó, pero levantó la barbilla, desafiante.

—Esta tienda es mía. No pienso huir.

Bruto la miró atrapado entre la admiración y el enfado. Le entregó un pequeño cuchillo y observó cómo ella lo cogía al aire y examinaba el filo. En la penumbra su piel parecía blanca como la leche.

—Lo necesitarás si nos superan —dijo con ternura—. No me apetece estar preocupado por lo que puedan hacerte.

Antes de que ella pudiera responder; los gritos de la calle subieron de volumen y Bruto suspiró. Preparó su *gladius* y realizó rotaciones con el cuello para desentumecer los músculos.

—Preparados, muchachos. En pie. Haced lo que os he dicho y tendréis un buen recuerdo que celebrar. Caed presas del pánico y vuestras madres irán de negro. ¿Ha quedado claro?

Tabbic rió entre dientes y los demás hombres asintieron en silencio por respeto al general de plata. Bruto echó a andar sin esperarlos y abrió la puerta. Al salir, el metal de su coraza se convirtió en un reflejo anaranjado.

Bruto tragó saliva al ver la cantidad de hombres que habían enviado para hacer de ellos un ejemplo para los demás. La multitud que se acercaba se detuvo en seco al verlo salir y plantarse frente a ellos con sus cinco hombres, que se dispusieron formando una fila a sus dos lados. Una cosa era aterrorizar a propietarios de establecimientos de las barriadas, y otra muy distinta atacar a soldados armados de pies a cabeza. Todos los integrantes de la multitud reconocieron la armadura de plata de Bruto, y sus gritos y sus risas se quedaron en nada al instante. Bruto podía oír incluso el crepitar de las antorchas. Todos lo observaban con ojos brillantes bajo la tenue luz anaranjada, como los de una manada de perros.

Renio le había dicho en una ocasión que un hombre fuerte podía llegar a dominar una turba siempre y cuando fuese él quien tomara la iniciativa y la mantuviera. Había admitido además que siempre cabía la posibilidad de tirarse un buen farol frente a una multitud numerosa. Rodeado de sus amigos, ningún hombre se planteaba en serio la posibilidad de morir, y aquella confianza era lo que podía llevarlos a emprender un ataque contra las espadas al que ninguno de ellos se habría atrevido de estar solo. Bruto esperaba que no estuvieran borrachos. Respiró hondo.

—Esto es una manifestación ilegal —vociferó Bruto—. Soy el general de la Tercera Gallica y os digo que volváis a vuestras casas con vuestras familias. Tengo ballesteros apostados en el tejado. No busquéis vuestra vergüenza atacando a ancianos y a mujeres en esta casa.

En aquel momento deseó que Julio estuviera con él. Julio habría encontrado las palabras adecuadas para conseguir que dieran media vuelta. Sin duda habrían acabado vitoreándolo por las calles y apuntándose a una nueva legión. Aquella idea hizo sonreír a Bruto a pesar de la tensión, y los que lo vieron empezaron a dudar. Algunos de ellos forzaron la vista en la oscuridad, pero el resplandor de las antorchas les impedía ver nada. La verdad era que no había nada que ver. De haber dispuesto Bruto de un par de días más, habría encontrado a algunos hombres de calidad que apostar en el tejado, pero en aquel momento únicamente los observaba el hijo de Tedo, que además iba desarmado.

Un estruendo repentino hizo que todo el mundo diera un brinco o maldijera y Bruto se tensó dispuesto a atacar. Se dio cuenta de que simplemente se había desprendido una teja del tejado y que había caído entre la multitud. Nadie había resultado herido, pero Bruto se dio cuenta de que la mayoría de las caras miraban hacia arriba y de que todos murmuraban nerviosos. Se preguntó si el joven lo habría hecho deliberadamente o si acabaría siguiendo el camino de la teja poco después para acabar estampándose, por torpe, sobre el gentío.

—¡Apártate de nuestro camino! —gritó un hombre desde la parte posterior del grupo.

Un rugido de la multitud se hizo eco de sus deseos.

Bruto se rió con sarcasmo.

—¡Soy un soldado de Roma, mal nacido! —vociferó—. No hui de los esclavos. No hui de las tribus de la Galia. ¿Qué tienes tú que ellos no tuvieran?

Bruto se dio cuenta entonces de que la muchedumbre carecía de líder. Se arremolinaban y se empujaban entre ellos, pero nadie tenía la autoridad para obligarlos a abalanzarse sobre las espadas de los hombres plantados frente a la tienda.

—Y os voy a decir una cosa —gritó Bruto—. ¿Os creéis que estáis protegidos, muchachos? Cuando César regrese de la Galia, encontrará a todos y cada uno de los hombres que profirieron amenazas contra sus amigos. Esto queda escrito en piedra,

muchachos. Todo lo que acabo de decir. Y algunos empezaría a cobrar pronto. Le proporcionarán las listas con los nombres y dónde encontrarlos. Tenedlo por seguro. Y os atravesará como un cuchillo caliente.

En plena oscuridad era imposible tener la certeza, pero Bruto estaba seguro de que el tumulto empezaba a menguar y de que los que estaban en las postrimerías del grupo empezaban a largarse. Uno de los portadores de las antorchas dejó caer la suya y otro la recogió del suelo. Por mucho poder que Clodio tuviese, el nombre de Julio llevaba años presente en todas las esquinas y empezó a funcionar como un talismán sobre quienes podían escabullirse en la noche sin que nadie los viera.

En muy poco tiempo Bruto estaba enfrente a sólo una quincena de hombres, sin duda a los que Clodio había enviado directamente con el objetivo de prender fuego a la tienda. Ninguno de ellos podía retirarse sin que a la mañana siguiente se viera arrastrado fuera de la cama por haberlo hecho. Bruto veía sus caras brillantes por el sudor que les provocaba la evidencia de que los hombres que los rodeaban eran cada vez menos.

Bruto se dirigió a ellos amablemente, sabedor de que podía ahondar en su desesperación.

—Yo de vosotros, muchachos, me largaría de la ciudad por una temporada. Ariminum es tranquila y siempre hay trabajo en los muelles para quien no le importe sudar un poco.

El grupo de hombres lo miró furioso, indeciso. Eran todavía demasiados para que Bruto pudiera pensar en tener alguna posibilidad de vencerlos en caso de que se produjese el ataque. Sus espadas brillaban a la luz de las antorchas y no había muestras de debilidad en la dura expresión de su mirada. Observó de reojo a los hombres que lo flanqueaban y percibió su tensión. Sólo Tedo parecía tranquilo.

—Ni una palabra, chicos —murmuró Bruto—. No lo echéis todo a perder ahora.

Uno de los portadores de antorchas arrojó la suya al suelo con un bufido de disgusto y se marchó a paso airado. Lo siguieron otros dos. Los demás se miraron entre ellos en silencio. En grupos de dos o tres fueron despejando la calle hasta que quedaron sólo unos pocos.

—De ser un hombre vengativo, sentiría tentaciones de acabar con vosotros ahora mismo —les dijo Bruto—. No podéis quedaros aquí toda la noche. Uno de ellos sonrió.

—Clodio no permitirá que te salgas con la tuya, lo sabes. Por la mañana armará la gorda.

—Tal vez. Quizá tenga la oportunidad de hablar con él antes de que lo haga. Quizá se muestre razonable.

—No lo conoces, ¿verdad? —dijo el hombre sonriendo. Bruto empezó a relajarse.

—¿Te vuelves a casa entonces? Hace mucho frío para quedarse ahí de pie.

El hombre miró al par de compañeros que quedaban.

—Creo que es lo que haré —dijo—. ¿Es cierto lo que has dicho?

—¿Qué parte? —respondió Bruto pensando en sus arqueros inexistentes.

—Lo de que eres amigo de César.

—Somos como hermanos —dijo Bruto al instante.

—Es un buen hombre para Roma. A muchos no nos importaría tenerlo de nuevo aquí. Al menos, a los que tenemos familia.

—La Galia no lo retendrá para siempre —replicó Bruto.

El hombre movió afirmativamente la cabeza y desapareció en la oscuridad con sus amigos.

XXXVI

Bruto durmió en el suelo de la tienda durante toda una semana. La noche después del ataque frustrado se acercó a la casa que Clodio tenía en el centro de la ciudad, pero la encontró mejor protegida que una fortaleza y repleta de hombres armados. La sensación de preocupación no hizo más que aumentar a medida que pasaban los días. Era como si la ciudad estuviese conteniendo la respiración.

Aunque Tabbic aceptó su consejo y mantuvo a su familia lejos de la tienda, Alexandria parecía más irritable a medida que pasaban los días en los que se veía obligada a dormir en el duro suelo de la tienda. Toda su fortuna estaba invertida en el nuevo establecimiento, desde las paredes y el tejado hasta las reservas de metales preciosos y la enorme forja. No pensaba abandonarlo y Bruto no podía volver al norte mientras intuyera que ella corría peligro.

Los jóvenes que se habían enfrentado con ellos a los recaudadores se quedaron también allí. Tabbic les había ofrecido un sueldo como vigilantes temporales, pero rechazaron sus monedas. Idolatraban al general de plata que había solicitado su ayuda, y a cambio Bruto dedicaba cada día unas horas a enseñarles a utilizar las espadas.

Las tensas multitudes que circulaban por las calles desaparecían al mediodía, cuando la ciudad se detenía para comer. Bruto salía entonces acompañado por uno o dos de los jóvenes a buscar comida e información. Como mínimo siempre tenían la posibilidad de preparar comida caliente en la forja. Pero los chismorreos habituales de los mercados parecían haberse esfumado. En la mejor de las circunstancias, lo único que podía recoger Bruto eran fragmentos dispersos de aquí y allí, y además echaba de menos no tener a su madre en la ciudad. Sin ella no se enteraba de los detalles de las reuniones del senado. A medida que pasaban las noches y la ciudad se tornaba más tensa, la sensación de frustración y ceguera era cada vez mayor.

Pompeyo había regresado a Roma, pero seguía sin haber orden en las calles, sobre todo a partir del anochecer. En más de una ocasión los sonidos apagados de las peleas despertaban a Bruto y a los demás a media noche. Desde el tejado se veía el resplandor lejano de los incendios que se sucedían en distintos rincones de callejones y pasajes. Las bandas armadas no volvieron a intentar atacar la tienda y a Bruto le preocupaba la posibilidad de que sus jefes estuvieran implicados en algún conflicto más grave.

A mitad de la segunda semana corrió por los mercados la noticia de que los raptos de Clodio habían atacado la casa del orador Cicerón, que habían intentado atraparlo mientras le prendían fuego. El hombre consiguió escapar, pero nadie puso el grito en el cielo contra Clodio, algo que para Bruto era una señal más de que la ley en la ciudad había desaparecido. Sus discusiones con Alexandria se hicieron más

acaloradas y por fin ella accedió a marcharse a la finca de Julio y a esperar allí el final de la crisis. Roma estaba convirtiéndose rápidamente por las noches en un campo de batalla, y la tienda era menos valiosa que su vida. Pero para alguien que había sido esclavo, la tienda era el símbolo de todo lo que había conseguido. Alexandria lloró amargamente al tener que abandonarla por culpa de los disturbios.

Siguiendo sus instrucciones, Bruto se arriesgó a desplazarse hasta la casa de Alexandria para recoger su ropa y regresó acompañado por Atia, la madre de Octavio, que se sumaría a los que se refugiaban en la tienda cuando caía la noche.

Cada día era una agonía frustrante para el joven general. De haber estado solo, le habría resultado sencillo unirse a las legiones de Pompeyo en los barracones. Pero resultaba que el número de personas que buscaban en él la seguridad iba aumentando día a día. La hermana de Tabbic se había presentado en la tienda con su marido y sus hijos, y se había unido a las tres jóvenes hijas de Tabbic. Las familias de los jóvenes habían aumentado el tamaño del grupo todavía más y a Bruto le desesperaba la idea de tener que trasladar a veintisiete personas por una ciudad que estaba volviéndose peligrosa incluso a plena luz del día. Cuando el senado declaró el toque de queda al anochecer, Bruto decidió que ya no podía esperar más. Sólo los ciudadanos respetuosos de la ley obedecieron el edicto del senado. El toque de queda no tuvo ningún efecto sobre las bandas de ladrones y aquella misma noche hubo un incendio en la calle vecina del establecimiento que llenó la oscuridad de gritos de dolor hasta que se apagaron.

Mientras la taciturna ciudad se desperezaba a la mañana siguiente, Bruto dotó a su grupo con toda arma que Tabbic pudo encontrar desde espadas y cuchillos hasta simples barras de hierro.

—Vamos a estar más de una hora por las calles y es posible que veáis cosas que os hagan desear deteneros —les dijo. Sabía que lo consideraban su salvador y se obligó a seguir animado para mantener esa confianza—. Suceda lo que suceda, no nos detendremos, ¿lo ha comprendido todo el mundo? Si nos atacan, los esquivaremos y seguiremos avanzando. En cuanto hayamos cruzado las puertas, la finca queda a unas pocas horas de la ciudad, y allí estaremos a salvo hasta que todo se haya calmado. —Llevaba su armadura de plata, sucia ahora de polvo y hollín. Uno a uno fueron asintiendo ante la mirada de Bruto—. Los problemas se acabarán en cuestión de pocos días o semanas —dijo—. He visto situaciones peores, creedme.

Pensó en lo que Julio le había contado sobre la guerra civil entre Mario y Sila y deseó que su amigo estuviera allí. Aunque había momentos en que lo odiaba, pocos hombres eran más valiosos en momentos de crisis. Sólo la presencia de Renio podría haberlo confortado más.

—¿Preparado todo el mundo? —preguntó Bruto. Respiró hondo, abrió la puerta que daba a la calle y se asomó. En las esquinas se había acumulado la basura y la

porquería, y los perros callejeros, que estaban esqueléticos, gruñían y se peleaban por los bocados que encontraban. En el ambiente flotaba el olor a humo y Bruto vio un grupo de hombres armados paseando tranquilamente por un cruce de calles, como si fueran los amos de la ciudad.

—Bien. Moveos rápidamente y seguidme —dijo con una voz que delataba la tensión que sentía.

Salieron a la calle. Bruto se dio cuenta de que el grupo de hombres se movía y se quedaba rígido al verlos. Maldijo en voz baja. Una de las niñas empezó a llorar y la hermana de Tabbic la cogió en brazos para consolarla sin dejar de caminar.

—¿Nos dejarán pasar? —murmuró Tabbic por encima del hombro de Bruto.

—No lo sé —respondió Bruto observando el grupo.

Serían diez o doce, todos ellos con el pelo y la piel pintados con hollín. Tenían los ojos enrojecidos de haber estado trabajando toda la noche y Bruto sabía que atacarían ante la menor muestra de debilidad.

Los hombres desfundaron sus espadas y avanzaron por la calle dispuestos a bloquearles el paso. Bruto maldijo de nuevo en voz baja.

—¿Tabbic? Si me sucede cualquier cosa, no te detengas. Alexandria conoce la finca tan bien como yo. No la rechazarán.

Mientras hablaba Bruto alargó su zancada y preparó el *gladius* con un suave movimiento. La rabia se apoderó de él al pensar que hombres como éstos se dedicaban a amenazar a la población inocente de la ciudad. Aquello chocaba con sus creencias más básicas, y el llanto de los niños que lo acompañaban lo encendió más si cabe.

Los hombres se dispersaron en cuanto Bruto se llevó de un golpe la cabeza del primero y aún pudo acabar con dos más mientras se volvían para echar a correr. En cuestión de momentos los que quedaban huían a toda prisa, aterrorizados. Bruto los dejó marchar y se volvió hacia el grupo que Tabbic y Alexandria estaban comandando, intentando impedir que los niños vieran los cadáveres ensangrentados que Bruto había dejado a su paso.

—Chacales —comentó brevemente Bruto al unirse de nuevo al grupo.

Los niños lo miraron asustados y se dio cuenta entonces de que la armadura de plata había quedado salpicada de sangre. Uno de los más pequeños empezó a sollozar señalándolo.

—¡Seguid avanzando hacia la puerta! —espetó enfadado de pronto con todos ellos.

Su papel era el de la legión de Roma, no el de pastor de niñas asustadas. Miró hacia atrás y vio que los hombres se habían reagrupado de nuevo y lo miraban hambrientos. No hicieron ningún movimiento en su dirección y Bruto miró fijamente el suelo y escupió asqueado.

Avanzaron hacia la puerta de la ciudad por calles prácticamente vacías. Siempre

que era posible Bruto tomaba las calles principales, pero incluso allí faltaban los signos de la vida normal de la ciudad. El gran mercado de carne, del que Milo era propietario, estaba vacío y desolado. El viento arremolinaba hojas y polvo a sus pies. Pasaron por delante de tiendas y casas de los barrios bajos, y una de las pequeñas se puso a llorar al ver un cuerpo carbonizado atrapado en el umbral de una puerta. Alexandria le tapó los ojos con la mano hasta pasar de largo y Bruto se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—Allí está la puerta —dijo Tabbic para animarlos.

Pero justo en el momento en que pronunciaba esas palabras, dobló la esquina de la calle una banda de alterados borrachos que se quedaron paralizados al ver a Bruto. Igual que el grupo anterior iban sucios y cubiertos por las cenizas de los incendios que habían provocado durante la noche. Sus ojos y sus dientes brillaban en contraste con la mugre que cubría su piel. Desenfundaron las armas.

—Dejadnos pasar —rugió Bruto asustando a los niños que llevaba detrás.

Los hombres se limitaron a burlarse al ver a sus andrajosos seguidores. Las mofas se cortaron en seco cuando Bruto se abalanzó contra ellos embistiendo en círculos. Su *gladius* había sido forjado por el mejor maestro hispano de armas blancas, y cada uno de sus golpes penetraba en prendas y miembros, de modo que pronto quedó bañado por una lluvia de gotas de sangre. Ni siquiera escuchaba sus propios gritos al chocar las espadas contra su armadura.

Un fuerte golpe lo tumbó sobre una de sus rodillas y Bruto rugió como un animal antes de incorporarse con renovadas energías y clavarle el *gladius* en el pecho al causante de su caída. La hoja le atravesó las costillas justo en el momento en que un golpe de hacha dejaba a Bruto tambaleándose. El golpe iba dirigido al cuello, pero fue a estamparse contra la armadura de plata, que quedó abierta. Las heridas no le provocaban ningún dolor y sólo tenía una mínima conciencia de que Tabbic estaba allí con él, junto con los jóvenes. Por una vez se había perdido por completo en la batalla y no evitaba en absoluto su ansia de matar. Sin la armadura no habría sobrevivido, pero le llegó entonces por fin la voz de Tabbic y Bruto se detuvo para contemplar la carnicería que se esparcía a su alrededor.

Ninguno de los raptos había sobrevivido. Los adoquines de la calle estaban cubiertos por miembros y cuerpos destrozados, cada uno de ellos rodeado de charcos de color oscuro.

—Ya está, muchacho, ya se ha acabado —oyó que le decía Tabbic, como si estuviese muy lejos.

Sintió los potentes dedos de aquel hombre presionándole el cuello, en el punto donde seguía clavada el hacha, y la cabeza de Bruto empezó a aclararse. La sangre resbalaba a borbotones por su armadura. Cuando miró hacia abajo, vio que bombeaba lentamente desde una profunda herida que tenía en el muslo. Se llevó la mano al

corte, aturdido, preguntándose por qué no le dolía.

Bruto apuntó con su espada en dirección a la puerta. Estaban muy cerca, y la idea de detenerse le resultaba insoportable. Vio que Alexandria rasgaba el tejido de su falda para envolverle la pierna. Jadeaba como un perro y esperaba a poder recuperar el aliento para decirles que siguieran avanzando.

—No me atrevo a arrancarte esta hacha hasta comprobar la profundidad del corte —dijo Tabbic—. Pásame el brazo por el hombro, muchacho. Te llevaré la espada.

Bruto asintió tragando saliva con sabor a óxido.

—No os detengáis —dijo débilmente, tambaleándose para avanzar con ellos.

Uno de los jóvenes lo cogió por el otro brazo y juntos fueron avanzando hasta quedar al cobijo de la sombra de la puerta de la ciudad. No había vigilancia. En el momento en que empezaba a cambiar el terreno bajo sus pies, una ligera nevada empezó a caer sobre el grupo silencioso y la brisa disipó el olor a humo y sangre.

Clodio inspiró profundamente aquel aire gélido preguntándose por el aspecto del foro, donde se encontraba. Había depositado todas sus esperanzas en un último intento desesperado de derrocar a Milo, y la pelea se había extendido hasta el centro de la ciudad, terminando finalmente en el foro.

Caía la nieve y más de tres mil hombres luchaban en grupo o en parejas hasta la muerte. No había ni tácticas ni maniobras. Peleaban aterrorizados contra todo aquel que se encontraban, sin poder distinguir apenas al amigo del enemigo. Cuando uno de los hombres de Clodio conseguía una victoria, era apuñalado por detrás u otro le cortaba la garganta.

Empezaba a nevar con más fuerza. Clodio vio que empezaba a formarse un charco de nieve derretida por la sangre a los pies de su guardaespaldas después de que un grupo de gladiadores de Milo intentara acercarse a él. Tenía que replegarse hacia la escalinata del templo. Se planteó echar a correr hacia su interior, pero sabía que para sus enemigos los santuarios no significaban nada.

¿Estarían ganando sus hombres? Era imposible decirlo. Todo había empezado cuando la legión de Pompeyo se había retirado hacia el este de la ciudad para sofocar un falso amotinamiento y una cadena de incendios. Milo tenía hombres repartidos por toda la ciudad y Clodio había irrumpido en su casa echando abajo las puertas. Él no se encontraba allí, y el ataque había empezado a flaquear cuando Clodio inició su búsqueda, desesperado por romper un estancamiento en el poder que no podía tener otro final que la muerte de uno de los dos.

Era difícil decir en qué momento la guerra silenciosa había estallado en un conflicto abierto. Cada noche que pasaba los había ido acercando más hasta que de repente se encontraba luchando por su vida en el foro, con la nieve cayendo a su alrededor y el edificio del senado dominando la escena.

Clodio volvió la cabeza al ver aparecer a más hombres procedentes de una calle

lateral. Respiró aliviado al ver que eran de los suyos y que iban liderados por uno de sus oficiales más apreciados. Igual que los gladiadores de Milo, vestían armadura y avanzaban derribando a todo aquel que se cruzaba en su camino.

Clodio se volvió al ver que tres figuras saltaban sobre él y lo apuntaban con sus espadas. Esquivó la primera con una arremetida de su propia espada, pero la segunda le clavó un cuchillo en el pecho, obligándolo a lanzar un grito sofocado. Sentía cada centímetro del metal, una sensación más fría que la de la nieve que de forma tan leve seguía posándose sobre su piel. Clodio vio que el hombre se apartaba de él, pero entonces llegó el tercer atacante y Clodio bramó en agonía mientras el cuchillo penetraba en su carne una y otra vez.

Cuando su potente estructura no pudo más, se derrumbó de rodillas y el hombre siguió apuñalándolo mientras los amigos de Clodio se volvían locos de rabia y dolor. Llegaron por fin a detener al atacante, pero cuando consiguieron apartarlo, Clodio se derrumbaba lentamente sobre la nieve ensangrentada del suelo. Murió viendo la escalinata del senado y escuchando a lo lejos los cuernos de la legión de Pompeyo.

Milo tuvo que sufrir una amarga retirada cuando la legión entró al ataque en el espacio abierto del foro. Los que eran lentos o se entretuvieron en peleas particulares fueron derribados y Milo se desgañitó ordenando a sus hombres que huyeran de allí antes de acabar todos destruidos. Había gritado de excitación al ver caer a Clodio, pero ahora tenía que encontrar un lugar seguro donde poder planificar y recuperar fuerzas. Si conseguía sobrevivir a la carga de la legión, ya nada se interpondría en su camino. Patinó en la nieve corriendo con los demás, huyendo por centenares como ratones delante de la guadaña.

Muchos de los hombres de Clodio quedaron atrapados antes de poder salir del foro y se vieron también obligados a emprender una aterrorizada huida mientras la legión destrozaba todo cuanto se le ponía por delante. El foro se vació en todas direcciones. Las calles que desembocaban en él se llenaron de grupos a la fuga que ignoraban a sus enemigos para no tener que enfrentarse a un peligro aún mayor. Los heridos corrían y gritaban, y los que caían eran hechos pedazos por las filas de legionarios que pasaban sobre ellos.

En un corto espacio de tiempo el amplio terreno que ocupaba el foro quedó completamente vacío, con la excepción de las figuras yacentes e inmóviles de los muertos que los copos de nieve empezaban ya a cubrir. El viento aullaba entre los templos. Aparecieron los oficiales de la legión vociferando órdenes a sus unidades. Las cohortes fueron devueltas a sus puestos en los alrededores de la ciudad y empezaron a llegar informes que afirmaban que habían brotado disturbios en el valle de Esquilita. Apareció Pompeyo con armadura completa. Destinó un millar de hombres para que controlaran el centro de la ciudad y cruzó las calles en dirección norte acompañado por tres cohortes con el objetivo de reforzar el toque de queda.

—Despejad las calles —ordenó—. Todo el mundo dentro hasta que podamos controlar las bandas.

A sus espaldas nuevos incendios iluminaban el cielo gris mientras seguía nevando.

La ciudad estalló aquella noche. Habían trasladado el cuerpo de Clodio al interior del templo de Minerva, y miles de hombres irrumpieron en el edificio, locos de rabia y dolor por la muerte de su jefe. Los seguidores de Clodio abatieron a los legionarios y se lanzaron a la caza de Milo y los suyos incendiando a su paso toda la ciudad. En las calles se libraron encarnizadas batallas contra los hombres de Pompeyo, y los legionarios se vieron forzados a retirarse en dos ocasiones al verse atacados por todas partes y perderse en el laberinto de callejuelas. Algunos quedaron atrapados dentro de edificios y quemados con ellos. Otros fueron cazados en grupos de mayor tamaño y superados por las turbas salvajes. La ciudad no era el terreno de combate de la legión. Los oficiales de Clodio los engañaron haciendo gritar a mujeres y luego abalanzándose sobre los soldados y apuñalándolos violentamente hasta matarlos u obligarlos a huir.

El mismo Pompeyo tuvo que refugiarse hacia el edificio del senado empujado por un grupo masivo de hombres armados. Consiguió derrotarlos finalmente con una carga de triple escudo, pero siempre aparecían más. Las cifras eran abrumadoras. Llegó a tener la sensación de que todos los hombres de Roma se habían armado y habían saltado a la calle. Decidió retirarse hacia la escalinata del senado y utilizar el edificio para coordinar lo que quedaba de su ejército, pero mientras retrocedía por el amplio espacio del foro, su mandíbula se paralizó de horror ante la visión de miles de antorchas que rodeaban el edificio.

Habían forzado las puertas de bronce y transportaban a Clodio en volandas hacia la oscuridad del interior. Pompeyo vio el cadáver ensangrentado del senador sacudiéndose arriba y abajo mientras los portadores ascendían los peldaños.

El foro estaba lleno de hombres armados que gritaban y rugían. Pompeyo dudó. Jamás en su vida había huido de nada, y lo que estaba presenciando era el fin de todo aquello que amaba en Roma. Aun así, era consciente de que acabarían con sus hombres si les ordenaba entrar en el foro. Parecía haberse congregado allí media ciudad.

En el interior del oscuro edificio del senado se veía el resplandor de las llamas. Los hombres que salían de él lanzaban vítores al pisar la escalinata cubierta de nieve y aullaban blandiendo sus espadas al aire. Por la puerta aparecían columnas de humo gris. Pompeyo notó que las lágrimas resbalaban por su cara, su calor contrastaba con la frialdad de su piel.

—Mi teatro. Montad de nuevo filas en mi teatro —gritó a los hombres que seguían esperando sus órdenes.

Se alejaron de la multitud que se apiñaba en los alrededores de la curia. Pompeyo dio la espalda a las llamas que se abrían paso entre el tejado y hacían temblar el mármol con estallidos que se extendieron por todo el foro. Ver figuras corriendo contra las llamas era el peor dolor que podía haberse imaginado. Sólo la oscuridad podía ocultar a sus hombres, y sentía rabia y frustración por verse obligado a retirarse del corazón de su ciudad. Sabía que sólo el amanecer acabaría con todo aquello. Los raptos habían destruido el gobierno de la ley y estaban ebrios de poder. Pero cuando la mañana llegara, estarían aturcidos y agotados, horrorizados por lo que habían hecho. Entonces devolvería el orden y lo dejaría escrito con hierro y sangre.

La débil luz de la mañana se filtraba por las altas ventanas del teatro de Pompeyo iluminando las apretadas filas de hombres a los que había convocado allí procedentes de todos los rincones de la ciudad. Además de a los senadores, Pompeyo había enviado las centurias de su legión en busca de tribunos, magistrados, ediles, cuestores, pretores y de cualquiera que ostentara un rango de poder en Roma. En los amplios anillos que rodeaban el escenario central donde se encontraba Pompeyo se habían congregado más de un millar de hombres que lo observaban desde sus asientos con rostros apesadumbrados por el miedo y el agotamiento. Después de los disturbios faltaban algunas caras y a nadie le pasaba por alto la gravedad de la situación.

Pompeyo tosió para aclararse la garganta y se rascó los brazos desnudos en un intento de evitar su aspecto de carne de gallina. El teatro carecía de sistema de calefacción, y su propio aliento quedaba congelado en el ambiente. Todos lo observaban en silencio.

—Anoche fue el momento en que más cerca llegué a ver el fin de Roma — empezó.

Todos permanecían inmóviles como estatuas y se percató de la determinación que expresaban sus rostros. Las pequeñas rivalidades habían caído en el olvido después de los sucesos de la noche anterior. Pompeyo sabía que darían cualquier cosa para que restaurase la paz en la ciudad antes de que volviese a caer la noche.

—Todos habéis oído que Clodio fue asesinado durante los disturbios, que su cuerpo fue incinerado en la curia y que el edificio quedó también reducido a cenizas. El fuego ha destruido gran parte de la ciudad y los cadáveres inundan calles y cunetas. La ciudad es un caos, sin agua ni comida en muchas zonas. Esta noche gran parte de la población empezará a pasar hambre y la violencia podría volver a desencadenarse. —Hizo una pausa, pero el silencio seguía siendo sepulcral—. Mis soldados han capturado al senador Milo al amanecer, cuando intentaba huir de la ciudad. Tengo intención de utilizar las horas de luz para localizar en Roma al resto de sus dirigentes. Empezar con juicios sería dar a sus seguidores tiempo para reagruparse y rearmarse. No pretendo darles otra oportunidad, señores. —Respiró

hondo—. Os he congregado aquí para que votéis con el fin de conferirme los poderes de la dictadura. Si sigo limitado por nuestras leyes, no podré responder por la paz de la ciudad, ni esta noche ni ninguna otra. Os pido que os pongáis en pie para confirmar mi nombramiento.

Los mil miembros de la clase gobernante se pusieron en pie casi al momento. Algunos se levantaron más deprisa que otros, pero al final Pompeyo movió afirmativamente la cabeza, satisfecho, y les indicó que volvieran a tomar asiento.

—Me presento ante vosotros como dictador. Declaro la ley marcial en toda Roma. El toque de queda entrará en vigor cada noche al caer el sol, y los que sean sorprendidos en las calles serán ejecutados inmediatamente. Mi legión eliminará a los líderes y la tortura nos proporcionará los nombres de los hombres clave entre las filas de las bandas callejeras. Declaro este edificio sede del gobierno hasta que se reconstruya el del senado. Cada mañana se distribuirá comida en el foro y en las puertas norte y sur de la ciudad hasta que la situación de emergencia se dé por finalizada.

Miró a la gente allí congregada y sonrió con tensión. Ahora empezaría a hacer un poco de daño.

—Cada uno de vosotros entregará un diezmo de cien mil sestercios o el equivalente a una décima parte de su fortuna, lo que represente una cantidad superior. El tesoro del senado ha sido saqueado y necesitamos fondos para erigir de nuevo la ciudad. El dinero os será devuelto en cuanto las arcas vuelvan a estar llenas, pero hasta entonces es una medida necesaria.

Los primeros murmullos de disgusto recorrieron la cámara, pero fueron los de una pequeña minoría. El resto se había visto obligado a ver a las duras la fragilidad de todo lo que hasta entonces consideraba sólido y no vacilaría en pagar por su seguridad. Pompeyo sentía que Craso no estuviese presente. Le habría arrancado al anciano una buena suma. Una carta de súplica nunca tendría el efecto de una demanda personal, pero no podía hacer más.

Pompeyo continuó después de echar un breve vistazo a sus notas.

—Reclamaré el regreso de una de las legiones de Grecia, pero hasta que lleguen los soldados necesitaremos a todo hombre de la ciudad capaz de utilizar un *gladius*. Los que tenéis guardias a vuestro servicio, indicad a los escribas antes de marchar de cuántos disponéis. Tengo que saber con cuántos hombres contamos para tomar las armas en el caso de que se produjeran más disturbios. Mi legión sufrió anoche graves pérdidas y es prioritario sustituir con urgencia a esos hombres para aplastar los tumultos antes de que vuelvan a recuperar fuerza. Ejecutaré a los seguidores de Milo y Clodio sin ceremonias ni anuncios públicos. Esta noche será la más difícil, señores. Si la superamos, restauraremos lentamente el orden. Para concluir, aplicaré un impuesto a todos los ciudadanos de los territorios romanos para reconstruir la ciudad.

Seguía viendo miedo en muchas de las caras que tenía ante él, aunque algunas, al oír sus palabras, empezaban a mostrar los primeros destellos de esperanza. Inició el turno de preguntas y muchos se levantaron para solicitar detalles sobre la nueva administración. Pompeyo se relajó tan pronto como empezó a responder preguntas. Poco a poco, a medida que se retomaba la rutina del funcionamiento del viejo edificio del senado, la mirada aturdida iba desapareciendo de las caras. Era la esperanza para todos.

XXXVII

Bruto se dejó caer sobre el tocón del viejo roble que había talado con Tubruk dejando el bastón que llevaba junto a él. En el verdor de los bosques era fácil recordar la sonrisa del viejo gladiador cuando le daba la bienvenida a casa.

Bruto extendió la pierna con una mueca de dolor y se rascó la línea de color morado que iba desde la parte superior de la rodilla hasta casi la ingle. Una línea de puntos muy similar en la clavícula daba muestras de a lo cerca de la muerte que lo había llevado su delirio. Ambas heridas se habían infectado y apenas recordaba la primera semana en la finca. Clodia decía que había tenido suerte de no haber perdido la vida. El corte se había cerrado por fin, pero los puntos escocían muchísimo. Recordó vagamente las imágenes de las mujeres limpiándolo con trapos húmedos y frunció el ceño con pudor. Julia se había convertido en una mujer que tenía mucho de la belleza de su madre. Creía que Alexandria debía de haberla cogido por su cuenta para comentarle en privado los detalles sobre sus cuidados. La verdad era que habían pasado unos días en los que ni se había acercado a él y cuando por fin la vio, su mirada brillaba como la de Cornelia cuando se enfadaba. Después de aquello únicamente Alexandria se había ocupado de limpiarle el sudor y la suciedad.

Bruto sonrió con tristeza. Alexandria lo trataba como si fuese un caballo enfermo y lo brotaba con fría objetividad hasta dejarlo reluciente. Había sido un alivio sentirse por fin lo bastante fuerte como para llegar hasta los baños y lavarse solo. De haber tenido que permanecer encamado mucho tiempo más, habría acabado sacándole la piel a tiras.

En los bosques reinaba la paz. Un pájaro cantaba entre los árboles, y en el recorrido del serpenteante camino imaginó a dos chicos, casi unos hombrecitos, correteando entre los arbustos.

Por aquel entonces la amistad era una cosa sencilla, algo que él y Julio daban por sentado. Bruto recordó el día en que unieron la sangre de sus manos después de hacerse un corte, como si la vida entera pudiera reducirse a simples juramentos y actos. Resultaba extraño recordar aquellos días después de que hubieran sucedido tantas cosas. Había momentos en los que se sentía orgulloso del hombre en el que se había convertido y otros en los que habría dado cualquier cosa por volver a ser aquel chico, con todo un abanico de alternativas entre las que poder elegir. Había tantas cosas que cambiaría de poder hacerlo.

Aquellos largos veranos se sentían inmortales. Sabían que Tubruk siempre estaría allí para protegerlos y que el futuro no era más que una oportunidad para prolongar su amistad con el paso de los años y llevarla hasta otras tierras. Nada se interpondría jamás entre ellos, ni aunque Roma se desmoronara.

Bruto sacó un cuchillo del cinturón y lo colocó debajo del primer punto, haciendo

palanca para cortar el hilo. Tiró del extremo que acababa de cortar con sumo cuidado recorriendo la herida en toda su longitud hasta llegar al último punto. Estaba concentrado y en silencio, aunque cuando hubo acabado y arrojó el hilo pegajoso entre los arbustos, estaba sudando. Un hilillo de sangre se abrió entonces camino entre el vello del muslo y lo limpió con el pulgar.

Se incorporó lentamente, sintiéndose débil y mareado. A pesar de que los puntos del cuello le escocían terriblemente decidió dejarlos de momento tal y como estaban.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo Julia.

Se volvió y sonrió fijándose en lo desgarrado de su aspecto. Se preguntó cuánto tiempo llevaría observándolo. ¿Cuántos años tendría? ¿Dieciséis? De piernas largas y toda una belleza. A Alexandria no le gustaría nada enterarse de que habían estado charlando en el bosque, de modo que en aquel mismo instante decidió no comentárselo.

—He pensado que me iría bien caminar un poco. La pierna empieza a estar más fuerte, aunque tardaré un tiempo en poder volver a confiar en ella —dijo.

—Y cuando la tengas curada volverás con mi padre —dijo ella.

No era una pregunta, pero Bruto asintió.

—En pocas semanas. Ahora que Pompeyo se ha convertido en dictador la ciudad ha recuperado la calma. Volveremos a dejarte en paz. Este viejo lugar recuperará de nuevo su tranquilidad.

—No me importa —dijo ella apresuradamente—. Me gusta tener gente por aquí, incluso los niños.

Compartieron una mirada de complicidad y Bruto rió entre dientes. A pesar de los esfuerzos de Tabbic y su hermana, en cuestión de pocos días los más pequeños habían empezado a correr como locos por la finca, embelesados por los bosques y el río. Clodia había salvado en tres ocasiones a uno de ellos de ahogarse en la profundidad del estanque. Resultaba curiosa la rapidez con que los más jóvenes se habían recuperado de la pesadilla del viaje de huida de la ciudad. Bruto se imaginaba que cuando miraran atrás y pensaran en aquel año tan extraño en su vida, no recordarían haber visto asesinar a hombres y que, en caso de recordarlo, no sería nada en comparación con su primer paseo a caballo por el patio, con Tabbic sujetándolos en la silla. Los niños eran unos seres extraños.

Julia había heredado parte de la elegancia de su madre. Llevaba el pelo largo y recogido en la nuca con una cinta de tela. Siempre que él hablaba, le observaba la cara con una intensidad peculiar, como si cada palabra que pronunciase tuviera gran valor. Se preguntaba cómo habría sido su infancia en aquella finca. Él siempre había tenido a Julio, pero su hija, exceptuando a Clodia y a sus tutores, había llevado una vida solitaria.

—Cuéntame cosas sobre mi padre —dijo Julia aproximándose a él.

Bruto notó que empezaba a dolerle la pierna, y antes de que comenzaran los espasmos de los músculos se hizo con el bastón y se sentó de nuevo sobre el tocón. Buscó entre sus recuerdos y sonrió.

—De pequeños, tu padre y yo solíamos trepar a este árbol —dijo—. Julio estaba convencido de que era capaz de subirse a cualquier cosa y se pasaba horas encaramado en las ramas más bajas intentando averiguar la manera de subir más arriba. Si iba yo con él, unía las manos para que pudiera poner el pie, pero incluso así la rama siguiente siempre quedaba fuera del alcance, a no ser que llegara a ella de un salto. Él sabía que si fallaba caería sobre mi cabeza y posiblemente me arrastraría con él. —Rompió a reír pensando en aquellos recuerdos.

Julia se sentó a su lado, en el otro extremo del gran tocón del árbol. Incluso a esa distancia Bruto olía el aceite de flores que ella utilizaba en el baño. No sabía de qué flor era, pero era un aroma que le recordaba el verano. Respiró hondo y por un instante permitió que su mente jugara con la imagen de un beso en la fría piel de aquel cuello.

—¿Y cayó? —preguntó ella.

Bruto bufó.

—Dos veces. La segunda vez me arrastró con él y me torcí la mano. Él acabó con un morado enorme en un lado de la cara, como si lo hubiesen pegado, pero volvió a intentarlo otra vez y por fin alcanzó aquella rama. —Suspiró para sus adentros—. No creo que volviera a trepar nunca más por el viejo roble. Para él ya no tenía sentido.

—Me habría gustado conocerte entonces —murmuró Julia.

Él la miró sacudiendo la cabeza.

—No te habría gustado. Tu padre y yo éramos una pareja complicada. Lo sorprendente es que sobrevivíamos a todo.

—Tiene suerte de tenerte como amigo —dijo ella sonrojándose levemente.

Bruto pensó de repente en qué pensaría Alexandria de la escena si apareciera entonces por el bosque. La chica le resultaba demasiado atractiva como para no andar jugando al juego del gallardo y joven soldado que vuelve de las guerras. En unos instantes, durante el camino de regreso a la casa, estaría pidiéndole que le dejara apoyarse en su brazo para mantener la estabilidad y aprovecharía para robarle un par de besos. El aroma de las flores inundaba sus pulmones y tuvo que enfrentarse a sus veleidosos pensamientos.

—Creo que iré regresando, Julia. Debes de tener frío.

Sin poderla controlar, la mirada de Bruto recorrió su cuello y el volumen de sus pechos. Ella se percató y él se sintió furioso consigo mismo. Apartó la vista para mirar hacia el bosque y se puso en pie.

—¿Vienes? —dijo—. Pronto anochecerá.

—La pierna vuelve a sangrar —dijo ella—. Era demasiado pronto para quitarte

los puntos.

—No. He visto demasiadas heridas para equivocarme, A partir de ahora caminaré o cabalgaré a diario para recuperar fuerzas.

—Te acompañaré si quieres —dijo ella. Sus ojos oscuros estaban abiertos de par en par.

El tosió para aclararse la garganta y ocultar así sus dudas.

—No creo que una chica bonita debiera... —Oh, maravilla. Tartamudeó hasta callarse—. Iré solo, gracias.

Recorrió a toda prisa el camino de regreso entre los bosques, maldiciéndose en silencio con toda la energía de la que fue capaz.

Bajo la frialdad de las estrellas Bruto guió a su yegua por el patio en dirección a los establos, jadeando por el esfuerzo de la cabalgada. Pensó en Alexandria durmiendo en su habitación y frunció el entrecejo. Nada era tan sencillo como a él le gustaría que fuese, sobre todo con las mujeres de su vida. De haber querido peleas y tensos silencios, habría buscado una esposa. Sonrió con ironía ante la idea. Levantó la vista para mirar la luna y disfrutó del silencio reinante. Ambos habían sufrido en el transcurso de aquellas semanas largas y vacías en la finca, con nada que hacer excepto curarse y olvidar el horror de los disturbios. Había momentos en que se moría de ganas de galopar, o de combatir, o de llevársela una tarde entera a la cama. Entonces sus heridas lo ponían furioso. De poco había ayudado que hacer el amor quedara limitado por sus lesiones y odiaba sentirse débil.

Creía quererla, a su manera, pero había muchos días eh los que peleaban por nada hasta acabar ambos tristes y dolidos. Odiaba por encima de todo los prolongados silencios. A veces, cuando estaba en otras tierras, se preguntaba si estaban realmente enamorados.

El establo mantenía el calor a pesar del frío de la noche y de las gélidas estrellas. La luz de la luna penetraba por una ventana situada en lo alto de la pared, bañando con un pálido resplandor los pesebres de madera de roble. Era un lugar tranquilo donde la única compañía eran las formas oscuras de los caballos.

Sudaba todavía por el esfuerzo de la cabalgada e hizo una mueca al pensar en cómo había perdido la forma física durante la convalecencia de las heridas. Un par de millas por el campo y estaba casi agotado.

La paja que cubría el suelo crujió a sus espaldas en el momento en que empezó a cepillar a la yegua. Se quedó paralizado preguntándose quién más estaría despierto a aquellas horas. Se volvió y descubrió a Julia apoyada en un pilar de madera, su pálido rostro en penumbra.

—¿Has llegado lejos esta vez? —murmuró.

Parecía que acababa de salir de la cama, con el cabello suelto por encima de los hombros. Se había envuelto en una ligera sábana que se tensaba en el punto donde le

cubría el pecho. Bruto se preguntó si ella se daría cuenta de hacia dónde se dirigían sus ojos.

—Sólo unas millas. Hace demasiado frío para los viejos, muchachita —dijo.

La yegua bufó animándolo a seguir con el cepillado.

—Pero vas a marcharte pronto. He oído a Tabbic comentarlo. Pompeyo ha derrotado a las bandas.

—Así es. Es un hombre duro —comentó Bruto.

Percibía una tensión en su voz que no había estado presente hasta entonces. Ya fuera por el calor de los establos, o por el olor a cuero y a heno, o simplemente por la proximidad de ella, la verdad era que empezaba a sentirse excitado y dio las gracias a la penumbra por ocultar su estado. Se volvió hacia la yegua sin decir palabra y le cepilló los flancos con largas y suaves pasadas.

—Mi padre me prometió a él. ¿Te lo ha contado? —dijo ella de pronto, soltando impulsivamente sus palabras.

Bruto dejó de cepillar y la miró.

—No, no me lo ha contado.

—Clodia dice que debería estar satisfecha. Cuando accedió al enlace no era ni siquiera cónsul y ahora seré la esposa del dictador.

—Eso te sacará de aquí —dijo Bruto en voz baja.

—¿A qué? ¿A que cada día me pinten mis esclavas y a no poder montar a caballo? He visto a las mujeres del senado. Un atajo de cuervos con vestidos elegantes. Y cada noche tendré a un viejo apretujándome. Mi padre es cruel.

—Puede serlo, sí —respondió Bruto.

Le habría gustado contarle la terrible pobreza que había visto en la ciudad. Como esposa de Pompeyo, nunca conocería ni el hambre ni el miedo. Julio había hecho una fría elección para su hija, pero había vidas peores, y eso le había proporcionado la Galia. Bruto se dio cuenta enseguida de que aquel matrimonio uniría las casas, y a lo mejor le daría un heredero a Julio. Por mucho que le gustara la chica, se daba cuenta de lo protegida que había estado y de lo poco que sabía sobre el mundo real.

—¿Cuándo te marcharás con él? —preguntó Bruto.

Ella se tiró del pelo enfadada.

—Me habría ido ya de no estar mi padre ausente de la ciudad. Es sólo una cuestión de cortesía entre ellos. El trato ya está cerrado. Hace poco vino un mensajero de Pompeyo con palabras bonitas y regalos. Oro y plata en cantidades suficientes como para dejarme anonadada. Deberías haber visto el precio que pagarán por esta esclava.

—No, pequeña, tú no serás una esclava para él, nunca, llevando la sangre de tu padre en las venas. Lo dejarás prendado enseguida. Ya lo verás.

Ella se aproximó a él y Bruto volvió a sentir el aroma a flores oscuras. Cuando

ella extendió los brazos, él dejó caer el cepillo al suelo cubierto de paja y la sujetó por las muñecas.

—¿En qué estarás pensando? —murmuró Bruto con voz ronca.

Nada de aquello parecía real, aunque, a pesar de la penumbra reinante, podía ver el pálido contorno de su cuello en contraste con las sombras.

—Estoy pensando en que no voy a entregarme virgen a él —susurró ella inclinándose hasta que sus labios rozaron el cuello de Bruto.

Él sentía el calor jadeante de su respiración y todo dejó de importarle.

—No —dijo por fin—, no lo harás.

Bruto le soltó las muñecas. Separó con delicadeza la sábana que la envolvía y la dejó desnuda hasta la cintura. Sus pechos eran pálidos y parecían perfectos en la oscuridad, con los pezones duros. Su respiración se aceleró cuando le acarició la espalda y la sintió estremecerse.

La besó entonces hasta que su boca le entregó su calor. Sin mediar más palabra, la cogió en brazos, la acercó hasta un montón de paja y la tendió. Mientras acababa de desnudarla, las heridas se convirtieron en un dolor lejano que apenas percibía. Su propia respiración le secaba la garganta, pero se obligó a inclinarse lentamente sobre ella hasta que su cálida boca volvió a abrirse para lanzar un grito.

El grupo congregado en el patio para regresar a Roma poco tenía que ver con los refugiados aterrorizados y polvorientos que habían llamado a las puertas de la finca casi dos meses atrás. Clodia les había dicho a los niños que podían ir a visitarla siempre que lo desearan, y dos de ellos se le habían vuelto a escapar aquella misma mañana. La vieja nodriza adoraba a los pequeños y hubo lágrimas por ambos bandos.

A medida que transcurrían los días lejos de la ciudad Tabbic se había ido irritando cada vez más, y ahora, cuando por fin llegaba el momento de la partida, apenas le quedaba paciencia para la despedida. Había realizado varios viajes en solitario hasta la ciudad en cuanto la legión de Pompeyo había vuelto a controlar las murallas. La tienda había sobrevivido a los incendios del barrio. Aunque la habían saqueado, la enorme forja que constituía el corazón de su negocio había sobrevivido intacta. Tabbic estaba ya pensando en una nueva puerta y en nuevas cerraduras que sustituyesen las que habían sido forzadas. Sus informes sobre la nueva paz habían puesto fin a su estancia en la finca. Pompeyo había acabado sin contemplaciones con los líderes de las bandas, y al menos durante el día la ciudad empezaba a parecerse a la que había sido. Corrían rumores de que Craso había enviado al senado una enorme cantidad de dinero y que había centenares de carpinteros dedicados a la reconstrucción. Pasaría algún tiempo antes de que los ciudadanos pensaran en lujos como las joyas, pero Tabbic estaría preparado entonces para atenderlos. Su pequeña parte del trabajo era su regalo a la ciudad, pero significaba mucho. Recoger todas las herramientas que hubieran quedado era el primer paso para dejar atrás los horrores de

los disturbios.

Bruto tenía tentaciones de dejar descansar la pierna un poco más, pero Alexandria había ido enfriándose durante los últimos días. No creía que estuviera al corriente de lo sucedido en los establos, pero había momentos en que la sorprendía mirándolo de soslayo, como si estuviera preguntándose quién era él. Aunque no sabía por qué, sabía que de retrasar su partida no volvería a verla.

En el sur la primavera llegaba siempre con antelación y los árboles empezaban a florecer en los bosques. Sin duda Julio estaría esperándolo con impaciencia en el norte. Aun sin desearlo, Bruto sabía que había llegado el momento de ponerse en camino. Regresaría a la vida brutal de los legionarios, pero por alguna razón que se escapaba la expectativa no lo llenaba del entusiasmo que siempre le había provocado. Bruto colocó en su lugar el bloque de madera que necesitaba para montar y lanzó una mirada furtiva al patio mientras se hacía con las riendas. Julia no estaba allí y sintió los ojos de Alexandria clavados en él mientras la buscaba.

Un esclavo de la casa abrió la robusta puerta por completo y ante ellos se abrió el camino que llevaba hasta la carretera principal hacia la ciudad.

—¡Por fin apareces! —dijo Clodia—. Creía que ibas a perderte la despedida.

Julia salió de la casa, se despidió personalmente de todos ellos y aceptó sus agradecimientos como dueña de la casa. Bruto observó con atención cómo ella y Alexandria intercambiaban algunas palabras, pero ambas mujeres se sonrieron y no adivinó ningún tipo de tensión entre ellas. Se relajó un poco cuando Julia se acercó a él, y reaccionó con naturalidad cuando ella se inclinó para darle un beso de despedida. Sintió la lengua de Julia atacando sus labios un instante, paralizándolo ante la situación. Su boca sabía a miel.

—Vuelve —le susurró mientras él se acomodaba en la silla, sin atreverse a mirar a Alexandria. Sentía sus ojos clavados en su nuca. Aunque simulaba que nada sucedía, notó que se le subían los colores a las mejillas. Ni una palabra a Julio, de eso estaba seguro.

Los niños gritaron y dijeron adiós al unísono en el momento en que iniciaron su viaje de regreso a la ciudad. Clodia había preparado para todos paquetes con carne y pimientos hervidos, y un par de ellos estaban ya hurgando con dedos grasientos en el interior de los hatillos de tela. Bruto echó una última mirada a la finca que tan bien conocía desde pequeño y fijó la imagen en su memoria. Cuanto todo en su vida giraba hasta perder el sentido, había algunas cosas que permanecían sólidas en su lugar y que le proporcionaban cierta sensación de paz.

XXXVIII

Las teas que adornaban la corona de oro de los arvernos parpadearon cuando el sacerdote la izó para mostrarla a los guerreros. Sostenía con la otra mano un torques dorado que brillaba entre sus dedos.

El sacerdote se había embadurnado el cuerpo entero con sangre y tierra, lo cual lo hacía confundirse con las sombras del templo. Llevaba el torso desnudo y las puntas de la barba adornadas con pedazos de un barro blanquecino que se sacudía de un lado al otro cuando hablaba.

—El viejo rey ha muerto, arvernos. Su cuerpo será incinerado, aunque su nombre y sus hazañas seguirán en nuestras bocas durante todos los años que vivamos. El rey era un hombre, arvernos. Sus cabezas de ganado se contaban por millares y su espada fue fuerte hasta el final. Repartió su semilla para traer a sus hijos al mundo y sus esposas se cortarían el pelo y las carnes en señal de duelo. No volveremos a verlo.

El sacerdote miró a la tribu apiñada en el interior del templo. Era para él una noche muy amarga. Había sido amigo y asesor del viejo rey durante veinte años y había compartido con él su temor por el futuro cuando la edad y la debilidad habían empezado a quitarle el aliento. ¿Quién de entre todos sus hijos reunía la fuerza suficiente para liderar la tribu en momentos tan difíciles como aquéllos? El más pequeño, Brigh, no era más que un niño, y el mayor era un fanfarrón jactancioso, demasiado débil en aquellas ocasiones en las que más fuerte un rey debía mostrarse. Madoc no sería rey.

El sacerdote miró a los ojos a Cingeto, que permanecía en pie en el suelo de mármol oscuro junto a sus hermanos. Era lo bastante guerrero como para liderarlos, pero su temperamento se había hecho ya famoso entre los arvernos. Había acabado en duelo con la vida de tres hombres antes de que llegase la fecha de su ceremonia de iniciación, y el anciano sacerdote habría dado cualquier cosa por disponer de unos años más y ver en qué acababa convirtiéndose.

Tenía que seguir hablando, pero el sacerdote sentía una frialdad en el corazón que casi le impedía respirar.

—¿Quién de vosotros tomará la corona de mi mano? ¿Quién de vosotros se ha ganado el derecho a liderar a los arvernos?

Los tres hermanos intercambiaron miradas, y Brigh sonrió y movió negativamente la cabeza.

—No es para mí —dijo, y dio un paso atrás.

Cingeto y Madoc se miraron y el silencio se tornó asfixiante.

—Soy el hijo mayor —dijo por fin Madoc, con las mejillas encendidas de rabia.

—Sí, pero no eres el hombre que ahora necesitamos —murmuró Cingeto en voz baja—. El que tome la corona deberá prepararse para la guerra, de lo contrario

nuestra tribu desaparecerá.

Madoc rió con desprecio. Era más alto que su hermano y aprovechó su altura para intimidarlo abalanzándose sobre Cingeto.

—¿Ves algún ejército en nuestras tierras? Enséñame dónde están. Señálamelos. —Vociferó aquellas palabras a su hermano, palabras que Cingeto ya había escuchado en otras ocasiones.

—Se acercan. Se han dirigido hacia el norte, pero regresarán muy pronto hacia la zona central. He conocido a su líder y no nos permitirá seguir adelante con nuestro tipo de vida. Sus recaudadores ya han atracado a los seones y los han vendido por miles como esclavos. No pudieron detenerlos y ahora sus mujeres lloran en los campos. Debemos combatirlo, hermano. Tú no eres el hombre para hacerlo.

Madoc se mofó de él.

—No eran más que seones, hermano. Los arvernos son hombres. Si vienen a molestarnos, acabaremos con ellos.

—¿Es que eres incapaz de ver un poco más allá? —espetó Cingeto—. Estás ciego, igual que los seones estaban ciegos. Convertiré a los arvernos en una antorcha en la oscuridad y nos uniremos a las demás tribus. Los lideraré a todos contra esos romanos hasta que queden barridos de la Galia. No podemos seguir aguantando solos.

—Tienes demasiado miedo de ellos como para ser rey, hermanito —dijo Madoc enseñando los dientes.

Cingeto le tapó la boca a Madoc con la mano y lo obligó a dar un paso atrás.

—No pienso ver a mi pueblo destrozado por tu culpa. Si no te sometes a mí, obtendré la corona con un duelo.

Madoc se pasó la lengua por los labios saboreando la sangre. Su mirada se volvió dura.

—Como desees, hermanito. Con fuego y los dioses por testigos. Me parece bien.

Ambos hombres se volvieron de nuevo hacia el sacerdote, quien movió afirmativamente la cabeza.

—Traed las barras de hierro. El fuego lo decidirá.

Rezó para que los dioses proporcionaran valentía al hombre capaz de liderar a los arvernos durante los días oscuros que tenían por delante.

Julio jadeaba guiando su caballo a través del puerto de montaña. El ambiente era gélido y a pesar de que en los valles ya había llegado la primavera, el aire de las cumbres dolía en los pulmones de incluso aquellos que más en forma estaban. Julio miró a Bruto, debilitado y mucho más rezagado que la centuria de la Décima. Había perdido gran parte de su energía en el proceso de recuperación de sus heridas y había momentos en los que Julio pensaba que deberían haberlo dejado para que viajase más adelante. Pero él seguía tenaz su estela, montando siempre que el puerto lo permitía.

El estado de humor de Julio se había animado al ver aparecer en Ariminum al

polvoriento jinete. Estaba impaciente por escuchar las últimas noticias de la ciudad. La fría formalidad del informe que recibió lo llenó de confusión. Le entraron ganas de sacudir a aquel hombre que había entrado cojeando en la casa y que hablaba de sus experiencias con tanto distanciamiento. La vieja rabia se había apoderado de él mientras lo escuchaba, aunque no la había exteriorizado. Servilia se había ido y era él quien debía solucionar las desavenencias surgidas entre los dos.

Julio recordaba las miles de veces que con la ayuda de unas pocas palabras, de un cumplido o incluso de un gesto, se había ganado la confianza de sus hombres. Le embargó la tristeza al darse cuenta de que su más viejo amigo necesitaba también de aquellas mentiras inocentes. Una cosa era darle una palmadita en la espalda a un soldado y ver al instante que su posición se volvía más erguida, y otra muy distinta abandonar la sinceridad que había reinado en su vieja amistad. Por esta razón Julio no había desvelado todavía su decisión. Tras el informe inicial apenas habían cruzado palabra.

Los pensamientos de Julio pasaron entonces a Régulo, que avanzaba penosamente por la nieve a su lado. Era una de esas personas que constituían el corazón de una legión. Cuando entraban a formar parte de las filas de Roma, había algunos que nunca llegarían a ser mejor que animales, pero los hombres como Régulo nunca perdían ese último pedazo de humanidad. Eran capaces de mostrar ternura con una mujer o con un niño y luego entrar en batalla y perder la vida por algo más que ellos mismos. Había senadores que los consideraban pura y simplemente herramientas para matar, jamás los hombres que eran, capaces de comprender lo que Roma significaba. Cuando tenían la oportunidad de hacerlo, los legionarios votaban en las elecciones. Escribían a casa y maldecían y orinaban en la nieve como cualquiera y Julio comprendía perfectamente el amor que Mario había llegado a sentir por ellos.

Liderar a aquellos hombres no era una responsabilidad que pudiera tomarse a la ligera. Esperaban de él alimento y cobijo, que instaurara el orden en sus vidas. Era un respeto difícil de ganarse, un respeto que podía perderse en un único momento de cobardía o indecisión. Era el único modo de conseguirlo.

—¿Corremos, Régulo? —dijo Julio con la respiración entrecortada.

El centurión sonrió sofocado. En Ariminum habían recuperado la costumbre de afeitarse y Julio observó su cara roja y castigada por el viento.

—Mejor no dejar los caballos atrás, señor —respondió Régulo.

Julio le dio una palmadita en la espalda y se detuvo un momento para contemplar las montañas. Aquello era de una belleza letal. El blanco inmaculado de las cumbres brillaba bajo el sol y Bruto luchaba detrás para no perderlos de vista.

Régulo se dio cuenta de que Julio miraba hacia el serpenteante camino por el que habían ascendido.

—¿Vuelvo con él, señor? La pierna del general está empeorando.

—De acuerdo. Dile que ya haremos carreras en la Galia. Lo comprenderá.

Calentaron las largas barras de hierro en los braseros hasta que las puntas estuvieron al rojo vivo. Madoc y Cingeto se habían despojado de su ropa de cintura para arriba y permanecían frente a frente en el centro del templo. Todas las familias se habían congregado allí, y ninguna de ellas mostró el más mínimo temor al ver cómo el sacerdote verificaba las barras de hierro una y otra vez hasta quedar satisfecho y cómo el vello de su mano derecha se erizaba cada vez que la pasaba por encima de la marmita de hierro.

Finalmente el anciano sacerdote se volvió hacia los dos hermanos. Sus torsos eran de un color más pálido que las caras y los brazos. Madoc era musculoso, su aspecto recordaba la potencia que su padre había tenido en su día. Cingeto era más compacto, aunque no le sobraba ni una pizca de grasa. El anciano sacerdote se dispuso a dirigirse a las silenciosas familias de los arvernos.

—Un rey debe tener fuerza, pero debe tener también determinación. El miedo lo sienten todos los hombres, pero cuando la necesidad aprieta, debemos conquistarlo. —Se detuvo un momento saboreando las palabras del ritual. Su antiguo maestro utilizaba una vara para corregir los errores en la recitación. En su época había odiado aquella costumbre, pero también él utilizaba la vara ahora con los aprendices del templo. Las palabras tenían su importancia—. Por derecho de sangre, estos hombres han elegido la prueba de fuego. Uno obtendrá la corona y el otro desaparecerá de las tierras de los arvernos. Así lo manda la ley. El hombre que nos lidere debería tener una mente tan afilada como su espada. Debería ser astuto además de valiente. Los dioses nos conceden que tengamos hoy ante nosotros a este hombre.

Ambos hermanos permanecieron inmóviles mientras el sacerdote hablaba, preparándose para lo que estaba por venir. El sacerdote cogió la primera de las barras y la extrajo del brasero. Incluso el extremo oscuro que sujetaba en la mano estaba rígido.

—Para el mayor va la primera —dijo con los ojos clavados en el extremo reluciente.

Madoc extendió el brazo y cogió la barra de hierro. Se volvió con mirada maliciosa hacia Cingeto.

—Veremos quién de los dos es el bendecido —susurró.

Cingeto no respondió, aunque estaba sudando. Madoc fue acercando la vara al pecho de su hermano hasta que el vello rubio se empezó a erizar desprendiendo un fuerte olor. Entonces rozó la piel de su hermano y la hizo penetrar en su carne.

Los pulmones de Cingeto vaciaron todo el aire que contenían. Todos y cada uno de los músculos de su cuerpo quedaron agónicamente rígidos, pero no gritó. Madoc mantuvo la barra clavada hasta que el calor fue desvaneciéndose y su expresión se tensó de nuevo cuando la introdujo otra vez en el brasero.

Cingeto observó la marca parduzca que había surgido en su piel y que supuraba un líquido claro. Respiró hondo y se recompuso. Extrajo la otra barra sin decir palabra y la respiración de Madoc empezó a acelerarse.

Madoc gruñó al sentir el contacto del metal y en un arrebato de rabia extrajo la siguiente del brasero. El sacerdote le tocó la mano reprobando su acción y Madoc arrojó la barra al suelo, abriendo la boca y respirando con dificultad.

Había empezado la prueba de fuego.

Al final de la segunda jornada en las montañas el accidentado camino inició su descenso hacia la Galia. Julio se detuvo y se apoyó en una roca. Levantó entonces la vista y contempló el paisaje montañoso que los dominaba pensando con asombro en lo lejos que lo habían dejado todo ya. Estaban hambrientos y tenían sueño, y Julio experimentó una extraña claridad de visión, como si el hambre y el viento le hubieran aguzado los sentidos. La Galia se extendía a sus pies con el verde más oscuro que había visto en su vida. Notaba todo el peso de los pulmones en su pecho y respiró hondo por el puro placer de estar vivo en un lugar como aquél.

Bruto tenía la sensación de llevar toda la vida caminando penosamente por las montañas. Su pierna se estremecía cada vez que apoyaba sobre ella el peso de su cuerpo. De no haber tenido el caballo para apoyarse, estaba seguro de que habría acabado cayendo al suelo tarde o temprano. Mientras la centuria descansaba, Régulo y él siguieron serpenteando entre la columna hasta llegar al frente. Julio oyó que algunos de sus hombres lanzaban vítores animando a alguien. Se volvió y vio que se acercaban. Sonrió al ver que la pareja respondía a las voces y se obligaba a seguir avanzando. La fuerza de la hermandad entre sus soldados nunca dejaría de llenarlo de orgullo. Mientras Julio los observaba, Bruto y Régulo siguieron sonriendo a los silbidos y a los gritos, y alguna respuesta de Régulo los hizo reír a todos a carcajadas.

Julio contempló de nuevo la Galia a sus pies. Allí extendida, tenía un aspecto engañosamente tranquilo, casi como si fuera posible dar un paso y aterrizar justamente en su corazón. Esperaba que llegase un día en que los viajeros que atravesaban los puertos de montaña pudieran ver allí ciudades tan grandes como Roma. Más allá estaba el mar; reclamándolo, y se imaginó la flota que transportaría la Décima y la Tercera. Las tribus pagarían sus impuestos con oro, y él lo utilizaría para ver lo que había más allá de los confusos acantilados blancos. Llevaría Roma hasta el extremo del mundo, hasta donde ni siquiera Alejandro había llegado.

Bruto llegó junto a él y Julio se percató de las oscuras ojeras bajo los ojos. La escalada había agotado a su amigo, pero el cansancio se había llevado también parte de la frialdad que había traído consigo desde Roma. Cuando sus miradas se encontraron, Julio señaló el paisaje que se abría a sus pies.

—¿Has visto alguna vez algo más bonito?

Bruto bebió agua de la botella que le acercó Régulo y vertió el contenido entre

sus labios cortados.

—¿Hacemos la carrera o no? —dijo—. No pienso esperarte.

Y empezó a descender la pendiente haciendo eses. Julio lo miró con cariño. Régulo se quedó dudando al lado de Julio, sin estar seguro de si debía seguirlo.

—Ve, sigue a su lado —dijo Julio—. Os seguiré.

El olor a carne y fuego inundaba el templo. Ambos hombres sangraban y su piel se abría más y más a medida que iban pasando los turnos con los hierros. Once turnos ya soportando el dolor y Cingeto se balanceaba apretando unos dientes blancos que contrastaban con el color de su piel, listo para el doceavo. Observó a su hermano con atención. Era una prueba tanto para la mente como para el cuerpo, y ambos hombres sabían que sólo llegaría a su fin cuando uno de ellos se negara a tocar al otro. Cada nueva quemadura significaba que tendrían que enfrentarse a otra más, y saber aquellos ios consumía tanto como la pérdida de fuerza.

Madoc dudó al cerrar los dedos en torno a la oscura barra de hierro. De acercarla a su hermano menor tendría que soportar un golpe más sobre su propia piel. No estaba seguro de aguantarlo, aunque el deseo de ver a Cingeto humillado seguía siendo todavía muy potente.

La prueba era un examen muy duro. Entre tantas oleadas de dolor, el único consuelo era pensar en el momento en el que el atormentador sentiría lo mismo. Una tortura como aquélla acababa haciendo añicos la determinación y la fuerza. Cingeto atisbo un rayo de esperanza al ver que su hermano dudaba. ¿Sería por la crueldad de prolongar el momento o porque por fin había perdido el placer por las barras de hierro?

—Dioses, dadme fuerza para otro —oyó murmurar a Madoc.

Cingeto estuvo a punto de gritar al ver la punta al rojo vivo del metal saliendo una vez más de entre las llamas. Vio a Madoc levantar la barra y cerró los ojos aterrizado, anticipándose a lo que iba a llegar. Todo su cuerpo se encogió pensando en el contacto y por el terror de no tener la voluntad necesaria para seguir adelante cuando a él le tocara decidir. El espíritu, nunca la carne, elegía el ganador de la prueba. Cingeto lo comprendía como nunca podría haberlo comprendido de no haberlo experimentado.

Un sonido metálico reverberó en el interior del templo y Cingeto abrió sorprendido los ojos de par en par. Madoc había dejado caer la barra y permanecía inmóvil frente a él, el dolor y el agotamiento retorcían su rostro.

—Ya es bastante, hermanito —dijo Madoc prácticamente derrumbándose.

Cingeto se abalanzó hacia él para evitar la caída, y las punzadas provocadas por las quemaduras dibujaron en su rostro una mueca de dolor.

El sacerdote sonrió feliz cuando los dos hombres se volvieron hacia él. Ya estaba pensando en las líneas que añadiría a la historia de la tribu. ¡El príncipe de los

arvernos resistió once barras de hierro! No recordaba más de nueve, e incluso el gran Ailpein, trescientos años antes, había tenido que resistir sólo siete para convertirse en rey. Aquello era un buen presagio y sintió que parte de su oscura preocupación se desvanecía.

—Uno será el rey y el otro marchará —dijo en voz alta, y lo repitió para las familias allí congregadas. Se adelantó hacia Cingeto, coronó su cabeza con la banda de oro y ciñó el torques en torno a los tensos tendones de su cuello.

—No —dijo Cingeto mirando a su hermano—. No pienso perderte después de esta noche, hermano mío. ¿Te quedarás a combatir a mi lado? Te necesitaré.

El sacerdote los miró boquiabierto y horrorizado.

—La ley... —empezó.

Cingeto levantó una mano luchando contra el dolor, que amenazaba con superarlo.

—Te necesito, Madoc. ¿Me seguirás?

Su hermano se enderezó. Todo él expresaba dolor; la sangre de las heridas resbalaba por su pecho.

—Lo haré, hermano mío. Lo haré.

—Entonces debemos convocar a las tribus.

Julia se acercó hasta la base de la escalinata del antiguo edificio del senado y se estremeció ante la visión del espacio vacío que había quedado más allá. El olor a humo seguía inundando sutilmente el ambiente y resultaba fácil imaginarse a los amotinados asaltando aquel lugar. Se había iniciado ya la construcción del nuevo edificio, y el ruido de las multitudes estaba acompañado por los golpes de martillo y los gritos de los obreros.

Clodia caminaba pegada a su espalda, nerviosa en un espacio como el gran foro.

—Ya está. Ya has visto los daños y has corrido un riesgo que no deberías haber corrido. La ciudad no es lugar seguro para una joven, ni siquiera ahora.

Julia le lanzó una mirada burlona.

—Ves los soldados, ¿verdad? Pompeyo tiene ahora el control; eso fue lo que dijo Bruto. Está ocupado con sus reuniones y sus discursos. Tal vez se haya olvidado de mí.

—No dices más que tonterías, niña. No irás a pretender que se encarama a tu ventana como un jovencito. Y menos con la posición que ostenta.

—Aun así, si espera acostarse conmigo, debería mostrar un poco de interés, ¿no crees?

Clodia miró rápidamente a su alrededor para percatarse de si alguien entre la multitud prestaba interés a su conversación.

—¡No es un tema adecuado! Tu madre estaría avergonzada de oírte hablar con tanto descaro —dijo agarrando a Julia por el brazo.

Julia hizo una mueca de dolor y retiró el brazo disfrutando de la oportunidad de incomodar a la anciana.

—Eso si no es demasiado viejo para encontrar la cama. ¿Crees que podría ser el caso?

—Déjalo ya, niña. Te voy a borrar esa sonrisa de la cara de un bofetón —le dijo Clodia entre dientes.

Julia se encogió de hombros pensando feliz en la sensación de la piel de Bruto pegada a la suya. Sabía que era mejor no contarle a Clodia lo de la noche del establo. Sus temores se habían esfumado después de la primera punzada de dolor. Bruto se había mostrado delicado con ella y había descubierto un anhelo íntimo del que Pompeyo disfrutaría cuando finalmente la hiciese su esposa.

Una voz interrumpió sus pensamientos y le hizo abrir los ojos con sentimiento de culpa.

—¿Os habéis perdido, señoras? Parecéis perdidas, aquí, junto a la antigua escalinata.

Antes de que Julia pudiese responder, Clodia se inclinó y agachó la cabeza. El repentino servilismo de la anciana fue suficiente para llevarla a mirar por segunda vez al hombre que se había dirigido a ellas. Su toga lo distinguía como miembro de la *nobilitas*, aunque la confianza natural con la que se comportaba habría bastado. Julia se percató de que su cabello brillaba con aceitosa perfección. El hombre sonrió ante su mirada y permitió que sus ojos descendieran por un breve instante hasta sus pechos.

—Nos íbamos en este momento, señor —dijo rápidamente Clodia—. Tenemos una cita con unos amigos.

Julia frunció el entrecejo al sentir que volvía a agarrar su brazo con fuerza.

—Es una pena —dijo el joven recorriendo con la mirada la figura de Julia.

Julia se sonrojó, consciente de pronto de la modestia de los vestidos que había utilizado para realizar aquella visita.

—Si a vuestros amigos no les importa esperar, tengo una pequeña casa muy cerca de aquí donde podríais lavaros y comer algo. Caminar por la ciudad resulta muy cansado si no se dispone de un lugar donde descansar un poco.

Mientras hablaba el joven hizo un sutil movimiento de cintura y Julia adivinó el inconfundible tintineo de monedas. Clodia intentó tirar de ella, pero se resistió, deseosa de reventar la arrogancia de aquel hombre.

—No te has presentado —dijo mostrando su sonrisa.

El hombre se infló ante aquel interés.

—Suetonio Prando. Soy senador, querida, pero no todas las tardes tienen que dedicarse al trabajo.

—He... oído mencionar ese nombre —dijo muy despacio Julia, aunque no sabía

de qué le sonaba.

Suetonio asintió, como si esperara que así fuera. Julia no se dio cuenta de que Clodia se quedaba blanca.

—Tu futuro marido está esperándote, Julia —dijo Clodia.

Consiguió arrastrarla unos cuantos pasos, pero Suetonio las siguió, no dispuesto a dejarlas ir tan fácilmente. Posó su mano sobre la de Clodia para detenerlas.

—Estábamos manteniendo una conversación. No hay nada malo en ello. —Volvió a hacer sonar las monedas y Julia a punto estuvo de estallar de risa al oírlas.

—¿Pretendes comprar mi atención, Suetonio? —dijo.

Pestañeó ante su franqueza y luego le guiñó el ojo, siguiéndole el juego.

—¿Le importaría a tu esposo? —dijo acercándose más a ella.

Algo en la frialdad de su mirada cambió al instante el ambiente y Julia lo miró con mala cara.

—Pompeyo no es todavía mi esposo, Suetonio. A lo mejor no le importaría que pasase la tarde contigo. ¿Qué opinas?

Por un momento Suetonio no comprendió lo que acababa de decirle. Pero de pronto lo vio todo claro y la expresión de su rostro cambió por completo.

—Conozco a tu padre, chica —murmuró casi para sus adentros.

Julia levantó lentamente la cabeza al recordar.

—¡Ya sabía que me sonaba tu nombre! Sí, claro que te conozco.

De repente se echó a reír y Suetonio se puso colorado de rabia e impotencia. No se atrevía a decirle nada más.

—Mi padre cuenta historias maravillosas sobre ti, Suetonio. Deberías oírlas, de verdad que sí. —Se volvió hacia Clodia ignorando su mirada suplicante—. En una ocasión te metió en un agujero en el suelo, ¿verdad? Recuerdo que lo contaba, Clodia. Fue muy divertido.

Suetonio sonrió muy tenso.

—Los dos éramos muy jóvenes. Buenos días a las dos.

—¿Ya te vas? Creía que íbamos a tu casa a comer un poco.

—Tal vez en otra ocasión —replicó.

Julia dio un paso hacia él al ver sus ojos ardiendo de rabia.

—Cuidado cuando te vayas, senador. Los ladrones oirán el sonido de todas las monedas que llevas encima. Incluso lo oiría yo. —Forzó en su rostro una expresión de seria formalidad mientras él seguía sofocado por la rabia.

—Dale recuerdos a tu madre cuando vuelvas a verla —dijo él de pronto pasándose la lengua por el labio inferior. Había algo profundamente desagradable en su mirada.

—Murió —respondió Julia. Estaba empezando a desear no haber iniciado nunca la conversación.

—Oh, sí. Fue terrible —dijo Suetonio, pero sus palabras sonaron vacías tras una sonrisa trémula que no pudo controlar. Con un tenso saludo, dio media vuelta y atravesó el foro dejándolas solas.

Cuando Julia miró por fin a Clodia, ésta levantó las cejas.

—Eres un peligro para ti misma —espetó Clodia—. Cuanto antes seas esposa de Pompeyo, mejor. Sólo espero que sepa darte un buen cachete cuando sea preciso.

Julia extendió el brazo y sujetó a Clodia por la barbilla.

—No se atrevería. Mi padre lo despellejaría.

Entonces Clodia le dio un bofetón. Julia se llevó la mano a la cara, perpleja. La anciana estaba temblando, impenitente.

—La vida es más dura de lo que te imaginas, niña. Siempre lo ha sido.

El rey de los arvernos cerró la puerta del salón empujándola contra un viento que dejó una repentina presión en sus oídos y una oleada de nieve en el suelo, a sus pies.

Se volvió hacia los hombres a los que había congregado y entre los que había representantes de las tribus más antiguas de la Galia. Estaban presentes los seones y los cadurcos, los pictos, los turones y docenas de tribus más. Algunas de ellas se habían convertido en vasallos de Roma, otras representaban sólo una patética fracción del poder que en su día habían conocido, después de que los miembros de sus ejércitos hubieran sido vendidos como esclavos y su ganado robado para alimentar a las legiones. Mhorbaine, de los eduos, había rechazado la oferta, pero los demás buscaban su liderazgo. Unidos podrían reunir un ejército que rompería la retaguardia de la dominación romana en su territorio. Cingeto, repasando las miradas de todos ellos, similares a las de un ave de presa, apenas sentía el frío invernal.

—¿Acataréis todas mis órdenes? —les preguntó lentamente.

Sabía que lo harían. De lo contrario no habrían viajado en un invierno tan duro como aquél para reunirse con él.

Los hombres fueron poniéndose en pie uno a uno y brindando en promesa de su apoyo y sus guerreros. A pesar del poco cariño que pudieran sentir por los arvernos, los años de guerra habían debilitado sus peleas. Por separado caerían a buen seguro, pero bajo un único líder, un único gran rey, expulsarían a los invasores de la Galia. Cingeto había asumido el papel, y los demás, desesperados, lo habían aceptado.

—Os digo que de momento esperéis y os preparéis. Forjad espadas y armaduras. Preparad reservas de cereales y conservad en salazón una parte de cada res que sacrificuéis en la tribu. No cometeremos los errores de años anteriores, ni desperdiciaremos nuestras fuerzas en ataques infructuosos. Cuando avancemos, avanzaremos como uno solo, y únicamente cuando los romanos estén dispersados y debilitados. Entonces se enterarán de que no se le puede robar la Galia a su pueblo. Explicad a vuestros guerreros que marcharán bajo las órdenes del gran rey, unidos como lo estuvieron hace ya mil años, cuando nada en el mundo podía

anteponérsenos. La historia nos cuenta que éramos un solo pueblo, los jinetes de las montañas. Nuestro idioma es una señal de nuestra hermandad y nuestra forma de ser.

Se había erigido en una figura poderosa ante todos ellos. Ninguno de los reyes apartaba la mirada de su feroz expresión. Madoc permanecía de pie a sus espaldas. El hecho de que hubiera permitido a su hermano menor heredar la corona de su padre no había pasado por aleo a nadie. Las palabras de Cingeto se referían a lealtades más antiguas que las de la tribu, y todos sintieron el pulso acelerarse ante la idea de unir de nuevo los viejos pueblos.

—A partir de hoy se han acabado las disputas tribales. No permitamos que ningún galo acabe con la vida de uno de los suyos, pues necesitaremos de todas las espadas disponibles para luchar contra el enemigo. Cuando se produzca una disidencia, utilizad mi nombre —dijo Cingeto—. Decidles que Vercingetórix los llama a las armas.

XXXIX

Julio rodeaba con el brazo la elevada proa de la galera, desasosegado e impaciente, viendo cómo la costa blanca aumentaba de tamaño ante sus ojos. Había aprendido de las desastrosas experiencias de la primera expedición, y aquella vez el año estaba aún joven para llevar a cabo la travesía. La flota que alborotaba el mar con sus largos remos, creando torbellinos de espuma a su alrededor, era cien veces mayor que la primera y le había costado hasta la última moneda y todos los favores que había acumulado en la Galia. Había debilitado sus defensas en pro de aquel golpe marítimo, pero los acantilados blancos de los britanos habían sido su primer fracaso y no podía permitirse un segundo.

Resultaba difícil no recordar el mar teñido del rojo de la sangre después de que sus galeras arribaran a la costa y fueran destrozadas. Aquella primera noche en la que las tribus de los pieles azules los habían atacado en el agua había quedado grabada con fuego en su memoria.

Se agarró con más fuerza a la madera al recordar el desembarco que la Décima había forzado en aquel mar embravecido y oscuro. Muchos hombres habían quedado atrás, flotando bocabajo, las gaviotas abalanzándose sobre sus cuerpos arrastrados por la corriente. Lo mirase por donde lo mirase aquellas tres semanas habían sido un desastre. Todos los días había llovido con una potencia cegadora y había hecho mucho frío. Los que sobrevivieron a la carnicería del desembarco habían estado más cerca de la desesperación que nunca. Durante días no habían tenido noticias sobre si alguna de las galeras había sobrevivido a la tormenta. Y aunque Julio había ocultado a sus hombres la sensación que él mismo estaba experimentando, nunca se había sentido más aliviado que cuando vislumbró las maltrechas galeras avanzando penosamente hacia ellos.

Sus legiones habían combatido con valentía a las tribus de las pieles azules, pero Julio sabía incluso entonces que no podrían permanecer en aquel territorio sin una flota que les aportase suministros. Había aceptado la rendición de Comio, su jefe, pero con los pensamientos fijos ya en la primavera siguiente.

Había aprendido muy bien la lección que le había enseñado aquella abrupta costa. Julio oía por todos lados los gritos de los capitanes de las naves marcando el ritmo de los remos. La espuma del mar le salpicaba cada vez que la proa se levantaba y volvía a caer y se inclinó hacia delante barriendo con la mirada la costa en busca de los guerreros pintados. Aquella vez no habría marcha atrás.

Mirara hacia donde mirara veía sus galeras avanzando entre las olas. Centenares de naves que había mendigado, comprado y alquilado para transportar hasta la isla a cinco legiones enteras. En los establos dispuestos bajo las cubiertas había dos mil caballos que ayudarían a acabar con las tribus pintadas.

Con un escalofrío que tenía más que ver con el recuerdo que con el clima, Julio vio a los guerreros asomar por encima de los acantilados, pero aquella vez se mofó de ellos. Les permitió contemplar cómo se acercaba a sus costas la mayor flota que el mundo jamás había conocido. Que miraran.

Las olas no tenían nada que ver con la furia y la fuerza del año anterior. Eran los días más calurosos del verano, y el oleaje apenas balanceaba las pesadas galeras. Julio escuchó la señal de las trompas recorriendo las naves. Descendieron los botes y la Décima se instaló en ellos.

Julio saltó al mar por el lateral de su nave sin poder creerse que se tratara de la misma costa. Vio a sus hombres arrastrando los botes hacia la playa de guijarros para ponerlos a cobijo de posibles temporales. Todo a su alrededor era el movimiento y la energía que conocía desde hacía años. Gritos dando órdenes, paquetes y armaduras desembarcando hasta formar un perímetro defensivo y poder convocar con los enormes cuernos de bronce la presencia de las siguientes unidades. Julio sintió un escalofrío cuando el manto mojado se pegó a su piel. Recorrió la playa y contempló el mar enseñando los dientes. Esperaba que las tribus pintadas de los britanos estuvieran observando el ejército que iba a ocupar su territorio.

Trasladar una cantidad tan impresionante de hombres y botes hasta la costa llevaba implícitas una serie de heridas y errores. Una de las pequeñas naves se volcó cuando sus ocupantes intentaban saltar de ella y uno de los *optios* se aplastó el pie con el peso. Una cantidad considerable de paquetes y lanzas fue a parar al agua. Sus propietarios se encargaron de recuperar los objetos animados por los gritos de sus oficiales. Rentó, con su único brazo, resbaló al desembarcar de un bote y desapareció bajo el agua a pesar de las manos que tiraban de él. Cuando consiguieron sacarlo del mar, rugía de indignación. A pesar de las dificultades, llevar a cabo un desembarco tan numeroso sin perder ni una vida fue en sí mismo una hazaña y cuando el sol empezó a desaparecer por el horizonte, la Décima había ya instalado el primer campamento, impidiendo el paso hasta la orilla, donde todavía podían ser vulnerables.

No vieron más indicios de las tribus que con tanta violencia habían defendido sus territorios el año anterior. Tras haber observado desde los acantilados, los britanos se habían retirado. Julio sonrió pensando en la consternación que reinaría en sus campamentos y poblados en aquellos momentos y se preguntó qué habría sido de Comio, el rey de las colinas del sur. Se imaginaba lo que habría sentido Comio al ver sus legiones por primera vez y enviar a sus guerreros de piel azul al mar para expulsarlos de sus tierras. Julio recordó con un escalofrío los enormes perros que peleaban a su lado y que provocaron cada uno una docena de heridos antes de caer. Ni siquiera ellos habían sido suficientes para derrotar a los veteranos de la Galia.

Comio se había rendido después de que las legiones ganaran las dunas y

descendieran a los campos que había más allá para aplastar a los guerreros azules. El rey había mantenido su dignidad incluso cuando hizo su entrada en el campamento improvisado de la playa para ofrecer su espada. Los centinelas pretendían detenerlo, pero Julio, con el pulso acelerado, le había hecho señas indicándole que entrara.

Recordaba el respeto que había sentido al hablar por fin con hombres que en Roma eran casi un mito. Y a pesar de su aspecto salvaje, aquellos tribales habían sido capaces de comprender el sencillo idioma galo que Julio había conseguido aprender.

—Al otro lado del agua los pescadores os llaman los *pretarti*, los que van pintados —había dicho Julio sopesando lentamente la espada en su mano—. ¿Cómo los llamáis vosotros?

El rey azul había mirado a sus acompañantes y se había encogido de hombros.

—No pensamos mucho en ellos —había respondido.

Julio rió entre dientes recordando la escena. Esperaba que Comio hubiese sobrevivido aquel año. Con la playa asegurada, Bruto acercó su Tercera Gallica para apoyar a la Décima, y Marco Antonio se sumó a los romanos en tierra firme de modo que cada cohorte protegiera a la siguiente en su avance en calculadas fases hacia el interior. A la caída de la noche, las galeras se habían retirado hacia aguas más profundas, donde no pudieran ser sorprendidas, y las legiones estaban ocupadas en la tarea de construir los fuertes.

Después de años en la Galia, llevaban a cabo aquella conocida tarea con tranquila eficiencia. Los *extraordinarii* tenían la misión de pulular por los extremos de las posiciones dispuestos a dar la voz de alarma y a retener cualquier ataque hasta que los escuadrones estuvieran formados. Los muros de tierra amontonada y árboles talados subieron con la facilidad que da la práctica, y cuando las estrellas y la luna se situaron en la medianoche, estaban ya seguros y preparados para afrontar el día.

Julio convocó a su consejo mientras circulaba la primera comida caliente para todos los que con tanto esfuerzo se la habían ganado. Aceptó una bandeja de estofado de verduras y lo olió con admiración, pensando siempre en los legionarios. Ellos sonrieron observando la cata y fue pasándola, deteniéndose para hablar con todo aquel con cuya mirada se cruzaba.

Berico se había quedado en la Galia y tenía que cubrir la totalidad del amplio territorio únicamente con su legión y los irregulares. El general de Ariminum era un soldado experimentado y sólido que nunca arriesgaría a los hombres a su mando. Bruto, no obstante, se había quedado horrorizado pensando en el peligro que representaba dejar tan pocos recursos en la Galia durante su ausencia. Julio había aguantado sus protestas y luego había seguido adelante con sus planes. Bruto no había estado presente en el primer desembarco porque la tempestad había impedido que su galera se acercara a la costa. No podía comprender la necesidad que Julio sentía de convertir el segundo ataque en un golpe demoledor. No había visco el mar

tornándose rojo ni a los legionarios caer en manos de los guerreros de piel azul y de sus monstruosos perros.

Julio se había jurado que aquel año los britanos se arrodillarían ante él o serían aplastados. Disponía de los hombres y las naves. Disponía del momento adecuado del año y de la voluntad. Hizo su entrada en la tienda de mando, cuyo interior estaba iluminado con antorchas, y dejó el plato de comida en la mesa para que se enfriara. La tensión que se agitaba en su interior le impedía comee Roma parecía tan lejana como un sueño y había momentos en los que la distancia llevaba a Julio a sacudir la cabeza con incredulidad. Si Mario o su padre hubiesen estado allí para compartir todo aquello con él... Mario habría comprendido su satisfacción. Se había adentrado en África lo bastante para entenderla.

Los miembros del consejo fueron llegando en parejas o tríos y Julio supo dominar sus sentimientos para recibirlos con formalidad. Había ordenado que trajeran comida y se asomó a la puerta de la tienda para observar el cielo nocturno mientras esperaba a que acabasen de comer. Después del primer desembarque disponían de mapas sencillos para guiarlos hacia el norte, y los exploradores que los habían realizado se desplazarían para evaluar el poderío de las tribus con las que tendrían que enfrentarse. Julio apenas podía esperar a que apareciera el primer rayo de luz.

La noticia de la llegada de la flota había viajado con rapidez. Cuando la funesta invasión se hizo evidente, Comio revocó sus planes de defender la costa. Las intenciones de un ejército de aquel tamaño eran inequívocas y no había posibilidades, por mucho que los trinovantes pudieran resistir frente a ellos. Se retiraron hacia una cadena de fuertes situada a doce millas tierra adentro y Comio envió mensajeros a todas las tribus cercanas. Convocó a los cenimagni y a los ancalites. Convocó a los segontiaci y a los bibroci, y todos acudieron sin miedo a su llamada. Nadie había visto jamás una congregación de enemigos tan grande, y todos sabían la cantidad de trinovantes que habían perdido la vida el año anterior luchando contra un número inferior.

Comio pretendía salvar la vida de los suyos, de modo que la discusión se prolongó durante la totalidad de aquella primera noche.

—¡No combatisteis contra ellos la primera vez! —dijo a los líderes—. Eran unos pocos miles y nos destrozaron. Con el ejército que han traído ahora no tenemos elección. Debemos soportarlos igual que soportamos el invierno. Es la única manera de sobrevivir a su paso.

Comio observó la expresión de rabia de los hombres que tenía enfrente. Beran, de los ancalites, se puso en pie y Comio lo afrontó con resignación, imaginándose sus palabras antes de que las pronunciara.

—Los catuvelaunos dicen que lucharán. Aceptarán a cualquiera de nosotros bajo el mando de su rey y como espadas hermanas. Al menos es mejor que quedarse

esperando a que acaben uno a uno con todos.

Comio suspiró. Conocía la oferta del joven rey, Casivelauno, y le daba náuseas. Ninguno de los hombres allí reunidos parecía comprender el peligro que suponía el ejército que acababa de desembarcar en su costa. No tenía límites. Comio dudaba que fuese posible replegarlos de nuevo hacia el mar, aunque todos los hombres de su tierra cogiesen las armas. El rey de los catuvelaunos estaba cegado por su ambición de liderar todas las tribus y Comio no deseaba formar parte de aquella locura. Casivelauno aprendería la lección de la única manera posible, igual que Comio la había aprendido antes que él. Para los demás, no obstante, seguía habiendo esperanza.

—Deja que Casivelauno reúna a las tribus bajo sus estandartes. No será suficiente, ni aun contando con nosotros. Dime, Beran, ¿cuántos hombres puedes alejar de tus cosechas y tus rebaños para entrar en batalla?

Beran se revolvió incómodo ante la pregunta, pero luego se encogió de hombros.

—Mil doscientos quizá. Menos si dejo algunos en la retaguardia para proteger a las mujeres.

Fueron sumando sus cifras bajo la mirada severa de Comio.

—Así pues, entre todos nosotros podemos reunir ocho mil guerreros como máximo. Casivelauno dispone de tres mil, y sus tribus vecinas pueden aportar seis mil más, si acceden a seguirlo. Diecisiete mil. Cuando lucharon contra mí, mis hombres contaron veinticinco mil, y varios miles más de jinetes a caballo.

—Las he conocido peores —dijo Beran con una sonrisa.

Comio lo miró de reojo.

—No, no las has conocido. Perdí a tres mil de mis mejores hombres luchando contra ellos en la playa y entre los maizales. Son hombres duros, amigos míos, pero no pueden gobernarnos desde el mar. Eso nadie lo ha conseguido nunca. Debemos esperar hasta que el invierno los haga retroceder. Son conscientes del daño que las tormentas pueden causar a sus naves.

—Va a ser muy duro pedir a mi gente que guarde las espadas —dijo Beran—. Habrá muchos que querrán unirse a los catuvelaunos.

—¡Pues deja que lo hagan! —gritó Comio perdiendo por fin los estribos—. Permite que todos los que desean morir se unan a Casivelauno y entren en batalla. Serán destruidos. —Se frotó con rabia el puente de la nariz—. Decidas lo que decidas, piensa primero en los trinovantes. En estos momentos quedamos pocos, pero incluso en el caso de que dispusiera de una multitud de hombres, esperaría a ver cómo acababan los catuvelaunos en la primera batalla. Si tan deseoso está su rey de liderarnos a todos nosotros, que nos demuestre que tiene la fuerza suficiente para hacerlo.

Los hombres se miraron entre ellos buscando un acuerdo. El espíritu de cooperación era una experiencia poco habitual, pero desde que aquella mañana se

había avistado la flota todo había dejado de ser normal.

Beran fue el primero en tomar la palabra.

—Tú no eres un cobarde, Comio. Por eso te he escuchado. Esperaré a ver cómo acaba Casivelauno en las primeras escaramuzas. Si es capaz de hacer sangrar a esos hombres, me uniré a él. No quiero quedarme con la cabeza gacha mientras matan a mi gente. Sería demasiado duro.

—Más duro es todavía ver tus templos destrozados y a los ancalites convertidos en cenizas —espetó Comio. Sacudió la cabeza—. Haz lo que creas oportuno. Los trinovantes no formarán parte de ello. —Comio abandonó precipitadamente la sala sin decir nada más y los dejó solos.

Beran contempló su marcha con el ceño fruncido.

—¿Tendrá razón? —dijo.

Cuando Beran se volvió hacia el resto de los allí congregados, se dio cuenta de que por la cabeza de todos ellos pasaba la misma pregunta.

—Dejemos que los catuvelaunos se enfrenten a ellos con todos los hombres que puedan reunir. Ordenaré a mis exploradores que observen, y si dicen que es posible derrotar a esos romanos, avanzaremos.

—Los briboci estarán contigo —dijo su líder.

Los demás se sumaron a él y Beran sonrió. Comprendía que el rey de los catuvelaunos quisiera unir a las tribus bajo su mando. Los hombres reunidos en aquella sala podían aportar cerca de ocho mil guerreros al campo de batalla. Una escena impresionante. Beran apenas podía imaginarse tantos hombres juntos.

Julio estaba aproximándose a los fuertes de las colinas de los trinovantes, a doce millas tierra adentro. Las columnas de soldados habían dejado atrás el sonido y el aroma del mar, y los legionarios, pensando en el futuro, murmuraban valorando positivamente los campos de maíz y los viñedos, cuyas ácidas uvas blancas iban robando a su paso. Había también manzanos silvestres. Bajo el calor del final del verano Julio pensó satisfecho que merecía la pena hacerse con aquellas tierras. La costa no insinuaba en absoluto los prometedores campos que había más allá de ella. Aun así, lo que buscaban sus ojos sin cesar eran las grietas oscuras de las minas. Los britanos habían prometido a Roma estaño y oro, y Julio era consciente de que el orgullo del senado nunca quedaría satisfecho sin aquellos metales.

Las legiones fueron extendiéndose por el vasto territorio, separadas entre sí por los pesados carros que transportaban el equipaje. Llevaban con ellos suministros para un mes y herramientas y equipos para atravesar ríos y construir puentes, incluso para construir una ciudad. En aquel segundo intento de asalto a los acantilados blancos Julio no había dejado nada al azar. Ordenó a las trompas que tocaran el alto y observó la respuesta de las inmensas columnas. Su formación fue alterándose sutilmente hasta donde le alcanzaba la vista para transformarse de filas de hombres en marcha a

soldados en posiciones más defensivas. Julio sonrió con satisfacción. Así era como Roma debía hacer la guerra.

Los fuertes de las colinas, construcciones sólidas de madera y piedra que dominaban las crestas de un terreno montañoso, se extendían dispersos a lo largo del territorio. A sus pies corría un río que en sus mapas estaba señalado con el nombre de Sturr. Julio ordenó a los aguadores que iniciaran el trabajoso proceso de repostar para la legión. No tenían todavía necesidad de hacerlo, pero la Galia le había enseñado a no desperdiciar nunca una oportunidad de conseguir agua o comida. Sus mapas terminaban en el río y, por la información de que disponía, cabía la posibilidad de que se tratase de la última fuente de agua dulce hasta que alcanzaran el Támesis, el río oscuro, a sesenta millas de la costa. Si es que existía.

Julio convocó a Bruto y a Octavio y destacó una cohorte de su veterana Décima para que se aproximara a los fuertes. Mientras daba las órdenes vio la poderosa figura de Ciro avanzando entre las filas en dirección a él. Julio sonrió ante la expresión preocupada del hombretón y respondió a su pregunta antes de que la formulara.

—De acuerdo, Ciro. Únete a nosotros —le gritó.

Julio observó la sensación de alivio que de pronto asomaba en las facciones del soldado gigante. La lealtad de Ciro seguía conmoviéndolo. El fulgor de las armaduras de la Décima incluso hacía daño a los ojos y Julio volvió a sentirse embargado por una potente emoción. Los ejércitos de los britanos podían aparecer en cualquier momento para atacarlos, pero las filas y los rangos estaban perfectamente dispuestos. Las legiones estaban preparadas y las caras de sus integrantes mostraban la misma confianza que la de Julio.

El aire era limpio y puro y se oía el canto de los pájaros. Julio se dispuso a ascender lentamente la pendiente en dirección al más grande de los fuertes. Enumeró las defensas para planificar cómo romperlas en el caso de que los ocupantes no se rindieran. Los muros estaban bien contruidos, y cualquier fuerza que atacara la puerta recibiría sin duda un aluvión de proyectiles desde arriba. Julio se imaginó las dimensiones del ariete que necesitarían para abrir una brecha en troncos tan pesados como aquéllos, y el resultado no lo dejó satisfecho. Se enderezó en su montura en cuanto vio la silueta de cabezas oscuras en lo alto de los muros, consciente de que estaba siendo observado y juzgado.

Del interior del fuerte llegaban gritos y el sonido de los cuernos. Se abrieron las puertas principales y Julio se quedó rígido. Las filas de *triarii* que lo precedían prepararon sus espadas sin orden previa, a la espera de que una carga se abalanzara hacia ellos. Era lo que Julio hubiera hecho de haber estado en la colina, y por ello sujetó con fuerza las riendas al quedar ante él el oscuro interior del fuerte.

No salió ningún guerrero. Entre las sombras apareció un pequeño grupo de hombres, y uno de ellos levantó un brazo a modo de saludo. Julio ordenó a la cohorte

enfundar las espadas para apaciguar un poco la tensión. Octavio hizo avanzar su caballo hasta adelantar a Julio y miró a su general.

—Permíteme entrar con cincuenta hombres, señor. Si se trata de una trampa, lo descubriremos.

Julio miró con cariño a su joven pariente y no vislumbró ningún indicio de miedo o de duda en su tranquila mirada. De tratarse de una trampa, los que entraran primero en el fuerte morirían. Julio se sintió orgulloso de que alguien de su propia sangre demostrara tamaña valentía frente a sus hombres.

—Muy bien, Octavio. Entra y mantenme la puerta abierta —respondió sonriendo.

Octavio dio órdenes a las cinco filas delanteras, que ascendieron corriendo la última parte de la colina. Julio controló la reacción de los britanos y quedó defraudado al ver que se mantenían en su puesto sin mostrar el menor atisbo de miedo.

Octavio animó a su montura para que alcanzara el medio galope y al cruzar la puerta la armadura de Julio destacó en el patio principal del fuerte al detener el caballo. Cuando Julio llegó con el resto de la cohorte, Octavio había desmontado ya, y el rápido intercambio de miradas que se produjo entre ellos fue suficiente para que Julio esbozara una sonrisa. Había sido una precaución innecesaria, pero en la Galia Julio había aprendido muy bien lo que significaba correr riesgos. Había ocasiones en las que no quedaba otra alternativa que cargar y tener esperanzas, aunque eran bastante excepcionales. Cuanto más pensaba y planificaba, creía Julio, menos eran las veces en que tenía que depender única y exclusivamente de la fuerza y la disciplina de sus hombres.

Julio desmontó a la sombra de la puerta. Los hombres que lo esperaban eran en su mayoría desconocidos, pero al ver a Comio entre ellos se fundió en un abrazo con él. Fue un gesto puramente formal, pensando en los guerreros del fuerte que observaban la escena. Era muy posible que ambos hombres fueran conscientes de que el único motivo de la aparente amistad entre ellos era el tamaño del ejército romano, pero no importaba.

—Me alegro de verte, Comio —dijo Julio—. Mis exploradores creían que esto seguía siendo territorio de los trinovantes, aunque no estaban seguros. —Hablaba rápido y fluido, y Comio levantó las cejas sorprendido. Julio sonrió, como si fuese lo más normal del mundo, y continuó—: ¿Quiénes son tus acompañantes?

Comio le presentó a los líderes de las tribus y Julio los saludó a todos, memorizando nombres y caras y disfrutando al adivinar lo incómodos que se sentían.

—Bienvenido a la tierra de los trinovantes —dijo por fin Comio—. Si tus hombres esperan un momento, haré que les traigan comida y bebida. ¿Quieres pasar?

Julio miró con atención al hombre y se preguntó si las sospechas de Octavio podían hacerse todavía realidad. Intuyó que lo estaban poniendo a prueba y

finalmente dejó de lado sus precauciones.

—Octavio, Bruto... Ciro, acompañadme. Muéstrame el camino, Comio, y deja las puertas abiertas, si no te importa. Hace un día demasiado caluroso para cerrarle el paso a esta brisa.

Comio lo miró con frialdad y Julio sonrió. El centurión Régulo estaba también allí y Julio se dirigió a él en último lugar antes de seguir a los britanos hacia dentro.

—Espera mi regreso sólo durante una guardia. Ya sabes lo que debes hacer si por entonces no me has visto aún.

Régulo asintió muy serio. Al ver la grave expresión de Comio, Julio comprendió que aquellas palabras no le habían pasado por alto.

El fuerte era más grande de lo que le había parecido mientras ascendían la colina. Comio, junto con los demás britanos, guió a los cuatro romanos por el patio. Julio no levantó la vista al oír a los guerreros trinovantes arrastrando los pies y estirando el cuello para verlos. Pero no pensaba honrarlos demostrándoles que los había oído. A Ciro, sin embargo, se le erizó el vello al mirar de reojo hacia los niveles más altos.

Comio los condujo hasta un salón alargado y de techo bajo sostenido por robustas vigas de color miel. Julio observó las lanzas y las espadas que adornaban las paredes y reconoció enseguida que se encontraba en la cámara del consejo de Comio. En el centro, la mesa y los bancos indicaban el lugar donde Comio solía reunirse con su gente, mientras que en el extremo del salón había un pequeño altar y un hilillo de humo plateado que se elevaba desde el interior de una piedra colocada de cara a la pared.

Comio tomó asiento en la cabecera de la mesa y Julio se dirigió sin pensárselo hacia el extremo opuesto. Era natural que los romanos ocuparan un lado y los britanos el otro. Una vez sentados, Julio esperó pacientemente a que Comio tomara la palabra. La sensación de peligro se había disipado. Comio sabía como nadie que las legiones apostadas en el exterior aplastarían el fuerte hasta convertirlo en sangre y cenizas si Julio no salía de él. Julio estaba seguro de que esa amenaza evitaría cualquier intento de retenerlo o matarlo. De no hacerlo, los britanos quedarían sorprendidos ante la brutalidad de lo que llegaría después. Bruto y Octavio eran espadachines tan excepcionales que su velocidad y destreza resultaban casi mágicas, y un solo golpe de Ciro era capaz de partir el cuello al más fuerte de aquellos hombres.

Comio tosió para aclararse la garganta.

—Los trinovantes no han olvidado la alianza del año pasado. Los cenimagni, los ancalites, los briboci y los segontiaci han acordado respetar la paz. ¿Honrarás tu palabra?

—Lo haré —respondió Julio—. Si estos hombres se declaran mil aliados, no los molestaré más que con la toma de rehenes y el pago de un tributo. Las restantes tribus

verán que no tienen nada que temer de mí si se muestran civilizadas. Serás mi ejemplo para ellos.

Julio fue mirando a los reunidos en torno a la mesa mientras hablaba, pero las caras de los britanos no translucían nada. Comio parecía aliviado y Julio se acomodó en su asiento para seguir con las negociaciones.

Cuando Julio salió por fin al exterior, los britanos se apiñaron a lo largo de las murallas del fuerte para verlo marchar. La tensión era evidente en sus pálidos rostros. Régulo observó con atención a su general levantando el brazo a modo de saludo. La cohorte dio media vuelta e inició la marcha de descenso de la colina para reunirse de nuevo con las legiones que la esperaban. Desde aquella altura se abarcaba la totalidad del ejército invasor y Régulo sonrió pensando en la probabilidad de que todas las batallas fueran tan fáciles como aquella.

Cuando la cohorte se hubo fundido con el resto de los hombres* Julio envió a un jinete en busca de Marco Antonio. El general tardó una hora en llegar. En cuanto lo divisó, Julio cabalgó entre las filas silenciosas de soldados para recibirlo.

—«Tengo que dirigirme al norte, pero no puedo dejar todos estos fuertes abandonados a mis espaldas —dijo Julio después de que Marco Antonio hubiera desmontado y saludado—. Permanecerás aquí con tu legión y aceptarán los rehenes que nos envíen. No los provocarás ni entrarás en batalla con ellos, pero si atacan, destruyelos hasta el final. ¿Has comprendido mis órdenes?».

Marco Antonio levantó la vista hacia los fuertes que amenazaban sus posiciones desde las alturas. La brisa estaba cobrando fuerza y sintió un repentino escalofrío. No era tarea sencilla, pero no podía hacer otra cosa que aceptar.

—Comprendidas, señor.

Marco Antonio se quedó observando la polvareda que levantaban las grandes legiones de su país al emprender la marcha, un estrépito que hizo temblar la tierra a sus pies. La brisa seguía aumentando de potencia y por el oeste aparecieron oscuros nubarrones. Cuando los primeros muros defensivos quedaron erigidos, una intensa lluvia empezaba a transformar la tierra en barro. Y mientras veía cómo montaban su tienda, Marco Antonio se preguntó cuánto tiempo tendría que estar protegiendo a unos aliados que permanecían, calientes y sin mofarse, en el interior de sus fuertes.

Aquella noche una tormenta de verano sacudió la costa. Vieron cómo el temporal arrancaba remos y mástiles a cuarenta galeras romanas, las arrastraba hacia los acantilados y las destrozaba contra ellos. Otras muchas más perdieron sus anclas y fueron arrastradas hacia alta mar, zarandeadas y sacudidas en la oscuridad. Absolutamente todas ellas sufrieron una noche de terror. Las desesperadas tripulaciones se colgaban por la borda con varas para evitar que las demás naves se acercaran y los aplastaran.

Centenares de hombres perdieron la vida a consecuencia de los impactos o

perecieron ahogados. Sólo cuando el viento se apaciguó, justo antes del amanecer, la maltrecha flota pudo regresar renqueante hacia la playa de guijarros. Los que habían sido testigos de la sangrienta carnicería de los primeros desembarcos lloraron aterrorizados al ver junto a la orilla una oscura capa de cuerpos y madera.

Al amanecer los oficiales que habían quedado con vida empezaron a restaurar el orden. Unieron varias galeras con cabos y las sujetaron con anclas improvisadas que construyeron con piezas metálicas de las máquinas de asalto. Los botes para el desembarco fueron echados por la borda a veintenas, y los hombres que habían sobrevivido a la tempestad pasaron la mañana viajando de nave en nave, compartiendo agua dulce y herramientas. Los heridos fueron acomodados en las oscuras bodegas de tres de las galeras; el viento transportaba sus gritos.

Después de haber comido y discutido la situación en la que se encontraban, algunos de los capitanes romanos votaron el regreso inmediato a la Galia. Los que conocían bien a Julio se negaron a escuchar la sugerencia y decidieron no poner ni un solo remo en el agua hasta recibir órdenes directas suyas. Ante aquella resistencia, varios mensajeros saltaron a tierra firme para informar a Julio de lo sucedido. La flota se quedó esperando.

Marco Antonio fue el primero que los recibió. La mayoría de las galeras se habían perdido a escasas millas de la costa. Él no había experimentado más que una mala tormenta, aunque, eso sí, el destello de los rayos había interrumpido su sueño más de una vez. Leyó horrorizado los informes de daños. Fue percatándose poco a poco de lo sucedido y casi no podía dominar los pensamientos que daban vueltas en su cabeza. Julio no había previsto que otra tormenta dañara su flota, pero habría dado la misma orden de haber estado allí. Las galeras no podían exponerse a quedar convertidas en madera a la deriva durante la campaña.

Marco Antonio abrió la boca dispuesto a ordenar el regreso a la Galia, pero imaginarse la furia de Julio evitó que sus palabras acabaran haciéndose realidad.

—Dispongo de cinco mil hombres —dijo concibiendo un plan—. Con la ayuda de cuerdas y formando equipos, podríamos acercar las galeras a la costa una por una y construir un puerto en tierra firme para ellas. Aquí apenas hemos notado la tormenta, y tampoco sería necesario alejarse tanto de la costa. Con media milla y un muro para protegerlas tendríamos suficiente para mantener la flota a salvo y a punto para cuando César regrese.

Los mensajeros lo miraron sin comprender nada.

—Señor; se trata de cientos de naves. Incluso con las tripulaciones de esclavos como mano de obra tardaríamos meses en trasladarlas.

Marco Antonio sonrió tenso.

—Las tripulaciones de esclavos serán las responsables de sus naves. Disponemos de cuerdas y hombres para hacerlo. Creo que con dos semanas sería suficiente.

Después de eso ya nada nos importaría, por mucho que soplaran las tormentas.

El general romano despidió a los marineros de la tienda y convocó a sus oficiales. No podía evitar preguntarse si alguien habría intentado alguna vez algo así. Jamás había oído comentarlo, aunque en cualquier puerto se veían siempre uno o dos cascos de embarcaciones fuera del agua. ¿No se trataba simplemente de un poco más de lo mismo? Sus dudas se desvanecieron con aquella idea y se perdió en los cálculos. Cuando llegaron sus oficiales para recibir los informes, Marco Antonio tenía ya preparadas las órdenes para ellos.

XL

El parecido con los galos era sorprendente, pensó Julio al dar a sus legiones la orden de ataque. Las tribus britanas del interior no lucían el azul en la piel, pero compartían con los galos algunos de los antiguos nombres de sus tribus. Los exploradores habían informado de la existencia de una tribu en el oeste que se auto— denominaban belgas, tal vez relacionados con el pueblo del mismo nombre que Julio había destruido al otro lado del mar.

Las colinas se extendían creando una elevación de terreno que las legiones tuvieron que ascender soportando el ataque de flechas y lanzas. Los escudos romanos demostraron estar a prueba de esas armas, y el avance se hizo inexorable. Las legiones habían sudado lo suyo para tirar de las pesadas *ballistae* montaña arriba, pero el esfuerzo había merecido la pena. Los britanos intentaban mantener sus posiciones en la meseta, pero las gigantescas máquinas se hacían respetar. No disponían de nada comparable con el extremo poder de los escorpiones, y sus cargas de ataque acabaron convertidas en un caos en cuanto las legiones superaron la zona montañosa. Julio sabía que parte de su ventaja residía en moverse a toda velocidad en terreno abierto, y las tribus reunidas bajo el mando de Casivelauno retrocedían a medida que las líneas romanas avanzaban.

A pesar de la resistencia que oponían, Julio no podía evitar la sospecha de que las tribus los estaban dirigiendo hacia un lugar que previamente habrían elegido. Lo único que podía hacer era mantener el ritmo de avance y derrotarlos. Los *extraordinarii*, al mando de Octavio y Bruto, hostigaban al enemigo en retirada con continuos ataques de flechas. El suelo que las legiones pisaban era una alfombra de flechas y lanzas, pero pocas daban en el blanco de la carne del enemigo. El avance prosiguió sin titubeos durante aquellas largas jornadas.

En la segunda mañana los ñancos fueron atacados en dos ocasiones por hombres que el grueso del ejército britano había dejado atrás. Los manípulos los habían rechazado sin que cundiera el pánico entre los soldados y los *extraordinarii* habían cargado contra ellos tal y como habían aprendido, arrojándose a toda velocidad contra los desesperados habitantes de las tribus.

De noche Julio ordenaba que las trompas hicieran sonar la orden de construir los campamentos, y los carros con los suministros repartían comida y agua para los hombres. Las noches eran duras, dado que las tribus pasaban las horas lanzando unos gritos que taladraban los oídos y hacían casi imposible conciliar el sueño. Los *extraordinarii* montaban rondas de vigilancia junto a los campamentos con el objetivo de repeler posibles ataques, y en aquella oscuridad cayeron víctimas de flechas invisibles en cantidades superiores a cualquier otra ocasión anterior. Aun así, la rutina continuaba en aquella tierra hostil. Los herreros reparaban armas y escudos y

los médicos hacían todo lo posible por los heridos. Julio se alegraba de que Cabera hubiera formado tan bien a algunos de ellos, pero echaba de menos la presencia de su viejo amigo. La enfermedad que le había sobrevenido después de curar a Domitio era terrible, un ladrón que se apoderaba ocasionalmente de su cabeza. Cabera no estaba en condiciones de realizar una segunda travesía, y lo único que esperaba Julio era que viviera lo suficiente como para verlos regresar a todos.

Al principio Julio había creído que podría derrotar a las tribus en el río, tal y como había hecho años antes con los suevos, junto al Rin. Pero el rey de los catuvelaunos había prendido fuego a los puentes antes de que las legiones llegaran a ellos y luego había dedicado el tiempo a reforzar su ejército con guerreros de las regiones vecinas.

Bajo un fuerte ataque de flechas procedente de la orilla opuesta, Julio había enviado a exploradores con la misión de encontrar un lugar por el cual vadear el río. Sólo habían encontrado un punto por donde las legiones pudieran pasar, e incluso allí se había visto obligado a dejar atrás el armamento pesado con el que había aplastado los primeros ataques de los britanos y provocado su larga retirada.

Julio dispuso a regañadientes las *ballistae*, las onagras y los escorpiones a lo largo de la orilla para cubrir el ataque. Comprendió entonces que un terreno difícil era capaz de desbaratar la mejor de las tácticas. Sus legiones formaron una columna tan ancha como las banderas que los exploradores habían clavado en el terreno fangoso del Támesis para marcar el punto de caída hacia aguas más profundas. En un lugar como aquél no podía haber subterfugios. Las *ballistae* lanzaron una cortina de fuego hacia la orilla opuesta del río, y las legiones dispusieron de este modo de un terreno despejado de prácticamente un centenar de pies donde poder desembarcar. Después de aquello la cabeza de la columna sería engullida por los britanos. Los hombres de las tribus tenían todas las ventajas de su bando y Julio sabía que ése iba a ser el punto decisivo de la batalla. Si sus hombres se atascaban en la otra orilla, el resto de las legiones no podrían cruzar. Y perdería todo lo que había ganado desde que había llegado a la costa.

Prepararse para la guerra con el enemigo tan cerca y sin poder hacer otra cosa que observar le resultaba extraño. Julio oía a sus oficiales vociferar órdenes, veía la formación de líneas y filas y escuchaba a lo lejos ecos de gritos similares. Vigilaba con atención la oscura superficie del Támesis y enviaba corredores a sus generales para informarles de los distintos aspectos del terreno y de los cambios que observaba en las formaciones de los britanos. El enemigo parecía confiado y gritaba a los romanos. Julio vio incluso cómo un grupo de hombres dejaba sus nalgas al descubierto y las dirigían hacia él, ante el regocijo general de sus amigos.

Comprendía su confianza y, sin dejar de dar órdenes, notó que el sudor provocado por los nervios resbalaba por su frente y le entraba en los ojos. Mientras las legiones

estuvieran cruzando el río serían vulnerables al fuego de arcos y lanzas, y el peaje de bajas que tendrían que pagar sería elevado. Julio había enviado a exploradores arriba y abajo del río en busca de vados para desembarcar a hombres y reforzar los flancos, pero, en caso de existir; quedaban demasiado lejos para ser tenidos en cuenta. Incluso los mejores generales se veían obligados a veces a confiar en la pura destreza y ferocidad de los hombres a los que lideraban.

Julio no estaría entre los primeros que atravesaran el río. Octavio se había ofrecido voluntario para liderar a los *extraordinarii*, con la Décima siguiéndole los pasos a corta distancia. El joven romano tendría suerte si sobrevivía a la carga, pero Julio había accedido a la petición, consciente de que la elección era suya. La Décima se abriría camino detrás de la caballería y establecería una zona despejada para los que les siguieran detrás, pisándoles los talones. Julio se incorporaría junto con la Tercera Gallica, y Bruto, con Domitio, irían a continuación.

El sol brillaba en el cielo cuando Julio bajó la visera del casco que le cubría por completo la cara y volvió sus frías facciones de hierro hacia los catuvelaunos. Levantó la espada, y los que se percataron del gesto lo animaron a seguir adelante.

Julio miró a Octavio, que llevaba rato observándolo a la espera de la señal. Los *extraordinarii* permanecían inexorables en sus puestos, y los filos de sus espadas centelleaban al sol. Cuando alcanzaran la orilla opuesta, lo harían a todo galope. La emoción y la esperanza de dar muerte a los britanos hicieron que Julio se quedara un instante sin aliento.

Julio dejó caer el brazo sin decir palabra y las trompas hicieron resonar sus notas por encima de la amplia columna. Julio oyó el bramido de Octavio y al momento los *extraordinarii* se adentraron en pelotón y a toda velocidad en las aguas poco profundas. Los caballos convirtieron el agua en espuma. Los jinetes de la caballería romana colocaron sus espadas a la altura de la cabeza de sus monturas y se inclinaron hacia delante, preparados para las primeras muertes. Flechas y lanzas cayeron sobre ellos, y hombres y caballos gritaron, tiñendo las aguas de rojo y llenando la corriente de cuerpos. Los britanos bramaron y se pusieron en marcha.

Era una cuestión de precisión, pero todos los hombres responsables de las *ballistae* estaban preparados. Cuando los britanos salieron al encuentro de los *extraordinarii*, Julio hizo una señal en dirección a los equipos responsables, y una última carga de hierro y piedras sobrevoló las cabezas de los jinetes romanos haciendo pedazos a los soldados que ocupaban la cabecera de las impetuosas filas enemigas.

Se abrieron grandes huecos en el grueso del enemigo y Octavio dirigió su montura hacia uno de ellos. Su caballo titubeó al pisar terreno seco. El animal resoplaba y él estaba empapado de agua helada. Escuchó a sus espaldas el bramido de la Décima atravesando el vado y supo entonces que los dioses romanos amparaban a

los hijos de su ciudad, incluso estando tan lejos de ella.

En aquella primera carga no había espacio para pensar. Octavio y Bruto habían elegido a los miembros de los *extraordinarii* por su destreza con el caballo y la espada, unos hombres que en aquel momento acababan de formar una cabeza de flecha sin que nadie se lo ordenara, que combatían con todas sus fuerzas contra los britanos y que estaban abriendo una brecha y adentrándose entre sus filas.

A pesar de que la Décima no podía utilizar las lanzas debido a la proximidad de su caballería, se trataba de los veteranos de la Galia y la Germania, capaces de acabar con cualquiera que se enfrentara a ellos. Ante el ataque combinado, los britanos cayeron en la confusión y el caos, y su ventaja desapareció a una velocidad increíble cuando la Décima amplió su línea siguiendo la perfección de un baile y el espacio abierto quedó ocupado por las legiones. Formaron escuadras en los flancos para que los *extraordinarii* se movieran entre ellas. Su velocidad y agilidad les protegían de las lanzas y las espadas de los catuvelaunos.

Julio oyó cuernos sonando por encima de las cabezas de los enemigos y a continuación vio que iniciaban la retirada hacia posiciones más retrasadas y hacia los flancos, dejando abierta una amplia avenida. Una nube de polvo avanzaba por ella y de pronto hizo su aparición una auténtica pared de caballos y carros galopando a velocidad suicida. Las trompas romanas hicieron sonar la orden de cierre. Los escuadrones se detuvieron, los hombres se protegieron con los escudos y se instalaron en el suelo enemigo para mantener su posición.

Cada uno de los carros estaba ocupado por dos guerreros. Julio quedó maravillado ante la habilidad de los lanceros, que mantenían su precario equilibrio a aquella velocidad mientras sus compañeros sujetaban las riendas de los caballos que tiraban de los carros. Arrojaron las lanzas en el último momento y Julio vio a sus legionarios cayendo bajo una oleada de flechas, lanzadas con tanta fuerza que incluso pudieron atravesar los escudos romanos.

Octavio se percató de la carnicería en que se había convertido aquello y vociferó nuevas órdenes. Los legionarios se alejaron de los flancos y atajaron el camino de los carros antes de que pudieran volver a lanzar o dar media vuelta. Los britanos se precipitaron contra ellos y Julio vio caballos y a hombres destripados y desmembrados, la sangre salía a borbotones. La Décima y la Tercera avanzaron y cerraron el centro aplastando a los hombres de los carros que combatían con desesperación. Algunos de los caballos britanos cayeron presa del pánico y Julio vio a más de un legionario golpeado y derribado por los carros vacíos arrastrados por sus aterrorizados animales de tiro.

—¡Los *extraordinarii* tienen el terreno despejado! —oyó Julio que le gritaba Bruto.

Movió entonces la cabeza afirmativamente y ordenó que se prepararan las lanzas.

No era precisamente el más disciplinado de los ataques. Muchos romanos habían perdido sus armas en el combate, pero aun así se izaron varios miles de puntas de lanza que se añadieron al caos en el que estaban sumidos los catuvelaunos en un intento de reunificar sus filas.

Julio miró hacia atrás y vio que dos de sus legiones seguían todavía en el río, incapaces de poder avanzar por la presión de sus propios hombres. Hizo una señal para que los más adelantados se movieran y la Décima respondió con la disciplina que esperaba de ella, cerrando sus escudos y abriéndose camino entre el enemigo.

La línea romana se amplió en cuanto los *extraordinarii* retrocedieron para proteger los flancos. La locura de su primera carga había disminuido sus efectivos. Julio se alegró de ver que Octavio estaba aún allí. Su joven pariente estaba cubierto de sangre, su rostro oscuro e inflamado por un golpe, pero seguía vociferando órdenes, y sus hombres llevaron a cabo la nueva formación con la elegancia de siempre.

En terreno abierto las legiones romanas no tenían freno. Una y otra vez los catuvelaunos cargaron sus filas y fueron obligados a retroceder. Julio iba avanzando sobre montañas de cuerpos que indicaban cada uno de aquellos intentos fallidos. La Décima y la Tercera contuvieron por dos veces más las cargas de los mortíferos carros. De repente los cuernos enemigos hicieron sonar una nota distinta. Los catuvelaunos iniciaron la retirada y por vez primera se abrió entre los ejércitos un hueco hasta el río.

Las trompas romanas sonaron por dos veces y las legiones iniciaron un lento avance. Los oficiales arengaban a los hombres para que mantuvieran la formación. Los britanos heridos fueron reducidos casi de inmediato y los agotados rezagados cayeron bajo las espadas romanas. Julio vio a dos hombres transportando a un tercero hasta que se vieron obligados a dejarlo caer casi a los pies de la Décima, que los perseguía. Su valentía los llevó a acabar pisoteados y acuchillados.

El sol seguía su camino y Julio se unió a los demás en su galope, jadeando. Si el rey de los catuvelaunos se creía capaz de superar a sus legiones, aprendería la lección. Entre las filas que lo rodeaban Julio no veía más que determinación y se sintió contagiado por aquel orgullo. Las legiones los derrotarían.

Incluso en la situación en la que se encontraba, Julio no dejaba en ningún momento de comprobar el terreno en busca de posibles emboscadas, aunque dudaba que fueran a producirse. Casivelauno había depositado todas sus esperanzas en contener a los romanos en el río, y en aquellos primeros asaltos había dado todo lo que tenía. Pero Julio había luchado en demasiadas batallas como para dejarse sorprender. Sus *extraordinarii* seguían atosigando al enemigo por el frente mientras grupos más pequeños iban despegándose para llevar a cabo labores de exploración.

Julio escuchó una nota de duelo sonando en los cuernos enemigos casi con

decepción. Se imaginó su significado incluso antes de ver a los primeros britanos arrojando al suelo sus armas, desolados. El resto los siguió.

No tuvo necesidad de dar órdenes para aceptar la rendición. Sus hombres tenían experiencia suficiente y apenas se dio cuenta de que la Décima ya se movía entre ellos, obligándolos a sentarse y a recoger las armas para reforzar la paz. Después de la rendición inicial no se produjo ni una baja más y Julio se sintió satisfecho.

Miró a su alrededor y vio un conjunto de casas a menos de una milla de distancia. Las legiones estaban pegadas a las ciudades que flanqueaban el Támesis, y los catuvelaunos se habían rendido ante su pueblo antes de que el avance de la batalla los llevara hasta las calles. Una decisión honorable. Cuando condujeron al rey en su presencia, Julio lo saludó sin rencor.

Casivelauno era un hombre joven, de cabello negro y cara redonda. Iba vestido con una túnica de color claro sujeta a la cintura con un cinturón y con un manto largo cubriendo sus anchas espaldas. Julio vio la amargura en sus ojos al cruzarse con su mirada. El rey, no obstante, hizo una genuflexión e inclinó la cabeza antes de levantarse. Sus prendas de lana estaban salpicadas de barro.

Julio se despojó de su casco y agradeció el frescor de la brisa en la piel.

—Como comandante de las fuerzas de Roma, acepto tu rendición —dijo formalmente—. No habrá más muertes. Tus hombres serán hechos prisioneros hasta que hayamos negociado los rehenes y el tributo. A partir de este momento puedes considerarte vasallo de Roma.

Casivelauno lo miraba perplejo mientras escuchaba sus palabras. El rey observó las filas romanas y vio su organización. A pesar de haber combatido en una extensión de terreno de casi dos millas, seguían en perfecta formación. Era consciente de que había tomado la decisión correcta. Le había costado mucho. Y contemplando a aquel romano, con su armadura sucia, sus sandalias salpicadas de sangre y su barba de tres días, Casivelauno no pudo más que mover la cabeza con incredulidad. Había perdido la tierra que su padre le había entregado.

XLI

Vercingetórix plantó su lanza en el suelo frente a las puertas de Avaricum y clavó una cabeza romana en su extremo. Dejó allí su espeluznante trofeo y cruzó a caballo las puertas para reunirse con los líderes tribales que se habían congregado respondiendo a su llamada.

La ciudad amurallada de la Galia central tenía una población de cuarenta mil habitantes que se había echado mayoritariamente a las calles para ver al gran rey. Vercingetórix cabalgó entre la multitud sin mirar ni a derecha ni izquierda, con la mente concentrada en la campaña que se avecinaba.

Desmontó en la plaza central y, protegiéndose bajo la sombra de los porches, se encaminó dando grandes zancadas hacia el salón principal del gobierno. Al hacer su entrada, todos los presentes se pusieron en pie para recibirlo. Vercingetórix observó con su fría mirada los rostros de los líderes galos. Movié ligeramente la cabeza aceptando el saludo, se dirigió hacia el centro de la sala y aguardó a que se hiciera el silencio.

—Apenas cinco mil hombres se interponen entre nosotros y nuestra tierra. César se ha ido a atacar a los pueblos pintados del mismo modo que en su día hizo con la Galia. Es el momento que con tanta paciencia hemos estado preparando. —Esperó a que amainara la tormenta de conversaciones y vítores que resonó en la cámara—. Este invierno le daremos una cálida bienvenida a casa, os lo prometo. Los tomaremos por sorpresa y por docenas o centenares de una sola vez. Nuestra caballería atacará sus equipos de aprovisionamiento y haremos que mueran de hambre en la Galia.

Lanzaron gritos de alegría al oír el plan, como era de esperar, pero la mirada de Vercingetórix seguía todavía fría, preparándose para explicarles el precio que debían pagar.

—Las legiones tienen una única debilidad, amigos míos: sus líneas de suministros. ¿Quién en esta sala no ha perdido amigos y hermanos combatiendo contra ellas? En campo abierto no obtendríamos un resultado mejor que el que consiguieron los helvecios hace unos años. Ni todos nuestros ejércitos unidos conseguirían acabar con ellos en campo abierto.

Los líderes galos esperaban que su gran rey prosiguiese con el discurso. El silencio se hizo asfixiante.

—Pero sin comida no pueden combatir, y para negarles el forraje y los alimentos tendremos que incendiar todas las cosechas y los pueblos de la Galia. Debemos alejar a nuestro pueblo del camino de César y no dejarle nada con que alimentar sus bocas romanas, excepto tierra baldía y humeante. Cuando el hambre los debilite, reuniré a todos mis hombres en fortalezas como la de Gergovia y verán la cantidad de vidas que pueden llegar a perder contra esos muros. —Miró de reojo a los hombres de la

Galia, con la esperanza de que poseyeran la fuerza necesaria para seguir aquel terrible camino—. Podemos ganar. Podemos derrotarlos con este método, pero será duro. Nuestro pueblo tendrá miedo al verse obligado a abandonar sus tierras. Cuando se lamenten, les diréis que en su día viajaron tres mil millas para llegar aquí. Somos todavía un pueblo, y eso se verá. La tierra de la Galia debe sublevarse. Los celtas deben sublevarse y recordar la vieja sangre que los reclama.

Se levantaron en silencio y unieron espadas y cuchillos con un estrépito metálico que retumbó en la sala y sacudió sus cimientos. Vercingetórix levantó los brazos pidiendo una tranquilidad que tardó mucho en llegar. Su gente seguía en pie, con expresión de impaciencia, y creía en él.

—Mañana empezareis a desplazar a vuestras tribus hacia el extremo sur, dejando sólo a aquellos que estén sedientos de guerra. Llevaos con vosotros las reservas de grano que tengáis, pues mis jinetes prenderán fuego a todo aquello que encuentren. La Galia volverá a ser nuestra. No hablo como un miembro de los arvernos, sino como descendiente del linaje de los viejos reyes. Ellos cuidan de nosotros y nos darán la victoria.

El sonido del metal se inició otra vez y se había vuelto ensordecedor cuando Vercingetórix salió a los soportales para unirse de nuevo a su ejército. Recorrió las calles al trote y agachó la cabeza inconscientemente al pasar por debajo de las puertas de Avaricum.

Al encontrarse con sus hombres, se enderezó en su montura y miró con orgullo las banderas de la Galia. Diez mil jinetes representando a docenas de tribus, y él, que se sentía sinceramente el portador del antiguo linaje.

—Un buen día para cabalgar —le dijo a su hermano Madoc.

—Lo es, mi rey —le dijo Madoc.

Azuzaron a sus caballos para cabalgar al galope y echaron a correr por el valle.

Julio se sentó en la colina sobre su manto, protegiéndose con él de la humedad del suelo. Lloviznaba. Desde allí podía ver las galeras a las que había ordenado bordear la costa con el objetivo de descubrir el punto en que el oscuro río desembocaba en el mar. Gracias a su calado poco profundo, habían podido avanzar hasta el vado y anclar justo antes de llegar. En compañía de Bruto y Renio controlaba el desembarco de suministros que estaban llevando a cabo equipos de hombres de la Décima y la Tercera.

—¿Os habéis enterado de que los capitanes han encontrado una bahía siguiendo la costa? —dijo Julio en voz alta. Suspiró—. De haberlo sabido, las tormentas que acabaron con tantas de mis naves no nos habrían afectado. La bahía es de aguas profundas y está rodeada por acantilados que la protegen, además de disponer de una playa ideal para los botes. Ahora que la hemos descubierto, al menos la tendremos en cuenta para el futuro. —Se pasó la mano por el cabello mojado y movió la cabeza

para expulsar las gotas de lluvia que le caían por la punta de la nariz—. ¿Y a esto le llaman verano? Juro que llevamos un mes sin ver el sol.

—Siento nostalgia de Roma —comentó Bruto hablando en voz baja—. Me imagino los olivos al sol y los templos del foro. No puedo creerme lo lejos que estamos de todo.

—Pompeyo estará ocupado con la reconstrucción —dijo Julio con expresión más grave—. El edificio del senado donde estuve con Mario no es más que un recuerdo. Cuando volvamos a ver Roma, Bruto, ya no será la misma.

Permanecieron sentados en silencio reflexionando sobre la verdad de aquellas palabras. Hacía años que Julio no veía la ciudad. Por un motivo u otro, siempre había esperado que a su regreso siguiera allí, inalterable, como si todo en la vida se conservara en el interior de una urna de cristal hasta que él lo pusiera de nuevo en movimiento. Un sueño de niños.

—¿Regresarás entonces? —dijo Bruto—. Empezaba a pensar que querías que envejeciésemos lejos de allí.

Renio sonrió sin pronunciar palabra.

—Lo haré, Bruto —dijo Julio—. He cumplido la misión por la que vine aquí, y con una sola legión habrá suficiente para contener a los britanos. Quizá cuando sea viejo y la Galia esté tan pacificada como Hispania, volveré aquí para llevar la guerra hacia el norte.

Se estremeció y se dijo que hacía frío. Resultaba curiosamente tranquilizador observar desde allí arriba los esfuerzos de las tripulaciones de las galeras. Las colinas que flanqueaban el Támesis eran de pendientes poco pronunciadas, y de no haber sido por la llovizna constante, podría parecer un mundo distante en el que las batallas nunca pudieran alcanzar a sus hombres. Soñar era fácil.

—Hay momentos en los que quiero que todo esto termine, Bruto —dijo Julio—. Echo de menos a tu madre. También echo de menos a mi hija. Llevo en guerra más de lo que alcanzo a recordar; y la idea de regresar a mi finca para encargarme de las colmenas y sentarme tranquilamente al sol resulta tentadora.

Renio rió entre dientes.

—Una idea a la que te resistes con éxito año tras año —dijo.

Julio miró de reojo al gladiador manco.

—Estoy en la flor de la juventud, Renio. Si no consigo hacer nada más en la vida, la Galia quedará para siempre como la señal de mi huella en el mundo.

Mientras hablaba se llevó inconscientemente una mano a la cabeza y palpó sus entradas. La guerra envejecía a los hombres más que el simple paso de los años, reflexionó. Antes tenía la sensación de que nunca envejecería, pero ahora sus articulaciones se resentían con la humedad, y la rigidez matutina desaparecía más lentamente cada año que pasaba. Se dio cuenta de que Bruto se había percatado de su

gesto y frunció el entrecejo.

—Ha sido un privilegio servirlos a los dos —dijo de pronto Renio—. ¿Os lo había dicho alguna vez? No me gustaría estar en ningún otro lugar que no fuera con vosotros.

Los dos hombres más jóvenes observaron la figura de aquel hombre lleno de cicatrices sentado a su lado, con el cuerpo doblado en el interior de su manto.

—La edad te pone sensiblero —dijo Bruto con una sonrisa.

Necesitas que vuelva a darte el sol en la cara.

—Puede ser —dijo Renio arrancando una brizna de hierba.

Llevo toda la vida luchando por Roma y ella todavía aguanta. Yo ya he hecho mi parte.

—¿Quieres volver a casa? —le preguntó Julio—. Amigo mío si así lo quieres, desciende por esta colina, acércate a las galeras y que te lleven. No se negarán.

Renio contempló el bullicio de la orilla del río y sus ojos se llenaron de añoranza. Se encogió de hombros y forzó una sonrisa.

—Un año más quizá —dijo.

—Se acerca un mensajero —dijo de pronto Bruto interrumpiendo sus pensamientos.

Se volvieron los tres para observar la diminuta figura a lomos de un caballo que ascendía la colina en dirección a ellos.

—Deben de ser malas noticias si se toma la molestia de venir a buscarme hasta aquí —dijo Julio poniéndose en pie.

En aquel mismo instante su estado de ánimo contemplativo se interrumpió y sus dos acompañantes intuyeron el cambio igual que se percibe un cambio brusco en la dirección del viento.

Las capas estaban empapadas y arrugadas, viendo acercarse al solitario jinete con cierta sensación de miedo, y los tres sintieron la debilidad provocada por la guerra y los problemas constantes.

—¿Qué sucede? —preguntó Julio en cuanto el hombre se acercó lo suficiente para poder oírlo.

El mensajero, sintiéndose observado de aquella manera, empezó a moverse con torpeza y se hizo un lío al desmontar y saludar.

—Vengo de la Galia, general —dijo.

El corazón de Julio dio un vuelco.

—¿De parte de Berico? ¿Qué mensaje traes?

—Las tribus se están rebelando, señor.

Julio maldijo entre dientes.

—Las tribus se rebelan cada año. ¿Cuántas son esta vez?

El mensajero miró nervioso a los oficiales.

—Creo... creo que el general Berico dijo que eran todas ellas, señor.

Julio miró al hombre sin comprender nada antes de mover afirmativamente la cabeza con resignación.

—En ese caso debo regresar. Cabalga hasta las galeras y diles que no se marchen sin mí. Ordenad al general Domitio que envíe jinetes a la costa para avisar a Marco Antonio. La flota debe hacerse a la mar y llegar a la Galia antes de que empiecen las tormentas de invierno.

Julio permaneció inmóvil bajo la lluvia viendo cómo el jinete iniciaba su camino de descenso hasta el río y las galeras.

—Así que estamos en guerra una vez más —dijo—. Me pregunto si la Galia llegará a ver algún día la paz romana mientras yo siga con vida. —Parecía cansado hasta el límite, y el corazón de Bruto se volcó sobre su viejo amigo.

—Los derrotarás. Lo has hecho siempre.

—¿Con el invierno encima? —dijo Julio con amargura—. Se acercan meses muy duros, amigo mío. Tal vez más duros de lo que hemos conocido hasta ahora. —Con un esfuerzo sobrecogedor, logró controlarse hasta que el rostro con el que se volvió hacia ellos quedó transformado en una máscara.

—Casivelauno no debe enterarse. Sus rehenes ya están a bordo de las galeras, y su hijo entre ellos. Vuelve con las legiones a la costa, Bruto. Yo me desplazaré por mar y te esperaré allí con la flota. —Hizo una pausa y su boca se tensó de rabia—. Haré algo más que derrotarlos, Bruto. Los eliminaré de la faz de la tierra.

Renio observó al hombre al que había entrenado y la pena se apoderó de él. Nunca tenía la oportunidad de descansar y cada año de guerra le robaba un poco más de ternura. Renio miró hacia el sur imaginándose las costas de la Galia. Se arrepentirían de haber desatado la ira de César.

XLII

Los irregulares galos contaban entre sus filas con componentes de prácticamente todas las tribus. Muchos de ellos llevaban más de cinco años combatiendo con las legiones y se comportaban y pensaban como romanos. Su paga era en la misma plata, y sus armaduras y espadas procedían de las forjas de las legiones regulares.

Cuando Berico envió a tres mil de ellos con la misión de proteger un cargamento de grano, pocos habrían podido apreciar las sutiles diferencias existentes entre los componentes de aquellas filas y los de cualquier otro ejército romano. Después de tanto tiempo en el territorio, incluso los oficiales procedían de las tribus. A pesar de que Julio los había salpicado al principio con sus mejores hombres, la guerra y los ascensos habían alterado su estructura. Pasaban desapercibidos.

El convoy de trigo llegaba procedente de Hispania siguiendo instrucciones de Berico y tenía que ser protegido durante todo su recorrido desde los puertos del norte. Su contenido era suficiente para alimentar a las ciudades y pueblos que habían permanecido leales. Suficiente para mantener con vida a sus habitantes durante los meses de invierno mientras Vercingetórix siguiera prendiendo fuego a todo lo que encontraba.

Los irregulares marchaban hacia el sur en perfecta formación y siguiendo el ritmo del más lento de los carros. Los exploradores avanzaban varias millas por delante para alertar de cualquier posible ataque. Todos los hombres de la comitiva sabían que el cereal era una amenaza para la rebelión que cobraba fuerza tierra dentro, y por ello rara vez separaban la mano de la espada. Se alimentaban en marcha con raciones de carne fría que también para ellos eran cada vez más pequeñas y se detenían con el tiempo justo para montar cada noche un campamento defensivo.

Cuando el ataque llegaba, nunca era tal y como habría sido de esperar. Cuando estaban en un terreno llano y despejado, una oscura línea de jinetes se aproximó a ellos cabalgando a toda velocidad. Los exploradores llegaron en vano cuando la columna estaba ya reaccionando, colocando los carros para que formaran un círculo defensivo y preparando lanzas y arcos. Todos los ojos se clavaron aterrorizados en el enemigo en cuanto se hizo evidente el tremendo tamaño de la caballería. Miles de jinetes cabalgaban por un suelo de barro y hierba en dirección a los carros. Los débiles rayos de sol se reflejaban en sus armaduras, y muchos de los galos se pusieron a rezar a sus viejos dioses, a los que durante tantos años habían olvidado.

Marwen se había convertido en soldado de Roma cuatro años atrás, en el momento en que decidió cambiar el hambre por monedas de plata. Supo que no sobreviviría en cuanto vio el tamaño del ejército al que se enfrentaban y experimentó la amarga ironía de tener que morir en manos de su propio pueblo. La política no le importaba en absoluto. Cuando los romanos llegaron a su pueblo y le ofrecieron un

puesto, aceptó su prima de alistamiento y se la entregó a su esposa y a sus hijos antes de abandonarlos para luchar por Roma. Era mejor que verlos morir de hambre.

La llegada del ascenso fue maravillosa. Había estado presente en las batallas contra los seones y había acompañado a Bruto en la incursión gracias a la cual se hicieron con su rey. Había sido un gran día.

Perdido en sus amargos recuerdos, no se dio cuenta de las caras de los hombres que lo observaban a la espera de recibir órdenes. Al ver sus expresiones se encogió de hombros.

—Aquí es donde nos ganamos la paga, muchachos —dijo en voz baja.

Los jinetes avanzaban hacia ellos y sentía el suelo temblando bajo sus pies. Las filas defensivas que circundaban los carros eran sólidas. Habían clavado las lanzas en el barro para repeler la carga y no había otra cosa que hacer que esperar la llegada del primer flujo caliente de sangre. Marwen odiaba la espera y casi agradecía que ese odio superara el miedo que le carcomía el estómago.

Sonaron los cuernos, y la fila de caballos atacantes se detuvo en seco, fuera de su rango de alcance. Marwen puso mala cara al ver que uno de los hombres desmontaba y se acercaba a ellos cruzando el terreno fangoso que los separaba. Supo quién era incluso antes de ver el cabello rubio y el torques de oro que llevaba siempre en batalla. Vercingetórix.

Marwen observó aproximarse al rey con incredulidad.

—No os mováis —ordenó a sus hombres, preocupado de pronto ante la posibilidad de que a uno de sus arqueros se le disparara una flecha. La sangre corría por su cuerpo a toda velocidad y su respiración fue también acelerándose a medida que el rey se aproximaba. Era un acto de valentía suicida, y muchos de los hombres murmuraron con admiración mientras preparaban sus armas para hacerlo pedazos.

Vercingetórix se dirigió directamente hacia ellos y su mirada se clavó en los ojos de Marwen en cuanto se percató del manto y el casco que delataban su rango. Tal vez fuera cuestión de su imaginación, pero verlo allí, tan cerca, con su enorme espada enfundada a la cadera, fue un momento glorioso.

—Di lo que tengas que decir —dijo Marwen.

Los ojos del rey centellearon y la rubia barba se separó para dejar asomar una sonrisa. Se percató de que la mano de Marwen sujetaba con fuerza el *gladius*.

—¿Matarás a tu rey? —dijo Vercingetórix.

Marwen dejó caer la mano, confuso. Observó la tranquila mirada de aquel hombre que con tanta valentía se enfrentaba a él, y se estremeció.

—No, no lo haría —respondió.

—Entonces ven conmigo —dijo Vercingetórix.

Marwen miró a derecha e izquierda a los hombres que comandaba y vio que asentían. Miró de nuevo a Vercingetórix y, sin apartar la mirada, se arrodilló

lentamente en el barro. Como si de un sueño se tratara, notó la mano del rey posándose en su hombro.

—¿Cómo te llamas?

Marwen dudó. El nombre de su rango y de su unidad quedaron atorados en su garganta.

—Soy Marwen Ridderin, de los nervios —dijo finalmente.

—Los nervios están conmigo. La Galia está conmigo. Ponte en pie.

Marwen se levantó y se dio cuenta de que le temblaban las manos. Entre el caos de sus pensamientos oyó que Vercingetórix hablaba de nuevo.

—Ahora prende fuego a los cereales que transportas en esos carros —dijo el rey.

—Tenemos entre nosotros algunos romanos. No todos somos de la Galia —dijo de pronto Marwen.

Los claros ojos del rey se volvieron hacia él.

—¿Quieres que sigan con vida?

El rostro de Marwen se endureció.

—Estaría bien —dijo levantando desafiante la cabeza.

Vercingetórix sonrió y le dio una palmadita en la espalda.

—Entonces déjalos marchar, nervio. Hazte con sus espadas y sus escudos y déjalos marchar.

Cuando los irregulares galos emprendieron la marcha detrás de su rey, los jinetes levantaron las espadas a modo de saludo y los vitorearon. A sus espaldas los carros y su preciosa carga quedaban ocultos por las llamas.

Julio desembarcó en la costa de la Galia, en la protegida bahía de Portus Itius, y vio a lo lejos elevarse columnas parduscas de humo. Incluso el aire olía a batalla. La rabia se apoderó de él ante la idea de una nueva rebelión.

No había perdido el tiempo durante la travesía. Había empezado a dar órdenes y a preparar planes que debían llevarse a cabo antes de que el invierno cerrara el paso por las montañas. Hacer llegar a Roma la noticia de su segundo ataque a los britanos sería una carrera contra el tiempo, pero necesitaba la buena voluntad que la noticia llevaría a las calles de la ciudad. Aquel año no habría diezmo del senado, pero él necesitaba hasta la última moneda para acabar con las tribus de Vercingetórix. Aquel nombre estaba en boca de todo el mundo. Julio apenas recordaba al joven que tan airado había abandonado su primera reunión con los caciques ocho años antes. Y ya no eran tan jóvenes, ninguno de ellos. Cingeto se había convertido en rey y Julio sabía que no podía permitirle seguir con vida. Ambos habían recorrido un largo camino desde el principio, y los años transcurridos habían ido llenándose de sangre y de guerra.

Cuando Julio saltó al muelle lo hizo enfrascado en una conversación con Bruto que interrumpía de vez en cuando para dictarle a Adán por encima del hombro. Había mandado a varios *extraordinarii* para que cabalgaran a toda velocidad hasta donde se

encontraba Berico y avisarlo de que tan pronto llegara Julio se convocaría una reunión del consejo y se planificaría la campaña. Una sola mirada a las columnas de humo del horizonte fue suficiente para reafirmar su decisión. Aquella tierra era suya y no vacilaría, aunque todos los hombres de la Galia tomaran las armas en su contra.

Las legiones que habían regresado a bordo de las galeras ocuparon el puerto y construyeron sus campamentos con la rutina de siempre, aunque entre las filas se percibía tensión y malestar. También llevaban muchos años luchando con Jubo y más de uno se ponía enfermo sólo de pensar en otro año de guerra, o quizá más tiempo. Incluso los más duros se preguntaban cuándo terminaría todo aquello y si les estaría permitido recibir las recompensas que en su día les habían prometido.

Al tercer día Julio reunió a su consejo en el fuerte costero que habían construido, parte de la cadena de edificaciones que un día dominarían la costa de la Galia.

Domitio fue el primero en llegar, vestido con la armadura plateada que se había ganado. Lucía en las mejillas una oscura barba de varios días, y la armadura había perdido gran parte de su brillo. La coraza, muy especialmente, era un triste testimonio de las guerras que había combatido para Julio. Sin decir palabra, y antes de tomar asiento, agarró a Julio por la mano y el antebrazo, el típico saludo legionario.

Marco Antonio recibió a su general con un abrazo. Julio tenía motivos para estar satisfecho con él después de ver las cuentas de su tesoro. Las reservas de oro y plata seguían siendo considerables, aunque menguaban día a día mientras los pueblos y las ciudades de la Galia esperaban a ver si la rebelión acababa siendo un éxito. El suministro de comida empezaba ya a ser crítico y Julio se sentía agradecido de que Marco Antonio lo hubiera descargado de esta parte de sus tareas. Antes de entrar en batalla era necesario alimentar y dar de beber a miles de legionarios y era evidente que Vercingetórix pretendía cortar su cadena de suministros. Las columnas de humo correspondían exclusivamente a granjas incendiadas que los *extraordinarii*, al acercarse a ellas, encontraban siempre vacías y abandonadas. Julio, aun a su pesar, no podía impedir sentir admiración por la crueldad que mostraba el nuevo rey. Vercingetórix había tomado una decisión que acabaría también con los pueblos y ciudades que habían permanecido leales a las legiones. Los integrantes de su propio pueblo morirían a miles por su fidelidad, y más morirían si las legiones no podían acabar con la situación rápidamente. Era un coste elevado, pero el hambre debilitaría a las legiones romanas tanto como las espadas.

Julio había elegido para el encuentro una estancia que dominaba el mar. Las aves volaban y graznaban sobre las rocas grisáceas. A medida que fueron entrando, saludó a todos los hombres con verdadero placer. Berico había sufrido una herida en el transcurso de su primer combate con Vercingetórix y llevaba el hombro y el pecho vendados. A pesar de que el general de Ariminum tenía aspecto cansado, no pudo evitar responder a la sonrisa de Julio cuando éste le retiró la silla y le puso una copa

de vino en la mano buena. Octavio había llegado con Bruto y Renio, enfrascados en una discusión sobre tácticas para la caballería. Los tres saludaron a Julio, y la confianza que transmitían le hizo sonreír. No parecían compartir con él sus dudas y preocupaciones, aunque estaban acostumbrados a que él siempre se las solucionara. Él no tenía a nadie.

Julio se sintió contagiado por su buen humor. Los años de guerra no habían destrozado a sus amigos. Cuando se referían a la última rebelión lo hacían con rabia y resistencia, nunca considerándola una derrota. Todos habían invertido años de su vida en tierra hostil y les irritaba ver su futuro amenazado. A pesar de que las conversaciones entre ellos seguían, todos esperaban que Julio hiciera alguna señal para empezar la reunión. Era el centro de todos ellos. Cuando estaba ausente era como si les hubieran quitado la parte más pura de su resolución y su energía. Unía a hombres que no se habrían soportado en otras circunstancias. El vínculo era tal que nadie de los que se sentaron allí con él y lo miraron se lo cuestionaba. Él estaba allí, eso era todo, y ellos estaban algo más vivos de lo que lo estaban antes.

Finalmente entró Cabera acompañado por los dos hombres de la Décima que lo asistían en todo momento. Julio se acercó a él tan pronto el anciano curador estuvo instalado y tomó sus frágiles manos entre las suyas. Hablaba en un tono demasiado bajo para que los otros, con el ruido de fondo de las gaviotas y del viento, pudieran oírlo.

—Más lejos que cualquier otro hombre de Roma, Cabera. He estado en el extremo del mundo. ¿Me veías aquí hace tanto tiempo?

Cabera no parecía escucharlo al principio y Julio experimentó una gran tristeza al apreciar los cambios que la edad le había provocado. El sentido de culpabilidad le sacudía además la conciencia. Había sido Julio quien había pedido a Cabera que curara la rodilla hecha añicos de Domitio, y aquel acto de voluntad había sido excesivo para su anciano cuerpo. No había recuperado la fuerza desde aquel día. Sus ojos lo miraron por fin y las comisuras de su seca boca se torcieron hacia arriba.

—Estás aquí porque has elegido estarlo, Cayo —dijo el anciano. Su tono de voz era sólo un poco más elevado que un suspiro de modo que Julio se inclinó más para acercarse a sus labios—. Nunca te vi en esta estancia terriblemente fría. —Cabera hizo entonces una pausa y los músculos de su cuello se contrajeron en un espasmo cuando respiró hondo—. ¿Te dije que te vi muerto en manos de Sila? —musitó.

—Sila murió hace mucho tiempo, Cabera —dijo Julio.

Cabera asintió.

—Lo sé, pero te vi asesinado en su casa y de nuevo en las bodegas de un barco pirata. Te he visto caer tan a menudo que a veces me sorprende verte tan fuerte y con vida. No comprendo las visiones, Julio. Me han causado más dolor que el que jamás habría imaginado.

Julio vio con pesar que los ojos del anciano se llenaban de lágrimas. Cabera se dio cuenta de su expresión y rió entre dientes, un sonido metálico que continuó y continuó. Aunque el brazo izquierdo de Cabera reposaba inútil en su regazo, hizo un esfuerzo para levantar el otro y obligar a Julio a acercarse todavía más a él.

—No cambiaría ni un solo día de todo lo que he visto. ¿Me comprendes? No me queda mucho y será un consuelo. Pero no me arrepiento de nada de lo que ha sucedido desde que puse el pie en tu casa hace ya mucho tiempo.

—Yo no habría sobrevivido sin ti. No puedes abandonarme ahora —murmuró Julio. Los ojos se le inundaron de lágrimas y la cabeza de recuerdos.

Cabera bufó y se pasó la mano por la cara.

—Hay cosas que se nos niegan, Julio. Hay caminos que no es posible evitar. Tú también cruzarás el río al final. Lo he visto en más sentidos de los que podría contarte.

—¿Qué has visto? —dijo Julio ansioso por saberlo, aunque preso de un miedo que lo paralizaba. El anciano estaba tan inmóvil que por un instante creyó que no lo había oído.

—Quién sabe hasta dónde te llevarán tus decisiones. —La voz continuó silbando entre dientes—. Pero no te he visto de viejo, amigo mío, y en una ocasión te vi caer bajo los cuchillos de la oscuridad en los primeros días de primavera. Te vi caer en los idus de marzo, en Roma.

—Entonces nunca estaré en mi ciudad en esa fecha —replicó Julio—. Te lo juro, si esto te da la paz.

Cabera levantó la cabeza y miró más allá de Julio, donde las gaviotas chirriantes peleaban y luchaban por un pedazo de comida.

—Hay cosas que es mejor no saber; Julio. Eso creo. Ya no tengo nada claro. ¿Te he dicho lo de los cuchillos?

Julio unió las manos del anciano en su regazo con delicadeza y colocó los cojines en su lugar para que pudiera permanecer bien sentado.

—Sí, Cabera. Has vuelto a salvarme —dijo. Julio acabó de acomodarlo con infinita ternura entre los cojines para que se sintiese a gusto.

—Me alegro —dijo Cabera cerrando los ojos.

Julio lo oyó exhalar un largo suspiro, y la frágil figura se quedó amargamente inmóvil. Julio emitió un grito ahogado al ver que la vida se alejaba de él y le acarició la mejilla. El silencio pareció prolongarse durante mucho tiempo, pero el pecho seguía quieto y no volvería a moverse.

—Adiós, viejo amigo —dijo Julio.

Oyó un crujido de madera. Eran Renio y Bruto, que se acercaban a su lado. Los años se desvanecieron de repente y eran otra vez dos niños y su tutor allí reunidos, viendo cómo un hombre sujetaba el arco sin que le temblaran las manos.

Los demás miembros del consejo se pusieron en pie al percatarse de lo que sucedía. Julio se volvió hacia ellos con los ojos enrojecidos, y sus seguidores no soportaron ver el dolor que reinaba en sus facciones.

—¿Os uniréis a mí en las plegarias por el fallecido? Nuestra guerra esperará un día más.

Las gaviotas seguían gritando y balanceándose con el viento y el murmullo de las voces inundó la gélida estancia. Al final se produjo un silencio y Julio susurró unas últimas palabras sin dejar de mirar el cuerpo encogido del anciano.

—Y ahora estoy a la deriva —dijo en un tono de voz tan bajo que únicamente Bruto, que estaba a su lado, pudo oírlo.

XLIII

El interior de la tienda estaba oscuro y Adán disponía de una única vela de sebo para proporcionarle la luz necesaria para escribir. Permanecía sentado en silencio y observaba a César; tendido en un banco y con el brazo extendido para que se lo vendaran. Las primeras capas de la venda estaban ensangrentadas, y la tela además estaba sucia, pues le había sido retirada a un cadáver. Julio emitió un gruñido cuando el médico hizo un nudo y tiró para que el vendaje quedara tenso. Por un instante el dolor le hizo abrir los ojos de par en par y Adán vio reflejado en ellos un profundo agotamiento.

El doctor guardó el material en su bolsa y se marchó. Al salir una ráfaga de aire en el mal ventilado interior de la tienda hizo temblar la llama de la vela. Adán repasó las palabras que acababa de escribir y deseó que Julio se durmiese. Todos estaban hambrientos y el invierno había consumido tanta carne al comandante como a cualquiera de sus hombres. Su piel había adquirido un tono amarillento y se tensaba en el cráneo. Las oscuras ojeras le otorgaban el aspecto de un muerto.

Adán, creyendo que Julio se había dormido, empezó a enrollar los pergaminos para marcharse sin despertarlo. Se quedó inmóvil al ver que Julio estaba rascando las manchas de sudor de la túnica con la intención de quitarlas y luego se pasaba la mano por la cara. Adán sacudió la cabeza lentamente pensando en los cambios que había experimentado aquel hombre desde que lo había conocido. La Galia le había robado más de lo que le había dado.

—¿Por dónde iba? —dijo Julio sin abrir los ojos. Su voz era un crujido que hizo estremecer a Adán en la oscuridad.

—Por Avaricum. El médico ha llegado cuando estaba escribiendo sobre el día final.

—Ah, sí. ¿Estás preparado para continuar?

—Como desees, señor. Sería mejor si te dejara descansar un poco —dijo Adán.

Julio respondió únicamente rascándose la barbilla sin afeitarse.

—Avaricum vino poco después del asesinato de las tres cohortes al mando de Berico. ¿Vas escribiendo?

—Sí —musitó Adán. Asombrado y sin encontrarle explicación, el hispano notó el escozor de las lágrimas al ver que Julio se obligaba a seguir.

—Construimos una rampa para superar las murallas y tomamos la ciudad al asalto. No podía retener a los hombres después de lo que habían visto. No intenté retenerlos. —Julio hizo una pausa y Adán escuchó el ronco susurro de su respiración por encima del ruido que las legiones hacían en el exterior—. Nos sobrevivieron ochocientos, Adán. Recuerda la verdad en mi nombre. De los cuarenta mil hombres, mujeres y niños, sólo ochocientos seguían con vida cuando terminamos. Prendimos

fuego a la ciudad y destruimos todo el grano que conservaban en sus almacenes. Incluso así, a todos los soldados que me acompañaban se les podían contar las costillas. Vercingetórix había seguido adelante con su plan, por supuesto, y todas las ciudades que asaltábamos estaban destruidas. Se llevó el ganado y no nos dejó otra cosa que pájaros y liebres que cazar. Para alimentar a cuarenta mil hombres, Adán. Sin los almacenes de Avaricum, habríamos estado acabados. Los derrotábamos una y otra vez siempre que los sorprendíamos en campo abierto, pero se habían unido a él todas las tribus de la Galia y nos superaba en número. Berico murió al tercer mes, o al cuarto, no lo recuerdo. Sus propios irregulares lo sorprendieron en una emboscada. No encontramos su cuerpo.

Julio se quedó en silencio, recordando cómo Berico se había negado a creer que los hombres que él mismo había formado pudieran llegar algún día a matarlo. Había sido un hombre decente y había pagado con su vida por creer en aquello.

—Vercingetórix se trasladó hacia el sur, hacia Gergovia y los fuertes de las montañas, y no pude derribar aquellos muros.

Adán levantó la vista ante el silencio y vio a Julio con una expresión de rabia en la boca. Seguía tendido, con los ojos cerrados, y su voz rota parecía salir de lo más profundo.

—Perdimos a ochocientos hombres en Gergovia, y mis soldados tenían tanta hambre que al llegar la primavera los vi incluso comer maíz verde hasta acabar vomitando. Aun así destruimos todos los ejércitos que se atrevieron a combatir contra nosotros. Bruto y Octavio combatieron bien allí, contra los estandartes de las tribus, pero eran tantos, Adán... Todas las tribus que habíamos considerado amigas se levantaron contra nosotros, y hay momentos... no. Borra eso, mis dudas no tienen por qué quedar por escrito. —No pudimos matarlo de hambre en Gergovia y nuestros hombres estaban debilitándose. Me vi obligado a trasladarme hacia el oeste para reunir suministros, pero apenas pudimos encontrar nada para no morir de hambre. Vercingetórix envió a sus generales contra nosotros y combatimos durante todo el camino, mientras él se nos adelantaba por la noche. Este año, Adán... creo que debo de haber recorrido mil millas. Y he visto la muerte caminar a mi lado.

—Pero ahora lo tienes atrapado en Alesia —dijo Adán en voz baja.

Julio hizo un esfuerzo para sentarse y se inclinó sobre sus rodillas. La cabeza le daba vueltas.

—Es el fuerte de montaña más grande que he visto en la Galia. Una ciudad sobre cuatro colinas, Adán. Sí, lo tengo atrapado. Pasamos hambre fuera mientras él espera que todos muramos.

—En estos momentos hay cereales y carne de camino, los suministros que vienen del sur. Lo peor ya ha pasado —dijo Adán.

Julio se encogió de hombros tan levemente que podía haberse tratado

perfectamente de un suspiro.

—Tal vez. Escríbeme esto. Hemos construido trincheras y fortificaciones en una extensión de dieciocho millas rodeando Alesia. Hemos levantado rápidamente en el valle tres grandes promontorios, tan enormes que nos permiten incluso construir en ellos torres de vigilancia. Vercingetórix no puede irse mientras sigamos aquí... y seguiremos. Nuestros prisioneros hablan de él como el rey de todos los galos, y hasta que esté muerto o sea capturado seguirán rebelándose. Hemos acabado con miles de ellos y seguirán atacando cada primavera hasta que su rey haya muerto. Hazlo saber en Roma, Adán. Haz que comprendan lo que estamos haciendo aquí.

Se abrió el toldo de la tienda y Bruto apareció en la oscuridad. Miró de reojo a Adán al ver la luz de la diminuta llama.

—¿Julio? —dijo.

—Estoy aquí —dijo casi en un susurro.

—Tienes que salir una vez más. Acaban de llegar los exploradores e informan de que se acerca un ejército de galos para socorrer el fuerte.

Julio lo miró con unos ojos enrojecidos que parecían más muertos que vivos. Se puso en pie y el agotamiento lo hizo tambalearse. Bruto se acercó para ayudarlo a ponerse la armadura y el manto escarlata que los hombres necesitaban ver.

—De modo que aquellos hombres que escaparon del fuerte lo hicieron con la intención de traer un ejército hasta aquí —murmuró Julio mientras Bruto sujetaba el peto a las tiras de hierro que rodeaban el cuello.

Ambos hombres estaban sucios y empapados en sudor, y Adán quedó conmovido ante la ternura con que Bruto cogía un trapo y limpiaba con él la armadura, para después ir a buscar la espada, que había quedado abandonada junto a un poste, y entregársela a Julio. Adán descolgó de la percha el manto rojo sin decir palabra y ayudó a Bruto a colocárselo por encima de los hombros. Tal vez fuera producto de su imaginación, pero la armadura ayudaba a Julio a mantenerse un poco más erguido, y su absoluta voluntad hacía que parte del abatimiento se borrara de su rostro.

—Convoca el consejo, Bruto, y haz que vengan los exploradores. Lucharemos en ambos lados, si es necesario, con tal de dar fin a este rey.

—¿Y luego volveremos a casa? —dijo Bruto.

—Si salimos con vida, amigo mío, volveremos a casa por fin.

Los generales romanos que se reunieron en el campamento central a los pies de Alesia mostraban las marcas de las guerras en las que habían combatido. El agua potable estaba racionada, igual que la comida, y ninguno de ellos disponía de agua suficiente para afeitarse o quitarse de la cara la mugre de meses de estar en el campo de batalla. Se derrumbaron en los bancos y se sentaron con indiferencia, demasiado cansados para poder hablar. La tierra abrasada y los meses de guerra desde el regreso

de Britania habían afectado a todos, y aquel último golpe los había llevado al borde de la desesperación.

—Generales, ya habéis oído las noticias de los exploradores, así que poco más puedo explicaros —dijo Julio. Había pedido a un centinela una petaca de la preciada agua y la colocó en vertical sobre su boca para aclararse el polvo que tenía en la garganta—. Los hombres empiezan por fin a tener algo que comer, aunque los suministros son escasos y de mala calidad. Sin los sacrificios de nuestros colonos, tendríamos menos incluso. Los galos han reunido a todas sus tribus contra nosotros e incluso la caballería de los eduos se ha unido a ellos. Mhorbaine ha acabado traicionándome. —Julio hizo una pausa y se pasó la mano por la cara—. Si los exploradores están en lo cierto, tenemos pocas oportunidades de sobrevivir a esta batalla. Para vuestra información, apostaré por una rendición honorable y por salvar la vida de nuestras legiones. Vercingetórix ha demostrado no ser un loco. Tal vez nos permitiría regresar a los Alpes con nuestros colonos. Una victoria así lo establecería en el papel de gran rey y creo que lo aceptaría. ¿Es esto lo que queréis?

—No, no lo es —dijo Domitio—. Los hombres no aceptarían eso de nosotros, ni de ti. Déjalos que vengan, César. Volveremos a destruirlos.

—Él habla por mí —añadió Renio.

Todos los demás asintieron. Bruto y Marco Antonio se unieron a las voces y Octavio se puso en pie. A pesar de sus caras de agotamiento, la determinación seguía presente. Julio sonrió al comprobar su lealtad.

—Entonces venceremos o caeremos en Alesia, señores. Me siento orgulloso de haberos conocido. Si así es como los dioses dicen que debe terminar; que así sea. Lucharemos hasta el final. —Julio se rascó la barba y sonrió apesadumbrado—. Quizá deberíamos utilizar un poco de agua potable para mañana tener aspecto de romanos. Traedme los mapas. Haremos planes para humillar a las tribus una vez más.

Vercingetórix se encontraba en las murallas de Alesia observando el valle. Había subido corriendo a aquella zona castigada por el viento al recibir los primeros informes de sus vigías, y en aquellos momentos estaba apoyado en los muros medio desmoronados viendo avanzar hacia ellos una gran cantidad de antorchas.

—¿Es Madoc? —preguntó impaciente Brigh.

El rey miró a su hermano menor y le pasó el brazo por el hombro en un repentino arranque de cariño.

—¿Quién podría ser si no? Ha reunido a todos los ejércitos de la Galia para barrerlos de aquí. —Echó un vistazo a su alrededor e inclinó la cabeza hacia su hermano—. Los príncipes de los arvernos son hombres difíciles de derrotar, ¿verdad?

Brigh le sonrió.

—Había empezado a perder las esperanzas. Sólo queda comida para un mes...

—Di a los hombres que esta noche coman como es debido. Mañana

destrozaremos a los romanos, nos abriremos paso entre sus fuertes y sus muros y les reclamaremos la Galia. Pasará más de una generación hasta que volvamos a ver alguna de estas legiones.

—¿Y serás el rey? —preguntó Brigh.

Vercingetórix soltó una carcajada.

—Soy el rey, hermanito. El rey de una gran nación. Ahora que las tribus recuerdan la llamada de la sangre, ya nada en el mundo nos detendrá. El amanecer acabará con todo esto y seremos libres.

La primera luz grisácea reveló un campamento de jinetes galos que abarcaba tres millas de terreno. Cuando las legiones se despertaron, escucharon los apagados gritos de alegría de los habitantes de la ciudad sitiada de Alesia al percatarse de la presencia de sus rescatadores.

La mañana era fría, aunque el verano estaba al caer. La comida procedente de la provincia romana situada al pie de los Alpes estaba ya preparada y la repartían en recipientes de hojalata. Para la mayoría de los hombres era la primera comida caliente en muchos días. Con los galos dispuestos en formación ante ellos, comieron sin alegría alguna y los platos se vaciaron rápidamente. Muchos de los legionarios los relamieron hasta dejarlos limpios, apurando hasta la última gota.

Las fortificaciones romanas que rodeaban Alesia tenían una altura suficientemente elevada para que los galos tuvieran que pararse a cavilar la mejor forma de atacar. Los muros alcanzaban los veinte pies de altura y estaban protegidas por cuarenta mil de los mejores soldados de a pie del mundo. No era una tarea fácil, ni siquiera con las cantidades impresionantes de hombres que Madoc había conseguido reunir.

Ni el mismo Madoc sabía de cuántos hombres disponía. Lo único que tenía claro era que jamás había visto un ejército de aquel tamaño congregado en un solo lugar. Pero aun así se mostraba cauteloso, tal y como Vercingetórix le había dicho que se comportara cuando salió a escondidas de Alesia con la misión de convocar a las tribus.

—Recuerda a los helvecios —le había dicho Vercingetórix.

Incluso superados con creces en número, los romanos habían derrotado a todos los ejércitos con los que se habían enfrentado, y los que seguían con vida eran los veteranos y los supervivientes, los más difíciles de matar. Madoc deseaba que su hermano hubiera estado con él allí para dirigir a los jinetes. Sentía sobre él la mirada crítica y la esperanza de los defensores de los fuertes de Alesia, una sensación que lo intimidaba. A aquellas alturas sabía de sobras que su hermano era mejor rey de lo que él lo habría sido. Madoc solo no habría sido capaz de unir a todas las tribus con el lazo más fuerte que las había vinculado en mil años. Las viejas peleas habían caído en el olvido y todos habían enviado a sus mejores hombres para ayudar al gran rey y

romper la retaguardia de la ocupación romana.

Ahora todo dependía de su espada. Al amanecer decenas de miles de hombres confiarían en él.

Julio decidió dirigirse desde lo alto de un promontorio a los hombres con los que llevaba nueve años de combate en la Galia. Conocía por su nombre a centenares de ellos y muchas caras le resultaban familiares. Cuando llegó al punto más elevado, se apoyó en la base de la torre de vigilancia para poder mantener bien el equilibrio. ¿Sabrían lo débil que se encontraba? Había compartido con ellos las privaciones de la marcha y de las batallas por la Galia. Lo habían visto esforzarse más que cualquiera, pasar días enteros sin dormir hasta no quedar en él más que una voluntad de hierro para mantenerlo en pie.

—¡No os pediré que luchéis por Roma! —vociferó—. ¿Qué sabe Roma de los que estamos aquí? ¿Qué comprende el senado de lo que somos? Los mercaderes que siguen en sus casas, los esclavos, los constructores, las prostitutas... ninguno nos ha acompañado en nuestras batallas. Cuando pienso en Roma, no pienso en ellos, en aquellos que tan lejos están. Mis hermanos son los que veo frente a mí.

Frente a las legiones las palabras brotaban con facilidad. Los conocía bien. Empezaron a oírse débiles vítores de ánimo entre todos los que observaban aquella figura envuelta en un manto de color escarlata. Le resultaba imposible explicar el vínculo que podía unirlos a un desconocido, pero nunca había tenido necesidad de hacerlo. Ellos lo conocían por lo que era. Lo habían visto herido junto a ellos y agotado después de una marcha. Todos y cada uno de aquellos hombres atesoraban en su memoria, más que las monedas de plata que recibían de paga, los recuerdos de las ocasiones en las que se dirigía a ellos.

—No os pediré que luchéis esta última vez por Roma. Os pediré que lo hagáis por mí —dijo.

Todos levantaron más la cabeza para oírlo bien y los vítores se extendieron entre las filas.

—¿Quién se atreve a llamarse Roma mientras nosotros sigamos con vida? Sin nosotros la ciudad no es más que mármol y piedra. Nosotros somos su sangre y su vida. Somos lo que le da sentido. —Julio extendió una mano en dirección a las hordas del ejército galo—. ¡Qué honor tener a tantos hombres congregados en nuestra contra! Conocen nuestra fuerza, legiones mías. Saben que nuestro espíritu es inquebrantable. Os lo digo: si pudiera intercambiar posiciones y estar allí, tendría miedo de lo que veo ante mí. Estaría aterrorizado. Porque ellos no son nosotros. Alejandro se sentiría orgulloso de estar a vuestro lado, tanto como yo lo estoy. Se sentiría orgulloso de ver vuestras espadas levantadas en su nombre. —Bajó la vista hacia la multitud y vio a Renio, que lo miraba fijamente—. Cuando nuestros corazones y nuestros brazos se sienten cansados, seguimos adelante —rugió Julio—.

Cuando nuestros estómagos están vacíos y nuestras bocas secas, seguimos adelante. —Hizo de nuevo una pausa y les sonrió—. Somos profesionales, señores. ¿Vamos a hacer pedazos a esos aficionados?

Hicieron chocar espadas con escudos y todas las gargantas gritaron para dar su aprobación.

—¡Todos a los muros! ¡Se acercan! —gritó Bruto.

Las legiones corrieron a sus puestos. Sin embargo, permanecieron firmes mientras Julio descendía y caminaba entre ellos, orgulloso de sus hombres.

Madoc experimentó una oleada de miedo al ver el tamaño de las líneas romanas que sitiaban Alesia. Un mes antes, cuando había escapado de la ciudad, estaban empezando a excavar en el barro las primeras trincheras, pero en aquel momento los muros eran sólidos y estaban poblados de soldados.

—¡Encended antorchas para prender fuego a sus puertas y a sus torres! —ordenó.

Las líneas de luz brotaron rápidamente entre los miembros de las tribus. El crepitar de las llamas era el sonido de la guerra y notó su corazón acelerándose a modo de respuesta. Seguía preocupado por las inmensas fortificaciones que acechaban por todo el terreno y decidió esperar. Con una barrera como aquélla, la velocidad de los caballos galos no serviría de nada. Madoc sabía que de no conseguir tentar a los romanos para que salieran de allí, cada paso que diera sería sangriento.

—¡Preparad las lanzas! —gritó a sus filas.

Cuando extrajo su espada y la apuntó hacia las fuerzas romanas, sintió centenares de ojos puestos en él. Sus queridos arvernos estaban preparados en el flanco derecho y seguirían sus órdenes sin duda alguna. Le gustaría poder disfrutar de la misma sensación de seguridad respecto al resto del ejército en pleno calor de la batalla. Madoc temía que tan pronto como empezaran a morir, perdieran la poca disciplina que había sido capaz de imponerles.

Levantó el puño y lo hizo descender con un brusco movimiento, animando al caballo para que marchara al galope liderando a sus hombres. Le siguió un estruendo que apagó cualquier otro sonido y a continuación los galos gritaron todos a una. Los caballos emprendieron el vuelo hacia las murallas. En todas las manos había una lanza lista para ser arrojada.

¡*Ballistae* preparadas! ¡Onagras, escorpiones, preparados! ¡Esperad el aviso de los cuernos! —gritaba Bruto a derecha e izquierda.

Nadie había permanecido ocioso durante la noche, y todas las máquinas de guerra que poseían estaban dispuestas para acabar con su mayor enemigo. Los ojos de los hombres apostados en las murallas se mantenían fijos en las hordas que galopaban hacia ellos y sus caras se iluminaban pensando en lo que estaba por llegar.

Habían empapado en aceite grandes pedazos de madera y les habían prendido

fuego. A pesar del humo sofocante que desprendían, nada hacía mella en el entusiasmo de los hombres que estaban dispuestos a aplastarlos contra la cabeza de los galos.

Bruto hizo un movimiento afirmativo una vez calculado el rango de alcance y dio un golpecito en el hombro al responsable de hacer sonar el cuerno que más próximo estaba a él. El hombre respiró hondo e hizo sonar una nota prolongada, atragantándose casi al ver centenares de brazos de madera de roble moviéndose a la vez. Piedra y metal volaron por los aires emitiendo un sonido silbante, y los romanos enseñaron los dientes a la espera de la primera caricia de la muerte.

Madoc vio llegar la avalancha, cerró los ojos un instante y se puso a rezar. A su alrededor oía los sonidos metálicos y los golpes sordos de los proyectiles. Los gritos iban quedándose atrás. Cuando abrió los ojos, se sorprendió de seguir vivo y lo celebró gritando de puro placer. Entre los hombres de las tribus se habían abierto huecos que fueron cerrándose a medida que la distancia que los separaba de las legiones iba menguando. Sentía la sangre corriendo por su cuerpo a toda velocidad.

Los galos arrojaron sus lanzas con toda la furia de los hombres capaces de sobrevivir a las máquinas romanas. Lanzaron sus flechas hacia los muros y por encima de ellos. Antes de que hubieran aterrizado, Madoc había alcanzado ya los amplios fosos que rodeaban los muros romanos. Treinta mil de sus mejores hombres desmontaron de sus sillas para empezar a trepar, clavando sus espadas en el suelo para superar las puntas metálicas que supuestamente deberían impedirles el paso.

Mientras Madoc ascendía por los muros vio de refilón a los legionarios. De repente la tierra cedió y cayó al suelo. Gritó de rabia e inició un nuevo ascenso. Oyó entonces el crepitar de las llamas y vio a un grupo de romanos apalancando algo muy grande por encima del muro y arrojándolo hacia él. Intentó saltar para apartarse, pero el objeto lo aplastó reduciéndolo a añicos de huesos y negrura.

Desde los muros Julio observaba cómo el primer ataque era rechazado. Ordenó que las máquinas de guerra dispararan sin cesar, utilizando leños y piedras que partían a su paso las patas de los caballos. Las puertas de los muros estaban en llamas, pero no importaba. No tenía la intención de esperar a que se derrumbasen.

A lo largo de las millas de fortificaciones los legionarios romanos destrozaban a todo aquel que se acercaba, empleando frenéticamente espadas y escudos. Los cuerpos empezaron a amontonarse a los pies de los muros. Julio dudó. Sabía que sus soldados, con lo débiles que estaban, no podían seguir combatiendo por mucho tiempo a aquel ritmo. Pero los galos seguían intentando el ataque directo, dejándose la vida bajo las armas romanas.

El grueso de la caballería no había podido alcanzar siquiera las filas romanas. Julio temía que, en el caso de ordenar la salida de los legionarios, fueran engullidos.

Tomó la decisión. Sus facciones se endurecieron repentinamente.

—Octavio, ordena a los *extraordinarii* que salgan contra ellos. Mi Décima y la Tercera estarán detrás de ti, como hicimos con los britanos.

Sus miradas se cruzaron por un instante y Octavio le respondió con un saludo.

Retiraron las gruesas barras de hierro que atrancaban las puertas y las abrieron tirando de ellas mediante cuerdas. La madera quemaba con fuerza y cuando las puertas cayeron, la ráfaga de aire fresco que entró reavivó las llamas. Los *extraordinarii* salieron al galope cabalgando entre el fuego dispuestos a acabar con el enemigo. Los cascos de los caballos resonaban en la madera al pasar por encima de las puertas. Desaparecieron entre la humareda, y la Décima y la Tercera salieron tras ellos.

Julio vio cómo varios equipos de hombres se enfrentaban a las llamas y devolvían las puertas a su lugar antes de que los galos pudieran aprovechar la brecha abierta. Era un momento peligroso. Si los *extraordinarii* no conseguían hacer retroceder a los galos, las legiones enviadas para entrar a la carga y apoyarlos no podrían moverse. Julio forzó la vista entre el humo para seguir el águila de la legión en su avance entre la masa en ebullición del ejército tribal. La vio caer y levantarse de nuevo gracias a U mano de un soldado desconocido. La Duodécima de Ariminum estaba preparada para salir y Julio no sabía con qué se encontrarían.

Miró de reojo las fortificaciones de Alesia y a los hombres que tenía permanentemente en vigilancia para intentar atacar. ¿Cuántos podía dejar en la reserva? Si Vercingetórix salía, era evidente que sus legiones acabarían derrotadas al verse atacadas por ambos lados. No podía permitir que aquello sucediera.

Su mirada captó la característica figura de Renio, que se acercaba con un escudo y preparado para cubrir la cabeza a Julio en cualquier momento. Julio sonrió por un breve instante, dándole así permiso para que se quedara a su lado. El gladiador estaba pálido y parecía haber envejecido de repente, pero sus ojos escudriñaban el territorio sin cesar para proteger en todo momento a su general.

Julio vio entonces un espacio despejado en el suelo ensangrentado, cubierto por cuerpos que se movían débilmente y por cadáveres. Algunos pertenecían a romanos, pero la inmensa mayoría eran del enemigo, con lanzas clavadas y aplastados. Entre el apiñamiento empezaba a abrirse un enorme arco, el resultado del avance de la Décima, que, con una barrera de escudos y pisoteando los cuerpos, hacía retroceder al enemigo. Julio se percató de que las lanzas galas habían dejado de volar y juzgó que era el momento adecuado.

—¡Duodécima y Octava, al apoyo! —gritó—. ¡Derribad las puertas!

Una vez más las cuerdas se tensaron y salieron por ellas diez mil hombres dispuestos a sustituir a los que habían salido previamente.

Las máquinas de guerra permanecieron en silencio mientras las legiones se abrían

camino entre los galos. Las estrechas escuadras fueron engullidas por el humo hasta perderse de vista, y aparecieron luego como piedras en una riada, sobreviviendo aún, sólidas aún, para volver a desaparecer.

Con cuatro legiones en el campo de batalla, Julio envió otra más. Conservó los hombres justos para mantener los muros y vigilar los fuertes que tenían a sus espaldas. Los responsables de las ijompas permanecían firmes detrás de Julio, esperando órdenes, Y el los miró de reojo con mirada dura.

—En cuanto os lo diga, tocad retirada.

Agarró un extremo de su manto con la mano que tenía libre y lo retorció. Resultaba difícil presenciar lo que estaba sucediendo, pero seguía oyendo voces romanas gritando órdenes y veía que los galos caían a lo largo de los muros ante la amenaza de la que habían pretendido liberarse. Julio se obligó a esperar.

—¡Tocad! ¡Rápido! —espetó por fin, observando el campo de batalla mientras sonaban las notas.

Las legiones habían llegado muy lejos y luchaban por todos lados, pero no permitirían una derrota, lo sabía. Los escuadrones se retirarían paso a paso hacia la caballería, ordenadamente, sin dejar en ningún momento de matar.

Los galos se movían como un líquido amargo que forma un remolino de gritos. Los hombres morían al paso de las legiones en retirada. Julio gritó con todas sus fuerzas al ver las águilas aparecer una vez más. Se abrieron de nuevo las puertas y las legiones entraron en tropel, corriendo para protegerse detrás de los muros y desafiar al enemigo.

Los galos avanzaron en una oleada y Julio miró a los hombres de las *ballistae*, que esperaban con desesperada impaciencia. La totalidad del ejército galo avanzaba y el momento era perfecto, pero no se atrevía a darles la orden de disparar sin asegurarse de que todas las legiones estaban ya dentro.

Él apenas vio las lanzas volando, pero Renio sí se percató de ellas. Cuando Julio se agachó, Renio levantó el escudo y lo mantuvo contra el aterrador impacto de las flechas silbantes. Emitió un gruñido y Julio se volvió de inmediato para darle las gracias por lo que acababa de hacer. Su cara se quedó blanca al ver la masa sanguinolenta en que se había convertido el cuello de Renio.

—¡Despejado! ¡Están todos dentro, señor! —gritó el responsable de la trompa que tenía a su lado.

Pero Julio no podía hacer otra cosa que mirar atónito cómo Renio caía al suelo.

—¡Señor, tenemos que disparar ahora! —dijo el responsable de la trompa.

Sin apenas oírlo, Julio levantó el brazo y las pesadas *ballistae* crujieron como respuesta. Toneladas de piedra y hierro aplastaron una vez más a los jinetes galos, abriendo enormes franjas en el campo de batalla. El ejército de las tribus era demasiado compacto para poder evitar una carnicería, y miles de hombres cayeron

para no volver a levantarse jamás.

Un potente silencio fue creciendo mientras las tribus se retiraban del alcance de las máquinas de guerra. Julio escuchaba a lo lejos los gritos de alegría de sus hombres al ver la cantidad de muertos que quedaban abandonados en el campo de batalla. Se acercó al cuerpo de Renio y le cerró los ojos. Ya no le quedaba más dolor. Horrorizado, notó que sus manos empezaban a temblar. Sentía un sabor metálico en la boca.

Octavio apareció corriendo entre los legionarios y levantó la vista hacia donde Julio seguía arrodillado, empapado en un sudor frío.

—¿Una más, señor? Estamos listos.

Julio estaba aturdido. No podía sufrir un ataque delante de todo el mundo, no podía. Luchó por negar lo que estaba sucediendo. Llevaba años sin sufrir ataques. No lo permitiría. Con un arranque de fuerza de voluntad se incorporó balanceándose, obligándose a permanecer concentrado. Se despojó del casco e intentó respirar hondo, pero el dolor de cabeza aumentaba y veía luces centelleantes por todas partes. Octavio frunció el entrecejo al ver su mirada vidriosa.

—Las legiones resisten, general. Están listas para entrar en batalla una vez más, si lo deseas.

Julio abrió la boca para hablar pero no pudo. Se derrumbó en el suelo. Octavio saltó de su montura corriendo para sujetarlo. Apenas se percató de la presencia del cuerpo sin vida de Renio a su lado. Gritó al hombre de la trompa para que fuera en busca de Bruto.

Bruto llegó corriendo y se quedó pálido al comprender.

—Llévalo a un lugar donde nadie lo vea, rápido —le gritó a Octavio—. La tienda de mando está vacía. Llévatelo antes de que los hombres lo vean.

Levantaron entre ambos la figura retorcida que tanto peso había perdido a lo largo de meses de hambre y de guerra, y lo arrastraron hacia la penumbra del interior del puesto de mando.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Octavio.

Bruto forzó los rígidos dedos de Julio para quitarle el casco que seguía sujetando.

—Desnúdalo. Han sido muchos los que nos han visto traerlo hasta aquí. Deben verlo salir.

Los hombres vitorearon a Bruto cuando hizo su aparición bajo el sol mortecino vestido con el casco completo y la armadura de su amigo. Detrás había quedado Julio, desnudo y tendido en un banco, contorsionándose y temblando en compañía de Octavio, que se encargaba de sujetarle entre los dientes un pedazo de tela de túnica retorcida.

Bruto recorrió la muralla para evaluar el estado del enemigo y vio que seguía replegándose después del segundo ataque demoledor de las *ballistae*. En la oscuridad

de la tienda parecía que hubiese transcurrido más tiempo. Las legiones lo miraban a la espera de recibir órdenes y sufrió un momento del más puro pánico. Desde que había puesto los pies en la Galia no había estado solo al mando. Julio había estado siempre allí.

Bruto observaba desesperado desde detrás de la máscara. No se le ocurría otra estratagema que la más sencilla de todas: abrir las puertas y matar cualquier cosa que se moviese. Julio no lo habría hecho, pero Bruto no podía quedarse contemplando desde el fuerte cómo sus hombres salían al campo.

—¡Traedme un caballo! —vociferó—. No dejéis a nadie en la reserva. Vamos a salir a por ellos.

Cuando las puertas volvieron a abrirse, Bruto las cruzó a todo galope liderando las legiones. Era el único método que conocía.

Los galos vieron enseguida que la totalidad de las legiones irrumpía en el campo de batalla y empezaron a moverse de un lado a otro de un modo caótico, muertos de miedo, temerosos de verse arrastrados de nuevo y ser aplastados por las máquinas de guerra. Sin los líderes, muertos en los primeros ataques, el desorden reinaba entre sus filas.

Bruto vio que muchos componentes de las tribus se limitaban a dar media vuelta y a huir corriendo del campo de batalla.

—¡Mejor que corráis! —gritó con fiereza.

A su alrededor los *extraordinarii* montaban sus caballos al galope y preparaban sus sanguinarias armas. Las legiones rugieron al acelerar el paso. Cuando se encontraron con las primeras líneas enemigas, nada podía detenerlos.

XLIV

Al anochecer, los galos supervivientes habían abandonado el campo de batalla y partido hacia sus casas y sus territorios tribales portando la noticia de la derrota. Las legiones romanas pasaron la mayoría de la noche en la explanada desnudando cadáveres y recogiendo los mejores caballos para utilizarlos después. En la oscuridad los romanos se dividieron en cohortes y rastrearon los territorios que circundaban Alesia, acabaron con la vida de los heridos y recogieron armaduras y espadas de los muertos. Regresaron a las fortificaciones principales al amanecer y volvieron entonces sus siniestras miradas hacia los silenciosos fuertes.

Julio no había superado sus tortuosos sueños hasta la puesta del sol. La violencia del ataque había magullado su agotado cuerpo y cuando la pesadilla lo abandonó, cayó en un sopor cercano a la muerte. Octavio permaneció en todo momento junto a él en la tienda, refrescándole la piel con un trapo y agua.

Cuando regresó Bruto, salpicado de sangre y suciedad, permaneció durante un largo rato observando aquella pálida figura. Su piel estaba cubierta de cicatrices. Sin los adornos de su rango, aquella figura agotada tenía algo de vulnerable.

Bruto se arrodilló a su lado y se quitó el casco.

—He sido tu espada, amigo mío —susurró.

Con infinita ternura Bruto y Octavio intercambiaron la ajada armadura y las prendas hasta que Julio quedó de nuevo vestido. No se despertó, aunque cuando lo incorporaron, sus ojos vidriosos se abrieron por un momento.

Una vez terminada la operación, la figura acostada en el banco volvía a ser la del general romano al que tan bien conocían. Su piel estaba magullada y el cabello despeinado hasta que Octavio lo untó con aceite y se lo arregló.

—¿Regresará? —murmuró Octavio.

—Lo hará, a su debido tiempo —respondió Bruto—. Ahora dejémoslo solo. — Observó el débil movimiento del pecho de Julio y se quedó satisfecho.

—Montaré guardia. Siempre habrá alguien que querrá verlo —dijo Octavio.

Bruto lo miró y negó con la cabeza.

—No, muchacho. Vete a ver a tus hombres. Ese honor es mío.

Octavio lo dejó montando guardia en el exterior de la tienda, una figura inmóvil en la oscuridad.

Bruto no había enviado a Vercingetórix la petición de rendición. Incluso con armadura y casco, sabía que no podía engañar a Adán ni por un momento. Además, aquel honor le correspondía a Julio. Apareció la luna en el cielo y Bruto siguió montando guardia delante de la tienda, despidiendo a todo aquel que se acercaba a felicitar a Julio. Después de que unos cuantos fueran disuadidos, corrió la voz y se

quedó más tranquilo.

Bruto lloró por Renio en la intimidad de la oscuridad y el silencio. Cuando él y Octavio trasladaron a Julio hasta la tienda, había visto su cuerpo y lo había ignorado. Era como si una parte de él hubiese grabado la escena en detalle para recordarla después de que la batalla hubiera terminado. A pesar de que sólo había visto de reojo al viejo gladiador, cerraba los ojos y veía su frío cadáver como si fuese de día.

Le parecía imposible que Renio hubiera muerto. Aquel hombre había sido lo más cercano a un padre que Bruto había tenido en su vida, y no tenerlo allí le provocaba un dolor que incluso le hacía saltar las lágrimas.

—Tú ahora ya descansas, viejo cabrón —murmuró sonriendo y llorando al mismo tiempo. Vivir durante tanto tiempo sólo para morir por culpa de una lanza resultaba obsceno, aunque Bruto sabía que Renio lo habría aceptado igual que aceptó cualquier otra prueba a la que lo sometió la vida. Octavio le había explicado cómo había protegido a Julio con el escudo, y Bruto sabía que el viejo gladiador lo habría considerado un precio justo.

Un sonido procedente del interior de la tienda le avisó de que por fin Julio había despertado, antes incluso de que se levantara el toldo de la tienda.

—¿Bruto? —preguntó Julio forzando la vista para ver en la oscuridad.

—Estoy aquí —respondió Bruto—. Te quité el casco y los hice salir. Creyeron que eras tú.

Sintió la mano de Julio en el hombro y las lágrimas limpiando la suciedad de su cara.

—¿Los hemos vencido? —preguntó Julio.

—Hemos destrozado su retaguardia. Los hombres están esperando que exijas la rendición de su rey. Es lo último que tenemos que hacer y habremos terminado.

—Renio cayó al final. Me protegió con su escudo —dijo Julio.

—Lo sé, lo he visto.

Ninguno de los dos necesitó decir más. Ambos lo conocían desde que no eran más que unos chiquillos y hay dolores que las palabras empequeñecen.

—¿Los has liderado tú? —dijo Julio. Aunque su voz iba cobrando fuerza, seguía un poco confuso.

—No, Julio. Te han seguido a ti.

Al amanecer Julio envió un mensajero a Vercingetórix y esperó la respuesta que sabía que acabaría llegando. Todos los hombres y mujeres de Alesia habrían oído hablar de la matanza de Avaricum. Se sentirían aterrorizados ante los macabros soldados que los vigilaban desde el fuerte. Julio les había ofrecido el perdón a todos si Vercingetórix se rendía al amanecer, pero el sol empezaba a levantarse y todavía no había respuesta.

Lo acompañaban Marco Antonio y Octavio. No había otra cosa que hacer que

esperar. Uno a uno, los que habían estado allí desde el principio fueron acercándose para estar a su lado. Había veces en que las caras ausentes hacían ver que nada valía el precio que se había pagado. Berico, Cabera, Renio, demasiados. Julio dio un trago al vino que se le ofrecía sin saborearlo y se preguntó si Vercingetórix seguiría luchando hasta el más amargo final.

Los legionarios nunca permanecían en silencio después de la batalla. Cada uno tenía amigos con quien celebrarlo, y la verdad era que las historias de valentía abundaban. Cuando al amanecer se pasó revista, había muchos más que no habían podido responder con su nombre, y los cuerpos sin color que iban llegando eran el testimonio de la batalla en la que juntos habían combatido. Julio escuchó el grito de agonía de un soldado al reconocer uno de los cadáveres y caer de rodillas, llorando sin parar hasta que sus compañeros de centuria se hicieron con él y se lo llevaron para emborracharlo.

La muerte de Renio había dolido a todos. Los hombres que habían luchado con el viejo gladiador le habían envuelto el cuello con una tela arrancada de una túnica y lo habían tendido en el suelo con su espada. Desde Julio hasta el legionario de rango más bajo, todos habían sufrido sus arranques de mal humor y su entrenamiento, pero ahora que ya no estaba, todos se acercaban en doloroso silencio para tocarle la mano y rogar por su alma.

Con los muertos dispuestos bajo un sol que no calentaba, Julio levantó la vista hacia las murallas de Alesia y pensó en diversas formas de hacerlos salir definitivamente de su plaza fuerte. Ahora que terna por fin la Galia en sus manos, no podía quedarse sentado sin hacer nada.

No habría más rebeliones. En los días venideros la noticia de la derrota llegaría hasta el poblado más recóndito y a todas las ciudades de aquel extenso país.

—Aquí llega —dijo Marco Antonio interrumpiendo los pensamientos de Julio.

Se levantaron todos a una estirando el cuello para ver cómo el rey descendía por el empinado camino hasta el lugar donde las legiones estaban esperando. Una figura solitaria.

Vercingetórix había cambiado y no tenía nada que ver con el aguerrido y joven guerrero de hacía tanto tiempo al que Julio recordaba. Iba montado en un caballo gris y vestido con una armadura completa que resplandecía bajo los primeros rayos de sol. Julio cobró repentinamente conciencia de lo sucio que iba y se preparó para despojarse de su manto, pero luego se detuvo. No le debía al rey ningún honor especial.

Cingeto llevaba su cabello rubio recogido y peinado en gruesas trenzas que le llegaban hasta los hombros. Su espesa barba brillaba gracias a los aceites con que había sido untada y cubría las cadenas de oro que llevaba colgadas al cuello. Cabalgaba con destreza, cargado con un escudo labrado y una espada de gran tamaño

que reposaba sobre su muslo. Las legiones esperaron en silencio la llegada de un hombre que tanto pesar y dolor les había causado. Algo había en su majestuosa manera de avanzar que los mantenía inmóviles y en silencio, concediéndole aquel último momento de dignidad.

Julio se dirigió a recibir al rey flanqueado por Bruto y Marco Antonio. El resto de sus generales lo siguieron hacia el camino, todos ellos sin decir palabra.

Vercingetórix miró al romano desde su montura y quedó asombrado de las diferencias que observaba con respecto a su primer encuentro, hacía casi una década. César había dejado su juventud en los campos de la Galia, y sólo aquellos ojos fríos y oscuros parecían los mismos. Lanzando una última mirada a las fortalezas de Alesia, Vercingetórix desmontó y cargó con su escudo y su espada. Los arrojó a los pies de Julio y mantuvo la mirada del romano durante un largo momento.

—¿Perdonarás la vida a los demás? —preguntó.

—Te di mi palabra —respondió Julio.

Vercingetórix asintió una vez disipados sus últimos temores. Luego se arrodilló en el fango e inclinó la cabeza.

—Traed cadenas —dijo Julio.

El silencio quedó roto por el ruido metálico de espadas y escudos de las legiones en una cacofonía que apagó cualquier otro sonido.

XLV

Llegó de nuevo el invierno y Julio cruzó los Alpes con cuatro de sus legiones para instalarse en las proximidades de Ariminum. Llevaba consigo, cargados en carros, cinco cofres de oro, cantidad suficiente para pagar más de cien veces el diezmo del senado. Sus hombres marchaban con sus sacas llenas de monedas, y la buena comida y el descanso les habían hecho recuperar gran parte de su brío y su fuerza. La Galia estaba por fin tranquila y empezaban a tenderse nuevas carreteras que atravesarían aquel fértil territorio de costa a costa. A pesar de que Vercingetórix había prendido fuego a un millar de granjas romanas, antes del final del verano habían empezado a asentarse en ellas nuevas familias y otras seguían llegando, atraídas por la promesa de buenas cosechas y paz.

Apenas tres mil soldados de la Décima habían sobrevivido a las batallas de la Galia, y Julio había recompensado con tierras y esclavos a todos los hombres bajo su mando. Les había proporcionado oro y raíces, y sabía que eran suyos, tal y como Mario le había explicado en una ocasión. No luchaban por Roma, ni por el senado. Luchaban por su general.

Nunca tendría noticias de ninguno que pasara la noche al raso, pues todas las casas de Ariminum se convirtieron de repente en el hogar de dos o tres de sus soldados, que llenaron la ciudad de vida y dinero. Los precios subieron prácticamente de la noche a la mañana, y al final de su primer mes allí se agotó lo que quedaba de vino en toda la ciudad portuaria.

Bruto había acompañado a la Tercera Gallica, y tan pronto como se sintió libre y solo en la ciudad, se dedicó también a emborracharse para olvidar. La pérdida de Renio había sido un golpe muy duro para él y Julio tenía que oír a diario informes que hablaban de la implicación de su amigo en alborotos nocturnos.

Julio escuchaba a los posaderos que llegaban a él con sus quejas y pagaba las facturas con un murmullo de protesta. Al final decidió enviar a Régulo para evitar que Bruto acabara matando a alguien en plena borrachera. Los informes pasaron entonces a relatar las correrías de la pareja por la ciudad, provocando más daños aún que los que había provocado Bruto solo.

Por primera vez desde Hispania julio no sabía lo que iba a depararle el año siguiente. En la Galia había muerto un millón de hombres por satisfacer sus ambiciones y otro millón había sido vendido para trabajar en canteras y granjas romanas, desde África hasta Grecia. Poseía más oro del que había visto en su vida y había cruzado el mar para derrotar a los britanos. Había esperado que su triunfo lo llenara de alegría. Había igualado a Alejandro y descubierto un nuevo mundo más allá de lo que señalaban los mapas. Había ocupado más territorio en una década que lo que Roma había conseguido reunir en todo un siglo. Si de jovencito hubiese visto a

Vercingetórix arrodillarse a sus pies, se habría sentido en la gloria, lo habría considerado un logro personal. Pero no habría sabido entonces hasta qué punto se echaba de menos a los muertos. Había soñado con estatuas y con la mención de su nombre en el senado. Y ahora que todo aquello era real lo despreciaba. Incluso la victoria le resultaba vacía, porque significaba que la lucha había terminado. Había demasiados remordimientos.

Julio había ocupado la casa de Craso en el centro de la ciudad y por las noches seguía oliendo el perfume de Servilia. No la había mandado llamar, aunque se sentía solo. Por una razón u otra, la idea de que ella lo sacaría de su depresión le resultaba insoportable. Apreciaba los oscuros días de invierno como reflejos de sí mismo y aceptaba sus malos humores como a viejos amigos. No quería coger las riendas de la vida y seguir adelante. En la intimidad de la casa de Craso podía pasar los días sin hacer nada, dedicar las tardes a contemplar los cielos oscuros y a escribir sus libros.

Los informes que había escrito para su ciudad natal se habían convertido para él en algo más. Los recuerdos, al ser escritos, quedaban de algún modo encerrados. La tinta era incapaz de expresar el miedo, el dolor y la desesperación, y ya le iba bien. Escribir sobre todos sus años en la Galia le liberaba la mente, y luego Adán se dedicaba a copiar lo escrito.

Al final de la primera semana Marco Antonio se instaló también en la casa. Se impuso como objetivo quitar las capas de polvo que cubrían los muebles y asegurarse de que Julio tomaba como mínimo una buena comida al día. Julio toleraba sus atenciones con un humor aceptable. Ciro y Octavio llegaron a la casa algunos días después, y los romanos se decidieron a dejarla limpia como una galera de la legión. Tiraron todos los papeles amontonados en las diversas estancias y llevaron a la casa una actividad que a Julio le costaba cada vez más ignorar. Aunque al principio había disfrutado de su soledad, estaba acostumbrado a verse siempre rodeado de oficiales y sólo levantó las cejas con cierto aire de indignación cuando se presentó Domitio para instalarse en una habitación y a la noche siguiente apareció Régulo cargando con Bruto a sus espaldas. Se encendieron las luces de toda la casa y cuando Julio bajó a las cocinas, se encontró con tres mujeres de la ciudad enfrascadas en la tarea de hacer el pan. Julio aceptó su presencia sin rechistar.

Los envíos de vino de la Galia llegaron por barco y fueron acogidos con codicia por los ciudadanos. Marco Antonio consiguió un tonel para ellos, y en una noche en la que consiguieron olvidarse de las barreras impuestas por su rango, se emborracharon hasta no poder más y acabar con él en una sola sesión, cayendo dormidos donde pudieron. Julio, viendo a sus amigos dando tumbos, tropezando con los muebles y derrumbándose, rió a gusto por primera vez en muchas semanas.

Con los puertos de montaña cerrados, la Galia quedaba tan lejos como la luna y dejó de perturbar sus sueños. Los pensamientos de Julio se volcaron en Roma y

escribió cartas a todos sus conocidos en la ciudad. Le resultaba extraño pensar en todas las personas a las que no había visto en años. Servilia estaría allí y el nuevo edificio del senado estaría acabado. Roma tendría una nueva cara con la que ocultar sus cicatrices.

Por las mañanas, con la puerta de su estudio cerrada a todo el mundo, Julio escribía por fin a su hija, intentando construir un puente hacia una mujer a la que no conocía. Dos años antes le había concedido permiso para contraer matrimonio en su ausencia, pero no había tenido noticias desde entonces. Leyera sus cartas o no, eran un bálsamo para su conciencia y Bruto había insistido en que lo intentara.

Resultaba tentador coger unos cuantos caballos y regresar a la ciudad, pero Julio desconfiaba de los cambios que se habían producido durante su ausencia. Sin inmunidad consular, sería vulnerable a sus enemigos. Aunque el senado le había conservado el rango de tribuno, no lo eximiría de los cargos por haber matado a Ariovisto o haber sobrepasado las órdenes que tenía en el Rin. El senado le debía más de un triunfo, pero dudaba que Pompeyo se alegrara de verlo laureado por los ciudadanos. El matrimonio con la hija de Julio debería haber supuesto un freno a su carácter, pero Julio lo conocía demasiado bien como para confiar en su buena voluntad o en su ambición.

El invierno pasó lenta y tranquilamente. Apenas hablaban de las batallas en las que habían combatido, aunque cuando Bruto iba bebido, colocaba sobre la mesa bollos de pan y mostraba a Ciro lo que habrían tenido que hacer los helvecios.

Las legiones celebraron con la ciudad la llegada del solsticio de invierno y encendieron lámparas en todas las casas con la promesa de que la primavera pudiera llegar a las calles. Ariminum brillaba como una joya en la oscuridad y las casas de citas montaron turnos dobles para permanecer abiertas toda la noche. A partir de aquel momento el ambiente cambió sutilmente. Superada la noche más larga, los informes de daños y alborotos empezaron a llegar con mayor frecuencia a la mesa de Julio, hasta que empezó a sentir tentaciones de enviarlos a todos sin excepción a las llanuras para que acamparan en los áridos campos. Poco a poco empezó a dedicar más parte de la jornada a las tareas de suministros y pagos, volviendo a la rutina que lo había sustentado durante toda su vida adulta.

Echaba de menos a Renio y a Cabera más de lo que nunca se hubiera imaginado. Para Julio había sido una auténtica sorpresa darse cuenta de que era el mayor de los que compartían la casa de Craso. Mientras que los demás parecían esperar que fuera él quien pusiera orden en su vida, él no disponía de nadie por encima, y las costumbres de la guerra eran demasiado fuertes para dejarlas de lado sin problema. Aunque conocía desde hacía años a la mayoría de los hombres que convivían en la casa, él era el oficial al mando y siempre había cierta reserva en su manera de comportarse en su presencia. A pesar de que había veces en las que Julio se

encontraba extrañamente solo en la concurrida casa, la llegada de la primavera acabó de completar la recuperación de su estado de ánimo. Cabalgaba por las afueras de la ciudad en compañía de Bruto y Octavio para mejorar su forma física. Ciro lo observaba con atención siempre que estaban juntos, sonriendo cuando asomaban retazos, aunque breves, del viejo Julio. El tiempo curaba lo que no se veía, y a pesar de que seguía habiendo días oscuros, todos sentían la llegada de la primavera en la sangre.

El fajo de cartas que llegó un luminoso amanecer era como cualquier otro. Julio pagó al portador y las repartió en distintas pilas. Reconoció la escritura de Servilia en una carta dirigida a su hijo y se alegró de encontrar otra para él hacia el final del montón. Se dirigió con muy buen humor hacia el salón delantero de la casa para leer la carta junto al calor de la chimenea. Casi temblaba al romper el sello y empezar a leerla.

Pero entonces se levantó de su asiento y se acercó a la luz del sol que empezaba a asomar. Tuvo que leer tres veces la carta de Servilia antes de creerse lo que en ella decía. Luego se derrumbó en el sillón dejando caer la carta al suelo.

El príncipe mercader había caído.

Craso y su hijo no habían sobrevivido a los ataques de los partos en Siria. La mayoría de la legión que Julio había entrenado había combatido sin problemas, pero Craso dirigió una carga desesperada al ver a su hijo sin su caballo, y el enemigo lo dejó aislado del resto de sus hombres. Los legionarios consiguieron recuperar sus cuerpos y Pompeyo declaró un día de luto por el anciano.

Julio permaneció sentado contemplando el sol hasta que el resplandor se hizo demasiado fuerte y empezaron a escocerle los ojos. Ninguno de los viejos nombres seguía allí. Con todos sus defectos, Craso había sido para él un amigo durante los días más oscuros. Julio había leído entre líneas el dolor de la propia Servilia al describirle la tragedia, pero no podía pensar en ella. Se puso en pie y empezó a deambular de un lado a otro de la estancia.

Además de los sentimientos personales por aquella pérdida, Julio estaba obligado a plantearse de qué modo la muerte de Craso alteraría el equilibrio de poder en Roma. Y las conclusiones que extrajo no le gustaron. Pompeyo sufriría menos. Como dictador, estaba por encima de la ley y del triunvirato, y lo único que echaría en falta sería la riqueza de Craso. Julio se preguntó quién heredaría la fortuna del anciano si Publio había muerto junto a él, pero aquello carecía de importancia. Mucho más importante era el hecho de que Pompeyo ya no necesitaba tener en el campo de batalla a un general de éxito. Más bien podía pasar a considerar a un hombre así una amenaza.

Mientras Julio pensaba en las implicaciones, su expresión se tornó adusta. De estar Craso con vida, habrían establecido algún nuevo tipo de compromiso entre

ellos, pero aquella esperanza había muerto en Partía. Al fin y al cabo Julio sabía que de haberse encontrado en el lugar de Pompeyo, habría actuado con rapidez para despejar el terreno de cualquiera que pudiera representar un peligro. Tal y como Craso le había comentado en una ocasión, la política era un negocio sangriento.

Se acercó a la mesa con un veloz movimiento y abrió el resto de las cartas, leyendo sólo las primeras líneas de cada una de ellas hasta quedarse helado y respirar hondo. Pompeyo le había escrito y Julio sintió un arranque de rabia al leer sus pomposas órdenes. No mencionaba a Craso para nada y Julio arrojó la carta al suelo, asqueado, y volvió a dar vueltas por la habitación. Aunque sabía que no podía esperar otra cosa del dictador, seguía resultando una conmoción leer su futuro en aquellas líneas.

La puerta de la estancia se abrió de repente y Bruto hizo su entrada llevando en la mano su correspondiente fajo de cartas.

—¿Te has enterado? —dijo Bruto.

Julio asintió. Los planes seguían cobrando forma en su cabeza.

—Envía a hombres para que reúnan las legiones, Bruto. Con el invierno han engordado y han perdido la forma y los quiero fuera de la ciudad mañana al mediodía para iniciar las maniobras.

Bruto lo miró boquiabierto.

—¿Volvemos a la Galia? ¿Y Craso? Yo no creo que...

—¿No me has oído? —le rugió Julio—. La mitad de nuestros hombres están prácticamente inútiles con tantas mujerzuelas y tanto vino. Dile a Marco Antonio que nos vamos. Que se dirijan a los muelles y se reúnan allí.

Bruto lo escuchó sin moverse. Las preguntas le venían a la boca, pero las acalló. La disciplina le exigía saludar. Cuando se marchó, Julio escuchó su voz levantando a todos los que seguían durmiendo en la casa.

Julio volcó de nuevo sus pensamientos en la carta de Pompeyo y en la traición. En sus palabras no había ningún indicio de los años que hacía que se conocían. Era una orden formal de regreso a Roma... él solo. Ordenaba el regreso al único hombre del mundo que podía temerlo lo suficiente para matarlo.

Julio se sentía mareado y débil de pensar en las implicaciones. Pompeyo no tenía rivales, excepto uno, y Julio no confiaba en absoluto en su promesa de un viaje seguro. Aun así, desobedecer sus órdenes supondría iniciar una lucha a muerte que perfectamente podría llevar a la destrucción de la ciudad y de todo lo que Roma había conseguido con el paso de los siglos.

Movió la cabeza para ahuyentar aquella idea. La ciudad lo ahogaba y añoraba las brisas de los valles. Allí podría pensar y planificar su respuesta. Reuniría a los hombres en las orillas del río Rubicón y rezaría para que la sabiduría lo ayudara a llevar a cabo la mejor elección.

En aquel momento Régulo estaba solo en el pequeño patio de la casa de Craso con la mirada fija en la carta. Las palabras que aparecían en el pergamino las había escrito una mano desconocida, pero el autor sólo podía ser uno. Tres palabras que parecían arañas en el centro de una página en blanco, y aun así las releía una y otra vez con el rostro tenso y grave.

«Acaba con él», decía.

Régulo recordó la conversación que había mantenido con Pompeyo la última vez que habían estado en Ariminum. Entonces no había tenido dudas, pero aquello había sido antes de estar en Britania con Julio y de verlo luchar en Avaricum, Gergovia, Alesia. Sobre todo esta última. Régulo había visto a Julio liderar las legiones después de superar el punto en que cualquier otro habría caído y sido destruido. Se había dado cuenta entonces de que estaba siguiendo a un hombre mucho más grande que Pompeyo, y ahora tenía en sus manos la orden de matar al general.

Sería fácil, lo sabía. Julio confiaba totalmente en él después de tantos años juntos. Régulo consideraba que entre ellos existía una amistad. Julio le permitiría acercarse a él sin problemas, y aquélla no sería más que otra vida que sumar a las que Régulo ya se había cobrado en nombre de Roma. Una orden más que obedecer, igual que antes había obedecido miles de órdenes más.

La brisa del amanecer erizaba la piel del centurión cuando rompió la carta por la mitad, luego en cuatro, sin parar hasta que el viento se llevó volando los minúsculos pedazos. Era la primera orden que desobedecería en su vida, y aquello le proporcionaba una sensación de paz.

XLVI

Pompeyo, apoyado en las columnas del templo de Júpiter contemplaba la ciudad que se extendía a los pies del Capitolio iluminada por la luz de la luna. Dictador. Movi6 la cabeza y en la oscuridad reinante sonri6 ante la idea.

La ciudad estaba tranquila y le resultaba dif6cil ya imaginarse las bandas y los disturbios que en su d6a hab6an parecido el fin del mundo. Pompeyo fij6 la vista en el nuevo edificio del senado y record6 las llamas y los gritos de aquella noche. En pocos a6os Clodio y Milo quedar6an completamente olvidados en la ciudad, pero Roma seguir6a adelante y era s6lo suya.

El senado hab6a extendido el plazo de su dictadura sin que por su parte hubiera tenido que ejercer la menor presi6n. Y volver6a a hacerlo, estaba seguro, para todo el tiempo que 6l quisiera. Hab6an comprendido la necesidad de disponer de una mano dura que traspasara todas las leyes que los hab6an estado limitando. A veces era necesario simplemente para que la ciudad funcionase.

Pompeyo deseaba en parte que Craso hubiera vivido para ver lo que hab6a conseguido a partir de aquel caos. La intensidad del dolor que hab6a sentido al conocer la noticia de su muerte hab6a sorprendido a Pompeyo. Se conoc6an desde hac6a casi treinta a6os, hab6an vivido juntos tiempos de guerra y de paz, y Pompeyo echaba de menos la compa6a del anciano. Imaginaba que era posible acostumbrarse a cualquier cosa.

A lo largo de su vida hab6a visto desaparecer a mucha gente. Hab6a momentos en los que no pod6a creer que fuera el 6nico que hab6a sobrevivido a los a6os de turbulencias, en los que hombres como Mario y Sila, Cat6n y Craso hab6an cruzado el r6o de la muerte. Pero 6l segu6a all6 y en su vida hab6a competido en m6s de una carrera. A veces el 6nico camino hacia el triunfo consist6a en sobrevivir mientras los dem6s iban muriendo. Aquello pod6a ser tambi6n una habilidad.

Una r6faga de brisa hizo estremecer a Pompeyo y se plante6 regresar a su casa a descansar. Sus pensamientos se concentraron entonces en Julio y en las cartas que hab6a enviado al norte. ¿Desobedecer6a R6gulo su decisi6n? En parte Pompeyo deseaba que as6 fuera. Aquella parte de 6l que conservaba todav6a el honor se sent6a avergonzada por lo que hab6a ordenado y segu6a manteniendo. Pens6 en la hija de Julio, en la nueva vida que llevaba dentro. Pose6a un car6cter que le hab6a permitido superar las presiones de ser la esposa del hombre m6s poderoso de Roma. Aun as6, no pod6a compartir sus planes con alguien que llevaba la sangre de C6sar. Ella hab6a cumplido su deber a la perfecci6n y satisfecho el viejo acuerdo que 6l hab6a cerrado con su padre. No necesitaba nada m6s de ella.

El poder, ahora que lo comprend6a, era algo que no pod6a compartirse. Julio ser6a asesinado en el norte u obedecer6a sus 6rdenes, y el resultado ser6a el mismo.

Pompeyo suspiró ante aquella idea y movió la cabeza con sincero remordimiento. No podía permitir que César siguiera con vida, pues de lo contrario irrumpiría un día en el senado y la época sangrienta se repetiría.

—No lo permitiré —susurró Pompeyo, aunque nadie lo escuchara, excepto la brisa.

Julio estaba sentado en las orillas del Rubicón mirando hacia el sur. Deseaba que Cabera o Renio hubieran estado allí para aconsejarlo, pero al final la decisión era sólo suya, como en muchas situaciones en las que anteriormente se había encontrado. Sus legiones fueron llegando durante la noche y oía a los centinelas caminando en la oscuridad montando guardia, pasando el santo y la seña que equivalían a rutina y seguridad.

La luna brillaba en un despejado cielo primaveral y Julio sonrió mirando a los hombres sentados a su lado. Ciro estaba allí, a su espalda, y Bruto y Marco Antonio estaban sentados en el lado opuesto, dominando el curso del río. Octavio estaba de pie junto a Régulo, y Domitio se había tendido en el suelo y contemplaba las estrellas. Era fácil imaginarse a Renio allí y a Cabera a su lado. Recordó a aquellos hombres antes de que la enfermedad y las heridas se los llevaran. Publio Craso y su padre ya no estaban, tampoco Berico. Ni su padre, ni Tubruck; tampoco Cornelio. La muerte los había seguido a todos y se los había ido llevando uno a uno.

—Si dirijo las legiones hacia el sur tendremos una guerra civil —dijo Julio en voz baja—. Mi pobre y castigada ciudad será testigo otra vez de la sangre. ¿Cuántos morirían este año por mí?

Permanecieron un largo rato en silencio. Julio supo que les costaba imaginarse el crimen de atacar su propia ciudad. Él apenas se atrevía a dar voz a su idea. Sila lo había hecho y su recuerdo era despreciado. Después de un acto como aquél, no habría marcha atrás para ninguno de ellos.

—Has dicho que Pompeyo ha prometido que estarías seguro —dijo por fin Marco Antonio. Bruto soltó una risotada.

—Nuestro dictador no tiene honor, Julio. Recuérdalo. Hizo apalea a Salomin hasta dejarlo medio muerto en el torneo. ¿Dónde tenía el honor entonces? No merece pisar por donde Mario pisó. Si vas tú solo, nunca te dejará marchar. Te pondrá bajo un cuchillo tan pronto pongas un pie en la puerta. Lo sabes tan bien como cualquiera de nosotros.

—¿Qué alternativa tienes entonces? —dijo Marco Antonio—. ¿Una guerra civil contra nuestro propio pueblo? ¿Nos seguirían en este caso los hombres?

—Sí —resonó en la oscuridad la voz grave de Ciro—. Lo haríamos.

Ninguno de ellos sabía cómo responder al hombretón y siguió un tenso silencio. Oían las aguas cantarinas del río entre los guijarros y las voces de sus hombres un poco más lejos. Estaba a punto de amanecer y Julio no tenía ni idea de lo que haría.

—Llevo en guerra todo el tiempo que soy capaz de recordar —dijo Julio en voz baja—. A veces me pregunto para qué habrá servido todo si ahora me detengo aquí. ¿Por qué he echado a perder las vidas de mis amigos si yo me dirijo mansamente hacia mi propia muerte?

—¡Puede que no sea hacia la muerte! —dijo Marco Antonio—. Dices que conoces bien a ese hombre, pero piensa que te ha prometido...

—No —interrumpió Régulo. Dio un paso hacia Julio y Marco Antonio se lo quedó mirando—. No, Pompeyo no te dejará con vida. Lo sé.

Julio observó las tensas facciones del centurión bajo la luz de la luna y se puso en pie.

—¿Cómo?

—Porque yo era su hombre, y tú no tenías que haber salido de Ariminum con vida. Me había dado la orden de matarte.

Todos se pusieron rápidamente en pie y Bruto se interpuso como un muro entre Régulo y Julio.

—Hijo de puta. ¿De qué estás hablando? —preguntó Bruto alargando la mano a la empuñadura de su espada.

Régulo no lo miró. Siguió, con los ojos fijos en Julio.

—No pude obedecer la orden —dijo.

Julio movió afirmativamente la cabeza.

—Hay ciertas órdenes que no deben ser obedecidas, amigo mío. Me alegro de que te dieses cuenta de ello. Siéntate, Bruto. Si pensara matarme, ¿crees que nos lo habría contado a todos? ¡Siéntate!

Se instalaron de nuevo en la hierba a regañadientes, aunque Bruto miraba de reojo a Régulo, todavía sin estar seguro de sus intenciones.

—Pompeyo dispone de una única legión vigilando Roma —intervino Domitio. Julio lo miró y Domitio se encogió de hombros—. Quiero decir que podríamos hacerlo si nos moviéramos con velocidad suficiente para impedirle conseguir refuerzos. Forzando el paso, podríamos situarnos en las murallas en una semana. Con cuatro legiones veteranas contra él, no podría mantener la ciudad ni un solo día.

Marco Antonio parecía horrorizado ante la sugerencia y Domitio rió entre dientes al ver la expresión de su cara. El amanecer estaba muy cerca y empezaba a haber más luz. Se miraron circunspectos mientras Domitio proseguía levantando las manos.

—Podríamos hacerlo, eso es todo. Una jugada a cambio de todo el bote. Una apuesta por Roma.

—¿Te verías capaz de matar a otros legionarios? —le preguntó Julio.

Domitio se rascó la cara y apartó la vista.

—Lo que estoy diciendo es que quizá no tendríamos que llegar a eso. Nuestros soldados se han endurecido en la Galia y todos sabemos lo que son capaces de hacer.

No creo que Pompeyo disponga de nada con lo que hacemos Érente.

Bruto miró al hombre al que llevaba siguiendo desde la infancia. Había tragado más amargura en aquellos años de la que nunca habría llegado a imaginar, y allí juntos, sentados, no sabía si Julio había llegado alguna vez a comprender todo lo que él le había dado. Su orgullo, su honor; su juventud. Todo. Conocía a Julio mejor que ninguno de ellos y percibía el brillo de sus ojos ante la idea de una nueva guerra. ¿Cuántos de ellos sobrevivirían a su ambición? Los demás parecían tan confiados, que Bruto cerró los ojos antes de empezar a sentir náuseas. A pesar de todo, sabía que Julio podía hacerse con él con sólo una palabra. Domitio tosió y se aclaró la garganta.

—Tú decides, Julio. Si quieres que regresemos a la Galia y nos perdamos en ella, estoy contigo. Los dioses saben que nunca nos encontrarían en muchos de los lugares que hemos visto. Pero si quieres ir a Roma y arriesgarlo todo una última vez, sigo estando contigo.

—¿Una última jugada? —dijo Julio convirtiéndolo en una pregunta para todos los allí reunidos.

Uno a uno fueron moviendo afirmativamente la cabeza, hasta que sólo quedaba Bruto. Julio levantó las cejas y sonrió con ternura.

—No puedo hacerlo sin ti, Bruto. Lo sabes.\1\2susurró Bruto antes de apartar la vista.

Al amanecer las veteranas legiones de la Galia cruzaron el Rubicón y emprendieron la marcha hacia Roma.

Agradecimientos

Parte del placer de escribir una tetralogía es poder dar las gracias a las personas que las merecen antes de que la historia concluya. Susan Watt es una de ellas, una gran dama cuya experiencia y energía hace fácil lo difícil.

Quisiera expresar mi gratitud asimismo para con Toni e Italo d'Urso, que me permitieron utilizar durante años el viejo ordenador Amstrad que tenían en el pasillo sin quejarse ni una sola vez. Al final, para colmo de la irreverencia, me casé con su hija. Se lo debo a ambos.

Nota histórica

Como sucedió en los dos libros anteriores, considero útil una nota explicativa, sobre todo cuando, como en este caso, la historia resulta más sorprendente que la ficción.

A lo largo del libro he mencionado a Alejandro Magno como un héroe para Julio. La vida del rey griego era bien conocida entre los romanos cultivados, en consonancia con el interés que sentían por esa cultura. A pesar de que el escenario era Cádiz en lugar de un desértico pueblo español, Suetonio, el biógrafo del siglo I, ofrece el detalle de César suspirando frustrado a los pies de la estatua de Alejandro. A los treinta y un años Julio no había conseguido nada que pudiera compararse con él. No sabía que sus mayores victorias llegarían a partir de ese momento.

Además de sus esposas, se sabe que Julio tuvo diversas amantes, aunque Suetonio aseguraba que Servilia fue a quien más amó de todas ellas. Julio le compró una perla valorada en un millón y medio de denarios. Tal vez uno de los motivos por los que llevó a cabo la invasión de Britania fuera conseguir más piedras preciosas.

César fue cuestor en Hispania antes de regresar como pretor, cuestión en la que no he entrado en detalle por no alterar el ritmo de la narración. Fue un hombre tan ocupado que ningún escritor podría pretender cubrir todas sus actividades. Creo que incluso la versión condensada que integra estos libros llega al punto de ebullición.

Participó en un combate de gladiadores protegido con una sólida armadura de plata y contrajo importantes deudas en su intento de alcanzar la fama pública. El hecho de que en una ocasión se viera obligado a abandonar la ciudad para evitar a sus acreedores es cierto. Con Bíbilo pasó a convertirse en cónsul y despidió a su colega del foro después de una pelea. En ausencia de Bíbilo, se hizo popular en Roma un chiste que decía que todos los documentos los firmaban Julio y César.

Como anécdota, mencionar que el vino de Falernia que Julio vertió en la tumba de su familia era tan caro que una copa del mismo equivalía al sueldo de una semana de un legionario. Desgraciadamente, los viñedos se encontraban en las lomas del Vesubio, junto a Pompeya, y su sabor se perdió para siempre como consecuencia del famoso incendio que tuvo lugar en 79 d.C.

La conspiración de Catilina fue tan importante en su día como la conspiración de la Pólvora en Inglaterra. La conspiración se vio traicionada cuando uno de sus líderes confió sus planes a una amante, quien posteriormente informó de la trama a las autoridades. Julio fue señalado, a buen seguro equivocadamente, como uno de los

conspiradores, igual que Craso. Ambos hombres sobrevivieron a aquella convulsión con su reputación intacta. Catilina abandonó la ciudad para asumir el mando del ejército rebelde mientras sus amigos se dedicaron a generar caos y disturbios en la ciudad. Parte de las pruebas contra ellos demostraban los contactos con una tribu gala para conseguir guerreros. Después de un acalorado debate sobre su destino, los conspiradores secundarios fueron ahorcados según el ritual. Catilina murió en el campo de batalla.

La segunda parte del libro se ocupa mayoritariamente de las conquistas de la Galia y la Britania. He seguido los principales acontecimientos, que se iniciaron con la migración de los helvecios y la derrota de Ariovisto. Merece la pena mencionar que en diversas ocasiones el mismo Julio César se convierte en la única fuente de información disponible sobre los detalles de la campaña, y que relata errores y desastres con la misma fidelidad que sus victorias. Por ejemplo, explica con destacable candidez cómo un informe erróneo lo llevó a retirarse frente a sus propios hombres después de haberlos confundido con el enemigo. En sus comentarios cifra a los helvecios y a sus tribus aliadas en trescientos ochenta y seis mil hombres. Sólo ciento diez mil consiguieron regresar a sus hogares. Para combatirlos Julio disponía de seis legiones y cuerpos auxiliares: treinta y cinco mil hombres como mucho.

Rara vez sus batallas fueron una simple prueba de fuerza. Formó alianzas con tribus secundarias y las ayudó después. Combatió por la noche en caso necesario, en todo tipo de terrenos, flanqueando, sobornando y superando en táctica a sus enemigos. Cuando Ariovisto exigió en su encuentro la única presencia de la caballería, Julio ordenó montar a caballo a los soldados de a pie de la Décima, una escena digna de ser vista.

Me preocupaba que las tremendas distancias que cubría pudieran ser exageradas hasta que mi prima participó en una caminata de sesenta millas. Ella y su esposo la completaron en veinticuatro horas, pero los soldados de un regimiento Ghurka lo hicieron en nueve horas y cincuenta y siete minutos. La distancia de dos maratones completos y un tercio más, sin ninguna parada. En una época como la actual, en la que incluso parece posible que los jubilados puedan descender el Everest esquiando, debemos andarnos con cautela, pero considero factible que las legiones pudieran haber seguido aquel ritmo y que, igual que los Ghurka, hubieran sido además capaces de combatir al final de la marcha.

No creo exagerado suponer que Adán comprendiera hasta cierto punto el idioma de los galos e incluso el dialecto de los britanos. Los celtas atravesaron Europa procedentes de un lugar de origen desconocido, posiblemente la cordillera del

Cáucaso. Se establecieron en España, Francia, Gran Bretaña y Alemania. Inglaterra pasó a ser predominantemente romano-sajona mucho más adelante y naturalmente conserva en la actualidad gran parte de esa diferencia.

Resulta difícil imaginarse el punto de vista que Julio tendría del mundo. Era un lector prolífico y debió de conocer la obra de Estrabón. Sabía que Alejandro había viajado hasta Oriente y que la Galia estaba mucho más cercana. Habría oído los comentarios de los griegos sobre Britania, después de que Piteas, tal vez el primer turista de la historia, hubiera viajado hasta allí tres siglos antes. Aunque los libros de Piteas no han llegado hasta nosotros, no hay razón para pensar que no pudieran estar disponibles entonces. Julio habría oído hablar de perlas, estaño y oro y sentirse atraído por ello hacia la Galia. Pensaba que Britania estaba situada al oeste de Hispania, no al norte, con Irlanda entre ambos territorios. Por lo que sabía en su primer desembarco, podría haber sido incluso un continente tan grande como África.

La primera invasión de Britania, en el año 55 a.C., fue desastrosa. Las tempestades destrozaron las naves y la feroz resistencia de las tribus de piel azul y sus voraces perros acabó con ella. La Décima tuvo que pelearse con el mar para regresar a tierra firme. César permaneció allí sólo tres semanas y al año siguiente regresó con ochocientas naves, avanzando aquella vez por el Támesis. A pesar de la gigantesca flota de la que disponía, consideró haber llegado ya demasiado lejos y jamás regresó una tercera vez. Por lo que sabemos, los britanos nunca pagaron el tributo que prometieron.

Vercingetórix habría disfrutado de un lugar en la historia y la leyenda similar al del rey Arturo de haber conseguido ganar su gran batalla contra Julio. Napoleón III erigió una estatua en su honor; reconociendo con ello sus logros y su lugar en la historia. Unió las tribus galas bajo su mando y comprendió que la única manera de derrotar a las legiones era quemando los campos y matando de hambre a sus integrantes. Pero las legiones acabaron finalmente con la gran multitud de hombres que había reunido. El gran rey de la Galia fue conducido encadenado hasta Roma y ejecutado.

Se desconocen los detalles exactos del triunvirato con Craso y Pompeyo. El acuerdo benefició a los tres, y el plazo de estancia de Julio en la Galia se prolongó durante bastantes años después de que finalizase su año consular. Resulta interesante el hecho de que cuando Pompeyo le envió la orden de regresar solo a Roma, Julio hubiera completado casi el intermedio de diez años de duración que la ley exigía para volver a aspirar al puesto de cónsul. De haberse asegurado Julio un segundo consulado en aquel momento, habría sido intocable, y eso era lo que Pompeyo temía.

Clodio y Milo no son personajes de ficción. Ambos formaron parte del caos que a punto estuvo de destruir Roma mientras Julio se encontraba en la Galia. Las bandas callejeras, los disturbios y los asesinatos se convirtieron en la norma, y cuando Clodio fue finalmente asesinado, sus seguidores lo incineraron en el interior del edificio del senado, que acabaron incendiando por completo. Pompeyo fue elegido cónsul único con el mandato de restablecer el orden en la ciudad. Incluso entonces el acuerdo del triunvirato podría haberse mantenido de no haberse producido la muerte de Craso y de su hijo en combate contra los partos. Con la noticia de aquella muerte, sólo había un hombre en el mundo que habría podido desafiar el poder de Pompeyo.

Por último, quiero comentar que en el libro he hecho un par de afirmaciones que podrían molestar a los historiadores. Es discutible que los romanos conocieran el acero. De todos modos, existe la posibilidad de conseguir que el hierro posea un revestimiento más fuerte si se lo somete a golpes en caliente con carbón. El acero, al fin y al cabo, no es más que hierro con un contenido en carbón mínimamente más elevado. Y no creo que eso les pasara desapercibido.

Me preocupaba que mi descripción del galo Artorath como un hombre de dos metros y medio de altura pudiera parecer exagerada para algunos, pero sir Bevil Grenville (1596-1643) tenía un guardaespaldas llamado Anthony Payne que medía dos metros y veinte centímetros de altura. Me atrevería a decir que Artorath le habría llegado al hombro.

Hay centenares de detalles más que podría haber incorporado de haber dispuesto de espacio para ello. Si he alterado la historia en este libro, espero haberlo hecho deliberadamente y no por simple error. He intentado ser lo más exacto posible. Para aquellos a quienes pudiera gustarles ir más allá de estas páginas, recomiendo leer *Caesar's Legión* de Stephen Dando-Collins, un relato fascinante, y *The Complete Roman Army* de Adrián Goldsworthy, o cualquier escrito de este autor. *Vida de los doce cesares* de Suetonio debería ser de lectura obligada en cualquier colegio. La versión con la que trabajo es la traducción al inglés realizada por Robert Graves. Dicen que el emperador de entre los doce que el lector elige como su preferido es revelador de su propio carácter. Finalmente, para aquellos que deseen conocer más cosas sobre Julio, nada mejor que leer el libro de Christian Meier; *Caesar*.



Estudió en la *St. Martin's School* y en la *Taylor's School*, para licenciarse en Filología Inglesa en la Universidad de Londres, enseñando dicha materia en la *St. Gregory's Roman Catholic School* de Londres durante siete años, dedicándose posteriormente a la escritura a tiempo completo.

Sus libros más conocidos pertenecen a la ficción histórica, con más ficción que historia, mostrando una excelente y entretenida narrativa. Junto con su hermano Hal, ha escrito libros juveniles, que fomentan la imaginación y la aventura.